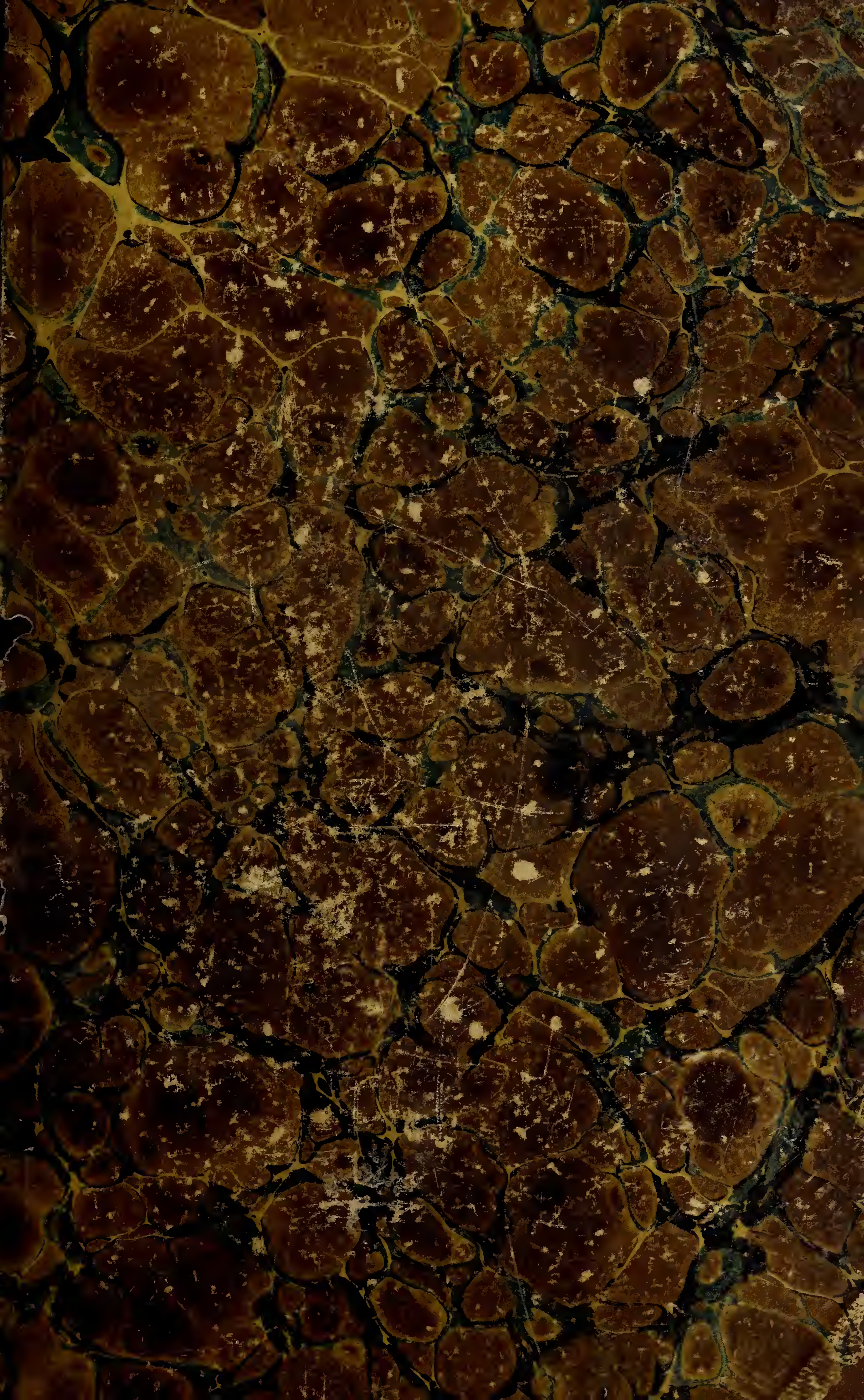
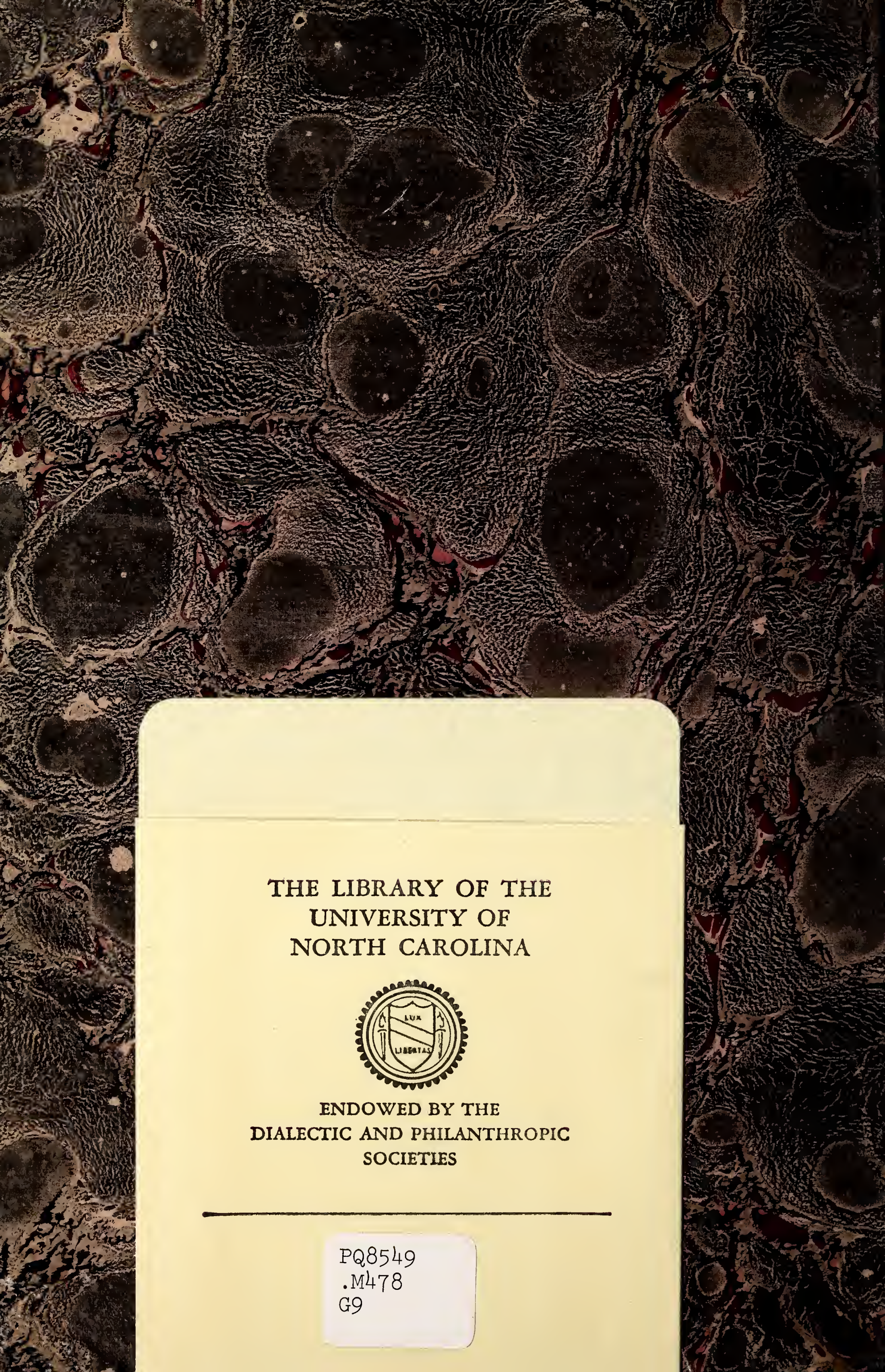
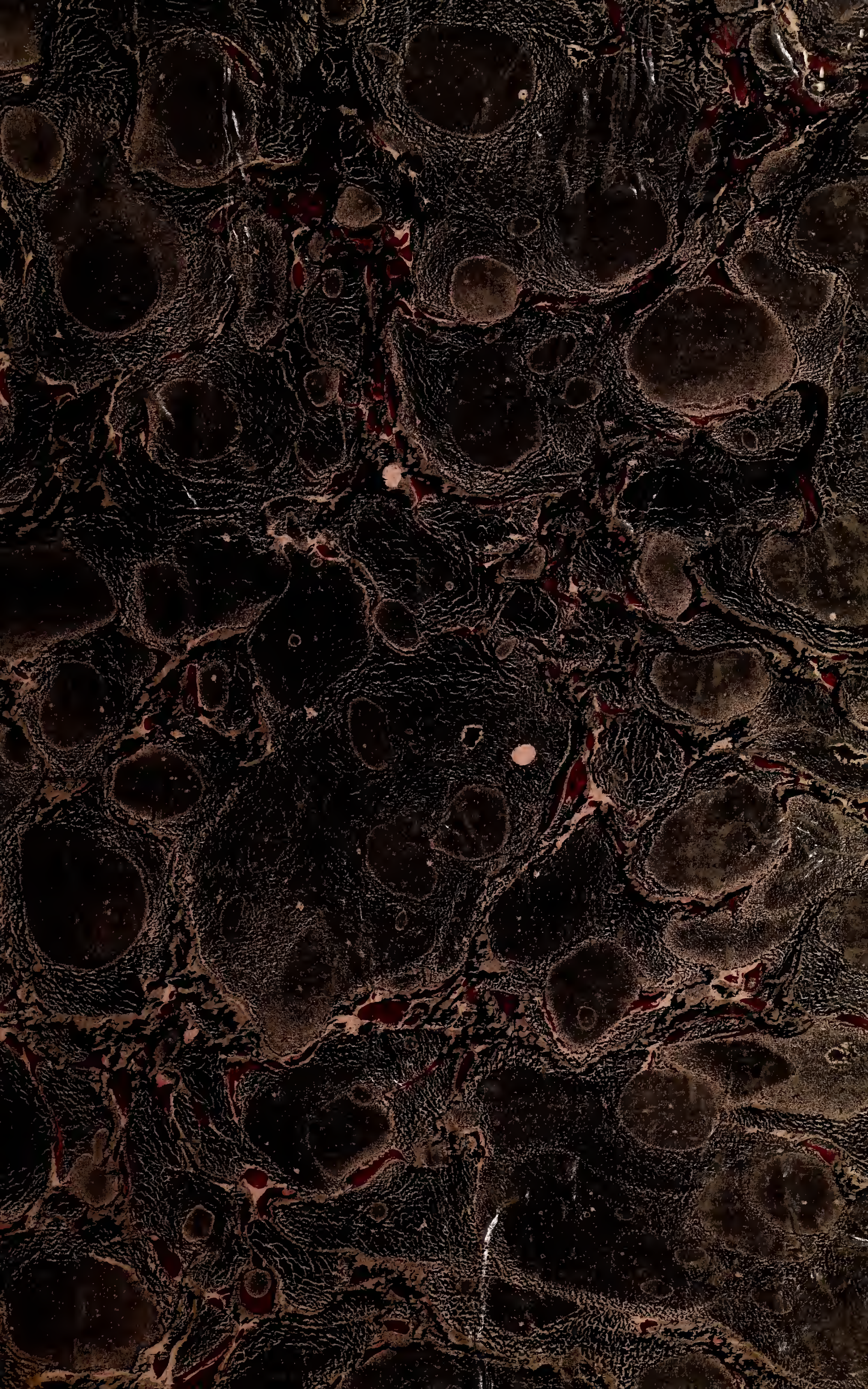
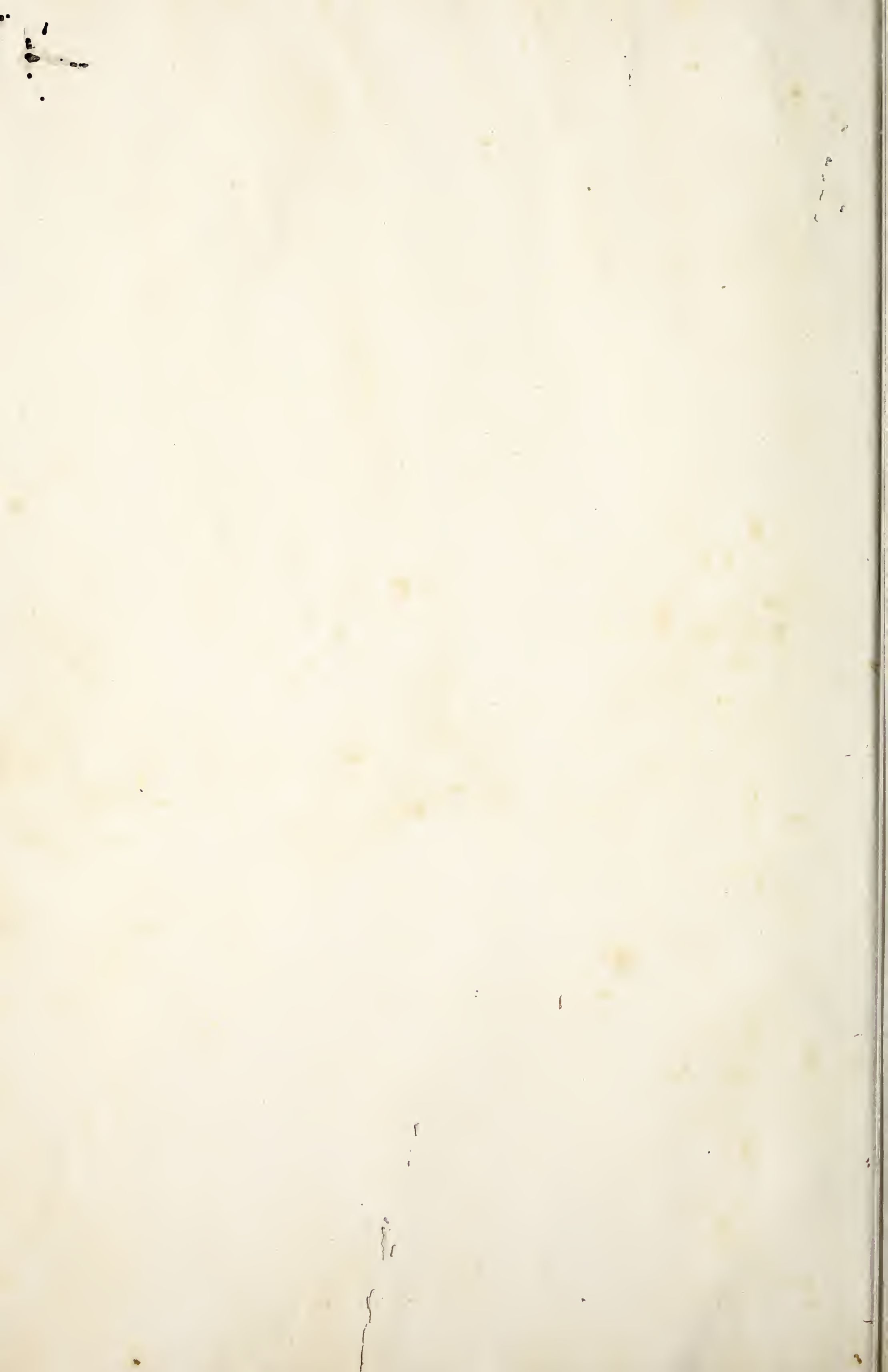








250 —

[illegible] [illegible] que [illegible]
la [illegible]





GULLEMIRO

ó

LAS PASIONES.

NOVELA

POR

Guillermo Michelena.



CARACAS.

IMPRENTA INDEPENDIENTE.

1864.





Todo es polvo, todo es nada; tanto esta mi obra como todas las humanas. Pobre y con familia y combatido siempre por todos, porque no he sabido engañar á nadie, mi gran cuestion ha sido la de ser ó no ser, y nada he podido estudiar para mi obra: pero Dios puso la gran verdad natural en el alma de todo hombre, y cuando se trata de buscar y decir la verdad, es tal vez una ventaja el desconocer las humanas enseñanzas. Yo la diré tal cual Dios la dicta á mi alma..... Una de dos: ó se establece en principio que la razon y la verdad no son ni la obra ni la lei de Dios; ó se establece que proscribir la razon y la verdad, leyes de Dios, es proscribir á Dios.

Esas verdades, esos dogmas de mi espíritu, son mi única riqueza, y la lego á mis hijos como su única herencia. Y cuando un padre dice á sus hijos que adora, mediten estas ideas, identifíquense con ellas, y sean y vivan segun ellas, ofrece al mundo la mas plena garantía de la santidad de su intencion.....

Oh verdad! inmutable y santa lei de Dios: mi alma no ha buscado ni amado nunca sino á tí!...... Tus adoradores han sido mártires; pero sufrir por tí es sufrir por amor de los hombres y de Dios, y en ese martirio encuentran su gloria las almas que salen de la comun mezquindad..... La explotacion del hombre por el hombre se opone á la verdad, porque esta destruye esa ceguedad del espíritu, esa esclavitud moral que establece diferencias positivas y que da poder y grandezas á todos los que de algun modo esplotan los errores de las masas igno-

rantes.... No diré como dijeron que decia Rousseau: "el dia del juicio me presentaré con mi obra para ver si otro ha hecho tanto bien como yo."—No, pero sí confieso que he incurrido á veces en la debilidad de soñar en dar libertad al alma, dándole la luz de la verdad que le falta.....

En cuanto á la crítica y á las pasiones que despierte esta obra, la respuesta, á lo que quiera que digan, la encontrarán en la misma obra, pues que ella analiza el corazon y sus miserias.... El hombre que tiene del mundo y de la vida la idea que yo tengo, prevée esas pasiones, las conoce á pesar de su máscara y se rie de ellas...... Tocando las grandes cuestiones sociales y morales, esta obrita lastimará tal vez los intereses y las mas ocultas pasiones del corazon y del alma. Es probable que los enemigos de la razon y de la verdad honren á esta obrita con algunos ladridos y aun dentelladas.... De la condicion humana se deduce que nada dá tan triste idea de una obra como el que nadie la ataque.... Los cazadores esperimentados calculan el tamaño del venado por el furor de la jauría....

Diré solo para esplicar algunos defectos de trabazon en la obra, que la escribí hace veinte y tres años, teniendo yo veinte y cuatro: que habia resuelto ya no publicarla y la tenia abandonada: que no ha sido nunca corregida: que se ha suprimido la mitad; y que ahora al empatar las partes que quedaban divididas, no he podido ni perfeccionarla yo mismo, por el estado de mi salud, ni consultar á otros porque la urgencia de mi viaje fuera del pais no lo permite......

Si esta obrita fuere útil á uno solo, sobrellevaré con gusto el mal que pueda causarme; sobre todo me servirá de satisfaccion el haber iniciado la publicacion de obras estensas y sérias en esta tierra en que Dios repartió las inteligencias con la misma mano con que dotó nuestros campos con la ceiba y el saman, y con una estupenda feracidad......

Carácas, Julio de 1864.

GUILLERMO MICHELENA.

GULLEMIRO

Ó

LAS PASIONES.

PARTE PRIMERA O FILOSOFICA.

EN la República de Venezuela, esa bella infortunada, en la tierra de Miranda y Bolívar, existió un jóven llamado Gullemiro, tambien grande y malhadado, á cuyas prendas singulares y á cuya singular desgracia consagro estos recuerdos. Era esbelto, suave, imponente. Jamas se han unido en el aspecto de un hombre tanta soltura y tanta fuerza, tanta sencillez y tanta magestad, tanta bondad y tanta severidad á la vez. Por su bello corazon era afable con todos y hasta esquisito con los que creia desgraciados: pero fácilmente se descubria el desdeñoso sentimiento con que veia al mundo por sus pasiones, sus errores y sus miserias.

Su mirada siempre triste, como la de quien tiene siempre ante sí la imágen de la verdad, tomaba de repente, en ciertos lances, una lucidez penetrante, ante la cual se avergonzaba la ficcion sintiéndose como desnuda. Pensativo siempre y melancólico, parecia absorto en una sola idea é indiferente al resto todo. Al verlo pasearse por entre las cosas y los hombres con su aire de insensibilidad y de completa renuncia á todo, se diria que ciertamente él nada veia ni sentia y que se creia en un desierto.

La mas pequeña impresion ingrata sobre aquello á que era sensible bastaba para exasperarlo, y un rasgo generoso bastaba para enternecerlo y para convertir en objeto de particular cariño al hombre que mas le repugnase.

Su andar, como desalentado, manifestaba que su alma, absorvida siempre en lo hondo y en lo sublime, abandonaba casi su propio cuerpo ; pero cuando algo alcanzaba á despertar sus grandes pasiones, su ojo chispeaba y su andar firme aunque fino parecia querer hundir la tierra que tocaba.

Como habrá algo de histórico en los rasgos de su vida que trazaré, me veré forzado á revelar el gran defecto de su juventud. La perfeccion moral es casi imposible en los cuadros fieles del corazon humano : solo cabe en las novelas. Rousseau escribió ante el mundo la confesion de sus propias faltas: yo confesaré las del héroe de esta obra, lo que es mas cómodo.

Superior desde su infancia á todo vicio y á toda pasion vil, se dejó siempre dominar por los encantos del amor, de ese sentimiento que cuando llega á ser pasion constituye una de las mas funestas locuras naturales. Esa fué su única debilidad, el gran pecado de su juventud.

Tuvo dos grandes virtudes que lo acompañaron desde la infancia hasta el sepulcro, la una fué el dolor que le causaba la mala suerte del hombre sobre la tierra, la otra fué su pasion por la justicia, por lo cual, la verdad y el órden, el premio y el castigo, eran como partes componentes de su razon.

Cuando jóven, un toque magnético le hacia vibrar el alma y los sentidos al aspecto de toda belleza, como si un sutil veneno, envolviéndolo en deliciosas sombras, le ofuscase la razon. En este estado, su mirada turbia revelaba la tempestad de su alma elevada, como esas nubes sombrías que anuncian las borrascas de la montaña. Su mirada entónces era una declaracion completa y bastaba á infundir la pasion que él sufria. Jóven era aún y ya huia en silencio de la beldad que así lo conmovia, porque tenia miedo á las pasiones, y sobre todo al amor, su única pasion tal vez, pues la avaricia, la soberbia, la envidia y la venganza, por efecto de su organizacion, no entraron jamas en su pecho. Si rendido al golpe de ojo, hablaba para enamorar, suelta ya su imaginacion, él mismo se quemaba mas y mas el corazon con sus delirios encantados, y pronto tenia que moderar á la bella, esquiva al principio tal vez, que enloquecida por el oido, encontraba su gloria y su dicha en arrojarse al incendio de su pasion.

Las mugeres llegan al corazon de los hombres entrándole por los ojos, el hombre entra al corazon de la muger por el oido. Del hombre es el genio y de la muger la belleza : él se pierde por el fuego del corazon y ella por las ternuras de su alma.

Insensible á todo, ménos al amor y al mal ageno, puede decirse que su corazon fluctuó siempre entre la lástima y la ternura, viendo por lo demas el mundo como un laberinto de sombras que se agitaban sin relacion con él.

Sabia que el verdadero amor escluye á todo otro amor, y sinembargo le habria sido tan imposible el dejar de conmoverse á cada nueva belleza, como le habria sido el dejar de gozar en los mil aromas diferentes de las flores, porque ya habia sentido ántes la fragancia de una. La belleza es una causa cuyo efecto natural es el estremecimiento del alma y de los sentidos, y cada nueva causa trae nuevo entretenimiento. La fidelidad del pensamiento primo y aun la del deseo es un imposible que han engendrado el orgullo y la ficcion. El corazon con respecto á las bellezas es como la campana con respecto á las cosas que la tocan, todas la hacen vibrar y sonar, aunque con sonidos diferentes. Campanas hai tan finas que basta el aire para hacerlas sonar: corazones hai tambien que palpitan al simple ruido de una mujer que aun no se ha visto.

Sinembargo, él presentia ese amor esquisito, sublime, divino, que funde toda el alma en un solo objeto, que excluye todo otro afecto, y en el cúal los sentidos callan, porque el alma del uno goza en la del otro un embeleso divinal, superior al que ofrecen los sentidos. En el alma existe el sentido de lo divino: por eso solo en los amores del alma se gozan esas divinas delicias que hacen ver con asco lo sensual y que no han conocido jamas los corazones corrompidos. Las voluptuosidades del alma son tan superiores á las de los sentidos, como el espíritu es superior á la materia. Difícil es que llegue á sublimarse el pensamiento hasta hacerse capaz de ese amor del alma, y mas difícil es aun que se encuentren un hombre y una muger capaces de espiritualizar hasta ese punto la mas sensual de las pasiones. Solo en esos amores del alma, en esas pasiones santas, existe derecho á esperar que el mismo Dios bendiga tras la muerte las nupcias eternas de dos almas que se aman. El amor de los sentidos disminuye y termina con la satisfaccion: el amor del alma aumenta con sus goces y no tiene mas término que el infinito. Del choque de los sentidos resulta una chispa de delicias materiales que siempre se apaga y que suele reducir el corazon á cenizas; y del choque de las almas entre sí sale una chispa, un fuego sagrado, que haciendo ver lo mundano en toda su fealdad, desata el alma divina de la grosera sensualidad, y le anticipa el goce inefable de los amores del cielo. Cuando dos almas se aman en este mundo y una de las dos desaparece por la muerte, la otra la sigue amando fielmente como si estuviera á su lado, y como hai algunos momentos fugaces en que el alma crée traslucir algo del mundo de lo invisible, en esos momentos el alma amante vé y siente á su compañera, y le dirije las plegarias de su tristeza y de su amor.

Cuando de dos seres identificados por esa pasion del alma que los hace incapaces de otro afecto, el uno desaparece, el otro, en su triste y contínuo afan, va hasta hacerse visionario, y apénas apagadas la luz de

sol y la artificial, principia á ver una especie diferente de luz que solo se vé en las tinieblas, y entre las sombras misteriosas que se le aparecen como vivas, vé la sombra adorada de la otra mitad de sí mismo. A veces la facinacion, si no hai realidad en esto, va hasta hablar y oir y sentir y acariciar, aquella alma aparecida, y al volver á sus sentidos materiales, el alma presa aun en la materia, se encuentra anegada en deliciosas lágrimas y siente una indefinible melancolía. La patria del alma es la otra vida y no puede ménos que sentir una dulce tristeza el alma que se sintió un instante entre ángeles y cerca de Dios y vuelve despues á este mundo de horrores y miserias. ¿ Habrá en esto solo una ilusion, un delirio del alma enferma por el dolor, ó será que el dolor apagando los sentidos y sublimando el espíritu hace que este, emancipado un tanto, entrevea y entresienta las almas y las sombras del mundo de los muertos ? Lo que nos estorba entrar de lleno en ese mundo es la materia, y como la contemplacion y el dolor son capaces de modificar y aun de suspender por algun tiempo la influencia de la materia en el espíritu, puede este, en ese tiempo, sentir mas ó ménos las cosas del mundo espiritual. Esos éxtasis y sus encantadas sombras son de esas grandes realidades que se llaman ilusion. Dos almas que se aman y que están separadas por la muerte, no pueden ménos que buscar entre la una y la otra vida un lugar en donde encontrarse, y este es el de los sueños y el de las sombras.

La soledad, el silencio y sobre todo la oscuridad y cierta especie de tristeza del alma, embargan poco á poco los sentidos, y, produciendo una especie de magnetismo del alma, levantan el velo de lo invisible y se miran y se hablan dos almas allá en una region misteriosa tan estraña á lo mundano, que cuando la razon vuelve en sí crée que ha estado delirando.

Los mui pensadores, los que llegan por la meditacion al último confin de la razon humana, caen en la duda y en la confusion y en un como vértigo que los envuelve al fin en una especie de supersticion racional, es decir, creen posible lo que vulgarmente se cree sobrenatural é imposible. El exeso de luz espiritual ofusca la mente como el exeso de luz solar ofusca el ojo: el que mira el sol se ciega un momento y queda viendo formas luminosas de todos colores, y al que, por el ojo de la contemplacion, mira de cerca á Dios, la luz divina le ofuzca la mente y ve las sombras del otro mundo. En proporcion de la nulidad de la inteligencia está la garantía contra esas fascinaciones.

Los espíritus superficiales y algunos pretensos sabios que ponen por límite á la creacion de Dios lo que alcanzan su razon y sus ojos, esos llaman esto locuras ; pero los grandes pensadores, los que saben que nada saben, los que saben que nada entienden de lo que ven y que no ven la mayor parte de lo que existe, estos, creen que es posible que el dolor y la contemplacion entreabran alguna vez al alma la puerta misteriosa que comunica este mundo que se vé con otro mundo que no se vé.

He visto á un hombre grave y pensador, en su infinita tristeza, terminar su oracion de ántes de dormirse así: "Sombra de la esposa que adoré, aparece, háblame, te lo ruego por tus hijos. Agotó Dios en tí la santidad y los encantos, hizo primorosas tus gracias y divinas tus virtutudes; por eso, tal vez, te llevó á otro mundo mejor algun ser superior al hombre......Perdona este delirio......Fué Dios quien te llevó para castigarme á mí......Me enseñaste á conocer y adorar á Dios, me hiciste ver en las pasiones la mano del espíritu del mal, volviste á mi corazon la paz, y á mi alma sus eternas esperanzas; asi, fuíste mi ángel protector: ahora, que estás al lado de Dios, mas bella y mas santa aun, sé el ángel custodio de nuestros pobres hijitos y pide al Omnipotente que no permita que ni ellos ni yo perdamos jamas su misericordia y su gracia......Si ella está á tu lado, Dios mio, es una Santa, y como cada uno escoge el santo de su devocion, permite, Señor, que yo escoja el espíritu que me enseñó á adorarte, para que sea el ángel que lleve á vuestras plantas mis plegarias expiatorias y la inocente oracion de mis hijos. ¡Qué ángel habrá en el Cielo que se interese por ellos tanto como el que les dió la existencia al pasar por este mundo! Ese ángel fué la madre de mis hijos y el vínculo maternal y su favor no cesan ni aun en el cielo. Permite, mi Dios, que yo vea á ese ángel. Si los ángeles tienen rostro sin diferir del rostro humano sino en que es perfecto, ella habrá conservado el que tenia......¡Aquel rostro ya divinizado! ¿habrá otra cara de ángel tan preciosa!......Vea yo esa cara y que ella me vea con aquella primer mirada con que me robó el alvedrío ó con aquella última mirada, de purísima ternura, en que viéndote ya ¡oh mi Dios! en las sombras de la muerte, me ofreció ante tí, la eternidad de su amor. Y si viere á ese ángel, no te ofendas, mi Dios, si le hablo aun de un amor que no profanará la memoria: mi amor es ese amor del alma, amor santo que tú bendices. No hai en esto idolatría, mi Dios: tú me ves el corazon y sabes que si amo tanto á esa criatura solo adoro á su criador....
Sombra amada de mi dulce compañera, pide á Dios por nuestros hijitos, y cuando me encierro con tu retrato á llorarte, mírame el alma para que me perdones las injusticias que te hice. Adios, ángel mio: miéntras yo duerma vela por mí y por nuestros pobres hijos...... Hasta mañana."

Así hablaba al espíritu de su esposa un gran pensador, que ántes habia sido materialista. Muchos materialistas, al llegar á la edad de la mayor razon, pasan á creer en la inmortalidad, es decir, á creer que el espíritu humano sobrevive al sepulcro. Jamas se ha visto que en la edad en que cesan la vanidad y las pasiones, un espiritualista se haya hecho materialista. No hai, pues, locura en hablar al que suponemos viviendo en otro mundo mejor: si no nos escucha nada perdemos y hallamos en ello un consuelo, y si nos escucha podemos alcanzar un gran bien por su medio.

Hemos dicho que la gran virtud de Gullemiro fué su pasion por la justicia. Lamartine, en su Rafael, dice que la virtud no es amable sino porque es bella, y segun decia Gullemiro, la virtud no es bella ni es virtud sino porque es justa. Ninguna belleza moral es posible sin la justicia y aun la belleza física se funda en la justicia de las formas de la cosa en sí y en la justicia del gusto. No hai una sola gran cualidad concebible sin la justicia. Las grandes leyes del Universo, la atraccion y el equilibrio, no son sino la justicia física en las relaciones de la materia. Si en alguno de los mundos que ha hecho Dios la lei moral no fuera la justicia, sin duda, ese mundo seria un cáos, y el cielo mismo sin justicia, seria por fuerza un infierno. La omnipotencia de Dios ni aun su misma existencia, son concebibles sin la justicia. La justicia es lei eterna y suprema, esencial á cuanto existe, tanto en lo físico como en lo moral. La belleza, la verdad, la virtud y la piedad son las flores santas de la divina justicia. La justicia es tan clara á los ojos del ignorante como á los del sabio: la luz íntima que nos hace ver la justicia es la sola chispa de divinidad que tenemos. El pensamiento sin justicia no es sino crímen y monstruosidad, y por supuesto, sin justicia el pensamiento pierde la gracia de Dios, único bien que no perece, único que da la verdadera felicidad. Esa pasion por la justicia fué la gran virtud de Gullemiro desde la cuna hasta el sepulcro.

Uniéronse en él en peregrina mezcla los tipos del valor, del talento y de una virtud filosófica. Ademas de los títulos de su corazon y de su alma, la naturaleza puso en su rostro y en su aspecto todo un pagaré á la vista de amor y de felicidad: pero los hombres se negaron á pagarlo. Fué siempre calumniado, y del empeño que en ello ponian sus émulos se deduce que conocian su grandeza. El tamaño de la envidia marca siempre el tamaño de lo envidiado. Sus émulos fueron casi todos hombres de mérito: no celan al condor sino aves de alto vuelo.

Como vivia alejado de la sociedad, la calumnia logró desfigurarlo, tanto que muchos tenian de él la mas triste idea. Los pocos que lo conocian íntimamente lo reverenciaban. Uno de estos le dijo una vez que algunos hablaban mal de él, á lo cual él respondió: "Desde Adan hasta nosotros los hombres de todas partes, por su ignorancia y sus opuestos intereses, han vivido devorándose entre sí. Al cadáver lo devoran los gusanos, y miéntras el hueso tiene algun jugo tiene siempre una polilla que lo roe. Los que aspiran sin méritos, son la polilla natural de todo mérito, aun del que no aspira á nada. No existe un solo hombre á quien otro no denigre. Cuando todos los gremios acusan á un hombre de una falta, la mancilla del hombre es probable; pero cuando solo lo acusa, y con pasion, su propio gremio, entónces, sus denigradores, al fin solo logran enaltecerlo. Yo cambiaria sinembargo el triste orgullo que causa el verse atacar sin motivo por tantos hombres de mérito, por el orgullo

mas grato que me causaria el que me conservasen su antigua amistad. Dos grandes bienes me han hecho por el aislamiento á que me reduce su injusticia: el uno es disminuir mi trato y por supuesto mis disgustos, y el otro empeñarme, á fuerza de virtudes y estudios, en hacerme mejor que ellos. Las amistades de la juventud forman la atmósfera de las afecciones del corazon; esos amigos, todos, me han traicionado: todos, se han hecho, mas ó menos, mis enemigos. Mis amigos se han servido recíprocamente de instrumento para elevarse: la amistad fué para ellos el factor de una cuenta: por mi carácter no podia servirles: fuí una cuenta errada, y por supuesto me borraron......Dos venganzas le he pedido á Dios contra ellos: la una de poder hacerles algun gran beneficio; la otra, que cuando ellos y yo desaparezcamos de la tierra, los que nos juzguen por las trazas que sobre ella dejemos, decidan que fuí mas útil que ellos á la pobre humanidad."

Así hablaba Gullemiro de los que le habian quitado hasta cierto punto la estimacion pública, sinembargo de que la estimacion y el amor de los hombres era la gran necesidad de su alma. Pero él no podia odiar. Alguna vez se propuso odiar siempre y ser hostil á los que se cebaban en su sensibilidad como buitres, y una hora despues, viendo su injusticia como efecto de la humana miseria, los compadecia y hasta volvia á amarlos......Para él la gloria no valia nada por la admiracion sino por el amor: por eso la única gloria en que soñaba era la de ser útil. Su ideal en glorias, habria sido el de hacer feliz á toda la humanidad.

Aunque la maldad era de todas las desgracias humanas la que le causaba mas horror, era sinembargo la que mas compadecia. Le daba mas lástima un hombre culpable, que un enfermo incurable y que un pordiosero, porque decia que si estos se resignan se acercan mucho á Dios, y que la culpa aleja de él hasta perderlo y este es el infinito mal. Segun él, los asesinos y envenenadores, y los calumniadores que son los envenenadores de la honra y del alma, son los seres mas distantes de Dios, y los que mas se acercan son aquellos de las víctimas de esos monstruos que llevan la virtud hasta compadecerlos y aun servirlos.... Para amarlos se necesita ser Dios......

En su juventud él resolvia en un instante, y con su brazo, las intrigas enemigas: pero despues, magnánimo por una alta razon, solo se creia mas grande que sus enemigos cuando sentia en sí el poder de perdonarlos. Era tan cabal en sus prendas, que una vez, en una reunion de campo, un jóven, conociendo que Gullemiro habia impresionado á su pretendida, concertó con sus compañeros el ridiculizarlo. Emprendió la burla el jóven, y él, aunque con cortesía y dignidad, lo puso en tal ridículo que el jóven lo insultó groseramente. Gullemiro lo vió con ese aspecto helado pero terrible que revela el tamaño del corazon, y volteó la espalda para irse. Otro famoso guapeton que allí se encontraba se precipitó so-

bre él. Gullemiro de un solo golpe lo tendió sin sentido, y fué el primero en levantarlo y socorrerlo.—Escusadme, señores, dijo, y ya se iba. Un tercero lo desafió á la pistola contando con su habilidad.—Acepto, le respondió Gullemiro, para mañana, con la condicion de que ahora mismo tiremos al blanco y que el que pierda le dé un abrazo al otro. Tirarémos diez tiros cada uno.—Bien, dijo el adversario seguro de aterrarlo con su destreza. Dió así una tregua al afan de la reunion. Van, tiran, y los diez tiros de Gullemiro pegan casi en el centro.

Vacilaba el jóven en dar el abrazo á Gullemiro, y este estrechándolo cordialmente le dijo: hasta mañana á las siete, aquí mismo; y desapareció. El dia siguiente al llegar su contrario le abrió los brazos y le dijo: ayer le tocó á U. y hoi me toca á mí: seamos amigos. Hizo lo mismo con el del porrazo y con el del ridículo y los presentó á una lucida reunion en la que se encontraban los del dia anterior. Todo lo tenia preparado para un obsequio delicado, y él por su parte estuvo tan fino y tan cortes que logró hacerles pasar un dia de esos que no se olvidan......

Uniéronse en él, en peregrino conjunto, una de esas bellezas magnéticas, unas ideas tan elevadas y tan puras y una fuerza y un arrojo tan invencibles, que lo hacian casi estraordinario, y si no descubria, sino rara vez, su carácter esencialmente fino y esquisito, era porque una tristeza que bien pudiera llamarse filosófica le quitaba en todo la ilusion, poniéndole siempre delante la última verdad de la cosa en cuestion. Todo hecho lo pasaba un instante por el crisol de la razon, veia la verdad de la cosa en sí y sus consecuencias, y seguro de que tanto el bien como el mal de una situacion, depende de la naturaleza ó del hombre, deja pronto de existir, veia sin ilusion ni entusiasmo pasar los hechos de la vida, como quien vé correr un rio, y consideraba su propio ser como una de las tantas gotas de ese rio que chocándose entre sí corren á perderse en el mar de la eternidad, en el piélago del olvido.

Decia: "cuando la rueda de los acontecimientos circula con violencia, el que se toca mucho con ella, se afila algunas veces, otras veces se rompe, y siempre se gasta. La vida en todos sus actos es una constante lucha: luchan siempre las necesidades y las pasiones opuestas entre sí, luchan el bien con el mal y la vida con la muerte.... El que quiera ponerse por encima de la comun mezquindad, que no luche, que se ponga por encima de sus propias pasiones, y que, en las victorias que da la lucha, no vea las falsas grandezas sino los males que se han hecho para alcanzarlas. Que no vea, por ejemplo, los campos de batalla en el instante de sus glorias carníceras, sino una hora despues, cuando ya solo se ven cadáveres y sangre, y cuando ya solo se oyen espantosos alaridos. Que en la lucha de dos hombres solo vea lo que al fin ha de quedar, el vencido padeciendo y arrepentido el vencedor. La verda-

dera grandeza es la que, superior á la pasion, al interes y á la fementida gloria, no toma parte en la lucha incesante de la humanidad, y la ve, poniendo el alma bien léjos, aunque llena de compasion. Los bienes de las pasiones son siempre fugaces y casi siempre funestos: los bienes de la razon son eternos y siempre dulces.... A toda lucha sigue la calma, á toda bulla el silencio, á toda pasion la tristeza ó el dolor, y á toda vida la muerte. Todo cambia y perece: solo una cosa es incesante y eterna y es la lei del deber y la justicia de Dios.... Las pasiones son las cuerdas con que el genio del mal nos amarra y nos tira para alejarnos del deber y por supuesto de Dios, y solo el alma del justo, cuya virtud corta la satánica cuerda, solo esa alma es verdaderamente grande."

Su alma se fundia en compasion por cuanto sufria. En un escrito suyo, se léen estas palabras. "Moriria de tristeza si yo hiciera mal á otro hombre. La forma humana me da lástima: compadezco todo lo que siente." Jamas permitió que se maltratasen los animalitos. La piedad era el perfume de sus grandes virtudes. Nada compadecia tanto como á un hombre malo, y era sinembargo inexorable en el castigo de todo crímen sobre todo en aquellos que atacan la sociedad. Sensible cual Lamartine; severo como Caton.

Esplicando por la impunidad la ruina de su patria, decia "Existen, no hay duda, el crímen y la virtud, y por supuesto tambien el premio y el castigo. Solo debe desaparecer el castigo de donde ántes haya desaparecido el crímen. Y en mi patria, ¡feliz privilegio! ha ido desapareciendo el castigo á proporcion que el crímen ha ido tomando formas mas espantosas. Donde hay crímen y no castigo, el crímen dá la ley, la virtud huye aterrada y el desórden es el señor del cáos en que se pierden los hechos y el pensamiento. La primera de las leyes sociales, el primero y mas santo de los derechos es el órden, y donde hay culpa y no castigo el órden es imposible. Lo que pasa mucho tiempo en desórden al fin se pierde, y siendo el desórden un hecho en mi patria, por que lo es la impunidad, es evidente que mi patria se pierde. La gran virtud que se necesita para ser cruel por piedad no cabe en nuestros pequeños corazones."

Su imaginacion y hasta su razon eran esencialmente poéticas: pero no le gustaba el verso. Deleitábanlo los perfumes y los arreboles de la naturaleza y del pensamiento humano. Era parásito de lo bello y de lo grande; pero jamas los encontraba sino en lo verdadero y en lo justo. Las ficciones y las licencias llamadas poéticas le parecian la ley de un gusto enfermo que no encuentra en la obra de Dios las bellezas y los néctares en que tanto abunda. La mas poética de sus delicias era la que gozaba cuando en la silenciosa tiniebla de la noche, sumido en religioso recogimienio, penetraba con los ojos del alma en las encanta-

doras maravillas de la creacion visible, y cuando, mas audaz, penetraba en las inconcebibles maravillas de la invisible eternidad y del infinito Hacedor. Para el alma que se nutria con las bellezas mismas de Dios, para el fanático por la verdad, para aquel cuya gran pasion fué la justicia, para aquel cuyo solo fin era Dios y cuyo único medio era la razon libre; para tal hombre, se entiende que los escritos en asonantes y consonantes debian ser insoportables, á ménos de ser sublimes.

Me comprometí á revelar el gran defecto de su juventud. Fué seductor: pero no de esos seductores aleves que engañan, sino de los que engañados ellos mismos por la pasion encantan y fascinan el alma de una mujer echándole por el oido el mas dulce de los venenos. Su machiavelismo era el instinto de sus grandes pasiones juveniles y no la obra de una razon corrompida. En la edad de la razon respetó el honor de la mujer como el sagrario de la familia y de la sociedad. La rosa que mas pronto se marchita es la que mas temprano se arranca de la mata, y la belleza es como la rosa, arrancada del árbol de la virtud pierde al punto su néctar y sus encantos.

La belleza sin la virtud pierde todo lo que tiene de divino: es un árbol precioso pero maldito, y el que busca en su sombra refrigerio contra el sol de las pasiones se hincha envenenado como á la sombra del manzanillo; la fragancia de su flor es letal y la delicia de su fruto mata.

Conquistaba con su mirada el derecho á la primer palabra y hablaba de su amor sin preguntar si era amado. Contaba á la una su inclinacion por otra, como cosa ya pasada, para insinuar sutilmente el celo en el corazon y transformar en pasion aquel primer enternecimiento. Forzado así el orgullo por la rivalidad se desvive ansiando por la preferencia, y si ya hay amor, hasta la mas altiva se empeña ella misma en rendirse. Solia ser cuando estaba ya á esta altura, que preguntaba si era ó no correspondido. La jóven, en su incauta curiosidad, le hacia mil celosas preguntas, y él le confiaba favores que fingia recordar con indiferencia. Pretendia entónces ella hacerle interesantes los suyos y cautivarlo con sus mas exquisitas ternuras, con sus mas inocentes caricias.... Oh! jóven que esto lées. Si te llegare ese trance, detente: así abres un sepulcro á tu pureza y un manantial á tus lágrimas. Tiembla de ese primer favor que supones inocente: puesto que en amor todo favor es fatal, no hay favor inocente.... Dos jóvenes que se aman inocentemente, despues de esa primer caricia pierden sin duda la razon.... Un veneno, dulcísimo aunque voraz, se forma en los sentidos al contacto de los dos y fermenta en la sangre que llega corrosiva al corazon: el espíritu sufre una fiebre indefinible, y pasando poco á poco de la paz á la inquietud, de esta al afan y del afan á las ansias, el alma cae en la esclavitud de esa pasion.... Ambos, y ella sobre todo, desean verse

y se temen, y sin duda que el uno no temeria al otro si no se temiera á sí mismo. En este estado ya, una corta ausencia es de alta estrategia. Ella, mas apasionada se desvive en la ausencia, le fastidia todo lo que no le habla de su amor y suspira por repetir aquella primera caricia que en valde pretende olvidar. Se desespera al sentirse el alma presa, tiembla de la debilidad que siente en sí y el remordimiento asoma en su corazon. Conoce al fin que está ya en el umbral del recinto fatal de las pasiones, y ve con pavor á su portero, que es el afan sin tregua, que le dice: "desgraciada, avanzaste hasta verme á mí; ahora es tarde, que entres ó que no entres olvida la paz del alma. Tienes ya el anzuelo de la pasion en el pecho y yo tengo la cuerda de ese anzuelo: que te rindas á la pasion ó que triunfes de ella, hagas lo que hicieres, serás mi esclava, y si nó, dime, ¿hay un solo instante en que no sientas en el alma el afan de tu pasion? A las francas caricias de tu madre y á la alegría de tu familia, han sucedido las lágrimas y el silencio, porque ven flameando ya en tu pecho mi pabellon tirano."

Encendido ese primer deseo, y aun en competencia, la violentan el amor y el amor propio á alcanzar á todo trance la exclusion de su cariño. Cuando ya la pasion llega á ese punto de que no puede volverse, si la rabia de los celos entra en ella se hace extremamente exigente y para alcanzar sus exigencias concede las que le hacen.

Mi objeto al levantar el velo á la seduccion juvenil, no es dar armas á los corruptores, que siempre las tienen, sino hacer ver á la inocencia los lazos con que amadores fementidos la arrastran á la pasion y al infortunio.

Era tan sensible que el único pesar de sus años de inocencia fué el no poder amparar á los infelices que veia abandonados al rigor de su suerte. Esto agriaba sus placeres juveniles, y como todo niño importuna con la idea que mas lo impresiona, este apesaraba preguntando la causa de la fatalidad de aquellos y de su horrible desamparo.

Al llegar á la edad en que se piensa, la gran ilusion de su alma fué la de que álguien encontrase el modo de remediar las miserias humanas, y el bello ideal de su gloria era, que fuese á él á quien Dios acordase esa fortuna. Mas tarde, en la madurez de la esperiencia, creyó que la perfecta dicha solo era posible en la absoluta inocencia y que esta es imposible porque las necesidades, la ignorancia y las pasiones inherentes al hombre, hacen necesario el error, el mal y la maldad; y entónces, parado á la orilla del torrente de la vida, despues de haber naufragado en él, veia correr las cosas y los hombres hácia el abismo del mal y de la muerte, con esa infinita resignacion con que las grandes almas ven cumplirse la voluntad de Dios.

Las tinieblas de la ignorancia esconden al hombre la verdad, á tal punto, que el que mas sabe no pasa de la duda en las cosas que mas le interesan en este mundo y sobre todo en el otro; de ahí el error y por consiguiente la maldad, las pasiones y las miserias que hacen del mundo un cáos y un mártir del hombre que es virtuoso, á pesar de la duda.

En la pura candidez de su larga infancia sonrieron siempre en sus labios la bondad, el contento y la paz: despues, al nacer sus pasiones, dos grandes dominaron su corazon, la pasion por la justicia y la pasion por lo bello, y sobre todo por lo mas bello de la creacion, que es la mujer. La pasion por la gloria entró en su pecho ántes que su pasion por la razon y por la justicia; y creyó, miéntras tanto, que la gloria consistia en elevarse y sobreponerse á los demas. Despues solo reconoció esa gloria hermosa que consiste en sacrificarse á los hombres y no en sacrificarlos; y cuando ya esta gloria marcaba el alto temple de su alma, conoció á una jóven llena de gracia y de virtud, tal cual la soñaba su fantasía cuando en busca de lo perfecto se iba hasta lo ideal.

Amóla con todo su corazon: ya no fué mas veleidoso: ella habia decidido el problema de su suerte. Si amor desconfiado y desleal no es amor, puede decirse que por primera vez amó, pues que hasta entónces no habia amado con esclusion, ni con fe. Disputáronse en este afecto la ternura y la vehemencia, á tal punto que, cambiándole enteramente el alma, transformó para él el mundo que lo rodeaba. Sinembargo, este cambio no influyó en sus sueños de gloria, al contrario, los avivó mas y mas; pero al fin, el tiempo y el dolor lo arrastraron de verdad en verdad hasta hacerlo palpar á Dios, al aspecto de cuya gloria desaparecieron de su mente las glorias humanas como desaparecen las estrellas al presentarse el sol, ó mas bien, como desaparecen míseras ilusiones ante la absoluta realidad.

Su frente siempre nebulosa revelaba sus cavilaciones, y al traves de esas nubes que le oscurecian el alma se traslucian los brillos del genio, como cuando se entrevée la bella luz de la luna por entre oscura mar borrascosa. Su natural gravedad, poco compatible con la pueril alegría de las almas frívolas, y el amor que tenia á sus penas por el que tenia al objeto que las causaba, degeneraron de tal manera su carácter primitivo que veia la constante alegría como consecuencia forzosa de la ignorancia ó de la simplicidad. Desdeñaba con lástima al que, despues de cierta edad, vivia en la riza y el regocijo, y decia: "ó este infeliz es tan torpe que no conoce la miseria humana, ó si la conoce es tan insensible que no la siente."

Los hombres que en medio de las grandezas de la fortuna conservan las grandezas del alma, son bendiciones para la humanidad, pero son rarísimos. De los grandes afortunados, unos se contentan con creerse

mejores que los demas, otros, crueles, se placen en humillar al desgraciado bajo el peso de su nombre y de sus riquezas, y algunos van hasta exigir que los traten como mejores, como de una condicion superior. A estos, la humanidad les niega su amor y los nobles corazones les huyen y los miran con desprecio.

La gerarquía del dinero es inevitable y no humilla; el rico conoce su poder, pero reconoce su igual derecho. En las gerarquías de sangre cada timbre es una afrenta á la razon, cada diferencia un robo, un atentado contra la justicia y contra la dignidad del hombre. Es justo que á los que han hecho algun beneficio á su patria ó á la humanidad se acuerde mas estimacion, pero no mas derecho. Los sabios y los valientes tienen el mismo derecho que el ignorante y el cobarde. Todas las diferencias humanas son iguales ante el derecho; la única diferencia que establece una aristocracia legítima, que hace á un hombre mejor que á otro y que da desigualdad de derecho, es la diferencia que existe entre el crímen y la virtud.

Yo he visto agitarse la gerarquía que llaman nobleza y creí oir removiéndose la cadena de la esclavitud humana. Despues he visto agitarse esa gerarquía de ruines tribunos, parásitos del cáos, que, desatando los vicios y las pasiones para elevarse, establecen la aristocracia de la ignorancia y del crímen y remachan así la cadena de los pueblos. La virtud, la justicia, la sabiduría, el progreso, la libertad y la igualdad legal son posibles con la aristocracia de cuna, pero son imposibles con la aristocracia de crímen que surge por fuerza de la demagogia y sus desórdenes.

Entre el despotismo de un solo hombre y la caótica tiranía de muchos en la demagogia, hai la misma diferencia que existe entre una borrasca causada por un solo viento y otra causada por muchos vientos opuestos que forman olas que se chocan entre sí, y contra la cual no hai ciencia ni para acomodar las velas ni para resistir á la ola. La primer especie de borrasca, en lo social, llega rara vez á ser terrible y si consolida el órden produce prosperidad: la segunda especie es siempre un cataclismo espantoso; jamas produce sino lágrimas, sangre y desesperacion, y su único remedio es un hombre superior á los otros, que cual huracan que arrastra á los otros vientos, impela la ola social en un solo rumbo, el del órden y del trabajo.

Entre estos dos estremos está la justicia: todo lo que salga de ella, sale, mas ó ménos, de la gracia de Dios, y puede ir hasta su maldicion. La justicia pura no existe en ninguna sociedad: por eso nada hai tan augusto en lo humano como la sabia resignacion del justo en el infortunio, y abrumado por la injusticia. Suele ir de prueba en prueba, magni-

ficando su virtud, hasta hacerla lucir, entre las sombras de la comun injusticia, como rodeada de una aureola de divinidad. A la edad de las pasiones y de la razon desaparece mas ó ménos la inocencia del alma, y solo el justo la conserva á pesar de las pasiones y á favor de una razon privilegiada. Instintivamente alejamos al niño inocente de un malvado conocido, como temiendo que le inficione el alma su aliento emponzoñado. El inocente y el justo distan tanto del crímen como dista la gracia de Dios de su espantosa maldicion. Ni los individuos, ni las sociedades hallarán jamas su bien sino por la senda de la justicia.

La virtud es siempre compasiva y tolerante. La intolerancia supone, ó una hipocresía especulativa y cruel, ó una funesta idea sobre la esencia y sobre la piedad de Dios.... La misericordia y por supuesto Dios huyen de donde impera la intolerancia, sistema de mártires y verdugos: por eso, la verdadera religion, fiel á la justicia y á la piedad, ídolos santos de la razon, quisiera arrancarle su máscara ante la opinion que la sostiene, para que esta viera cómo por su error perpetra su propia afrenta y su mal.

Esas dos gerarquías, la de los tiranos esplotando el sudor y la libertad de los pueblos y la de los tribunos esplotando su sangre, son las dos masas del trapiche que convierte al hombre en ese bagazo que llaman los *miserables*, condenados al hambre, al crímen y á la esclavitud por esas dos gerarquías que les niegan la luz del alma.

Los ambiciosos, los que se creen de una clase superior, los hipócritas, los intolerantes, los tribunos, los revolucionarios y todos los que de algun modo rompen la divina justicia para esplotar á sus semejantes, son las pestes de la sociedad, las que producen los miserables. Y esos hombres pestes existirán miéntas no se presenten almas grandes que dén á esos miserables la luz de su propia razon. Entónces y solo entónces será racional ese sueño de autonomia, ó lei de sí mismo, con que los fementidos amigos de los *miserables*, provocan sus pasiones, como si el ignorante, el espíritu ciego, pudiera gobernarse por sí. ¿Por qué no llaman como Kant, autonomia aquel estado del alma que superior á las pasiones solo obedece á su razon? Llaman autonomia el imperio de la voluntad propia, por injusta ó por funesta que sea; miéntras que la conciencia universal y absoluta dice, que la única autonomia legítima, es aquella en que, el que rompe la lei de los hombres, obedece estrictamente la lei del deber, la lei de la justicia, la lei de Dios. Solo el justo, el fiel esclavo de la lei de Dios, tiene derecho á la autonomia social. Sostener la autonomia de las pasiones, borrar toda lei, es fundar el cáos, es santificar el infierno, es hacer la apoteósis del espíritu del mal.

Pues que el amor del malo mancha ó hace sospechoso al bueno, el

encono con que me verán esos hombres que llamo pestes morales, me honra probando que arrostro todo peligro por ser fiel á la justicia y á la piedad, dignos ídolos de mi razon.

CARACTER.—PRINCIPIOS.

Un domingo por la mañana, cuya víspera habia pasado escribiendo y mui abatido, me propuso lo acompañase al campo á donde iba á distraerse. Despues de una hora de carruaje llegámos á un bellísimo jardin de recreo. Encontrámos allí á muchos jóvenes de diversas creencias que, orgullosos de sus talentos, disputaban sobre si el hombre es ó no inmortal y sobre cual seria el verdadero entre los tantos Dioses que ellos reconocian.

Cada uno esponia, como pruebas, simples suposiciones, que necesitarian ellas mismas de prueba y muchas de ellas improbables. Se enardecian ya, y el fervor, diferente en cada uno, hacia la pasion de todos, cuando una risa insoportablemente irónica de Gullemiro hizo que todos se fijasen en él, y que despues, al verse entre sí, encontrasen en cada uno el rojo de la humillacion....

Hay hombres que tienen en su gesto una espresion mas enérgica y mas fiel que la palabra. Estos son los que tienen grandes pasiones, ardiente imaginacion y sensibilidad, y una razon tan grande que alcanzan á reprimirse. Las pasiones, efectos de la parte física, hacen que esta se retuerza cuando la divina razon las amarra y las rinde. Las pasiones, sin igual en Gullemiro, comprimidas por una razon mas grande aun, producian en él la espresion de un tal desprecio, como asco, que él se reprobaba y se empeñaba en disimular.

Apénas conoció Gullemiro que habia ofendido cuando se levantó y se salia haciéndose el distraido; pero un jóven, que allí pasaba por Español, le dijo en tono irónico :—Caballero, veo que estas cuestiones están resueltas para U.: si U. tuviera la bondad de sacarnos de dudas á nosotros. En su cara conozco que U. tiene razones suficientes para creer como U. crée y para reirse como se rie.

Gullemiro volviendo sobre él con viveza le echó una mirada terrible, pero tomando al punto aquel aire de tranquila magestad, propio solo de las almas grandes, dejó apénas que sombrease su desden, y le dijo: convengo en hacer tambien mi profesion de fe, sin sostenerla porque me repugna la discusion: pero necesito para ello que todos lo deséen y que me ofrezcan no interrumpirme.

—Hablad, le respondieron todos: oirémos en silencio.

A las sombras de su apacible tristeza sucedieron en el semblante de Gullemiro las de una severa meditacion.—No espereis, señores, dijo, nada de grande ni de bello de un hombre que no tiene ilusion de nada, cuya gran ciencia es la duda y cuyo único bien es una tristeza. Si alguno de UU. profesa dogmas de cruel intolerancia, nada temo; mi dogma, la ley de mi Dios, me manda perdonar y tolerar hasta la misma intolerancia. Esa intolerancia es, tal vez, una de las miserias de nuestro destino y seria irracional el atormentar á uno de los compañeros de nuestra triste suerte en este mundo por cuestiones de lo que se pasa en el otro. Esto es atormentar la vida por cuestiones de ultra tumba: cuestiones inútiles, pues solo á la muerte es dado el revelar sus propios secretos. Siendo, pues, imposible saber del otro mundo sino pasando á él, y estando claramente escrita en nuestra conciencia la ley de nuestros deberes en este mundo, y siendo Dios quien nos dió la conciencia como luz del bien y del mal, claro es que la ley del deber para este mundo es la misma ley del deber y de la esperanza para el otro. En cuanto, pues, á tu suerte en este mundo, fíate solo á tu conciencia, y en cuanto á tu suerte en el otro, confía solo en Dios.

Dirigióse al formular esta sentencia al Español que principiaba á conocer el tamaño del hombre que tenia delante.

—Al decir conciencia, no hablo de esa funesta voluntad, obra de una educacion *ad hoc*, con que nos empeñamos en hacernos creer á nosotros mismos cosas que repugnan á la razon, hablo solo de esa voz íntima que se alza sobre todo y nos grita: eso es irracional, la autoridad te engaña. La sola voz de Dios está en tu propia razon, y esa otra voz que te venden tan caro, como voz del cielo, es solo la voz de la sacrílega impostura que en nombre de Dios esplota á la ciega humanidad. Todos los hombres reconocerian el mismo Dios, y lo adorarian del mismo modo, si esos esplotadores no le hubiesen impedido el uso libre de su razon. El autor de la naturaleza y la religion natural están al alcance del simple buen sentido. Pero la autoridad tutora ha envenenado en la infancia el alma de la humanidad, haciéndole creer que Dios condena la razon que él mismo le dió por guia. Pasan de mil los Dioses y las religiones en que cree la humanidad, y esta monstruosidad depende de que se somete á la autoridad y reniega de su razon, y renegar de la razon, luz de Dios, es renegar de este.

Como no puede haber dos verdades diferentes sobre la misma cosa, claro es que de esas mil religiones diferentes solo una puede ser verdadera: las demas son necesariamente falsas, y sin embargo cada secta cree á ciegas la suya y echa anatema sobre las otras. Entre vosotros hai ocho ó diez religiones diferentes, y cada uno, apoyándose en una autoridad diferente, sostiene que en su fe está la única verdad. Yo reconoce-

ré como verdadera aquella de vuestras religiones que tenga por única base la razon natural ó á la que pruebe que esa razon del hombre no le ha sido dada por Dios sino por un ser malo y tan poderoso que se la ha dado á pesar de Dios. Y como es un bestial sacrilegio el declarar que otro ser pueda mas que Dios, claro es que yo no debo declarar verdadera sino á la religion que tenga solo la fórmula pura de esa razon de Dios. Pero tanto vuestras ocho ó diez religiones como las otras mil existentes condenan la razon natural, exigen fe ciega en cosas inconcebibles y se dicen fundadas por el mismo Dios que vino al mundo á dictar el modo con que todos los hombres deben adorarlo. Probad que vuestras creencias reconocen por base la razon, ó probad que la razon no es dada por Dios al hombre, ó convenid en que vuestras creencias son todas irracionales.

Mis creencias no pasan de lo que dictan la naturaleza y la razon.

La meditacion entrevé en los eternos abismos de lo invisible la pasmosa sombra de ese infinito ser, sin el cual la existencia, el deber, la responsabilidad y la esperanza no serian sino sarcasmos. Mi razon ciega ya en esa oscura region de las sombras, las entrevé y oye claro que le dicen que el hombre es inmortal y responsable ante Dios : pero al preguntarles cómo armonizan el libre albedrío, sin el cual no hai responsabilidad posible, con la presciencia de Dios que es necesaria, huyen las sombras al último confin de esos abismos, y allí, en medio de la tiniebla mas absolutas ve escritas con caracteres eternos la palabra DUDA.

El pensamiento impelido por la razon tras la verdad, cae, mas allá de lo visible y mundano, en la mansion de esas sombras que vé y no entiende, que se deshacen al tocarlas y que infundiendo una conviccion sin raciocinio hacen que el ignorante desconfie de su propia razon y ponga fe en la razon de otro y en las maravillas.

A la muerte sigue necesariamente, ó la nada ó una vida responsable ante un infalible juez, y el ignorante, lleno de pavor ante esta alternativa que su razon no puede resolver, se entrega con fe ciega á la razon de otros que le dicen que conocen la otra vida, que han hablado con Dios y que este manda que la humanidad no haga uso de la razon que él mismo le dió, so pena de castigos espantosos. Cada secta establece que fuera de ella no hai salvacion, y cada uno de los creyentes de cada secta pide á Dios con fervor y contricion que el resto de la humanidad se hunda en eterno abismo.

¿ Será esta la verdad de nuestros destinos definitivos, será esta la justicia del Omnipotente, será esto lo que mandan la razon natural y la divina conciencia ? ¡ Oh piedad, flor del cielo, Dios te legó á los hombres como consuelo de sus miserias y como gaje de salvacion ; y los hombres en sus fanáticas pasiones, te convierten en instrumento de fatri-

cidio y de sacrilegio!.... Cada secta llama impío al que movido de piedad no echa anatema eterno sobre todo el que no la sigue....

Pero ya os tendrá fatigados el oirme criticar todas las creencias sin deciros cual es la que sigo. Mi religion es la natural, la de la razon, la que todo hombre siente en el alma.... La incredulidad suele ser el espíritu de algunos tontos, y la credulidad es frecuentemente la tontería de algunos hombres de espíritu. El verdadero sabio, justo en la verdad, no cree ni niega sino por conviccion, y cuando no alcanza la conviccion permanece en la duda.

Hai una cosa de que nadie duda y es que hai un Ser Omnipotente, creador de cuanto existe y que debe adorarse. Pues reúnanse los hombres en templos cuyos altares no tengan sino un ojo entre nubes representando el ojo divino que nos vé siempre y donde quiera.... Que cada uno le dirija la oracion que le dicten su suerte y su razon, y que se compongan oraciones que no se dirijan sino á ese Creador, á ese Dios infinito, necesario y Omnipotente, que todos los hombres ven tan claro en el fondo de su alma.... El fervor y la contricion se entienden cuando se pide perdon y gracia á un Dios en el cual se tiene la fe de la conviccion y no una fe convencional. El fanatismo y el cálculo ahogan la razon, pero su divina mision la hace invencible y habla á pesar de todo y hace que la duda sea la única fe posible en el que no tiene conviccion.

La única voz con que Dios ha hablado al hombre, y por tanto la única que infunde conviccion, es la voz de la propia conciencia: toda otra voz puede ser impostora y fementida.... Oyendo esa voz y evocando á Dios para que sea testigo de mi sinceridad declaro que mi único dogma es este:—Dios, bien y mal, inmortalidad y responsabilidad.—El único milagro que reconozco es el de la creacion: mi única oracion es la del que reconoce su miseria y teme y ama á Dios sobre todo: mi único templo es la naturaleza y mi único confesor es Dios.... El hombre que es justo á los ojos de la razon es el único santo ante Dios, y el que tiene ó finge una fe que condena la razon, es ante Dios un tonto fanático ó un hipócrita especulador.... El que alcanza las virtudes de la razon, ley de Dios, gana su gracia y será premiado. El inocente que engañado por otros reniega de la razon, y por supuesto de Dios, alcanzará misericordia; pero los que sabiendo lo que hacen ahogan la voz de Dios en el alma de sus semejantes, esos son la causa de todos los males de la humanidad y serán de ello responsables ante Dios.... La única grandeza y la única gloria que desearia para mí seria la de reconocerme yo mismo como un hombre de pura razon, como digno del título de justo. Pero la virtud, esa grandeza, no está en la razon sino en la justicia. Las pasiones arrastran frecuentemente la mas alta razon hasta la injusticia y hasta el crímen.

Por pura curiosidad deseásteis oir mi profesion de fe; y yo quiero ahora, para vuestra utilidad, que oigais tambien la confesion de mi alma. Oidme, jóvenes: la verdad práctica es esta. No le hagais mal á nadie; haced el bien que podais y vivid y morid tranquilos. Solo en hacer mal á otro hai pecado. Yo me sentí grande miéntras viví inocente, no hice mal á nadie, sentia á Dios en el corazon, en todo gozaba y nada temia, ni en la vida ni en la muerte; pero hoi, despues que hice desgraciada á la mejor de las criaturas, parece que Dios me abandona: para mi alma no hai sol, me circundan siempre las nubes de la tristeza y del terror, y no encuentro ni consuelos en la vida ni esperanzas en la muerte......

En fin, señores, he abusado tal vez de la bondad con que me escuchais. Olvidad si quereis lo que os he dicho sobre mis creencias: pero no olvideis jamas lo que os he dicho sobre las pasiones, sobre que el pecado y la desgracia nacen solo de hacer mal á otro.... No olvideis nunca que la gran religion, la única grata á Dios y al alma, es la de hacer bien á todos y mal á nadie; y si es cierto que siempre nos afligirá la duda, tambien es cierto que el Omnipotente que permitió esa duda es infinitamente misericordioso, y que al entregarnos á ciegas á él, y solo á él, habrémos hecho lo único que nos mandan nuestra razon y nuestras miserias.

Apénas acabó Gullemiro de emitir con sublime sencillez aquellas ideas, tan grandes que serán un dia la regla humana, cuando hizo con suave nobleza una cortesía al grupo y ya se salia; pero el Español le arrebató la mano y le dijo.—Me confieso rendido y me hago una gloria de declarar aquí públicamente que soi deudor á U. de mis desengaños. Gullemiro, no conociendo todo el sentimiento de aquella manifestacion, le dijo con calma:—Señor, nada he dicho que merezca tanto: así, hay en U. ó lisonja ó sarcasmo, y yo recuerdo á U. que no he buscado ni lo uno ni lo otro. Hablé por exigencia de UU. y les suplico me perdonen aquello en que los haya contrariado.—Lastimado el Español quiso insistir, pero él, hablando aún, hizo una inclinacion respetuosa y salió dejándonos como petrificados, viéndonos unos á otros en silencio y llenos de admiracion por aquel hombre extraordinario y tan superior á la vanidad que parecia no conocer su propia grandeza.... Como sabian que solo conmigo tenia largas conversaciones me hicieron depositario de los sentimientos de amor y respeto que de un golpe les infundió, en la esperanza de que yo se lo dijese á él....

ENCUENTRO TERRIBLE.

Hacia un rato que se habia ido hácia el lugar mas solo del jardin, cuando vino el Español diciéndonos:—Vengan para que lo vean llorar, ¿ Qué especie de hombre es ese, tan débil y tan fuerte al mismo tiempo? Efectivamente el Español nos condujo á un cuarto hecho de espesas enredaderas, desde donde, sin ser vistos, lo vimos, tendido sobre la arena, leyendo algunos papeles que sacaba de su cartera, y despues guardó esta y con el dedo escribia y borraba alternativamente en la arena varios nombres hasta llegar á uno que no borró y sobre el cual fijó una mirada llena de pasion y desconsuelo.

No quitaba los ojos de aquel nombre y tomaba con los dedos las lágrimas que le estorbaban verlo y las salpicaba sobre él. De cuando en cuando veia el cielo con una mirada de dolor y de resignacion que nos causaba una impresion indecible. El Español nos dijo que nos fuéramos y lo llamáramos de la casa para ir él á ver el nombre. Efectivamente, quedó el Español con tres mas y el resto nos fuimos á la casa y lo llamámos. Vino casi sin cambiar de aspecto, estuvo un momento, se excusó y se fué. Llegaron inmediatamente el Español y los otros entristecidos de haber visto el dolor con que habia borrado el nombre.

En la comida dijo el Español á mi amigo:—Caballero, U. parece profundamente triste; ¿ es U. desgraciado? ¿ seria acaso posible influir en su suerte? La espresion compasiva con que le hizo aquella pregunta un hombre que él creia irónico y cruel, conmovió hondamente su alma sensible, lo enmudeció, y no pudiendo hablar le tendió con nobleza su potente brazo y le apretó la mano con espresion de agradecimiento. Nada pudo decirle: el nudo del pesar le apretaba la garganta: acababan de lastimar su dolor y de enternecer su piedad.

Para que no se crea que la estrema susceptibilidad de Gullemiro desmiente su alto carácter, es preciso que se sepa que su desgraciado amor lo habia reducido á una especie de monomanía melancólica, y que al tocarle ese resorte se conmovia hasta las lágrimas y hasta la debilidad. Yo llamo debilidad aquella postracion, aquel abandono extremo en que parecia sumirse con gusto; no sus lágrimas francas, que solo probaban que bien pueden unirse el candor y la grandeza.

El hombre que es cándido sin saberlo, porque no puede ménos, no puede ser un grande hombre: al contrario, el que es cándido, aunque suspicaz, porque se place en la noble ingenuidad, ese, sin duda, tiene una alma grande, cualesquiera que sean por otra parte su posicion y su suerte.

Volvamos á lo que siguió al momento en que Gullemiro cerró la mano al Español. Una lágrima se escapó á Gullemiro, y él viendo la

sortija que llevaba, se dijo en su interior: "¡ai, todo lo has de amargar!" Nos vió, y al punto se le encendieron la cara y los ojos, y nos dijo con voz agitada:—Amigos todos, vuestra compasion me es grata, os la agradezco. Vosotros sois felices, y yo seria injusto si permitiese que mi suerte triste fuese á hacer sombra á vuestros placeres. Yo me reprocharia el quedarme aquí un momento mas.

Se levantó y salia ya cuando el español corriendo á él le dijo:—Soi un desgraciado: he perdido cuanto queria en la tierra y vago en la vida sin mas esperanza que la muerte. Desde que descubrí en U. una alma grande y desgraciada, supuse en U. la compasion del que sufre, y pensé buscar en su amistad un consuelo á mi horrible suerte. Si la desgracia tiene afinidad por la desgracia, ofrezco á U., por título á la suya, una amargura tal, que no puede hallar consuelo sino en un crímen, ni esperanza sino en la muerte. Si U. desprecia esta amistad porque me desprecia á mí mismo, entónces U. puede irse.

—No, respondió Gullemiro, disponga U. de mí: nadie inspira mas interes que el desgraciado y nadie sabe quererlo tanto como otro desgraciado. Ese título, que nos es comun, le basta: la suerte nos une: soi su amigo. Ojalá no sea U. como el amigo de mi infancia que me burló despues de haber sido durante diez años el mejor de los amigos. —No, dijo el Español: por este puñal que la venganza destina á arrancar la vida de un monstruo, ó si no lo logro, la mia que tan pesada me ha hecho él; por este puñal, emblema de honor y de deshonor, por él, que me representa de contínuo lo que mas quiero y lo que mas aborrezco, sí, sobre él y sobre mi corazon protesto que jamas haré mal á U. y que nadie se lo hará sino al traves de mi pecho. En fin, he perdido ya la esperanza de vengarme, y sonó la hora de cumplir el juramento que hice sobre el seno de mi hermana. Diciendo esto preguntó á mi amigo su nombre, este se lo dijo y él lo escribió en un documento que tenia en la cartera y que entregó á mi amigo despues de haberle hecho ofrecer á nombre de la amistad que su silencio seria eterno. Este documento era su testamento en que le asignaba una parte de su fortuna.

Puso en manos de Gullemiro su puñal en que habia hecho gravar en letras color de sangre, estas palabras: "me darás el gusto de vengar mi deshonor ó el de no sobrevivirle." Gullemiro no entendia cómo podia llevarse á tal estremo la venganza. Pasiones espantosas, no las entienden los que no las sufren! Ni una sola vez en la vida dominó la venganza en el pecho de Gullemiro.

Apénas vió el principio del testamento y conoció su objeto, cuando arrebatado de un noble trasporte le dijo:—Basta, hombre generoso, no es esa la causa de mi desgracia. Su accion me causa una impresion tan grande que mi agoviado espíritu apénas puede resistirla. A nombre de nuestra amistad guarde U. ese papel y olvide su desatentada resolucion.

Durante la comida conversaron mucho Gullemiro y el Español y hácia el fin de ella era ya tal la confianza que los unia, que Gullemiro preguntó á su nuevo amigo si le seria posible el contarnos su historia. Nos fuimos todos al cuarto tejido de enredaderas: allí nos llevaron el café. El Español nos entristeció contándonos la lastimosa suerte de su hermana; nos ocultó solamente el nombre de ella y el de su corruptor, porque así convenia á su venganza. Despues él confesó á mi amigo que tenia la mas grande curiosidad de saber la causa de sus penas. Todos declararon el mismo deseo, y Gullemiro los satisfizo á todos dando un color tan triste á su dolor que nos estremecia en ciertos lances, y no hubo uno siquiera que no tributase algunas lágrimas á su triste desventura.

El Español, sobre todo, con ojo húmedo y encendido, exclamaba: —¡Ah hermana mia! si oyeras esto, verias otra mujer tan malhadada en su amor como tú. Pero ¡qué diferencia! Tu amante, que adoras como á un Dios, es un monstruo abominable, miéntras que el amante de esta no la ha abandonado infamemente sino por una causa fatalmente invencible y vive lleno de amor y de dolor, suspirando por el feliz instante en que cese esa causa. ¡Ah! lo juro sobre el honor, si tu amante fuese como este, te perdonaria á tí y á él tambien.

En este momento entran dos cartas, una para mi amigo y otra para el Español. Yo observé que eran de una misma letra, y cuando el Español gritó al verla, "carta de mi hermana," temblé y ya no oí girar en mi derredor, sino las hórridas sombras de la venganza y de la muerte. El Español nos dijo: oid, y leyó lo siguiente: "Querido hermano,—el objeto de tu venganza está en nuestro país, ven pues á saciarla y á recibir el último aliento de tu hermana, cuyo corazon ha desorganizado el dolor. Dentro de dos ó tres meses te complaceré, dejando de amar al que crees malvado y aborreces, pero que yo adoro á mi pesar, cierta de que es noble y de que la causa de mi desventura es mas bien su desgracia que su culpa. Perdónalo, hermano querido, y ven á vivir con lo que resta de tu hermana. Veo con placer mi muerte porque ella te salva del deshonor, lavando mi mancha con mi vida. Si deshecha yo y mi deshonor, alcanzo le perdones, ¡qué dulce me será la muerte con que compre la preciosa vida del mejor de los hombres!"

Aquí terminó el pobre Español sollozando y pidiendo consejo á mi amigo, el cual le dijo con un gesto espantoso: ¡Bien pronto! Este habia conocido ser aquel el hermano de su querida, comparando la carta que acababa de oir con la suya que decia así: "Mi amor, mi Gullemiro: huye, infeliz; la aleve muerte te asecha. La sanguinaria venganza de mi hermano te atisba, escondida tras el falso nombre de un Español. Felizmente él no sabe el tuyo y he podido hacerle creer que tu verdadero nombre es Gullemiro. En la punta de su puñal ha estampado mi nombre, atravesarte con él el corazon con que dice que has seducido el mio.

Tiembla que te ataque el infeliz hermano que tanto hemos ultrajado y contra el cual, si eres noble y me amas, no puedes usar otra arma que la fuga. Pudiera, es verdad, tu brazo destrozarlo; pero ¿podrá tu corazon consumar mi desesperacion privándome hasta del placer de verte digno de mi amor? Para apresurar su salida de allá le digo que moriré dentro de dos meses, lo que él creerá porque me dejó ya muy quebrantada, pero desgraciadamente duraré algo mas. Me quitó la sortija que me diste y la carga siempre en el dedo para preguntar su nombre á todo el que la mire con atencion. Me ha quitado esta prenda primera de tu cariño, y tu retrato, como medios de encontrarte; pero me queda aun la mas querida prenda de nuestros amores, la *sola* que amo tanto como á tí."

Casi cierto mi amigo que aquel era el que suspiraba por matarlo, se aproximó á él temblándole el cuerpo, el alma y la voz, y con un tono y mirada que sobrecogieron al Español y que le hicieron sentir que no podia engañarlo, le dijo:—Es U. Americano?—Sí, respondió el supuesto Español en medio de la confusion y de la ansiedad mas grandes.—¿Se llama U. Felara?—Sí.—Qué asombroso silencio siguió á aquellas dos preguntas!

Al cabo mi amigo, con voz horrorosa, le dijo:—No se llama su hermana Almabella?—Sí.—¿No se llama Gullemiro su execrable seductor?—Sí.—Entónces le tomó la mano y vió el corazon de diamante de la sortija que habia regalado á Almabella en el entusiasmo de la felicidad. Esa sortija se la habia dejado su madre al morir. Se quitó de la mano otra que su amada le habia dado y la metió en el mismo dedo en que el Español tenia la otra, diciendo con voz capaz de partir las piedras: "juntaos vosotras al ménos." Esta sortija tenia gravado en el interior, " amor eterno de Almabella á Gullemiro."

El Español, casi agonizando, lo interrumpió gritándole:—¿Lo conoces? En nombre de la amistad, dónde está?—Silencio, le dijo mi amigo: aun no sé si mereces mi amistad. Entregaré á los rigores de tu venganza ese monstruo que aborrezco tanto como tú, pero ántes has de jurarme, por la amistad, que no te envilecerá el temor. Ese Gullemiro tiene, es verdad, como dice tu hermana, una alma buena; pero su terrible, su fatal corazon me ha perdido: á tí te manchó una hermana y á mí me hizo mancharme yo mismo: á tí te hizo desgraciado y á mí criminal. Por él sacrifiqué mi conciencia y me hice un infame, un malvado.—Al decir esto Gullemiro, se oyó un rumor sordo en toda la compañía: el gesto espantoso y solemne de Gullemiro les despelusaba los cabellos, les helaba el alma.—Criminal! criminal! se repetian en voz baja y hueca....

El Español llorando, en la terrorosa angustia de su venganza, sacó su puñal, lo cruzó sobre su corazon y sobre el de su amigo, y viéndolo

con espresion convulsiva esclamó: — Vengarás á un tiempo el amor y la amistad, víctimas de un malvado solo.—Mi amigo dijo que nos esperasen allí mismo, y á mí me llevó á la casa, me reveló el secreto de ser él Gullemiro, y me dijo:—Sonó ya sobre mi cabeza la campana de la muerte y voi á morir con gusto. Mande U. todo lo que ha sido mio á mi hermano Rodecife diciéndole que en el escritorio, cofre de mis recuerdos, están las reliquias de mi loca y fatal felicidad. Que todo lo lea para que aprenda á temer las pasiones, y que todo lo entregue al fuego. Y U., mi buen amigo, reciba anticipadamente mis finas gracias y el triste adios de quien lo estima dignamente.

No me atrevia á suplicarle porque sé que con la desesperacion no hai súplica que valga: ni tampoco osaba contenerlo porque sé bien que sus ímpetus son irrefrenables. Tomó una espada, escribió algunas líneas en la misma carta que habia recibido de la hermana del Español y voló conmigo á donde nos esperaban los otros.

El Español, al ver el aire con que se le acercaba, cayó en una especie de desfallecimiento convulsivo y se veian en su cara las sombras del dolor mas horroroso, porque habia leido el letrero de la sortija que le habia dado mi amigo y que él le habia visto en la mano todo el dia. Mi amigo llegó fuera de sí sin ser otra cosa que el autómata de la desesperacion.... su cavilacion era honda y terrorosa y su aspecto era una mezcla de tristeza y de bochorno. En fin, con espresion de abandono y de deseo de morir, entregó al Español la carta que acababa de recibir de su hermana y á que él habia agregado lo siguiente: "Soi á un tiempo el amigo cuya fe juraste y el malvado Gullemiro por cuya muerte suspiras. Quiero morir á tus manos, pero siempre tu amigo. No manches con mi sangre la amistad que sobre tu puñal me juraste. Protestaste no hacerme mal; pero qué mayor bien podrás hacerme que salvarme del martirio de una vida gangrenada? La vergüenza y el dolor de culpas fatalmente tales, que solo podria remediarlas incurriendo en otras mayores, hacen asombrosa mi vida y sin esperanza mi pena. Destinaste ese puñal al malvado corruptor de tu hermana: si me crees tal, si supones que soi indigno de la fe de un voto, limpia en mis entrañas el que aun empaña ese instrumento de tu venganza y lávalo con mi sangre. Pero si mas generoso acaso, quieres solo matar, sin vejar, no al malvado seductor, sino al infeliz amante de tu hermana, dígnate honrar mi muerte con mi espada. Evita á Almabella el dolor de que su hermano ultraje con vil muerte á su fiel amigo, que víctima de la desesperacion busca en tu venganza el último bien del desgraciado. En fin, dame dos placeres á la vez: con una de tus manos aprieta las mias atestiguando tu lealtad generosa, y con la otra vénganos á los dos, venga á un tiempo el honor y la amistad, abriendo á este corazon una brecha por donde brote la vida y el crímen que lo sufoca. ¡Qué débil será tu corazon si tiemblas de la justa venganza que el honor y la amistad te exigen! ¡Y qué bárbaro si niegas á un amigo en su último trance, la primera y última súplica que á nombre de tu jura-

mento te hace! Oyela: dí al dulce objeto de mi fatal cariño, que mi corazon bañado en lágrimas y en suspiros fieles, le dá en su postrer aliento su adios postrero."

Aquí terminó la lectura, y mi amigo acercándosele le dijo: "hace un rato que U. apretó mi mano en señal de nuestra alianza: apriétela ahora para probarme que aun me estima aunque me mata." El Español, ó mejor, el Americano, con gestos de la mas desesperada confusion, tiró el puñal.... Mi amigo le dió las gracias, le puso en la mano la espada y cerrando los ojos, le presentó el corazon.

El americano Felara, con la ansiosa voz de la agonía, le dijo:—¿Dices que mi puñal es indigno de herir tu corazon y crees que sea digna tu espada de envilecerme á mí? Ni mi puñal es bastante noble para honrar tu muerte, ni tu espada ni ninguna imaginable, lo es tanto que pueda evitar la mancha que echaria en mi brazo una accion infame. Si me encargas que no te rebaje, ¿por qué me exijes que me degrade á mí mismo? Egoismo en un hombre como tú y con un hombre como yo!.. Yo entiendo mui bien el que desees morir; pero no será mi brazo quien te dé la muerte, no!.... vive, que la vida es la peor muerte para el alma noble y culpable.

—Esa es tu fé! esclamó mi amigo; me juraste matar á Gullemiro, te lo presento y tiemblas! —Sí, repuso noblemente el altivo Americano: nada vale ese voto, pues que lo hice sin saber que un fatal desenlace lo haria contrario á otro juramento anterior, vigente y mas sagrado. En fin, mi corazon te perdona y á su pesar te ama con admiracion pavorosa. ¿Qué estraño es que hayas encantado, con primores sentimentales, el tierno corazon de Almabella, cuando has podido deslumbrar y aun enternecer el corazon de un tigre encarnizado contra tí?—Sacó un pequeño retrato y dándolo á Gullemiro le dijo:—Ved, tenias veinte y tres años cuando te hicieron retratar con Marcampo: solo tienes un año mas y ya pareces tener cuarenta.—Nada hai, respondió Gullemiro, que acabe tanto como una pasion desgraciada y fiel.—Callaron y á tan triste agitacion sucedió un silencio horroroso.

En la orilla de Paris, y entreoyendo su murmullo lejano en medio de un silencio sombrío, me parecia estar en las salvajes soledades de América, oyendo el estrépito lejano del magestuoso Amazónas. Cuadro bien triste era ciertamente el que hacia el mortífero aliento de las pasiones empañando los brillos de una juventud lozana en cuyo corazon retozaban las esperanzas de la feliz inocencia. En todas las caras se pintaba la lástima, y ninguno se atrevió á pronunciar una sola palabra, aunque todos deseaban aliviarlos, pero no sabian cómo, y temian remover un dardo enclavado en una de las mas grandes arterias del dolor.

Gullemiro, sumido hasta entónces en una angustiosa meditacion en que parecia perseguir por entre la incertidumbre una resolucion final, volvió en sí y con semblante mustio y helado, y con voz que parecia salir del otro mundo, le dijo así:—Felara, ¿eres aun mi amigo?—Sí, respon-

dio él, ojalá pudiese despreciarte; pero todo el logro de mis esfuerzos por aborrecerte es confesarte que he emprendido ese imposible. Nunca se aborrece lo que se admira. Sí, eres tan dueño de mi amistad como del amor de mi hermana.—Si es así, le dijo mi amigo; quiero que vivamos siempre juntos y que solo la muerte quebrante nuestra alianza.

Esto lo acompañó de aquella mirada que le era propia y que no daba cabida ni á la desconfianza ni á la duda. El Americano, que conoció todo el valor de tal ofrecimiento, podia apénas reprimir las lágrimas de su triste placer. Miéntras tanto mi amigo, vuelto á toda su energía, nos dijo con entereza :—Perdonad, señores, la pena que involuntariamente os hemos causado : que os consuele lo efímero de vuestro mal : ya no nos vereis mas. Imaginad que habeis visto una sombra horrible, que pasa en este mismo instante para no volver jamas. Adios....

Esto dijo, y al momento mismo desapareció, llevándose consigo á nuestro amigo el supuesto Español, que no teniendo ya ni gusto ni voluntad propia, era solo el autómata del querer de Gullemiro. Un supersticioso que se hallaba entre nosotros, dijo :—Esto de cambiarle su fe, y de haberlo rendido y desaparecido así, me horroriza ; porque me parece uno de esos maleficios de los espíritus infernales.

PASIONES—SUS INFLUENCIAS.

Sus méritos, mis esmeros por hacerle llevaderas sus penas y las graves finezas que me acordaba agradecido, me hacian triste su ausencia. Un dia, sin apercibirme de mi inconsideracion, le dije así :—Cuando veo la razon de una alma fuerte abandonada á las agitaciones del dolor, querria merecer su confianza para poderla aliviar y para esplicarme cómo es que una poderosa razon sucumbe á los caprichos de los sentidos.

Gullemiro se quedó mirándome, y la risueña espresion de sus labios y de sus ojos me decia claro que conocia mi curiosidad. Pasó un momento como distraido, meditando si podria ó no complacerme. Su frente y su mirada me dijeron que nó, ántes que sus labios. Levantóse, y mirándome con enternecida gravedad, me puso entrámbas manos sobre los hombros. Guardó un corto silencio, durante el cual yo admiraba la beldad, el quebranto y la magestad de su rostro y los hermosos y potentes contornos de su elevada estatura.

En fin, me dijo así :—La curiosidad es tan peligrosa, como la temeridad es fatal. La irresistible corriente del dolor arrastra consigo á los que quieren sondearla, y así como el raudal desbordado, hace tronar en su fondo los peñascos que acarrea, así en el fondo del rio de lágrimas

acerbas que hacen correr las pasiones del infame seductor se oyen los lamentos de la inocencia deshonrada, de la virtud asesinada. Esos lamentos afligen al que los oye; aléjate de ellos, no quieras escucharlos. En ese rio corren todos los venenos que dan los celos, la corrupcion, la venganza y la desesperacion de la que, aunque perdida, tiene el alma pura. Esos venenos exhalan veneno y la atmósfera de ese rio mata al que la respira. Huye, sálvate, abandona al seductor, pero escarmienta en él. Déjalo solo entre esos lamentos y esos miasmas del crímen y del alma dañada; déjalo solo entre las sombras de sus víctimas y el fantasma de la culpa...... Debemos huir espantados de las pasiones, aun de las agenas.

—No es posible salvar un amigo de las llamas sin salir abrasado, ni oir las penas de un infeliz que queremos sin padecerlas tambien. La confianza entre un desgraciado y un hombre feliz y sensible, es como un puente entre la suerte de uno y otro, por el que pasan del uno al otro tanto los bienes como los males.

—Tres modos hai de ser desgraciados: uno es por males directos y propios; otro es por ver sufrir á los que queremos, y el último y el peor es por hacer desgraciados á los que mas nos aman. A este último estoi yo condenado....

Detúvose aquí un instante que yo aproveché para decirle:—Ya veo que no soi digno de esa confianza.—Esta queja lo hirió tan hondamente que una chispa lució en sus lánguidos ojos y una gota de sangre circuló en sus pálidas megillas. Esto me dió gran pena; pero él, cerrándome la mano con la espresion mas delicada, dijo:—No tema U. que lo juzgue indigno de mi confianza, pues que lo juzgo tan digno de mi cariño. ¿No se esplicaria mejor la aparente pequeñez de mi confianza, por la realidad de mi grande afecto? ¿Conviene U. en que una de las desgracias es la de hacer sufrir á los que queremos?—Sí, respondí.—Pues bien, continuó él, no es que yo tema el confiar á U. mi secreto, sino que temo que sufra U. por mí, pues U. sabe que la desgracia á que estoi destinado, es la de hacer padecer á los que me quieren. Yo confio no solo en su probidad sino tambien en su cariño." Calló; vímonos á un tiempo, y entrámbos quedamos seguros del cariño y de la confianza mas completa.

Vueltos ya á la calma, le dije:—Si la quietud que busca al olvido, amortigua el dolor de la herida, no debe removerse el dardo que el porvenir arranca poco á poco de la memoria en que lo clavó el pasado. —¡Ai, amigo! me respondió: el tiempo arranca, es verdad, los dardos del corazon, pero los de la conciencia los enclava mas y mas. En vísperas del dia en que debamos no vernos mas, haré ver á U. como yo me complazco en remover este dardo. U. verá algunos apuntes que depositaré en U. para que entienda cómo es que las almas fuertes pueden sucumbir á las pasiones, y cómo, ante las sombras que estas dejan, se dobla sin bajeza la frente mas soberbia, y se goza en su dolor como me-

dio de expiacion. Esas memorias podrian servir á componer un romance para escarmiento de seductores. Yo mismo no podria hacerlo sin morirme. El peor castigo que pudiera darse á un hombre sensible seria el de hacerlo escribir la historia de su propio crímen y de sus remordimientos.

No me acuerdo cómo siguió aquella conversacion : el hecho es que se habia comprometido á darme sus memorias, y que la idea de un romance, de que acompañó su oferta, me pareció envolver un encargo ó al ménos una indicacion. Pocos dias despues tuvo lugar el accidente con el supuesto Español ó mas bien con el hermano de su amada. Despues de ese dia, se fué á vivir con él, y solo volvió á hacerme compañía cuando ya el Americano Felara habia dejado la Francia para volver al seno de la patria y de la familia.

OPINION.—SABIOS.

Habituado á su cariño y á sus ideas raras, justas y bellas, y á cuidar de su salud que él exponia con gusto, como buscando en las enfermedades el camino del descanso, deseaba vivamente su vuelta.

Los consejos que me daba llevaban el sello de aquella autoridad que caracterizaba sus hechos todos. Pero esta autoridad no era esa autoridad ficticia incapaz de sostenerse. En su semblante lúcido se descubrian los esfuerzos que hacia por reprimir la altiva austeridad y el vuelo de la grandeza que en sí mismo sentia.

Muchas personas afectan en sus maneras un carácter que no está en su naturaleza. Segun sus gustos, los unos toman por modelo á un héroe de novela, ordinariamente contrahecho y lleno de cualidades opuestas entre sí: otros imitan los modales de un hombre que les parece al mismo tiempo raro y agradable, ordinariamente un extranjero. Otros, mas vanos y audaciosos, se juzgan originales y perfectos; ellos mismos se ensalzan como héroes, pretenden despreciar todo y dar la lei, y fátuos hasta creerse destinados á realizar un romance en esta tierra, hacen, creyendo hacer grandes cosas, mil ridículas tonterías. Todo esto buscando á engañar por la apariencia. Y tal es el poder de las exterioridades que, sin ellas, el mérito desmerece, pierde de su prestigio. De dos personas igualmente dotadas de talento y de virtud, la que sepa envolverse en mejores apariencias, impondrá mas y será mas admirada. La apariencia es el alma de la ilusion, y la ilusion es el alma de la realidad.

Mi amigo, al contrario, jamas vaciló un instante entre el disimulo

y la franca verdad y el uso libre de sus modales instintivos. Sinembargo, fué siempre silencioso y circunspecto, porque decia que en una humanidad organizada como esta, en que pocos cumplen con sus verdaderos deberes, la verdad suele ser una acusacion, y siendo muchos acusables, muchos á un tiempo se precipitan sobre ella, la sufocan y dicen que es la mentira. Y como la opinion es la que consagra y constituye las verdades ó mentiras, y la opinion la hace solo el número y la mayoría falta á su deber y por tanto dice mentira, está en el interes de esta mayoría el hacer que la verdad pase por ser la mentira y la mentira por ser la verdad, para poder faltar impunemente á la verdad y al deber.

La mayoría ha logrado esto tan completamente que por una torpe lei del amor propio y por tanto de la sociedad que él rije, el mas grave pecado es el de declararse contra la opinion general. El individuo no debe opinar, debe creer á ciegas la opinion general, y tal es el poder de este absurdo constituido en ley, que si se pregunta á todos y á cada uno separadamente su opinion, se halla que ninguno de ellos tiene opinion propia, ¿y entónces, de dónde sale esa opinion general que solo podia formarse de la suma de opiniones de cada uno, siendo, como es, que ninguno de esos cada uno, tiene opinion propia? El considerar la opinion de los inteligentes en una materia al formar nuestra opinion es justo; pero seguir sin réplica la opinion de otro, es inícuo, es esclavizar el alma, porque fuera de Dios todo es capaz de pasiones ó de errores. Me esfuerzo en vano en concebir cómo la opinion individual se prosterna tan vilmente ante esa opinion colectiva que, sin la existencia de la opinion individual libre, solo es una de las mas astutas invenciones de los que esplotan la humanidad. Si la opinion fuese libre, el hombre tambien lo seria, pues seria imposible imponer á una sociedad una injusticia que ella conocia. Huirian de la sociedad la mentira, la vileza, la corrupcion y el crímen. Nada envilece tanto al hombre como la esclavitud del alma y nada la esclaviza tanto como esa lei de la opinion.

Gullemiro, raro, único, ó al ménos de un temple único; ó no tenia opinion ninguna sobre una cosa si esta cosa estaba fuera de los datos que él tenia, ó se hacia sobre ella una opinion propia en que solo podia influirse por medio de la conviccion. Así, como su opinion era libre y noble, el disimulo le era enteramente inútil y desagradable.

La mentira y la ficcion solo sirven al culpable y al que no tiene opinion propia, pero él era sobradamente justo para ser culpable, y demasiado inteligente para incurrir en esa débil timidez que á veces hace fingir á la inocencia. La mas alta inteligencia y las mas nobles calidades se alojaron en su frente, y en su corazon un valor y una firmeza sin iguales.

Como la opinion general es formada por la mayoría y esta se compone de hombres envueltos, unos en la miseria, otros en la ignorancia, en los vicios, en la vanidad ó en la ambicion, es fácil abusar de la credulidad, de las necesidades ó de las pasiones de dicha mayoría para imponerle principios y prácticas que son su propio sacrificio.

La verdad, la justicia, la moral, y aun todo lo que hai de mas noble y sagrado en nuestra pobre condicion, se transformó al soplo mortífero de la autoridad y de la opinion general.

La historia nos enseña que el combate era, en los tiempos remotos, la sola senda de la gloria. Los diplomas del matador se escribian en el pellejo y con la sangre del matado: el homicidio hacia el héroe, y el número de homicidios hacia el título. La fuerza erigió los primeros tiranos. La opinion general hizo Dioses de esos tiranos y Dioszeuelos de sus hijos que hicieron adorar su divinidad heredada y establecieron como una lei de su gerarquía divina, el no batirse con los hombres. Como la fuerza y la audacia, tan comunes, eran el solo camino del poder, se hacia infinito el número de poderosos: por esto, los ya existentes, para fundar su monopolio, inventaron la maña, la intriga, la mala fe, la ingratitud, el asesinato, el veneno, la calumnia, el parricidio, las falsas religiones, en fin, los mismos medios que despues perfeccionaron los tiranos de nuestros tiempos para acabar con sus rivales. Sobre estas bases se fundó sin duda la primer diferencia, la primer clasificacion de los hombres. Inventaron esos títulos que debian extinguir todo vínculo fraternal y arrojar sobre la tierra un gérmen de eterno fratricidio. Hai nobles, es verdad, pero no son sino los que hacen grandes bienes á sus semejantes.... hai canallas, es verdad, pero no son sino los que cargan una mancha ó de crímen ó de vileza.

Mas allá fué todavía la autoridad moral: asalariada, ofreció á los pueblos la eterna bienaventuranza si convenian en ser esclavos pacíficos de esas clases favoritas, ó un tormento, tambien eterno, si se revelaban contra ellas. Y todo esto se hacia por medio de la credulidad ciega y de la opinion general.

Los pueblos que se hallan sin un pan que alivie su cuerpo hambriento, y sin la dignidad que es el pan del alma, piden auxilio á la conciencia humana y solo encuentran fementidos amigos que les aconsejan el esterminio de los que tienen algo, aunque sea bien habido.

Las clases pobres son sostenedoras de lo que se llama opinion general, porque creen que es la opinion de la mayoría que es formada por ellas; pero como por su ignorancia no tienen opinion propia, siguen la opinion que los mas astutos hacen correr como opinion general y la sostienen hasta con su vida, sin conocer, las infelices, que sostienen su

propia perdicion. Miéntras esas pobres mayorías no tengan opinion propia serán esclavas de las inteligentes minorías. Y esas míseras mayorías ven como enemigos á los que les ofrecen la ilustracion y la virtud como único medio de emancipacion y libertad, y siguen á ciegas á los que les ofrecen el degüello y el comunismo como solo modo de ser felices. Esa perversa idea no hace sino mezclar con sangre las lágrimas con que lavan su cadena. Si alguna vez tumban el poder existente sus falsos amigos se hacen sus señores. Ser ignorante y ser libre es imposible. Y si esos que llama Víctor Hugo los Miserables, que aborrecen la ilustracion, se propusieran ilustrarse, ¿lo conseguirian? Dios dió á los hombres organizaciones y aptitudes diferentes, y en la escala de las organizaciones unas son sublimes, casi sobrehumanas, y muchísimas nulas, incapaces de ilustracion. En el crisol de muchos siglos de lágrimas y de sangre se perfeccionará la razon humana, y entónces, teniendo las mayorías luz propia, la verdad les será evidente, la justicia les será necesaria y la esclavitud imposible. Y si quieren ilustrarse y se lanzan en los estudios como están organizados, ¿qué encuentran? Estériles nomenclaturas, disfraz de la ignorancia, ó enseñanzas que alejan de la emancipacion y de la verdad. Los problemas sociales y humanitarios son de pura razon, de divino instinto, claros para pocos, imposibles para muchos, falseados y mal resueltos por la ciencia y mas mal resueltos aún por los predicadores políticos. La lei natural, del derecho y deber, puesta por Dios en todo corazon y pervertida y transformada por una errada civilizacion ó por una enseñanza tutora, bastaria por sí sola á emancipar la humanidad; pero las mayorías, siguiendo la opinion general, proscriben esa lei natural como sacrílega y contraria á sus intereses. Las prerrogativas, impuestas primero por la fuerza bruta y despues por la mala fe, por las riquezas y monopolios, por el saber y por las preocupaciones religiosas, todas han sido sostenidas por la opinion general. Cuando el buen sentido, emancipado, conociendo su alcance y su mision, busque por sí sus propios derechos, entónces se verá que las teorías de los señores sabios sobre la causa del mal social y su remedio, no son sino especulaciones que arraigan y agravan ese mal. Los hombres pobres que se hacen sabios abandonan casi siempre á los miserables, ya porque se corrompen y solo piensan en sus medros ó ya porque apénas dejan de ser miserables cuando estos se declaran sus mortales enemigos.

Como la ignorancia se hace de todo una idea peregrina y la razon le presenta, sencilla y tal cual es, la realidad de las cosas, la ignorancia repudia la razon juzgando que la sencillez y la simplicidad son incompatibles con la grandiosidad de Dios y de sus obras. El ignorante supersticioso sintiéndose arrastrar de una instintiva idolatría por los portentos, juzga que esta fuerza superior á su razon es una inspiracion del cielo

que prueba la verdad de esos portentos. Los consuelos que le da esta idea decidida, como da toda idea que fija una creencia incierta, redoblan los encantos de su ilusion y la ceguedad de su confianza, y viendo al traves de este prisma la verdad de la razon como un sofisma fatal, la halla falaz y despreciable y la colma de improperios. Así es como el ignorante es de suyo idólatra, así es como el ignorante es de suyo esclavo.

La libertad, es decir, la sed de justicia, fermenta en el corazon de los pueblos, como la lava de un volcan cuya magnífica esplosion estorban solo sus fementidos amigos que, en vez de un volcan de luz, quieren un volcan de sangre.

Pero una crísis feliz se prepara. Filántropos, de alma grande, quitarán, ante el mundo, la máscara á la autoridad tirana y al infame comunismo, y organizarán una cruzada para enseñar que solo en una paz absoluta puede difundirse la luz de la justicia divina y redentora.

Corrientes de hombres llevarán á todos los pueblos esa luz del alma, haciendo ver que la conciencia y el buen sentido bastan para que cada uno juzgue de por sí todas las cuestiones morales y sociales. Cuando esa luz de la conciencia propia arda en todos; la autoridad, la opinion general y la intriga fementida desaparecerán avergonzadas. Los que de algun modo tiranizan ó esplotan á los inocentes pueblos, dejarán de hacerlo porque ven que todos conocen el mal que están haciendo, como el que está cometiendo algo feo en la oscuridad y huye si encienden luz. Cuando la luz de todas las almas iluminando el mundo moral, forme foco sobre los tiranos y sobre los aleves predicadores y esplotadores de toda especie, entónces, todos ellos avergonzados, y no teniendo ya que temer á esos mónstruos que Víctor Hugo llama los miserables y que segun él no son sino Vámpiros bebe-sangre que habitan una caverna que colinda con el infierno, entónces todos ellos, digo, bajarán de sus altos puestos, y con el alma santificada por esa misma luz de Dios darán al pueblo el abrazo mas fraternal, y prosternándose ante la divina justicia, entrarán con placer en la universal autonomía.

Dios estará presente en esa hora de redencion, no habrá esas venganzas que algunos, en nombre de los miserables, piden por tantos siglos de dolor. En el campo de la luz, la violencia no hace el héroe: las victorias del dolor y de la virtud no se marcan por matanzas, y el mortífero cañon estará impotente y sumiso cuando la verdad le levante ante los hombres. Pero hoi los pueblos por sus preocupaciones proscriben la luz infalible y santa de su propia conciencia y siguen la opinion general, á favor de la cual, sus esplotadores, les ponen cadenas y grillos en el alma y los lanzan contra sus verdaderos amigos. Sócrates, Platon, Galileo, Jesucristo, Rousseau, Fourrier y otros fueron llamados locos y atormentados por la opinion general. La opinion general desechó en 48

al sublime y virtuoso Lamartine, una de esas almas rarísimas que vienen al mundo para hacer admirar á Dios. La opinion general pide el santo y seña á las preocupaciones, lo que equivale á pedir el visto bueno á los esplotadores de la humanidad, y como la gran premisa, la fuente de todo lo trascendental, que es la idea de Dios, está errada, pues se crée que él condena el uso libre de la razon y por supuesto la opinion propia, claro es, que la opinion general sin la individual no es sino la máquina con que se envenena y esclaviza el pensamiento de toda la humanidad ...

De esa fatal premisa se deducen ideas erradas sobre la verdad, la libertad, la justicia y la felicidad, y el mundo moral, sus leyes y su fin degeneran y arrastran al hombre al mal y á las tinieblas.

Esa idea errada de Dios estará como una compuerta ó como una maldicion que detiene los destinos de la humanidad, que no verá sino lágrimas y sangre y nunca la luz del alma y su emancipacion, miéntras los pueblos no establezcan que Dios hizo libre el alma de todos los hombres y que les dió bastante luz para juzgar por sí y formarse opinion propia.

VUELTA DE GULLEMIRO.

El deseo vivo de descubrir, por los apuntes prometidos, su nombre, su patria y sus penas, me hacian insoportable el retardo de su vuelta y aun casi dudar de su promesa.

En fin, tres meses despues de su partida con el americano Felara se me apareció de repente una mañana en que me afectaba mas que nunca la memoria de su amistad. Comparándolo á cuanto he conocido y á mí mismo, lo hallaba tan grande que aun en el trance mas apurado me bastaba verlo para nada temer y estar seguro.

Entregado á estos tristes recuerdos estaba, cuando entró mas quebrantado que nunca y mas que nunca cariñoso, como aquellas almas, mas que generosas, que rendidas á su infortunio despues de terrible lucha y ya sin esperanza de felicidad propia, se abandonan, se olvidan de sí mismas y solo piensan en la felicidad de los otros. Salté al verlo, sin poder reprimir mi regocijo, hasta cerca de él, donde pude moderarlo á favor de la impresion que me hizo la imponente magestad de su tristeza. El lo conoció. ¿Qué se escaparia á su mirada perspicaz aunque apacible? Retiró la mano que me alargaba y yo sentí á esto que el bochorno me abrazaba las mejillas. El se me quedó mirando y me dijo: no basta la mano para un tal amigo y me tendió los brazos y me cerró tiernamente.

Nos sentámos despues frente á frente y en un silencio que alargaban, en mí, el deseo irresistible de saber del pobre Felara y el temor de lastimar una herida tan reciente, y en él el temor de que las lágrimas le ahogasen la palabra.... En fin, él me entendia, la pregunta estaba hecha, vióme y me hizo señas con la mano de que acababa de partir en ese mismo instante para la América. Satisfecho ya, le hablé de otras cosas: y él se serenó algo y me dijo—Hablemos de U.

Busqué mis males para presentárselos y no hallando ninguno, le dije sonriendo.—Hace un instante que contaba mis numerosas penas, pero lo ví á U. y me encuentro feliz y no siento ni una sola. Esto es obtener la victoria sin batalla, pero esto es claro, cuando se goza un gran bien no se sufren pequeños males.

Ademas ¿no sería bochornoso el ver á un jóven colmado de felicidad huir pusilánime á la sola sombra del mal y presentarse implorando socorro á un malhadado, que tras la serenidad de la frente esconde el cráter de una perenne agonía? Esto seria tan ridículo como el que un rico pidiese pan á un mendigo que la piedad abandona; seria como el que un barquichuelo, que está á salvo en un lago apacible, aterrado por algunas ráfagas que le llegan de la mar bravía, pidiese auxilio á un navío casi en naufragio, que lucha con deshecha tempestad y que ademas, calando mas brazas que fondo tiene el lago, no podria penetrarlo ni aun en bonanza. Así, corazones grandes y de hondas pasiones, que desmantelados por la desgracia viven en la soledad, como á la capa en el proceloso mar de la vida, no tienen voluntad para salvar á espíritus débiles de sus débiles borrascas, y aun queriéndolo, no podrian, alma y pena grandes, calar tan bajo como calan alma y pena superficiales.

Suele verse que un barquichuelo surque los mares inmensos, pero jamas se ha visto que un buque de alto bordo acoste voluntariamente bajas playas. Suelen medianas inteligencias, engrandecidas por la audacia, lanzarse al traves de los destinos propios de las almas grandes, y perecer en la empresa ó lograrla por accidente; pero aun no se ha visto, ni se verá jamas, que el alma privilegiada, que se siente elevarse al soplo de su destino, se esfuerce en cambiar las borrascas que lo atormentan en su alta region por la paz rastrera de regiones inferiores. ¿Podria un ballenato, sin bararse, defender sobre las playas al pescadillo que el pescador acosa? Los poderes intelectuales como los físicos están predestinados: no pueden traspasar sus límites prefijos, y estando por tanto condenados á no poder darnos amparo recíproco, se cumple ante nosotros y á todo pesar, el mal de cada uno, lei de ese destino insondable y crudo.

Aquí llegaba yo cuando él, que me entendia y adivinaba el resto, me interrumpió diciéndome así:—Hubo un tiempo amigo mio, en que mi

corazon tambien chispeaba como el tuyo; pero hoi ese mismo espíritu corruptor es devorado por tristes sombras como lo es la podre de un cadáver por el gusano devorador. Responderia á tu finura con finezas, pero el que por la desesperacion trazaria un perfecto cuadro del infierno es incapaz de trazar el del paraiso. La boca por donde saldrian lavas no puede verter flores. Seria capaz de sacrificarme por servirte; pero soi incapaz de las bellas palabras que merecen las bellas sutilezas con que me has halagado. Supones entre nosotros la misma diferencia que entre un navío y un barquichuelo, y de las diferencias de sus calas crees deducir justamente la imposibilidad en que me encuentro de serte útil. Veo esto como un pretesto de que te vales para pagar mi reserva con la tuya. Pero sé justo, amigo mio, ¿qué mal puede resultar á alguno de dos amigos, de oir la historia del de ellos que es feliz, miéntras que al oir la del desgraciado, no se disminuirá por fuerza la felicidad del uno y aumentará en proporcion el mal del otro?

Calló, y esperaba mi respuesta, y yo callaba meditándola. Miéntras tanto, la sombra de mi padre, pasando como un rayo al traves de mi mente, me recordaba el juramento que él me habia arrancado á orillas de su tumba de no leer jamas la carta que envolvia mi suerte y que haria mi felicidad si yo la veia despues que la hubiese leido un caballero de Venezuela á quien se dirigia; y que haria sin duda mi mal, si la leia yo ántes que él, porque entónces el tal caballero, no pudiendo creer en la verdad de la carta, yo perderia todas las felicidades que la carta me valia.

Ya yo me disponia á sacar de mi escritorio la carta de mi padre que encerraba mi historia y el arcano de mi suerte; pero felizmente llegó un amigo comun nuestro, jóven de un talento y de unas prendas raras que él estimaba mui particularmente, y único tal vez á quien él hiciese el honor de admitir una discusion filosófica. Apénas entraba el jóven cuando casi sin saludar continuaba la cuestion del dia anterior.

Aquel era un filósofo de buena fé, tomaba la verdad donde la hallaba: la buscaba con noble ahinco y no se abochornaba de darse por convencido. Al fin no discutió mas con Gullemiro, porque en todo se acordó con él. Ese dia trataron de si Dios habria tenido ó no necesidad, para hacer al hombre inmortal, de añadir á su organizacion, tal cual es, un principio estraño á esa organizacion. La primer proposicion la hizo Gullemiro en estos términos: ¿Pudo ó no pudo Dios con solo la organizacion animal producir todos los fenómenos de la vida del hsmbre y hacerlo inmortal?

Esa fué, como digo, la controversia de aquel dia. Ya se vé por este modo que tenia Gullemiro de plantear sus problemas, que la simple esposicion envolvia, si se veia con atencion, la conclusion y la conviccion.

Hai ciertos modos de emitir una proposicion, de plantear un problema, que implican claramente su resolucion y que equivalen á una serie de argumentaciones con su conclusion final, decisiva, incontestable. En fin, nuestro amigo, que era mas amigo de una contienda filosófica que de toda otra cosa, fué de cuestion en cuestion, pasando alternativamente de la duda á la conviccion y atravesando en poco rato el campo de la filosofía, se lanzó con Gullemiro en los mas tenebrosos arcanos de la metafísica. Allí, en aquella profundidad misteriosa en que el alma mas grande se pasma porque entrevé la sombra de Dios.... allí era que ellos se extasiaban y que sus genios sublimes se hallaban como en su elemento.

Aquellos dos hombres que vivian siempre como fastidiados, como si presintiesen algo de mejor de que se viesen privados, al sumirse en aquellos abismos en que desde este mundo se entrevée el otro, se animaban, se entusiasmaban y parecian ayudarse mútuamente y llevarse como á empujones el uno al otro para penetrar lo mas profundamente posible en aquel dédalo en que sentian ó imaginaban sentir algo de lisonjero, de peregrino y sobrehumano. Aquellas dos almas se hicieron para entenderse.

Cuando se reunian no hablaban nunca de futilesas, y cuando llegaban á cierta hondura en las cuestiones, parecian dominados, arrastrados por una luz extraña; chispeaba en sus ojos y en su gesto todo, un fuego y una especie de gozo puro y espandecente que parecia emanar del setimiento de algo invisible y santo.

Cuando entablaban una cuestion, yo los oia en silencio y participaba de sus emociones. Las mas veces, sin combatirse, como para medir sus alcances, se proponian solo dar á la conviccion comun, la luz mas pura y mas radiosa. Cada uno alternativamente forzaba la evidencia y la hacia mas necesaria por un argumento concluyente y luminoso: y era admirable el ver como iban presentando razonamientos de mas en mas decisivos con una penetracion prodigiosa, hasta que al llegar á un cierto punto ya se embotaba el génio de nuestro amigo, miéntras que el de Gullemiro, como entrando en su elemento mas propio, iba de mas en mas sutil y bello.

Este nos trasmitia mil maravillas cuya verdad nos era dado sentir y gozar un instante, pero que no nos era posible poseer mas desde que no oiamos su pensamiento, único capaz de poderlos asir, aunque informes, allá en la tenebrosa profundidad que habitan, y de darles una forma accesible á nuestro entendimiento ménos sutil.

¡Cuánto siento que se me hayan escapado aquellos sublimes razonamientos de Gullemiro! Ellos me dominaron, me infundieron la conviccion de sus verdades y sin embargo yo no pude apoderarme de ellos. Ellos tuvieron una grande accion sobre mí y yo no pude tener reaccion sobre ellos: como la llama que nos quema las manos y que

estas no pueden agarrar. En valde me esfuerzo yo en buscar las razones que autorizan mis creencias: hallo razones, es verdad, pero débiles, que no me hecen sentir nunca lo que me hicieron sentir las razones de Gullemiro: aquellas me inspiraban ademas de la conviccion un transporte grato al corazon y que me elevaba mui por encima de donde yo me habia sentido siempre.

¿ Es posible, Dios mio, que genios como el de Gullemiro nazcan, sufran y mueran desconocidos, sin gloria ni posteridad? ¡ Que un tal esfuerzo de tu omnipotencia esté solo destinado á brillar, como á oscuras, en lo privado de la amistad, como fuego fatuo en las noches de un cementerio! ¡ Oh, no, Dios justo y bueno, permite al ménos, ya que lo privaste de la gloria para la que parecia hecho, permite que á un amigo le sea dado, en estas míseras páginas, hacer brillar sobre sus últimos dias el lustre de sus virtudes!

Aquel dia evité en fin, el satisfacer la exigente curiosidad de Gullemiro, porque la cuestion con nuestro amigo lo ocupó todo entero. Si supiera el triste Gullemiro, allá donde está, sin luz aunque con vida, y como enterrado entre dos sepulcros; si supiera, el infeliz, el malhadado fin de su amigo, de su compañero de sueños filosóficos.... ¡ Pobre, se enamoró en Lisieux, pueblo de la Normandía, á donde fué sin ser abogado, á seguir el proceso de sucesion de su cuñado, que murió en Francia dejando su familia en Chile. Ganó el proceso, pero las faenas del litis, y sobre todo lo que padeció su honrado corazon al verse mano á mano con la incidia humana, quebrantaron su salud.

En este estado se encontró con la mujer que debia dominar su corazon; y una pasion llena de penas y contratiempos, dañó su pecho noble y sensible, le fué fatal, lo mató. ¡ Que triste cosa para entrambos, si cada uno hubiese sabido el fin del otro!.... Tal vez esta historieta puede caer en manos de algun pariente de este malogrado jóven y su nombre en esta página, sin duda le halagaria el corazon. ¿ Por qué callar su nombre? Callar el nombre de una persona que se inculpa, es natural; pero callar el de un hombre cuyo talento y cuya virtud se ensalzan, no sé por qué!.... No honrar á un hombre digno, es una culpa; y ¿ cómo honrarlo sino en su nombre? Se llamaba Pedro de Ossa. Murió segun su conciencia: nada pudo nunca ni al morir, hacer doblegar su alma grande.

SUICIDIO—CALUMNIA.

Las cuestiones que tocaron aquel dia exaltaron de tal modo la imaginacion de Gullemiro que cuando nuestro amigo Ossa se retiró, se puso á pasearse con aire inquieto y como casi resuelto á emprender algo teme-

rario. Miéntras se paseaba abrí un libro que estaba en su escritorio y encontré un papelito acabado de escribir que probaba que la fiebre de su espíritu ponia su vida en peligro. Decia así: "Pero por qué no casarme con ella? ¿Me amará jamas nadie como ella me ama? ¿Hai felicidad sin confianza? ¡Y confiaré yo jamas en otro amor? ¿No se unificaron en férvida ilusion nuestros sentidos y nuestras almas en un solo hechizo divino? ¿No vió acaso mi alma con terrífico pavor estremecerse la naturaleza toda entera en un momento fatal?....

"Ocho de Diciembre de 1840: con el tiempo que corria en tu dia me envió la fatalidad el espinoso laurel de mi gloria, que floreció en mis sienes durante catorce meses; pero que hoi, marchito ya y torciéndose con el fuego abrasador de mi frente, me clava en el alma sus espinas! ¡Oh instante dulce, sagrado, inviolable!... ¿Te olvidará la que hizo la mitad de tu encanto? En ese momento solo teníamos una alma. Cada uno insensible á la parte con que contribuia á formar aquel paraiso artificial, no gozaba en su existencia y cada uno se pasó á la del otro, que tan deliciosa le era, y como el destino nos separó ántes que cada alma, saciada de gozar en el otro, volviese á sí, quedaron cambiadas nuestras almas y nos martiriza la anhelante agonía de volver á unirnos para tomar cada uno la suya propia.

"No sé si vivo con tu alma ó si el contacto de la tuya alteró la mia. solo sé que mi vida y mi espíritu no son los que eran ántes de ese instante Y si tuviese tu alma y no pudiese morir con ella, no vacilaria en renunciar á la inmortalidad por las dulzuras del descambio. ¡Qué dulce seria á mi corazon, á pesar des su invencible veleidad, él vivir en la eterna prolongacion de aquel momento. Se identifican dos existencias en una, y como solo lo divino sobrepasa lo humano, bien puede decirse que en la sobrenatural sensacion de dos vidas á la vez, son del cielo las sombras que nos acarician. ¿Olvidarás nuestro cielo, mi dulce amiga? Ni una sensacion, ni un solo pensamiento fué humano: todo fué divino; sentimos el cielo en la tierra ó nos trasportó el encantamiento á los cielos. Nuestros sentidos y nuestras almas, ébrios de amor, gozaron tan deleitosa beatitud, que si el tiempo se hubiera parado para siempre en ese instante, habríamos tal vez olvidado la beatitnd que en el cielo nos ofrece la esperanza. Y si esa dicha es ya imposible busquemos en la muerte el cielo de esa esperanza."

Por estos delirios puede juzgarse lo ardiente de su ternura, lo doloroso que le era verla sufrir y lo insoportable que le habria sido el verla tranquila, olvidada de lo pasado ó indiferente á su memoria. De todo hablaba con calma, pero la memoria de Almabella agitaba en su imaginacion las cenizas de sus pasados placeres, como agita el huracan el polvo ligero, triste reliquia de la opulencia en ruina. No pudo nunca hablar de ella sin descubrir de algun modo su extrema emocion.

Solia á veces ennegrecerse su melancolía, y entónces tanto por el recelo con que veia á los hombres como temiendo que algo pudiese irritarlo, buscaba la soledad y se abandonaba en ella á rumiar sus amarguras. Una de estas veces, me dijo:—"Si alguno me busca, hágame U. el favor de decirle que me he ido al campo por algunos dias. Estoi mui ocupado, desearia que nadie me interrumpiese.

Como no me dijo si se iba tambien con respecto á mí, no me atreví á entrar en su habitacion. Ocho dias despues lo oí por primera vez paseándose en su cuarto, contiguo al mio, y por la rapidez y lentitud alternativas de su paso, se conocia la agitacion y el abatimiento en que fluctuaba. Sus pasos eran alarmantes y resolví hablarle.

Al entrar á su cuarto el que le llevaba la comida entré yo tambien y vi en su cara el gesto de una desesperacion reprimida que se consolaba con una resolucion fatal. Al verme se sorprendió y para ocultarme su estado me dió la mano y se esforzó en ser afable. Disimulé mis temores y le hablé con la misma naturalidad que siempre, para que él tambien se me presentase naturalmente. De un momento á otro me trataba con diversos grados de confianza, pero siempre menor que ántes. Se olvidaba de lo que estaba diciendo. Cuando le hacia alguna pregunta me la hacia repetir, y despues la repetia él mismo, como que le costaba gran trabajo entender lo que aquello queria decir; tal era el poder de la idea que lo absorvia. Comió poco y con tanto afan como si tuviese grandes quehaceres para despues.

Sabiendo yo que en lo moral el reactivo de una afeccion es la contraria ó que el mejor modo de tantear la profundidad del dolor es el de sondearlo con el placer, le referí una anécdota de esas que hacen reir, y su sonrisa forzada tenia una espresion tal que confirmó mis terribles alarmas. Quise entónces tocar su corazon por medio de sus resortes mas sensibles y me valí para ello de un accidente que me favorecia. Un amigo mio acababa de suicidarse y yo pregunté á Gullemiro si queria acompañarme á verlo, diciéndole que yo me disponia á ir al instante. Esto lo volvió en sí y me dijo con mal disimulada emocion:—Sí, al momento.—Llegamos á la casa del infeliz amigo y Gullemiro, arrebatado. de dolor al verlo, esclamó:—Demetrio, primo querido!—Todos nos quedamos como en suspenso: tales eran nuestra sorpresa y nuestro dolor Miéntras tanto, Gullemiro, cerrando entre sus manos la mano yerta de su primo, se esforzaba en dominar las crueles impresiones que lo combatian. Despues, calmándose de repente, se veia á sí mismo como si estrañase su propia existencia. Con los brazos cruzados y de pié ante el cadáver, no quitaba un solo instante sus ojos de aquel rostro desfigurado.

Como su primo no tenia allí mas parientes que él, tuvo que dejar su cadáver para ir á hacer abrir el sepulcro que debia servirle de última ha-

bitacion en esta tierra. Yo pudiera haberlo ayudado mas, pero no quise porque sabia cuán conveniente le seria el ocuparse materialmente para estorbar que se entregase á sus funestas cavilaciones. Una dificultad halló para el entierro, pero tomando una actividad estraña en él, iba y volvia en un caballo á la carrera y en pocas horas lo arregló todo definitivamente.

Le hizo un entierro decente y se retiró á su casa llevando en su semblante una espresion bien diferente de la que habia sacado de ella. Su desgraciado primo se habia disparado dos pistolas á un tiempo: una de ellas no dió fuego, pero la otra bastó á matarlo instantáneamente.

A su lado se encontró una carta cerrada dirigida al Sr. M. Agoazul. En la Huerfanita.—Gullemiro, al ver el lugar á que se dirigia, no pudo ménos de dejar correr sus lágrimas y contarnos cómo su primo habia pasado lo mas florido de su juventud en aquel desierto ayudando á su padre en unas vastas sementeras de algodon y tabaco, cuya pérdida fué orígen de sus muchas desgracias. Las grandes cantidades empleadas en sus plantaciones inmensas le habian sido suministradas en parte por negociantes de Carácas. En un momento crítico una lluvia fatal perdió completamente su cosecha prodigiosa y quedó el pobre agricultor, no solo arruinado en su gran fortuna, sino envuelto en deudas que no podia cubrir. El pesar causó al pobre padre una fiebre cerebral de que escapó solo para prolongacion de penas de toda especie. Quedó todo tembloroso, y entregado á un tal desconsuelo moral que nada podia ni siquiera distraerlo. En valde lo rodeaban su mujer y sus muchos y buenos hijos; el infeliz creia solo ver las sombras de su desgrrcia. Efectivamente, nada puede afligir tanto á un padre que se encuentra en un caso semejante como el aspecto de sus hijos.

Apénas supieron sus acreedores que vivia aun, cuando se le echaron encima para despojarlo de las reliquias de su fortuna. Encargaron para esto á un terrible procurador de la capital llamado González, de una lengua tan rabiosa, que al fin murió á consecuencia de un poco de agua fuerte que le echó alguno de los tantos que deshonró. Este tal procurador, atropellando la verdad y todo sentimiento de compasion y de justicia, calumnió el honor de aquel padre desgraciado. En vano la opinion y la justicia lo reconocieron inocente.

¡ Calumnia del infierno, cómo resistirte ! La inocencia mas pura, á tu solo aliento, se mancha ó al ménos se empaña á los ojos de la opinion.

A un hombre que mata á otro lo persiguen de muerte las leyes y los hombres ¿ y qué hacen, ni las unas ni los otros al que calumnia ?...... Nada...... Los que condenan á muerte á un asesino y no condenan á lo mismo á un calumniador que deshonra á un inocente, parecen ruines que temen que los maten y no que los deshonren. ¿ Por qué castigar el crímen y no la inmoralidad ? ¿ Acaso no ve el legislador que aquel es

solo la consecuencia de esta? Esto es lo mismo que decir, el crímen para la sociedad está, no en el crímen sino en dejarlo descubrir. Esto hará al hombre astuto y taimado, y le abre las veredas que lo estravian de la virtud.

No castigar severamente aquellos vicios de que emanan los crímenes y que son á veces por sí mismos los crímenes mas odiosos, es como abrir en el corazon de la humanidad la fuente de sus culpas. La mentira, el disimulo, la lisonja, la mala fé, la traicion, la ingratitud, la calumnia, el dolo, la crueldad, son la moneda corriente del comercio moral de los hombres. ¿Dónde está el hombre que habiendo vivido treinta años y no siendo un lerdo, sostenga de buena fé que lo que acabo de decir no es verdad? Hai ecepciones felices; pero puesto que todos convienen en que solo son ecepciones, es porque todos tambien convienen en que aquella es la regla general.

Mucho pudiera deducirse del fatal descuido con que los legisladores han visto siempre la culpa moral! Han juzgado que solo los crímenes de hecho eran crímenes; el crímen moral, no es nada: solo aprecian lo material. Una mano culpable se castiga, una alma criminal vive impune. Creen que la corrupcion y el crímen son cosas diferentes é independientes, como si acaso pudiesen serlo la causa y el efecto.

La mentira que quitando la estimacion propia corrompe tanto; la ingratitud, que nos hace indignos del beneficio de los buenos, la falta de conmiseracion que nos hace dignos del mal que no condolemos y la calumnia que nos hace indignos de vivir, estos manantiales de la perdicion del hombre, minan impunemente la sociedad, son casi tolerados por la opinion y apénas tienen que sufrir la indignacion de unos pocos hombres buenos. Una de las víctimas de la calumnia fué el malhadado Demetrio, como lo prueba su carta que decia así:

"Querido papá: la calumnia me ha convertido la vida en un mal insoportable y yo voi á remediar este mal. Yo no escuso mi falta ni ménos pretendo encomiarla, solo diré á los que me llamen cobarde que sepan que se necesita mucho valor para cometer esa cobardia. Nuestro honor público está manchado por mas acrisolado que esté nuestro honor privado. Esa calumnia escrita circula entre gentes que no nos conocen y el calumniador debe naturalmente darle una apariencia de verdad.

"El honor público está solo en la opinion y esta depende de la mayoría y la mayoría no conociéndonos nos juzga solo por la apariencia y como le parecerá difícil de creer que una lluvia á distiempo haya podido causarnos una pérdida tan considerable, la apariencia nos condena y con ella la opinion de la meyoría y por tanto nuestro honor público está inevitablemente perdido. Dos cosas nos son contrarias; la primera, es ese deseo de la mayoría de hallar al acusado culpable. Un cuento sobre un inocente no lo divierte, eso es mui prosaico, mui insípido. El relato de los crímenes, le interesa tanto mas cuanto ellos son mas terribles

y horrorosos. A los niños no le gustan sino los cuentos que les causan mas terror.

"La historia de dos amantes que sin contratiempo alguno llegaron á ser felices, seria sin duda la cosa mas fastidiosa. Es preciso para que sean interesantes que tengan un fin fatal ó al ménos que no lleguen á la felicidad sino al traves de mil desastres. En las ejecuciones públicas, dramas de hecho, halla el pueblo algun placer estravagante, pues que asiste á ellas y hasta suele desagradarle una conmutacion.

"Tal es el instinto humano. La segunda cosa que nos es contraria es esta. Para que la ley castigue al calumniador es preciso que lo persiga el calumniado y para perseguirlo se necesita la fortuna que la calumnia nos ha quitado, claro es que nos es imposible el vindicarnos. Así como la sociedad paga jueces que por la vindicta pública persiguen á los sospechados de un crímen de hecho, como asesinato, robo, &c. ¿por qué no hacer lo mismo con los acusados de calumniadores, de dolosos, de inmorales ó de alguna otra de esas tantas infamias de que manan los crímenes en el corazon de los hombres?

"Pero al contrario la sociedad no solo no persigue la traicion, la la seduccion, la calumnia y los otros crímenes morales, sino que tal vez se burlaria del acusador.

"Para acusar á un calumniador se necesitan dinero y consideracion y si la calumnia arrasó con una y otra cosa, ¿qué hacer? ¿Transigir con el deshonor? ¿Vindicarlo uno mismo y hacerse en realidad culpable por remediar á la apariencia de tal, en que nos envolvió un malvado? Entre estos dos estremos solo cabe un medio y es matarse. ¿Es posible que tenga que recurrir á este medio extremo, el hombre inocente, incapaz de intrigas y de mala fe, cuando es calumniado por un bribon, que teniendo tantos semejantes, tiene siempre testigos y apoyos de toda especie? ¡Esto es aflictivo, desolador!....

"Si yo fuese solo en el mundo tal vez haria de buena fe la apología del suicidio; pero yo tengo unos padres y hermanos buenos, y en mí como en todo el que los tenga, el suicidio es imperdonable. En cuanto al hombre que tiene familia, les sobra razon á los que dicen que para suicidarse se necesita ser un cobarde; un ingrato para con sus padres, un cruel para con sus hermanos, hijos &c.

"Pero yo no llevo mi cobardía hasta querer escusar mi falta: yo me acuso yo mismo y me condeno. La sociedad no nos vindica, por que ella vende el honor. Segun ella el pobre no tiene honor, pues que le niega el derecho de vindicarlo.

"Medítese esta verdad con fria imparcialidad, y se verá cuán mísero y precario es el honor social. Yo no me coformo con mi suerte; protesto contra esa falta de vindicta moral que abandona mi honor á la lengua de un malvado.

"Al ménos, mi buen padre, esté U. cierto que yo no he dudado jamás ni un solo instante de su intachable honradez. Esa seguridad es

el solo consuelo de mi desesperacion. Al leer la carta de mi hermano Manuel María en que me participaba nuestra última desgracia alcé al cielo mis ojos ya como dementes y creí ver en él mi sentencia fatal. Esperaba por instantes que se me reventase el corazon. Esperé tambien en valde, que me sufocasen las ansias atroces que me retorcian el alma. Mi ojos vagaban sobre todo con mirada de muerte. En valde quiso mi razon ser fuerte contra un dolor mas fuerte.

" Dios mio! dadme á mí solo las penas de mi familia! Ya la tremenda muerte se me acerca silenciosa, se desembosa ante mis ojos y á la sorda luz de su lámpara, me enseña la augusta faz de Dios que me pasma y que me infunde la contricion mas honda.

" Mis sentidos sienten aún y mi pensamiento aun piensa: todo está aun vivo en mí; pero de aquí á un momento todo morirá. ¡Como se burla la desesperacion de la muerte!...... Mañana, qué seré? ¡Cuán felices fueron ayer los sentidos mismos que mañana serán pasto de gusanos! ¡Qué horror! Me parece que ya me pican; se me eriza el pelo y se me retuerce el cuerpo como huyéndoles.

" No hai remedio, adios. Ya siento en la garganta la mano de la Parca que me ahoga: ya respiro su helado aliento que apaga la débil luz de mi vida. Un dia habia yo soñado como dia de felicidad. Y ese dia qué seré? Millares de gusanos se disputarán la podre asquerosa que reste de mí. Y mañana, ¿qué quedará de mí sobre la tierra? Mis recuerdos quedarán pronto tan secos de las lágrimas del amor, como mis huesos secos de la sangre de la vida.

" ¿Y por qué no podria yo estar tranquilo cuando nuestro honor solo se ha manchado en su apariencia? ¡Qué importa que el falso honor de la opinion esté perdido cuando conservo puro y sin mancha el honor de mi conciencia, el verdadero honor?

" Pero en la sociedad, ¿qué es el honor, sino la opinion, y qué es esta sino el juicio inconsiderado de las apariencias de las cosas? La apariencia falsa conspira con la calumnia y nada podrá volverme jamas la estimacion, la confianza de los hombres. ¿Hácia dónde volveré en mi patria que no me parezca ver el dedo de la sospecha que me tilda y que me acusa?

" Adios, en fin, mi buen Padre: dentro de un momento estarán ya resueltas para mí esas dudas metafísicas que tanto me agitaron. Las sombras de la nada y del tormento eterno se desvanecen ante la sombra de la impotente misericordia. Me tiro en los brazos de mi Dios y nada temo.

" Adios mundo en que alternan las alegres y las tristes ilusiones: llegó ya para mí el tremendo instante de la realidad. Ya mi brazo verdugo se arma y se levanta contra mí. Ya siento contra la frente la boca mortífera y fria del arma que en su esplosion va á deshacer tan súbitamente mi vida, como el fuego deshará la pólvora que la anima. Mundo

y afectos todos, adios para siempre.... ya aprieto en la pistola el resorte que la hace vomitar la muerte.... ya......"

Tal era la carta que aquel desgraciado dirigia á su padre. Gullemiro la leyó todo consternado y pasó muchos dias mas triste que de ordinario; pero su abatimiento no tenia aquel aire siniestro que yo le habia visto ántes de aquel accidente. Algunos dias despues escribió al padre de su primo acompañándole la triste despedida que este le dirigia. En su carta disculpaba de tal manera su desatino, que despues de leerla tres veces terminé por creer yo mismo que tenia razon.

Me contó cómo, algun tiempo ántes de dejar su patria, habia cuestionado varias veces con su primo sobre el suicidio. El sosteniendo el suicidio y el primo refutándolo. Cuando me contaba esto sufria terriblemente y me dijo:—Ah jamas sostendré ese fatal estravío. ¡ Quién habria de creerlo ! La vanidad influye en el suicidio mas de lo que parece: las almas fuertes se placen en hacer lo que aterra á los otros: lo que nadie se atreve á hacer. De otro modo, ¿ por qué buscar la muerte cuando ella nos busca y se nos acerca á cada instante ?

Algunos prefieren matarse á que los maten, y otros prfieren tambien matarse á morir. En esto hai un tanto de orgullo y otro tanto de un sentimiento mezcla de muchos otros y que es por tanto difícil de definir. Sin duda que hai algo de humillante en morir temblando de la muerte, sin fuerzas, sin energía, acribillado por el dolor y lleno de ancias y terrores.

El que se mata, domina su suerte, desprecia y se sobrepone al dolor y á la muerte y en vez de sucumbir con humillacion sucumbe con aquella especie de gloria del héroe que no pudiendo salvar el parque de manos del enemigo le da fuego y lo vuela. La pólvora que no podia ya servirle de bien, no le servirá tampoco de mal.

Cuando nuestra vida cae bajo el poder de la desgracia, tal vez valdria mas hacer con ella lo que el guerrero generoso hace con la pólvora para que no caiga en poder del enemigo. El que la muerte se nos acerque constantemente es tanto razon para no buscarla como para salirle al encuentro y cogerla por sorpresa.

El que se mata huye sin duda del dolor, se rinde cobarde al miedo que le causa la adversidad y se esconde en el sepulcro entregando así la vida que Dios le dió, á la enemiga fuerza. El hombre de alma grande, el verdadero valiente, cuando ve que el infortunio lo acosa, lo desafía diciéndole no me rindo á tu poder, mi corazon será siempre mas grande que el mayor de tus dolores.

La vida del hombre es como la luz del fósforo, un choque lo enciende, luce, brilla, palidece y se apaga. Todo sucumbe á la ley del tiempo que es la mudanza. Las faces porque pasa el ssl duronte el dia son la imágen de las faces de nuestra vida. Esta mañana el sol ascendia

resplandeciente y fogoso y ahora desciende pálido y tibio. Así es nuestra suerte, fresca y bella en la mañana, ardiente y soberbia despues y débil ya y marchita en la tarde que la arrastra á la eterna noche de la muerte.



CARTA DE GULLEMIRO SOBRE EL SUICIDIO—INMORTALIDAD—ALBEDRIO.

Despues de este triste accidente cambió el seño sombrío de su frente y de sus ojos en una languidez suave. Los horrores de la realidad del suicidio deshicieron en él los destructores razonamientos del dolor. Algunos dias despues me dijo que queria estar solo, y yo conociendo por este síntoma que ya volvia á agriarse su melancolía, le respondí con sonrisa triste y severa, ¿será necesario acaso decir que U. está en el campo?

Al decirle yo esto me vió y conociendo que yo habia adivinado sus designios anteriores, me apretó la mano y me dijo.—No tema U. nada, si yo convencí á mi amigo, con sofismas que yo mismo creia razones, que el suicidio era bueno; él me ha probado á la última evidencia, con el hecho, que es malo. No hai razon contra el hecho. ¿Habrá alguna accion que siendo naturalmente horrorosa sea sin embargo buena? ¡No, imposible! ¿Y hai algo que sea tan asombroso como el suicidio? Nada, absolutamente nada. Luego es de hecho malo y es falsa y fatal la razon que lo haga bueno.

Ademas, solo tienen derecho á razonar sobre la legitimidad del suicidio los rarísimos hombres que se hallen en la condicion de imparciales, es decir, aquellos que vean la vida con un ojo tal, que ni teman ni deseen la muerte. ¿La justa lei de la razon permite alguna vez que los interesados fallen en sus propias causas? ¿Y yo que estoi lleno de penas que amargándome la vida me hacen dulce la muerte, tendré derecho á decidir de la santidad del suicidio?

Para que mi conciencia no me acuse de injusto, yo mismo me recuso como juez en esta causa, porque me confieso parcial en mi favor. ¿Un ojo que tiene puntos opacos no vé puntos opacos sobre los objetos que se le presentan? Una imágen triste, punto opaco de mi alma, se presenta en cuanto pienso y en cuanto miro. ¿Y no lo verá todo mi alma tan negro como ella está? ¿Una boca que está amarga no lo sentirá todo amargo por dulce que sea? Y una alma en que reboza el mal que la envenena, ¿no sentirá el bien mismo como un mal, y no dirá que no hai bien en lo humano, por mas que el bien exista?

Existe el bien en el mundo, es verdad, pero el mayor bien es un mal para mí y me es insoportable, pues tiende á robarme esa sombra de mi dolor.... Esta es la suerte de los que se abandonan á una pasion exclusiva y desgraciada. ¿Podré jamás recobrar mi tranqnilidad miéntras no pierda esa memoria? ¿Y qué será aquello en que yo piense que no lleve su tinte, y qué será lo que lo lleve que no me aflija y que no sea por tanto un mal?

¡Ah, todo es mal para mí! Ya U. ve como todo entristece al triste y como todo lastima su dolor. ¿Cuál será el pensamiento en que no ponga su lívida mano la imágen que me aflige, del mismo modo que un tirano marca con sello de posesion todo lo que entra en sus dominios?

Pero no tema U. ya por mi vida. Diciéndole que yo iba á quitarme la vida le dí la muerte: él dándose la muerte me salvó la vida.

Renuncio para siempre á esas ideas y para probar á U. que estoi arrepentido de mi pasada determinacion le haré ver la carta que hice para mi padre el último dia de los quince que pasé encerrado, despues de haber meditado durante los catorce anteriores mi terrible decision.

La carta estaba concebida en los términos siguientes:

"Padre querido; por el amor que me teneis y á nombre del cielo os conjuro á que no os ofendais, ántes de meditar esta carta. Bendecidme ó compadeced al ménos el extravío de la desesperacion ó de una alma enferma que no tiene ya sensacion de nada, que solo ve una sombra y solo siente un dolor. ¿Crée U. que hai un Dios y otra vida? Y si lo crée, ¿qué teme? ¿Cómo ha podido concebir esa otra vida, sin que hayamos necesariamente de reunirnos en ella? No lo dudeis, nuestra ausencia es corta y pasagera. ¿Qué son algunos años que vivireis aún y que volarán como un momento, pues que no pudiendo sentirse sino un instante á la vez, se reduce á un instante la vida; que son, digo, los años ó mas bien el instante que os resta de existencia, en comparacion de la infinita eternidad? Nada....

"Allá os espero, pues, durante ese instante. ¿Por qué ofenderse ni sufrir, por que estando destinados á seguir juntos el camino de la existencia y acosándome sus plagas en el punto en que me encuentro, corro á esperarlos adelante? Esto seria tan gratuito como si de dos viajeros, que llegan ya de vuelta á su habitacion, el uno de éllos se ofendiese por que el otro, sintiéndose fatigado, se anticipase á entrar á la casa para esperarlo en el seno del reposo.

"¿Temeis que me convierta en nada ó que caiga en poder de un Dios cruel? No, no insulteis con lo primero la grandeza del hombre, ni con lo segundo la de Dios. Si yo sospechase siquiera que eso pudiera ser, ¡cuánto no sufriria por no perderos!....

“ No os aflijais por acontecimientos naturales. El suicidio es uno de tantos modos de salir del mundo. Está en la naturaleza humana tanto como las fiebres, como la guerra, como los terremotos, el rayo y los temporales.... Todos estos son instrumentos que Dios puso en las manos de la muerte....

“ Nuestra vida aquí, solo es transitoria, la verdadera existencia está tras la muerte! ¡Como engaña la apariencia al hombre miserable! ¡Con qué horror vé la muerte en que principia su gran destino! ¿Es acaso posible que el hombre y su elevado pensamiento estén solo destinados por Dios á pasar al traves de ese lento martirio que llaman vida, sin otro objeto, sin otro fin que la nada? Si todos los hombres se convencieran de lo que les espera tras la muerte, todos se quitarian la vida...

“ ¿Es posible que esa aspiracion infinita del espíritu anuncie solo una máquina mortal creada por el accidente y destruida por la necesidad?

“ Es asombrosa la idea de anonadamiento completo! ¡Oh tú, generoso corazon, que sueñas en la grandeza y en la gloria! ¿no te espanta acaso la idea de que, reducido á su última espresion el problema de tu ser, no seas mas que una cruel ilusion durante la vida y una nada despues de ella? ¿Cómo es posible que eso que es, y que se siente ser, y que siente que piensa, y que piensa que siempre será, deje de ser y de sentir y de pensar y se extinga y desaparezca? Que las formas mueran, lo concibo; pero que la esencia perezca, no es posible.

“ La organizacion se pierde, es verdad; pero su efecto persiste como el efecto de la palabra humana: el sonido pasa pronto, pero la idea queda siempre. El fuego de los sentidos se apaga, pero el fuego del sentimiento, del pensamiento, no se extingue jamas.

“ ¿Qué es un pensamiento que nos ocurre? ¿Es nada ó es algo? Claro es que es algo. Y este algo qué se hace? ¿Se queda pegado al cerebro, lo almacenan los poderes de este en alguna capacidad propia, ó se exhala fuera del órgano pensador, acaso como se exhala la aroma de una flor? Algunos pretenderán que esa aroma no es nada y que ménos es aún el pensamiento. Pero si los pensamientos son nada, ¿cómo es que nos afectan y cómo los aloja la memoria y los conserva? ¿Cómo los pensamientos de Sócrates, de Cristo, de Rousseau, y de otros no mueren nunca y conmueven y transforman la humanidad?

“ La palabra que nos trasmite una idea, ese sonido, es algo ó es nada? Claro es que es algo de real y existente, pues que nos impresiona, y el pensamiento que ese sonido implica es como su alma y sin duda alguna es tambien algo, pues que impresiona y que á veces impresiona eternamente. ¿Y ese algo positivo que hai en la fragancia de la flor como en el sonido de un pensamiento, puede acaso dejar de ser, deshacerse, hacerse nada?

" Siendo tan difícil el concebir el anonadamiento del pensamiento, como su creacion primera, es racional suponer que el Creador no lo sacó de la nada sino para no estinguirlo jamas. Si fuera de Dios todo muere, él estará solo en la eternidad gozándose en la muerte y estincion de tantos millones de millones de millones de vidas y pensamientos que él mismo llenó de aspiraciones y presentimientos.... Millones de millones de soles y de mundos llenan el espacio cuya infinita estension solo entiende Dios, y millones de millones de vidas nacen y mueren á cada instante en esa infinita creacion. No hai cifras, ni cálculo, ni imaginacion que se aproxime al número de seres que piensan y adoran á Dios y le piden la inmortalidad para adorarlo eternamente. ¿Y quién dió á esos seres esa sed de vida eterna?—Dios.—¿Y se la daria solo para burlar su plegaria y su esperanza? ¿Y tanta vida y tanta creacion no tendrá mas designio que matarlo todo?

" Es razonable el concluir que puesto que existimos, Dios nos hizo con un designio particular y que como este no puede ser solamente el de sentir y sufrir y estinguirnos, es probable que Dios se propone algo mas que esto y que debemos conservar el sentimiento de esta vida hasta mas allá de la muerte.

" Yo creo que las formas cambian, pero que las esencias son inmutables: que la palabra y la organizacion se transforman; pero que la idea de la palabra y el pensamiento de la organizacion, son imperecederos.

" Otros, los que admiten en nosotros un principio heterogéneo, independiente y diferente de la organizacion, me dirán que puesto que yo creo que Dios nos hizo inmortales, debo tambien creer que puso en nosotros algo que no pudiese perecer, y que puesto que nuestra organizacion toda, muere evidentemente, es necesario, ó que halla en nosotros algo independiente de la organizacion, ó que seamos completamente mortales.

" ¿Por qué será imposible á un todopoderoso el separar la esencia de nuestra organizacion de la organizacion misma, y hacer que el sentimiento vaya mas allá de la vida material, del mismo modo que el pensamiento sobrevive á la palabra que lo espresa?

" El que sacó la materia, la organizacion, la sensibilidad y el pensamiento, de la nada, ¿qué obstáculo tendria en conservar los unos separados de los otros? El que puede hacer inmortal ese principio diferente de la organizacion, que suponen, ¿qué dificultad tendria en hacer inmortal la esencia misma de nuestra máquina?

" ¿No vemos patentemente que la palabra perece y se extingue y que su idea queda siempre? Y esto, si no lo viésemos de hecho, ¿no nos pareceria un imposible? ¿Y por qué decir que Dios no puede

hacer vivir la sensibilidad mas allá de los sentidos y el pensamiento mas allá del cerebro?

"Esto es dar la lei á Dios, imponerle las reglas de posible y de imposible á que nos sentimos sujetos. Y los mismos que hallarán imposibles para Dios, sostendrán su omnipotencia y sostendrán ámbas cosas y no convendrán jamás en que se contradicen.

"Con tales razonadores no hai mas que un modo de no perder el tiempo y es el no razonar con ellos. Estos hombres son, por fuerza, ó incapaces de buen sentido, ó incapaces de buena fe. Y es tal la ceguedad de la opinion, que venera como filósofos á muchos de esos hombres sin juicio. ¡Cuántos nombres famosos hai que la razon no podria salvar de esa terrible alternativa!

"Si debo volver á la nada de que me sacara solo el capricho de un ente superior, protesto y le tiro rota á sus piés esa vida miserable que no pasa de una burla. Pero esto no es posible.

"Y si son inmortales mi pensamiento y mi ser, ¿por qué temblar de su autor? ¿Por qué horrorizarme al huir de donde estoi mal á donde espero estar bien? ¿No es una lei natural el huir el mal y buscar el bien? ¿Y U. preferiria el verme sufrir á dejar de verme?....

"¡Ah, qué sábio es el director de las cosas! Hace la muerte horrorosa para afirmar la prudencia y la virtud, y cuando la muerte es necesaria nos hace, por medio del dolor, odiar la vida.

"¿Y hai acaso albedrío ni siquiera voluntad cuando la suprema voluntad decide? No, se cumple á nuestro pesar nuestra suerte.

"¿Hai algun ser que no sea obra de Dios? ¿Y hai tampoco una accion ni un pensamiento siquiera contrario á su querer? No, pues el que piense ó quiera lo contrario de lo que Dios quiere, será mas que todopoderoso y esto es imposible.

"Así, pues, ó Dios no es todopoderoso ó todo lo que se pasa en el universo es obra de su querer. De esta incontestable verdad deduzco un razonamiento que no es posible responder filosóficamente. Solo los que créen porque fulano ó sutano les dijo que creyesen, y los que dicen, "yo creo esto porque quiero creerlo," solo á estas cabezas *privilegiadas* me parece que sea dado el responder el argumento que deduzco del axioma ántes dicho.

"El razonamiento es este: ó Dios ha creado el universo con una mira ó destino particular, ó lo ha creado sin objeto: ó Dios tiene un plan y un objeto, y entónces tiene necesariamente una voluntad fija sobre los acontecimientos: ó Dios no tiene sobre las cosas ni objeto ni plan, y solo en este caso puede no tener una voluntad sobre los destinos de las cosas. Analicemos esta alternativa sin medio.

"Si Dios no tiene objeto fijo, no hai accion humana que pueda serle desagradable, pues que no tiene designios que el hombre pueda ofender, y si ha hecho las cosas con un fin prefijo, todo debe por fuerza conspirar á dicho fin, pues que su querer es omnipotente. La presciencia esencial al omnipotente hace evidente que el error, el mal y la maldad entran en el plan de la creacion mundana.

"¿Es posible que Dios haya hecho las cosas sin objeto, ni fin, ni voluntad? No, esto no puede revocarse en duda; la sola hipótesis de un Dios que obrase sin objeto ni voluntad, seria el absurdo mas sacrílego y mas fatal á la sociedad. ¿Qué seria de esta, en efecto, si todos los hombres convencidos de que Dios no tenia ni plan ni voluntad alguna, lo estuviesen tambien de que en nada se le contrariaba, ni habia culpa por tanto? Oh! no hai duda, Dios tiene una voluntad sobre nosotros y sobre todo. Y como nada, absolutamente nada, puede salirse ni un solo instante de la voluntad y de los planes de Dios, claro es que cualquiera cosa que yo haga, esta cosa solo es la espresion de su voluntad. ¿Y si mi muerte está ya en la mente de Dios, podria yo evitarla, y no seria ofenderlo el murmurar mi sumision? Se me dice que Dios nos dió el libre albedrío; que yo, por ejemplo, puedo ahora matarme ó no matarme. Pero Dios sabe el uso que voi á hacer de ese albedrío, él ya sabe lo que al fin he de hacer. ¿Y podria dejar de suceder lo que él sabe de antemano que sucederá? Imposible. Y dejar el omnipotente que suceda lo que ha previsto, ¿no es decretarlo?

"Ademas, Dios, que todo lo hace, lo ve, lo entiende y lo prevée, ¿será libre, pues que tiene planes prefijos, será libre de gustar y de no gustar á un tiempo, de querer y de no querer, ó podrá dejar de conocer lo que á sus vastos planes conviene? No, para esto seria necesario que él pudiese engañarse á sí mismo, y ya se ve que este es el mas extravagante de los imposibles imaginables.

"Conocer y no conocer las cosas, tener y no tener voluntad sobre ellas, seria como el ser y no ser á un tiempo. Y al conocer las cosas ¿podrá, si es bueno, dejar de agradarle lo que es útil, y este agrado no es su voluntad, y su voluntad no es por fuerza el hecho?

"Y admitiendo esta voluntad y este hecho, como inherentes á la esencia divina, porque un Dios sin voluntad y sin poder es imposible, admitiendo, digo, un Dios tal cual necesariamente debe ser, ¿cómo se concibe el albedrío?

"Una de tres, ó Dios tiene y no tiene á un tiempo voluntad sobre nosotros, lo que haria un Dios contrahecho, contradictorio, lo que es imposible, inadmisible; ó Dios tiene voluntad sobre nosotros, y entónces nuestra voluntad es nula y por tanto el albedrío; ó no tiene voluntad sobre nosotros, lo que no es posible, y en tal caso, no habria ni crímen, ni

castigo, ni cuestion de albedrío. No cabe otro término: ó tiene voluntad en nuestras cosas: ó no tiene, ó tiene y no tiene á un tiempo y en ninguno de los tres la razon concibe el albedrío.

"Qué contradicciones! Dios es bueno y abandona al hombre á un libre albedrío en que sabe por su presciencia que hallará su perdicion. Dios es Todopoderoso y tiene que castigar sin embargo acciones que son contrarias á su voluntad! Si es justo, solo puede castigar la desobediencia, y si ha tenido una voluntad espresa, ¿cómo ha podido la voluntad del hombre ser superior á la suya? Y si él, abnegándose á sí mismo, ha dejado de querer, de tener voluntad, ¿en qué le ofende lo que no le ha contrariado? (*)

"Si es infinitamente sabio, debe serlo tambien todopoderoso y bueno: si es todopoderoso no puede ménos que ser infinitamente sabio y bueno, y si es esencial é infinitamente bueno ¿permitirá el mal sino por cálculos insondables del bien? ¿Sabemos si los males son beneficios, si la desgracia es la dicha, si el sufrir es un bien?

"El crímen mismo, el horrible crímen, trae al mundo una mision digna tal vez de mas compasion. Si Dios por el bien permite el mal, el malo desempeña en el mundo el mas horrible de los destinos...... ¿Se dirá acaso que alguien puso el mal en el mundo contra la voluntad de Dios? Y quién es el omnipotente entónces? Oh! no, nadie puede, sino Dios, y él mandó el criminal al mundo ó á sufrir una destinacion maldita ó para maldicion de los hombres.

"¿Podria Dios, sin dejar de ser benéfico, permitir el mal sino por el bien? Y si solo por el bien permitió el mal, no tendrá misericordia del mísero pecador? No hai duda, existe un Dios, yo lo siento sin tocarlo, lo veo sin distinguirlo, oigo hablar su silencio, la creacion, la razon y la necesidad lo hacen evidente y palpable. Sí, hai un Dios y por tanto todopoderoso, sabio y bueno, y existe sinembargo por su querer el mal en el mundo; luego está en el interes del bien que el mal exista; luego si el bien es bien y el mal tambien es bien, no hai mal, todo es bien.

"Veamos la naturaleza de los séres y de los destinos, sin que el terror nos engañe, y veremos como esencialmente naturales el bien y el mal, lo bueno y lo malo, la virtud y el crímen y la vida y la muerte. Veámo-

(*) De este sutil sofisma se deduce que nunca, en ningun caso, hai culpa: si Dios pone voluntad en nuestros actos porque lo que hagamos es solo su voluntad, y si no pone voluntad en ellos, porque no lo ofende lo que no lo contraria. No hai un solo pueblo, por salvaje que sea, que no admita acciones buenas y malas. En todos, sin excepcion, existen las ideas de conciencia y de remordimiento, luego existen acciones buenas y acciones malas, luego existe la culpa, luego hai libre albedrío, luego el Omnipotente que, para prueba, puso el mal y la maldad sobre la tierra, puso tambien la razon, la conciencia y la libertad de obrar bien ó mal. ¿Podrian ser iguales á los ojos de Dios los grandes crímenes y las grandes virtudes de los hombres? ¿Y cómo podrán ser diferentes ante Dios y correr la misma suerte, y cómo podrán ser premiados y castigados si no hubo libre albedrío?

nos tales cuales somos, y veamos tal cual es nuestra suerte, y tendremos valor para vivir y morir noblemente y para ofrecer compasion é indulgencia generosa á las miserias de toda especie.

"El hombre que sabe lo que él es y lo que son las cosas, sabe vivir y morir dignamente: se esfuerza en ser bueno y tiene piedad hasta del malo. Algunos llevan esta compasion del malo hasta querer la abolicion completa de la pena de muerte; pero estos soñadores no piensan en que salvar el crímen es condenar la virtud; que ser piadoso con los malhechores es ser cruel con sus víctimas. Triste verdad de la humana condicion. El invencible asombro que causa el crímen y el remordimiento que lo sigue, prueban que si el crímen y la virtud están en la humana naturaleza, tambien lo están el premio y el castigo. Puede probarse que el bien es una consecuencia del mal, ó al ménos que uno y otro son consecuencia de la organizacion del hombre y del mundo y tal vez del universo.

"En todo hai diferencias y en todo esas diferencias van hasta los dos estremos opuestos. Dios, único creador y único omnipotente, organizó así las cosas por designios insondables. Hizo el carnero inocente y la venenosa culebra, el insecto microscópico y el elefante, lo dulce y lo amargo, lo oloroso y lo fétido, la salud y las enfermedades, los remedios y los venenos, el frio y el calor, lo bello y lo feo, la vida y la muerte, el placer y el dolor, el genio y la torpeza. Estas diferencias no son obras de los hombres sino de Dios, y él es tambien el que ha puesto la bondad y la maldad y todas las diferencias físicas y morales que existen entre los hombres. No hai dos hojas iguales, ni dos formas, ni dos seres, ni dos esencias iguales. La lei de Dios, en su creacion toda, es la diferencia, y esto es esencialmente necesario, porque no pudiendo ser perfecto sino él, el hombre no puede alcanzar su perfectibilidad relativa sino por influencias y reacciones de los unos sobre los otros, y estas reacciones son imposibles sin esas diferencias. Si hai impresiones diferentes deben ser buenas y malas, única diferencia concebible en las sensaciones. Y si no hubiera impresiones diferentes, único modo de que el mal no existiese, como todo causaba la misma sensacion, el universo se reduciria á un solo objeto y el hombre no tendria sino una sola sensacion y una sola idea. O tal vez ni una idea, pues como las ideas nacen de la comparacion, el hombre sentiria sin pensar, como el ínfimo animal. Desaparecerian las ciencias, las grandezas y los placeres de los hombres, y los encantos del alma y de los sentidos desaparecerian como el arco-íris y los preciosos arreboles si los colores se redujesen á uno solo...... Se ve, pues, como para evitar al hombre ese mal y ese dolor de que tanto se queja, seria necesario arruinarlo á él mismo y á la naturaleza entera, y por tanto se ve que Dios hizo el mal necesario al bien, y por tanto un bien mismo. Para que haya una sensacion buena,

es preciso que haya sensaciones diferentes, y que por tanto las haya malas, pues que si todas son igualmente buenas, se hacen idénticas, se reducen á una sola, y en este caso la sensacion de bien es inconcebible, es imposible.

"Por consecuencia, solo puede ser feliz el hombre con muchas sensaciones, y no pudiendo éstas ser muchas sino siendo diferentes, ni ser diferentes sin que haya malas, es evidente que las malas producen la diferencia, y esta las buenas, ó lo que es lo mismo, que del mal nace el bien y por tanto la dicha humana.

"Grabe, pues, la razon para siempre, sobre la santa moral, que en este mundo, tal cual lo hizo Dios, el mal y el dolor son casi el manantial de nuestros bienes, y ántes que vituperar bendigamos la mano que arrojó el dolor sobre los hombres.

"Que jamás se repita el siguiente concepto de Rousseau: "¡Oh sabiduría! ¿Dónde están tus leyes? ¡Oh Providencia! ¿Es así que tú riges el mundo? ¡Ser bienhechor! ¿Qué se ha hecho tu poder? Yo veo el mal sobre la tierra." Yo dejo al juicio de U., padre sabio, el fallo de quien tenga razon; si la soberbia de ese admirable misántropo en acusar así á la divinidad, ó si en defenderla mi humilde filantropía.

"Es una lei absoluta del Creador que ninguna de sus criaturas nazca en el grado de perfeccion que él le concede, y si todo es imperfecto, la ignorancia y el mal son necesarios. Véanse las evoluciones ó cambios físicos y morales que sufre el hombre desde la infancia hasta su madurez, desde su ceguedad primera hasta que sublima su inteligencia. Tambien mandó Dios que no se llegase á esa perfeccion por la simple accion del tiempo, sino por esfuerzos y aun por sacrificios. La ignorancia natural y el mal y la maldad hacen que la humanidad no vea ni busque su perfeccion. Algunos pocos alcanzan mas ó ménos la suya propia, y alguna alma generosa se empeña en perfeccionar la humanidad; pero sus esfuerzos se estrellan contra las monstruosidades con que los falsos apóstoles Prudom y otros pretenden redimirla.

"Si es lei de Dios que nada nazca perfecto, es tambien lei suya que exista el mal que de esa imperfeccion se deduce. Por consiguiente la lucha consigo mismo y con todo y el dolor son esenciales á la condicion y al perfeccionamiento del hombre. Por eso vemos que las grandes almas son hijas de las grandes persecuciones, de las grandes tristezas y de los grandes dolores. No es concebible la infinita creacion sin diferencias infinitas entre los seres que la componen, y estas diferencias hacen necesario el bien y el mal, la lucha y el dolor. Quitad las diferencias de sexos, de inteligencias, de gustos, de formas, de pasiones &c. &c. y decidme en qué se convertirá el mundo? En una banda de fantasmas incapaces de placer, de dolor y por supuesto de perfeccion. Poned las diferencias y vereis al punto brotar el bien y el mal, la lucha y el dolor

y el engrandecimiento progresivo del individuo y de la especie. Lo poco que vale mi espíritu se lo debo al dolor. Bendito sea el dolor!....

"El hombre brota al mundo con dolor; el amor y las pasiones todas no son sino diferentes formas de dolor; las grandes obras y los grandes pensamientos son todos hijos del dolor; los celos, la ambicion, la gloria, ¿quién les da alma sino el dolor? La piedad misma y las virtudes, ¿serian capaces de sus grandes sacrificios si no existiera el dolor que las impulsa? La piedad es el dolor del mal ageno, y las virtudes no son sino ese dolor santo que hace que la divina conciencia arrostre todo para estorbar el triunfo de la maldad. La piedad, pues, y las virtudes todas no son sino el dolor, y á este se debe todo lo que aquellas han hecho de mas grande y de mas santo. Suele el dolor causar la esplosion de la maldad y producir estragos, como el vapor suele causar, mal dirijido, la esplosion de la máquina que anima. Puesto que hai un dolor que pierde y otro que perfecciona, purifica y lleva hácia Dios, enséñese al hombre á sufrir, y fúndese la escuela del buen dolor. ¡Oh mortal que te quejas de tu suerte, prosternate ante el Creador y bendice tu dolor!

"Todo hombre tiene ante sí otro hombre que le causa emulacion y por supuesto un dolor. Cada uno se empeña en sobreponerse á su rival y á cuantos puede, y todos y cada uno luchan por sobreponerse á todo y que nada se sobreponga á ellos. Esta lucha, este dolor, sordo, invisible á veces, pero positivo y eficaz siempre, mueve y fecunda la humanidad y pasándola con terribles crísis y peripecias al traves del crisol de sus pruebas, la presentará algun dia á Dios purificada y lavada con sus propias lágrimas. Entónces, tal vez, la suprema misericordia quitará el dolor del mundo; el hombre nacerá en su perfeccion posible y gozará felicidad sin mezcla. Miéntras tanto, aceptemos el destino tal cual es, convengamos en que el dolor es el alma del mundo y la única fuente de nuestras míseras grandezas. Nada produce el pensamiento sino por una aspiracion, y toda aspiracion implica en sí un dolor: ¿vencerá el mal que ataca, alcanzará el bien que busca? Este afan, ese dolor, esa melancolía, son el licor fecundante del genio. Voltaire y Rousseau, Fenelon y Bosuet, &c. &c. cada uno sintiendo el dolor de ver la grandeza de su rival, se desvivió por sobreponerse á él, y así cada uno engrandeció á su contrario causándole un dolor sin el cual no habria sido lo que fué ni alcanzado tanta gloria. Sin el dolor, qué habrian sido Abelardo y Eloisa? Ved á Lamartine, Chateaubriand, A. Dumas, Byron Milton, Sócrates, Homero, Colon, Ciceron, Gutemberg, Bolívar, Francklin, Newton, Galileo, &c. &c. &c; observad sus rostros y sus escritos y vereis claro una gran luz alumbrando un gran dolor, ó mas bien, un gran dolor dando pábulo á la luz del genio. El dolor sin genio no prodúce sino estériles lamentos; pero el genio sin el dolor se apaga casi siempre sin dejar trazas de su pasaje. Y los que revelan genio en la in-

fancia, ántes de la época del dolor, como Teresa Carreño y otros, al dar prueba de ese genio toman un aire grave y triste, como si fuesen genios que habian vivido ántes y que conservaban el sentimiento intuitivo de sus dolores pasados. Quitad del mundo el dolor y la tristeza y dejad solo el placer y la alegría, y desaparecerán lo sublime y lo grande. Un poeta infeliz á quien todo es contrario, se inspira, canta lágrimas, entresiente el edem, y encanta y mejora al que lo lee. Si ese mismo poeta alcanza riqueza y lo mima la fortuna, si no lo afligen ni rivalidad ni pasiones, si nada le causa dolor, ese licor fecundante del alma se enfria, se abandona y nada producen los ovarios de su genio. La infelicidad, casi absoluta, sublimó al gran Mármol de Buenos Aires; la misma sublimó á nuestro gran Arvelo, poeta en su género, sin semejante hasta hoi. Pero Arvelo y Mármol, elevados por el dolor, alcanzaron honor y fortuna, y la felicidad desarmó sus genios, se entregaron al placer, es decir, al enemigo del genio, desamaron ya la gloria y nada mas ofrecieron á la utilidad y á la admiracion. ¡Que lástima que Lamartine, sediento soñador de gloria, no hubiera sentido mas en su vida el aguijon del dolor! El que goza las delicias de los banquetes, los inciensos de la gloria, los hechizos del amor feliz, no produce nada; y si algo produce es por exhuberancia de genio, como el caballo que corre sin que lo soben, ó como el que grita sin que le duela.

"Pero el dolor de esas aspiraciones no me aqueja. Mi dolor es estéril para el mundo, es el dolor del que perdió la ilusion de todo, del que no ve ni glorias ni grandezas que no le parezcan culpables ó ridículas. Mi dolor es el del que siente en el alma un vacío que nada llena, que entresiente grandezas de otra condicion mejor, el del que en la contemplacion entrevió á Dios y en su loco anhelo se mata para verlo faz á faz.... Fuera del dolor de hallarme sin Almabella, mi alma no siente ni podria sentir ninguno de los dolores del mundo. Me hacen falta como pábulo natural del mísero corazon humano, los busco, pero nada me impresiona.

"El idiota, mal organizado, tiene una sola idea y por supuesto para él no hai dolor moral; pero hasta el suicida desesperado preferiria su dolor y sus angustias á esa fatal felicidad. El alma se horroriza de la indolencia porque en su esencia está el dolor. La actividad del universo necesita reacciones y estas necesitan esencias diferentes, y estas causan impresiones diferentes, choques y sufrimientos. El dolor está en la esencia misma de la vida: ya nada puede causarme dolor, mi vida es imposible, y mi indolencia absoluta me hace sentir que tengo el alma muerta.... Lo único que conmueve y encanta mi alma es la idea de meterme en la otra vida, me estasío soñándome ya lleno de pasmo y beatitud ante Dios y sus infinitas maravillas.... ¿Cómo verá la vida, padre mio, el que arrastrado por la meditacion al traves de mil dolores

y desengaños, encontró la absoluta verdad y como consecuencia de esta siente una invencible necesidad de ver á Dios?

"Todo es cálculo de interes: mi muerte es la del hombre de razon, pues pruebo que en ella no hai ni culpa ni peligro. En esta vida no hai para mí bien alguno; nada siento, nada sufro, nada gozo; y en cuanto á la otra vida, se la he hecho ver á U. tal cual por fuerza debe ser. O no hai Dios, ó sí lo hai; y si lo hai, ó es malo ó es bueno. Lo primero, que no haya Dios, no puede ni suponerse, por ser, á mas de sacrílego, evidentemente imposible: lo segundo, que haya un Dios malo, es aun mas sacrílego é imposible. Y no pudiendo ser sino una de las tres cosas, y siendo dos de ellas imposibles, la tercera es necesaria y por tanto evidente. Existe, pues, un Dios bueno. Este, por fuerza, ó ha tenido voluntad en nuestros actos ó no ha tenido voluntad. Si ha tenido voluntad sobre mis actos, mi suicidio es su obra. Y si no ha tenido voluntad, en nada lo contrarío, en nada lo ofendo, y por supuesto no me castigará, porque afligido por mis propias miserias, rompo el lazo de la vida para presentarme á él, Padre omnipotente, único y gran fin de cuanto vive.

" El sacrificio que el alma os hizo del corazon los mató á entrámbos. Os probé así que os amaba mas que á la vida y á la felicidad. Mi terrible pasion se rindió á esa especie de religion con que os venero. Nada os pedia mi corazon por tanto sacrificio y por tanto amor; pero hoi le pongo un precio, precio sagrado, y es que no sufrais por mi muerte.

" Me parece que hasta las piedras me echan una mirada de muerte; pero la naturaleza toda sigue su rumbo en paz: nadie se ocupa de mí; pero en este trance toda alma tiene miedo y es visionaria...... La muerte se me ha metido en el alma y lucha con la vida, la acosa, la agarra, la fatiga y la atropella, y no contenta con desgarrarla, le echa encima la mirada de la ironía y le dice las palabras del sarcasmo...... Amigo de mi alma, hombre sagrado, cumplid el último deseo, el testamento del alma del hijo que tanto os amó. No sufrais por mi muerte.

" De cuántos modos me es dulce el ser vuestro hijo!.... El alma que os anima no puede ser la obra del accidente ni tampoco de un Dios malo. ¿Puede el que os hizo, dejar de amar la virtud? ¿Y puede amarla y ser malo?.... Nó, es evidente: Dios hizo á mi padre, luego es bueno. Y si es bueno ¿cambiará su eterna esencia solo para ser cruel conmigo? Si fuera posible que Dios no supiese que yo era vuestro hijo, se lo diria, y por no haceros sufrir me pondria á su lado á esperar que llegase vuestra alma santa que él mandó al mundo como prueba de su soberana bondad.

" Dentro de una hora estarán satisfechos mi dolor de esta vida y mi curiosidad de la otra. Tiemblo, siento pavor: pero una voz interior me dice: " Si la muerte te espanta mas que la vida, vive con dignidad, y

si no, muere con grandeza.... Maldecir la vida y temer la muerte es humillarse ante la una y ante la otra. La especulacion te dice que posée los arcanos del Creador; pero de la otra vida nadie sabe nada, oye solo á tu propia alma: duda de todo lo humano: confia solo en Dios: él te espera, no lo temas que temerlo es un pecado." Esas palabras consolaban mi agonizante afan como si saliesen del labio santo de Dios.

"Hoi 6 de Abril de 1842 cumplo veinticinco años. ¡Que súbitamente mata á todo lo que le atrae, y se apaga, el relámpago desastroso de mi vida. Una gracia aún, Padre mio. Pues que muero solo para que mi alma, libre ya, pase al triste corazon de Almabella, solo es posible amar mi existencia en el dolor de esa infeliz. Padre amado, hasta la eternidad.... adios!....

DESCUBRENSE DOS HERMANOS DESCONOCIDOS.

Por esta carta calculará el lector hasta qué punto el corazon de Gullemiro era raro, grande y terrible y con cuánta luz y audacia penetraba en los misterios del alma y de la eternidad.

Conmovido profundamente con aquella lectura, le apreté la mano, quise hablar y no pude, y una lágrima involuntaria se presentó á mis ojos.... El me cerró contra su pecho y me dijo:—Ya vez, hombre débil, por eso te he ocultado mi mala suerte.... por qué lágrimas?

A esto le respondí:—Me arranca esas lágrimas el ver tanta grandeza reducida á tanta miseria por una insensata pasion.... Llorar tu debilidad no es ser yo débil.... O tu razon es débil ó traidora, pues deja que la fuerza que impele al mal venza al alma fuerte que Dios te dió... Débil es el que huye dè la lucha con el dolor natural. Débil es el que abandona á los que sufren por él. Débil es el que se dice: "que yo descance, aunque mi muerte exacerbe el dolor y mate la esperanza de los que me aman."—Débil es el que rendido á un estéril dolor olvida sus deberes para con la patria y la sociedad. Débil es el que sabiendo que su muerte puede matar á su padre y á su amada, se mata por no sufrir, aunque los mate.... Débil el que, por no sufrir, conviene en que ese padre sagrado y esa amante adorada, le digan: "Cobarde, ¿cómo huyes, cómo nos matas?.... Débil es el que para defender su criminal cobardía falsea la verdad y su conciencia con aleves sofismas que envuelven la inmoral y disolvente idea de que no hai albedrío ni responsabilidad por los hechos de los hombres.... Débil es el que teniéndole al dolor mas miedo que á la muerte y que al mismo Dios, profana la mansion de la

muerte tomándola como un escondite y profana á Dios tomándolo como un argumento en favor del crímen....

Dónde está la justicia y la piedad que tanto decantas? ¿Es esa tu religion natural, tu moral, y la idea que tienes de los deberes del hombre? Si tu razon no está enferma ni eres un malvado, ¿de dónde vienen esos delirios infernales? Si dices que el dolor es natural al hombre y esencial á su grandeza, ¿por qué huyes de tu dolor, de tu propia naturaleza, y no quieres engrandecerte?.... ¡Que haya lógica entre tus premisas y las consecuencias que sacas y las prácticas que sigues!.. Está por fuerza en el error, es falso, todo sistema cuyas diversas partes se chocan entre si.... Por falta de lógica has pecado contra tu razon, contra la verdad, contra la moral, contra los que amas, contra tu religion, contra tí mismo y contra Dios... Viviendo aun los que sufren contigo y por tí y por la tempestad que solo tú causaste, te declaras al matarte, amante ingrato y bárbaro parricida....

Imagina ver al padre que reverencias y á la que amas y te idolatra leyendo tu carta; imagina su asombroso dolor, y si no abominas tu locura, te declararás indigno de sus lágrimas y aun de la compasion de todo hombre virtuoso.

Dices que el gran sentimiento de tu alma es la compasion de todo el que sufre y te atreves sinembargo á pintar la vida tan mezquina y el suicidio tan sin culpa y tan alhagüeño que aparece como el inocente refugio de las almas afligidas.... A esa inmensa mayoría de hombres que cargan en el corazon un dolor sin esperanza, á esos les ofreces por remedio el suicidio...... ¿Cuál será el hombre que no pase en su juventud por una amargura y aun por una desesperacion que le parece que será eterna? Y para esa hora ofreces al jóven inesperto por único consuelo que se dé un balazo...... Pintas el suicidio tan sin culpa ni riesgo, y das tal idea de Dios, del deber y de la responsabilidad, que el matarse es solo anticiparse la eterna dicha...... Si lograras convencer á la humanidad de lo que dices del suicidio, la humanidad desapareceria toda entera...... Si la separacion temporal de una mujer que te ama te autoriza á matarte, ¿cuánto mas pronto debe quitarse la vida el que es despreciado ó traicionado por su amante ó por su esposa, el que vé morir al fiel compañero, al hijo, al padre, al hermano &c.? Al morir el padre, la madre ó el hijo querido, todo el resto de la familia deberia suicidarse.... Tu primo se mató porque lo calumniaron. ¡Gran razon! Si todos los que han sido mas ó ménos calumniados debieran matarse desapareceria tal vez el género humano. La humanidad, y sobre todo los desgraciados, los que sufren, deben estarte mui agradecidos por el remedio que ofreces á su dolor. Perdóname si me constituyo defensor de tu padre y de esa desgraciada que tus pasiones fatalizan.... Vagaré por el mundo triste y solitario. pues no tengo ni patria, ni padre, ni parientes, ni amigos. Me interesaste y habria aspirado á tu amistad, pero me pareció inaccesible tu corazon por estar cercado de dolores.

Dime donde viven esos desgraciados que abandonas para volar á ofrecerles mi amistad y que tengan el consuelo de ver que hai quien tenga valor para acompañarlos á sufrir.

Al llegar aquí me apretó la mano languidamente y me dijo.—Basta, ten compasion: no me quejo de tu crueldad; pero sabe que mi resolucion no nació de mal corazon sino de la desesperacion de mi virtud ya criminal. Si por mi culpa soi digno del martirio en que vivo, merezco por mi arrepentimiento la piedad de tu feliz inocencia......

Estaba desfigurado, abatido y humilde. Su semblante hacia pensar en qué seria mas grande si el infortunio ó el corazon de aquel hombre...... Su acento, su aspecto y su queja me lastimaron el corazon, y le dije,—Perdona mi crueldad, olvidaba que demasiado te dice tu propia razon.

Entónces ví que un sentimiento poderoso en él lo reanimaba, y pronto ví que ese sentimiento era el de hacerme algun bien, pues me dijo así.—Me habias parecido dichoso, y nada me interesaba tu historia; pero acabas de decir que eres solo en la tierra, que corres tu suerte sin apoyo ni rumbo fijo y sobra esto para interesarme. Cuentame tu historia sin recelo y dispon de mi amistad. Te doi por garante de mi fe á esas mismas penas que creias te cerraban mi corazon...... Si la desgracia puede tanto que solo á tu desgracia fué dado el vencerme, son mis penas sin duda la mejor garantia que puedo darte......

Pensaba en que podia perderme el descubrir lo poco que de mi mismo sabia, cuando él interrumpió el silencio diciéndome:—¿Desconfias? Tu infortunio pudo todo en mí ¿nada podrá acaso el mio en tu corazon?

Aquella queja me conmovió y olvidándome de mí mismo, le dije: —Tal como eres tú no he visto sino á tí y querria ahora no haber visto ninguno...... Oye en dos palabras el misterio de mi historia, desconocida de mí mismo. Nací en América, murió mi madre ántes que yo la conociese y mi padre me transportó á la Europa. Amo la virtud y la mayor de mis penas es que mi padre, segun él mismo me dió á entender, habia sido culpable y aun tal vez contra mí mismo, porque al morir me dijo que no lo llorase, que él era indigno, que solo me rogaba que lo perdonase. Me dejó todo lo que tenia y me entregó una carta diciéndome así: "Desgraciado de tí, si la abres ántes de volverte á América al lugar que ella indica, y ántes de entregarla al individuo á quien se dirije." Esta es toda mi historia, que como U. ve, es un misterio para mí mismo.—Veamos la direccion de esa carta, me dijo.

Yo confieso que no queria; pero sin embargo ¡cómo negar tan pequeño antojo á un tal amigo! quise por fuerza. Abrí mi escritorio y le entregué la carta. Al ver el sobre me dijo: es para mí pues que es para mi padre, y me pidió el permiso de abrirla, despues de haberla abierto. Leyó, y aquel rostro que una pálida languidez marchitaba, brilló entre mil lágrimas con un fuego triste y pasagero. Asió el papel

fuertemente, como para que no se lo quitasen, y con ávidos ojos devoró las cuatro líneas que contenia. Me agasajaba con aturdimiento y sin poderme hablar. Su libre cordialidad anunciaba el derecho que aquella carta le daba. En uno de sus tiernos abrazos sentí el peso de su cuerpo que caia desfallecido. Lo recosté en la cama: su palidez era mortal y sin embargo se esforzaba en esconderme la carta. Ofendido de su desconfianza, la tomé y leí lo siguiente: "Señor Halcimene: si la venganza de un corazon duro, en sus años de fuego y de locura, os privó de vuestro hijo, os le vuelve el arrepentimiento de canas heladas, á orillas del sepulcro. El portador de esta es vuestro hijo Federico, cuyo nombre yo cambié y él ignora aun. Si yo fuí cruel, sea U. generoso: que sus maldiciones no me acriminen ante el cielo."

Mi estrema confusion lo reanimó y abrazándome me dijo:—Hermano cuya suerte yo lloraba aunque no te conocia, ya no eres solo en el mundo, ahora tienes una numerosa familia.

Pasó mucho tiempo viéndome alternativamente y haciéndome los mas cordiales agasajos. Qué estremos! qué interes! Tanta era mi sorpresa y mi placer, que padecia, no podia ni hablar, y solo lágrimas revelaban lo que se pasaba en mi alma. El por su parte no hallaba que hacer conmigo. Me miraba, me abrazaba con arrebato, volvia á verme y me decia:—Mi hermano! mi hermano!—La espresion con que me decia esto, estaba llena del gozo que lo animaba.

Por primera vez me veia querer por un pariente. ¡Qué dulce es el amor de hermano, sobre todo cuando su primer cariño se goza á la edad que yo tengo y cuando ese hermano es un Gullemiro.

La escena que siguió á aquel descubrimiento fué larga y llena de felices y de tristes emociones, Su austera reserva se cambió por una suave y tierna confianza. La involuntaria magestad de su semblante se cambió por aquella esquisita dignidad inseparable de ciertos hombres aun en la mayor intimidad. Tanta fué su franqueza que pude conocer las sublimes rarezas de su espíritu. Citaré algunas de ellas para hacer ver que se parecia mui poco á los demas hombres.

Me enseñó su adios á Almabella que revelaba ya el abatimiento que precede al suicidio. Decia así: "Idolo de mi razon, Almabella, ven á recoger el último suspiro, el último dolor, la última lágrima, el último adios y el último amor del que te adora...... Ven á cerrar con llave de muerte los ojos por donde el amor entraba y la boca por donde el amor salia...... Ya no verás en mis ojos aquella infinita ternura, ni en mi boca aquel cráter de los volcanes del alma...... Tu divina belleza me metia por los ojos el encantado veneno que ponia mi corazon en frenesí, y este pasaba de mis labios á tu oido aquellos delirios enamorados que mataron tu razon...... Tal es el círculo del amor. De los ojos de la bella á los ojos y al corazon del fuerte, y del corazon y de los labios de este á los oidos y al corazon de ella. Amanse así la belleza y la inteligencia, porque en la mujer predomina la gracia y en el hombre

el pensamiento. Pero en tí, mujer preciosa, predomina el espíritu y nuestros amores son los amores del alma con el alma...... Cuando solo aman los sentidos el amor es perecedero; pero cuando ama el alma que no muere, el amor es inmortal...... La belleza entra por el ojo y rara vez pasa mas allá del corazon: el espíritu entra por el oido, traspasa el corazon y penetra hasta el alma...... Por eso las mujeres aman con pasion á los hombres de talento, y no les infunden igual pasion, aunque sean bellas, sino cuando tienen talento...... Por eso los grandes amores no han existido sino entre grandes inteligencias, entre almas privilegiadas......

"Una cara bella es siempre la misma y causa siempre la misma impresion y al fin fastidia. Una alma bella varia al infinito sus formas y sus colores: cada nuevo pensamiento trae nuevo primor y nueva gala y un perfume diferente que hace sentir diferente hechizo.... Un genio puede causar, á la mujer que lo ama, una nueva impresion, cada dia durante su vida entera, y mantener viva la ilusion primera...... La belleza no impresiona sino segun el alma que revela su espresion.... El recuerdo de tus finas palabras me conmueve hoi mucho mas que el de tus preciosidades, que no harian sino el efecto de un bello mármol, sin el recuerdo de aquella mirada que descubria las grandezas de tu alma y de tu amor. Por eso tus cartas, llenas de tu alma, tienen esa magia que me electriza y me enloquece...... Me las leo y releo ántes de matarme como léen oraciones religiosas al que llevan al patíbulo......

"Ven á ver sepultar tus cartas, reliquias de tu amor, junto con los restos de tu amante. Ven, preciosa hechicera: los filtros de tu espíritu redujeron mi alma á tan loca idolatría que no puede adorar á Dios sino adorándolo en tí...... Cada pueblo y aun cada hombre adora á Dios en una cosa diferente...... Unos lo adoran en efigies y simulacros de palo ó de piedra, otros en el sol, en una cebolla, en una culebra, &c. &c. Todos adoran á Dios en algo que no es él mismo: todos son idólatras: yo lo adoro en tí, su predilecta criatura, y me gozo en mi idolatría. Ven, ídolo mio, ven, como ángel de consuelo, á prestar los auxilios del alma á aquel que se hace una dulce religion de tu amor ... Si esperimentares algunas de esas sensaciones misteriosas que estremecen las estrañas, no temas nada, será que mi alma se ha metido en tí á habitar con la tuya. Esta es la gracia, este es el cielo que le pido á Dios, y por esto es que me quito la vida.... Ya me creas en el cielo ó ya en el infierno, ámame, háblame; yo te escucho. El cielo sin tu amor seria incompleto; y el infierno con tu amor es imposible......

"Almabella, mezcla de lo santo y deleitoso, sustento de mi alma, recíbela que ya muere en las hambres del amor. Y si no he de gozar,

ni en el alma, el amor de mi Almabella, renuncio á esta y á la otra vida, y por toda piedad pido á Dios que me hunda por los antros de la nada, para que mi ser y mis memorias se extingan en los abismos del olvido.

¿Pero dónde estoi, quién soi? Se prolongan mis delirios gratos, pues hasta estos crueles fantasmas son ménos horrorosos que mis amargas realidades...... ¡Ai Dios! Abrense mis ojos á la luz y á la verdad mi razon, vuelve á mis sentidos el sentimiento y á mi alma su dolor.... Muerte, dá una tregua á mi vida para ofrecer su última ternura á la que me regaló la única dicha que gocé sobre la tierra!.... Y esa dicha la pagué perdiéndote, deshonrándote y abandonándote..... Mi crímen es inmenso, y mi dolor tan asombroso que no me basta que me hayas perdonado tú: víctima generosa, yo corro hácia Dios, único que puede perdonar y dar paz y consuelo al alma del criminal. Pídele por mí para deberte tambien su gracia. Perdon, mi Dios, hasta tu gracia me es mas dulce cuando la pide Almabella...... Adios, me voi, allá te espero; vive en paz miéntras llega tu hora, cierta de que al morir tú me encontrarás postrado ante Dios pidiéndole que permita y bendiga las eternas nupcias de Almabella y Gullemiro."

Apénas acabé de leer cuando me dijo:—Notarás que esta carta no tiene la elevacion que por su objeto necesita. Mi alma habia caido ya en ese vértigo oscuro, en esa indolencia del alma, con que Dios favorece al moribundo.



CONSEJOS DE GULLEMIRO A SU HERMANO.

Calmada aquella exaltacion y la sorpresa, me dijo:—Siento el no poder contribuir con mi felicidad á la tuya; pero harán tu dicha tu padre y tus siete tios. Son tan virtuosos y tan buenos que cada uno de ellos podria llamarse único si no existieran los otros...... Yo soi la única pena y la única mancha de esos felices patriarcas......

Mi padre y mi hermana Marticela me han hecho soportar la vida; pero el temor de ofender, con mi culpable dolor, la santidad de mi padre y la pureza de mi hermana, hizo que nunca tuviese un desahogo. Pero ya encontré á mi perdido hermano; tú serás el depositario y el consolador de mis desventuras: tú partirás conmigo mi suerte, tú serás la mitad de mí mismo.

En la intimidad del espíritu se esconden los vicios, los defectos, las culpas y las desgracias...... Por eso son peligrosas las amistades que van hasta esa intimidad, y las almas elevadas que conocen al hombre

no pasan nunca de esa fina cortesía que contenta á todos y deja á cada uno en su lugar......

Huiré de toda intimidad y aun de todo trato, porque los hombres, ó son buenos ó son malos. Si son buenos padecen al verme sufrir, y si son malos se gozan en mi pena, y la aumentan...... Huiré, pues, de la sociedad.... Y quién sufrirá por mis penas mas que mi familia?.... Sí, familia querida, un diámetro de tierra, la tierra entera, estará entre nosotros, y el silencio miéntras viva y un sepulcro lejano, harán que su dolor, como todo esfuerzo sin efecto, se canse pronto y se acabe...... Ojalá pudiera huirme á mí mismo.... A todos puedo salvar ménos á mí!.... El tiempo y la distancia enfrian el dolor.... El tiempo cambia y destruye la organizacion y por tanto cambia y al fin destruye el pensamiento, los gustos y las pasiones. Primero el espíritu vive de generosas ilusiones, despues de placeres positivos y al fin solo vive de cálculos y de egoismo. Las tres épocas de la vida son marcadas: la primera por la ilusion y la esperanza: la segunda, por la pasion y la duda; y la tercera, por la razon, el desengaño y la verdad. El gusano, la crisálida, la mariposa.

Fuera de Dios todo sufre la corrosiva accion del tiempo.

¡Oh tiempo! que siempre presente y sin ser visto, muriendo y renaciendo sin cesar, matas sin ser sentido, y no saciado con las vidas de cuanto existe, te roes tus propias entrañas, devorando en el instante que viene, al instante que ya pasa. Todo á tu aliento perece ó cambia por fuerza, y hasta aquellos seres que parecen mas estables, mudan de condicion y circunstancias y por tanto cambian de ser; y así, siendo aún, dejan de ser ó al ménos no son lo que fueron, y no siendo ya los mismos, sino diferentes, puede mui bien decirse que su primer ser pereció. Todo desaparece para no verse mas y tal vez para no mas ser.

¿Y qué es el tiempo? No sé. El tiempo es y no es, es un efecto sin causa, es el ser y no ser, ó la vida y la muerte en uno, pues que solo nos formamos idea de él por la sensacion de la existencia y por la desaparicion del ser. Dicen que el tiempo se marca por la duracion de las cosas, y yo digo que por la no duracion, pues que solo se conoce por el cambio sucesivo de instantes y por la mudanza y muerte de los seres. Jamas dura un instante mas de un instante, ni entran dos en uno solo; y en cada instante nuevo el tiempo y la naturaleza entera modificada no son ya los mismos.

¿Conocemos acaso el tiempo sino viendo momentos diferentes, sintiendo los cambios de nuestro ser y viendo las contínuas mudanzas de cuanto existe? A toda cantidad puede agregarse otra y á todo tiempo otro tiempo y es por tanto infinito é inconcebible. Siendo, pues, que cada instante de tiempo altera los seres y los pasa de un estado á otro

diferente, debia marcarse la definicion de tiempo con su atributo único y esencial, que es el de destruir la duracion y las cosas.

Para convencernos que el tiempo es la muerte y que cada dia nos pone en la cabeza una nueva marca de su dominio, basta observarnos en el espejo. Cada cincuenta años desaparecen los mil y pico de millones de hombres existentes y aparecen otros tantos nuevos, y cada cincuenta años cambia muchas veces el estado social de cada pueblo. El alma no halla asidero en nada, porque todo cambia, hasta ella misma. Y tanto es el cambio que uno siente en sí mismo, hasta en su espíritu, que algunos se pierden el propio amor porque ven que de un dia al otro el que amaron no es el mismo.

Temiendo que la idea de las mudanzas del espíritu lo llevase á la mas triste aun del materialismo, le dije :—Querido hermano, como debo vivir entre los hombres, quisiera saber qué es el hombre.—Te lo enseñaré, me respondió con calma, desde el soplo de la vida hasta el soplo de la muerte. La concepcion anima un gérmen, casi invisible, que crece como una pulpa parásita, informe, simple y sin conciencia de sí. Al nacer causa gran dolor á su madre y su primer signo de vida es un grito de dolor, significando con esto que viene al mundo á sufrir y á hacer sufrir. Entónces lo ven y él aun no se vé: y siente sin saber que siente. Mil cambios orgánicos se han necesitado para darle esa sensibilidad material, y miles de transformaciones orgánicas se necesitan aun para darle mas tarde pensamiento, conciencia y alma. Tantas necesidades y miserias forman las leyes naturales de esa organizacion y es tan instintivo el que los bienes que le son esenciales no se alcanzan sino por la lucha, que desde la primera infancia los niños se ponen celosos y se pegan los unos con los otros, y que en sus primeros actos se esfuerzan en hacer las apariencias por donde han de juzgarlos mejores que la realidad.... El celo, ó mas bien, la envidia y el disimulo, funestas causas de pasion y de maldad, son los señores del hombre desde que nace hasta que muere.

No se ha conocido jamas un hombre que no haya tenido siempre ante sí alguno ó algunos que lo hostilizen por quitarle un bien que tiene ó á que aspira. Ni jamas se ha conocido uno que diga lo que piensa y lo que desea, y lo que haria si pudiera y que se presente tal cual es.... O el hombre es malo porque emplea el disimulo y el engaño, ó si este disimulo es justo y conveniente, es porque su pensamiento es malo, pues conviene que lo disimule. La perfecta razon, la razon superior á las miserias y á las pasiones, es cosa rarísima, casi imposible en la condicion humana. La imperfecta razon ordinaria, pequeña y diferente en cada uno, no ofrece en general su aurora sino cuando el sol de las pasiones baja de su zénit......

Los hombres todos se llaman amigos y algunos se creen tales, y sin embargo ¡qué pocos son los beneficios desinteresados de un amigo á otro!.... Miéntras tanto, los que por intereses opuestos son enemigos se hacen siempre todo el mal que pueden.... Luego el hombre es mas malo que bueno......

Interrumpíle diciéndole:—Hermano, ó el dolor te estravía, ó el hombre difiere poco de las fieras.—A esta observacion me respondió con calma:—El hombre llama fiera á los animales que osan defenderse de él ó atacarlo.... Y qué se dirá del hombre que mata á unos animales por necesidad, á otros por placer y á otros porque los teme! Que á los que les son útiles los sacrifica con privaciones y fatigas para gozar á espensas de sus vidas...... Los hombres devoran cuanto existe y se devoran entre sí, como lo prueban sus guerras y la incesante agitacion en que están los tribunales de la tierra por la frecuencia del crímen y del vicio. Pero nada prueba tanto la miseria humana, nada asombraria tanto como el penetrar en los misterios de esos mismos tribunales de justícia.—El tigre queda contento desde que devora su presa; pero para que el hombre esté contento, necesita ademas el mal de sus semejantes: necesita tomar del bien comun mayor cantidad que los otros: necesita, en fin, sobreponerse á ellos: la gloria de uno está en la humillacion de los otros.

En fin, querido hermano, leyendo la historia de los pueblos de todos los tiempos, se lée la historia de la humanidad y la historia del corazon de cada hombre y se ve claro que el hombre es el animal de mas poderoso pensamiento; pero como no posée ni la verdad ni la justicia, es por ese mismo pensamiento, el mas terrible de todos... ..

Ah! si de repente el pecho humano se hiciera trasparente y se vieran las intenciones y los deseos de cada uno, se verian algunas rarísimas almas puras y santas; pero la inmensa mayoría causaria asombro y huirian unos de otros por un recíproco terror. La humana asociacion sostenida solo por el engaño y el disimulo se disolveria, y cada hombre andaria solo, ó solamente con sus hijos, como los tigres que no forman sociedad porque no saben engañarse. Ordinariamente se dice: "lo conozco mucho, es mi amigo." Mas juicio probaria el que dijera: "lo conozco mucho, porque es mi enemigo." Un hombre no puede saber de cuánta maldad es capaz otro, sino despues que un interes ó una pasion se ha atravesado entre los dos. Tal es el hombre, tu semejante, con quien vas á vivir, y del cual dependerán tu dicha ó tu desgracia...... Trata siempre, aun á los malos, como si fuesen buenos, pero evita toda intimidad y desconfía hasta de los que pasan por mas buenos.... Ya sabes, pues, lo que es el hombre......

Pero dejemos la pobre humanidad y volvamos á nuestra familia.

Despues de tan larga ausencia ya me habrán olvidado, ya no sufrirán por mí. Los manantiales que la memoria abre en lo pasado corren todos á perderse en el olvido.

Cuando se espresó así, le dije:—Pues bien, si todo mal se olvida, ¿por qué desesperas de olvidar los tuyos?.... Oye, me replicó: las memorias inocentes de la vida pasada, tanto dulces como amargas, se agotan con el tiempo; pero el manantial venenoso que la culpa abre en la conciencia, no se agota jamas.

El dolor mas agitado, pero sin grandes remordimientos, cae pronto en ese cansancio, en ese letargo que hace que veamos con indolencia las sombras que nos siguen. Esto marca ya la curacion por la accion del tiempo.... Pero ¡oh tú, alma que sufres los grandes remordimientos; para tí no hai olvido y solo á Dios es dado el volverte á la paz!.... Espera solo afanes y ansias de mas en mas crueles y asombrosas. Cuando el brazo de la suerte cesa de aporrearte es porque se alza mas alto para descargarse con mas fuerza.... Espera un solo instante y sentirás de nuevo en tu pecho agitarse los infiernos....

Al decir esto el infeliz, azorado, miró en torno suyo y se estremeció como ante una sombra terrible.... Cerróme contra su pecho con una espresion indecible, y me dijo:

—Querido hermano, si la sola sospecha de poca virtud en tu falso padre, bastó á hacerte aborrecer el vicio, que el crudo remordimiento de tu hermano, infunda á tu alma un apasionado amor por la virtud y el voto incontrastable de ántes morir que mancharte. Amable hermano, que te convenza el testimonio de los mas endurecidos criminales y la noble confesion de aquellos que, á pesar de tener un buen corazon, han quebrantado su deber por las pasiones; convénzate esto, digo; que el solo estado feliz es aquel en que el hombre no se apercibe que tiene una conciencia, sino por los santos goces de la beneficencia. No pierdas jamas la aprobacion de tu conciencia, y gozarás gloria y placeres íntimos, aunque te repudie la opinion del mundo entero.

No sacrifiques á nada tu propia estimacion, sostén á todo trance una virtuosa dignidad, y tu razon y tu corazon serán santos manantiales de contento y de noble gloria. Cuando se conserva pura la grandeza del alma, un mirar sereno y una magestad natural, ostentan lo tanto que el ser justo enaltece. Tan cierto es esto, que basta ver un hombre en cuyos ojos brille siempre la bondad y en cuya frente posen á un tiempo la altivez y la paz, para decir que lo anima el valor de la honradez. Otros hai, sinembargo, en quienes la virtud y la energía del corazon, están envueltas en la apacible timidez que caracteriza á esa excesiva bondad que siempre teme disgustar. Contraste precioso que admira, cuando vemos la inmutable firmeza de que es capaz la humildad del justo. Tal

es el excelente hombre que me enseñó á leer y á escribir y que aun tengo el placer de llamar mi maestro, Señor Miguel Rodríguez. Tal es tambien el retrato al perfil del alma de mi padre. ¡ Almas puras, que yo venero, bendígaos el cielo con eterna felicidad !

El aspecto y el mirar nobles solo son atributos del corazon magnánimo : tales prendas jamas adornaron á un malvado. Verás sí, alguna vez, arrogante fiereza en el culpable ; pero la apacible nobleza del alma grande, ¡ nunca, imposible ! Lo ordinario es, sinembargo, que el siempre vil corazon del malo, sucumba á sus terrores y que temblando del cielo y de la tierra, tome aquella humildad hipócrita, tan odiosa para los que la conocen, como fatal para los que se abandonan á su confianza.

Cuando las inclinaciones, buenas ó malas, son dominantes, impresionan constantemente la fisonomía y al fin le dejan su sello propio. El hombre que durante muchos años, honra como héroe ó como mártir la causa de los nobles sentimientos de valor, generosidad, piedad, gratitud, franqueza, libertad, dignidad, justicia y patriotismo, ¿ no cargará al fin en la frente el brillo de su grandeza ? ¿ La espresion de su aspecto y de su mirada, se confundirán con la del envidioso, del soberbio, del lujurioso, del egoista, del traidor, del criminal ? Imposible.

La faz moral del mundo cambiaria por fuerza si el pensamiento en toda su luz y libertad distinguiese los buenos de los malos. Pero hoi que todo es ficticio, que el artificio ha desfigurado á la naturaleza, que la razon está envenenada, ciega y loca, que la confusion reina en el lenguaje, en las ciencias y hasta en el bien y el mal, y en la mente misma del hombre, tambien se esconden en la confusion el pecado y la mala intencion. Aprovechando esta confusion y oscuridad, el mal ha tomado el difraz del bien y ha tejido esa tela-araña de las preocupaciones en que gime como víctima indefensa el alma de la humanidad.

Pareciéndome que la exajeracion lo alejaba de la verdad, le dije : —¿ Pero crees posible, hermano mio, que un hombre engañe á otro en la cuestion del bien y del mal ?

—Sin duda, me dijo. Miéntras las mayorías sean incapaces de juzgar por sí las grandes cuestiones morales, sociales y religiosas, estarán por fuerza bajo la tutela de las minorías inteligentes.

—¿ Y se necesita profundo estudio y honda ciencia para juzgar en esas cuestiones ?—No, basta la razon natural, el buen sentido : lo que todo el mundo tiene.

—¿ Y si la razon natural basta, por qué la inmensa mayoría no hace uso de ella, y ántes bien sostiene su pupilaje ?—Porque esa minoría tutora hace de la ignorancia universal el pedestal de su grandeza.

—¿ Y si la razon natural basta y existe en todos, hasta en los mas ignorantes, cómo es que la ignorancia se opone á que todos juzguen de

por sí en esas cuestiones ?—Porque la mayoría ignorante no ha osado ensayar su libre razon, porque la minoría le ha hecho creer que Dios condena la libre razon, que Dios impone la autoridad y la creencia á ciegas. La minoría ha lisonjeado la vanidad de la ignorante mayoría haciéndole creer que eso que llaman la opinion general es la opinion de la mayoría, y que ningun individuo tiene derecho á oponerse á ella. Pero como la mayoría no se atreve á juzgar de por sí y cada individuo sigue lo que le dicen ser la opinion general sin formarse la suya propia, es evidente que la tal opinion de la mayoría no es sino la de la minoría tutora. Las grandes preocupaciones, los grillos, las cadenas del espíritu, las fragua una ínfima minoría y la mayoría se las remacha ella misma, creyendo que son su propia obra. La minoría, en nombre de la opinion de la mayoría, ha establecido que para juzgar los problemas morales, religiosos y sociales se necesitan profunda ciencia y una inteligencia privilegiada que Dios acordó á mui pocos, como si Dios negase á la mayoría de sus creaturas la luz necesaria para ser libres y para saberlo adorar.

Y esa minoría ha falseado la verdad y constituido en lei y en axioma la mentira y la injusticia, como lo prueban esa infinidad de dogmas políticos y religiosos, todos opuestos entre sí, que rigen los diversos pueblos. Para colmo de iniquidad, esa minoría á favor de absurdas nomenclaturas ha envuelto la ciencia en tinieblas y en misterios insondables, y la divina luz de la razon que Dios nos dió para ver la verdad y la justicia, la convirtió en un instrumento de crímen, metiéndola en una linterna sorda que le permite ver sin ser vista.

En los estudios sociales, políticos y religiosos, tan claros en sí, todo es ficticio, oscuro, nomenclatura impenetrable, distinciones, sofismas, sutilezas insidiosas, interpretaciones absurdas de la naturaleza y de la razon, imposicion de autoridad y negacion de la luz y de la libertad del alma. Nos presentan todos sus ideas y sus sistemas, misteriosos, disfrazados y rodeados de trincheras en donde el egoismo y la pasion asechan y matan á la pobre razon natural. Créeme, hermano querido, estas ciencias, que proscriben el buen sentido y la razon, que mandan á creer á ciegas á la autoridad, desfiguran la verdad y han organizado y sistematizado el error. Si yo, mañana, en este Paris que dá la lei al mundo, me hallara á la cabeza de una revolucion triunfante, mi grito no seria: —"Venguemos tantos siglos de opresion. Sangre y destruccion."—Nó: yo gritaria—"Acabemos con tantos siglos de tinieblas: abajo la nomenclatura y las ciencias de monopolios y de misterios... Luz, luz, pensamiento libre, emancipacion del alma." Para ello pondria para cada mil almas un maestro que enseñase el derecho y la razon natural, en lenguaje ordinario, que hiciese ver claro á cada uno que su propia razon cultivada le basta para conocer la verdad y la justicia, sus derechos y debe-

res para con los hombres y el modo de adorar á Dios. Las relaciones naturales del hombre y las leyes morales que las rigen, han sido desfiguradas y aun pervertidas por el artificio. Las leyes morales, sociales y religiosas, las racionales, las que impuso Dios por medio de la naturaleza, las únicas legítimas, son tan sencillas, tan al alcance del simple buen sentido, que cuando se formulen ante el mundo, no habrá un solo hombre que las niegue y haga cisma. La razon natural no podrá desconocer la verdad natural cuando se presente: la razon es infalible y la verdad es clara y es santa.

En cuanto á lo que es bueno y malo, justo é injusto, la razon es sin duda infalible, y como las leyes morales, sociales y religiosas, no son sino cuestion de justo é injusto, la razon es infalible en ellas; y si parece tan falible, es porque las malas pasiones las han desfigurado y desnaturalizado completamente como lo prueba de un modo irrecusable el que esas leyes morales, sociales, &c., son diferentes en cada pueblo y la verdad siendo una sola, claro es que toman el error por la verdad y que esta no está aún formulada. Ofrézcase una renta por cien años y un panteon para él solo, al genio que formule las leyes morales, sociales y religiosas, de un modo tan claro y tan en armonía con la razon natural, con la luz del alma, que las infinitas secciones de la humanidad, viendo allí evidentemente la lei de Dios, se despojen de sus infinitas fórmulas erradas, y siguiendo todos la fórmula de la razon divina organicen el mundo de modo que siempre y en todo se encuentren la justicia y la verdad.

Entónces todos adorarán á Dios del mismo modo. La inexacta idea que nos dan de él los tutores de la humanidad hace que cada pueblo lo imagine de un modo diferente, y presentándose Dios á la humanidad con tantos nombres y con tantos atributos diferentes, y oprimida la razon natural por el error que se impone y la lei de la credulidad, muchos hombres dudan de la existencia de Dios ó por lo ménos de su justicia y de su misericordia. En fin, hai un desacuerdo universal sobre las leyes que Dios impone al hombre y por supuesto hai en todo una duda universal.

Cuando todos sin excepcion, por su propia luz y razon, vean á Dios tal cual es, justo y bueno, que vean claro cuál es su deber, nadie será malo porque no dudará de que Dios lo vé y de que lo castigará si falta á su lei.

Las ideas tan diferentes y aun opuestas que sobre la esencia de Dios y sus leyes morales dan á la humanidad sus diversos tutores, y aquello de que todos ellos condenen la razon que Dios nos dió, todo fuerza naturalmente á la confusion y á la duda sobre Dios y sobre el deber, y esta duda y esta confusion son la única causa de la maldad de los hombres y de la absurdidad de sus sistemas.

En el mundo hai mil religiones diferentes, y por supuesto mil dioses diferentes y mil leyes morales diferentes y aun opuestas, y esta sacríle-ga enormidad depende de que la humanidad no ha hecho uso de su razon natural, de la que Dios le dió para poner á su alcance la verdad y la justicia, que son sus grandes leyes. Y la humanidad no ha hecho uso de su razon natural, porque sus tutores, para imponerle cada uno un Dios diferente han proscrito la razon libre, la luz del alma y con ella al verdadero Dios. Como de Dios emanan, única y esencialmente, toda verdad y toda justicia, y de estas emanan todo principio y toda lei, resulta que la idea inexacta de Dios hunde todo en un abismo de confusion y de error y hasta la idea del deber natural es tan diferente en cada pueblo y por supuesto tan errada que puede decirse que la humanidad creyendo cumplir con su deber, peca contra la razon y contra Dios, y solo cumplen con la lei del verdadero Dios, aquellas pocas almas libres que se emanciparon de toda autoridad y de toda preocupacion.

El Dios verdadero se vé claramente por la razon y por esa intuicion que llaman buen sentido, y como estas luces han sido apagadas por los tutores, el Dios en que cada pueblo crée, no es el que veria por su razon, sino un Dios artificial, obra de los hombres. Cada uno de los muchísimos dioses que adora la humanidad impone al hombre leyes diferentes. Este es un hecho que nadie niega. Fuera de la lei del decálogo que armoniza con la lei natural, todas las otras leyes sociales y religiosas de todo el mundo difieren entre sí y chocan mas ó ménos con la razon y con la naturaleza. En fin, unos pocos han robado á la humanidad su Dios verdadero y su razon natural y por supuesto han sustituido las tinieblas á la luz, el cáos al órden, el crímen á la virtud y el asombro á la paz y á la esperanza.

Que la humanidad conozca al verdadero y único Dios, que vuelva al uso de la razon que Dios le dió, y al punto aparecerán la verdad y la justicia y por supuesto la luz del alma y la virtud, y volverá á ser paraiso este mundo convertido en infierno por los que robaron á los hombres el Dios verdadero y la libertad del alma.

A cada seccion ofrecen sus tutores algunas verdades naturales, dogmas de la razon, y el resto es todo especulativo y antiracional; en cuanto á las verdades se les manda que las examinen por su razon, y en cuanto á lo demas se condena la razon, y los inocentes pueblos alucinados con esa carnada de verdades se tragan y se clavan en el alma el anzuelo de las preocupaciones.

Segun unos el grado de civilizacion de un pueblo se marca por su mayor industria; segun otros, por sus leyes, por su comercio, por sus caminos, sus inventos, su riqueza, la fuerza de sus cañones, el número de sus obras, sus ciencias ó sus grandes hombres. Yo creo que el adelan-

tamiento de un pueblo se marca por el grado de emancipacion de su espíritu y su aproximacion mayor á la verdad y á la justicia.

Tanto en lo moral como en lo social, cuando un pueblo acepta á ciegas principios que son de vida ó muerte, anuncia la gravedad de un enfermo que traga sin gustar lo que le dan, por acerbo que sea.... Los pueblos, como los individuos, se enferman, se agravan, entran en convulsiones, pierden conocimiento, deliran, se aletargan y se restablecen ó mueren. El hombre debe morir por fuerza; pero las naciones pueden vivir indefinidamente, y no mueren sino cuando ellas mismas se matan. Si Roma y Grecia, y otras, ántes y despues han muerto, no es porque debieron morir sino porque las mató el error, la injusticia.... Se hicieron grandes por la sinrazon y el desafuero, y se anularon por la misma razon.... La justicia huyó herida, la virtud se escondió escarnecida, y la intriga, la hipocresía, el cinismo y todos los crímenes fueron los únicos caminos de la ambicion. Los tiranos de Roma lo fueron del mundo entero, sin mas lei que sus pasiones. Todos los militares, hasta el último soldado, todos los empleados, la parte ociosa y mal intencionada del pueblo y todos los tribunos, unas veces de acuerdo y otras en choque de intereses, todos contribuyeron, cada uno á su manera, á tiranizar á esa noble y pacífica parte del pueblo, que solo vive del trabajo y del honor. Los enemigos de la República exitaron á esos malos republicanos, á esos ambiciosos civiles y militares que se devoran por el mando, y estos fueron hasta establecer la libertad sin límites, y el desórden consecuente hundió la sociedad en un cáos de dolor, de sangre y de miseria. No teniendo por límite la libertad de uno á la libertad de otro, la cuestion no era de derecho sino de fuerza, ya no habia dos hombres iguales sino un opresor y un oprimido. Cuando se establece que en la esencia de la libertad está que la libertad del uno pueda dañar la libertad del otro, se rompe todo derecho, y por supuesto queda asesinada la justicia y la verdadera libertad......

Como fuera de la justicia no es posible nada bueno ni legítimo, claro es que al decirse que la República es el mejor gobierno, es porque en teoría es, sin duda, el mas justo. Pero como lo que hace la justicia no son teorías, sino prácticas y hechos, el pueblo Romano aceptó un Gobierno de órden, que tuviese ménos teorías y mas prácticas de justicia. La palabra imperio significa tiranía, y la palabra República significa libertad; y sinembargo, hoi hai mas justicia y mas libertad, y por tanto mas República en el Imperio Ruso que la que nunca hubo en la República Romana.

Caton, Bruto y Ciceron se envolvieron ellos mismos en la mortaja de la República que no pudieron salvar de los tribunos y de los guerreros ambiciosos. Esos fueron verdaderos republicanos, porque fueron virtuosos.... ¡Pero tú, miserable especulador, que te jactas de ser tan

republicano, mírate el corazon, y si lo ves manchado, cállate, escóndete, tú no puedes ser republicano......

Washington y Bolívar fueron de verdad republicanos, porque de verdad fueron virtuosos; murieron tan puros como vivieron grandes. Ellos hicieron renacer en América la República asesinada en Roma, hace mas de mil años, por sus fementidos amigos. Las almas buenas y los oprimidos del mundo entero, tienen fijos en la América el ojo de la esperanza. Allí se está resolviendo el problema de si la República es un bien ó un mal: de si puede ó no existir en ella el órden, sin el cual la justicia, y por supuesto, la libertad y todo bien, son imposibles.... Ah! si los pueblos de la América, haciendo uso libre de su razon, no sirvieran mas de instrumento á los ambiciosos que viven del desórden y que cambian por oro la sangre de los pueblos! ¡Si supieran distinguir al libertador del liberticida! Entónces al ver el mundo que la República no es una funesta utopia, el mundo se haria República. Así como el aleve que da aguardiente á otro para amarrarlo cuando esté mas ébrio, así los señores del viejo mundo favorecen nuestras guerras para que bebamos nuestra propia sangre, y amarrarnos cuando nos postre el frenesí que causa siempre la sangre de un hermano.... Oh América! oh República! oh Libertad!.... Las pasiones de tus propios hijos te echarán á tierra llena de lodo y de sangre, y el viejo mundo te pondrá el pie en la frente y te clavará en el corazon el estandarte de la esclavitud....

La guerra civil, guerra de pura ambicion, existe constantemente en todas las Repúblicas Americanas. Solo hai paz donde no hai República. ¡Qué dolor!....

Dos sombras inmensas veo levantarse sobre el mundo de Colon, una en el Norte, otra en el Sur: nos miran, se miran una á otra y lloran: son sin duda las sagradas sombras de Washington y de Bolívar....

Al decirme esto, mi pobre hermano, sufriendo una de esas agitaciones indefinibles, se levantó y de sus ojos corrieron lágrimas.... Su alma grande se rendia ante la suerte de la América.... La palabra América era mágica y sagrada para su corazon.... su patria era la América. Su acento, en sus últimas palabras, tenia esa vibracion que marca una triste y suprema conmocion...... Nada mas me dijo aquel dia, y al siguiente, despues del almuerzo, me llamó y siguió sus consejos, diciéndome.

—Eres aun muy jóven, y dudarás de las verdades que te digo por que estás aun en lo pleno de la ilusion. Todos aprenden por propia esperiencia, es decir, por su propio dolor. Ojalá, á favor del amor que me tienes, mi dolor baste á darte esperiencia á tí, y que entres al mundo como el marino que conoce los escollos de los mares sin haberlos navegado.

Pero no creas hermano que todos los hombres son egistas y mise-

rables. No, hai algunos pocos que son justos y virtuosos y aun los hai tan sublimes que son capaces de sacrificarse por su patria, por su familia y aun por un estraño. Algunos dicen que aun en esto hai egoismo: pero esas son argucias de mala lei. Hai hombres malos y los hai buenos.... Es probable que no habria hombres malos, si no fuera por la mala educacion. En la infancia les hacen creer que Dios les prohibe el uso de su propia razon y les enseñan cosas contrarias á esa razon, que por supuesto confunden y pervierten la mente y arrastran al mal.

Temiendo que se fijase en esa cuestion del mal social que tanto lo impresionaba, le dije—Hermano, en qué consiste que cada nacion tiene un sello, un modo de ser propio, característico, siempre el mismo?

Me propuse distraerlo y lo conseguí mas de lo que esperaba. Se rió con la espresion que tiene la risa en esas caras que nunca se abaten, ni nunca se rien. La austeridad de su dolor dejó entrever en aquel momento los picantes chistes de su carácter primero, y me dijo, aquí tengo una cartica de un amigo recienllegado que ha estrañado mucho el modo de ser de los Parisienses. Sacó la carta y me leyó los parágrafos referentes á la cuestion.

"Dicen que los Parisienses son falsos: pero yo creo que no se les debe dar este feo título, porque por comun acuerdo, lleven la libertad de la palabra hasta decir todo lo que les ocurre. Será tal vez porque sabiendo lo desagradable que es siempre la verdad han querido salvar á sus amigos de ella y dejarla solo para sus enemigos. Así un engaño es una prueba de cariño. Los ingleses pueden estar seguros de que á ellos les dirán la verdad.... Ademas hai cosas que sin ser verdades tienen algo de grato y aun de útil que seria perdido si se confesasen falsas. ¿Para qué produce la imaginacion tantas maravillas? ¿Para callarlas ó desvirtuarlas declarándolas mentiras? Ademas, parece que hai un convenio tácito de decir ó no verdad y de creer ó no creer. El uno protesta su verdad y el otro protesta su fe, pero ninguno de los dos se crée. Dos fuerzas iguales y opuestas se destruyen: así, no hai engaño; la mentira y la incredulidad se neutralizan, ó mas bien podria decirse, que han hecho pacto de comercio y buena armonía. Es posible, tal vez, que haya dias que aquí no se diga una sola verdad, y estoi cierto que aun en esos no habrá un solo engaño. Así, es evidente que en Paris es en donde aparentemente hai ménos verdad, y es en donde en realidad hai mas, porque es donde hai ménos engaños. Todo el mundo y hasta los mismos franceses convienen en que el carácter frances es ligero, y si se toma esa palabra en sentido de trivial, declaro que no creo ligera á una nacion que tanto en las ciencias como en la guerra ha dado la lei al mundo."

Terminó la lectura, y aunque celebrando el chiste de su amigo, me dijo:—Me gusta que haya terminado haciendo justicia á la noble nacion francesa. Por mi parte, digo, que no conozco ningun pueblo mas franco, mas valiente, mas inteligente, ni mas generoso que el pueblo frances.

Es el que lleva el estandarte del progreso. Si sacrifica en algo la verdad á la cortesía, hace bien: otros sacrifican la verdad al cálculo y engañan con una falsa austeridad.

Cada nacion tiene, en su carácter general, algo que no cambia y que se marca por su aspecto físico y por todos los modos de ser de sus individuos.. Díganlo esos tipos tan diferentes del Inglés, del Francés, del Español, del Italiano y del Aleman, &ª el aspecto y los productos de sus tierras, el génio diferente de sus escritos, de su estilo, de su filosofía, de sus costumbres, de su música, de sus comidas, de sus gustos y de sus tendencias. Esto depende de modificaciones locales del aire y de los alimentos que da el lugar. Ese aire y ese alimento especiales, diferente en cada region, son los que dan á la sangre su organizacion y su esencia especial, y como la sangre es la que forma la organizacion general del cuerpo y la que estimula el cerebro, es evidente que el modo de ser físico é intelectual de cada nacion depende de que el aire diferente en cada una les forme una sangre diferente.... Esos tipos se cambian poco á poco cuando cambian de aire....

Las tres grandes zonas de la tierra, tórrida, templada y glacial, teniendo tres aires esencialmente diferentes, tienen tres tipos físicos y morales esencialmente diversos, que podrian calificarse así: hombre tórrido, hombre templado y hombre helado. En la zona tórrida, el exceso de calor lo tuesta todo y lo evapora. Una imaginacion febril ofusca la razon, y, mimado por una naturaleza sobreabundante y bella como un eden, el hombre sensual, indolente y soñador, se goza en una vida de pasiones, de lascivia y poesía. En la glacial todo está helado, el agua, la sangre y la imaginacion.... La naturaleza allí, árida, desnuda y fea no ofrece los arreboles, ni los néctares, ni los perfumes intertropicales, y una niebla oscura, mecida por el cierzo glacial del polo, forma el eterno sudario bajo el cual sueñan que viven los habitantes de aquel sepulcro.

En la zona templada todo es estímulo: el calor y el frio que alternan y la escases de productos alimenticios, todo está en el grado que exita sin matar y todo aumenta la vida y el pensamiento. No tiene la exhuberante magnificencia de la tórrida, pero tiene sobrados primores para inspirar grandeza y poesía. Esta es la region del genio ó por lo ménos, es allí en donde, hasta hoi, se ha visto desarrollarse y manifestarse por los grandes inventos y por las grandes obras. La imprenta, el vapor, el telégrafo, el microscopio, el telescopio, la alta filosofía y todo lo trascendental en artes, ciencias y bellas letras, todo ha salido de esa zona....

Los cinco grandes tipos de esta zona son: el frances, gran pensador y gran poeta y soñador, de empuje sin igual, cuyos ídolos son la gloria y el poder, y cuyo medio es el hecho. El italiano, bastante pensador, cuya musa casi no tiene igual, cuya música no tiene ni semejante, y cuyo ídolo es la belleza. El inglés, pensador profundo y calculador sin igual, cuyo ídolo es el oro y cuyos medios son los números y los ca-

ñones. El español, tipo incoherente, magnánimo y envidioso, ruin y sublime á la vez, porque sus terribles pasiones anulan sus nobilísimas prendas; sus ídolos son Dios y la patria y sus medios la violencia. Y el Aleman, generoso y sublime soñador, cuyos ídolos son la perfeccion, lo infinito y Dios, y cuyos medios, en vez de ser la naturaleza y la lógica, son la imaginacion, el misterio y la quimera.

Estos tipos, invariables de carácter, dependen de la atmósfera física, y los cambios en la moralidad de todos esos tipos dependen de los cambios de la atmósfera política.... El frances resuelve problemas de gran meditacion y pasa por una batalla, por un duelo, por la guillotina y hasta por el mismo matrimonio, entre chanzas y risas.... El inglés es grave y serio hasta en lo trivial, y si alguna vez resuelve reirse de verdad se nota al punto que no fué hecho para reir...... El italiano tiene una sonrisa circunspecta y fina que revela la suprema sensibilidad del alma...... El español revela en su risa ó la desconfianza ó las sombras de una pasion. El aleman, ya en su gravedad, ya en su sonrisa, descubre una tristeza sin fin que no es sino el reflejo de las sombras que encuentra buscando el bien humano mas allá de este mundo.

—Hermano querido, esas diferencias, en la forma ó modo mas que en la esencia, dependen de la atmósfera local: pero hai una condicion universal y constante y esta es el egoismo, el interes de cada uno contra el interes de los demas, y esto hace que, unos riendo á carcajadas, otros sonriendo tristemente, otros gravemente y otros llorando, todos, en el trato humano emplean el disimulo y la mentira.... Que dependa esto de la mala organizacion social ó de la imperfecta organizacion del hombre, el hecho es, que hai dos humanidades, una aparente y otra real, y que hai gran diferencia entre las dos......

El disimulo es inevitable para ocultar nuestras debilidades y nuestras miserias naturales ó no, y la mentira es frecuentemente necesaria para salvarnos de la maldad de los otros...... Condenar como inmoral esta especie de mentiras es poner al hombre honrado en la alternativa, ó de ser víctima de los malos por decir la verdad ó de verse el mismo con desprecio como culpable de mentira......

Piensa bien, hermano mio: el disimulo está en la condicion humana: pero sí hai una mentira culpable, y esta es la que se emplea con el designio de hacer mal á otro, y esta es por desgracia infinitamente mas comun de lo que se crée.

Al oir esto, le dije.—¿Y cómo vivir, hermano? ¿Deberia hacerse como aconsejaba un observador? Tratarlos á todos como si fuesen amigos y reservarse de todos como si fuesen enemigos?

—No, me dijo, aléjate de los malos, pero trátalos bien cuando los encuentres: y en cuanto á los que pasan por buenos, hónralos, pero huye siempre de toda intimidad, y no olvides nunca que el mejor de los hombres puede hacerse malo y ser cruel contigo si una pasion cualquiera se atraviesa entre los dos.... Y qué hacer? me dirás. Cultiva tu razon

y tu conciencia hasta hacerte tú superior á tus pasiones; así la maldad no entrará en tu corazon y podrás ver á Dios sin temblar, y el alma que mira á Dios sin pavor puede bien reirse de las miserias de los hombres.

Guardó silencio y yo le dije.—Hermano, agradezco tus consejos porque me haces ver con claridad en el fondo de esas cuestiones tan esenciales á todo hombre. Pero como todo lo fundas en las ideas de verdad y de conciencia, y que existe en esto un desacuerdo universal, que cada pueblo y aun cada individuo, tiene conciencias y verdades diferentes: quiero saber si, en definitiva, hai tal verdad y tal conciencia única, verdadera lei de Dios.

—Tienes razon, me repuso: verdad es lo que efectivamente es, ya sea en una cosa, en un hecho ó en un principio.—Ejemplos: el hombre existe – el hombre vive en perenne lucha – el hombre tiene deberes y responsabilidad.—Hé ahí tres verdades de cosa, de hecho y de principio, que toda razon reconoce. En cuanto á que haya una conciencia única para todos los hombres, tambien esta es una verdad, un hecho. Así, admitir que Dios ha dado esas conciencias diferentes, es admitir que segun Dios mismo lo que es crímen para uno es virtud para otro, que él manda aquí una cosa y allá lo contrario, ó lo que es lo mismo, que no hai tal virtud, ni tal crímen, ni tal conciencia. Es un axioma, un dogma de razon, que no hai sino un crímen y una virtud; luego no hai sino una conciencia, única para toda la humanidad; y esas conciencias diferentes entre sí, no son sino los grillos del alma fraguados por la impostura sobre el yunque de la ignorancia. Todas esas conciencias diferentes proscriben la razon, y como es un hecho que solo Dios ha podido darnos la razon, es evidente que proscribir la razon, luz y lei de Dios, es proscribir al mismo Dios.

Estas falsas conciencias, la ignorancia de la inmensa mayoría y la enseñanza de errores y nomenclaturas, tienen la razon humana enferma, paralítica y entregándose con amor y ceguedad á sus propios verdugos. Este mal no tiene remedio. El que escribe la verdad segun la humana conciencia, es perseguido; y nadie lo lée, porque en ciertas cosas es un crímen el leer y hasta el pensar.

El hombre, en general, ha renunciado á su razon. ¡Insensato! y pide ser libre y pide autonomía! Esto es, cantar á la vez las dos canciones, la Marsellesa y aquella otra que dice: queremos cadenas... Pero esto se esplica: ha renunciado á su razon!.... El hombre se define él mismo: un animal racional. Si se llama bruto al asno porque nació sin razon, ¿cómo debiera llamarse al hombre que renuncia y desprecia la razon que Dios le dió?.... Algunos han buscado el bien social por el horrible camino de la pólvora y de la muerte, y solo han conseguido hacer matar á los inocentes, á las víctimas, los unos contra los otros, sin alcanzar jamas la causa del mal. Solo han conseguido con sus lagos de sangre y sus montañas de osamentas, espantar á los siglos, á los pue-

blos y sobre todo á aquellas almas grandes que tanto los ayudarian á hacer el bien si no los vieran con horror.... Solo han conseguido ilustrar y multiplicar á los hombres de armas, de violencia y de hecho y condensar la ignorancia de los pueblos. Han puesto un abismo de odio entre las dos condiciones sociales y estorbado los mútuos servicios y el cariño que poco á poco las iria fundiendo en una.

La ignorancia es el único pecado original y la única causa de la maldad y de la esclavitud; y el único bautismo eficaz para este pecado es la emancipacion moral. La semilla de esa emancipacion está ya germinando, la esperanza la mece en sus sueños y la imaginacion la calienta con su sol; pero sus amantes, locos unos y falsos otros, la riegan con sangre y en vez de flores solo da lágrimas.

Establecer la guerra, es decir, el homicidio, como medio, como accion legítima, como un derecho, es ahogar la razon y los deberes, quitar toda amarra á las pasiones, es apagar la luz y dar el crímen libre. ¿Y dará esto por fruto la libertad? ¿Serán los hombres justos, los sabios, los virtuosos, los verdaderos filántropos, los que se lancen y se eleven hasta el poder en ese cáos, en ese abismo de la guerra? No, allí solo se lanzan las grandes audacias y las grandes pasiones, Allí el frenesí y el crímen levantan su estandarte y nada parece horrible por que todo lo es. Ese es el triunfo de las llamas que convierten todo en cenizas, es el triunfo de la muerte sobre la vida. El triunfo de las ideas por la enseñanza, por la discusion y por la imprenta, es el triunfo de la luz sobre las tinieblas, de la vida sobre la muerte, y en vez de reducir á cenizas lo conocido descubre las maravillas desconocidas de la creacion y las santas leyes de la razon y del alma, sin las cuales no se regenerará jamas nuestra mísera sociedad.

A la sombra de la paz, sin otra luz que la que Dios puso en el alma humana, sin mas riego que el de las libres ideas y sin mas calor que el que da la piedad cristiana, debe cultivarse el árbol de la verdad, cuya raíz será la justicia, cuyas flores serán la virtud y la libertad, y cuyo fruto será la comun felicidad.

La verdad y la justicia son, en esencia, la misma cosa. Si la justicia existe, el crímen y la esclavitud son imposibles. Nada bueno es concebible sin la justicia. La libertad, la igualdad y el órden sin justicia son un puro sarcasmo. Quitad del cielo la justicia y tendreis el infierno.

Sin término medio: ó sucumbe la verdad ó sucumbe la patraña. La verdad es la única que puede descubrir á la humanidad la causa y el remedio de sus males, y la verdad no puede encontrarse sino con la luz de la paz.... Si la verdad destruye á esa mentira envenenadora

volverá el alma á su libertad, y contenta y engrandecida realizará su hermosa destinacion.... Pero ai! todo es duda para mí.... Verdad, verdad, ¿ acaso solo eres un sueño, una quimera, es decir, una mentira, ó es que el hombre degenerado por el veneno del error, te repele y te condena sin oirte, ó es, en fin, que Dios nos condenó á arrastrarnos sobre las bajezas del error, juguetes siempre de los afanes del corazon y de las dudas del alma ?

Miseria humana! todos se ocupan de la libertad material y nadie de la libertad del alma. La ignorancia natural y la preocupacion artificial son la única causa de la injusticia, de la esclavitud social, y el único remedio de esta es la emancipacion, la luz del espíritu.

Inocente amigo de los que sufren, ¿ cómo quieres dar libertad á un cautivo si no sabes dónde tiene la cadena ? Buscas la cadena del pueblo en tal ó cual lei ó práctica, y la cadena la tiene puesta en el alma. El error, fruto de una calculada educacion, es la cadena, y no es posible romper esa cadena sin romper esa educacion, telaraña del alma, que establece que Dios prohibe el pensar libremente y por sí mismo.

No es enteramente libre sino el que tiene el alma libre, y ¿ cómo quieres tú, desgraciado, hacer libre á tu pueblo cuando tú mismo eres esclavo? Tú crees que la libertad se encuentra, no con la luz de la verdad, sino con la luz de los puñales, examínate en conciencia y verás como las pasiones y las preocupaciones te esclavizan el alma, y confiesa que mal puede un espíritu esclavo dar libertad á los otros. Miéntras no tengas el alma bastante grande para romper tus propias cadenas, renuncia á la ridícula pretension de romper las cadenas de los pueblos.

SUEÑO PEREGRINO—GENIOS DEL BIEN—VIRTUD SUPREMA.

En este estado se hallaba nuestra conversacion cuando nos llamaron á almorzar. Hablamos en la mesa de cosas indiferentes, y despues nos fuimos al jardin del Luxemburg. Buscó el lugar mas solo y principió de nuevo á hablar de este modo. Querido hermano: debes estar convencido que la sola enfermedad moral del hombre es su ignorancia, y que, en consecuencia, su único remedio es la emancipacion intelectual El que no sabe es como el que no ve: la opacidad del espíritu estorba que la luz de la verdad llegue al alma, como la opacidad del cristalino estorba que la luz del sol llegue á la retina. La ignorancia es la catarata del espíritu, y la humanidad, casi, casi entera, sufre esa fatal catarata.

¿Y quién será mas amigo de la humanidad, el que propone como único modo de redencion la estraccion de esa catarata por medio de una enseñanza tal, que la luz y la emancipacion del alma se hagan universales: ó el que para medrar, hace que los ignorantes se devoren entre sí, abusando del empeño con que buscan un Gobierno que los haga felices? Los pueblos verian claro, sino fuera por esas mismas cataratas, que en valde tumban á sus Gobiernos unos tras otros. Despues de la lucha se encuentran anegados en sangre y lágrimas y tan esclavos como ántes, sin mas cambio que el del personal del Gobierno. Los pueblos tumban todos los dias un Gobierno y no por eso cambian su suerte.

En proporcion de su sangriento frenesí las revoluciones apagan la luz de la razon y de la justicia, y en la misma proporcion aumentan la ignorancia, el desafuero, la currupcion y la esclavitud. Proclamar la guerra es proclamar el derecho del mas fuerte, es poner un cese á la lei y á la razon. La Francia no se ha engrandecido, ni ha influido en el mundo por sus revoluciones, por la sangre que ha derramado, sino por las grandes ideas que ha concebido en sus horas de paz y que ha difundido por todas partes. Los libertadores del 93 le hicieron mas mal á la libertad que todos los tiranos del mundo: la tiranía crece y se robustece con la sangre y con la violencia.

Ofrezcan los pueblos un premio de eterna dicha y gloria al que formule una enseñanza sobre los derechos y deberes del hombre, de acuerdo siempre con la razon y con Dios.... Ofrezcan ese premio al que formule un modo de enseñanza tal que la luz penetre en todos y desaparezcan las cataratas de la ignorancia. Ese premio al que formule los grandes principios de moral, socialismo y religion, de un modo tan claro que todo hombre los posea y los aplique á la resolucion de los problemas que se le presenten.

Entónces se convencerá el pueblo que su felicidad solo está en la verdad y en la justicia, y se convencerá que Dios puso en su propia razon toda la luz necesaria para conocer esa verdad y esa justicia, y que los grandes enemigos de la justicia y de la libertad humana son los poderosos que condenan la razon, y los miserables que predican la matanza y la revolucion....

Filántropos, filósofos, enemigos de la injusticia y amigos del que sufre, almas grandes y pueblos todos, levantáos todos á la vez en el mundo entero, sin mas armas que la lengua y la imprenta, pidiendo con estoica razon, alma libre, enseñanza y luz y guerra á la ignorancia!....

Pueblos, convenceos: la asociacion que constituye una nacion es como la que constituye una casa de comercio: los asociados que saben de cuentas ganan, y los que no, pierden siempre. Una nacion cualquiera es una gran sociedad de comercio de cuyo mando se apodera siempre

el mas fuerte y en la que se enriquece siempre el mas astuto, el mejor sacador de cuentas. En esa nacion cualquiera, hai un diez por ciento, de especuladores astutos, de sacadores de cuentas, y como la gran mayoría de ese diez por ciento no puede alcanzar empleos y medrar, la gran mayoría de los hombres inteligentes está siempre descontenta y exitando á los ignorantes á las violentas revoluciones. Fácil es á los inteligentes descontentos el convencer á los ignorantes, á los que sufren, de que nada han ganado, con su anterior revolucion, ni en libertades ni en riquezas. Fácil les es el hacerles ver que unos pocos, que ellos mismos elevaron, se hacen ricos opulentos y vanos y despóticos. Fácil les es hacerles ver que los mismos que les ofrecieron santa igualdad y fraternidad, los oprimen con el mas inícuo desprecio. Fácil les es hacerles ver que sus nuevos señores están tan por encima de la lei y de la justicia como los anteriores. Apénas convencido el pueblo de esto, se lanza en nueva revolucion, y, al traves de horrores y desastres, tumba aquellos especuladores y pone otros, y bien pronto se convence de que estos hacen lo mismo.

El pueblo que tumba diez, quince, veinte gobiernos y que vé que nunca alcanza la dicha social que busca, es bien insensato si no sospecha que las revoluciones no son el medio que le ofrece la Providencia para realizar esa dicha...... Y si ese pueblo lée la historia de todos los tiempos y ve que muchos miles de revoluciones no han alcanzado nunca esa dicha, prueba una demencia criminal, una infamia voluntaria, si persiste en alcanzar la dicha social, es decir, la justicia y la verdad, por medio de las revoluciones, es decir por medio del desafuero y de la carnicería. En la revolucion no se trata ni de razon ni de derecho, solo se trata de quien puede mas. El triunfo es de la fuerza: cesan el deber y la responsabilidad, se apaga la divina luz y el crímen es el legítimo señor de todo. Dios abandona al hombre una vez que se lanza en ese cáos, y es de este cáos, sinembargo, de donde los que sufren, los ignorantes, los parias, engañados por sus falsos amigos, se empeñan en sacar la dicha social.

Miéntras tanto la razon hace evidente que enseñando á los hombres todos la verdad natural sin el disfraz de esas nomenclaturas, sin esos misterios, y sin esos errores calculados para encadenarles el alma; que enseñándolos á pensar por sí y á formarse opinion propia y por su libre razon, los hombres injustos, los tiranos y los especuladores políticos todos, al verse al descubierto, al ver que todo el mundo veia en plena luz su falta, volverian avergonzados al carril de la justicia y poco á poco, y pronto tal vez, la injusticia desapareceria del mundo y la dicha social seria la forzosa consecuencia. Dándole á cada hombre la luz del alma, la luz de Dios, la maldad quedaria desnuda, descubierta, y los hombres

injustos, respetados hoi porque engañan á los ignorantes, serian entónces despreciados y todos en su propio interes se harian justos y buenos. Todo pecado contra la verdad y contra la justicia seria visible y nadie se atreveria á soportar la mirada indignada y el desprecio de un pueblo entero. Y si nadie saldria entónces de la justicia, un Gobierno malo seria un imposible. Fuera de la justicia nada bueno es posible, y en la justicia, lo malo, lo ilegítimo, lo falso y lo perjudicial son absolutamente imposibles.... Lo esencial, pues, para alcanzar la dicha social es la justicia: las revoluciones asesinan la razon y la hunden en los abismos de la injusticia y de las pasiones, y la única luz que alumbra el camino de la justicia es la luz de la paz, la del órden. Los pueblos, los que sufren, deben pues, renegar de todo el que los excite á las revoluciones armadas y bendecir á todo el que se empeñe en difundir la redentora luz de la emancipacion del alma. Pero por una parte los grandes, los señores del mundo, emplean al mismo Dios contra esa emancipacion del alma estableciendo como dogma que Dios prohibe el uso libre de la razon.... Y por otra parte los socialistas predicadores son, casi todos, carniceros que brindan por la libertad en cráneos llenos de sangre humana: y los pueblos que los siguen y se gozan en esas orgías de antropófagos son indignos de ser libres, y privados de la gracia de Dios, gimen bajo el yugo de su propio crímen. Los grandes y los *miserables* contribuyen á porfía á la humana esclavitud. *Miserables,* ¿quereis ser libres? pues poned todo vuestro poder en establecer el imperio de la paz, del órden y de la luz! A todo el que os ofrezca sangrienta autonomia exigidle enseñanza y emancipacion del espíritu.

Anoche me dormí pensando en nuestra conversacion del dia y parece que siguió moviéndose el mismo resorte, por lo que tuve un sueño mui original. Sentíame viviendo allá en remoto siglo, en medio de una humanidad casi perfecta, y encontrándome, por accidente, en una incógnita soledad á la cual llegaron unos tras otros todos los genios del bien. El destino, ó la eterna Providencia, les habia dado cita allí para el dia que hubiesen cumplido su mision de redimir al hombre de su ignorancia y de sus miserias. Allí debian verse y glorificarse recíprocamente esos genios que solo se conocian por los lamentos que oian los unos de los otros, en medio de las tinieblas y de las convulsiones de la humanidad.

Los genios eran la verdad, la razon, la virtud, la libertad, la paciencia, la piedad y la justicia, madre santa de todos ellos. Cada uno de ellos imponia por un carácter diferente; pero habia de comun á todos un no sé qué de santo, de apacible y de inmutable que me causaba un pasmo semejante al que imagino que debe sentirse ante Dios. Ya se vé, allí estaban la razon, la verdad, la piedad y la justicia que son, sin duda, divinidades mandadas por Dios al hombre, y la prueba es que fuera de ellas

ese hombre no encuentra ni consuelo ni esperanza, y que el que se mantiene en ellas es feliz, aun á pesar del infortunio. La razon, llena de grandeza y de luz, presidia, y rompió el silencio diciendo: ¿ Salve, oh genios santos, compañeros en la mision de redimir al hombre. Yo comenzé mi afanosa tarea, desde que existió el hombre, Yo sufrí por él y principié á darle luz y á hablarle de vosotros mucho ántes que os hubiéseis hecho sentir por vosotros mismos. Yo he alcanzado á esplicar todo al hombre, ménos el por qué puso Dios el mal sobre la tierra. Me gozo en creer que vuestra existencia deriva de la mia; pero esto en vez de envanecerme, aumenta mi humildad. Los espíritus son tanto mas humildes cuanto mas elevados, porque ven mas de cerca á Dios y ven que la razon y cuanto existe deriva de Dios, único que existe por sí, que todo lo ha hecho, que todo lo sabe y que todo lo puede. La ignorancia, la ceguedad, era la causa de los males de los hombres; mi mision era pues, destruir la ignorancia, dar á todos la luz de la razon natural. Pero como unos pocos vivian á espensas de la ignorancia de la inmensa mayoría, sostenian esta ignorancia con enseñanzas falseadas y estableciendo que yo estaba condenada por ese mismo Dios que me habia hecho la única brújula de cada hombre y de la humanidad entera. La iniquidad dió mi puesto á la preocupacion, y cupo en la infinita miseria humana que los hombres me rechazasen en nombre de Dios.

Viendo que mis esfuerzos solos nada podian en medio de tanta tiniebla y de tanto error, saqué partido de la parte afectiva y aun de las pasiones. Hablé á unos de la humillacion, del deshederamiento, de la privacion de su libertad natural, de todas las injusticias que les hacian sufrir algunos hombres; y Dios, sensible á mis plegarias, hizo que nacieran y crecieran en el corazon humano la verdad, la piedad y la virtud que me han ayudado no haciendo sino bienes. Pero tambien permitió que naciesen en el corazon la libertad y la igualdad, deidades que frecuentemente me traicionaron, sirviendo de instrumento de pasiones; y que nos ahogaron por muchos siglos, á vosotros y á mí, en charcas espantosas de lágrimas y de sangre. No conocieron que no podian existir sino como simple efecto de la justicia y de la verdad: creyeron ser causa de ellas y quisieron imponerlas por la violencia y el crímen, burlándose de la piedad y de la virtud, y escarneciendo á la paciencia. Una vez, en medio de una de esas carnicerías que llamaban revolucion por la libertad, el pueblo mas culto de aquel tiempo consagró un templo á la Diosa Razon. Allí debian ir á adorarme los grandes corazones, los justos, los amigos de la humanidad; y para probar la idea que tenian entónces de mí los amigos de la humanidad, frente á ese templo se veia un gorro frígio sobre una guillotina, que durante mucho tiempo funcionó todo el dia y toda la noche; y no bastando la máquina para el número de las víc-

timas, las asesinaban en masa por cientos y por miles en las prisiones. Todo eso se hacia en mi nombre : para meterle la razon á un hombre en la cabeza se la cortaban. Pero al fin, despues de muchos siglos de esperiencia, se convencieron las mayorías, los pueblos, que el homicidio, la violencia y la guerra, son crímenes, son pecados á los ojos de Dios; y que el pecado, que quita la gracia de Dios, no puede producir la libertad, ni la justicia; y entónces sí me honraron; fuí ocupando poco á poco el lugar de las pasiones : cesó la guerra entre los pueblos y entre los individuos y pude, difundiendo mi luz, poner el derecho en el lugar del hecho y el amor en el lugar de la envidia y del odio.

De aquí debemos ir juntos á dar cuenta á Dios de nuestra mision en la tierra. Oh genios del bien! ahora sabremos por qué, ántes de alcanzar ese bien, hemos sufrido tantos siglos de tormentoso afan, luchando con los genios del mal, la ignorancia, la envidia, el interes, la lujuria, la soberbia, puestos tambien en el mundo por ese mismo Dios. Bien sabeis que en el mundo nos buscábamos y solíamos sentirnos, pero que nunca nos veíamos; contadme vuestras historias.

La *verdad*. El valle de lágrimas ha vuelto á convertirse en el paraiso primitivo. El hombre no espía mas su fatal manzana, esa ignorancia, esa credulidad ciega que la razon emancipada ha hecho desaparecer. El bípedo, bruto entónces, se ha hecho verdaderamente racional. Yo ví muchos millones de hombres morir de hambre y de humillacion: pero eso es hoi puramente tradicional y aún es de aquellas tradiciones que muchos suponen fabulosa. ¿ Quién creeria hoi que los pueblos mas cultos admitieron el desafío como un medio de arreglar las cuestiones de honor, y ménos el que entendiesen de tal modo el honor, que por un tropezon, una palabra ó una mirada, saliesen dos hombres á matarse ante testigos? Así, la justicia pertenecia al mas hábil en el arte de matar, el mejor asesino era siempre el que tenia razon. En aquellos tiempos de insensatez habia maestros de esgrima y de pistola en los colegios y universidades: el homicidio era parte de la enseñanza. El jóven noble y opulento que entre vicios y liviandades se burlaba de todo y habia matado dos ó tres maridos en singular combate, era el bello ideal del alto tono de entónces. ¿ Qué haria hoi la sociedad al hombre que dijese á otro: deseo asesinarlo á U., hoi á las cinco de la tarde, en tal lugar, y espero que U. llevará un amigo para que testifique que U. ha sido bien matado?

¿ Cómo podria entender el hombre de hoi que las naciones de otro tiempo, cuando tenian alguna dificultad la arreglaban á cañonazos? Los anticuarios dan hoi por fabuloso, el que una secta, en cuestiones de principios, haya empleado, para convencer á sus contrarios, los argumentos decisivos de la noche de San Bartolomé? ¿ Quién no pareceria

injusto, si hoi creyese en la inquisicion religiosa, en ciertas prisiones políticas y en tantas iniquidades morales y políticas, como realmente existieron? ¿Cómo no se reirian, como de un cuento, los que oyeran decir que la inmensa mayoría de los hombres de otros tiempos, creian los mas groseros y aun los culpables absurdos sin examinarlos, solo porque un tirano del alma que llamaban autoridad, les decia que creyesen y que creyesen sin examinar? ¿Cómo concebir que la humanidad entera creyó que Dios le mandaba renunciar á su razon, que no debia pensar por sí, que no debia tener opinion propia y que debia creer á ciegas la opinion de otros á quienes Dios habia encargado de pensar por ella? ¿Cómo concebir que pueblos de seres racionales se devastasen unos á otros y á sí mismos, por esos mismos principios absurdos, imposibles, opuestos entre sí y que no entendian ni podian entender? ¿Quién se atreveria á sostener, como thesis racional, lo que fué el comercio de los hombres, el prestigio que llegó á tener la fortuna y hasta qué punto la sed del oro y el desatentado egoismo que infunde, condenaron al desprecio á las virtudes y al talento, y degeneraron todos los afectos hasta el mismo amor de madre? ¿Quién se atreveria á dar una fiel definicion de lo que fueron entónces la amistad y el amor, sin darse por equivocado ó sin estremecerse de horror?.... ¿Quién creeria que hubo parricidas, envenenadores, incendiarios, homicidas, calumniadores, ingratos, y en fin que, en forma humana, hubo monstruos capaces de sacrificar su patria y de constituirse en impostores del mismo Dios?.... ¿Cómo concebir que, pocos años despues de haber descubierto un inmenso mundo nuevo, ya no existia uno solo de sus habitantes primitivos, porque sus descubridores, no pudiendo hacerlos esclavos, los exterminaron atrozmente abusando del arte de destruir que conocian mejor? ¿Cómo creer que esos mismos devastadores, no teniendo con quién cultivar ese nuevo mundo que se apropiaron (diz que por derecho divino) atravesasen un vasto océano para ir á difundir la discordia entre los cándidos africanos, hacerlos matarse unos con otros, comprar los prisioneros y hacer con ellos cargamentos como de sardinas para ir á venderlos y á atormentarlos en los desiertos de la América? ¿Quién oiria la historia de esos desventurados africanos, sin creerla una fábula, pero fábula tan horrorosa que á pesar de creerla tal, le haria despeluzar hasta el alma? ¿Cómo creer, por ejemplo, que los europeos cambiasen á los africanos por aguardiente, para revenderlos en América, y, cuando las pestes y entre otras la ceguedad, los atacaban en alta mar los botaban á todos al agua y volvian á comprar otros? ¿Cómo creer que un hombre hizo su propiedad de un hermano y que lo atormentaba para que trabajase doblemente y vivir en la ociosidad con el fruto de su perenne faena? ¿Quién no impondria silencio al que le contase la desnudez, el hambre, el desprecio y los castigos que les harian sufrir en pago de las riquezas que ellos les *propor-*

cionaban, y que al fin, cuando la vejez ó las enfermedades los inutilizaban, los echaban de la casa á morir de miseria y de dolor? ¿Quién concebiria que en ese infausto tiempo la impudencia sacrílega fuese hasta hacer que los que se pretendian encargados del cielo en la tierra aprobasen en nombre de Dios todas esas monstruosidades? Y quién no se reiria de indignacion al saber que esos mismos encargados de Dios pusieron en duda si los americanos eran hombres, y pensaron negarles el derecho de adorar á Dios y el de aspirar á sus misericordias.... Ah! no es de estrañar que el asombroso espectáculo de la humanidad en accion no hubiese sugerido á algunos hombres de aquellos tiempos esos razonamientos que arrastran al ateismo. El hecho es que durante muchísimos siglos la verdad, la justicia y la piedad, no fueron sino palabras, cebos incidiosos de que se valieron los hombres para engañarse y sacrificarse mejor.

En fin, sumamos en el olvido esos tiempos calamitosos, y regocijémonos mas bien contemplando las venturas de esta época feliz. El bárbaro imperio de esas tantas especies de esclavitud en que el hombre ciego aún y salvaje rendia homenaje á la injusticia y veia como grandes glorias á los grandes crímenes, se haya hoi sustituido por una sociedad cuya única base es la justicia y cuya sola gloria es la virtud. Extínguense ya los tañidos que la campana de la fatalidad daba sobre la cabeza del hombre. Confúndese el cielo con la tierra, y el hombre ve hoi á la muerte, otra vez tan terrible, como el complemento de su dicha, pues las almas puras gozan, miéntras viven, de esa indecible beatitud que causa la gracia de Dios, y al morir sienten la encantada confianza de otra vida mejor.

Así vive y muere necesariamente el hombre de alma sana, aquel cuyo corazon es un altar siempre ardiente de adoracion á Dios y de amor á los hombres.—La envidia era la causa de la mala intencion, del odio y de la guerra de los hombres entre sí. Sin la envidia la paz del alma y la luz del espíritu habrian sido universales; y el error, la falsa ciencia, la miseria, la guerra, el engaño sobre Dios y la esplotacion del hombre por el hombre, habrian sido imposibles. Si la envidia hubiera cesado repentinamente, al instante la razon habria sido la señora del mundo; pero no ha sido sino al traves de siglos de sacrificios y de horrores, que la razon ha podido encender y difundir la divina luz del alma, que tanto se esforzaban en apagar el egoismo, la avaricia, la ambicion, la soberbia y la violencia, hijos todos de la envidia. Ahora el uso de la libre razon ha vuelto al hombre sus bellísimos atributos, su ilimitado pensamiento y su pasmosa destinacion.... ¡Qué sensatez, qué criterio, qué tino!......

La altura á que ha podido remontarse el alma libre, es cosa que no creerian los hombres de aquellas épocas infáustas, por mas que tuviera n

tanta facilidad y aun tanto gusto en creer prodigios. ¿Cómo creerian, por ejemplo, que el mas sensato de sus hombres no habia alcanzado al simple buen sentido, ó al ménos no habia probado con sus obras ese cálculo lúcido y lógico que lleva á la verdadera utilidad moral? En fin, el hombre ha llegado á conocerse á sí mismo. Creí que el género humano, cegado por su amor propio, no veria jamas la luz de la verdad: sinembargo, algunas chispas peregrinas que algunos genios arrojaron de siglo en siglo en medio de una vasta oscuridad, le hicieron al fin conocer su extravío y cambiar de rumbo. ¡Ese presuntuoso siglo diez y nueve, qué léjos estaba del dia feliz en que un faro luminoso hizo ver sus escollos á la humanidad y esta viró de bordo y se fué viento en popa y en bonanza!.... En todos los siglos, sobre todo á fines del diez y ocho, hubo algunos que me buscaron de buena fé y que osaron presentarme á su manera; pero la autoridad los perseguia de muerte y sus ideas eran calumniadas en plena enseñanza por los sabios de entónces que, con raras ecepciones, eran trastes que se vendian á diferentes precios. Al conocerse el hombre á sí mismo ha hecho el mas triste descubrimiento que pudiera hacer: ha perdido la ilusion de sí y ve claro que, si el hombre de otro tiempo se elevaba en proporcion de su soberbia vanidad, era solo como el globo que se eleva tanto mas cuanto mayor sea el vacío que le forma su candileja. Y tanto el globo como el hombre si se les apaga la candileja caen y si no se apaga se queman.

El hombre de hoi ha visto que en aquellos siglos de ceguedad no habia sino una ciencia incipiente, formada por errores calculados, por quimeras y por principios inconexos y que no conducian al perfeccionamiento moral del hombre. Tal era el poder de la ignorancia y de las pasiones consecuentes, que entre el bien y el mal, y la verdad y el error, el hombre daba siempre la preferencia al mal y al error, y hacia, para hacerse desgraciado, esfuerzos infinitamente mas grandes que los que necesitaba para hacerse feliz. Hoi la emancipacion, quitando al alma la venda de las preocupaciones, le ha hecho ver que su vanidad y sus pasiones son pura miseria, le ha hecho ver que su única grandeza consiste en ser justa para con los hombres y humilde para con Dios, y en fin, le ha hecho ver que para ser dichoso, para hacer del mundo un paraiso, le basta no pecar nunca contra su propia razon ni contra su propia naturaleza......

Pues que la gran cuestion humana es la del bien y del mal, la gloria y la grandeza del hombre de hoi solo se miden por el tamaño de su bondad y de su pureza. La paz, el amor y la razon, han dado sobrada luz para ver y evitar la mayor parte de los males naturales, y de los artificiales, de los causados por la maldad de otros tiempos, solo existen sobre la tierra unos recuerdos tristes y confusos que hacen ruborizar al hombre de hoi... ..

Callóse la verdad y la justicia inclinándose ante ella con la espresion de un amor absoluto, le dijo :

La *Justicia.*—Oh verdad! inseparable compañera, tú y yo éramos en esencia una sola cosa. A favor de la ignorancia nos separó la perversidad. Los que especulaban con el engaño condenaron la razon y establecieron que habia verdades fatales. Toda idea, principio ó dogma que es verdad, es, por fuerza, justo y conveniente á la humanidad y solo puede perjudicar á los que viven de la injusticia.... Ahora que vamos á dar cuenta á Dios penetrarémos sus arcanos insondables hasta hoi. Allí veremos si la maldad y el pecado entran en el plan de la creacion ó si han sido creados por el hombre y establecidos en el mundo contra la voluntad de Dios. Ahora veremos si los verdaderos culpables fueron los miserables que envenenados por el hambre y el desprecio robaron y mataron : ó si los culpables son los que, para esplotar á esos miserables, los mantenian en la ignorancia y en mil errores, ó si fueron los fementidos amigos de esos miserables que les decian que la paz, la luz y la razon no eran sino cadenas, y que no serian libres y felices sino por medio de sangre, crímenes y esterminio. Sin estos falsos amigos, predicadores de sangrientas revoluciones, los hombres habrian vivido siempre en paz, la guerra no habria dado esa preponderancia de unos sobre otros y ese derecho del mas fuerte que engendró los tiranos. Si unas clases no hubieran tenido que temer de otras, no hubieran tenido interes en oprimirlas por la fuerza y por una educacion falseada. Si hubiera habido paz siempre, si los pueblos hubieran pedido luz en vez de pedir sangre, si hubieran hecho palenques de controversia y enseñanza en vez de esas cavernas infernales, escuelas de odios y asesinatos, entónces la ilustracion se habria generalizado mui pronto, la verdad y la justicia habrian estado al alcance de todos, y la injusticia, ya sin máscara ni pretesto, habria huido avergonzada. ¡Cuántos siglos pasó el pueblo siendo su propio tirano y su propio verdugo, por fluctuar entre los que condenaban la razon y ponian en su lugar á la autoridad, y los que tambien desechaban la razon y ponian en su lugar á las sangrientas revoluciones? Ahora verémos si el dolor, el pecado y las miserias humanas entraron en los designios del Creador, ó si existieron contra su querer. Ahora verémos si hai pecados que él no permitió, que él no previó y que él no pueda perdonar. Ahora verémos en qué consiste la justicia absoluta del único ser infalible y omnipotente. Verémos si consiste en esa infinita crueldad que establecen como dogma los que especulan con el nombre de Dios; ó si consiste en esa infinita misericordia que han anunciado en todos tiempos los verdaderos amigos de los hombres, los que predicaban contra la autoridad y contra la revolucion, los que adoraban la razon que unos y otros proscribian y que proscribian las pasiones que unos y otros adoraban : los que predicaban que la justicia y la verdad

son la única fuente de todos los bienes humanos; que la verdad y la justicia no se alcanzan sino por la luz del alma, que no hai luz del alma sin razon libre, ni razon libre sin órden y sin paz, ni paz miéntras el pueblo se deje arrastrar por las pasiones que atizan en él, tanto los partidarios de la autoridad como los partidarios de las revoluciones.

Por fin, los pueblos no quisieron sino paz, órden y luz, y la maldad fué imposible: los pueblos se armaron contra los revolucionarios que son los sostenedores de la tiránica autoridad, y gritaron: "Dios y razon"; la piedad fraternal ocupó el lugar que tantos siglos habia ocupado la envidia, infame madre de la avaricia, de la ambicion, de la crueldad, de la mentira, de la injusticia, de la vanidad, de la soberbia y del odio, y por supuesto de la guerra. En fin, genios: vamos á presentarnos á esa esencia infinita, omnipotente, que jamas comprenderemos. Mi mision está cumplida: yo he establecido entre los hombres lo que he creido ser la justicia; pero me estremezco y me asombro al pensar que el infalible juez pueda entender la justicia de otro modo y sufra yo, en su gracia, por omision ó por error. Pero yo presentaré á Dios por títulos todas mis lágrimas y toda mi sangre que derramé en ese afan sin tregua que sufrí por los hombres. Sedme testigos, oh genios!....

La *Piedad.*—Yo soi esa piedad siempre conocida, pero siempre falsificada en aquellos tiempos. En mi nombre se derramaron lágrimas sublimes, pero en mi nombre tambien se quemaron hombres vivos y se degollaron los pueblos entre sí. La iniquidad tomó mi nombre y fuí tan calumniada que muchas almas buenas llegaron hasta á verme con horror. Todos vosotros, oh genios! fuísteis tambien calumniados: el mal genio que os era contrario, tomaba vuestro nombre; pero yo os sentia luchando por el bien del hombre en el fondo de aquel cieno mortífero formado por la mezcla inmunda del crímen y la ignorancia. No temais que la justicia de Dios sea diferente de la que él mismo puso en nuestras esencias. Y si no hemos podido hacer en ménos tiempo la felicidad del hombre, Dios sabe bien que es porque hemos tenido que luchar contra la ignorancia universal, la confusion de principios y de apariencias, el egoismo, y sobre todo contra las pasiones.... Parece que lastimado Dios de la triste condicion que habia dado al hombre, mandó al mundo la piedad que traeria el amor, y este la paz, y esta la luz, y esta la dicha y el perfeccionamiento. Pero tambien mandó ó permitió que la satánica envidia entrase al mundo, y por supuesto fué inevitable la guerra de todos los hombres entre sí y de cada uno con su propia razon.

La envidia toma mil formas incidiosas: se disfraza de justicia, de piedad, de verdad, y es factible y aun probable que se haya metido siempre con engaño hasta en los mas virtuosos corazones, y no hai virtud que conserve su pureza en el alma que dejó entrar á la envidia. Las mas ruines pasiones rinden vasallaje y son los esbirros y cortesanos de

esa pasion tirana, de esa pasion suprema y universal. Algunos creyeron que el amor entre el hombre y la mujer era la pasion mas grande; pero basta ver que los celos, que son la misma envidia, eran tan superiores al amor, que un amante envenenaba ó asesinaba al otro si descubria que hacia feliz á un rival. La lei de la envidia, la lei de Cain, señora por tantos siglos del mundo, me perseguia porque sabia que yo trabajaba por la paz y por la luz; ella favorecia la guerra y la consecuente ignorancia como esencial al tenebroso imperio del genio del mal.

Mi desconsuelo rayaba en desesperacion cuando veia á la humanidad empeñada en sostener que Dios le prohibia el uso libre de su razon en las cuestiones morales y religiosas que son sin duda las mas esenciales á su felicidad. Ese sacrílego error era la cadena del alma de la humanidad y esa misma mísera humanidad devoraba á los que intentaban romper esa cadena.

Las almas grandes que se sacrificaron por destruir ese error fueron los verdaderos mártires de la humana redencion. Esos espíritus sublimes entraron conmigo hasta el fondo de aquellos como nidos, de aquellas como cloacas asquerosas, en donde familias enteras satisfacian las mas sucias necesidades, al mismo tiempo que comian un pan negro empapado en lágrimas ó que lloraban una hambre sin recurso ni esperanzas.

Hombres felices de hoi, sabed que entre aquellos miserables hubo individuos y familias enteras cuya virtud bajó al sepulcro sin mancharse. ¿Y creeis que vosotros, no teniendo idea de esas espantosas desgracias, podais admirar dignamente á sus héroes? En el crisol de ese inmundo fango y al fuego de un dolor sin esperanza, fué en donde probaron su diamantina virtud algunos corazones sublimes de aquellos siglos calamitosos.

Y vosotros, ¡oh genios amantes del hombre: vosotros, que annque invisibles, estábais, como esencias divinas, en todas partes á la vez, y vísteis como yo, todas las miserias y todas las grandezas humanas: permitidme hacer, en honor de la virtud, el recuerdo de uno de los esfuerzos de alma mas prodigiosos que ella infundió al corazon de un hombre. Este recuerdo es el de una comida de la miseria, que yo presencié y que sin duda presenciásteis tambien vosotros.... Siete miembros de una familia sentados en el suelo al rededor de una mesita tan sucia como rota, esperaban, viéndose en silencio, el alimento de ese dia. Al fin la madre puso sobre la mesa un pedazo de pan negro y tres cebollas. Me estremecí al ver principiar á hacer las porciones de cada uno. Hubiera huido, pero aquel era mi puesto: Dios me habia mandado para apurar aquel cálix. Yo veia el corazon de aquella madre: el arsénico, el plomo derretido lo habrian atormentado ménos. Yo oia las quejas que sin verme me dirigia desde el fondo del alma. La triste madre echó una mirada sobre el conjunto que la rodeaba y volviendo la cara para ocultar

una lágrima, dijo, doblando su frente ante un pequeño crucifijo, y con uno de esos sentimientos que solo Dios alcanza:

"Dios mio, no sé si esta situacion es justa ó injusta, si es un bien ó un mal; pero basta, mi Dios, ten piedad."

Allí estaba yo, pero solo para sufrir. La ignorancia, el error y las pasiones, eran aun las señoras del mundo.... El dolor encendió por un instante la augusta palidez del anciano padre. Toda aquella comida era poca para uno solo de sus hijos, por lo que se fingió indispuesto para no comer nada y que ellos comiesen algo mas. Esto no hizo sino atormentar mas á los hijos que penetraron su intencion y se tragaron en silencio sus lágrimas y las escondieron en el fondo de su corazon para no afligir mas á su padre.

En esto estaban cuando un niñito que estaba adormecido sobre la paja, pidió pan, rompiendo en llanto, por las ansias crueles que le hacia sentir el hambre. Su porcion, que ya se habia comido, habia bastado solo á irritar mas el hambre que lo devoraba.... Todos se miraron entre sí, todos miraron al anciano, y este paseó sobre todos ellos una mirada en que les imponia la resignacion como una lei. Pero la piedad de padre enterneció al fin la firmeza de aquel justo. Cogió á su hijito y lo apretó tiernamente contra su despedazado corazon, y al verle los ojos cavados por el hambre, su grandeza doblegó ante el dolor y lágrimas corrosivas surcaron sus flacas y arrugadas mejillas. Volvió á mirar á su hijo y con indecible espresion de dolor apretó tiernamente sus labios con los de su infeliz criatura.

En esta posicion, las lágrimas del desolado padre bañaron el rostro del hijo hasta empaparle tambien los labios que le tostaba la sed del hambre.... Apénas sintió aquella hambrienta criatura la humedad de aquellas lágrimas acerbas, cuando las chupó con ansia y acercó con sus lánguidas manecitas los ojos de su padre, como queriendo mamar en ellos.... Aquí mi angnstia fué infinita y habria huido del mundo si hubiera podido salvarme de mi destino.... ¡Dios santo, es posible que tal haya podido ser la suerte de un hombre virtuoso en la tierra de sus hermanos!.... ¡Que tal haya podido ser la suerte de la virtud entre seres que se decian racionales!.... Aun en medio de la felicidad actual del hombre, esa memoria me compunge!.... ¡El dolor dando de mamar á la inocencia todo el acíbar de su lloro!......

El mayor de aquellos cinco jóvenes infelices, al ver á su hermanito bebiendo el llanto de su padre, se levantó como un desatentado, temblando de rabia y de dolor, y viendo desde su nido los suntuosos monumentos de lo que entónces llamaban gobierno, prorrumpió en estas quejas amargas: "Inhumanos; ó tenemos derecho á la vida ó no lo tenemos. ¿Si no tenemos derecho á la vida para qué nos la dió Dios? Si nos la dió solo para que muriésemos hambrientos y escarnecidos, si estamos proscriptos de la humana comunion, si no tenemos derecho á nada, tampoco tenemos deber de nada; y esto quiere decir que tenemos dere-

cho á todo, porque los deberes y derechos son iguales y recíprocos entre sí. Nacer y vivir inocente y no tener derecho ni á la vida ni á nada, es vivir fuera de toda esperanza y de la gracia de Dios, y esto daria derecho á coger y á destruir cuanto existe. Y si tenemos derecho á la vida, lo tenemos á lo que es esencial á ella. Y si tenemos ese derecho, ¿por qué nos negais el trabajo y la limosna, y nos haceis morir de hambre? Solo nos creeis dignos de desprecios y crueldades. No temeis la desesperacion de seres que se ven tan desamparados que llegan al fin á creer que no hallarán ni en los hombres ni en Dios, la misericordia que piden...... Oh, justicia! si existes en realidad, ¿cómo permites que mis hermanos me reduzcan á este estado? Y si lo permites, ¿qué derecho tienes á acriminarme porque cojo un pan para vivir? Y si no existes, justicia, la única culpa posible es la de andar con escrúpulos con esos Caines que sin escrúpulo ninguno establecen que no tenemos derechos ni al trabajo ni á la limosna, lo que quiere decir que solo tenemos derecho á morir de hambre. ¡Oh, destino monstruo! abre ante mí tus entrañas: mi desesperacion saboreará sin miedo tus asombros y tus venenos: sepa yo, en fin, si el hecho es la única lei de nuestra suerte: si puedo tomar el pan, la vida que me niegan, ó si ántes debo morirme de hambre! ¡Pero el destino sigue impasible su camino y se rie de mi plegaria! Cuando todo me abandona, deberé abandonarme yo tambien? No, hermano querido, no morirás de hambre...... no beberás mas las lágrimas de tu padre.... y U. mi padre.... no derramará mas de esas lágrimas."

Al decir esto, entraba por la primera vez en la cabeza de aquel desgraciado, un pensamiento culpable. La terrible impresion que sintió hizo que se tapara los ojos con ámbas manos, y que, sumiéndose en una absorcion pavorosa, saliese despues de ella todo desatentado, viéndose y tocándose como temiéndose ya culpable.... El venerable viejo, con una nobleza grandiosa, le dijo :—Hijo mio, respeta mis últimos dias. ¿Es posible que quieras envilecer una alma que las desgracias no han podido sino ennoblecer? ¿Es posible, hijo querido, que quieras hacerte mi mas cruel enemigo? ¿Quieres turbarme tambien, por la vergüenza y el remordimiento, el solo bien que me resta: esta paz consoladora que me inspira la satisfaccion de mí mismo? ¿Quieres manchar una conciencia purificada en el crisol del infortunio? ¡Tú, traidor á tu deber!.. ¡tú, cobarde, humillado al dolor!.... ¿No te contentas con vernos el cuerpo consumido por la miseria? ¿Necesitas tambien acaso el envenenarnos el alma por los remordimientos? Tiembla, hijo mio, de traer un pan culpable á la casa de tus hermanos: trae ántes arsénico..... Mis lágrimas no correrán mas, dices: sí, en ese caso, es verdad, mis ojos se cerrarán para siempre...... Deja que ese inocente beba mis lágrimas inocentes.... y tú, no te presentes jamas entre nosotros si llegas á hacerte indigno de beberlas tú mismo...... Cuando tu fogocidad se calme, y ella se estingue pronto en los hambrientos; cuando la resigna-

cion reemplace á la desesperacion; entónces verás como se es feliz, aun en el fondo del dolor con tal que nada haya mancillado la conciencia, con tal que el corazon sienta su dignidad toda entera.

Las glorias de los marinos no se hallan sino bajo las tempestades: las de los valientes en los combates, y las de la primera virtud en el fondo de la última desgracia...... El alma que pasa pura á la eternidad por entre los rayos del desastre, se parece á una divinidad que pasase sin sufrir por entre llamas devoradoras. El remordimiento y la felicidad no habitan jamás en el mismo corazon: mas fácil seria que habitasen juntos la pólvora y el rayo.... Los héroes de las pasiones, los de la falsa gloria son mui comunes; son hijos de la fortuna y se anulan desde que esta los abandona. Los héroes de la virtud, los de la verdadera gloria, se forman por las grandezas del alma, y son tanto mas grandes cuanto mas los acosa esa fortuna.

Hijo querido, óyeme. Nací en el seno de la miseria y me nutrí con su peson flaco y exhausto. A los primeros visos de mi razon la indignacion me arrastró hasta los bordes del crímen, y allí hice á mi deber la mas solemne amenaza.... Con cuanto dolor dije adios á la virtud!.. Parecia que ella se esforzaba en conservarme, porque se me presentaba mas dulce y mas preciosa que nunca...... Éramos tres hermanos. El mayor, de 26 años, y dotado de la belleza mas esquisita, del talento mas sublime y de la virtud mas pura, estaba ya en la hora de su última agonía, consumido por la miseria y por una pasion imposible.... Para él no hubo médico, ni recursos, ni consuelos; y nuestras lágrimas eran el único calmante de su angustia suprema.... Estaba tendido sobre un poco de paja húmeda, casi desnudo y sin fuego, aunque el frío era glacial. Viónos con espresion de indecible amor, y dijo:—Gracias, Dios mio; fuí dichoso y muero en paz..... Un viento del polo que silvaba en las endijas le helaba hasta los huesos y estábamos echándole encima la paja de nuestras camas, cuando entró una rica y bella mujer, como de treinta años, anegada en llanto, y escusándose con nosotros, se quedó viendo á Williams con la espresion de una desesperacion comprimida......

—Williams, le dijo, ¿por qué mueres así, como si nadie te amase en el mundo, teniendo quien te adore?—Sorprendido él dulcemente, levantó su bella frente y, viéndola con divina ternura, le dijo:—Felpia de mi corazon: el que siente á Dios en el alma, no necesita comodidades para morir. Mi amor por U. es tan santo, que Dios, que está aquí, la ha traido á U. como el ángel de mi consuelo. Pero U. es esposa, y su presencia aquí es tal vez una falta.—No, respondió ella; ¿no debo á U. la vida? ¿No fué U. mortalmente herido y quedó inválido por salvarme la honra y la existencia? ¿No viene su miseria de ese sacrificio? ¿En su virtuosísima pasion no ha sacrificado U. su paz, su dicha y su vida por no faltar á ese deber sagrado? ¿No he confesado á mi esposo que tenia por U. una santa idolatría, que mi ternura era infinita, y que, creyendo

su alma divina y sin igual, le amaba por encima de cuanto existe? ¿No lo llama mi esposo, alma inimitable, confesando primero su admiracion y despues acompañándome á amarlo? Ademas, mi esposo sabe que estoi aquí y no tardará en llegar. ¿Por qué no dió U. parte de su enfermedad y de sus peligros? ¿Ha dudado U. de mí, ó acaso U., ingrato, dejó de amarme?

Al oir esto, su cabeza, débil, cayó sobre la paja; la muerte sombreó en su rostro y una lágrima del alma asomó acusando aquella queja cruel. Conociólo Felpia, y le dijo:—Williams, perdóname, perdóname.... Él abrió de nuevo los ojos y, con angelical sonrisa, le dijo:—Señora, Dios está siempre al lado del que muere: yo lo veo, y el que lo ve, señora, debe absorverse todo en él y amarlo y pedirle misericordia. Yo dejo al alma fina de U. que interprete todo lo que se ha pasado en mi corazon...

En este instante entró, con aire de tristísima inquietud, un hombre sencilla pero ricamente vestido, y doblando la frente y la rodilla, cayó al lado del moribundo, y le dijo:— Perdóneme U., alma sublime, si yo tambien vengo á colmarlo de bendiciones por todos los bienes que le debo y por todas las penas que U. ha sufrido por nosotros.—Nada me debeis, dijo Williams, no hice sino mi deber y si no lo hubiera hecho habria debido morirme de vergüenza. Si quedé inválido no fué culpa vuestra; y si sentí una pasion imposible no fué culpa vuestra sino mia.

El recienllegado le dijo:—Pues bien Williams, yo vengo á llevarte á mi casa, para curarte, allí no te faltará nada. Si hubieras aceptado la cantidad que te mandé no estarias tal vez en ese estado. Has sido injusto conmigo.

—No, le respondió Williams; aceptar tu dádiva me habria parecido poner precio á mi virtud; y virtud que es capaz de venderse, es capaz de traicionar al comprador. Ese amor santo y los perfumes y arreboles que goza el alma en los dolores generosos, esa delicia inefable que Dios da al que se sacrifica á otro; todo eso se habria convertido en la vil rastreria de un negocio. Yo habria vendido mi deber, mi amor, mi corazon y mi virtud; y las lágrimas de mi voluntario dolor, que hacian mi dicha, no se habrian atrevido á correr avergonzadas. ¿Quién no sufre las miserias del cuerpo por las grandezas del alma?.... En fin, hombre generoso, voi á deciros la gran palabra: yo me estoi muriendo y voi en dos palabras á haceros mi última súplica, mi confesion y mi testamento. Me jurais cumplir esa última súplica?—Sí, le respondieron todos.—Mi confesion es que me arrepiento de haber dejado conocer á Felpia mi amor; pero como ha sido mi única pasion en la vida, no pude disimularla. Mi testamento es que ruego á Felpia que ponga á su esposo todo el amor que me tenia: y mi súplica es que huyan UU. de

este espectáculo de miseria y de muerte que debe lastimarles el alma y que me olviden y sean felices. Al decir esto sus ojos se cerraron y dos lágrimas corrieron por sus mejillas...... cogió la mano del esposo y le dió un beso convulsivo, y despues tomando tambien la mano de Felpia unió las manos de los dos esposos y les hizo seña de que se retirasen.... Felpia dejó escapar sollozos tristísimos y desgarrantes: su peinado estaba deshecho, sus ojos rojos. y con la espresion de una infinita amargura, de esas que asombran y no tienen consuelo, se fué alejando de aquel hombre extraordinario. El esposo se inclinó, besó la frente augusta de aquel hombre sublime, y despues se paró, con los brazos cruzados, á contemplarlo, sus ojos eran dos silenciosos torrentes. Fue reculando poco á poco hasta la puerta y viendo siempre al mas grande de los infelices. Por fin, vió al padre de Williams con respeto y como con asombro y desapareció con su esposa. Instantes despues oyóse el coche de aquel hombre poderoso que iba sintiendo la miseria de sus riquezas comparadas con las riquezas de la miseria de aquel hombre sin semejante......

Nada sabiamos nosotros de aquella purísima pasion de Williams y ella vino á esplicarnos algunas tristezas y misterios de su vida. Despues de su muerte encontramos un romancito que compuso con el título de "Amores de un infeliz." Nos reunimos en familia muchas veces para leerlo pero era tanta la tristeza y la sublimidad de los razgos que allí trazaba, que saliamos derrotados por aquel manuscrito cada uno por su lado y desechos en llanto. Aquella era la historia de sus dolores y la imágen de su alma y nos hacia figurar tales cuales su amor deseaba que fuéramos. Necesitamos algunos años para acabar de leer aquel pequeño libro.

Vueltos de aquella sorpresa causada por Felpia y su esposo, lo envolvimos en la manta que Felpia llevaba puesta y que le echó encima al salir de allí como desatentada. Esa fué su mortaja.... Aquella escena en que el dolor y la virtud se disputaron á cual era mas grande, lo dejó como exánime. Y creyendo yo que su vida, ya apagada en esta tierra, habia volado al cielo, apreté contra el suyo mi pecho en que hervian las mas horribles pasiones, y exclamé:—Hermano mio, hermano mio: tu alma vivió siempre asediada por las impresiones que causan el hambre, el desprecio, la befa, la calumnia, la desnudez, el frio y las enfermedades; pero tu alma, superior á todo eso, no dejó un solo instante de amar al hombre y de pedir á Dios por él. Sacrificaste la riqueza, la dicha y la vida á lo que creiste tu deber, y tanta virtud murió de hambre y de dolor sobre un poco de paja helada y será botada á la fosa comun. Tu y mi padre perteneceis á otro mundo mejor y solo habeis venido al

mundo de los hombres por un error ó por una inconcebible crueldad. La humanidad es pasto mortífero para las almas santas.

Los hombres y los animales todos están condenados por su condicion á perecer ó á vivir á espensas los unos de los otros. Y si, como no hai duda, esta es la verdad, el hecho es en definitiva, el solo derecho en este mundo. La vida de uno mata la vida del otro, para alimentarse, ó muere ella misma. No hai medio : ó matar ó morir. Y la riqueza, necesaria á la vida y á la dicha, se la quitan los hombres entre sí, y para ello luchan y aun se matan por la misma razon que un animal se come á otro. Así lo han hecho todos los hombres y todas las naciones en todos los tiempos conocidos. El bien de un hombre no aumenta sino á espensas del bien de otro: los intereses se oponen y la gloria de uno es imposible sin la humillacion de otro. Es necesario, pues, arrostrarlo todo, puesto que no es posible alcanzar la vida, la gloria y el bien sino á espensas de la vida, de la gloria y del bien de los otros. La naturaleza está dividida, por sus mismas leyes cardinales, en presas y devoradores: todo es negocio, todo engaño. Ser ó no ser, tener ó no tener, gozar ó sufrir, he aquí la gran cuestion de la vida: el éxito, he aquí su gran lei...... Espantosa alternativa! Es preciso escoger, y sin término medio, entre ser bribon ó virtuoso, sacrificador ó víctima...... ¿ Y será posible que, en una naturaleza tal, exista efectivamente una virtud que ordene á un hombre su propio sacrificio? ¿ Siendo esencial á la vida la lucha, es decir, la defensa y el ataque, será una verdad natural, una lei de Dios, ó será una perversa invencion, esa virtud que dice: no ataques ni aun te defiendas, deja que los otros te ofendan, te espolien y te acaben? Si es esencial á la vida de unos seres la muerte de otros, pues que no hai uno solo que viva por sí mismo; si es esencial al bien de unos el mal de otros, pues que no puede aumentarse el propio sin disminuir el ageno; si el Creador, quien quiera que sea, ha organizado así la vida y la dicha humana, claro es que nos ha forzado, y por su puesto nos da derecho á sacrificar la vida y la dicha de cuanto existe, cuando así lo exijan nuestra vida y nuestra dicha...... ¿ Y habrá culpa en hacer lo que la razon, la necesidad y la providencia establecen como único medio de existencia y de dicha? ¿ Y no será una insensatez, culpable, tal vez, para el individuo y para la humanidad, el dejarse amarrar por esa bella quimera que llaman virtud, y que solo sirve para hacer á los unos víctimas indefensas de los otros?

¡ Hermano de mi alma ! ¿ Qué frutos te dió la virtud á tí? Te dió por manjares los que te hacia soñar el hambre, y por vestidos andrajos; por gloria, el escarnio; por pocision social, la del paria, la del proscrito; por felicidad, el infinito dolor; por palacio, una cloaca; por lecho y cobertor, un poco de paja y el viento frio; por médico y remedios, el aban-

dono y la desesperacion; y por tumba, la fosa comun. Y el talento y el valor con que salvaste á Felpia y con que alcanzaste su fina idolatría, solo te sirvieron para que te atormentasen mas y para que mas te atormentases tú mismo...... Jamás pasó por tus labios la sonrisa, porque jamás posó en tu corazon el contento...... Si alguna ilusion ó alguna esperanza te creó tu alto genio, fué solo para que fuesen aun mas hondos en tí el desengaño y el desconsuelo...... ¿Y fué para esto que Dios te dió tanta vida, tanta belleza, tanto genio y tanta virtud? ¿No será que tú mismo te perdiste por la idea errada que tenias de tus deberes?.... No estuviste siempre contra las revoluciones, diciendo que toda revolucion violenta era funesta á la razon y al órden, y por supuesto á la justicia y á la libertad? Te equivocaste, hermano: el hombre debe hacer algo para sí mismo. Tu genio claro y tu alma pura, gimieron siempre sobre esa mísera paja; pero tus huesos, hermano querido, reposarán sobre una tumba digna de un héroe de la virtud.

Apénas habia terminado estas palabras, cuando me apercibí que la sensibilidad de mi hermano no se habia apagado aún, y que él habia oido todo lo que yo acababa de decir. Una crísis acababa de pasarle, que aunque fatal para él, le dió sin embargo una tregua lúcida para darme su última leccion y su postrer adios.... ¡Oh Dios santo! ¡Impresion eterna!.... Ya no fueron nada la dicha ni la vida.... solo era grande la virtud.... Mi hermano abrió sus ojos empañados por la muerte: su mano helada heló la mia y sus líbidos labios balbucearon con el tono santo del moribundo, estas tristes y terribles palabras.... Hermano de mi corazon; ¿por qué quieres dar una tumba culpable á los huesos de un mártir de la virtud? ¿Acaso el dolor te ofusca hasta el punto de creer que los honrarias así? Solo á tus lágrimas inocentes es dado el honrar mis pobres restos.... ¿Cómo no te estremeciste al solo vacilar entre el martirio y la ignominia? La sola duda es una sombra que va á empañar el lustre de tu conciencia.... ¡Cómo espiarás ahora esa duda indigna! Y ¡cómo podré yo morir tranquilo cuando un hijo de mi padre ha podido vacilar entre el heroismo y la vileza? Desgraciado! qué has dicho? ¿Cómo has podido profanar los últimos instantes de un inocente? ¿Es ese acaso el fruto de mi ejemplo? ¿Cómo no te moriste al insultar la santidad del honor, al intentar probar que la virtud es una quimera tonta, ridícula y hasta criminal y funesta á la humanidad?.... ¿No veias que esto era un desacato ante tu padre, un fatal ejemplo para tu hermano menor, un ultraje á mi cadáver y un crímen de lesa conciencia?.... ¿No veias que decir que la Providencia nos fuerza al crímen y que este, por tanto, es un derecho, es calumniar y desafiar á Dios?....

Hermano de mi alma, ¿cómo pudiste hablar así delante de un cadáver? ¿No viste que el aspecto y el silencio de un cadáver gritan á la

conciencia y son el terrible *memento* de la humana responsabilidad? ¿ No viste que decir que el crímen es una necesidad de nuestra naturaleza, que Dios nos fuerza á él, equivale á decir que la infamia, la calumnia, el puñal, el veneno, &c., son medios inocentes, derechos humanos, y que la consecuencia de esto es una idea espantosa de Dios y la disolucion social? Esto equivale á decir: no hai honor, no hai deber, no hai justicia, ni piedad, ni verdad, no hai propiedad, ni derecho á la vida, no hai moral, no hai religion, no hai Dios! Si la humanidad creyese toda y de repente que no hai crímen ni responsabilidad, creeria como consecuencia que no habia Dios, y al instante principiaria una tan espantosa carnicería que no se acabaria sino al asesinarse el último hombre. Tu sistema de que el crímen es un derecho, es evidentemente inicuo y falso pues que sus consecuencias son espantosas....

Es posible, Dios mio, que la primera idea de crímen que empaña mi nombre la haya inspirado mi cadáver.... Precipitado de desgracia en desgracia nuestro pobre padre ha abandonado al fin toda esperanza y se ha atrincherado en la pureza de su conciencia; único bien que está á salvo del infortunio y del dolor. Y tú quieres, como soldado traidor, entregar tambien al dolor enemigo, esta última trinchera de consuelo y salvacion. El mas ligero crímen te haria parricida: nuestro padre puede vivir desgraciado pero no culpable.... Imagínate viendo á tu padre espirando de dolor por tu crímen y corriéndote de su presencia, porque eres indigno de cerrar sus ojos, porque corromperias á tu hermano menor, en fin porque te vé con horror: imagínate en la puerta de este cuarto viendo por última vez la mirada de ese anciano llena de dolor y del amor de padre, pero inexorable como juez del honor de nuestro nombre: imagínate en ese trance, y si no te estremeces y te sientes incapaz de volver á vacilar, aléjate al momento, yo soi tan severo como seria mi padre....

Las dulzuras de la inocencia alimentan al justo que no come: miéntras que el remordimiento que roe el alma aniquila el cuerpo del poderoso. Adios hermano querido: la conciencia es la lei del bueno. El que ha sabido vivir, sabe morir: la eternidad solo espanta á los que han vivido en la maldad, á los que han creido que el crímen era un derecho, y tiene delicias inefables para los que han vivido en la virtud y sobre todo para los que han sido mártires de ella... Sombras encantadoras alhagan mi espíritu y mejoran su condicion.... Entresiento ya algo balsámico y tan grato como la suave fragancia que se siente al entrar á un jardin. La vida material me huye, pero entran en mí divinas esencias que me dan la vida feliz de los inmortales y que compensan con demasía mi martirio en este mundo. ¡ Oh, fe santa de la razon! ¡ Oh, fueros de la virtud sacrosanta!.... Sufriria diez veces los tor-

mentos de mi vida por uno solo de los placeres de este instante...... Si los que me compadecen se penetraran de esto me envidiarian.... O yo deliro ó es el mismo Dios el que empapa mi alma en inefable beatitud...... Pero yo no deliro: jamas mi mente vió mas claro que al travez de esa oscuridad en que la muerte principia ya á envolverme.... El alma pura, que crée en un omnipotente justo, y que sucumbe á la injusticia, muere gritando, viva la virtud, como el guerrero que muere gritando, viva la Patria.... Si sientes que el miedo de la miseria te arrastrará á buscar los favores del crímen, evita tu funesto ejemplo á tu hermano, huye de la presencia de mi padre, enjuga al punto tus lágrimas, vete sin siquiera decirnos adios y quítate nuestro nombre para que no lo ensucies con tus manchas.... Déjame solo, sin otro dolor que el de haber sido tu hermano.... Pero, si como lo creo, sientes que el hambre y la muerte son preferibles al crímen; si conoces que la vilesa no está en la miseria sino en la infamia; en fin, si te sientes capaz de vivir y morir como nosotros, ven, abrázame aun una vez y me habrás hecho gozar mi última dicha en este mundo!! " Rendido á una fuerza superior besé su frente con ternura y cerrándole suavemente contra mi corazon, le dije:—Muere en paz, hermano mio, perdona aquella espresion de mi despecho. Lo que me has dicho dá tal realce á nuestra miseria que no la cambiaria por ningun tesoro. Vengan todos los males ménos el crímen, todos los desprecios ménos el mio propio: me rio de todos los dolores con tal que vengan sin remordimientos. Por morir como tu convendria en vivir cien años dentro de un volcan.... "¡No seré yo, hermano amado, quien manche jamas tu nombre!"....

Estas palabras esparcieron por sus labios una celestial sonrisa, y sus ojos vertieron lágrimas felices.... Me apretó la mano con toda la espresion que le permitia su última agonía. Besó la mano á mi padre, y lo miró con una mirada que sin duda enterneció al mismo Dios. Si la humanidad hubiera podido ver y comprender aquella mirada de la virtud mártir y santa, pasando del seno paterno al seno de Dios, la humanidad al punto habria sido virtuosa...... Mi padre se estaba ahogando por reprimir sus sollozos; y aquel espectáculo todo me rompia el corazon.... En fin, mi hermano nos vió aun como por entre sombras, hizo un gesto convulsivo y espiró. Un horrible dolor nos puso mudos y solo algun sollozo interrumpia aquel silencio pavoroso.... A veces se encontraban nuestras miradas y en esas miradas estaba gravada por la desesperacion, la siguiente cuestion: ¡con qué, donde y cómo enterrar aquellas preciosísimas reliquias!

Algunos momentos pasamos abandonados al dolor. De repente, mi padre se paró, y al punto conocí que él no habia olvidado mis palabras desatentadas. ¡Como me pareció grande y hermosa la magestad

de su inmaculada desgracia! En su frente lucian las celestes grandiosidades de la virtud. Ya solo me espantaba la idea de hacer algo que me causase la vergüenza de mí mismo ó la proscripcion de mi padre. Para evitar estos males, me decia, me basta la conciencia, brújula que Dios nos dió para navegar en los borrascosos mares de la vida, sin encallar en el crímen, que él debe castigar despues. Pero, ¿por qué llenó él mismo esos mares de tantos escollos? ¿Tuvo necesidad? ¿Quién pudo forzarlo? He aquí el insondable abismo en que la razon naufraga!.... Pero la razon ve tan claro un bueno y un malo, esencialmente diferentes entre sí, como el ojo ve claro un bello y un feo diferentes uno de otro.... Y si hai acciones buenas y acciones malas, y esa conciencia infalible que las distingue, claro es que el hombre es inmortal y responsable. Si Dios no hubiera hecho al hombre responsable, no le habria dado esa conciencia para distinguir lo bueno de lo malo, porque sin responsabilidad todo seria bueno, no habria malas acciones.

En estas reflexiones estaba cuando me interrumpió el acento de mi padre, diciéndome así:—"Hijo mio, el hombre que no tiene por qué temer ni á Dios ni á los hombres, es el único grande sobre la tierra. Contempla la muerte de tu hermano, y dime si imaginas algo tan sublime. Es verdad que la virtud es acosada por el crímen. La envidia y la calumnia se gozan en desgarrarla; pero cuando todo abandona al alma pura, Dios se insinúa en ella y le hace sentir delicias divinas en proporcion con la crueldad de las pruebas que sufre. Esta especie de beatitud hace que el infeliz bendiga y encuentre dulce el martirio con que alcanza la gracia de Dios. Fuera de esta gracia, la felicidad es imposible, y esa gracia no se alcanza sino por la virtud y por los sufrimientos. La virtud se engrandece en la miseria, porque en ella se encuentran sus grandes pruebas. Los dos grandes escollos de la virtud son la opulencia y la miseria: la primera hace cruel al hombre, la segunda lo hace vil. La primera hace que el poderoso niegue al miserable un pan ó se lo quite, y le quite así la vida: la segunda hace que el miserable robe y aun mate al poderoso.

Mas crímen hai, tal vez, en el que niega un pan á un hambriento, que en el hambriento que la coje. Pero esto no autoriza el robo, en el desgraciado. ¿Cuánto perderias tú, por ejemplo, si robases? Perderias tu tranquilidad para siempre sin mejorar tu condicion.... Cada hombre se hace un fanatismo de una cosa: yo me lo hago en favor de eso que llaman el deber y en contra de eso que se llama vileza, y esto me haria morir mil veces de hambre y de desesperacion ántes que tomar lo ageno y poner yo mismo en mi frente el título infamante de ladron.... Y ese mismo fanatismo me hace ver con invencible horror á todo el que se humille hasta ese punto, quien quiera que sea."

Al decirme esto mi padre, le interrumpí echándome á sus piés y pidiéndole perdon en nombre de mi hermano. Abrióme sus brazos, diciéndome :—“ Ven, hijo mio, yo no temo nada de tí: yo te conozco, tú morirás como tu hermano.” Ya veis pues, vosotros, hijos de mi alma, lo que me pasó á mí mismo con mi padre.

Apénas dijo esto el buen viejo cuando su hijo, echándose tambien á sus piés, alcanzó la misma gracia. El padre y los hijos todos quedaron contentos, y fueron cada uno por su lado á buscar el pan del trabajo ó el pan de la piedad, horrorizándose al solo imaginarse comiendo el pan del robo.

Dispensadme, oh genios ! este recuerdo tristísimo de aquellas épocas infaustas en que se mezclaron tanto heroismo y tanto crímen, y rindamos justo homenaje á esa virtud sacrosanta que en siglos tan ciegos y tan corrompidos pudo convertir á unos miserables mortales en una especie de divinidades.”

Al pronunciar estas palabras solemnes se calló el genio de la piedad y él y todos los otros hicieron ante el genio de la virtud el mas profundo acatamiento.... Al levantar sus augustas frentes para verse entre sí, encontraron con sorpresa á otro genio mas entre ellos.

La *Justicia* le dijo :—¿ Quién sois, quién os trae aquí y con qué derecho ? Esta es una cita dada por Dios hace muchos siglos, pero solo á nosotros.

Tambien yo fuí citada: tambien yo sufrí por los hombres y tambien hize algo por ellos. Os he estado oyendo, para ver si me hacíais justicia sin verme y gozarme mas así.

La *Justicia*.—Sereis acaso alguna potestad, cuando osais turbar el absoluto misterio de esta cita ?

—Yo os acompañé en la tierra y gemí por vosotros. Se trata de la felicidad del hombre, único objeto de mis eternos votos y de mi perenne afan, y héme aquí. Soi hija de la razon y sostenida por la justicia y la verdad, y sin embargo sin mí todas tres regarian aun con sus lágrimas las cadenas de la esclavitud. No soi potestad, soi hija del amor y de la luz. Yo conquisté los imperios de la impostura, yo saqué á la verdad del antro tenebroso en que gemia, y difundiéndola por el mundo, dí libertad al alma humana y todos los bienes posibles vinieron como consecuencia. Puse á la justicia en su trono y enjugué las lágrimas de la virtud.

La *Justicia*.—Y qué sufrísteis por los hombres ?

Ninguna de vosotras fué tan acosada como yo; me hacian guerra á muerte: para mí no habia misericordia.—Los infelices, esa inmensa mayoría oprimida, desheredada, me veian con espanto y me delataban porque creian que sobre mí pesaba la maldicion de Dios. Y los poderosos, los señores de la humanidad, me veian con furor porque sabian que

si me dejaban crecer yo seria la redentora del espíritu humano, la que pondria término á esa esplotacion del hombre por el hombre.

La *Justicia*.—Si tanto sufrísteis por los hombres, si tu mision fué tan grande, decidnos, qué hicísteis por la humanidad?

—Yo hice la emancipacion moral é intelectual del hombre.

Al punto los genios todos se prosternaron dignamente ante aquel genio libertador: y la justicia le dijo:—Oh genio! sin tí la razon seria esclava de la impostura, y todos nosotros gemiríamos aún en el ensangrentado fango de otros tiempos. Hiciste ver al hombre que Dios le habia dado una alma libre y capaz de pensar por sí. Le hiciste ver, con la luz del alma, los límites de sus derechos, de su poder y de su alcance. Nos levantaste á nosotros ante el mundo, y la maldad fué al punto imposible y fea. Hiciste que el hombre viese á Dios tal cual es, y la humanidad toda entera se prosternó y lo adoró del mismo modo, y el amor y la justicia ocuparon el lugar de las pasiones. El genio que en un mundo tal cual este estaba, pudo sacar el espíritu de aquella espantosa oscuridad y dar libertad al alma, es sin duda superior á todo genio, es el libertador de la razon, el favorito de Dios: el salvador del hombre.....

La *Emancipacion*.—Oh genios santos: fuimos tan esenciales los unos como los otros al cumplimiento de nuestra mision.... solo Dios es grande: lo demas todo es igual. Os debo á vosotros, en mi obra, concepciones tan sublimes, que yo sentia serme estrañas. Pues que estamos cerca de la mansion de los hombres, os conjuro ¡oh genios bienhechores! á que permitais que por última vez vean á esos hombres ya felices, estos mis ojos que otra vez tanto lloraron sus desgracias.

Callóse la emancipacion, y desapareciendo de repente unas nubes espesas aunque invisibles, se nos presentó el mundo y el hombre ya feliz; y los génios, haciendo un acatamiento ante la emancipacion, le dijeron:—Mira tu obra, gózate en ella. Este momento paga todos los desvelos y las amarguras que te costó la redencion del hombre.—La emancipacion, al ver al hombre perfecto y venturoso en su paraiso, dió un grito de placer y de pavor. Y yo, despeluzado hasta el corazon, grité tambien y me desperté, y me hallé en una agitacion y en una ansiedad inesplicables.

Apénas desperté, querido hermano, cuando por supuesto desaparecieron los genios, la emancipacion, el hombre regenerado, y con eso la mas encantadora ilusion que haya jamas pasado por mi mente!.... Tal fué, querido hermano, ese sueño peregrino, que no sirvió sino á hacerme mas insoportables las tristísimas realidades de este siglo de incoherencia y de pasiones... Lo primero que vino á desgarrarme el corazon, fué lo que habia leido hacia poco. En la culta Inglaterra, los grandes empresarios, fabricantes, &, contratan niños por cierto número de años y esto desde que tienen cinco años, y los alimentan tan mal que

pronto arrastran las carreticas en que trabajan, poniéndose en cuatro pies, porque casi no pueden con su cuerpo ; y cuando ya están inútiles, los abandonan. Fueron despues desenvolviéndose ante mí la esclavitud, la guerra y todas las otras miserias que marcan el actual imperio de la ignorancia, de las preocupaciones y de la esplotacion del hombre por el hombre...... ¡ Que vacío tan infinito ha dejado en mi alma ese sueño ! Pero ese vacío han alcanzado á llenarlo la tristeza y la esperanza......!

Aquí terminó Gullemiro sus consejos de ese dia. Volvimos á la casa y, aunque siempre juntos, hablábamos de cosas indiferentes. Todas sus anécdotas y todas sus reflexiones, tendian á infundirme una absoluta conviccion de que el único modo de ser feliz y grande, es no hacer nada contra la conciencia y no creer nada contra el buen sentido.

SE SEPARA DE SU HERMANO.—ENCUENTRO DE ESTE CON LUIS.—PANTEON.

Como el momento de mi viaje para Venezuela se acercaba, quise ántes visitar junto con él los principales monumentos de Paris. Entre otros, visitamos el Panteon: lo primero que vimos fueron las tumbas de Rousseau y de Voltaire. ¡ Con qué recogimiento me sentia yo ante aquellos dos genios superiores.....! El geroglífico mas honroso que se haya jamas inventado, me pareció ser aquella mano armada de una antorcha y entreabriendo á la humanidad las puertas de las tinieblas morales : este emblema, digno sin duda de Rosseau, hizo á Gullemiro una impresion estraña. Por su mirada y por su acento parecia sometido á algun prestigio sobrenatural. ¡ Cuántas magnéticas simpatías exitaba en su corazon el geroglífico de aquella tumba!...... Él no envidiaba las glorias que aquella tumba hacia vivir sobre el genio que sepultaba; pero sí sentia en su interior algo que lo autorizaba á desearlas y no podia menos que estremecerse hasta lo mas hondo del alma, al solo imaginar una esperanza.... Para distraerlo le dije:—¿Ya vez hermano mio como, á pesar de sus preocupaciones, el hombre honra los genios que lo ilustran?—No imaginas; me respondió: cuantas verdades callaron esos genios por temor del hombre, cuantas otras desfiguraron tambien por temor; ni cuantas penas sufrieron miéntras vivieron.—Pero al ménos me acordarás que hoi se hallan tan honrados cuanto es posible.—Quisiera acordarte esto, como otras tantas cosas; pero mas quiero aun decirte la verdad tal cual la siento. ¿ Crées que está bien honrada la

memoria de esos dos hombres raros? Dime, pues, ¿en donde has visto que sus ideas sean seguidas en la sociedad como una guia? La sociedad se desmiente no siguiendo esa guia; honra los principios de esos hombres y sinembargo profesa otros. Creerás ademas que prescindiendo de esto, esas memorias venerables estáa bien honradas aquí: y tambien en esto te engañarias; espera un instante, ya vamos á entrar en el otro salon.

Al decirme esto, nuestro Ciceroni nos relató una multitud de nombres, gravados sobre una multitud de sepulcros. Gullemiro se me quedó mirando y con una triste sonrisa me dijo:—¿Crées todavia que Rouseau y Voltaire estén bien honrados estando acompañados de tantos, de aquellos mismos, cuyos absurdos combatieron? Tantos filósofos de genio olvidados ingratamente, miéntras el Panteon se halla lleno de de maríscales, generales, arzobispos y curas. ¿Por qué los militares no se honran en los inválidos y los clérigos en sus monasterios, y se deja el panteon para los filósofos, para aquellos genios que por sus principios se hayan hecho conocer de todo el mundo, por que á todo el mundo han sido útiles?.... Honrar del mismo modo á los filósofos, á los militares y á los clérigos, es como seria el comer mezclados, dulce, sopa y enzalada, ó como mezclar en la misma pocion lágrimas, sangre y hiel.... Podrian adorarse en el mismo templo, la razon, la fuerza y....—Quien sabe lo que iba á decir, pero yo lo interrumpí, porque temia que lo entendiese nuestro Ciceroni y ademas, porque sabia la terrible impresion que hacia en su débil salud, esa cuestion que era su monomanía. En fin, salimos de allí y nos fuimos á pasear: en vano me esforzaba por distraerlo: yo veia en su frente su pensamiento y en este la tumba de Rouseau y sus manias humanitarias. El, por su parte, tambien veia lo que sus penas me hacian sufrir y sacrificándose siempre, apuraba mi viaje para que, aunque él perdiese su único consuelo, yo me hallase mas tranquilo. Pero él se engañaba, mi pena se redobló en la ausencia; la imaginacion me agrandaba sus sufrimientos y los mios solo eran su reflejo.

En fin, llegó el momento cruel de nuestro adios. El dominaba en apariencia su dolor, pero yo le veia el alma rota. Su último abrazo me habló al corazon como grito lastimero.

Hai ciertos afectos y sus espresiones, que solo son dados á ciertas pasiones y estas solo caben en ciertos hombres. Guillemiro era de esos pocos hombres, y la impresion que me hizo su último abrazo, fué de esas estrañas emociones que solo á esos pocos hombres es dado hacer sentir En fin, parte de la diligencia y él desaparece de mi vista. Tuvimos que dar una inmensa vuelta, por lo que Gullemiro ganó mucho camino en la direccion de nuestra casa. De repente entra la diligencia en su ruta ordinaria y distingo á mi pobre hermano con los ojos encendidos, andando como abrumado y con un amigo nuestro al lado, que parecia esforzarse vanamente en fortalecerle el ánimo. Volvimos allí á hacer-

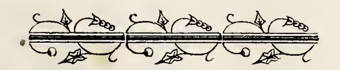
nos señas de adios y volvimos al punto á dejar de vernos. Al llegar á Bordeaux supe que el buque partia esa tarde misma. Escribí á Gullemiro una carta, envié á bordo mis efectos, y despues de comer dí a la vela para mi nueva patria. Mi navegacion fué corta y feliz; pero siempre penosa.

¡Cuántas felicidades me esperaban solo para cercarme y halagarme; pero no para llegarme al corazon que atormentaban sin cesar las memorias de mi pobre hermano. Tuve necesidad de visitar varios pueblos diferentes para conocer mi numerosa familia.

Al llegar al lindo pueblo de Maracay á presentarme á la mayor parte de ella que habitaba allí, una ardiente curiosidad me aguijaba, y era la de conocer al extraordinario Luis, de que tanto me habia hablado Gullemiro: pero ántes quise ver un árbol colosal, llamado el saman Güere, y que Gullemiro me habia tambien encargado de visitar. Dije al esclavo que me conducia que queria ir al saman, y al momento enderezamos nuestros caballos á galope tendido en la direccion necesaria. ¡Que naturaleza tan lozana y tan potente se fué presentando á mis ojos! A proporcion que avanzaba mi pasmo y mi encanto aumentaban. Iba ya á dar rienda suelta á mi caballo, cuando distinguí á lo léjos á un ginete formidable que en el mismo camino corria en direccion contraria. El temor de un encontron de los caballos y el recelo propio en aquel lugar, me hicieron tenerme á media rienda, hasta que reconociendo de mas cerca que no era un hombre peligroso, precipité mi caballo y pasaba ya al lado de aquel hombre extraordinario, cuando parando súbitamente nuestros caballos, gritamos á un tiempo entrámbos: él diciéndome ¡Gullemiro, Gullemiro! y yo diciéndole ¡Luis, Luis! Ofuscados ámbos, saltamos á tierra y él como un desatentado se precipita en mis brazos y me cierra con arrebato. Temiendo engañarme y que aquel, aunque idéntico al retrato que mi hermano me habia hecho de su amigo Luis, no fuese él en realidad, no me atrevia á volverle los estremos que me hacia. Mi sequedad lo volvió en sí y mirándome la cara, tal vez para quejarse, vió que yo no era Gullemiro y saltando un paso atras, y arrojando un bufido de dolor, esclamo," no es él, no es él......Perdone U. caballero, creí que era mi amigo...... pero U. se le parece tanto y sabe mi nombre."
—Dispense U. le respondí, yo tengo tambien un amigo que se llama así y este me ha hecho un retrato, tan idéntico á U., de su íntimo amigo cuyo nombre es Luis, que al ver á U. me imaginé haber hallado al amigo de mi hermano, sobre todo cuando lo hallo cerca del lugar en que ellos se conocieron. Los ojos parecian salírsele de las órbitas tal era el ansia con que me miraba. En fin, alentándose un tanto me dijo:—Tiene U. un hermano llamado Gullemiro y se parece tanto á mi amigo ... ¿y ese Gullemiro está en Francia y se apellida Halcimene, no es verdad?
—Sí, le respondí, y U. es Luis Agoazul?

Su respuesta fué abrirme los brazos y estrecharme tiernamente; pero no ya como antes. El desengaño habia vuelto á alejarle el amigo que la ilusion le habia puesto tan cerca. Esta vez lo sentia entre mis brazos como descoyuntado por un profundo desconsuelo. En el movimiento convulsivo de su pecho, conocí que ahogaba sus sollozos.... En fin salió de mis brazos, sus ojos estaban encendidos y su semblante abatido: me hizo mil preguntas y yo otras tantas á él y despues nos encaminamos todos juntos al saman.... Al llegar bajo aquel árbol estupendo el pasmo me hizo olvidar un instante lo demas; miéntras tanto Luis, aprovechándose de mi distraccion para abandonarse á su congoja, estaba detras del árbol recostado sobre su tronco. Di la vuelta y al acercarme oí que decia: "¡infeliz! ¡infeliz!" Represénteme de nuevo á mi pobre hermano y dirijiéndome á Luis le dije palabras de consuelo, palabras de amigo. Nos sentamos un rato sobre aquellas enormes raices y viendo que Luis sufria mucho en aquel lugar le rogué nos acompañase á Maracai en lo que convino al instante, no solo porque era allá á donde él iba, sino porque queria estar siempre con el hermano de su amigo. Me dejó en casa de mi buen tio político Uriar y se fué despues de encarecerme el secreto de lo que se habia pasado entre los dos y sobre todo el de lo que tenia que confiarme. Despues de los primeros dias en que mi afectuosa familia no me dejó un solo instante libre, yo pasaba casi todo mi tiempo con Luis y su familia. Allí conocí á la linda Marticela, cuyo nombre no oí nunca en los labios de Gullemiro, pero que sí habia visto escrito en algunos de sus papeles y sobre una urnita que parecia interesarle sobremanera. Allí me pasé semanas enteras oyendo de la boca cincera de Luis la historia triste de Gullemiro. ¡Cuántas emociones no sufrí! Marticela me hizo darle mi palabra de que no revelaria á Gullemiro, su existencia.

Algunas cartas de Gullemiro á Almabella, la historia que él mismo me habia contado, y la historia de Marticela que me contó Luis y mis conversaciones constantes con éste sobre las desventuras de Gullemiro y en fin, lo que últimamente presencié yo mismo, fueron los elementos que tuve al apuntar estos recuerdos de la vida de ese infeliz.... Nada, nada ignoraba Luis, sin esto ¿de qué me habrian servido los otros datos que tenia! De la minuciosa narracion de Luis tomé algunas notas que despues me han servido para no confundir ni épocas ni acontecimientos. En fin, basado en esos apuntes y en mis recuerdos, he ordenado las memorias de Gullemiro, como se verá mas adelante.





SEGUNDA PARTE Ó HISTÓRICA.

ENCUENTRO DE GULLEMIRO CON LUIS.—SAMAN DE GUERE.—LADRONES. CALVARIO DE MARACAY.—MARTICELA.

Disgustado de verse siempre importunado, se fué, como solia, á pasar algun tiempo con un campesino, cuya cabaña estaba situada entre un inmenso desierto y la falda de una montaña llena de tigres y de hombres malos. Una mañana fresca y agradable salió de la casita y entró en la montaña entregado á sus meditaciones y al placer de verse absolutamente solo. Internóse en lo mas lejano sin pensar en peligros; no existian ciertamente para aquella alma tan grande, armada de aquel corazon y aquel brazo. Una espada que colgaba de su pecho y una daga de su cintura, eran sus armas, y su sola custodia la hacia su perro, el fiel Aquiles.

Hácia lo mas espeso de la montaña, oyó el ruido de un riachuelo y se dirigió á él. Estaba ya fatigado de hacerse camino con la daga, cuando se halló repentinamente, con sorpresa y con plaser, en un vasto círculo en que solo habia por tierra grandes hojas secas. Alzó los ojos y contempló, con admiracion religiosa, el árbol magestuoso y tremendo, cuyas ramas servian de colgadura á aquella inmensa cama de hojas. El tronco del árbol á la altura de un hombre era tal, que doce hombres unidos por las manos, no alcanzaban á abrazarlo. Entre las dos mas grandes de sus enormes raices, un riachuelo, precipitándose de una altura peñascosa formaba un lago cristalino. ¡Qué paisaje tan grandioso! ¡Solo pudo trazarlo el artifice supremo! De un lado, la inmensa cama de hojarasca y aquel árbol estupendo con su precioso lago, y de otro lado el puro azul de aquel cielo y los vapores de la cascada, que al respirarse deleitaban las entrañas cual vaporosa ambrosía. De una parte

llanuras solitarias, en que se oian los mugidos del toro, de la otra, la espesa montaña en que se oian los rugidos del tigre y en el centro un árbol que asombra y un lago que encanta. Tal era el lugar en que se hallaba Gullemiro.

La dulce respiracion de aquellos frescos vapores, la cama de hojas, la sombra, el silencio, los peligros mismos que tienen su atractivo para los grandes corazones, todo conspiró á encantarlo en las maravillas de aquella soledad salvaje. Se tendió al pié del árbol, tomando por almohada una de sus raices, y sin sentirlo se durmió. Su perro estaba sentado junto á él. Comenzaba á soñar que amaba á la diosa de aquel sitio cuando el perro latió furioso: despértose y vió á un hombre que corria á atravesarlo con una espada, se levantó y lo pasó con la suya. El valiente perro batallaba con otro, al que por tanto le fué mui fácil herir.

Al punto saltó por detras de él y le tocó la espalda un gigante formidable, negro pero hermoso, y le dijo:—Mi gusto es vencer á los invencibles. Volvióse Gullemiro al oir aquella voz tan conocida, y vió con asombro á Luis el esclavo de su primo N.... Agoazul. Al conocerlo Luis se arrojó á sus piés pidiéndole perdon y asegurándole que si habia querido batirse con él, era solo porque no habia podido ver un hombre tan valiente sin probarle que él lo era mas. "U. sabe, le dijo, que yo, en mi defensa y en franca pelea maté á Villalóbos, asistente del Gral. J. A. Zepa, y que este empeña su prestigio para que la justicia me declare asesino y me condene. No me queda mas recurso que meterme en la guarida de los malos salvajes para salvarme de los malos civilizados que, aun creyéndome inocente, me matarán, en nombre de la justicia, por complacer á un poderoso.—Yo no he matado á nadie, y al contrario he salvado á muchos. Estos hombres me tiemblan todos porque, por los hechos de mi valor y por otras razones, creen que tengo pacto con el demonio, y si alguno deseara matarme temblaria hasta de pensarlo temiendo que yo lo adivinase. Ademas, ellos ni nadie saben donde yo duermo. Recien llegado quiso matarme su jefe que entre ellos era el Dios de la guerra. Lo llamaban invencible y ciertamente que era tan terrible en la pelea que él solo habria bastado para destrozarlos á todos ellos. Me desafió y despues de una hora de batalla le saqué la sangre y el alma con la punta de esta espada. La pelea fué debajo de esta mata; todos los otros nos cercaban. Inmediatamente me nombraron capitan. El que hacia de segundo, ofendido de esta preferencia, me desafió algun tiempo despues.

"Yo habia visto una india hermosísima debajo de este gran árbol, que llaman el *Saman de güere*, y quise que mis batallas fuesen todas en donde la habia visto, deseando que pudiera admirar mi valor donde mismo habia yo admirado su hermosnra. Vinimos, pues, á batirnos aquí, y en pocos minutos le habia herido tres veces en el brazo derecho: cojió la espada con el izquierdo del que cayó al instante por otro corte. Rindióse al fin, y el miedo contuvo su venganza hasta este instante en

que murió por querer matar á un invencible...." Aquí calló el negro y sondeando con la vista á Gullemiro para ver si podria, sin esponerse, revelarle su gran secreto, le dijo con aire de seguridad:—Si mi amo quiere saber mi secreto, ofrézcame que no me arrepentiré de mi confianza. —Bien, le contestó Gullemiro, pero si me vuelves á llamar mi amo, ni quiero saber nada, ni me verás mas nunca. Aborrezco esa injusticia que envilece tanto al esclavo como hace culpable al amo. Tú eres libre, no eres mio, sino de tí mismo: tienes el derecho de tratarme como iguales que somos; pero no el de disgustarme, y si degradándote así me ofendes, no volverás á verme.

Chispeaban de gozo los ojos de Luis, y repitiendo: soi ya de mí mismo, votó en su arrebato sus armas, levantó en peso á Gullemiro, y cerrándolo contra su robusto pecho, le decia:

—El verdadero amo, el señor del corazon, es el que nos da la libertad.—Le besó mil veces la mano, y en medio de aquellos ojos de fuego lucian dos lágrimas de gozo, tal vez las primeras de su vida. En este instante se oyó un sollozo que parecia arrancado por un exceso de placer. Busca en vano Gullemiro, creyendo que seria uno de aquellos dos malhechores que estuviese aun moribundo; pero no, estaban ya helados. Entónces, viendo que Luis reia, le dijo:—De qué te ries?—A lo que Luis le respondió:—Esta es la historia; este es el secreto que voi á contar al generoso Gullemiro, que prefiriendo ser mi amigo á ser mi amo, quita de mis brazos la cadena del esclavo y se hace amo de mi corazon, ¡ Qué dulce es la esclavitud del cariño!

Oiga, pues, amo de mi corazon, mis amores y mis secretos. Recien llegado aquí ví bañándose en este lago á una india fresca y preciosa. Era tal la lozanía y el primor de sus contornos, que sintiéndome yo encantado, creí que era una deidad desgraciada. Bajaba al fondo del agua, y andaba por la arena, y sus cabellos, parados hácia arriba, le daban una figura tal, cual yo imaginaba una hechicera. No dudé que era una divinidad; pero esto no arredró mi corazon: me sentí capaz de hacerme amar de una Diosa y de batallar con todos los Dioses, si su posesion lo exigia. Salió al fin del agua y no le ví ni la cola ni la lira de sirena; pero siempre la creí divina, porque su hechizo era superior á todo lo humano imaginable. Se puso una cintura de plumas rojas y blancas, y me pareció mil veces mejor que la perfeccion misma. Pero ¡ qué impresion cuando la ví cojer un arco y un carcaj de flechas! Se encaminó hácia mí sin haberme visto, y yo, detras del tronco del saman, temblando y casi sin sentido, la sentia andar y oia su triste canto, hasta que al fin la ví á dos pasos, y me afectó como afectaria de cerca uno de esos luceros lejanos. Me pareció que veia de cerca la realidad de un imposible se-

ductor. Creí que no me veria, que yo no podria tocarla, y que si le hablaba, ni me oiria siquiera, porque sus sentidos serian diferentes. Así, yo la dejaba pasar como si fuera solo una linda sombra incapaz de verme, oirme ni sentirme. ¡Pero cuál fué mi sorpresa al conocer que me habia visto, y al oir que me dice con voz humana y enderezándome el arco al pecho:

—¿Eres un malvado ó un infeliz?

Su pregunta me indicó el modo de interesarla, y así le dije:

—Soi un infeliz que llora sin esperanza, y que vive abandonado.

Entónces ella, bajando el arco y acercándose, me dijo:

—Pobre.... no has comido?...... ¿no tienes qué comer?

—No, la dije; nadie me quiere: me niegan todo, me persiguen y tal vez voi á morir de tristeza.

"Ella me hizo mil caricias, como para aliviar un poco mi hambre, y ciertamente que eran dulces al hambre que yo tenia. Me condujo á una gruta algo distante y me dijo que la esperara allí. Salió corriendo, y yo que conocia perfectamente la montaña, la seguí sin ser visto, y la ví, herizándoseme los cabellos, elevarse en el aire hasta la copa del saman y descender despues: corrió á la cueva en que me suponia, y hallándome tendido de fatiga, y lleno de horror y de ternura, creyó que yo moria de debilidad y me acariciaba, diciéndome:—No te mueras: yo te daré siempre de comer.—Tan dulce era la viva espresion de su candor y de su piedad generosa, que no dudaba aun que era una Diosa. Su cuerpo primoroso, velado solo por la cintura de plumas blancas y rojas, su seno hechicero y eléctrico y su mirada magnética, me enloquecieron é hicieron que mis labios quemaran en los de ella su aliento de estoraque. Las sombras del infierno y del cielo se me presentaban alternativamente segun que esperaba perderla ó poseerla. ¿Qué no haria yo por poseerla, siendo posible? Y para servir á ella, que hace hoi toda mi felicidad, ó al hombre generoso que me regala la libertad de gozarla, no es posible que en lo humano haya nada imposible á mi corazon y á mi brazo.

"Miéntras ella preparaba lo que debíamos comer, yo padecia el dolor mas atroz temiendo verla desaparecer para siempre. Mis sollozos medio reprimidos hacian su espresion mas lastimosa, y ella que ya sufria por mí, me abrazó diciéndome:—Si eres solo, vivamos siempre juntos, yo tambien soi sola: yo te daré de comer y tu me defenderás. Tú eres valiente: te he visto pelear dos veces: la primera te vi vencer al invencible, que era el terror de esta montaña, y la segunda he visto que no has querido matar al que tanto se esforzaba en matarte. Despues que hiciste que se fueran los que te aclamaron capitan y te juraron sumision, te ví ofrecer tus victorias á una mujer que habias visto bajo de este saman.... ¿Me dirás quién era esa mujer?—Sí, la dije: era una

bella india que llevaba por el brazo á un viejo que parecia ser su padre.....—Ah! ah! la conozco ¿ quieres verla?—No, respondí, no quiero ver sino á tí... porque si dejo de verte me mato.—La verás, replicó, y vas á quererla mucho. Aquí no pude reprimirme mas y la dije echándome á sus piés:—No, Diosa mia, absolutamente no quiero; la ví de mui léjos para no poder olvidarla, y á tí de mui cerca para poder alejarme sin morir. Júrame que no verémos mas que á nosotros mismos y que no amarás sino á mí, ó me verás espirar al instante. Si no me ofreces ser mi esposa no quiero el pan que me das para prolongar una vida insoportable. Saqué mi lanza, ya resuelto, sino era dichoso, á darle fin á mi mal. Entónces ella, con lágrimas mas dulces que el rocío de la mañana, me dijo:—Desde que ví la nobleza de tu valor sin igual, y la hermosura de tu robusto cuerpo, tu tristeza por la que habias visto, que en esta soledad solo yo podia ser, iba siempre á la misma hora á verte debajo del saman: allí suspirabas y me buscabas y yo me gozaba viéndote sin temor de ser vista. Me hacias tanta falta, que el dia que no venias, lloraba temiendo que te hubieran matado; pero me consolaba la idea de que nadie podria vencerte. Entónces me era desagradable vivir sin tí, y ahora me seria imposible. Tengo un padre y una hermanita, y la que viste con su padre, es tu esposa...... Ella guardaba el silencio gozoso del placer verdadero y yo creyendo aquello un sueño ó un delirio ó la aparicion fugaz de una hechicera, pues la habia visto volar, la ví como un anuncio fatal y le dije con ironía:—Tú no me amas: tú eres una mujer mágica. Y levanté de nuevo la lanza sobre el pecho...... pero ella se arrojó sobre mí, me desarmó y me dijo llorando:—¿Por qué desprecias el cariño que me pides cuando te lo ofrezco? ¿Crees que soi una bruja, y te inspiro horror á pesar de amarme ó es que no me amas? Te has hecho querer, solo para abandonarme despues? ¿Tan inhumano así será con una mujer infeliz el que fué tan humano con su feroz asesino? Con que puede serse ingrato á pesar de ser generoso?.... Yo la interrumpí y acostándola suavemente en mis brazos, la veia bien y le decia:—¡Conque tú eres una mujer!...... Su cuerpo era el de una mujer, pero me parecia sobrehumana la gracia que lo animaba. Acordéme repentinamente que volaba, y por un invencible terror religioso la saqué de entre mis brazos y salté á algunos pasos. Me vió, se echó á llorar, y me dijo:—Acércate, no temas, soi una mujer como tú un hombre. Mi padre, despechado de la sociedad, se ha retirado á este monte, donde vivimos de lo que yo cazo. Mi padre se llama Miguel R., yo Concha y á mi hermanita la llamamos Marticela que es el anagrama de su nombre, y para probarte que soi de esta vida y que vivo para tí, ven, vamos á comer, y dime miéntras tanto quién eres tú.... Yo la admiraba con

amor, no osaba hablarla, y me decia á mí mismo: es verdad que todo lo visible es de una mujer, pero, y lo invisible? El cuerpo es humano; pero, y el alma? Yo la habia visto volar y no podia creer que no supiera quien era yo, y la dije riéndome:—Con que no sabes quien soi yo? Mejor que yo mismo tal vez... Entónces ella con sonrisa lagrimosa, me dijo.—Pues bien, hagamos un contrato: no te mates miéntras yo esté en este mundo, te quiera y no te haga brujerías: comerás siempre conmigo, te enseñaré cosas que admirarás y que te darán placeres que no conoces, vivirás siempre en mi habitacion que es un árbol, te enseñaré á subir por el aire á su copo sin tocarlo. ¿ Quieres saber el secreto?—Se me despeluzó hasta el alma; pero la curiosidad y sobre todo el amor animaron mi valor, y le dije que sí. Desde ese instante consideré mi alma perdida.

"Acabóse la comida y salimos hácia el árbol á donde yo tambien debia volar. Yo creia caminar hácia el infierno; pero ¿á dónde no iria yo con ella? En el camino me preguntó qué razon tenia yo para creerla bruja, y la dije redondamente:—Lo he visto y vuelvo á verlo y á perderme por tu amor, hechicera.—Ella seguia triste y callada. Llegamos al lago encantado y yo veia el árbol sobre el pozo como un demonio sobre su paila. Me dijo que iba á sacar del lago el solo medio de elevarse, se tiró hasta el fondo, y miéntras tanto admiraba yo lo bonito de aquel in infierno que parecia mas bien un paraiso.

"Sale al fin con un rollo que se desenvuelve al salir al aire y ví patentemente una enorme culebra que se retorcia, y creí que aquel lugar era ciertamente el paraiso y aquella la culebra tentadora. No sé como no me caí de susto ó como no corrí de miedo. El amor es el demonio y nos lleva hasta el infierno.... Se acercó y reconocí un largo vejuco de los que llaman de culebra por ser idénticos á estas. Un feliz presagio volvió el aliento á mi ya muerta esperanza. Se puso debajo del Saman y tiró el vejuco con una piedra amarrada en la punta por encima de una de las ramas, y bajándolo del otro lado el peso de la piedra, fijó el vejuco al árbol por medio de un lazo corredizo: montó con admirable celeridad y descendió inmediatamente, y tirando otro vejuco atado al lazo corredizo, bajó este hasta las manos y lo deshizo.

"Entónces acariciándola yo con confianza, le conté como la habia visto elevarse al saman y que no habiendo visto el vejuco creí que volaba y que era hechicera.

"Disminuyeron con esto sus lágrimas, y me dijo:—No te habia suplicado me acompañaras á mi habitacion por el horror que me tenias; pero si ya no te da miedo mi cariño, sube. Tiró los vejucos que aun colgaban y voló al árbol. Yo la seguí y al hallarnos arriba subió los

vejucos, vió hácia todas partes y contenta de nuestra completa soledad, me introdujo en una inmensa cueva entre los brazos mas fuertes del saman y me enseñó una cama de yerbas olorosas, una pequeña biblioteca compuesta de algunos preciosos romances, papel y tinta, sus arcos y flechas y un frasco del veneno que les ponia. Despues me llevó hácia el fondo de aquel cuartico y desatando el lazo de un rollo pendiente de un retoño del árbol, desplegó un gran pergamino blanco: este era un cuadro de su invencion y obra que representaba á Dios en los tres actos que aluden á sus tres grandes cualidades. De un lado lo representaba creando el Universo, y este es el geroglífico de su omnipotencia; del otro lo figuraba ordenando las cosas y haciendo la cabeza de Platon (significaba este su inteligencia), y en fin, dando despues de la muerte el bien eterno á todas sus criaturas en compensacion de los males pasajeros de la vida: este lado representaba su bondad. La impresion santa que me hizo este cuadro, disipó mis preocupaciones y no incurrí mas en la necedad de temblar de brujerías, ni en el pecado de temer la crueldad de Dios bueno.

"Si aquel cuadro me convencia que Concha no era una divinidad del otro mundo, al menos me probó, sin que pueda jamás dudarlo, que es en este, la deidad de mi existencia. Me arrodillé ante aquel cuadro, y ella tambien, aunque temblando; nos vimos un instante y sin saber por qué, lloramos. No pudiendo hablar, me quejé á sus ojos de la poca pasion que su temor anunciaba: miró entónces al cielo como haciéndole un voto y pidiéndole que yo la amara siempre. Fijó en mí su vista y conociendo que yo hacia el de amarla hasta morir, me dió la mano, y me dijo:—Quieres ser mi esposo?—Por el cielo, que sí.—Pues bien, repuso ella, hagamos á Dios testigo de nuestra union; ofrezcámosle estimarnos y hacernos siempre bien; convengamos en ser finos miéntras nos amemos y en no engañarnos, si acaso alguno deja de amar al otro. No nos ofrezcamos querernos siempre, sino esforzarnos en lo posible por ser siempre dignos el uno del otro. ¡Dios, bendecid nuestra union si la lealtad ha de hacerla feliz; pero si cabe en nosotros la vil perfidia, separadnos y que muera yo al instante, pero léjos del saman y de su héroe!

"Despues añadió:—Luis, ¿tendrás valor para renunciar al mundo por esta soledad, y vivir en ella virtuoso y contento con solo tu esposa? —Entónces yo le dije:—¿Si creyéndote mi mal eterno te amé hasta renunciar á todo bien por tu amor, dejaré jamas de adorarte desde hoi, que te veo como mi solo bien en la tierra y mi sola esperanza del cielo? Mañana nos bendecirá tu padre; pero seamos desde hoi esposos, de modo que nada pueda separarnos mañana.—Clavó en mis ojos los suyos con una espresion audaz y penetrante, y vió en mis ojos mi alma, y yo en los

de ella la confianza. Ya su mirar fué dulce y su semblante sereno, y me dijo sonriéndose:—¿Estás absolutamente resuelto?—Sí, sí lo estoi.—Enjugó mis lágrimas con sus cabellos y diciéndome: no llores mas, me echó el brazo al cuello y me inclinó hácia la imágen de Dios sacrosanto, que besamos los dos á un tiempo con la compuncion mas profunda, y me besó despues con los ojos cerrados para esconder su llanto del mio. ¡Qué lágrimas tan sagradas las que arrancan de dos almas nobles, en el instante de su bien supremo, las inspiraciones de la religion verdadera, ante la efigie sacrosanta de Dios!

"Nos miramos: ya éramos otros.... ya era mia y no osaba verme...... Tampoco yo osaba ni tocarla, y temblaba á sus mas inocentes caricias: me preguntaba si estaba enfermo: se redoblaban sus caricias, y con ellas mi dulce mal. La respuesta se la dió el tiempo. Hace dos años que vivimos juntos y tenemos un hijito.

Aquí le interrumpió Gullemiro diciendo:—Y viven aun sobre el saman?—Sí, respondió Luis; y allá es en donde mi amigo ha oido el sollozo de mi esposa que le agradece mi libertad.—¿Y llegará tu confianza en mí, hasta enseñarme tu casa, tu mujer y tu hijito?—Sí, dijo Luis; y dió un grito en lengua indiana. Al instante cayó un inmenso rollo de bejucos, ya asegurado arriba: entre los dos ataron á Aquíles á la espalda de Gullemiro. Subió Luis, y él inmediatamente despues.

Quedaron mirándose sin hablar Concha y Gullemiro, hasta que este le hizo algunas preguntas, y terminó diciéndole:—Querida prima, ¿eres tú? ¿te acuerdas cuando, siendo aun niños, íbamos á verte mi primo J.... y yo? J.... te queria mucho, aunque nunca te lo dijo; pero yo quise mas y se lo declaré á tu hermana Carme.... Concha le impidió terminar el nombre diciéndo:—Ya no se llama así: mi padre le cambió el nombre por el de Marticela, que es compuesto de las mismas letras. Es mui bonita: chiquita, trigueña; en fin, la verás. ¿Te imaginaste nunca, Gullemiro, que dejara la sociedad por esta montaña, y que al fin habitara feliz el corazon de este saman, la que en su infancia jugó contigo en la ciudad? Luis, hasta entónces callado, le dijo:—Tu alma grande te hizo mi amigo, y Dios te hace mi primo.

Estaba acariciando al chiquito, cuando entró una enorme culebra; se acercó á todos ménos á Gullemiro; y despues de jugar con el niño, se fué á una pequeña cueva al lado que era la suya. Supo despues Gullemiro que ella habitaba ántes la de Luis y Concha, y que desalojada por os que le daban de comer, convino en meterse en la pequeña; pero venia todos los dias á cobrar en comida el alquiler de aquel cuarto que era suyo. Despues llegaron una infinidad de pajaritos de los mas lindos colores, á comer el pan que les desmigajaba Concha en la entrada del

cuartico. Hasta allí llegaba la cuerda con que tenian amarrado al chiquito, que se metia entre los pájaros y estos se montaban sobre él. Cuando aquel les comia el pan, se lo quitaban de la boca parándosele en la cara, lo que le desagraba, y se iba estornudando, ó se quedaba jugando con ellos sin comerles el pan.

Llegaba ya la tarde y era preciso volverse: comieron los tres, y despues bajaron Luis y Gullemiro con el perro y sus armas. Luis le enseñó el camino mas corto para ir al saman; lo dejó en la casa y se fué.

Al amanecer se paseaba ya Gullemiro en el patio pensando en Luis y en sus primas, cuando entró un viejo de aspecto respetable, pero cuyo abatimiento anunciaba la desgracia, y viendo que todos lo trataban con respeto é interes, conoció que aquel hombre, aunque infeliz, tenia virtudes que le hacian estimable. Hizo de modo que el viejo no lo viera, y dirijiéndose al camino, lo esperó escondido, y saliéndole de repente, le dijo:—¿Me ha visto U. alguna vez? Creo que es para U. para quien me han dado una cierta cantidad.—Vuelto el viejo de su sorpresa le dijo: —Jamas he visto á U.: ademas, esa cantidad no puede ser para mí, porque yo no tengo nada, ni deudores, ni de quien heredar. Dicho esto saludólo el viejo y continuaba ya su camino, cuando Gullemiro, diciéndole:—Sí, es para U.: no me equivoco,—le puso una bolsa entre las manos, y desapareció.

Volvió á su casa buscando su perro que no hallaba, y le dijeron que debia estar con un perro del viejo, llamado Canelo, porque eran amigos y siempre estaban juntos.

Despues que el viejo pasó el susto de aquel asalto feliz, se fué contento de un regalo que podia servir de alivio á sus fatigas, y pensando en lo raras que son las emboscadas de esa especie, en los caminos como aquel. Llegó á su casa y vió con gusto á su perro retozando con el de su bienhechor, y resolvió descubrir á este por aquel animal. Al entrar, salió su hija á recibirlo y viendo él que la acariciaba este perro que él creia desconocido en su casa, se quejó á Marticela del temor que tenia de que ella conociese al que lo habia sorprendido en el camino y dádole aquel dinero, tal vez con la infame pretension de comprarla. Le dió las señas del jóven, y ella, deseosa ya de conocerlo, protestó á su padre que nunca lo habia visto: que el perro de ese estranjero la conocia á ella porque venia siempre á jugar con Canelo.

El padre ya satisfecho, le dijo:—Hija mia, los beneficios son gratos al desgraciado no solo porque alijeran sus penas sino ademas porque le es dulce hallar entre tantos hombres crueles, uno solo que sea compasivo y generoso. ¡Pero esto es tan raro! En general los favores son mas

caros que la crueldad misma. Cuando el viejo volvió á buscar el perro, este se habia ido, y llegaba ya á donde lo esperaban Luis y Gullemiro, y de donde los tres se fueron al saman. Almorzaron mucho y mui bueno, y se tendieron sin zozobra alguna á conversar sobre cuanto hai de mas risueño y agradable. El regocijo interior rebozaba ya en el corazon de Gullemiro y se derramaba por su boca : un suspiro de contento, tal vez el solo que en su vida arrancó una plácida espansion á su alma triste y concentrada, fué el presagio de algunos chistes estraños en él, pues le repugnaban las chanzas.—Todo respira aquí placeres y pureza, dijo Gullemiro, este aire balsámico da salud y fuerza y hace dulce el sueño y la vigilia. El vapor de la cascada que la respiracion absorve cae en el corazon y refrigera sus ardores. ¡ Qué morada tan dichosa ! Se anidan felices en la cueva del árbol mas grande el hombre mas valiente, un niño y mil pájaros inocentes y la mujer mas tierna y mas hermosa; y hasta la serpiente que aquí vive es mansa y sociable. ¡ Habitantes felices del saman, quién pudiera acompañaros hasta el fin ?

—Mi amigo, le dijo Luis, nada envidiamos á los opulentos del mundo : nuestros cuerpos están sanos, frescos y vigorosos, y nuestras almas contentas gozan todos los placeres sin mezcla. ¿ No es verdad, mi amigo, que vale mas á un fuerte corazon el leer sobre este saman cosas que lo elevan, que el ponerse á destrozar cadáveres en la loca aspiracion de encontrar la inmortalidad en un muerto ?—Ciertamente, respondió Gullemiro, siguiendo la chistosa sátira : enseñará un cadáver lo que es la muerte ; pero no lo que es la vida Seria necesario esperimentar sobre los vivos, ¿ y cuántos muertos no costaria el querer hacer eterna la vida ? Los esfuerzos del hombre contra las enfermedades, serán siempre tan vanos como los que haga contra la muerte, pues cuando haga curables las enfermedades, habrá matado la muerte y se habrá hecho inmortal. Pero ¡ qué insensato es el hombre que se aflige por morir ! Sin los bienes que nos ofrece la muerte, la vida seria una maldicion. ¿ Qué seria hoi el mundo si jamas hubiesen muerto los animales, teniendo sinembargo, las mismas necesidades que tienen ? Los animales mas fuertes estarian llenos de otros animales vivos, ó de pedazos de animales con sus correspondientes pedazos de vida. Destrozados ó deshechos unos animales y sus vidas diluidas ó divididas en la sangre de otros, pero nunca destruidas : cada pedazo de cuerpo y de vida circulando en otro animal, y sometido á la lei del dolor, pues que vivia, daria mil quejidos, y no habria un solo animal entero en cuyas entrañas no se oyeran los mil diferentes lamentos de las mil especies que devora. Sus excreciones serian pedazos vivos de vidas agenas, que no guardarian ni la quietud ni el silencio que muertos guardan hoi. Pues que eran vidas despedazadas, su lenguaje seria el del dolor y todo lo que sale de nosotros y hasta el há-

lito que espiramos, seguiria quejándose y sufriendo. Y por colmo de miserias, asimilando á su ser los pedazos doloridos y quejosos de los animales devorados, bien pronto su máquina solo estaria compuesta de elementos de queja y de dolor y no tendria un solo punto del cuerpo, en que no fuesen constantes el lamento y el dolor. Ved, mi amigo, á lo que se reduciria la tan soñada inmortalidad de seres que por su esencia están condenados á tantas miserias.

Luis le dijo :—¿ Es decir Gullemiro, que el hombre, mortal cual es, no puede ménos que ser infeliz y que siendo inmortal, en este mundo, debia serlo aun mas?—Pues bien, añadió Concha, si son tan fugaces los instantes del bien, no empleemos el que nos toca, en lamentar males por venir; si nos anticipamos el mal futuro, sufriéndolo en los instantes del bien, hacemos mal el bien mismo. Mejor seria endulzar los males gozando de antemano el bien por venir aunque nunca viniera, que amargar el placer presente con penas de un tiempo que tal vez no llegará ó que será feliz. Pues que hoi estamos bien, gocemos doble imaginando estar mejor mañana. Yo padecí hasta mi matrimonio: despues solo estoi triste y temo, cuando estoi sin Luis; pero con él desaparecen mis temores y solo siento placer y esperanza.

Gullemiro que admiraba al principio la instruccion de Luis, no la estrañó mas cuando vió la de su prima que era su maestro : ella le habia enseñado á leer y escribir : vivian leyendo romances de amor, y no hallando héroes que pudieran compararseles, estaban contentos de sí. Ella no bajaba nunca sino con él, y jamas tiraba la cuerda sin haberse ántes asegurado que nadie pisaba en aquel instante el vasto contorno que dominaba el saman. Desde allí se veia la choza de Marticela, la guarida algo distante de los ladrones, y algo mas léjos una laguna y una pequeña iglesia situada sobre la mas pintoresca colina. Luis no veia jamas los ladrones sino alguna vez para ordenarles que dejasen pasar á los viajeros que él ó Concha veian venir de léjos. El les habia hecho capitan al mas fuerte, y ellos todos le daban á él lo mejor; y así, sin ser ladron tenia su asilo lleno de objetos ricos y preciosos y en diversos escondrijos tenia cuanto hai de útil y agradable.

Estaban los dos amigos oyendo con placer la conversacion de Concha, cuando sonó el cuerno con que los ladrones anunciaban á Luis alguna desgracia. Luis dijo á Gullemiro que queria hacer que le conociesen los ladrones, para que pudiera venir sin temor. Todo aquello estaba solo : bajaron, y á alguna distancia del saman dió Luis tres gritos ó mas bien ahullidos que inspiraban horror y miedo. Esto era solo para prepararlos. Entraron, por una vereda estrecha, á un paraje en que cortadas todas las ramas superiores de seibos mui tupidos, formaban un techo espeso cayendo unas sobre otras y hacian un cuarto sin paredes

ni puertas, compuesto solo de un techo y de mil pilares sin órden.—Esta es, dijo Luis, una choza de mi invencion. Aquí vendrán los ladrones á mi primer grito. Decir esto, dar el grito y hallarse cercados de treinta fieras, todo fué uno. Al ver á Gullemiro sin Luis, desaparecieron con una lijereza inconcebible y corrian hácia él sin ser vistos ni sentidos; pero á un grito terrible de Luis temblaron y tiraron á tierra sus armas. Dió una vuelta Gullemiro y se halló cercado: ya habia á dos pasos de su espalda algunos de los que aun creia ver delante. De cada palo le salia un mónstruo de aquellos: él los veia andar pero no los sentia. Sus semblantes horrorosos conservaban aún aquel gesto infernal que toma el asesino al consumar su crímen. Luis conoció que Gullemiro estaba furioso contra aquellos malvados, y le suplicó con una mirada que se reprimiera. Se dirigió despues á ellos para informarse del mal que habia y supo que el capitan, que se divertia en cazar tigres, sin otra arma que una espada y un puñal, habia muerto algunas horas despues del último que habia matado, dejando á Luis cuanto tenia. Sentó este á Gullemiro en la caja que le presentaban y dijo:—Es necesario nombrar otro capitan; pero ántes debe enterrarse el que ha muerto. De aquí á ocho dias, á las seis de la mañana, estarán todos bajo el saman, para decidir, por pruebas de armas y fuerzas, quien merece ser capitan. Conoced al señor, que es mi amigo y que será pronto vuestro compañero: el que le sirva me sirve á mí, y el que le ofenda es á mí á quien ofende. Calló; pero su gesto, que ellos conocian, les decia claro: "El que le ofenda, morirá á mis manos, si escapa de las suyas." Ellos contemplaban á Luis con ojos de admiracion y de terror. Estaban todos á algunos pasos de Luis con sombreros y armas bajas, y cuando les dijo que Gullemiro debia ser su compañero, dejaron sus armas por tierra y acercándose le dieron alternativamente la mano, significando no emplearla contra él. Ellos se la apretaban un poco para ver si era fuerte; pero al primer apreton de Gullemiro retiraban su mano magullada. Pidieron á su jefe el permiso para obsequiar á su nuevo amigo. Por supuesto que lo dió el que tanto lo queria. Corrieron al instante algunos, y volvieron con cuanto hai de mejor y en que son tan profusos los ladrones, por lo barato que les cuesta. Trajeron varios palos amarrados en équis y una larga tabla, que recibiendo en unos agujeros las puntas de los palos, formaban una gran mesa. Adornóse esta con aquellos manjares que son de mas fácil conservacion y con vinos y licores de toda especie: todo era bueno, abundante y sabroso. Luis preguntó á Gullemiro, que era de todo aquello lo que mas le agradaba; y este le contestó que nada habia de comparable á aquellas lenguas ahumadas, que eran idénticas á las que habia comido en casa de un pariente suyo en el pueblo de Maracay. Entón-

ces el que estaba á su derecha, que era el segundo jefe, le dijo:—Pues cómalas U. con el mismo gusto que en aquella ocasion, pues son las mismas, aunque á estas les falta el aliño de las Pepitas que el viejo ponia siempre en su mesa. Cuando me huí, me traje cuantas lenguas pude, creyendo que ya no le agradarian mas, pues se soplaba, hacia muchos años, una en el almuerzo y otra en la comida. Es el hombre mas singular: por una lengua ahumada vieja y por una noticia fresca, habria dado hasta la chupa con la caja de polvo, que es mucho decir.

Gullemiro, oyendo hablar así de su pariente, vió á Luis y, como este se reia, volvió hácia el que hablaba, y tuvo tambien que reirse al reconocer á N. Marroquin. Este al reconocer á Gullemiro iba ya á gritar su nombre entre los que, sin conocerlo, lo admiraban como al hombre mas valiente y mas humano; pero Gullemiro le exijió que callase. No era de admirar la manera atenta y respetuosa de aquellos hombres, pues que allí estaba Luis que así lo queria. Convencidos de que vivian como fieras, se denominaban Tigre, Pantera, Lobo, &ª., reservando el nombre de Leon para Luis. Uno de ellos propuso, que puesto que todos tenian sus nombres, era justo que el nuevo compañero tuviese el suyo, y al instante otro que bebia con la mano izquierda, porque Gullemiro le habia quebrantado la otra, propuso se le llamara Mano-de-máquina, lo que todos apoyaron fundados en la misma razon. Preguntando por los cocineros, supo Gullemiro que habian cogido dos estudiantes que se huian del colegio, y que habia sido tal su cobardía, que los ladrones, que llamaban al miedo pecado original, habian consultado á Luis sobre lo que harian con dos prisioneros que estaban aun en este pecado, y Luis habia mandado que los bautizasen sin hacerles ningun mal. Ese dia mismo, á fuerza de agua fria, les habian lavado sus malos nombres, y dádoles el de Pilito á uno y Mosquito al otro. Llamólos Luis, que no los conocia, para que los viera Gullemiro, y este, con lágrimas de pena y placer, abrazó afectuosamente á los dos cocineros de los ladrones, que eran dos condiscípulos suyos. El Mosquito iba á comprar mulas para revender y el Pilito, casi en esqueleto por su mucho estudio, iba á engordar á Maracai.

Los tunantes de los ladrones, para divertirse, los habian vestido con solo unas bragas blancas de manga corta, una corbata negra, la cabeza rapada y unas botas de campaña. Aunque Gullemiro padecia al ver á sus compañeros cocineros de ladrones, el placer de poderles hacer todo el bien posible, lo animaba á entregarse á la risa y á las chanzas á que provocaban sus figuras. Gullemiro les contó su batalla con sus dos agresores, y cómo era que él y Luis estaban con aquella gente. Les ofreció dinero y su libertad, y les encargó que no dijesen á nadie sus nuevos nombres, ni su nuevo oficio, ni su bautismo.

Nunca es un bien tan querido como cuando se pierde, y se ansia por recuperarlo mas que se ansió por su posesion primera. Así, sintiendo ellos un goce mayor al recobrar su libertad que el que les habia dado el sentirla sin perderla, conocieron que la mayor felicidad posible, es la de dejar de ser desgraciado. Eran ellos por eso los mas alegres y los que mas gozaban. Ademas, viendo lo grato que era la beneficencia á Gullemiro, se esforzaban en exagerar con su placer el beneficio que él les hacia para hacer mayor su contento. Gullemiro conoció este exceso de bondad con que querian pagar como un beneficio lo que él solo hacia como un deber, y Gullemiro á su turno, por una bondad no menor, aparentaba creerlos y estar tan gustoso como ellos deseaban, para gozarse en la dicha de ellos.

Estaba ya oscureciendo y era necesario retirarse. Adivinando el deseo de Gullemiro ordenó Luis que se entregase á Pilito y á Mosquito cuanto les pertenecia, y los cuatro dejaron aquella guarida en que mil troncos vigorosos sostenian el techo que formaban sus ramas, y aquella mesa tan ingeniosa y fea por debajo y tan hermosa y sazonada por encima. Luis los condujo hasta la casa de Gullemiro.

Durante el camino en la montaña se oyeron los rugidos de diferentes fieras que se acercaron mas ó ménos, y como Pilito y Mosquito se quejaban de un gran frio, Luis les indicó que se decia generalmente que los rugidos del tigre daban frio. Ellos que eran mui fisiólogos, no hallando como un sonido pudiera dar frio, le dijeron que un ruido no habia jamas alterado el termómetro. Entónces Luis, en tono de chanza, les dijo:—Parece que el cuerpo sigue fielmente las mutaciones del alma, y como el termómetro de esta puede bajar mucho con los graznidos de las fieras, claro es que estas músicas bajarán el termómetro del cuerpo á grados tanto mas bajos cuanto mayor temor inspiren. Estos sonidos dan miedo, y este da frio naturalmente. Para sentir frio, hasta temblar la quijada, en estos lugares y en el mes de Agosto, se necesita ciertamente que el termómetro del alma esté mui por debajo de cero.

Pilito y Mosquito que eran razonables y que no presumian de valientes, vieron esta verdad como un descubrimiento y la agregaron á su fisiologia, diciendo ademas á Luis que á proporcion que el temor era mayor, el cerebro, sin cuya influencia cesan las funciones, suspendia mas ó ménos la dijestion, respiracion, y la circulacion que, siendo fuentes del calor, debian disminuirlo y debilitarlo.

Gullemiro les preguntó si no sentian ningun trastorno en la dijestion. Felizmente para todos, el mucho y buen vino, la habia hecho ya, y los estragos del miedo no pasaron de frio.

Estando ya seguros en la casa respiraron libremente y entraron poco á poco en calor. Luis corrió á consolar de su ausencia á Concha

y consolarse él mismo. Gullemiro suplicó á sus amigos lo acompañáran quince dias mas. Por la mañana ordenó que se les obsequiase mas aun que á él mismo: les rogó le permitiesen ir á pasear al campo y se fué.

Queriendo ir á la Iglesia que habia visto desde el Saman, que era el Calvario de Maracai, dejó á Aquíles. Pilito y Mosquito saboreaban ya la leche mas sana y agradable; Luis y Matilde ansiaban por ver á Gullemiro; Marticela y su padre pensaban en el modo de descubrir á su bienhechor, y los ladrones todos, aunque temiendo que el estranjero entrara en competencia, se ejercitaban en pruebas de toda especie; ménos Marroquin que conociéndolo ya, sabia de antemano quien seria el vencedor. Todo esto se pasaba, al tiempo que Gnllemiro, pisando ya los umbrales del templo, contemplaba en las feraces llanuras del frente al bello pueblo de Maracai habitado casi todo por su numerosa familia.

Ninguno de los que han viajado el mundo entero ha hallado una vista tan imponente ni tan hermosa como la del Calvario á Maracai. La admiracion lo dejó inmóvil, y sacándolo del mundo la abstraccion, lo entregó á aquel éxtasis plácido que tanto tiene de divino. Al volver en sí, exclamó:—¡ Quién al ver esto niega á Dios sin ser un torpe, y y quién no ve su bondod en sus obras, y quién la ve sin reverencia! ¡ Naturaleza, santo libro de la religion verdadera! ¿ Por qué fatalidad es ciego el hombre para verte, ó te cierra para solo leer los absurdos de sus esplotadores?

Habria seguido sus meditaciones si no le hubiera suplicado una jóven con voz triste y afectuosa que le permitiese entrar á la Iglesia. Esta jóven era Marticela que venia á pedir á Dios por su bienheehor, y que viendo el aspecto afligido del que le estorbaba la entrada, se habia animado á observarlo algun tiempo, porpue él no la habia apercibido, y ademas, por el acuerdo que hallaba entre sus facciones y las señales que teuia del protector de su padre. Al fin, no viendo el perro que ella conocia, quiso alejarse de aquel hombre interesante que principiaba á debilitar su inclinacion por su bienhechor, que queria conservar. Pidióle la entrada, y él, tanto por la sorpresa de un ruido inesperado como por el disgusto de ser visto en la posicion en que estaba, echó sobre el que le hablaba una mirada terrible; pero al verla sintió una de esas impresiones que anuncian una pasion: paseó por su cuerpecito sus ojos, que estaban ya dulces y aun sumisos, y estorbándole la entrada, le dijo:—¡ Qué lindos son los ángeles de esta Iglesia! ¡ qué feliz seria yo si ellos rogasen al cielo que fuese ménos cruel conmigo! Entrad, jóven graciosa, y haced en paz vuestras oraciones miéntras yo pienso, en que no volveré á veros. Si sois piadssa, pedidle á Dios que yo os olvide.

Ella entró y, al verlo para darle las gracias, dejó ver en su acento y en su voz el trastorno que sufria su alma. Las grandes pasiones de amor se forman á la primera vista. Las que nacen despues de un largo

trato, casi siempre no son sino ficciones estudiadas por el cálculo ó por la necesidad. Esa pasion, pasion al frio, pasion fiambre, casi nunca es sino pasion simulada por la razon ó por la sensualidad. El creyó haber merecido solo compasion; y ella, olvidándolo todo, solo pensaba en el estranjero y en su rostro y en sus quejas delicadas. Su magestuosa figura y la finura de sus modales tan llenos de tristeza, ternura y dignidad, era la sola imágen que se ofrecia á su alma y á sus ojos. Aquella mezcla de magnanimidad y abatimiento; su mirar noble, su voz y sus ideas esquisitas, le hacian imposible el pensar en otra cosa.

Creyó que lo arrancaria de su imaginacion haciendo al cielo la súplica que él le habia encarecido, y juzgándose sola se arrodilló y alzó la voz hasta oirse ella misma, diciendo:— Dios bueno, no hagais padecer tanto á ese infeliz; dadme la mitad de sus penas y que él sufra ménos! pero ¡ ai ! ya siento que participo de sus males. ¡ Cielos, que él no sepa nunca el por qué! ¡ que padezca yo por su bien si es necesario; pero que no me haga padecer el dejar de verlo! Y si es posible, que se borre de mi alma la impresion que me hizo. ¡ Por piedad, Dios mio, que no suene mas en mi oido el dulce acento con que me dijo: "Haced en paz vuestras oraciones, miéntras yo pienso en no veros mas; si sois piadosa, rogad á Dios que yo os olvide." Permitid, Señor, que me olvide si le hace mal mi memoria; pero permitid tambien que yo pueda olvidar su olvido!

Esto era ya mui triste para un corazon de quince años. Las grandes penas no tienen desahogo y las suyas eran superiores á toda queja. Hai dolores que fuerzan á un silencio tal que los espresa mejor que el lamento. No pudiendo ya hablar comenzó á sollozar. A dos pasos detras de ella estaba un hombre que, habiendo oido su oracion, podia apénas respirar, y que á su primer sollozo arrojó, sin poderlo reprimir, el ¡ ai ! mas dolorido. Vuelve ella despavorida y ve al estranjero apoyado en un pilar; los brazos cruzados y la cabeza caida sobre el pecho. Aunque altamente ofendida de él, la palidez y el sufrimiento en que lo vió, le hicieron olvidar su agravio: corrió á él, lo recostó ántes que cayera y, creyendo el agua bendita un remedio universal, le derramó en la cabeza un gran pote.

El frio del agua lo volvió inmediatamente de aquel estado de conmocion del alma. Al verlo pararse, salió ella de la iglesia: él la seguia y la llamaba en vano: huia, estaba ofendida y aunque no sentia que él supiera que lo amaba, el pudor le hacia su presencia insoportable. Corrió él á ofrecerle acompañarla, porque habia peligros en el camino; y ella le dijo con acritud que se retirara, que no queria ver mas á un hombre tan poco respetuoso. El creyó haber perdido con su inconsideracion todo el cariño que sus primeras atenciones le habian merecido.

—Ah! curiosidad, decia él: nos esponemos á perder un bien por

saber si lo poseemos, y aun seguros de perderlo al saber que lo hemos poseido, preferimos perderlo y saber que lo tuvimos, á conservarlo sin saber que lo tenemos. Y ciertamente que no pudiendo gozar ni la posesion presente ni la satisfaccion de haberla gozado, se gana sacrificando una posesion no poseida al gusto de saber que se poseyó. Que no me quiera ya, bien; pero me quiso. A dos cosas aspira el corazon; á poseer y á ser querido, y mas vale tener y perder que el no perder por no tener. Prefiero saber que me quiso y no me quiere, á no haber sido nunca querido, ó á ser querido y no saberlo.

Ella padece mas que yo: sufre la vergüenza de que la haya oido llorar por mí. Se cree ofendida del que juzgó tan delicado, y tiene, ó que avergonzarse de haberlo amado, y amarlo á su pesar, ó dejar de amar al que le fué tan amable. Me supondrá arrepentido y mas triste aún que la primera vez que me vió: ¡que padezca si puede ser sensible la cruel que me dijo que no queria verme mas! ¿Se habla así á quien nos quiere, y ménos aún á quien queremos? No, se decia Gullemiro, su corazon es duro; y esto desmerecia tanto su atractivo, que ya le parecia ménos graciosa. Todo lo daba por perdido para con ella.

Dejóla pues irse, se volvió á la iglesia á tomar algo que habia dejado y halló un monigote que regaba bendiciones á derecha é izquierda, creyendo que solo el espíritu malo podia haber hallado placer en derramar el agua bendita. Al verlo todo mojado acercarse á cojer una montera hecha con la cabeza de un leon, y que él habia creido ser la cachucha del demonio, salió corriendo pues creia que él lo era, y desde la sacristía y teniendo la puerta en disposicion de cerrarla, le echó millares de bendiciones, hasta que al fin el sabio del monigote con toda su perspicacia juzgó por la risa de Gullemiro y por la idea de que el diablo no se habia bañado en agua bendita ni entrado á la iglesia, que aquel era un hombre, y cojiendo un baston, se avanzó á echarle otra especie de bendiciones.

Gullemiro estaba sentado en un banco viejo, y viéndolo y riéndose con triste tranquilidad. Cuando el monigote iba á darle ya el primer garrotazo, Gullemiro quiso asustarlo, y arrojándose sobre él, tiró con estrépito de su espada que no habia visto el monigote, y dándole un bufido en las orejas, lo medio tumbó de espaldas. Corrió, cayó, volvió á correr y se metió en la misma sacristía; pero cerrando tan de firme esta vez que apénas se le oian los clamores con que imploraba el auxilio divino, y alguna que otra bendicion que aun se dignaba echar á Gullemiro, á quien creia haber visto en figura de demonio y rodeado de una legion entera. Bien lo hubiera visto llevarse el templo entero, que él no habria salido.

Gullemiro sintiendo ver acabada la parte activa del sainete, se arrimó á un agujero de la puerta de la sacristia y viéndolo hincado delante de San Miguel, le gritó dos veces su nombre: Mendiota! Mendiota! Volvióse y halló la montera de Leon sobre una caleza de no ménos, y viendo aproximarse al diablo á pesar de San Miguel, resolvió alejarse de

por sí y se metió en un rincon desde donde arrojaba exorcismos de todo género. Gullemiro tomó por el agujero la llave y hacia como que queria abrir de afuera. Al oir la maniobra el monigote tiró su cuerpo enorme sobre la puerta, envuelto en un vestido de San Miguel para que el Diablo no pudiera tocarlo por el agujero; pero Gullemiro le dió tal pellizco en el cogote á pesar de San Miguel, que saltó creyendo que el ardor que sentia, era la quemadura del simple tacto del demonio. Echóse de rodillas aquella gran mole, y con una mano en alto conjurándolo y con la otra rascándose el cogote, dijo á Gullemiro:—¡Detente, oh tu, que por altivo perdiste la suprema gracia: detente, y yo te ofrezco que cuando ascienda al cielo, pediré á Dios tu perdon como la sola recompensa de mis austeras penitencias!—Admiraba Gullemiro la honradez de aquel santo hombre que queria engañar hasta al mismo demonio. Despues volviéndose, dijo, perdona, Dios mio: si yo no cumplo algunos votos, en compensacion trabajo sin descanso, para que todos me den cuanto tienen para la Iglesia á cuenta del bien que les haremos en la otra vida.

Aquí llegaba su plegaria, cuando se le presentó Gullemiro en la puerta del todo abierta, y sin que él la hubiera visto abrir, lo que le hizo creer de toda su alma que era el demonio en forma de un hombre con dos cabezas de leon. Echóse á los piés del demonio y le hizo aun mas plegarias que á San Miguel. Cansóse al fin Gullemiro de aquel supersticioso y á proporcion que se alejaba él redoblaba sus bendiciones. Salió, en fin, de la Iglesia y sentándose en la falda del cerro, buscaba un consuelo contra las preocupaciones humanas en la contemplacion del omnipotente autor de aquel cuadro tan hermoso. En estas meditaciones estaba Gullemiro, cuando el monigote, acercándose á aquel lugar para reconocer si estaba ó no solo, hizo algun ruido que asustó á Gullemiro, y este dando un grito y sonando su espada, lo hizo caer de espaldas y rodar hasta sus piés. Mezclarónse en Gullemiro primero la sorpresa y la rabia y despues la lástima y una risa irresistible. Lo levantó y se empeñó en tranquilizarlo: pero él asombrado de oirlo hablar y de que no lo hubiese quemado al tocarlo, temblaba como una hoja. Quiso engañar aun al diablo; pero Gullemiro le suplicó que se retirase en paz. Salió todo azorado y mirando siempre hácia atras. El temblor de las piernas le impedia andar ligero: pero á un grito lúgubre de Gullemiro salió corriendo, y como le temblaban las piernas caia y volvia á caer y rodaba dando botes. Cayó al fin en una acequia que corre al pié del cerro y que llaman *acequia grande*, y allí dejó el polvo que habia ganado en sus caidas. A un nuevo grito de Gullemiro atravesó el pueblo huyendo á un tiempo y proclamándose el vencedor del diablo, á pesar del estado en que se hallaba que era mas bien de vencido que de vencedor, Despues que Gullemiro lo vió desaparecer, volvió á las meditaciones que naturalmente infundia aquel sitio encumbrado, silencioso y solitario, coronado de una Ermita y esmaltado de blancos sepulcros.

El pueblo de Maracai, teniendo todas sus casas llenas de árboles corpulentos, se ve desde aquella altura como una montaña sembrada de chozas y cabañas. Todo es allí verde; no hai un solo punto en el vasto contorno que el Calvario domina, en que no haya una vejetacion vigorosa. Montañas y selvas llenas de riachuelos, flores, plantas balsámicas y bosques enteros de árboles frutales. Al pié del cerro se ven paciendo el valiente toro y la vaca mansa. Algo mas distante un vasto lago y sus islas montuosas llenas de flores, frutas y animales.

Dejó al fin Gullemiro aquel lugar en donde unos le huian porque lo querian, y otros porque lo temian: llegó á su casa y todos salieron á recibirlo, siendo el primero Aquiles. Despues de una agradable cena se acostó conversando con Pilito y Mosquito sobre los condiscípulos. Vióse de repente, á pesar de la oscuridad, entrar al cuarto un jigante al que acariciaba Aquiles. Pilito y Mosquito quisieron correr, pero Gullemiro esperó tranquilo al amigo de su perro. Era Luis que dejaba á Concha con un dolor mortal y venia á pedir auxilio á la ciencia de su amigo. Este llamó á sus compañeros para consultar con ellos. No hubo ningun acuerdo, y cada uno aseguraba y aun creia probar, que si no se hacia lo que él ordenaba debia infaliblemente morir. Con esto se afligió Luis y le dijo á Gullemiro, que si habia tal medicina y aquellos eran médicos, su mujer debia por fuerza morir, pues que siendo sus indicaciones contrarias, no podian seguirse las dos á un tiempo y cualquiera de las dos que se adoptase, moriria porque faltaba la otra. Gullemiro, sin haber hablado una palabra, tomó un frasquito y salió con Luis, y dos horas despues volvió dejando ya buena á Concha.

Por la mañana halló el siguiente billete hecho por Luis durante la noche:

"Gullemiro, veo con dolor y confieso que en mi posicion no puedo ni sé como ser reconocido. Ademas de que el beneficio es inapreciable, ¿qué podria yo ofrecer al que me posee todo entero, pues le debo cuanto soi, cuanto tengo y cuanto quiero? Concha no tiene precio; no puedo pagarla sino con mi vida: ¿y acaso iré á ofreceros lo que es mas vuestro que mio? Pero nunca falta al alma reconocida algo nuevo que ofrecer. Recibid, mi amigo, este deseo. Que vuestra inteligencia os dé un dia entre los sabios de la tierra el puesto que vuestro virtuoso corazon y vuestro brazo os dan hoi entre los justos y los valientes. Que Dios os conceda el gran deseo de vuestra alma que es mejorar la suerte de los que sufren y que estos todos hagan que vuestro corazon viva siempre entre los inciensos de la gratitud."

Aunque Gullemiro sabia no merecer nada de aquello, sonreia con placer ante aquellas exageraciones naturales en el alma fuerte de Luis.

En su delicada espresion veia el alma fina de su maestra Concha. Cuando vió á Luis le dijo que nada le debia: que su carta probaba mas el tamaño de su nobleza que el del beneficio. Que lo único que lo enorgullecia era su amistad. "En cuanto á glorias, le dijo, la única que veo como tal es la que tú me deseas; pero jamas pienso en ella: la veo como un hermosísimo imposible, y en cuanto á las que conozco en el mundo me las hace imposibles el desprecio con que las veo. El mundo admira y honra á los que han hecho grandes males, si los han hecho con fortuna, como los conquistadores, los intrigantes, &c. Y millares de sabios puros y de héroes de la virtud, mueren mártires del hambre y del desprecio can al conquistador ó al salteador de camino: que la santa razon supúblico. Que los despojos de la devastacion y del desafuero pertenezcumba al acero y al cañon tirano: esto es un mal inevitable, nada resiste á la fuerza, me resigno; pero que las glorias de la opinion general, que nada puede violentar, sean para los malvados felices, á esto no me resigno. Esta idea es desoladora, asesina la esperanza. La virtud y el génio, dueños legítimos de la gloria, están despojados por la pólvora y la intriga, y casi parecen desheredados por Dios. Cuando la opinion honre á la virtud, entónces la gloria será bella á mis ojos: miéntras tanto, estimo la opinion y la gloria en lo que valen, y me contento con la satisfaccion de cumplir con mi deber."

Pero no hai alma tan altiva que no halla algo á que se rinda, y tal idea tenia Gullemiro del gran corazon de Luis que sentia cierto orgullo al pensar en la idea que este tenia de él. Cerráronse con plácida confianza, y habria sido cuadro digno de sacarse el de aquellas dos formas tan hercúleas y tan hermosas, de apariencia tan diferente y de corazon tan igual.

Gullemiro, contento de Luis y Concha, se entristecia sinembargo al recordar la jovencita de la iglesia. Deseaba ver á Marticela y hallarla mas amable que ella, para ver si le dejaba el alma su imágen que lo seguia. Dando por hecho que si lo amara no lo habria tratado con tan cruel desden, se avergonzaba de amarla é hizo el voto solemne de no hablarle mas y de huirle si la encontraba. Ella por su parte, tambien inexorable, condenaba la ofensa del estranjero, apesar de llorarlo noche y dia, y ni aun deseaba ya conocer al bienhechor de su padre, pues creia imposible que fuera tan amable, ¿y aunque lo fuese tanto, lo seria á sus ojos, cuando nada hai de mas valor ni mas querido que lo que nos cuesta mas caro, y el estranjero le habia costado ya tantas lágrimas?...... Su mal sin remedio hacia su pena inconsolable: lloraba lo que debia y no podia olvidar.

Gullemiro pasó bien el resto del dia con sus amigos, y á la mañana

siguiente, deseoso de ver á Luis y á Concha, se encaminó con su perro hácia el saman. A la voz de señal vió salir á Luis que, despues de examinar los alrededores, descolgó el bejuco. Concha, ya buena, le hizo sus manifestaciones de gratitud, si no con la espresion vehemente que Luis, al ménos con una espresion mas dulce. En vano se esforzaba Gullemiro en hablar de otras cosas y aun en pedir el silencio sobre aquella. Le decian, riéndose y redoblando sus agasajos, que si queria ya quitarles la libertad que les habia dado. Con esta queja, que no era sino la espresion de su gratitud por otro favor, hicieron callar á Gullemiro, que al fin pasó por la pena de dejar ver en sus ojos las lágrimas del enternecimiento.

La grandiosidad del espectáculo que allí ofrecia la naturaleza, la fragancia deleitosa que exalaban las flores del Saman y los inciensos del reconocimiento, le embriagaron el alma y se sintió como en el paraiso gozando el bien supremo.

GULLEMIRO SALVA A SU AMADA.—DA A SU AMIGO PALABRA DE CASARSE CON OTRA—TERRIBLE RESOLUCION—DESENLACE INESPERADO.

Sazonaron el almuerzo los vinos mas deliciosos, y despues se tendieron sobre las hojas y las flores olorosas que les servian de lecho. Despues de una agradable conversacion, bajó Gullemiro con su perro, y Luis y Concha se quedaron admirando que un mismo hombre reuniese tanto valor, bondad é inteligencia. El andaba por la montaña sin objeto ni direccion, hasta que llegó á una choza en que halló varias provisiones de comida, y curioso de ver el que debia venir por ellas, se acostó á alguna distancia á esperarlo. Fué allí donde Concha comió con Luis el dia que se conocieron, y era allí tambien donde Concha ponia todos los dias provisiones que venia á buscar Marticela. El dia anterior habia hallado esta que un animal se las habia comido y teniendo miedo se hizo acompañar ese dia de su padre, al que queria ademas hacer ver el beneficio de su hermana, con la esperanza de reconciliarlo con ella.

Gullemiro se durmió sin sentirlo, y Aquiles, de centinela á su lado, miraba á todas partes, y aunque vió llegar á Marticela y á su padre, como la queria tanto se fué mas bien á acariciarla. Al ver al perro de su protector resolvieron reconocer al que dormia bajo su custodia: acércanse, y quedan ámbos pasmados de placer, el viejo ante su generoso

bienhechor, y ella ante el estranjero del Calvario. Llamólo suavemente el viejo y Gullemiro levantando solo la cabeza y apoyándola sobre el brazo, reconoció, tal vez con mas dolor que placer, al viejo á quien habia dado su bolsa y á la jóven del Calvario. El viejo, en la actitud mas suplicante, le dijo.—Hombre generoso, honrad con vuestra amistad al que ya habeis honrado con vuestros beneficios.—Aquí interrumpió Gullemiro al viejo que queria llevárselo á su casa, y le dijo:—No soi generoso, ni he hecho beneficios á nadie, ni os he visto jamas, y en cuanto á mi amistad, como vos solo buscais la de vuestro protector y yo no lo soi, en nada os interesa la mia. Ademas, añadió echando á la jóven una mirada dolorosa en que parecia darle su último adios, nuestra amistad es imposible. Yo debo hoi mismo, partir para jamas volver. Una mujer que me robó el alma aquí, me dijo que no queria verme mas, Volvióla á mirar diciéndole: Obedezco, adios.

Distraido el perro con sus tres amos, y ellos tres entre sí, pudo aproximarse, sin ser visto, el mismo tigre que el dia anterior se habia comido las provisiones y que volvia por ellas. Al levantarse, Gullemiro lo vió á algunos pasos de Marticela, sobre la que ya se disponia á saltar. Gullemiro, dándole un grito horroroso, se tiró sobre él. La fiera voló á caer sobre el pecho de Gullemiro, y este, estando aquella aún en el aire, le enterró la espada en el corazon. Cayó el tigre atravesado, y como sus esfuerzos hacian que le saliera casi toda la espada por detras, ya se habia acercado tanto que podia dañar á Gullemiro, quien lo estorbó acribillándolo con la daga. Al fin el tigre exangüe y lleno de dolores, cayó dando rugidos que pintaban su furor y sus angustias. Murió entre un perro fiel, una beldad y un valiente sin iguales.

La que Gullemiro creyó un instante cruel, era tan sensible, que sufria al ver morir á la fiera que por poco la devora. El viejo habia corrido al ver al tigre y le gritaba que huyese; pero ella, al lado de Gullemiro, corria sus mismos peligros con una enteresa tal, cual solo al amor es dable.

Cuando cayó el tigre, no sosteniéndola ya el temor de la vida de su amado, se abandonó al terror que la afectaba y cayó desfallecida. No era posible que resistiera un espectáculo tal una jóven tan sensible. La larga y horrenda pelea de una fiera tremebunda contra el hombre que tanto amaba; los saltos y los gritos furiosos de este y los espantosos rugidos de aquella; las muchas veces que creyó ver sucumbir á su querido bajo los manotazos del tigre; y en fin, las contorsiones y agonizantes alaridos de este, envuelto ya en borbollones de su sangre; todo esto era superior á sus fuerzas. Solo el amor la sostenia, y al pasar de esta situacion angustiosa al placer de ver ya salvo al que la habia sal-

vado, todo dió vuelta ante sus ojos, sus piés la abandonaron y cayó sin sentido.

Gullemiro habia ya sacado su espada del cuerpo de la fiera y envainádola, despues de haberla limpiado en sus propios restos. Pagaba con tierno halago el fiel valor de su perro, cuando viendo á Marticela pálida y vacilante, saltó á recibirla en sus brazos. Rogó al viejo le encaminase á su casa, y salieron andando, el padre delante y detras Gullemiro con su preciosa carga. Por el camino se embelesaba en su belleza y sentia que fuese tan cruel, porque creia de su deber el no amarla, ó al ménos el negarle su cariño. Sinembargo, si no le inspiraba ternura la poca piedad que en ella suponia, al ménos le enternecia en su favor la compasion que le daba el triste estado en que la veia. Recordaba el placer con que ella lo habia reconocido y su desobediencia á su padre por quedarse á su lado, como para morir con él, y ya la juzgó mas amante y mas sensible; y aquel Gullemiro que acababa de bramar batallando con un tigre, exhalaba entónces lágrimas tiernas sobre el rostro de su cruel encantadora.

Llegaron á la casa y al recostarla en su cama, pensó que por última vez la veia, y la lágrima de aquel postrer adios cayó en los labios de Marticela, y él inclinándose besó suavemente los labios que su lloro humedecia. Vuelve ella en sí al punto, y saborea aquella lágrima amiga, y mirando á Gullemiro con la ternura y el dolor mas espresivo, le dice:—¿ Con que no nos veremos mas ?— No, respondió Gullemiro; huyo por obedecer á la ingrata del calvario.—Y decapareció, dejando al viejo en confusion y á Marticela en la mas completa desolacion, pues que perdiéndolo, perdia á un tiempo al que les habia salvado la vida á ella y á su padre, al bienhechor de este y al amante del Calvario. Si ántes la afligia constantemente la imágen del estranjero, entónces hacia su pena inconsolable el ver que despues de darle la vida y cuanto tenia, la abandonaba ingratamente en el instante en que mas lo amaba.—¡ Falso, decia, con el dolor y el cariño mas fingido me suplicaste rogase á Dios que pudieses olvidarme ! ¡ y hoi que soi tuya me desprecias y me tratas con mas crueldad que trataste al tigre !—Ella creia haber visto en él mas ferocidad que en el tigre durante la pelea y suponia que tambien seria mas cruel y lloraba sin esperanza. Sin embargo recordaba que le habia dicho que huia por obedecer á la ingrata del Calvario, que creia ser ella por el modo con que la miraba al decirlo. Ademas ella habia sentido en sus labios algunas lágrimas y un beso, y por esto y por sus ademanes de un deseo reprimido, conoció sin dudarlo mas, que él la amaba, pero que por el tratamiento que habia recibido en el Calvario, habia hecho el juramento de huirle y de ocultarle su cariño, y convencida con

razon de que aquel hombre era incapaz de una debilidad, hizo la resolucion de contentarlo con las mas humildes ternuras si acaso volvia á verlo. Con esta esperanza iba siempre á la montaña, apesar de los tigres.

Gullemiro huyó de aquella casa fatal en que habitaba la crueldad bajo la forma de un ángel. Dió la señal debajo del saman, subió por el vejuco y á pesar de esforzarse en ocultar su pena, su semblante era tal, que dió lástima á Concha y á Luis. Quejáronse estos de que entre ellos existieran secretos, y entónces él les contó como en el Calvario se habia apasionado de una mujer tan desnaturalizada, que su ternura y sus sacrificios de todo género, no habian alcanzado sino desprecio. Miráronse Luis y Matilde de un modo que reveló á Gullemiro que ellos tambien le reservaban algo. Quejóse á su vez, y Concha le dijo con agradable timidez, que le perdonase el haber querido emplearlo todo entero en su felicidad; que amando tanto á su hermana Marticela y juzgando que solo el mejor de los hombres fuese digno de ella, habia resuelto hacer que él la tratase, contando con que sus virtudes y sus gracias harian el resto; pero que puesto que él amaba á otra, ella no queria ni pensar mas en eso. Le suplicó ademas que no juzgara de si habia querido hacerle un bien ó un mal hasta que no conociese á su hermana.

Gullemiro queria poner una barrera impenetrable entre él y la cruel que amaba, para que el amor no lo rebajara hasta mendigar sus desprecios. Amaba á Marticela aun sin conocerla por solo saber que era graciosa y compasiva y del pudor mas severo. Hallaba su interes en casarse con ella y protestó que él no amaba á la otra, puesto que no sentia por ella la estimacion que inspira la mujer digna de ser amada, que él no amaria á una mujer indigna y que juzgaba tal á la que se gozó en despreciarlo. En vano le hicieron mil reflexiones tan justas como terribles: cerró las manos á los dos jurando casarse con Marticela.

Dos dias depues debia elejirse por capitan al que en todas las pruebas quedará vencedor de todos.

Gullemiro se fué á pasar un dia entero con Pilito y Mosquito.

Los ladrones no cesaban un solo instante sus ejercicios de toda especie. Todos eran corpulentos, diestros y arrojados. Estrañaban que Marroquin no se ejercitára absolutamente, lo que esplicaban, ó por que no tenia esperanzas de ganar, lo que no podia ser, porque era de los mas vigorosos, ó porque se creia seguro de ganar sin ejercitarse, lo que les parecia un insulto. El pobre Marroquin era maltratado y debia sin embargo callar y sufrir, lo que hacia con gusto por no descubrir á Gullemiro. El dia siguiente por la tarde fueron Matilde y Luis á casa de Marticela, y felizmente pudieron verla sin ser vistos de su padre. Le descubrieron el lugar de su habitacion que ella ignoraba y la llevaron

á dormir allá para que conociera á su primo que debia hacer por la mañana pruebas de arte y fuerza con mas de treinta hombres. Le dijeron que querian que ella lo viera, porque deseaban casarla con él; pero nada decian del amor de Gullemiro por la otra, ni de estar de acuerdo con él; para no disgustarla. Le dijeron que era tan valiente que sin duda iba á rendirlos á todos, y Marticela, resuelta á no casarse con él, se decia á sí misma: "pobre de mi primo si cayera en las manos del que me libertó del tigre." Ella gustó con placer mezclado, la belleza de aquella vista y el agradable olor de las flores del saman, hasta que la oscuridad y el sueño le escondieron la temida imágen del primo, y la tan deseada del estranjero del Calvario. Oscuro aun se levantó Luis, arregló el modo de que ellas vieran sin ser vistas; bajó y fué á casa de Gullemiro al que halló conquistando á sus dos amigos que temian ir. Hablaban desde sus camas; pero al ver Gullemiro el brillo guerrero que animaba los ojos de Luis y el aspecto belicoso que le daba el entusiasmo, saltó de la cama, cerróle las manos, y con ojos que á un tiempo inflamaba la gloria del valor y amortiguaba un amor malogrado, le preguntó sin hablarle, si veria á Marticela, á lo que Luis respondió con una señal de manos, que sí, que estaba en el saman. Estremecióse al recordar la que amaba, y su juramento de abandonarla por otra. Recordó que ella habia querido morir á su lado; la afliccion con que le habia suplicado que no la dejara; sus miradas llenas de amor y de dolor y su hermosura inolvidable. Entónces lo vió todo claro, la vió tierna y sensible como realmente era, y se vió él mismo como un mónstruo. Pero ¡ cómo insultar á Concha y á Marticela quebrantando su palabra! No cumplir la oferta que les habia hecho aceptar por fuerza, era burlarlos, y sin vacilar preferia su sacrificio. ¡Doloroso juramento cuya realizacion hacian sin remedio la amistad y el honor inviolables! Concha temblaba que él volviera á ver la del Calvario, y Marticela resuelta á declarar á su primo que amaba á otro, y teniéndole ya aversion, deseaba que lo vencieran, porque no se le presentara vencedor el rival del estranjero.

Al salir el sol al horizonte oyeron los habitantes del Saman la descompasada algazara de los treinta combatientes, que sin Luis, y juzgándose solos hablaban sin reparo. Prepararon el lugar del combate, y se sentaron á descansar conversando. Uno de ellos, novicio aún, preguntó si el capitan Luis no luchaba, á lo que todos, riéndose de su desatino, le dijeron que si el capitan Luis no fuera mas que un hombre, lucharian con él, pero que siendo tal cual era, temblarian de tocarlo por temor de que echara chispas, y para convencerlo de esto le hicieron ver un papel que Luis habia dejado caer de sus manos como por casualidad, en que

hacia una pintura aterradora de la impresion que habia sufrido la primer vez que vió volar á su mujer y de lo agradable que le habia sido despues el volar con ella. Arrepentido ya de querer luchar con Luis, dijo que lucharia con *mano de máquina* y todos manifestaron el mismo deseo, ménos Marroquin que, viéndolos como con lástima, les dijo con maligna sonrisa: "Os habeis antojado del bocado que mas daño debe haceros."—Este era un refran de los habitantes de los llanos, que ellos recibieron como un insulto, pues les echaba en cara la seguridad que Marroquin tenia de que ellos serian vencidos. Le decian á Marroquin: "¿Qué diablo de hombre es ese *mano de máquina?*" á lo que Marroquin les respondió: —Si es una máquina de fuerza para comprimir las manos, es una máquiquina de maña para tumbar los hombres, y el que caiga entre sus brazos queda al punto, ó sufocado de un abrazo, ó dando botes por tierra. Esto los irritó hasta el estremo de tratarlo de cobarde y amenazarlo á él y á *mano de máquina*. Uno decia que iba á quebrarle todos los huesos, otro que lo batiria con tanta fuerza contra el suelo que del golpe quedaria muerto y enterrado; y el mas fanfarron, dijo, creyendo poder hacerlo, que lo iba á tirar al lago. Concha oia esto furiosa, y Marticela aunque sufriria viendo rendir á su primo, sentia que padeceria mas aun viendo vencedor al rival de su dueño.—¡Ah! se decia ella, ¿si él viniera quién le resistiria? Yo gozaria sus glorias como mias, seria con él tan tiernamente cariñosa, que nunca mas me dejaria, y entónces los amores de mi primo en la infancia no osarian hacerme un recuerdo siquiera, ante el que es el Rei de esta montaña y de mi corazon.—En estas reflexiones estaban ellas cuando distinguieron á lo léjos cuatro hombres que eran Luis, Pilito, Mosquito y Gullemiro con su perro. A proporcion que se acercaban reconocia Marticela al invencible del calvario, y se sentia desfallecer á la sorpresa de un bien mayor que su esperanza. Cuando llegó debajo del saman, no dudando ya que era él, dijo á Concha haciéndoselo ver:—Aquel vencerá sin duda á mi primo y á todo el que le combata. Solo una cosa existe mas grande que su fuerza y es su valor, y solo su generoso y magnánimo corazon tiene en mi alma un poder superior al invencible poder de su brazo. Su beneficencia piadosa me inspira mas admiracion que sus hazañas. Sí, hermana mia, sábelo: lo amo, y aunque no sabe ni sepa nunca que lo quiero, lo prefiero á mi primo, y jamás me casaré con otro, para conservar con mi libertad el derecho de suspirar su memoria. El recuerdo de su figura y de su valor, de sus pensamientos, de sus modales y de sus acciones, hará que todo otro hombre me sea insoportable.—Pues ese es tu primo, el famoso Gullemiro, tu esposo, si te agrada.—Pareció á Marticela imposible tal felicidad. Con sus miradas, llenas de dolor y desconfianza, pedia á su hermana que por piedad no la engañase; y cuando confirmó aquella verdad

dichosa, cayó en los brazos de Concha sollozando y repitiendo :—¡ Sí, sí; quiero ser su esposa !......

Gullemiro, teniendo siempre delante la linda imágen de su querida y su inícuo juramento, estaba mui abatido para entrar en pruebas, y habia ido solo á ver. Lo cerca que tenia á Marticela, y la proximidad de su fatal enlace, lo tenian completamente anonadado. Formaron los otros un círculo dentro del cual cuarenta atletas iban á medir su destreza en las armas, su potencia y su maña. La sola prueba de fuerza era levantar y sostener mas ó ménos tiempo con el brazo horizontal un peso de cien libras. Las únicas pruebas de agilidad y maña eran la carrera y la lucha, y el juego de armas se reducia á la espada y á la lanza. Como todos ellos creian que aunque el extranjero fuera fuerte en las armas no lo seria en la lucha, pidieron que fuese esta la primera prueba. Uno de ellos, no pudiendo contenerse mas, saltó al medio del palenque, diciendo que de allí no se quitaria hasta no derribarlos á todos; y efectivamente que al primero y al segundo los echó por tierra al tocarlos. Animado con sus triunfos, desafió á Gullemiro, que no admitió, pretestando estar enfermo. Al momento un rumor general pareció despreciarlo y darlo por vencido. Miraban con altivez insultante á Marroquin, y le decian que su gallo era gallina. Marroquin contó á Gullemiro lo que habian dicho y lo que decian en aquel instante. Con esto olvidó Gullemiro sus amores, y sintiéndose inflamado por los ardores del combate que tambien figuraba aquel torneo, tendió su brazo al luchador, que precipitándose sobre él con confianza y avidez, cayó al tocarlo dando botes. Gullemiro lo paró y volvió á tenderle el brazo; el otro, creyendo aun imposible que nadie lo tumbara, se fué cojeando y cierto de caer siempre con aquel hombre. Marroquin, con risa de burla, les decia :—¡ Otro ! otro!—Tiróse á la arena un llanero corpulento, famoso por su potencia y artificio; se quitó la camisa y se quedó con solo los calzones, sin que quedara otro adorno en su pecho que un rosario lleno de perlas y cuentas de oro, de que pendia una cruz y una bolsa de cuero llena de magias que él creia que lo hacian invencible. Al ver su enorme pecho le hicieron ya anticipados aplausos de victoria. Gullemiro, convencido de las ventajas que la desnudez daba á su adversario, despojó de estorbos su pecho y sus brazos formidables, que no pudieron ver sin temblar. La torneada hermosura de aquel Apolo hercúleo hacia sonrosar á la linda y púdica Marticela, que engañándose á sí misma con el pretesto de ver la lucha, se encantaba contemplando las bellas formas del arrogante Gullemiro. Este se retiró un poco y tendió el brazo á su rival en señal de avance. Se arrojó furibundo el llanero, y al trabar su pecho con el de Gullemiro, sintió un vehemente dolor en el brazo que le era imposible retirar de los brazos de máquina que lo torcian. A propor-

cion de la torcedura aumentaba el dolor y se doblaba el cuerpo del llanero, hasta que al fin cayó boca arriba. Gullemiro le dió la mano y lo sentó junto al primero. Ellos habian amenazado á Marroquin, y este no perdia la venganza que se le ofrecia, y les decia con insultante ironía:—Otro! otro! Vosotros le ireis tumbando uno por uno, dejando para el último el que debe echarlo al lago. Todos negaron la superioridad de Gullemiro hasta que tuvieron que confesarla á fuerza de verse llenos de los dolores del golpe y del polvo que recogian rodando. El último de ellos entró en el círculo diciendo que iba á vencerlos á todos en uno, pues que iba á vencer al vencedor de todos: que él era el que habia dicho que queria tirarlo al lago; y que no solo lo repetia, sino que iba ya á verificarlo. Gullemiro, estrañando su presuncion, lo miraba con el desden con que él veia al que no pasaba de ser un hombre. Le preguntó si sabia nadar, y sabiendo que sí, le hizo la señal, cerrólo y un instante despues lo voló al lago. ¡Cuánta algazara y cuántos aplausos coronaron su triunfo!

Siguió despues la carrera en la que no entró Gullemiro, pero en la que hizo entrar por él á Pilito y Mosquito que decia debian haberse ejercitado mucho en esta prueba. Efectivamente Mosquito volaba y Pilito igualaba en su carrera el vuelo de Mosquito. El ingenioso Marroquin vino á adornarlos con la corona y las palmas de la victoria, y juzgando sabiamente que no debia ponérselas en la frente ni en el brazo que nada habian hecho, se las colocó en los talones. Este vencer negativo que consiste en salvarse del vencedor y no ser su presa, mereció solo del justo Marroquin laureles en los piés. ¡Cuántos, que solo merecen estos, los cargan en las sienes!.... Parecian presos con grillos mas bien que vencedores de un torneo. Ellos, jocosos á pesar de entender la alegoría, le decian á Gullemiro que siendo tan superiores á la victoria la cargaban en los piés, elevándolos esto sobre los mas grandes guerreros que se la ponian encima. En fin, se regocijaban de que la carrera les hiciera superiores á la victoria y al vencedor. Por esta accion de Marroquin y por su calma, se conoce que á escepcion de su gran valor, era idéntico en cuerpo y alma al famoso gobernador de la Insula barataria.

Siguieron las pruebas de fuerza en las que en vano se fatigaron por rodear el tronco del saman teniendo las cien libras con el brazo horizontal. Cuando Gullemiro vió frustrados sus últimos esfuerzos, arrebató un peso doble y con admiracion y aplauso general, dió dos vueltas al saman. Su brazo estaba todo lleno de los honores que cada uno de ellos le hacia.

Sin embargo su intimidad con Luis que volaba y que era algo mas que hombre, algunas señales de inteligencia y reserva que descubrieron entre los dos, los prodigios de fuerza que tan fácilmente hacia, y sobre

todo, el verse cuarenta hombres á toda prueba su simple juguete, les hizo creer que aquel estranjero, tenia como Luis, pacto con entes superiores. Se lo decian en secreto unos á otros, y sus miradas llenas de horror é incesantemente fijas en Gullemiro, anunciaron á este el mis terio que lo envolvia á los ojos de sus bárbaros rivales. El momento de poner á prueba las armas era llegado; y Gullemiro confuso é impaciente por descubrir la causa de aquellas miradas, saltó armado á la arena desafiando al mas valiente. Ellos se miraban entre sí y ninguno osó acometerle, y aun se volvian por no mirarlo. Un silencio mortal sucedió á la algazara, y Gullemiro mas lleno aun de dudas y mas ansioso de aclararlas, se acercó á ellos y viendo que se reunian y lo esperaban en ademan ofensivo, echó á tierra sus armas y les ofreció la mano preguntándoles amistosamente la causa de su cambio repentino. Ellos alejándose le dieron por sola respuesta la pregúnta de quién era él. Sus ojos despavoridos; sus cabellos herizados, su voz hueca y su completo ademan de terror, todo daba á su aspecto y á su acento la espresion con que pudieran hablar al mismo Satanás. Tal lo creian ellos, y aquel hermoso y potente cuerpo, hechura de Vénus y Marte, les parecia la sombra animada de un genio maléfico y seductor. Veian realizarse en él la imágen que se habian formado de un mágico, y temblando de espanto le suplicaron respetuosamente que les permitiera retirarse en paz. Ya se alejaban haciendo cruces y oraciones, y habia individuo que apénas podia andar. Pilito y Mosquito por su parte, al ver aquel trastorno no corrian á su casa porque el miedo les habia hecho olvidar hasta su habilidad en la carrera, á pesar de tener aun sus laureles en los piés. Sus músculos temblaban y no podian correr. En esta escena espantosa no hablaba sino el silencio y su lenguaje era horroroso. Al fin, Luis que conocia la causa de lo que se pasaba, aunque se gozaba en sentir lo extraordinario, no pudo soportar mas tiempo la pena que le daba la casi furiosa ansiedad de Gullemiro, y reuniendo de un grito á los combatientes fujitivos, le dijo:—Vuestro vencedor es Gullemiro. Al punto cayeron á los piés de este aquellos hombres y sus armas; unos lo abrazaban, otros le besaban las manos y otros no contentos de verlo de léjos le agarraban la cabeza para contemplarle la cara, y todos decian: "No podia ser otra cosa, si no era el demonio solo podia ser Gullemiro. Harán lo que él ha hecho seres del otro mundo, pero de este solo él." Esto lo decian mirando á Luis. Despues de llenar á Gullemiro de aplausos y humildes agasajos, volvieron á un silencio lleno de respeto y de confianza, mui diferente del primero que solo era nacido del horror y de la rabia.

Marroquin que gustaba de buenos bocados á ejemplo de su antiguo señor Uriar, propuso se obsequiase al vencedor con un abundante al-

muerzo. Algunos instantes despues de la órden de Luis, el terreno del combate era el del banquete mas espléndido por sus ricos y sabrosos manjares y licores, y mas simple por la mesa en que se servia y por su poca ceremonia. El sol estaba en lo mas alto del cielo al comenzar la comida que terminó dos horas despues.

Lo cerca que sabia que estaba Marticela y lo léjos que suponia á la infeliz del Calvario, lo reducian á la situacion mas lastimosa. Apénas daba lijeras señales de agradecimiento á los continuos obsequios que le hacian; y apénas sabia si vivia, el infeliz, absorto en las sombras de su porvenir terrible. Miéntras tanto Concha veia con pesar su tristeza porque temia la causara la otra mujer que él amaba, y Marticela se regocijaba en sus penas suponiendo que eran por ella; sin embargo ninguna de las dos decia á la otra la causa de su tristeza ni de su contento porque era contrario á su interes el descubrirlo.

Acabada la comida suplicó Gullemiro á Luis condujese sus amigos á su casa, miéntras él iba á pasearse por la montaña. Le era absolutamente imposible en el estado en que se hallaba, tratar á Marticela con la finura que merecia, la que debia ser su esposa. En aquel momento en que amaba mas ardientemente que nunca á la otra, le seria insoportable la presencia de la que los separaba para siempre. Ansiando por verla, se fué insensiblemente hácia el lugar en que la vió por segunda y última vez y se acostó sobre la sangre ya seca del tigre de que él la habia salvado.

Al volver Luis de conducir á Pilito y Mosquito, hizo la señal de convenio, y Concha despues de asegurarse de no ser vista, echó el vejuco. Subió el triste amigo de Gullemiro y no pudiendo reprimir su sentimiento, confesó en secreto á Concha que Gullemiro estaba afligidísimo y arrepentido de la promesa que habia hecho de casarse con Marticela. Acordáronse los dos en no esponer á esta al desaire de un tratamiento frio y al dolor de verse desdeñar por otra. Entónces Concha con grandes lágrimas en los ojos, dijo á Marticela que olvidara á su primo, que ella sabia de positivo que se casaria con otra que mas amaba, y que era necesario que se retirara á su casa de donde le suplicaba no saliera hasta que él no se hubiese ido al pueblo de Maracai en donde debia casarse. Concha suponia que la jóven que Gullemiro habia visto en el Calvario solo podia ser de Maracai, pues que aquella iglesia pertenecia á este pueblo. Marticela por su parte, callaba su dolor por esconder su vergüenza y nada decia de lo que le habia pasado con su primo en el Calvario. Bajó al fin rindiéndose á la afliccion que la acababa y creyendo ya cercano su fin, quizo ver aún una vez el lugar en que él le habia regalado la existencia, y se encaminó hácia él, diciendo :—Cruel! ¿ para qué me diste la vida ? ¿para abandonarme á dolores mas feroces que mil ti-

gres? ¡Es posible, santo cielo, que á mi violenta pasion la prive de toda esperanza el objeto mismo que la inspira!.... Monstruo! ¿si no me amabas por qué te hiciste adorar? En el lugar mismo en que tu falso amor me dió la vida, allí quiero espirar al dolor de tu perfidia!....

Ahora se esplicaba claramente por su casamiento, el por qué no habia vuelto á verla á pesar de sus súplicas amorosas.—Me desprecia! repetia y á cada vez que lo decia se sentia desfallecer. Llega por fin al triste lugar que habia elegido por sepulcro y distingue deléjos un perro al lado de un hombre acostado: se aproxima y reconoce con indecible placer á Aquiles y supone por tanto que el hombre á quien vela es su primo Gullemiro. Acércase poco á poco con el designio de observarlo sin ser vista, lo que efectivamente logró; pero no pudo soportar sino mui pocos instantes el aspecto desolado de Gullemiro sin correr á consolarlo. A su primer ruido se le precipitó encima Aquiles como un leon, pero al reconocerla se echó á sus piés, cariñoso, como perro fiel que pide á su dueño perdon de su error. Tal era el abandono de sí mismo en que estaba Gullemiro, que viendo el peligro que le anunciaba Aquiles, apénas levantó con un brazo su cabeza y no viendo nada en torno suyo, y confiado en el silencio de su perro, volvió de nuevo á tenderse con el aire de un infeliz sin esperanza y que ni á sí mismo se quiere. Miéntras tanto Aquiles y Marticela llegaron á su lado sin ser sentidos. Los largos y rizados cabellos de Gullemiro tirados hácia atras, dejaban descubierta su hermosa y vasta frente; su cabeza caida de un lado con mortal abandono hacia que sus bigotes rubios, finísimos y mui largos, barriesen la tierra ajitados por el fuerte aire de la montaña. Admirábalo extasiada la triste Marticela. Para llamar esta su atencion besó suavemente sus labios, y él, creyendo que era Aquiles que lo lamia se limpió la boca con desagrado, sin siquiera abrir los ojos. Marticela creia que él la habia visto y que se limpiaba porque tenia asco de sus labios: viendo esto, con colmo de su dolor, como el último desprecio y perdiendo toda esperanza, se entregó á las lágrimas que si no sirven de consuelo al ménos sirven de desahogo. Pero ai! que á su primer gemido, creyéndose traicionado, le clava una torva mirada que la anonada y la confirma su ruina, y ella, creyéndose amenazada, le dijo:—Cruel! ¿te era necesario llevar el desprecio hasta el insulto? ¿Es así como mira un valiente á una mujer, y ménos á la que es desventurada por quererlo? Si eras ingrato á mi amor y ni aun la piedad cabia en tu alma dura, debias, al ménos por decoro, respetar el dolor de la que tu seduccion hace infeliz. Recuerda lo esquisitamente tierno que fuiste en el Calvario. ¿Fueron fingidos los esfuerzos que hiciste para serme querido? Recuerda estas tus palabras de entónces y participa de mi dolor, si no eres un mónstruo: "¡Que feliz seria yo si esos labios preciosos rogaran al cielo que fuera

ménos cruel con migo ! Si sois piadosa pedidle á Dios que yo os olvide." Testigo fuiste de mis súplicas al cielo y hoi á mi turno te pido, si es que quedan restos de compasion en tu alma endurecida, ó al ménos si eres capaz de gratitud, que ruegues al Eterno dé pronto fin á mi pena, pues que olvidarte es imposible. No hai medio, ó tú o la muerte; y tu pérdida ya cierta hace que solo hácia esta se dirijan mis ansias y mis suspiros. Es imposible dar una idea de la desesperacion con que Gullemiro recordaba su juramento: solo puede imaginarse recordando su carácter sensible é impetuoso, su severidad en cumplir lo que ofrecia y su pasion furiosa y esclusiva por la que veia deshecha en tan justo lloro. Su silencio y su semblante de insensato, si no daban señales de desprecio, al ménos las daban de indiferencia á pesar de ser causados por el estremo amor. Infeliz Marticela ! todo conspira á agravar tu afliccion ! ¡ Si al ménos me amara, se decia ella, me seria ménos cruel el perderlo; poseeria al ménos su voluntad y sus suspiros honrarian mi memoria ! pero ai ! desventurada de mí ! lo pierdo y me desprecia: estos son dos dolores y dos dolores á un tiempo son superiores á toda resistencia humana !

Al fin, Gullemiro, volviendo del estado de indolencia en que su estrema dolencia le ponia, y contemplándola con la triste espresion que á su tierno mirar daban sus lágrimas, le dijo:—Te juzgué no solo ingrata, sino de mal corazon por el desprecio con que trataste en el Calvario al amante mas rendido. El dolor de no serte querido y el temor de envilecerme yendo arrastrado por mi amor á buscar nuevos desprecios, me hicieron ver mi matrimonio con otra como el único modo de destruir las ansias de mi pasion por tí. La adoracion que me inspiras, es mui pura para que yo osara jamas recordártela desde que ella te ofendiera, y casarme con otra era el solo modo de hacer que el hablarte de amor fuera insultarte. ¡ Infeliz de mí ! Obediente á la lei de tu crueldad, hice nuestro eterno sacrificio, creyendo solo hacerte el mio. Si amara á una ingrata y la perdiera, perderia solo lo que no tenia, que es mui poco perder; pero verme por un error forzado á renunciar al solo objeto de mi cariño, siendo yo lo solo que le es querido, esto es perderlo todo y redoblar nuestro mal, sintiendo cada uno el dolor junto de los dos. ¡ Adios desventurado ídolo de mi corazon ! ¡ Testigo de mi llanto inagotable será siempre tu preciosa imágen ! ¡ Dentro de un instante ya no nos verémos mas, y solo me quedará de tí en el alma tu sombra hermosa y dolorida arrancándome fieles suspiros miéntras acaba de arrancarme la vida. ¿ Y si me amas, exigirás mi deshonor ? Comprometí mi honor en el juramento que el dolor de perderte me arrancó, y por tanto me es inviolable, si es que soi honrado; pero confiando en tu amor y en tu alma justa y rendido á tu belleza, te hago mi árbitro absoluto: no temas, no hai voto que el amor no quebrante. Escoje entre una felicidad vergonzosa ó una desgracia digna: entre poseer un amante perjuro ó perderlo por salvar su honor. Ante Dios te juro obe-

decerte, si acaso es válido un juramento contrario á otro anterior; y si es que siendo tan débil que quebranto el uno, puedo inspirarte confianza de cumplir el otro. Decide, pues, de mí. ¿Quieres llorar mi amor ó quieres llorar mi honor?—No, respondió Marticela, el mayor de todos los tormentos para amantes verdaderos, es que uno de los dos se haga indigno del otro. El uno se avergüenza de aspirar á un cariño que no merece y el otro contempla con dolor lo deshonroso que es amar á un objeto deshonrado: el uno y el otro apénas osan amarse, y al fin el amor se borra y solo queda vergüenza para sí mismo y desprecio por lo que se amó. No quiero que burles una familia; pero hai un medio de unirnos para siempre sin que faltes á la palabra que le diste. ¿Ofreciste acaso casarte despues de muerto, si por accidente morias ántes de verificarse el matrimonio? Muramos pues juntos y al instante, si es que este es el solo modo de realizar nuestra union sin faltar á tu fatal juramento. ¿Crées que yo no tendria bastante amor para espirar con placer, si solo espirando pudiera evitarme el dolor de verte esposo de otra, lo que me es mas espantoso aún que el mismo infierno? Que nos trague ántes juntos el abismo y que nunca nos separe. Si tu amor iguala á mi adoracion no temas nada, mis tiernas caricias te harán dulce el mismo infierno. Murámos, qué! vacilas? ¿No anima á tu débil amor el dolor que me devora? ¿No se afrenta tu timidez del valor superior de una mujer? ¡Ah! murámos, ó eres un mónstruo sin igual, valiente para matar y sin igual cobarde para morir.—Al fin, rindiéndose á tanta pena cayó en los brazos de su amante, diciéndole entre sollozos:—Murámos ó no te quiero, ó al ménos desearé no quererte: ¡ai! no me dejes por otra, yo te quiero mas, yo fuí la primera.—En vano se empeñaba Gullemiro en reanimarla: la anonadaba la timidez de este que ella miraba como falta de amor. Fatigado tambien Gullemiro de tanto sufrir, unió á los de ella sus labios, y se dejó caer á su lado, meditando una resolucion decisiva; y juzgando que si estaba forzado á casarse, era al ménos libre de disponer de sí despues de casado, decidió cumplir con el honor y la amistad casándose con la que no amaba y volando al instante á satisfacer su corazon muriendo con la que amaba.

Contento de su resolucion, le dijo:—¿Temes que ame la vida mas que á tí? ¿que prefiera vivir sin tí á morir contigo? No, mi amada; pues que tú y nuestro bárbaro destino así lo exijen, muramos. Pero no moriremos hasta el instante despues de cumplida mi palabra.—No, respondió ella; no hai obligacion de este mundo que nos siga hasta el otro. ¿Podrán quejarse de tu probidad ni de tu amistad por ellos, viendo que prefieres morir á disgustarlos? Ademas, si te casas, ó le finges á ella un amor que no le tienes ó á mí una pasion que no sientes; y si son el amor y la amistad los sentimientos que te impelen á verificar tal matrimonio, resuelto á abandonarla para morir conmigo, ¿crees acaso el engaño digno de un amigo ni de un hombre honrado? Y si al juramentar-

le tu amor en los altares, no eres un perjuro con ella ni un pérfido con tu amigo, ¿por qué juras venir á morir conmigo á nombre de esa falsa desesperacion? No hai recurso: si es verdad que tienes honor, que estimas á tu amigo y que me amas á mí, no debes casarte, pues que necesariamente engañarás á tu amigo ó á tu amante. Si al decir que la quieres es mentira, eres falso con ellos, y si es verdad, lo eres conmigo. Si al momento despues de casado la abandonas para hacer reunir tu postrer aliento al último mio, los traicionas á ellos, y si te casas y me abandonas, despreciando la fé que en este instante me juras, eres un pérfido conmigo. ¿Y por qué, si veneras tanto el honor, te esfuerzas en colocarte en una posicion tal, que cualquier deliberacion que tomes ha de ser siempre culpable y deshonrosa? Pero no; si la especie de amor que me tienes te permite la mentira, la especie del que te tengo hace que yo no la consienta. No hai, pues, medio: ó mueres ahora mismo conmigo, ó vive siempre con ella, si llegas á ofrecerle tu amor ante Dios....

Gullemiro contemplaba admirado lo grande de su dolor y de su belleza y los sublimes pensamientos que los celos le inspiraban. Queria complacerla; pero temiendo que Luis creyera, si moria sin casarse, que era por desprecio á su persona, se sintió incapaz de ultrajarlo por agradar á su amada, pudiendo á un tiempo contentarlos á los dos, y poniéndose á sus piés, le dijo con la voz mas dolorosa:

—Es verdad que tus razones son incontestables; pero, en mi posicion, son como una teoría justa que no es practicable, porque circunstancias invencibles se oponen. Qué! ¿quieres tú, que eres justa, que insulte á un amigo, haciéndole ver que lo desprecio? Yo, á quien él mira como el mejor de los amigos y como el único suyo! y ¿eres tú, tan buena con el desgraciado y tan amante conmigo, la que quieres que me degrade insultando al hombre que mas me quiere?.... ¡Qué alternativa! Si persisto en casarme, me verás como falso contigo, y si persistes en que sea ruin con mi amigo, creeré que te anima, no el amor sino el orgullo. No es posible morir ahora sin que mi amigo se aflija dándose por despreciado. Concédeme una hora siquiera; correré á casa, escribiré una carta satisfactoria á mi amigo para evitarme ese casamiento que tanto horror nos da, y volaré á este sitio mismo para hacerte ver que contigo me son mas dulces la muerte y el dolor, que con toda otra la vida y los placeres.—Ella, rebozando del gozo de verse amada, lo besaba y lo abrazaba con el aturdimiento de una loca y le decia:—La proximidad de la muerte hace inocentes nuestras caricias.

¡Qué imponente era el ver al lado de los alhagos amorosos de la tierna Marticela, las lágrimas hermosas que arrancaba al soberbio Gullemiro, la contemplacion de verse ámbos reducidos á hallar su solo bien en la muerte! Al fin, entre lamentos y caricias, se despidieron para reunirse allí mismo dos horas despues. Ambos fueron á sus casas: él para escribir á su amigo, y ella á su padre. Cuando ella terminó su car-

ta la dió á su padre y corrió sin esperar respuesta á ver por última vez á Concha y á Luis. En vano suplicaban estos á Marticela les confiase la causa de la desolacion en que la veian: un ¡ai! ó un gesto de dolor eran la única respuesta que daba aquella víctima de una pena sin remedio. Mucho tiempo pasaron sumidos en un silencio que negándoles todo desahogo y agregando la confusion al sufrimiento, envolvia este en las mas horrorosas sombras. Por fin, Marticela, con voz casi espirante, les declaró: que ella amaba á su primo desde que por primera vez lo habia visto en el calvario: que él la amó tambien; pero que, creyéndose ultrajado por ella, habia ofrecido á un amigo casarse con otra. Y con las lágrimas y el acento mas lastimoso, les dió un adios para siempre, sin decirles adonde iba. Pero cuán intensa seria su deliciosa sorpresa, al oir de los labios de su hermana que era á ellos mismos á quienes habia ofrecido casarse con Marticela, sin conocerla, por separarse de la que él llamaba la ingrata del Calvario!.... No enjugó esta mudanza venturosa las lágrimas que el padecer le arrancaba; al contrario, corrian con mas abundancia, y apénas podia resistir su débil vida la conmocion de la transicion súbita del tormento á las delicias y de la muerte á la vida. Era mui violenta y mui repentina aquella impresion para no apocar el corazon ya oprimido por el dolor mas intenso y por las ya tan cercanas sombras de la muerte. Resignada ya al mal y á la muerte, no se atrevia á creer en su felicidad y la veia como un sueño irrealizable. A cada instante decia á Concha:—No me engañes, hermanita; demasiadas veces he pasado ya de dulces esperanzas, que ví como seguras, á una desesperacion amarga y positiva.—Descubriéronle todo lo que se habia pasado entre ellos y Gullemiro, y no pudiendo ya dudar de la verdad de su dicha, se estremecia imaginando que debiendo ser por fuerza desgraciada, su bárbaro destino solo le ofrecia tan de cerca su posesion para que de mas cerca lo viese desaparecer. "Es mio el corazon de Gullemiro, se decia; pero él ¿dondde está? Mi gozo está en angustias y yo soi siempre infeliz...." Con estos lamentos corrosivos desgarraba su corazon y los de Luis y Concha, cuando distinguieron á Gullemiro que, acompañado de su perro, se encaminaba lentamente hácia el saman. Luis suplicó le permitiesen dirigir el desenlace de aquel lance venturoso: hizo guardar silencio y vieron á Gullemiro recostarse al pié del saman leyendo una carta que parecia afligirlo. Hizo que Marticela descendiera poco á poco, y cuando estaba ya sobre la cabeza de Gullemiro, la vió este, y conociendo al punto su felicidad, le gritó:—¡Angel del cielo, que bajas á hacer mi bien, ven á los brazos del que te adora! Ven, esposa mia; ven y que cesen nuestras penas!....—No queriendo ella dilatar el instante de abrazarlo, ó no pudiendo tenerse en el estado en que se hallaba, se descolgó y cayó en los brazos de su amante.

NOBLE RAZGO DE LUIS.—MATRIMONIO DE GULLEMIRO.—DIAS DE FELICIDAD.

Dejo á los corazones sensibles y á los que sepan lo dulce que es, despues de mucho ansiar, la posesion tranquila de lo amado, el imaginar el placer que ellos gozaron. Despues bajaron Concha y Luis y por exigencia de Gullemiro, iban ya á casa del padre de Marticela; pero se oyeron unos gritos descompasados en la montaña, como de alguno que se habia perdido y llamaba en su auxilio, y juzgaron de su deber el ir, ántes que todo, á favorecer á aquel desvalido. Diríjense hácia el lugar de donde salian los gritos, y hallan que el que los daba era el padre de Marticela, que buscaba ya los restos de ella y de su amante en el lugar en que este los habia salvado del tigre. Allí, le decia ella en su carta, que los encontraria. Luis y Concha al verlo se escondieron ántes de ser vistos, y Gullemiro y Marticela se acercaron al buen viejo que al verlos, dijo á Gullemiro:—Vienes ya a matar á mi hija? ¿Crées, asesino, que el haberle dado la vida te da el derecho de quitársela? ¿Supones acaso pagármela con el dinero que me diste? ¿Y fué para una compra tan vil, que aparentaste ser tan generoso? ¡No, bárbaro, un hijo no tiene precio para el corazon de un buen padre!!.... No te la vendí, dámela y toma tu dinero."

Al decir esto tiró por tierra la bolsa que él le habia dado y continuó diciéndole así:—Si tn seduccion ha podido engañarla hasta hacerle preferir el deshonor de morir con el que creyó comprarla, á vivir honradamente con su padre, yo vengo á suplicarle, á nombre del honor y del cielo, que no abandone á un tierno padre por un falso seductor.

Aun hubiera seguido afeando su proceder á Gullemiro si este no lo hubiera estorbado diciéndole:—Señor, yo vengo solo á rogaros me deis por esposa á mi prima Marticela.—Atónito el viejo al oirla llamar su prima, y suponiendo que aquel solo podia ser su pariente Gullemiro, del que solo conocia la fama de magnánimo, le preguntó si llevaba aquel nombre, y al saber que sí, lo cerró en sus caducos brazos, diciéndole: —¡Con qué placer recibo en este instante el honor que me hacian tus beneficios, al saber que los debo á mi famoso primo!...... Si ántes, al suponerte el asesino de mi hija y de mi felicidad, me parecias un mónstruo, ahora, viéndote su bienhechor y su esposo, te miro como á un ángel, como á un hijo.—Abrió á ámbos los brazos y los cerró mil veces contra su pecho con la espresion mas afectuosa. Supo de ellos el error que habia causado su resolucion desesperada, y dijo á Marticela:—Hija querida, como buen padre, olvidándome á mí mismo por tí, me gozo en la violenta pasion que á ámbos os inflama, pues os garantiza un dichoso porvenir; pero siento que me es imposible vivir en paz sin tu amor, y

créelo, hija mia, me aflije el pensar que resolviste abandonarme. ¿ Es posible, hijita ? la decia besándola tristemente. ¿ No imaginaste mi padecer al perderte, ó lo imaginaste y te fué indiferente ? Pero no, yo mismo te defiendo contra mí; sí, creo que me amas mucho; pero que lo amas mas á él, ó que siendo afectos de diferentes naturalezas, has creido darte al uno toda entera y sacrificarle hasta la vida, sin ofender al otro. ¡ Que vuestras virtudes alcancen del cielo mil bendiciones de felicidad, y que vuestro porvenir sea tal cual lo traza mi deseo.—Marticela, colmada de las ternuras de su padre, se afligia al contemplar el dolor con que las veria su hermana, completamente privada de ellas, y echándose á los piés de su padre, imploró la gracia de su hermana, diciéndole: —Ella llora incesantemente la inflexible severidad con que vos condenásteis su matrimonio, y cree que ya no la quereis, cuando ni el tiempo ha podido ablandar vuestro resentimiento, hasta concederla el perdon que tan vanamente pide.—No, al contrario, hija mia, respondió él, yo sufria en silencio el dolor de creer que le era indiferente mi amor, y no osaba solicitar el suyo, temiendo convencerme de su desden; ¿ dónde está mi hija, decia el viejo, ansío por abrazarla: ¿ con que me quiere aun, y llora creyendo que no la amo? ¡ Infeliz! Ahora mismo quiero verla, vamos.—Y comenzó á andar; y á algunos pasos, al dar la vuelta á un árbol, vió á su hija que, á sns piés y bañada en lágrimas de reconocimiento por su gracia paternal, pedia ya la de su esposo. Estrechóla mil veces tiernamente en su seno, y cierto ya de su cariño, miró al cielo esclamando:—Bendito seas, Dios bueno, que haces el mas feliz de mis dias el que creí el último y el mas cruel! Una de mis hijas me abandonaba por vivir con un hombre y la otra por matarse con otro, y yo reducido á la última desgracia, ántes que usar del dinero que me parecia debido á una compra infame, hubiera muerto de hambre, si no hubiera ya resuelto dar otro mas pronto fin á un dolor que me era insoportable."

Acordó el viejo á Concha el favor que le pedia, diciéndole que al instante queria ver á su esposo para rogarle olvidase la obstinacion con que se habia negado á conocerlo. Pero no se imaginaba el buen viejo que el esposo de su hija le fuera tan conocido, y ménos que fuera el amigo que mas intimamente trátaba. Concha llamaba á Luis, pero este pudoroso de poner en descubierto con solo su presencia sus acciones generosas, no se atrevia á presentar su cara á los ojos del que él engañaba haciéndole creer que lo habia hecho su consejero cuando solo era su protegido. Habia dos años que, aparentando hallarse en conflictos sucesivos, fingia solicitarlo para aconsejarse con él cuando en realidad solo era para colmarlo de beneficios. Tal fué al fin la renuencia de Luis que todos la miraron como un desprecio ó un insulto al padre de su esposa

y por tanto á todos ellos. Sin embargo, Gullemiro juzgaba á Luis incapaz de tal debilidad, y acercándosele, le dijo:—Es posible, amigo mio, que la venganza te anime á ultrajar de esta manera al padre de tu esposa? Eso nos lastima á todos. Luis habia conservado su posicion detrás de un árbol hasta que hirió su alma esta queja á que tanto valor daba el acento de Gullemiro. Blando naturalmente á las quejas que pudieran hacerle por una injusticia involuntaria, fué incapaz de resistir á la que le hacia con la mas interesante espresion el mejor de sus amigos. Cubrióse toda la cabeza y hasta mitad del cuerpo con una manta blanca de las que se usan en el pais contra el sol. Presentóse así embozado y dijo al viejo: Yo os he ofendido y no os presentare mi cara hasta que no me hayais hecho la promesa solemne que estas mismas ofensas me fuerzan á exigiros." El hacer referencia á una ofensa que jamas habia existido era para encubrir la verdadera causa de su reserva. Acercóse el viejo dándole la mano y Luis cerrándola afectuosamente, le dijo:—¿Me ofreceis por vuestro honor no decir ahora ni nunca la mas lijera palabra de lo que ha pasado entre nosotros?—Sí, lo ofrezco por mi honor, ni una palabra jamas, á nadie, absolutamente á nadie.—Ni á vuestras hijas, añadió Luis.—Ni á mí mismo, replicó el generoso viejo que se creia ante un enemigo. Todos notaban con pena que Luis fingia la voz. En este momento tira Luis á un lado su manta y ofrece su mano al viejo, el cual saltándole al cuello y abrazándolo con transporte, esclamó:—¡Quién, mas digno que tú de ser mi hijo! Cada vez que te veia me decia yo mismo, ¡ah! si este fuese el esposo de mi hija en vez de ese hombre formidable que la sedujo en la montaña! ¿Con qué eras tú? ¡Bendito seas Dios bueno, y bendito sean estos cuatro hijos queridos.

Callóse el viejo como volviendo al pasmo de la impresion primera, y vuelto, despues de un rato, de su agitada abstraccion, se abandonó á los mas nobles transportes: y se echó en los brazos de Luis diciéndole; —¡Perdóname generoso bienhechor mio! ¡cuántas veces he desahogado en vos mismo, como el amigo de mi confianza, las maldiciones que echaba al robador de mi hija!.... Las lágrimas que vuestro magnánimo corazon vertia sobre mi mal, me habian parecido solamente hijas de la compasion. A vos debo mil consuelos y mil favores. Al decir esto le interrumpió Luis diciéndole bruscamente:—Todo eso es falso, y si fuese verdad, declaro que sentiria haber hecho tales favores á un hombre sin palabra. El viejo vivamente ofendido, le dijo:—No lleves tu generosa modestia hasta insultar mi gratitud. Si el título de padre de tu esposa no me da ningun derecho á tu consideracion, me lo darán sin duda los títulos de viejo y desgraciado. ¿Con que lo que digo es falso y soi un hombre sin palabra? ¿Te dí acaso palabra de reservar los favores que

te debia? ¿Acaso no me exigiste solamente que no hablase nunca dé las ofensas que me habias hecho? En esto último, sola cosa que te ofrecí, cumplo mi palabra y tanto mas fácilmente, cuanto que solo me has hecho bienes y que nunca me habias ultrajado hasta este instante. Arrepentido Luis de sus rudas espresiones, se echó á los piés del anciano implorando su perdon con estremada pena. Este le dijo:—Levántate, mi hijo, y mi bienhechor ven á mis brazos. Levantóse el generoso Luis, y al mismo tiempo que él, entró Concha en los brazos de su padre. Gullemiro admiraba en silencio á su amigo Luis tan magnánimo y heróico bajo todos respectos. Cuando Luis salió de los brazos del anciano, estaba encendido de rubor. Concha arrebatada de enternecimiento le tomó la mano y la besó tiernamente. Marticela lo miraba con la espresion mas afectuosa, y el sensible Gullemiro, cerrándole cordialmente la mano, dejó escapar una lágrima. Volvióse á un lado para ocultar á Luis su emocion, pero de ese lado estaba Concha que viendo aquella noble lágrima, quiso, enjugándola con su pañuelo, mesclarla con las muchas que ya ella habia vertido. Gullemiro siempre sutil y caballero supo apreciar justamente el esquisito arrebato de aquella tierna consorte y sellando en su delicada mano un beso cariñoso, la dijo:—¡Ojalá que vivas con tu noble esposo largos años, tan felices como este instante! Una mirada enternecida fué su sola respuesta, y era sin duda la mejor. Luis miraba con tranquilidad á su nuevo padre porque lo veia tan frecuentemente como Marticela; pero Concha y Gullemiro lo rodeaban incesantemente y lo acosaban con alhagos y preguntas.

Dirigiéronse primero á la casa del viejo, cuyo camino fueron regando de lágrimas de felicidad. Aquella vida rústica y salvaje, aquella dicha que habia encontrado al traves de accidentes y de lances romanescos y peligrosos, y en fin aquel saman peregrino que podia verse como una maravilla de la misma naturaleza; todo esto tenia para Gullemiro un tal encanto, que abandonándose á los dulces sueños de su imaginacion, gozaba un contento grande, puro y sin zozobra. Esa fué la sola vez de su vida en que él gozase el bien sin mezcla de mal; la sola en que los placeres del corazon no llevasen el tinte de su alma melancólica y sombría. De todos lados lo lisonjeaban lo grande, lo dulce y lo inocente, y no estaba léjos sinembargo el principio de la serie de calamidades que debia arrastrarlo á su catástrofe final. Llegaron en fin á la choza del viejo en que resaltaban de todos lados la pobreza, la honradez y el aseo, Gullemiro y Marticela entraron los primeros, los otros venian algo distantes. Al ver el lecho en que él la habia dejado mortalmente afligida, ámbos se enternecieron y corriendo hácia aquel lecho, otra vez tan desgraciado, unieron sus ardientes labios, como para hacerlo tambien

testigo de su presente felicidad. Llegados los otros, todos se sentaron y su larga conversacion estuvo llena de su inocente albórozo. Acordáronse en pasar ese dia en la casa del buen papá y en arreglar al siguiente bien temprano el dia del casamiento de Gullemiro y Marticela y despues ír á pasar el dia todos al saman. Al momento salió el viejo enseñando á Gullemiro la bolsa que le habia dado, y con que iba á comprar provisiones, juzgando ya que podia usarla sin vergüenza.

Por un lado salió aquel dichoso padre, y por otro corrieron Gullemiro y Luis al saman y volvieron al instante cargados de licores y conservas esquisitas. Apénas habian llegado, cuando los cuatro amantes dichosos principiaron el banquete que duró el dia entero. Gullemiro, extrañando la tardanza del viejo, corrió á su encuentro y lo halló con una carga que apénas lo dejaba andar. Echóse á cuestas el fardo y corrieron ámbos á la casa. Sorprendióse el viejo al hallar á sus hijos devorando ya abundantes y sabrosas provisiones, y participando su regocijo tomó parte activa en la funcion. Cada uno, amando á los otros cuatro como á sí mismo, gozaba la felicidad de ellos como si le fuera propia, y así cada uno era cinco veces feliz. Veíanse entre sí rebozando de confianza y de placer, y de cuando en cuando se enjugaba el uno al otro alguna lágrima peregrina que el enternecimiento vertia. Pasóse así aquel dia venturoso. Apénas pudieron reposar esa noche aquellos pechos que agitaba una dicha estraordinaria. Levantáronse temprano y hallaron que Luis faltaba. Inquietólos tanto aquella falta, que Gullemiro iba ya á buscarlo, y Concha tuvo que confesarle que ella sabia donde estaba. En este momento entró Luis proponiéndoles un paseo. Acordáronlo al instante y salieron los cinco, creyendo el viejo y los dos novios que caminaban sin direccion ni objeto. Luis conocia los senderos mas cortos y en pocos momentos los condujo á las faldas del calvario, cierto que Gullemiro y Marticela rogarian al instante que se subiese á la iglesia, sin imaginar siquiera lo que allí les esperaba. Al verse en las laderas del calvario, ámbos á un tiempo pidieron lo que Luis y Concha deseaban. El viejo se negó; pero convino al instante, al saber que era allí en donde, por primera vez, se habian visto su hija y Gullemiro. Miéntras Luis apoyaba en sus brazos á su esposa y á su padre, ¡ qué coloquios tan tiernos se pasaban entre los dos amantes que subian casi á la carrera !.... Luis y Concha revelaron al viejo el designio que tenian de sorprender á los amantes presentándoles en la iglesia del calvario el sacerdote que debia casarlos al instante. El aprobó, por supuesto, aquella chanza agradable. Mui léjos estaban aun los otros, cuando ya entraban en la iglesia el soberbio Gullemiro y la tierna Marticela.

El templo estaba solitario; pero la puerta de la sacristia estaba

abierta. Al oirlos entrar salió de ella el cura, que desconociendo por un instante á Gullemiro, les dijo :—Señores, solo espero al sacristan para casaros.—Miráronse los dos llenos de pudor y, creyendo Gullemiro que se burlaba de él, le echó una mirada aterradora, volviéndose hácia la puerta. Al punto lo reconoció el cura, y dando un grito corrió á encerrarse en la sacristía. En este instante entraba Luis: viólo el cura y lo llamó implorando su auxilio. Este se le acercó y no pudo ménos que prorrumpir en risa al ver que le aseguraba que Gullemiro era el demonio. En esto llegaron todos á la puerta de la sacristía; y el cura, no teniendo por donde escaparse, pasó por la pena de que Gullemiro se le acercase hasta ofrecerle su mano. Si él temblaba de tocarlo temiendo quemarse, mas temblaba de ofenderlo. Le dió, pues, su mano y vió con agradable sorpresa que no lo hubiese abrazado. Serenóse un poco con esto y consintió en sentarse en la silla que Gullemiro le ofreció á su lado. Con un disimulo mal fingido examinaba á Gullemiro de piés á cabeza, como esperando á cada instante hallarle algo de diabólico. Este entabló con él una larga y afable conversacion que lo hizo terminar por reconocer un verdadero hombre en el que no habia visto sino un demonio. Una vez que el cura se creyó entre gentes de este mnndo, se entregó á su natural alegre y festivo, y contó á Gullemiro, riéndose de sí mismo, cómo esperando á dos jóvenes que debian venir á casarse esa mañana, se habia equivocado con ellos. Aquí interrumpió Luis la conversacion preguntando á Gullemiro y á Marticela si querian casarse en lugar de los otrôs qus no llegaban. Gullemiro, penetrando ya la chanza de Luis, rogó finamente á Morticela que no perdiese un instante tan propicio. Esta miró á su padre toda llena de rubor, y habiendo oido de sus labios que él lo deseaba vivamente, volvió á su amante y le dijo con tierno pudor :—Haz tu voluntad, dueño mio.—Apénas oyó esto el buen cura, cuando saltando de contento, corrió á la puerta á ver si llegaba su perezoso sacristan, y volvió gritando: Ahí viene!.... Al momento arregló con él todo lo necesario, y miéntras tanto el viejo colmaba á sus hijos de los alhagos mas cordiales. Marticela salia poco á poco de su grata sorpresa, y Gullemiro dió á Luis las mas finas gracias por haber hecho lo que él no se atrevia á proponer. ¡ Qué regocijo tan íntimo y tân puro reinaba en aquellos corazones ! Aquel era sin duda el mas vivo cuadro de la paz, de la confianza y de la felicidad. El alma y el corazon estaban contentos el uno del otro, y de aquellos pechos huian el remordimiento, la ambicion y la zozobra.

Llegó al fin el instante en que, atravesando con agitada planta el sagrado pavimento, se prosternaron en los altares del Supremo á recibir la bendicion de su ministro. Marticela, algo pálida y temblorosa, se apoyaba en el brazo del que un instante despues seria su esposo. Este,

abandonado á sus cavilaciones religiosas, como siempre que entraba en los templos, olvidaba en aquel instante lo imponente del matrimonio, para meditar filosóficamente sobre la santidad que un hombre podia darle. Sonó por fin el instante en que Marticela fué su esposa, y con este momento huyó de ella el sobresalto y se levantaron en él lijeras alarmas que tenian visos de presentimiento. Aquello pasó prontamente y la felicidad se le presentó de nuevo, mas pura y mas brillante que nunca. Gullemiro puso en manos del cura una bolsa llena, y este le dijo con su ordinaria jocosidad :—No hai duda, no sois el diablo puesto que dais á los religiosos. El sacristan quedó tambien mui contento, y los cinco compañeros, mas contentos aun, dejaron aquel lugar, en que el amor de los dos nuevos esposos habia tenido su nacimiento y su coronacion. Se encaminaron poco á poco al saman. examinaron los alrededores todos y subieron, llevando ademas Gullemiro sobre sus hombros á su perro. Renovaron aquella fragante cama hecha con las flores del saman y Gullemiro tendiéndose al lado de su esposa la acariciaba, contemplando al mismo tiempo aquel vasto horizonte con reflexiones aun mas vastas. Olvidándose de que lo oian, hablaba á Marticela con enternecida efusion. Entremezclaba sus ternuras esquisitas con las mas altas sublimidades religiosas. Allí gozaron largo rato aquellas dos felices criaturas el mas dulce desahogo. Llamáronlos á almorzar y sintieron un nuevo placer al hallarse entre aquellos objetos tan caros á entrambos.

Comieron y bebieron con todo el placer que cabia en hombres que, en medio del ambiente puro del saman, alentaban en el corazon el aura de la felicidad, y en el alma la paz de la conciencia. Propuso el anciano que en adelante todos sus hijos irian á habitar su choza, pero Gullemiro estaba tan encantado de aquella guarida romántica que le ofrecia el saman, que declaró francamente, que si Concha y Luis lo permitian, Marticela y él los acompañarian. Conviniéronse ellos al momento y se decidió, que no pudiendo el anciano padre subir al saman sino con mucha pena, fuesen los cuatro todos los dias á comer juntos con él. La casa del viejo se alhajó lo mas decentemente posíble: en ella reinó desde entónces la sencillez, la comodidad y el gusto. Nunca habia permitido Luis antes de este feliz desenlace, que le faltase nada necesario, pero no se atrevia á regalarlo como deseaba, de miedo que descubriese que era él á quien llamaba el robador de su hija. Acabado el almuerzo Gullemiro propuso un paseo por la montaña : negóse el víejo por hallarse estremamente fatigado, y Luis y Concha so pretesto de quedarse acompañándolo. Gullemiro creyendo malogrado su deseo iba ya á acostarse sobre el lecho de flores, pero el padre le dijo :—Si quieres ir á pasear por la montaña ¿por qué no vas con tu esposa y con tu perro fiel?

Miráronse los dos y un fuego misterioso enrojeció sus semblantes. ¡Qué de ideas se agitaron á un tiempo en aquellos pechos enamorados!.... Los ojos de Gullemiro revelaban una alma abrumada por lo infinito del sentimiento. Gullemiro besando delicadamente la frente de su esposa, le dijo:—¿Quiéres acompañarme? No temas nada. Ella respondió tomándole la mano:—¿Qué quieres que yo tema miéntras me ame el corazon que anima esta mano?—Besósela amorosamente y y continuó:—¿Créeis que he olvidado lo que es esa mano y lo que le debo? Nó, dueño mio, ese favor, tu cariño, tu voz y tu figura serán eternos en mi corazon. Vamos, voi con gusto.—Apénas podia Gullemiro calmar su emocion. Luis miró á todos lados y hallando solitaria la montaña y la selva contigua, echó la cuerda. Marticela bajó la primera y despues Gullemiro con su perro: ella suplicó á su amigo que la condujese al lugar donde la habia salvado del tigre. El le respondió: —Cabalmente tenia el mismo deseo; quiero gozar el mas dulce de los instantes de mi vida en donde sufrí el mas acerbo. ¡Qué agitacion gozosa se apoderaba de entrambos á proporcion que se acercaban á aquel sitio de recuerdos! Llegaron en fin, y Gullemiro queriendo reanimar lo pasado, se acostó remedando la posicion que tenia cuando lo sorprendió Marticela, pero sin poder ni querer imitar el desconsolado dolor que entónces lo agobiaba. Ella, al verlo así, se abandonó á las caricias mismas que tanto habia ansiado en aquel dia de conflicto y desolacion, y aquel lugar de martirio fué tambien el paraiso de sus sueños.

Ese fué sin duda el dia mas feliz de su vida.... Tambien se presentó en la vida de ese hombre raro, otro dia que habria sido mas dichoso aún que este, si sus placeres hubiesen sido tan inocentes. Allí se pasaron tres horas enteras, cada instante de las cuales rebozaba en mil ternuras. No es decible, ni siquiera imaginable, el arrobamiento con que se amaban aquellas dos criaturas afortunadas. ¡Qué ternura! qué confianza! En su embeleso se contemplaban admirándose uno á otro, como si á cada instante se descubriesen nuevas prendas, nuevas gracias.

Volvieron á la casa y hallaron ya pronta la mesa. Todos hicieron grande honor al cocinero, sobre todo los nuevos esposos que tuvieron un apetito extraordinario. Despues de comer se tendieron todos sobre las flores á conversar. Gullemiro, despues de haberlos hecho reir con las agudezas naturales á su espíritu, sintió una grata soñolencia y poco á poco, oyendo á los otros, se quedó dormido. Los otros guardaron al momento el silencio mas profundo. Su rostro estaba anegado en el regocijo que le rebozaba el corazon. Su pecho respiraba paz y dicha y sus labios estaban animados de una sonrisa inocente y gozosa. Todos lo miraban con la afeccion que naturalmente infundia aquel hombre estraordinario. Marticela henchida de contento lo contemplaba con admira-

cion amorosa, y Concha habria envidiado la suerte de su hermana, si su esposo hubiese sido cualquiera otro que Luis. Llegada la hora de acompañar al viejo, la tierna esposa lo despertó besando suavemente su frente. Habituado á vivir entre peligros saltó cojiendo la espada, pero al ver á su esposa, le dijo sonriéndo :—Escuúsame, amiguita, los hombres tímidos somos mui asustadizos.—Ella y los otros sonrieron sin responder. Un momento despues bajaron todos con el viejo, al que dejaron solo en la casa despues de haber recibido su bendicion. El buen padre quedó mui contento y dando gracias á Dios por aquel súbito y completo cambio de suerte. ¡ Qué noche tan llena de paz y de delicias ! Los cuatro amigos dividieron el cuartico con un lienzo puesto en forma de tabique.

El carácter sombrío y meditabundo que la sociedad habia dado á Gullemiro, desapareció en aquella dichosa soledad. Su frente siempre arrugada se cambió en frente serena. La paz de aquel recinto y la dicha que en él gozaba, insinuaron la dulce filantropía en su corazon misántropo. Por la mañana mui temprano volvieron los cuatro á saludar á su padre comun. Recibióles este mas cariñoso aún que la víspera, porque ya le habia pasado el aturdimiento á que lo habia reducido aquel cambio, que aunque feliz, habia sido tan súbito como grande. Despues de un agradable paseo volvieron á almorzar y Gullemiro suplicó á Luis lo acompañase al pueblo á ver á sus amigos Mosquito y Pilito que queria convidar á comer con la familia. El anciano y sus dos hijas quedaron preparando ya la comida y los dos campeones fueron en busca de los dos estudiantes. Ya los cabellos les habian crecido algo, pero necesitan aún de un gorro. Al ver á su condiscípulo se le echaron al cuello contentos de volver á verlo, despues de una ausencia tan larga, que les habia hecho temer una desgracia. Gullemiro, callándoles su matrimonio, los invitó á comer en la montaña. Convinieron, aunque temblando de la tal montaña, y salieron todos juntos. Llegados á casa del viejo quedaron absortos los dos bachilleres al ver aquellas dos bellezas. Ellas, prevenidas para hacerles pasar el dia lo mas agradablemente posible, conversaban con ellos, les cantaban en la guitarra ó bailaban con ellos miéntras Luis tocaba el bandolin. En fin, ellos estaban como en el paraiso, olvidados del mundo y de sus penas. Al mediodia los llevaron á un rio hondo y cristalino en que se veian los pescaditos mas chiquitos y hasta las arenas del fondo. Las orillas del rio estaban llenas de árboles frutales. Despues de un baño delicioso volvieron á la casa saltando de contento. Allí los esperaban los mas esquisitos licores y las frutas mas delicadas. Los bachilleres no cesaban de ser estremamente corteses con las dos hermanas que en el fondo reian de los sueños á que ellos parecian abandonarse. Cuando mas entusiasmados estaban ellos, y cuando Luis y Gullemiro parecian mas distraidos, éste, tomando una botella y

haciendo á Luis una seña, se dirigió á sus dos amigos y llenando los vasos de todos dijo así:—Amigos y compañeros de juventud, bebamos por la felicidad de Luis y de su esposa Concha.

Todos bebieron y todos sonrieron, y Pilito que estaba al lado de Concha rió mas que los otros; pero sus mejillas se enrojecieron un tanto al aire de triunfo con que lo miraba Mosquito. Mui contento estaba este de su eleccion. Rogóles despues que acercasen aun los vasos para beber á la salud de Marticela. El primero que acercó el suyo fué Mosquito, y le dijo á Gullemiro: "Llena, amigo mio: yo no soi bebedor, pero me beberia un tonel por la salud de esta señorita." Gullemiro le llenó el vaso, sonriendo y poniéndole la mano en el hombro con cariño. Sirvió á todos y despues dijo:—Compañeros queridos: bebo por la salud de Marticela....—Ya Mosquito iba á apurar su copa cuando Gullemiro lo detuvo, y dirigiéndose á Marticela la dijo:—Y tú, Marticela, por quién brindas?—Lo ménos imaginó Mosquito que seria por él, tal era el ansioso silencio con que esperaba. Marticela tomó la mano de Gullemiro y besándola tiernamente le dijo: "Brindo por tu felicidad, caro esposo." —Quedóse estupefacto el pobre Mosquito, y Pilito á su turno le hizo saltar la sangre á la cara. Aquellos dos excelentes amigos le echaron al punto los brazos al cuello á Gullemiro, le dieron mil parabienes y apurando sus vasos con él, le hicieron entender que tenian tanto gusto en verlo feliz como habian tenido deseo de serlo ellos mismos. Desde ese instante la falta de esperanzas estinguió el deseo, y no viendo en aquellos esposos sino sus mejores amigos, se abandonaron mas que ántes al alborozo y al regocijo. Despues ellos mismos propusieron la música y el baile y ya entónces su placer fué sin mescla de deseos ni temores. En fin no hallaban que hacer de contentos que estaban. Llegada la hora de comer, brindaban á cada instante por la felicidad de los cuatro esposos con el mas sincero entusiasmo, y tambien comian y bebian con entusiasmo. En la noche dejaron los bachilleres aquella casa colmando de bendiciones á sus felices habitantes.

Mucho tiempo quedaron hablando de ese dia. Hoi son dos excelentes médicos, uno de ellos murió ya dejando una bella familia. Prorrogaron algunos dias su vacante y la mayor parte de estos dias, los pasaron con Gullemiro. En fin, partieron para la capital llevando un grato recuerdo de aquellos momentos tan risueños y agradables.

Una vez solos, volvieron los cuatro amantes á aquella felicidad apacible y á la dulce melancolía, tan natural en almas pensadoras en aquellas grandiosas soledades. Despues de mucho tiempo no veian á los ladrones. Un dia resolvieron los dos amigos hacerles abandonar aquella ocupacion culpable.

Salieron mui de mañana y al llegar al lugar de la choza de ceibas,

Luis dió el grito de señal. Al instante se hallaron circundados de ellos. De todos lados entraban en aquel anfiteatro natural. Todos rindieron á los dos campeones los mas humildes homenajes. Sus brazos les inspiraban terror, y confianza sus corazones. Gullemiro, dándoles su mano con afecto, les propuso pasar el dia juntos. Por supuesto lo acordaron con alegría. Ellos propusieron combates de fuerza y arte para divertirlos, pero los dos amigos, bajo pretexto del calor que hacia, dijeron que preferian sentarse á conversar un poco. Luis, que pasaba entre ellos por brujo, les dijo así:—Amigos mios, creéis en Dios?—Sí.—Pnes entónces claro está que sufrireis el castigo de los hombres primero, y despues el de Dios. Teneis mas de lo necesario para ser felices en este mundo: huid desde hoi mismo con lo que teneis é idos á trabajar inmediatamente. Casaos, seguros de que cuando tengais un hijo, sereis incapaces de darle mal ejemplo: vosotros teneis un buen corazon: todos los valientes lo tienen: es lástima que vayais á perderos así: yo he velado hasta ahora sobre vosotros, pero ya no puedo nada. Dios está ofendido y si no huís y os enmendais, pronto sereis arrastrados á una prision y de allí al suplicio.—Tan azorados los puso este discurso que ya miraban hácia atras y á los lados con ojo temeroso. Al oir tal sentencia de un brujo estaban todos herizados de horror. Sin embargo algunos sonreian y esos nada creian y estaban tan obsecados que no podian refrenarse. Despues pusieron la comida y en ella se conocian los afectados verdaderamente. Esa misma noche desaparecieron de la montaña las dos terceras partes y se fueron á vivir honradamente, y quedaron solo los de un natural perverso. Luis y Gullemiro no habiendo podido encontrar jamas á ninguno de ellos, creyeron que todos se habian ido, y la confianza que les dió este error fué el orígen de su mala suerte.



DESASTRE TERRIBLE.

La paz y el contento no se alejaron un solo instante de los héroes del saman. El tiempo pasaba por allí á pasos largos pero lentos, y ni la mudanza, ni la envidia, ni la muerte, echaron una sola mirada sobre aquel asilo dichoso. Marticela tuvo una niña que era mui semejante á su padre, y que vino á aumentar el amor y los placeres de aquella mansion. Cuando Gullemiro la veia jugando con el chiquito de Luis, decia

á este:—Déjalos que se acaricien desde ahora, yo haré de modo que no se separen jamas.—A Luis se le humedecian los ojos, y en la efusion de su enternecimiento apretaba la mano á su amigo todo conmovido de placer y de gratitud. Dos años pasaron de dicha perenne, hasta que una violenta enfermedad hizo espirar al buen anciano en medio de sus hijos. Bendíjolos tiernamente y desapareció del mundo. Poco á poco el tiempo aplacó aquella pena cruel y poco á poco volvieron á ser felices los habitantes del saman.

Ocho meses y medio aun se corrieron así en dulce bonanza, despues de aquella pérdida triste. Creyendo que no hubiesen ya malvados en la montaña, bajaban y subian al saman sin recelo. Un dia que uno de los ladrones estaba detras de una ceiba acechando un venado, vió con sorpresa á un hombre que se descolgaba del saman; pero desgraciadamente estaba tan cerca que pudo distinguir la cuerda que tenia en la mano. Ese hombre era Luis, que él conocia tan bien; Luis, que él creia que volaba. Despues vió bajar á Gullemiro del mismo modo. Perdieron estos para con él su prestigio misterioso. Ya no vió en ellos sino hombres y nada de maravilla, y es don del hombre necio el despreciar todo lo que no le maravilla, lo que él puede entender: por eso las noventa y nueve centésimas partes de la humanidad son fanáticas. Los dos amigos tomaron una direccion diferente de la en que estaba el forajido, y por tanto este tuvo bastante tiempo para ver las dos jóvenes que decian adios con las manos á Gullemiro y á Luis. Cuando ellas se ocultaron y ellos se alejaron, corrió é informó á algunos de sus compañeros. Desde aquel momento venian todos los dias escondiéndose tras los árboles á atisbar el instante en que saliesen, y siempre veian á aquellas dos lindas mujeres. En fin, convencidos de que ellos salian siempre á las seis de la mañana y volvian á las diez, resolvieron robarles aquellas dos divinas amazonas que los acompañaban. Todo lo tenian ya preparado: dos hosamentas humanas para hechar en una hoguera que harian al pié del saman y que debian hacer creer á Gullemiro y Luis que eran los restos de sus amigas y cables para subir al saman: todo estaba listo, y ademas un papel que decia: "Los que vuelan son brujos y los brujos se queman."

Una mañana que ellos acechaban de léjos á los del saman los vieron bajar é irse. Esperaban allí, inciertos aun de lo que debian hacer, cuando vieron descender de la copa del saman, como cándidas palomas, á las dos beldades solitarias. Las dos hermanas se dirigieron poco á poco á una tumba blanca que estaba hacia el lado en que ellos se hallaban. Llegan en fin á la tumba y se arrodillan: era la tumba de su padre. Los ladrones, acobardados á la idea de ser perseguidos por Luis y

Gullemiro, quieren irse sin ser vistos. Principian á escurrirse, pero uno de ellos, por tenerlas siempre á la vista, tropezó. Al ruido se volvieron ellas, y al verlos gritaron. Ya no hubo mas medio para los ladrones: ó realizaban su intento, ó estaban descubiertos por Luis y Gullemiro, y con tales enemigos eran hombres perdidos. Apodéranse de ellas; unos las conducen á su nueva guarida, y otros hacen una hoguera inmensa, dentro de la que arrojan los dos esqueletos y, clavando el papelito al saman con una espina, huyen despavoridos de aquel lugar de terror y entran en su gruta gozosos de su triunfo. Vanos fueron los alaridos y los débiles esfuerzos de aquellas míseras mujeres.

Apénas estuvieron ellos seguros del logro de su empresa, cuando, celosos ya los unos de los otros, se miraban con ceño torvo y feroz. Al fin, uno de ellos propuso con gesto audaz que al instante se decidiese por un combate á muerte, quienes serian los dos poseedores de las dos hermanas. Todos lo aplaudieron con algazara y se disponian ya á destrozarse hasta que solo quedaran dos, cuando á la ingeniosa Concha le ocurrió que el solo modo de escapar á una violencia era que todos viviesen para que el recíproco celo de unos y otros, las hiciese respetar de cada uno. Paróse y, con ademan imponente, les dijo:—No es ese el modo de merecernos: nosotras serémos del mejor y no del mas fuerte: el que nos ofenda en una sola palabra, debe renunciar á nosotras: escojeremos, de entre todos, los dos que se hagan mas dignos; y ántes nos mataremos nosotras mismas, que ser del que lo protenda de otro modo."—Parecióles aquello mui sabio, ó al ménos, el tono resuelto con que ellas hablaban, les hizo ver que era el solo modo de poder alcanzar una tan grande felicidad. Desde entónces dejaban siempre á guardarlas seis al ménos, para que no pudieran acordarse entre sí. Tambien les dieron á cada una un cuerno para que llamasen á la compañía en caso de que alguno las hostilizase. Pasaron dos dias en un angustioso esperar.

Miéntras tanto, Luis y Gullemiro, á su vuelta, hallaron desierto el saman y leyeron el billete fatal que estaba clavado en su tronco. Buscan con la vista, y hallan los restos de una hoguera: examinan cuidadosamente sus cenizas aun calientes, y hallan dos hosamentas humanas destruidas en parte y calcinadas en lo que restaba. No dudaron mas de su desgracia; tomaron aquellas reliquias queridas, y no pudiendo cada uno distinguir las que le eran mas caras, las reunieron, las llenaron de lágrimas y las guardaron en una urna. Su dolor era profundo y su furor impiacable. Aquellos dos hombres, aunque tan generosos, se hallaban devorados de una insaciable sed de venganza, y bramaban como leones furibundos. Subieron al saman y solo hallaron á sus dos hijitos que entregaron inmediatamente, en el pueblo de Maracai, á la familia de Luis.

Al dia siguiente volvieron disfrazados á la montaña y la recorrieron buscando á los malhechores. Toda la montaña estaba llena de centinelas escondidas que acechaban el momento en que los viesen para huir y esconderse. Viéronlos y se habrian ocultado, si el disfraz no los hubiera engañado. Desconociéndolos enteramente, cayeron sobre ellos en gran número; ¿pero cuál fué su sorpresa, cuando reconocieron á sus terribles enemigos? Mas ya no habia medio: era forzoso vencer ó morir. Trabóse el mas horrendo combate, aunque el corazon de los malvados temblaba ante aquellos dos leones encarnizados. Los rodeaban, los atacaban por detras y por los lados á favor del número; pero todo sucumbió á la potencia y ágil destreza de aquellos héroes rabiosos. En vano los atacaban: la espada ó la manta paraba el golpe y cada choque de ellos tendia uno sin vida. Mataron cinco en ménos tiempo que un rayo, y los otros desaparecieron dejando hasta sus armas. Quisieron perseguirlos, pero habiendo lidiado con tantos á un tiempo, estaban mui fatigados. En vano intentaron hacer hablar á los que quedaban en el campo: estaban bien muertos.

Se alejaban desesperados cuando vieron de trecho en trecho algunas manchas de sangre. Siguieron el hilo de aquellas manchas y hallaron á uno de sus agresores moribundo, pero que no siendo de los robadores ni habitando la misma guarida que ellos, estaba en el engaño de creer que las dos jóvenes habian sido realmente quemadas vivas. Acercáronse los dos y no creyendo que hombres hubiesen quemado á dos lindas mujeres, le ofrecieron curarlo si les confesaba la verdad. El moribundo declaró que no las habia visto quemar, pero que estaba cierto de que sus compañeros las habian quemado. Los dos generosos amigos pusieron una venda al herido, restañáronle la sangre que perdia, y volviéndole algunas fuerzas lo salvaron.

Ya desesperanzados resolvieron irse á la capital y huir de aquellos lugares tan tristes entónces, como alegres habrán sido.

Dos dias despues bajaban ya del saman todo lo que allí tenian y se encaminaron á Maracai. Allí pasaron algun tiempo con sus familias. Luis con su padre Agustin, y Gullemiro en casa de su tia Teresa que él amaba mui particularmente. En vano trató su numerosa familia de penetrar el secreto que lo atormentaba sin cesar. Lo veian ir todas las mañanas al Calvario y volver con los ojos encendidos. Allí eran las citas de Luis y Gallemiro. Todos los esfuerzos de su tia para distraerlo eran inútiles. El interes que le prodigaban lo entristecia mas. Cuando iba al Calvario se ponia en el mismo lugar en que habia visto por primera vez á Marticela: la llamaba, y al ver que no venia se anegaba en lágrimas y se tiraba sobre la yerba. Siguiólo una vez uno de sus primos,

vió sus desatinos y afligido contó todo á su tia con el objeto de que lo consolase.

El Sr. Uriar, marido de su tia, reunia los domingos toda la familia á comer. ¡Con cuánta pena veia Gullemiro el no poder contribuir á la felicidad de aquella familia patriarcal! Una vez por casualidad se dijo en la mesa que el marido de su prima Tórcala, habia comprado las tierras en que se hallaba el saman y que pretendia tumbarlo. El solo nombre del saman bastó para entregarlo á una fiebre violenta en cuyos delirios llenaba de improperios y de amenazas de muerte al que quiera que osase tocar el saman que él llamaba suyo. En estos desvarios entremetia los nombres de Marticela, Concha y Luis.

No pudiendo imaginar lo que realmente habia pasado creyeron que estaba enagenado; pero los confundia el recordar que esa enagenacion provenia solamente de lo que le habian dicho sobre el saman. Apénas se mejoró cuando fué casa del marido de su prima Torcala y llevándolo á su jardin, llamado la gloria, le declaró lleno de rubor y de dolor que habia amado á las sombras del saman, y le rogó que por piedad dejase aquel monumento de su dicha pasada. Su franqueza y su pena enternecieron á su pariente que era áspero de carácter, por sus achaques, aunque hombre inteligente. Gullemiro gozoso de haber salvado su saman, llenó de vivas demostraciones á su pariente, le exijió el secreto y se retiró tranquilo.

Era el contínuo objeto de la conversacion en toda la familia, que vanamente trataba de descubrir su pena ó de aliviarla con sus atenciones

Allí pasó un par de meses, despues de los cuales se fué á la capital acompañado de Luis y de las reliquias tristes de aquellas que los hicieron tan dichosos á entrambos.

Miéntras tanto, Concha y Marticela, sepultadas en la caverna que asilaba la banda, eran completamente respetadas. A proporcion que mas tiempo pasaba, mas se hacian venerar y querer y mas redoblaban ellos sus homenajes por merecerlas un dia. ¡Qué no imponen á tales hombres tales mugeres! ¡Qué sacrificio no habrian hecho por verse un dia queridos de ellas!......Nada resiste al ascendiente de una muger graciosa y delicada! y cuando de en medio de una virtud severa deja traslucir la mas ligera ráfaga de esperanza, todo se rinde, y no hai libertino ni malvado que no prefiera alcanzar sus favores ganándole el corazon á apoderarse de aquellos perdiendo este. Ellas hicieron mui bien su papel hasta el dia siguiente por la tarde en que uno de ellos, como á escondidas y fingiendo traicionar á sus compañeros, por interesarles, les dijo que ellos habian matado á sus dos amigos y que en aquel mismo momento los estaban quemando para no comprometerse con la justicia. Condújolas á un lugar desde donde vieron dos cuerpos colgados en medio de las llamas de una hoguera. Contóles los mil artificios de que se habian valido para poderlos matar. Hacian esto para destruir

en ellas toda esperanza de volver á ver á sus maridos. Los cuerpos que quemaron eran dos de los que Luis y Gullemiro habian vencido. Ellos sabian mui bien que aquello iba á alejarlos de su cariño; pero sabian que mas los alejaba aun, la esperanza de volver un dia á ver sus esposos. En efecto, ellas los llenaron de improperios y maldiciones y, rogándoles que las matasen, les protestaban que moririan ántes que querer á tales mónstruos. Ellos esperaban esto, y por tanto lo sufrieron con paciencia estraordinaria. Ellas consultaban entre sí el modo de enfurecerlos hasta hacerse matar. ¡Qué acerbas agonías padece el que ánsia por morir! La angustia del que desea morir y no puede, es peor que la del que desea vivir y muere.

Dos dias despues llegó Marroquin que habia hecho un viaje á buscar provisiones. Este habia sido siempre elegido el jefe en los combates decisivos; pero teniendo por solos defectos la indolencia y la pereza y no la maldad, no habia querido encargarse de un destino en que debia ser el mas atroz de todos. Lo que lo seducia á él en la vida que llevaba, era el poder pasarse los dias enteros tendido, durmiendo y comiendo á toda satisfaccion.

Al llegar Marroquin le contaron como habian robado á Luis y á Gullemiro sus mujeres; y sabiendo que él los queria mucho, le dijeron para desesperanzar su interes por ellos, que los habian matado y quemado. El primer ímpetu de Marroquin fué despedazarlos, pero el segundo fué mas prudente, y lo adoptó. Fingió desde ese momento participar sus intereses, asegurando por otra parte que lo que él no haria jamas, seria casarse con la mujer de ninguno de aquellos dos amigos. Con esto inspiró la mayor confianza. Como sabian que él podria hablarles de sus maridos, y las veian aniquilándose de pesar, encargaron á Marroquin de consolarlas con recuerdos y elogios de ellos. Nada mas deseaba él. Pasó sí por la pena de confirmarles la muerte de sus esposos, y las infelices, anegadas en llanto, le aseguraron haberlos visto quemar por sus propios ojos. Poco á poco aumentó la confianza de aquellos hombres, que conociendo que Marroquin no las amaba, creian haber hallado lo que buscaban. Lo dejaban horas enteras á solas con ellas, y no estrañaban que él viviese tendido cerca de ellas, porque él habia vivido siempre del mismo modo. De acuerdo con él, ellas fingian tranquilizarse cuando hablaban con el admirador de sus maridos. En instantes mui seguros, una palabra ó una seña les bastaba, y poco á poco tramaron así el medio de evadirse. En el mismo subterráneo tenian los ladrones algunos escelentes caballos que no usaban sino raramente. Marroquin les habia dicho, que las dos muchachas, habiendo perdido sus maridos, se resignaban á vivir allí siempre, con tal que las respetasen. Esto completó la confianza de los bandidos.

Meditaba Marroquin el instante de realizar su fuga, cuando el capitan le dió una cita á la montaña. Fué, y con gran gusto oyó al capitan que le dijo así:—Yo te declaro, amigo mio, que estoi furioso enamorado de Concha, y que si tú consigues que me quiera, te ofrezco que nos huiremos los cuatro; nos llevaremos todo el tesoro de la compañía y te daré la mitad.—Al momento Marroquin le respondió:—En cuanto á interceder por vos, lo haré con el mayor placer, y con tanto mas cuanto que me parece que si ella quiere á alguno es á vos; pero en cuanto á que yo huya de aquí, no; eso es imposible: ¿dónde iré yo? qué haré? no; si yo amase á la otra, los acompañaría: favoreceré vuestra evasion; pero acompañaros, imposible!—Bailaba sin música aquel bárbaro en su torpe alegría. Desde ese momento dejaba á Marroquin solo con ellas dias enteros, para que él pudiese servirle sin temor de los otros. Muchos de los ladrones eran de nueva filiacion.

Una tarde Marroquin hizo al capitan la señal de acuerdo: viéronse en la montaña, y el taimado Marroquin le habló así:—Capitan, ya casi casi está por vos, y conozco que ella os quiere; pero no cree que por ella dejeis vuestros compañeros y vuestra profesion; y cuando le aseguro que teneis una inmensa fortuna se echa á reir, como creyendo imposible que podais ser tan rico. Sinembargo, hoi he alcanzado un triunfo: á mis vivas instancias ha respondido así: "¿Pero qué quereis que yo haga? casarme aquí, en medio de tantos crímenes, eso es imposible; y por otra parte, tambien es imposible que el capitan renuncie á su mala vida, por ir á vivir conmigo á un lugar retirado donde nadie lo conozca. Ya yo comienzo á sufrir por ese hombre, no me hableis mas de esto." Ya veis, capitan, ella os quiere; y mucho debe ser cuando olvida hasta ese punto su natural reserva."—Abrazólo contento el capitan, y le dijo—Ven conmigo.

Llevólo al escondrijo de su tesoro, echólo todo en un saco y le mandó á ofrecer que esa misma noche partirian. La gruta estaba sola y él pudo con toda comodidad arreglar con ellas el modo. Volvió al capitan y le dijo que ella estaba pronta. El capitan voló hácia ella, le besó ardientemente la mano y se echó á sus piés temblando bajo el peso de una felicidad que le parecia demasiado grande para él. Marroquin le dijo: —Capitan, es preciso ahora mucha prudencia y sigilo: toque su cuerno, reuna toda la gente y envíela al camino de Turmero á acechar á una rica familia que debe pasar ántes de media noche.—Hízolo así el bruto capitan, y bien pronto solo quedaban los cuatro en todos aquellos alrededores. El capitan hizo presente á Marroquin que los otros lo matarian si se quedaba. Agradecióle este la advertencia y convino en partir con ellos. Al punto ensillaron cuatro fogosos caballos, y ya el capitan estaba montado y todos fuera de la puerta de la gruta, cuando Marroquin

le dijo:—Capitan, os olvidais del saco que contiene vuestra fortuna. —Este echa pié á tierra y entra en la cueva; y apénas habia entrado, cuando Marroquin, saltando del caballo, le cerró encima la tremenda puerta y con ella todas sus esperanzas.

Tomó de la brida el caballo del capitan y, parándolo sobre la puerta para asegurar mejor al ginete, desapareció con las dos hermanas al travéz de la montaña. En fin, llegó á Maracay, y lo primero que puso sobre la mesa fué el gran saco de oro. Puede fácilmente imaginarse el diabólico furor del capitan, tanto por ver burladas sus torpes ansias, como por la súbita é irremediable pérdida de una fortuna hecha á fuerza de su peligrosa y exigente economía.



LAS DOS DESGRACIADAS MADRES ENCUENTRAN SUS DOS HIJOS Y A LUIS.

Marroquin les declaró que no se atrevia á permanecer un momento mas en aquel lugar en que todos lo conocian. Tres dias pasaron allí, durante los cuales él salia en la noche á buscar en las inmediaciones un lugar conveniente á su necesidad de ocultarse. Al cabo de estos tres dias se retiraron á Onoto, en donde vivieron fielmenre servidos por Marroquin y su mujer, que él habia corrido á buscar á Maracay. Allí pasaron tres años y medio, al fin de los cuales tuvo lugar el accidente que debia verificar en ellas la mudanza mas completa.

Una mañana fresca y hermosa, salieron las dos tristes hermanas de su choza para ir á bañarse á un rio llamado el Ojo-de-agua, por sus aguas cristalinas. Este rio distaba como un cuarto de legua, y conducian á él muchas veredas diferentes. Ese dia, las dos hermanas, queriendo ensayar una que les era desconocida, se estraviaron; y dirigiéndose á la choza mas cercana, entraron con el objeto de rogar que las encaminasen. Lo primero que se presentó á su vista fueron dos niños, una hembrita como de cuatro años y un baroncito como de seis años y medio. Al ver Marticela al niño, halló una tal semejanza con su hermana que, llenando de besos á la tímida criatura, llamó á gritos á los moradores de aquella cabaña para encarecerles le contasen quién era aquel niño. Concha, aunque tambien rendida á la estraña impresion que aquel chiquito le hacia, no pudiendo compararlo á sí misma tan bien como su hermana, trataba de reprimir los trasportes de esta, y le decia:—¿ Qué es eso, hermana? no alborotes así las casas agenas; mira que puedes ofender á sus amos.—Al punto salieron de un pequeño dormitorio una jóven negra, hermosa y lozana, y tras ella dos ancianos esposos, ya do-

blados por los años. Despues de un saludo afable y sencillo, se quedaron como pasmados la jóven y los dos viejos, que viendo al niño y á Concha, y mirándose entre sí todos herizados, no dudaron, en su supersticiosa fé, que aquellas dos mujeres, tales como se las habian pintado Gullemiro y Luis, y tan idénticas al niño, eran las sombras de las dos hermanas que los ladrones habian quemado. Ellos habian visto sus huesos calcinados; no podian, pues, ser ellas en vida, y no dudando que las tenian delante, creyeron qne solo eran sus almas que venian á visitar sus hijos. Al fin Martieela les dijo así:—No temais nada: nosotros solo queremos saber si este niño tiene madre, porque mi hermana ha perdido uno que tenia idéntico.—Esto confirmó sus terríficas sospechas; pero confiando en las palabras de paz que les dirigian aquellos espíritus, resolvieron consentir en que aquellas sombras tristes, que desde el otro mundo venian buscando á sus hijos, los acariciasen un instante ántes de perderlos para siempre.

El acento hueco, el mirar y los cabellos herizados de aquellos tres campesinos, les infundieron tal terror á ellas mismas, que apénas podian alentar. La jóven negra les habló así, dirigiéndose á Concha:—Señora, el padre de este niño es un hermano mio: á la madre la quemaron; pero como yo veo que vos sois una alma del otro mundo, y que os le pareceis tanto, estoi segura de que sois vos su madre."— Aquello desconcertó enteramente á Marticela, que estaba segura de que nunca las habian quemado; y tomando con acaloramiento la mano de la jóuen historiadora, la dijo:—No, no creais que nosotras somos almas de la otra vida; no, mi amiga.—Aquí la interrumpió la jóven que, volviendo en sí de su pavor, la dijo:—Entónces no es vuestro hijo, porque yo estoi tan segura de que han quemado á su madre, como que mi hermano me ha enseñado los huesos de ella.—Desalentólas aquello hasta el estremo, pues que habiendo visto ellas mismas á Gullemiro y Luis en medio de las llamas, y estando mas seguras aun de que no las habian quemado á ellas, dieron por hecho que aquella semejanza era solo casual. Diéronse los unos á los otros mil escusas, unos por haberse creido las madres de los niños, y los otros por haberlas creido almas en pena.

Ya salian las dos, cuando Marticela, volviéndose, les dijo:—¿Y cómo se llamaba el padre de este niño?—La hermana respondió:—Se llamaba Luis.—Al oir aquel nombre se volvió Concha casi fuera de sentido, y echándose sobre el niño, le dijo:—Hijo mio!—La jóven de la casa le dijo:—Desengañaos, la madre de ese niño está quemada, he visto sus huesos.—A esto preguntó Concha:—Y su padre vive aun?—Sí, en Carácas.—Desanimóla esto de nuevo y casi se desfallecia, cuando oyó á Marticela que decia:—¿Y en dónde nació el niño?—En la montaña, contestó la jóven.—Reanimóse un tanto Concha y añadió:—¿Y su madre, cómo se llamaba?—La jóven, no pudiendo recordarlo, dijo que era un nom-

bre difícil y que ella lo habia elvidado.—Entónces Marticela le dijo :—Se llamaba acaso Concha ?—Sí, esclamó la pobre jóven volviendo á herizarse de miedo ; sí, Concha se llamaba.—Ese es mi hijo ! gritó casi loca la desventurada Concha ; sí, mi hijo !—Y arrebatándolo por fuerza lo anegó en llanto amoroso. Ya no podian dudar los habitantes de aquella casa que aquellas eran las madres de los niños en cuestion, y ciertos que las habian quemado, estaban llenos de asombro. Marticela, interrumpiendo aquel agitado silencio, dijo :—¿ No es verdad que Luis contó que habia conocido á Concha, en el saman ?—Herizábase mas y mas aquella familia desgraciada, y el espanto llegó á tal grado, que levantándose el viejó y echándoles una bendicion con la mano, les dijo así :

Hermanas del otro mundo, ya habeis visto á vuestros hijos ; basta : en nombre de Dios, dejadnos en paz ; no nos espanteis.—Callóse. y la vieja, encabezando el rosario, fué seguida en su rezo por los otros dos. Miéntras tanto, las dos hermanas, desoladas de hablarles en vano, se contentaban con acariciar aquellas dos criaturas cándidas y preciosas. Marticela daba tambien por hecho que la niña que allí estaba era su hija, y esto lo conocia Concha mejor que ella. En uno de sus arrebatos las tiernas madres esclaman :—Mi Gullemiro ! mi Vidalina !—Y esos nombres de los niños agravaron el terror supersticioso de la familia.

El recuerdo de sus desgraciados esposos, acibarándoles aquel gozo, las hizo esclamar :—Ah ! si esos malvados no hubiesen quemado á Gullemiro y á Luis.... qué felices fuéramos ahora !.... A esto la familia, olvidando el rosario, salta y les dice, creyéndolas almas que todo lo sabian: —¿ Y cuándo los quemaron ?—Al dia siguiente del que os entregaron nuestros hijos, es decir, hace tres años y medio.—Aquel error hizo creer al receloso viejo que ya no eran espíritus, sino las mujeres de los mismos ladrones que habian quemado á las madres de aquellos niños, y que habiendo descubierto que allí estaban, abusaban de lo que sabian para robarlos. Salió el viejo de su puesto y, dejando el rosario á un lado, se adelantó, y arrebatándoles las criaturas, les dijo que no podrian robarlos como querian, sino matándolo á él. ¡ Qué confusion y qué afan para aquellas pobres madres ! El viejo se apresuraba á echarlas de su casa y ellas de rodillas imploraban su compasion y se esforzaban en valde en convancerlo de que aquellos eran sus hijos. El viejo Agustin insistia frenético en echarlas y levantaba ya su baston y en esta actitud estaban, cuando se oyó en la cabaña la carrera de un caballo precipitado. Imaginóse el viejo y su familia que eran los ladrones que venian á despojarlos de sus hijos, y se quedaron estáticos ; y las dos madres, imaginando lo mismo, permanecieron como estátuas, arrodilladas.

Párase súbitamente el caballo y, un jigante, con agitado aliento, atraviesa los umbrales de la puerta.... Apénas alza su alta frente, cuando él y todos á un tiempo gritan de alegría.... Un instante permane-

cieron todos atónitos y como petrificados ante una aparicion pasmosa. Luis, con voz cavernosa y besando la urna de huesos, esclamó:—Esposa mia! no me asombres!..... Palideció, y ya vacilaba sobre sus piernas, cuando Marticela, vuelta de su estupor, se le echó al cuello diciéndole:—Los ladrones nos han engañado á todos: nosotras creiamos tambien que tú y Gullemiro habían sido quemados. Díme, ¿dónde está mi Gullemiro, mi dulce compañero?—A esta impresion, el furor de los celos, atravesando el pensamiento de Luis, le hizo arrojar un bramido arrasador; pero, arrastrado por el enternecimiento, se arrojó en los brazos de su esposa. Ambos permanecieron largo tiempo estrechados é inundándose de caricias y de lágrimas. Al fin se aplacaron aquellos primeros arrebatos ansiosos é insaciables. Mirábanse, volvíanse á mirar y exalaban un ¡ai! lastimoso; sollozaban, se reian, tartamudeaban palabras ininteligibles, y tornaban á mirarse, y á llorar y á reir. En fin, se habria dicho que el amor los enloquecia y los mataba. Sentáronse juntos ámbos como desconfiando de sus propios ojos. Se tocaban y se hablaban fuerte, como para convencerse recíprocamente que existian y que se amaban. Pasados ya los trasportes involuntarios de los esposos, Luis y Marticela se abrazaron fraternalmente, y ella, sentándolo á su lado, lo acosó á preguntas sobre Gullemiro, á que solo respondian las lágrimas del pobre Luis...... Rogó á su amiga le concediese un instante para saludar á su familia. Besó humildemente la mano á sus ancianos padres y á su hermana la estrechó contra su pecho.

Era ya tarde, y nada habia preparado para almorzar en aquella casa, por lo que Concha propuso que fuesen todos á almorzar con ella. Al instante rogó Luis á su esposa que le contase lo que les habia pasado con los ladrones, el modo de escaparse y el por qué habian vivido escondidas. Ella le relató exactamente lo ántes dicho, y Luis, lleno de gratitud por Marroquin, quiso volar al momento á regar de lágrimas su mano bienhechora. Convinieron en esto, con tanta mas razon cuanto que siendo ya avanzada la hora de almorzar nada habia preparado en la casa por los contratiempos que habia ocasionado el encuentro de las madres con los hijos.

Salieron todos, y se encaminaron poco á poco á Onoto. La casita se componia de una sala y dos cuartos, en uno de los cuales vivia Marroquin con su esposa, y en el otro las dos hermanas. Al llegar supieron por su mujer que aun dormia. Luis entró solo á su dormitorio y lo despertó suavemente; al verlo Marroquin aun medio dormido, saltó de su cama al suelo y del suelo á los brazos de su amigo. ¡Que regocijo tan intenso los animaba á entrambos! Despues de mil preguntas y de infinitos agasajos, salieron los dos amigos á la sala en donde halló Marroquin á los padres de Luis y á los hijos de las dos hermanas. ¡Qué estremos cariñosos no hizo con estas criaturas! ¡Qué placer tan íntimo

sentia al pensar que él podia llamarse su padre, pues que las habia vuelto sus msdres, que sin él habrian sido indefectiblemente perdidas para siempre!

—⊠⊠⊠—

LUIS CUENTA A MARTICELA LA HISTORIA DE SU ESPOSO Y DE LA DESVENTURADA P., Y SUS AMORES CON ALMABELLA.

Concha, Marroquin, los dos viejos y aun los dos niños parecian gozar la mas pura felicidad; pero en Marticela y Luis se traslucia un fondo de tristeza. Sentáronse á la mesa, y Marroquin hácia el fin del almuerzo dijo á Luis: "¿Y cuándo veremos á Gullemiro? Escribámosle hoi mismo que se venga al punto." Luis no pudo ocultar su conmocion. Calló, suspiró y se quedó pálido y desconcertado. Marroquin al ver aquello quedó todo trastornado, miró á Marticela de un modo estraño: miráronse los tres entre sí y Luis ya con ojo de dolor, ojo de fuego, se levantó, se dió una palmada en la frente y se retiró á otro cuarto con Concha.

Marticela, la infeliz, á quien la sola incertidumbre tenia en angustia, vió ya demasiado clara su desgracia y rompió en llanto. Al tan grande alborozo primero sucedió una consternacion mayor. Marticela se retiró á su cuarto con su hijita y tirándose sobre su lecho la anegó en llanto y en caricias. Allí padeció la cruel incertidumbre, hasta que haciéndose una violenta resolucion, salió toda descabellada de su cuarto y exigió á Luis le contase todo lo que pasaba con Gullemiro. Su acento era aquel acento desesperado á que nada se niega. En vano quiso Luis evadirse. No hai subterfugio para una esposa desolada y le fué forzoso trazarle la mas triste historia. En medio del mas profundo silencio comenzó Luis de la manera siguiente:

"Vengando la supuesta muerte de nuestras esposas, peleamos con diez de los malvados supuestos matadores. Cinco murieron al instante y uno que huyó herido nos confesó moribundo que vosotras habíais sido quemadas. Aquel no nos engañó: sin duda los otros le engañaban á él. En el instante de morir no se engaña al que nos da la vida, como nosotros se la dimos. Ya no hubo para nosotros mas esperanza, y en nuestro desconsuelo ¡cuántos besos han recibido esos huesos asquerosos que sin duda son de los mismos que habíamos matado, de los robadores de nuestras esposas!

"Dejamos aquel sitio infortunado y pasamos en Maracai dos meses y medio. Gullemiro y yo nos veiamos todas las mañanas en el Calvario:

allí llorábamos juntos hablando de UU. Recordábamos todo lo pasado entre los cuatro y nos separábamos afligidísimos. Bajabámos juntos el cerro y nos lavábamos los ojos en la *acequia grande*, que corre al pié. Nos dábamos la mano mirándonos tristemente y nos separábamos hasta el otro dia. Al fin partimos para la capital. Yo iba siempre de noche á su casa. ¡Pobre amigo! que sensible es......

—¿Es, ó era? interrumpió Marticela.—Es, repuso Luis.—¡Ah! él vive.... yo respiro.... dímelo todo, sin pena, no temas afligirme.... él vive...... ¡gracias Dios mio! Luis siguió así:—Es tan sensible el infeliz, que no queria comer: la necesidad le forzaba sinembargo á tomar algo: ¡cuán lánguido y estenuado se puso! Una vez pasó cuarenta dias sin solo ver la luz del sol, acostado en su cama como si hubiese estado mortalmente enfermo.... La sola voz humana que osara articular ante él, era la mia.... En su cuarto solo entrábamos yo y su perro Aquiles.... El sirviente que le llevaba la comida tenia órden de él de no hablarle jamás. Un dia estaba yo allí cuando le llevó la cena, y no viendo en ella Gullemiro lo solo que le era soportable, retiró en silencio la bandeja toda é hizo seña de quitarla de la mesa.

El sirviente, triste de ver que nada habia comido ese dia, y que se quedaba tambien sin cenar, rompió por primera vez su silencio, á lo que Gullemiro, como si oyese algo que le lastimase el tímpano, saltó airado y le dijo:—¿No basta que te ruegue que no me hables nunca? Callóse el pobre sirviente, salió y al instante volvió con lo que Gullemiro apetecia...... y con los ojos húmedos...... Aquello impresionó á mi buen amigo, el que mirándole con espresion afectuosa, le dijo:—Henrique, puedes hablarme cuando sea necesario.—El sirviente se salió algo agitado y estoi cierto que algunas lágrimas le costó el derecho de hablar á Gullemiro. Este me confesó que hacia cuarenta dias exactamente que no se levantaba de su cama, que no veia el sol y que no oia otra voz que la mia. Un dia, recuerdo, estaba tan desesperado que solo me hablaba de lo odiosa que le era la vida, y al mismo tiempo miraba una espada que tenia desnuda en una ventana junto á su cama.

"No osaba dejarlo solo en aquel momento, y pensando estaba en lo que debia hacer, cuando oimos que con la mano golpeaban la ventana misma en que estaba la espada.—¿Quién está ahí? dijo Gullemiro.... —Yo, respondió una voz dulce, tímida y triste. ¡Qué trastorno tan grande sufrió su semblante!—¿Estás bueno Gullemiro? añadió la misma voz.—Sí, respondió ¿y tú, y la familia?—Todos están buenos, ménos yo que sufro de los ojos y por eso me llevan á San Antonio.—Saltó el infeliz en su cama y le dijo:—Y qué, hermana mia, ¿no quieres verme ántes?—Sí, nada deseo tanto.—Al instante corrí á la puerta y vi entrar á una graciosa jóven, viva imágen de la sensibilidad y del pudor. Al

verme se encendiá de rubor, pero su hermano le dijo :—No tengas pena, este es mi solo y mi mejor amigo : dime lo que sientes como si estuviésemos solos.—Al verse los dos hermanos y encontrarse tan desfigurados, se quedaron pálidos y mudos.... atreviéndose apénas á mirarse. Gullemiro le tomó una mano y llenándosela de cariños espresivos, le dijo así :—Díme que es lo que te ha enfermado. Esta pregunta lastimó el corazon á la hermana. Por el modo con que ella apretaba la boca y por el movimiento convnlsivo de su pecho, conoció él que ella ahogaba sus sollozos y que estaba pronta á romper en llanto. Enternecido al estremo se levantó y cerrándola finamente en sus brazos y besándola en la frente le dijo así :—¿ No es verdad que tus ojos se han enfermado á fuerza de llorar? Díme sin recelo lo que te aflije, no temas nada, no hai nada que yo no haga por verte contenta. Entónces ella, anegada en lágrimas, le dijo —Como quieres que no viva siempre llorando cuando jamas te veo, y que Henrique te halla cada dia mas flaco y abatido ! Por él se que le has prohibido que te hable, y que tu mismo no hablas nunca. A veces paso horas enteras cerca de tu cuarto deseosa de oir tu voz ó al ménos tus pasos ó un ruido cualquiera que hagas.... nada, absolutamente nada llega á mis oidos, sino de cuando en cuando un ¡ai ! ó un suspiro que me rasga el corazon, y para que no oigas mi llanto, me alejo al momento y me voi al jardin. La familia, viendo frustradas las tentativas que hace por consolarte y distraerte, y viendo por otra parte que es imposible hacer que yo no llore, ha creido que el solo modo de curar mis ojos era alejarme de la causa de mi llanto. En vano le he hecho ver que lejos de tí lloraré mas por tí. Están seguramente en el error de creer que la distancia disminuirá mi pena, como si ella disminuyera acaso tus males ni el cariño que te tengo. Solo hai un medio de curar mis ojos y ese es remediar tu suerte. Déjame llorar, hermano querido : la risa y el contento se hicieron para ia felicidad, el llanto y el ai para la dsgracia. Tu suerte es la mia, y mis lágrimas te pertencen. No hai medio hermano mio, es preciso que lloremos juntos ó que riamos juntos, ámbos felices ó ambos desgraciados.

" En aquel instante dió Gullemiro el primer paso hácia los grandes cambiamientos y hácia los nuevos desastres que le amenazaban. La tierna generosidad de su hermana lo sacó por un instante del hondo abismo de sus congojas. Levantóse con estraño arrebato, y colmó á su hermana de alhagos y bendiciones, en pago de su delicado cariño. Aquella súbita mudanza alcanzó un poco al corazon, su semblante se serenó un tanto y como reconciliándose con la vida, dijo á su hermana : " Gracias : cuánto te debo en este instante ! Mira cuánto te quiero, que juzgo que la dicha de ser tu hermano es mas grande que la desdicha que me agovia. Solo tú bastarias á llenar el inmenso vacío de mi corazon

Desde hoi todo cambia, te lo ofrezco por la memoria de nuestra madre; y para probártelo, voi á vestirme al instante para que salgamos á dar un paseo."—Mesclando ella á sus sollozos una sonrisa encantadora, y tocándole la barba que no se afeitaba desde su llegada y los cabellos enmarañados, le dijo saliendo:—"Y te afeitarás?"

"Absorta quedó á tal nueva la familia entera, y algunos amigos que habian venido á despedirla, teniendo entrada franca, se precipitaron al cuarto, y rebozando en alegría le dieron mil parabienes por su vuelta al mundo que ellos llamaban resurreccion, solo porque por primera vez salia de su reclusion y que él veia tambien como tal, por otra mas terrible circunstancia.

"Al instante le traje un barbero, y cuando este salió, me dijo:—¡Ai, Luis, no puedes imaginarte la pena con que me he visto cortar esas barbas y esos cabellos que debian estar llenos del justo dolor con que honro la memoria de mi esposa. Los habria recogido y guardado si no hubiese mirado eso como una debilidad.—Vistióse y salió de su cuarto por primera vez despues de tres meses y por primera vez vió la luz del sol despues de cuarenta dias. Salió rodeado de sus amigos y halló la casa hecha un pozo de contento y de alegría. Vió el patio interior lleno de bestias ya ensilladas y todo listo para partir, y distinguió de léjos á su hermana dando, con puro gozo, la órden de desensillar y deshacer el viaje. Su familia, á pesar de su regocijo, dejaba ver el miedo que les daba verlo en aquel estado de estremo aniquilamiento. Todos lo recibieron entre los brazos, como si volviera de un largo viaje. ¡Con cuánto dolor pasó largo rato entre los de una tia que durante su permanencia en el saman habia cegado, y la que no pudiendo verlo le tenia siempre una mano entre las suyas. ¡Cómo lo afligia el llanto de esa infeliz tia! Casi siempre estaba á su lado Gullemiro, y cuando este tardaba en las mañanas, ella se hacia conducir á su cuarto y allí se quejaba constantemente de su suerte y él jamas de la suya.

"El primer cuidado de la familia fué darle de comer para sacarlo de la languidez en que se hallaba. Apénas habia salido del cuarto cuando se le apareció H. con un plato lleno de cositas agradables y que él tardó poco en devorar. Al fin se le presentó la hermanita ya vestida de paseo y no de viaje, y salieron los dos atravesando calles en que él habia sido otra vez tan querido y en que en ese instante se le nombraba mas que nunca, á causa del ruido que corria de sus desgracias, sin que nadie supiera cuáles eran. Antes que saliese, y ántes mismo que se hubiese vestido, ya lo esperaban los muchos amigos que tenia en aquella calle. ¡Con qué amistosa compasion veian todos su palidez y su quebranto!.... Entró en un almacen á saludar á un pariente y la mayor parte de sus amigos afluyeron allí y no hallaban cómo demostrarle el

interes que le tenian. El mas vivo deseo aguijaba la curiosidad de todos; y sin embargo, ni uno solo se atrevió á mover el dardo para ver la herida. Las penas grandes y sin remedio necesitan compasion y no consuelos y hallan en la piedad su solo alivio. Los que nos lastiman el corazon por verlo, son mas curiosos que compasivos.

Despues de un rato dejaron el almacen y siguieron la misma calle siempre derecho hasta su estremidad norte, que es mui elevada sobre la opuesta. Como las calles son todas rectas, podian distinguir desde allí, al norte del monte Avila, cuyo pié pisaban ellos, y al sur el rio Guaire, que baña los piés de la ciudad.

"Al llegar allí, Gullemiro, habituado á estar siempre acostado, se fatigó, y tomando otra calle, frustró la esperanza que tenian otros amigos de verlo de vuelta de su paseo, Los dias siguientes, su cuarto estuvo contínuamente lleno de sus muchos amigos, que se comunicaban unos á otros que ya Gullemiro se habia reconciliado con la sociedad.

"Las desgracias de Gullemiro corrian la ciudad bajo mil formas diferentes. Cada uno trataba de darle los colores mas estraordinarios.—Aquí le interrumpió Concha diciéndole:—Y miéntras Gullemiro paseaba, ¿qué hacias tú en su casa?—Yo sostenia á pié firme los mas terribles asaltos de la curiosidad de los amigos que allí quedaron, y lo que es peor, de la familia misma que, conduciéndome á un cuarto solo, me exortaba á rebelarles el misterioso infortunio de mi amigo, para poder remediarlo, ó al ménos, para aliviarlo. Yo les respondí solamente, que no podia disponer de secretos que no eran mios, y sobre los cuales habia jurado un eterno silencio: que se empeñaran con Gullemiro para que me autorizara, y que entónces lo haria con gusto. En fin, perdieron ioda esperanza y me dejaron en paz. Algunos de ellos sabian mi nombre, y comentaban á los otros la historia de lo que ellos llamaban mis hazañas, y unos y otros no me quitaban de encima unos ojos llenos de admirada curiosidad. Estrañaban los cariños que me hacia el perro de Gullemiro, que los negaba aun á los mismos de la casa. Aquel perro parecia estar en nuestros secretos, participar nuestros dolores y ligarse solo con nosotros. Me retiré al cuarto de Gullemiro y el perro me acompañó.

"Vuelto ya mi amigo se encerró un momento conmigo, me habló de su esposa, y vertió en un instante las lágrimas que habia economizado en las tres ó cuatro horas que databan su nuevo cambio de vida. Su corazon, su amor y su pena eran los mismos; pero la vida que habia llevado hasta entónces lo anulaba para el mundo y afligia á su familia. Era preciso hacer algo por ella, sobre todo cuando, siendo su mal irremediable, nada podia hacer por sí mismo. El súbito cambio de una casi completa abstinencia á una alimentacion fuerte, hizo en su salud el mas ter-

rible estrago. Ademas, tras un exterior sereno, le roia un dolor perenne, y por lo mismo bebia y comia con exceso para aturdirse y sentirlo ménos. La pena moral sin desahogo y el cargar demasiado un estómago lánguido, ámbas circunstancias contribuyeron á causarle una tal disentería, que rebelde á todo auxilio lo mataba por consuncion. Despues de once meses de tormentos de alma y cuerpo, estaba ya sin esperanza de salud, cuando una de sus tias, despues de haber consultado los mejores esculapios, principió á avanzarle algunas palabras sobre lo que el hombre debe hacer por su salud en la otra vida, desde que pierde la esperanza de su salud en esta. La memoria de su esposa agravaba su mal, y el aumento de este exaltaba esas memorias, y ámbos males daban pábulo comun al fuego que le consumia la vida. Lo agravaba sobre todo la exasperacion en que lo ponia, el ver la crueldad con que turbaban la paz de sus últimos instantes, violando los derechos santos de su conciencia. Esto lo llevaba á empujones al sepulcro; pero halló un medio feliz y al instante lo realizó. Su padre habitaba un puerto de mar á cinco leguas de distancia. Era ménos rigoroso en sus creencias y profesaba el principio de comprar el derecho á ser respetado respetando á los demas.

"Confióme su secreto y su intencion, y una madrugada mui temprano llegué á su puerta con dos caballos: hallélo ya listo y nos fuimos al otro lado del Avila á reunirnos á su padre. Durante el camino se redoblaron sus sufrimientos. Desauciado de los médicos mas hábiles, iba sin esperanza y sin otros deseos que los de espirar en paz y entre las bendiciones del que le dió la vida. Se arreció su mal los primeros tres dias; pero despues, sus ojos marchitos, tomaron algun brillo y su tez, terrea y cetrina, se puso mas suave y mas blanca. Quince dias despues, principió la disenteria á calmarse, y al fin del mes habia ya desaparecido; pero, aunque la muerte le hizo gracia por entónces, su cuerpo lánguido conservaba aun algunas huellas de su choque. En mucho contribuyó á salvarlo el tener en paz la conciencia y el placer de ver á su padre; pero sin duda que habria perecido sin aquel clima benéfico. Tres meses despues, estaba lozano y robusto como nunca.

"Una mañana tambien dejamos á aquel buen padre y aquel pais dichoso á que habia entrado todo minado por la muerte, y del que salia lleno de vida. En el camino alcanzamos á los señores A. y L. A., dos jóvenes amigos de Gullemiro, que iban tambien á la capital y que conducian su familia á pasar allí algun tiempo. Yo iba al lado de la señora, y Gullemiro, arrastrado de su irresistible instinto, se acercó á la mayor de las tres jóvenes, mayor tambien en gracias y sobre todo en finura. Por primera vez veia á las hermanas de sus amigos. Este encuentro casual le grangeó al golpe la completa confianza de la madre y el parti-

cular cariño de la hija. Llegados á la capital se despidieron despues de los mas delicados ofrecimientos. Gullemiro frecuentó la casa, tal vez con el solo objeto de calmar con las complacencias de una pura amistad, las dolencias que el amor le costaba. Estrecharon de parte y parte mas y mas aquella sincera é inocente simpatía, hasta tal punto que, no pudiendo la señora verlo salir de su casa sin gran pena, le rogaba frecuentemente que se quedase á comer con ella. La confianza se hacia de mas en mas íntima, á proporcion que se conocian mejor. En fin, todo recelo desapareció de una y otra parte, y Gullemiro pasó cerca de dos meses contínuamente con ellas.

" Poco á poco la amistad entre Gullemiro y la jóven P. fué haciendo para entrambos una imperiosa necesidad de verse. El me confesaba todos los progresos de su amistad, sin siquiera imaginarse que ya aquello era algo mas que amistad. Todos los dias, á las siete de la mañana, tomaban juntos el café, y como la señora se hacia un placer de dormir hasta tarde y Gullemiro se hacia otro de irse á bañar mui temprano. la señora encargó é las tres hermanas de acompañarlo al café. Que los honores los hiciese la señora ó su hija mayor, era absolutamente lo mismo. Su virtud la hacia digna de esta confianza; jamas hizo ella honores que le fuesen tan gratos. Se levantaba mui temprano, hacia preparar el café, se vestia con su sencillo lujo y se iba á la sala á leer, esperando á sus hermanitas y á Gullemiro, al cual hallaba muchas veces que ya la esperaba. Las dos hermanitas, no estando animadas del interes de los dos amigos, se presentaban ordinariamente algunos momentos despues. Estos momentos eran los que ellos deseaban mas vivamente: como si la soledad, tan cara á los amantes, lo fuese tambien á los amigos. Ellos se creian aun tales, sin embargo, P. la primera, perdió su inocente alegría, estaba siempre sola y silenciosa y se enflaquecia rápidamente. Sus ojos vivos y brillantes se empañaban y se ponian medio marchitos. El sueño tambien le huia, y los pocos momentos que le acordaba estaban todos agitados por la imágen de un ingrato. Ya ella sentia que su amistad con Gullemiro no podia ser y que su amor por él era invencible.

" Una mañana en el café advirtió Gullemiro el cambio que habia en el carácter y en el semblante de su amiga, y con acento algo contristado, le dijo:—Amiga mia, U. sufre, veo con pena sus quebrantos y temo que vengan de levantarsc tan temprano. Por su salud haré con gusto el sacrificio de estos momentos, sin duda tan dulces que alivian un tanto el dolor de otros momentos. ¡ Con cuánto dolor lo oyó ella hablar de esa manera!—Si me amara, se decia, no me haria tales recuerdos. ¡ Qué infeliz soi! su indiferencia es tal que no conoce siquiera que yo lo amo.—Por poco deja en su dolor traslucir su pasion; pero la dignidad

la sostuvo, y sobreponiéndose á su debilidad, le respondió así:—Gracias, Gullemiro, mi salud no sufre, es la imaginacion la que padece un poco y no hai medicamentos para esto. De tiempo en tiempo me viene una tristeza sin causa y que pasa sin remedios: es posible que sea esto lo que tengo ahora, y si hai un momento en el dia, en que tal vez se acrecienta mi mal, pero en que yo no lo siento, es sin duda el momento del café.—Aquello de que á solas con él su pena se hacia insensible, aunque tal vez se agravaba, aquello cayó en su inflamable corazon como un rayo. Sus ojos chispearon, y su agitacion y su placer involuntarios traicionaron su reserva. Esto hizo conocer á la inocente P. el valor de sus palabras, y su rubor confirmó el amor que su poca malicia habia dejado entrever. Acordóse al instante Gullemiro de su esposa, palideció y vió á P. hundiéndose en la pena y en la confusion mas profundas. Con placer de entrámbos entraron las dos hermanitas y se suspendió aquella escena penosa.

" Salió Gullemiro y se dirigió á un riachuelo que precipitándose por las laderas del Avila, formaba entre sus peñascos algunos pozos hondos y cristalinos. Tenia, pues, que subir la calle del Comercio derecho hasta su extremo norte, y de allí, fuera ya de la ciudad, seguir senderos estrechos hasta el lugar del baño. Estas aguas frias y puras vigorizaban su salud; y aquel sitio romántico y solo, tenia para él mucho atractivo. Ese dia, sintiéndose amar, y amar sin sufrir, se decia:—¡Como queda el corazon despues de una de esas pasiones infaustas y acendradas! el amor y el dolor se agotan ó al menos el corazon los niega á todo otro que al objeto de su pasion. Casi es evidente que ella me ama, ¿pero la amo yo acaso, tanto como para olvidar por ella á mi esposa, solo modo de hacerla feliz? ¿Qué hacer en este caso? Huir es cruel para los dos, combatir es peligro para entrambos."

"A su vuelta la halló fingiendo una calma que no tenia, pero conoció sin embargo que el desahogo de la mañana habia hecho su agitacion ménos cruel. Al dia siguiente por la mañana se fué Gullemiro á la sala mas temprano que nunca y la halló esperándolo ya. Al verlo, recordó la confesion que por descuido le habia hecho la víspera, y aunque llena de púdico rubor y con acento mal seguro, emprendió la defensa de su dignidad, diciéndole así: " Gullemiro, sin pretender examinar la interpretacion que U. haya dado á lo que yo le dije ayer, me permito esplicarle lo que quise decir, porque sentiria mucho el ser mal entendida."—Aquí le interrumpió Gullemiro diciéndole:—Basta, señorita, yo confieso mi error: creí ver la felicidad donde no existia sino mi deseo. Eche mi ligereza en generoso olvido y consérveme su amistad.

"Calló Gullemiro, y ella, viendo desvanecerse con aquello hasta su última esperanza, se quedó como fuera de sí y su trastorno la puso en descubierto. Pero ¿cómo lo interpretó Gullemiro? El creyó que era

que la indignaba la confesion que acababa de hacerle, y algo ruborizado le dijo:—Parece que U. no me perdona, y que por tanto mi presencia contínua la tendria en una pena tambien contínua. Buscaré un pretesto para volverme á mi casa, y mis visitas serán raras, rarísimas. cesarán si U. lo exije; pero que este sacrificio me valga al ménos la satisfaccion de saber que U. vuelve al contento y á la dicha en que la conocí.—Con aquello solo logró afligirla mas y tal vez iba ya, atortolada con aquel último porrazo, á ser intempestivamente indiscreta, cuando la presencia de sus hermanitas dió fin á aquel angustioso coloquio. Fuése Gullemiro á bañarse y á proporcion que se alejaba el instante de aquel penoso lance, él imaginaba mas humillante el desaire recibido, y el soberbio corazon le tiraba al rostro la sangre del bochorno. A su vuelta del baño, disimuló lo que pudo, pero hasta su risa revelaba su disgusto. La Señora, con su acostumbrado interes, le dijo que le parecia triste, y él, aprovechó esta circunstancia, y le respondió que si estaba algo apesarado por circunstancias particulares, y que lo mas penoso para él era el verse forzado á volverse á su casa á verificar algunos arreglos. La familia toda no pensó mas en alegrar á Gullemiro sino en participar su tristeza. Se convino en que desde ese dia, vendria solamente cuando sus críticas ocupaciones se lo permitiesen. La tristeza de todos disimulaba la de P., y si su silencio y su pena eran mayores que los de los otros, nada mas natural, pues siempre se habian mirado el uno al otro con la mayor distincion. Todos esperaban que Gullemiro pasase con ellos largo rato, ántes de salir de una casa que habitaba como hermano y á que solo volveria como amigo, así su sorpresa fué grande al verlo despedirse. Gullemiro padecia, pero su amor propio que sentia herido lo sostenia y así pudo con entereza ver hasta el último momento aquellos mismos que dejaba en consternacion. Sin embargo su acento tenia aquel quebrado que da un dolor reprimido y su última mirada á P., fué triste.

"Alejóse en fin y dejó aquella familia toda acongojada y buscando entre mil conjeturas la causa de aquella resolucion. P. sintiéndose perder las fuerzas necesarias para ocultar la causa de su dolor, apeló á la confesion del efecto, y dejando correr su lloro dijo á su madre que aquella separacion la afligia sobremanera. Lo mismo dijeron todos y todos lloraron con ella. Se retiró á su cuarto, y ya sin testigos, soltó la riendaá su pena. Bien pronto se apoderó de ella una fiebre ardiente, y la sed de sus labios desecados, era efecto de la sed de sualma apasionada. Esta fiebre hizo tanto mas rápidos estragos, cuanto que su salud estaba ya mui quebrantada, pues que era víctima del choque continuo del decoro que le imponia silencio y de la violenta pasion que la impelia á decir un "te amo," al dueño de su alma.

"Gullemiro, so pretesto de buscar un aire seco y puro habia dejado la casa de sus tías, situada hácia el centro, y se habia ido á vivir á una casa situada hácia la parte mas alta de la ciudad. Dos jóvenes hermanos Antonio y Francisco Mayas vivian solos en una casa mas grande de

lo que ellos necesitaban. El les propuso que le admitiesen en tercero, lo que ellos aceptaron, con mui especial placer. La sala era el centro de reunion : Gullemiro iba á ella raramente : retirado siempre en su cuarto, trabajaba ó sufria meditando. ¡ Qué paz tan agradable halló en aquel apacible retiro con aquellos finos amigos ! Mui cerca de allí estaba el baño que él frecuentaba, que era como he dicho una vertiente cristalina llamada Catuche. Disponíase á pasar ratos mas largos en la montañuela, entre cuyas rocas forma sus estanques aquel rico manantial ; pero todo cambió ese mismo dia. Comió con sus nuevos compañeros esa tarde y despues se encaminó hácia la casa de P., no queriendo hacer sospechar un resentimiento de su parte. La familia lo recibió con indecible placer. ¡ Con cuánta pena supo la enfermedad de P.!

"No se atrevia sin embargo á pedir el permiso de verla ; temia ofenderla mas. La madre lo sacó del embarazo diciéndole con afecto quejoso : " No solo nos deja U. sino que se interesa poco por aquellos mismos á quienes su separacion enferma.."—El respondió que solo la timidez lo habia contenido, pero que nada habria mas injusto que dudar del decidido cariño que él profesaba á toda la familia y mui particularmente á su amiga P.... La familia toda lo condujo al cuarto de P.... Esta, con sorpresa de él, lo recibió con una expresion abierta de cariño. ¡ Cónqué tierno interes le decia sonriendo que terminase pronto sus quehaceres para que volviese á una casa en que hacia tanta falta ! Su resolucion estaba ya tomada y ella le aseguraba la vuelta de Gullemiro. La fiebre habia casi desaparecido desde que lo habia visto.

"La inquietaba aun sin embargo el temor de no poder hablarle á solas un momento ó de no poderle dar un billetico que tenia ya preparado. " ¿ No me ha declarado él su amor ? se decia. Declararlo yo la primera, seria sin duda vergonzoso, pero este billete es solo mi respuesta y no mi declaracion." La alegría de P. entristeció á Gullemiro que imaginaba que era la expresion de la indiferencia, y aprovechando un momento en que todos estaban hablando entre sí se le acercó y le dijo suavemente : " ¿ En qué he merecido ese alegre desprecio con que U. me trata ? Esa es una crueldad á que yo no me espondré mas."—Ya se volvia hácia los otros cuando ella lo llamó suplicándole viese á ver si tenia fiebre. El se acercó tímidamente y no sin repugnancia, y ella entreabriendo la mano y dejándole ver el billete, le hizo señal de tomarlo.

"Todo mudó con aquello : ella estaba ya sana y tranquila y él incierto y agitado. La fiebre se pasó de ella á él. Apénas podia encubrir su descontento. Retiróse y dando por hecho que el billete era una burla echó al salir una ingrata mirada á P. que la volvió á su congoja y ansiedad.—" No hai medio, se decia ella, él desprecia mi confesion :—y él á su vez creia que ella se proponia divertirse á sus espensas. Al salir volvió la Señora á reiterarle sus súplicas para que volviese, y él le respondió que segun el rumbo que tomasen las cosas al dia siguiente, podria ó

no : que si él no venia en ese dia decisivo ántes de medio dia, no lo esperase ya en mucho tiempo."

"¡Con qué indecible sorpresa halló en aquel billete la confesion mas tierna y apasionada! Era esto sin duda lo que ménos esperaba. Pasó la noche y la mañana en una calma contenta, y llegado el instante que habia señalado á la Señora como decisivo, quiso probar si ciertamente lo estimaba ó no aquella familia, y dejando sonar las doce se presentó media hora despues. La consternacion reinaba en aquella casa. Parecia que alguno de ella habia muerto. Todo se reanimó á su sola presencia y cada uno iba saliendo de sus habitaciones enjugándose los ojos. ¡Con qué vivo interes le preguntaban el estado de sns negocios! El aprovechaba la confusion de ellos, para ocultar la suya y meditar su respuesta. Las dos hermanitas estaban solas con él: despues vino la Señora, contenta de verlo allí, pero apesadumbrada del estado de su hija P.

"Gullemiro supo que esta estaba mas mala aun, y rogó le permitiesen verla. Hallóla mui quebrantada, la saludó con el mas fino interes, y terminó diciéndole: "mi amiga U. sufre, ¿qué puedo yo hacer para aliviarla? Ordene U., mi voluntad es la suya, por una tal amiga, todo me es posible."—Exigióle ella que volviese á acompañarla y él lo acordó al momento. La fiebre, efecto de la pena moral, desapareció con la causa. El nuevo brillo de sus ojos decia que ya habia pasado la sombra que los oscurecia.

"Gullemiro le aconsejó que se levantase, porque imaginó que así lo deseaba. Entrambos pasaron el dia en un contento pacífico, pero llegada la noche los asaltaba de contínuo la entrevista del café. La noche fué agitada, y apénas el dia echaba sobre este lado del mundo su ojo luminoso, cuando ya Gullemiro tomaba el fresco en el jardin. Algunos instantes despues vió pasar á P. hácia la sala y él tambien entró en ella algo demudado......

La atencion de Marticela en este punto era grande, el pensamiento iba y volvia imaginando las mil consecuencias de tal entrevista....... Luis guardó silencio un momento meditando el modo de contar á Marticela el resto de su historia, y despues continuó así:—"Despues de un saludo lleno de amor y delicadeza Gullemiro se sentó cerca de ella, se escusó de lo mucho que la habia hecho sufrir, confesándole que habia creido que ella se burlaba de él. Ella por su parte tambien le rogó, llena de lágrimas y pudor, que perdonase la dureza con que lo habia tratado y que escusase en aquel momento la debilidad con que se rendia á su amor. Gullemiro, mirándola de un modo mas espresivo que toda palabra, le tendió la mano: ella sin vacilar la cerró entre las suyas, y él aplicó á la de ella sus labios.—Esta terrible impresion la estremeció to-

da entera. El con voz insegura y temblorosa esclamó: ¡ah! si mi labio pudiera ser aun mas feliz, que besase como amante y no como esclavo!....... Guardaron entrambos un largo silencio, pero hablaban los ojos, á su propio pesar. Alternaban la palidez y el rubor y la mirada estaba enturbiada por la pasion, y este lenguaje, único posible en aquel trance, intimidaba y enardecia á un tiempo á Gullemiro. Al fin esa vez como siempre, la pasion triunfó, é inclinándose hácia ella, unió sus labios á los suyos y ambos sintieron ese veneno fatal que hechiza, que ciega y que hace olvidarlo todo. Apoderóse de ellos esa fiebre voraz del alma, que hace sentir divinos los delirios y para la cual no hai ni deberes ni peligros. Esa caricia fatal los metió en el resinto de la pasion—adios prudencia, adios virtud!......Ella balbuceó algunas palabras para suplicarle se alejase: su respiracion, como su razon, estaba casi ahogada. El aprovechó el valor que, en ese instante crítico, le dió la sombra de la esposa, y, haciéndose un generoso esfuerzo, huyó temblando al jardin.

Vuelta ella en sí de aquella fascinacion, juzgó, por su debilidad, el gran esfuerzo que habia hecho Gullemiro y lo mucho que le debia. Este rasgo noble, realzando la grandeza de su amante, agrandó el amor que le tenia. Así separados esperaron á las hermanitas, con las que pocos instantes despues volvió Gullemiro á la sala. Todo respiraba en ella amor y gratitud. ¡ Dia terrible para Gullemiro! ¡ Dia que empató sus dos últimas desgracias ! Era el último domingo de Setiembre de 1839.

" Despues del café se fué al baño, y de este, estando ya de vuelta mui temprano, quiso ver á su primo N., jóven militar que montaba la guardia del parque. Halló que le hacian compañía forzosa unos cuántos arrestados por haber faltado á la milicia que por entónces se organizaba. Entre otros habia seis arrieros de la escabrosa montaña que separa la capital del puerto de la Guaira. Estos son sin duda los hombres mas vigorosos. La guardia era de cien hombres y ademas se hallaba allí acuartelada una compañía veterana. Gullemiro y su primo N. con el jóven M. P. conversaban tranquilamente cuando oyeron una gran algazara sostenida por un grupo numeroso de arrestados, soldados y hombres del exterior. Acercáronse y vieron que el grupo rodeaba un cañon de bronce de veinte quintales. Estaba desmontado y tirado por tierra y se trataba de saber quienes pudieran levantarlo por la culata. Un soldado solo, de entre tantos, pudo hacerlo, y al fin, de mas de trescientos hombres fuertes que lo emprendieron, solo cinco lo llevaron al cabo. Cada uno de estos héroes alcanzó mil aplausos. Su primo habituado á rendirlo todo á su arrojo, ensayó vanamente que su fuerza igualase su valor. El jóven P. luchó tambien sin fruto con aquel pesado cañon, que permaneció inmoble como el imposible. Solo Gullemiro faltaba por entrar en

prueba ; y sin duda que no se habria hecho rogar mucho, si los recuerdos de la mañana le hubiesen permitido pensar en otra cosa. Sin embargo, cuando á las instancias sucedieron las jocosidades con que le daban á entender que allí encallarian sus fuerzas, olvidó un instante su amor por su amor propio, y doblando con austera acritud su robusto cuerpo sobre el cañon, lo agarró y sin soltarlo lo levantó siete veces seguidas y á mayor altura que los otros. Entre los que habian levantado ya el cañon habia un muletero, que herido de verse así sobrepasado por Gullemiro, le propuso una prueba en que se decia invencible y en la que apostaba á Gullemiro el dinero que quisiera. Este lo miró con indiferente frialdad y se retiraba en silencio : pero su amigo M. P. se empeñó en que se midiera con su rival. Venciólo Gullemiro con tranquila naturalidad, y con la misma, sin orgullo y sin rubor, le volvió la cantidad apostada. Dióse por ofendido el muletero, pero él le dijo que si no la tomaba la repartiria al instante entre los soldados, y esto lo decidió á tomarla. Tanta fuerza de cuerpo y de espíritu y tan poco orgullo, causaron en tantos hombres fuertes una profunda sensacion. Entre los que admiraban su extraordinaria potencia y su magestad melancólica, habia un vigoroso jóven, cuyo rostro austero y sombrío revelaba un valor y un carácter que lo colocaban entre los hombres no comunes.

" Era ya hora de volver á casa de sus amigas, y salia ya acompañado de su primo y del jóven M. P. y seguido de una infinidad de otros que lo examinaban de pies á cabeza, curiosos de hallar en que consistian sus fuerzas y su aspecto interesante y raro. Aunque él parecia ignorarlo, bien sabia que era el objeto de la curiosidad general, y queriendo no serlo mas se despidió de sus dos amigos. La mirada de todos, llena de admiracion y casi de asombro, se fijaba en él y aun algunos salian corriendo para conocerlo, y el con mirada tranquila hizo á todos un saludo noblemente cortez y salió. Pero al atravesar los umbrales del parque, su mirada se encontró con una deidad y se estremeció. Conmoviose tambien la bella desconocida y á la segunda mirada, aquel hombre, que veia con la calma de la superioridad á tanto hombre fuerte, miro turbado y rendido aquel ojo que al traves de un velo negro descubria un hechizo celestial. Instante fatal ! Aquella mirada sacudió sobre su cabeza la campana del destino, y sus vibraciones fueron tan tristes como eternas. Ella salia de oir misa en el inmediato templo de San Mauricio. Por entre las mil gracias de su perfecta belleza se distinguia esa gracia divina que da una alma pensadora y sensible. Sus ojos eran dos luceros : su cara un cielo de arreboles y su cuerpo todo un pozo de encantos, un paraiso."

Olvidaba Luis, que hablaba con Marticela, y esta, en una angustia que la dejaba apenas respirar, le dijo, y quien era esa muger estraordinaria ?—Luis algo inmutado al ver la pena que le habia causa-

do, le respondió: "Es la mejor amiga de Marticela: es *Almabella.*" —La infortunada esposa, al ver que así la olvidaban el amor y la amistad, se consternó hondamente y buscó un consuelo en el llanto. Despues continuó Luis así: "Gullemiro conoció al punto que el hechizo que habia sufrido duraria tanto como su vida, y dejándose arrastrar ya por aquel iman, siguió á la desconocida y giró desde ese instante á su rededor, tan por fuerza, como gira la tierra al rededor del sol. En ese instante vió que un caballero le daba el brazo con confianza y seguia con ella. Se estremeció al pensar en un imposible, pero se dijo así mismo, lo que siento en el corazon no reconoce imposibles..... Pasó adelante y vió con pena que el que la acompañaba era el mismo jóven que en el parque habia llamado tanto su atencion. Al pasar le echó Gullemiro una de esas miradas indefinibles, mezclas sombrias de afecto y de ira: pero dominándose, los vió con tranquilo rubor y les hizo uno de esos saludos que revelan el tamaño del alma y de la pasion que la agita. Los dos jóvenes entraron sn su casa y corrieron al instante á la ventana, para ver que hacia Gullemiro. Pusiéronse detras de una celosía y lo vieron volverse, mirar con disimulo el número de la casa y sacar una cartera, en que probablemente lo apuntó. Como la casa de sus amigas, á donde iba á almorzar, estaba hácia abajo, tuvo que pasar aun por el frente de la casa, que bien pronto debia serle tan fatal.

"Los dos hermanos, estando aun en la celosia, lo vieron que bajaba, y tomando el jóven con precipitacion el sombrero salió á la calle para encontrarse con él y acabar de esplicarse aquella mirada terrible cuya causa suponia. ¡Con qué ansias esperaba la hermana en la ventana el momento en que se encontrasen! Ya ella sabia por su hermano R. las hazañas del parque y la fama de magnánimo que le habian alcanzado sus cualidades dominantes, virtud, valor y piedad. Pero el hermano no sabia que todas las mañanas á las siete, ella se ponia en la misma celosia á verlo subir al baño, y que, hasta entónces insensible á los hombres que habia siempre hallado frivolos, creia haber ya encontrado en Gullemiro el héroe de su imaginacion. En fin el momento crítico llega ya: Gullemiro y R. se acercan, y por los cambios sucesivos que se notan en el ademan de uno y otro, se ve el cambio de sus resoluciones. R. pensó imponer á Gullemiro, pero fué este quien le impuso á el primero. R. no pudo sobreponerse á sus efectos y su semblante se demudaba mas y mas á proporcion que se acercaba á Gullemiro y que veia en este una marcha marcial y serena y una dignidad imperturbable. El desconcierto de R. llegó á su colmo cuando Gullemiro, dándole la acera y descubriéndo su ancha frente, le hizo un saludo respetuoso conque parecia querer indemnizar aquella amenaza involuntaria. Tambien R. bajó su sombrero y con respetuoso ademan respondió al salu-

do de Gullemiro, el cual alejándose rápidamente de R., se acercó con lentitud á la casa que lo hacia estremecer.

" Bien habia visto Gullemiro todas las mañanas en aquella misma celosia una muger que cerraba sus rejas cuando él se acercaba: le habia parecido por algunas circunstancias que ella lo esperaba allí, ó que al ménos lo miraba con curiosidad. El no habia podido jamas verla, pero ya sabia que su ídolo vivia en aquella casa, y bien podia ser la misma persona que lo acechaba diariamente en la celosia. Todas estas ideas, y la de que ella podia estar actualmente allí, lo hicieron pasar al lado de la ventana con una emocion estraordinaria. Nada vió: la celosia tenia las rejas lo mas unido posible, pero oyó un ruido con que parecian responder á una aspiracion larga y convulsiva que hizo al pasar y que era el preludio de sus eternos suspiros. Aquel ruido lo estremeció, y sus pasos desconcertados anunciaban que su alma flaqueaba allí. Pasada ya aquella misterioso ventana, se volvió y tampoco vió nada. En fin, desapareció de aquel lugar y llegó á casa de sus amigas que lo esperaban con inquietud.

" Qué mudanza tan grande se habia operado en Gullemiro despues de la mañana! Ya no era el mismo...... Teniendo continuamente ante los ojos la ventana y sus misterios, no sentia ya sino tristeza ante aquellas amigas que tanto lo querian. Entónces conoció que él no habia amado á la infeliz P. ¡ Que diferencia tan grande sentia entre la arrebatada pasion que le habian inspirado su nuevo ídolo y su adorada esposa, cuya muerte lloraba aún, y el apacible afecto que tenia á P., y que él mismo apénas sabia si era amistad ó si era amor!......

"La amistad entre dos jóvenes solteros y que no son hermanos, tiene siempre algo de amor: el instinto, exhalando entre los dos el aliento de la pasion, suele prestar á la amistad el fuego del amor. Toda esta extraña mudanza la explicaba P. por el lance con ella en la mañana, y la familia por algun nuevo contratiempo que hubiese encontrado Gullemiro en sus negocios. Miéntras tanto, á él lo absorvia incesantemente la hechicera imágen de la que aun solo habia visto al traves de un velo.

"Durante esto: ¿ qué se pasaba en el corazon de Almabella? Aunque llena de alarmas involuntarias, bendecia en secreto el accidente que la habia presentado á los ávidos ojos de Gullemiro. Entónces fué cuando pensó en ser hermosa, cuando conoció que lo era y cuando llenó de bendiciones á la providencia que la habia hecho amable á los ojos del solo hombre que ella amaba.

" La mujer mas honesta anhela por ser bella si llega á enamorarse, y en eso de enamorarse no hai albedrío: las leyes del corazon bajan del cielo.

" Varias veces se escapó Gullemiro aquel dia de casa de sus amigas y pasó por la encantada ventana sin fruto alguno. Fuése á casa de

su primo, y sin franquearle su secreto, supo por él, que el jóven que habia estado con ellos en el parque se llamaba R. C. y que era hermano de la señorita Almabella tan celebrada por su beldad y por su pureza. Al saber que solo eran hermanos, respiró Gullemiro, y cierto ya de alcanzar su cariño, quedó en paz consigo mismo y con la suerte. A su vuelta del Saman á la capital, habia oido las alabanzas que todos hacian de esta jóven, y no habia siquiera deseado verla, dando tanto favor por exajerado, y no queriendo esponerse á profanar las sagradas memorias de su esposa. Gullemiro fué desde ese dia el objeto de la conversacion de los dos hermanos, y la entusiasta admiracion que R. tributaba á las fuerzas del cuerpo y á las mas grandes fuerzas del alma de Gullemiro, agregaban todo el prestigio de una maravilla misteriosa al tierno y violento amor que sus prendas exteriores habian bastado á infundir en Almabella.

" Volvió Gullemiro á casa de sus amigas, siempre absorto en su contínua meditacion; pero mas tranquilo que en la mañana. Llegó la noche, y Almabella, P. y Gullemiro apénas hallaron algun reposo. Pasó la noche, y llegó la mañana que tanto deseaban los tres. A la primera luz del dia, ya Gullemiro se paseaba entre las aromas del jardin. No tardó mucho en llegar la malhadada P., para la cual el fatal instante de ser postergada habia ya sonado, y para la cual iba pronto á sonar tambien otro instante aun mas terrible. La virtud de una mujer honrada puede resistir á toda seduccion, pero sucumbe sin duda á aquella especie de frialdad de su amante, que le parece venir de otro amor. Todo lo sacrifica una mujer apasionada por salvarse del desprecio del que ella ama tiernamente. ¡ Con qué colores tan horrorosos se presenta el amor y la vida misma, á la desventurada que se encuentra en ese caso ! ¡ Infeliz ! En sus ansias amargas apeló, para remediar su mal, á un medio desesperado, y con el que solo logró hacerlo bajo todos aspectos infinito. Tal vez ya hoi el olvido del ingrato, habria vuelto la paz á su alma, pero no, su loca pasion la extravió, y es forzoso que miéntras viva recuerde á ese ingrato, con el doble dolor del despecho y del remordimiento. ¡ Qué mísero infortunio ! ¡ Inmolar la conciencia por salvar el corazon y perderlos ambos !

" Tal fué el destino que en sus amores corrió la infeliz P...."— Aquí calló el alma contristada de aquel amigo tan generoso ; y Marticela á quien devoraba la sed de saber el desenlace de una historia que hacia la suya, le rogó que continuase...... y él lo hizo así :

" Aquella mañana entró P. en la sala con la firme resolucion de suplicar á su amigo que la excusase si no iba en adelante sino con sus hermanitas...... pero comenzó por quejarse de la indiferencia que habia empezado á notar en él. Las escusas frias de Gullemiro y su contínua distraccion en vez de aplacar sus celos, confirmaron sus alarmas. Ya

entónces entrevió otra criatura feliz, que le robaba el solo tesoro que le hacia dulce la vida. La ponzoña de los celos se le clavó en el corazon y le vomitó adentro su veneno devorador. Sintióse casi loca y en sus transportes desatinados se echó á los piés de su amante anegada en llanto y pidiéndole su corazon en nombre del Dios del cielo y de la piedad de su alma. Nada ménos que aquello esperaba Gullemiro: levántala, y lleno de rubor y confuso, le abrió unos brazos enternecidos en los que ella se precipitó con mil transportes amorosos. Ella pensaba solo en hacerse amar, pero en su delirio no conocia hasta donde sus caricias podian serles funestas.

" Hasta entónces estuvieron, el uno bajo el imperio de una amorosa gratitud, y el otro bajo el de una pasion delicada; pero pocos instantes despues, estuvieron ya bajo el soberano imperio de la ciega pasion, de esa fiebre magnética que pone el alma en delirio y el cuerpo en convulsion. En el amor como en la electricidad, la chispa devoradora solo salta al contacto de los polos contrarios. El amor es idéntico á los rayos del cielo. Su fuego fatal hace mas èstragos en la paz del corazon, que los que hace la centella en el mortal que destroza. No hai medio: á un violento amor sigue por fuerza, ó un cruel infortunio, ó un fastidio mas cruel aun. Es posible salvarse de un precipicio alejándose de él; pero arrojarse y no estrellarse en su fondo es imposible.

" A los instantes de sobresalto sucedieron instantes de deliciosa ceguedad y á estos momentos, en que ella creyó encadenar su dicha, siguió el instante fatal que vió á la lúgubre luz del remordimiento. El último de estos tres momentos se prolongó por todo el resto de su vida, es decir, por su vida entera. ¡ Qué doloroso es á un hombre honrado el ver amancillarse así, una mujer inocente al soplo de una pasion que él no paga...... ¡ Soledad, musa inspiradora del amor, no de sus cánticos sino de sus ansias, de sus hazañas y de sus estragos........ Soledad, soledad fatal para esos amantes locos que tanto te anhelan !...... Los convidas con efímeras delicias, los enloqueces y los pierdes y solo los vuelves á la razon para que sufran las ansias sin fin que trae la culpa......En fin acortemos la penosa historia de la pobre P. y pasemos á otra aun mas lastimosa.

" ¿ Pero qué, esclamó Marticela transportada de dolor, se volvió acaso loco Gullemiro, ó se apoderó de él una fiebre infernal ? "—No, respondió el fino amigo de Gullemiro, no condenemos con ligereza como el solo culpable al que solo es el mas infeliz de los hombres.....Oidme ántes de juzgar con tanta crueldad al hombre desgraciado cuyos estravíos vienen todos, á mi ver, del estado estraño á que lo redujo vuestra supuesta muerte."—Esto enterneció, á la pobre esposa que se avergonzaba de ver que otro tomase la defensa de Gullemiro, y que ella en vez de otro emprendiese su acusacion. Escusóse con Luis y le dijo que continuase, lo que él hizo de este modo:

" Despues del funesto instante en que el arrepentimiento comenzó á minar el alma de P., su amor por Gullemiro se acrecentaba en proporcion de lo caro que le costaba. El solo modo de deshacer ó de resarcir al ménos el sacrificio ya hecho, era hacerlo fructuoso, y obteniendo su cariño y su mano aplacar su conciencia y complacer su corazon. Así pues, nada economizaba por ganárselo. Sus modales, sn voz, sus ideas, sus caricias, sus quejas, todo rcspiraba las finezas de su amor, y algunos dias despues habia ya couquistado del lado de la gratitud los mas finos afectos de su amante Gullemiro. Pero ¡ infeliz ! tomaba por amor la gratitud y rebosaba en alborozo, en los instantes mismos en que se lebantaba, envuelta en hórridas negruras, la borrasca de su naufragio.

" A cada instante asaltaba el corazon de Gullemiro la imágen de Almabella, y se apoderaba de los fuertes que sostenia débilmente la ya pálida sombra de P.......Bien pronto todo su corazon estuvo lleno de aquella deidad conquistadora y le rindió completo homenaje. Un dia, reprochándole yo su veleidad, me respondió con un chiste que solo yo entendia, "es imposible resistir con solo una hacha á los ataques de un castillo."

" Pronto tambien conoció P. lo inútil de sus esfuerzos, y desalentándose, se abandonó á la desesperacion. ¡ Qué coloquios tan lastimosos se pasaron entre los dos ! El tan compasivo, ella tan infeliz : él reconocido, ella sacrificada: ella se hallaba en desolacion, él en conflicto, y entrambos, llenos de remordimiento y quejosos de su destino. En cuanto á Gullemiro, basta para representar su suerte, el decir que era desgraciado: en cuanto á ella, no hai palabra que baste.......El solo modo de formarse una idea de la situacion de P. es imaginarse sufriéndola.

" Volvamos á Gullemiro y á Almabella. El mismo dia en que se selló la mala suerte de P. salió Gullemiro hácia el baño. Dsde que entró en la calle del comercio sintió una estraña emocion. ¡ Qué influencia tiene la cercanía del objeto de nuestra pasion ! ¡ Qué feliz casualidad ! ella llegaba á la ventana en el instante mismo en que él pasaba : hizo ella por no ser vista, pero no fué posible y desde aquel momento vió Gullemiro que la que lo acechaba todas las mañanas, era la misma que habia visto en la calle la víspera de ese dia. Apénas podia alejarse de aquel lugar: sentia como que tenia el alma amarrada y que no podia apartarse sin romperla ó al ménos sin lastimarla. Poco á poco se alejó con pena como navio, que falto de viento sale del puerto á remolque. Este tenia viento contrario, y viento tan terrible, que arreciándose de mas en mas, terminó por estrellarlo contra aquella ventana encantada.

" Despues del baño bajó por la misma calle y con sorpresa conoció

que ella estaba tras la celosía. Ya ella sabia, no solo que subia por allí todas las mañanas, sino tambien que bajaba algo mas tarde. Ella, con la salvaguardia de su romanilla, iba frecuentemente á la ventana por ver si lo veia ; pero él pasaba casualmente en otros momentos.

Un dia fué convidado á comer por su amigo M. C., y hácia el fin de la comida llegó de visita un jóven que Gullemiro no habia visto nunca. Se saludaron con toda ceremonia, y despues el recienllegado tomó asiento cerca de Gullemiro. Este sentia por aquel desconocido una cierta simpatía ; primero por tener un aire triste y segundo por un no sé qué que hallaba en él que no podia explicarse. Pero ¡ cuál fué su pena y su sorpresa cuando al nombrarlo su amigo, el desconocido inmutándose todo repitió su nombre y dando la direccion de su propia casa preguntó si era él mismo, y ya cierto de ello no pudo disfrazar su descontento ! Gullemiro vió claro aquel modo enemigo ; pero lo miró de tan alto que hasta desdeñó el preguntarle quien era. No podia atender á enemistades insignificantes, cuando una amiga adorada lo ocupaba todo entero. Gullemiro notaba que el extranjero osaba tener constantemente los ojos sobre él y examinarlo y medirlo de arriba á bajo, y ya esto comenzaba á agriarlo un poco, cuando el temerario desconocido hablando al jóven M. C. se expresó así :—" Es necesario, amigo mio, que yo deje la capital : ¡ hai tantas cosas en ella que me atormentan !—y mirando á Gullemiro añadió—¡ y tantas que yo aborrezco !.... que me es imposible pasar un solo instante en paz. Por donde quiera se me presenta algo desagradable, de tal manera que me ha sucedido estar mui contento al lado de un hombre y saber de repente que debia serme odioso."—Al decir esto volvió á mirar á Gullemiro, el cual sin duda habria puesto fin á lo que él, ignorando la causa, miraba como pura impertinencia ; pero tuvo que callar, porque el desconocido continuó así :—" Mi objeto es pues, mi amigo, que U. vea si es posible alcanzar para mí una ocupacion en alguna de las ciudades cercanas. No quiero alejarme mucho por mil circunstancias, y me es nscesario un empleo, como pretesto, para que mi padre me permita ausentarme. El mayor beneficio que puede U. hacerme es este y mi agradecimiento será grande."

" Gullemiro oyó con interés los ruegos de aquel pobre jóven, pues le pareció al verlo que sus penas eran causadas por el amor. M. C. le respondió inmediatamente que haria cuanto le fuese posible y que volviese por la respuesta dentro de tres dias.

" Gullemiro, viendo con pena que aquel jóven, á quien estaba resuelto á ser útil, lo zaheria contínuamente, se retiró por evitar no solo el mal, sino el peligro.

" Quedáronse M. C. y el desconocido y este habló terriblemente de Gullemiro, disimulando la causa de su rabia.

" Apénas habia llegado á su casa, Gullemiro escribió á su padre

encareciéndole con las mas vivas súplicas que, si era posible, diese en la oficina que él regia, una plaza á uno de sus mejores amigos. Cabalmente se proveian algunas y al dia siguiente en la noche ya tenia Gullemiro una respuesta favorable. Corrió al instante á casa de su amigo M. C., le hizo ver la carta y le exigió el mas grande secreto, bajo el pretesto de que aquel hombre lo habia insultado y atribuiria á cobardia un hecho semejante : terminando por protestarle que si el jóven llegaba á penetrar que debia á él aquel servicio, retiraria el tal servicio y quedaria descontento de él y espuesto á todo accidente con el otro. Esto lo dijo al jocoso M. C. con un tono tan severo que casi fué desagradable... Retiróse á su casa contento de lo que hacia y de que aquel suceso quedaria siempre envuelto en el misterio. Pasó aquella noche tranquilamente con sus amigas y por la mañana se pasaron las dos escenas de costumbre: una la del café con el éxito ordinario y la otra la de la ventana, tan infructuosa como siempre. Sinembargo la celosía, esta vez como las otras, ocultaba la misteriosa hermosura de sus desvelos.

" A su vuelta del baño halló en la casa un billete de M. C. que le exigia pasase á verlo sin dilacion para almorzar juntos y arreglar algo mui urgente sobre el empleo del desconocido. Iba ya á sentarse á la mesa con sus amigas cuando le entregaron la carta : abrióla y escusándose con precipitacion, voló á donde una noble accion lo llamaba...... Ciertamente que no habria ido si hubiese temido lo que le esperaba. ¡ Con qué desagradable sorpresa halló al desconocido con su amigo M. C. y como lo desconcertó el despecho al suponer, por las finas maneras de su desconocido enemigo, la traicion que habian hecho á su confianza ! M. C. era hombre que se reia de todo y de todos ; pero en su pálida inquietud y en su tímido respeto, manifestaba que su jocoso carácter hacia una honrosa escepcion de Gullemiro.

"Bien habia informado M. C. á su cliente de la generosidad estóica de Gnllemiro que se avergonzaria mas de verse descubierto en una buena accion, que otros de serlo en una mala. Entrambos daban por hecho que se iba á ofender y no hallaban como entrarle. Todo se volvió rodeos y confusion. Al desconcierto de Gullemiro sucedió una rabia taciturna y el gesto que revelaba este sentimiento los desconcertó á ellos. Sentáronse á la mesa y no por esto se quebrantó su silencio. En fin el jóven desconocido, con voz no mui segura, dijo á Gullemiro que le suplicaba fuese indulgente con el lenguaje satírico que habia usado con él la víspera : que hai situaciones tan amargas en la vida que nos hacen cometer desatinos : que el le ofrecia en resarcimiento de esa ofensa el mas sincero arrepentimiento, y que se reservaba para esa noche el esplicarle el motivo de su conducta.

"Gullemiro le respondió con seca afabilidad y sin hacer la mas lijera relacion á empleo ni á nada. Imaginóse un instante que M. C.

habia querido simplemente reconciliar á dos amigos suyos y que no lo eran entre sí. Esto lo reanimó un tanto: pero poco tiempo, porque un instante despues, se aclaró el verdadero deseo de M. C. Este sabia estimar mui bien un hecho noble para no honrarlo dignamente; solo le arredraba el modo de hacerlo, tan peligroso con un hombre en el cual el pudor de la generosidad era tal vez mayor que su propia generosidad, puesto que habria pasado por la pena de privarse de una accion loable, si esta exigia la pena mas fuerte aun, de hacerla pública.

"El desconocido, volviendo á interrumpir el silencio le dijo:" ¿ me ha visto U. alguna vez ántes de hoi?"—" Sí, respondió Gullemiro con gesto austero y con voz demudada,—ayer ví á Ud. por primera vez, y hoi por última......" Al decir esto miró á M. C. con aire de incontrastable resolucion, y despues volviendo al estranjero le preguntó si lo habia visto alguna vez, y al oir que no, no pudo ménos de sonreir en silencio, al recordar las ofensivas indirectas del dia anterior...... En este momento tambien sonreia el taimado de M. C.: su fisonomía se reanimó y su serenidad anunciaba la resolucion del problema en cuestion. Ya habia hallado el medio de honrar á Gullemiro sin arriesgar su amistad, y con risueña calma comenzó á decirle así: " mi amigo, ¿ imaginarias acaso la causa de que este caballero que odiaba hasta vuestro nombre, desee hoi como honrosa vuestra amistad?"......

"Gullemiro enderesándose sobre la silla palideció, y con acento seco le dijo: " no se ni quiero saber: bástame lo que supongo: no quiero mas."—" Pues bien, replicó M. C., forzoso es oirme ó insultarme: lo primero es justo, lo segundo es lo contrario."—Estas palabras dictadas por un amor propio herido, llevaban un tono firme y quejoso que volvieron en sí á Gullemiro, y haciéndole ver su escesiva dureza, lo ablandaron tanto cuanto en igual caso era posible. Conociólo el sagaz M. C. y aprovechando la coyuntura le dijo: " Espero que una escesiva delicadeza no os haga cometer una temeridad y que ultrajeis con ella á los mismos á quienes habeis querido honrar, solo porque un accidente, de que ninguno de los dos es culpable, dió á las cosas un camino diferente, pero que conduce al mismo fin. Lo sucedido es esto: anoche estaba mui apurado con el despacho de asuntos urgentísimos, cuando llegó este amigo á instarme fuese activo en su negocio. Yo le dije que ya todo estaba hecho y le leí vuestra carta como dirigida á mi, pero no le leí la firma creyendo no convenia á la reserva que deseabais. El por su parte se negaba á recibir un favor sin saber á quien lo debia, y decia que para admitirlo se necesitaba un bajo egoismo. En esta disputa estábamos cuando entró una persona á quien urgia hablarme un instante á solas. La precipitacion con que fuí llamado me hizo olvidar sobre la mesa la carta de vuestro padre, lo que le aclaró el misterio."

"Aquel instante era el decisivo: triunfaron al fin, pero despues de mil penas...... Gullemiro preguntó como si aquello le fuese nuevo "¿ cuál carta ? no se que tengais cartas mias." El creia tener en su casa la carta que habia dejado por olvido: así se quedó pasmado cuando el desconocido. sacándola de la faldriquera, le dijo: "Esta es la carta: ¿ quereis acaso desconocer el nombre y la letra de vuestro padre ?" A esto Gullemiro, suplicándole con forzada cortesia que le devolviese la carta, le dió las gracias al recibirla y encaminándose hacia su sombrero, dijo á M. C.: "si vos cumplis así vuestra palabra, yo os haré ver de que modo tan diferente cumplo yo la mia: recordad lo que os tengo dicho y dadlo por hecho."

"M. C. y el desconocido que en vez de ofenderse por esto lo admiraban mas y mas, intentaron un último esfuerzo. Ambos corrieron á detenerle y el desconocido, rojo de pudor y con el alma enardecida, le dijo, tomándole la mano: "no, no, vos no saldreis de aquí tratándonos así, con tanto desprecio. Yo no quiero vuestros beneficios, quiero solo vuestra amistad. La severidad vuestra nos insulta altamente y no es digna de vuestro propio carácter. Qué, ¿ acaso las debilidades de los hombres no merecen indulgencia ? Ademas ¿ por qué quereis tener vos solo derecho á las acciones generosas ? ¿ Creeis que el honrar á un amigo noble, aun á riesgo de su preciosa amistad, no es un hecho loable ? ¿ Y es acaso natural que el que honra la virtud veje á los que honran á los virtuosos ? Basta, mi amigo, vuestra delicadeza está á salvo y vos podeis admitir la admiracion y las bendiciones de vuestros amigos, sin que os abochorne ni el haberlas deseado."

"Al terminar así el desconocido, M. C. vió claro la honda emocion que esto le hacía, y ofreciéndole la mano sintió su victoria en el modo con que Gullemiro la cerraba...... Este, sin hablar, depuso el sombrero y los tres se volvieron á la mesa y comieron con mucho mas gusto que ninguno de ellos se esperaba. Gullemiro poniendo en manos del desconocido la carta de su padre le dijo que para recomendarlo en una carta de introduccion con su padre, necesitaba saber su nombre. El desconocido le dijo que por aquel instante le escusase, pero que en aquella misma noche quedaria satisfecho.

" Separáronse los tres aquella mañana despues de haber convenido en reunirse allí mismo á las siete de la noche. Gullemiro pasó en paz el dia con sus amigas. A cada instante se le presentaba la imágen de Almabella.... y á veces pensaba en el misterioso desconocido; pero nunca pensó en los dos á un tiempo: en nada preveia un tan risueño desenlace.... ¡ Pobre P., el tremendo instante se acerca á grandes pasos, mirándote con gesto de implacable amenaza !

" La infeliz P. estaba sin embargo mas amante que nunca, y mas

que nunca llena de esperanzas dichosas. Despues de comer se reunió Gullemiro á sus dos amigos, y los tres se encaminaron sin rumbo, como al acaso. Solo Gullemiro, caminaba sin saber á donde, los otros dos lo tenian ya todo tramado y conducian á Gullemiro, como vendado, á hacerlo pasar por la mas dulce de las penas de su vida. Habian ya andado mucho trecho y nada sabia Gullemiro sobre el desconocido. En fin, impaciente ya, le hizo una pregunta directa y recibió por sola respuesta, que esperaba presentarlo á su familia para darle así su nombre. El desconocido le dió tambien la direccion de su casa, colocándola cerca de la de Almabella ; pero algo mas arriba. Con esto evitó toda sospecha, y aun en el último instante del lance nada receló el sutil Gullemiro, todo estaba tan bien urdido.

"Al llegar á una cierta esquina, el desconocido propuso ir por una calle mas bien que por la otra, porque en una habia un baile en celebracion del cumple años de una Señorita llamada Almabella......Apénas podia Gullemiro ocultar su emocion ; ya su paso lento y grave se agitó, se iba adelante y guardaba un silencio meditabundo. Ni se acordaba mas del desconocido, ni de su misterioso nombre. ¿ Qué le importaba nada en el mundo, cuando se trataba de su ídolo querido ? Esto contribuyó á cerrarle mas los ojos á toda malicia sobre el verdadero intento del desconocido.

"Al llegar á la esquina se adelantó y doblando ligero corrió y se abrió campo en medio de los que miraban por la ventana, y estaba estasiado y saboreando de ojos la dulce gracia de su adorada, cuando oyó que detras le gritaban sus amigos. Hendió de nuevo el torbellino de curiosos y se unió á aquellos. El desconocido les contó con una naturalidad indiferente, cómo él tenia grande amistad en aquella casa y cómo por cumplir con ellos se habia salido ántes de acabar la comida á que habia estado convidado. Les rogó que entrasen con él un instante para escusarse con el amo de la casa. M. C., de concierto con el desconocido, se opuso, diciéndole que entrase él solo. Gullemiro, con emocion mal disimulada, emprendió hacer entrar á M. C. Este le dijo que si Gullemiro entraba, tambien él entraria. Gullemiro por su parte temblaba pero lo resolvieron, el deseo de ver de cerca á Almabella y el deseo de hablar á su hermano R. y darle una satisfaccion por el modo conque lo habia visto el primer dia que vió á Almabella.

" Ya resuelta la entrada, se adelantaron hácia la puerta. Al pisar Gullemiro sus umbrales sintió un estremecimiento involuntario y vió ante su imaginacion agitarse los horribles nubarrones de un destino tempestuoso. Era aquel dia el 14 de Octubre de 1839. Necesitó reunir todas las fuerzas de su espíritu para no huir de aquella casa, aterrado por el presentimiento. La triste sombra de su madre le cerraba el

paso, pero le palpitaba de amor el corazon, y con los cabellos erizados y todo desconcertado llegó hasta el corredor. El genio maldito de las pasiones lo vendó y lo lanzó en su vorágine......

El pensaba sorprender á R., pero este estaba en el complot. Almabella y su padre nada sabian, ni tampoco era necesario. En la galería habia una gran mesa ricamente adornada. Allí condujo el desconocido á Gullemiro y á M. C. Pocos momentos despues llegó R., sonriéndose sin motivo, y aparentando un aire mas serio al ver á los dos recien llegados, se dirigió á ellos y los colmó de obsequios. Gullemiro aprovechó la ocasion y se escusó de aquella mirada ofensiva, diciéndole que creia que era otro. Esto lo decia él por no dar el mas ligero motivo á sospechas sobre su amor. Sinembargo veia que R. sonreia constantemente á pesar de la seriedad con que el le hablaba, y esto le hacia temer que él hubiese penetrado su pasion y que queria burlarse de él en aquel momento.

La risa de R. aumentaba en proporcion del desconcierto de Gullemiro y este llegó á su colmo al ver entrar en la galería á Almabella y á su padre junto con el jóven desconocido. Este, tomando la mano á Gullemiro, le dijo: "mi amigo, aquí teneis á mi padre: esta es mi hermana:" y volviéndose á su padre y á su hermana, les dijo: "Este es el Señor Gullemiro que se ha granjeado mi amistad con el generoso rasgo que ya sabeis." Almabella y Gullemiro, ámbos rojos de pudor hasta los ojos, se miraron aunque con timidez, con esa espresion que revela un destino todo entero. Ella, temiendo que un rubor sin motivo traicionase su amor, se hizo un esfuerzo, y dirigiéndose á Gullemiro, le dijo: "Permitidme deciros, en honor de la gratitud, que nada ha contribuido tanto como vuestras bondades por mi hermano, á hacerme placentero este dia de parabienes." Gullemiro haciéndole una profunda reverencia le respondió: "ménos honor sobraria para pagar el mas terrible sacrificio, y yo solo he hecho mi deber."

"La grata agitacion de entrambos ponia al descubierto sus corazones enamorados y por tanto ciegos é incapaces de disimulo. Los dos hermanos veian claro el fuego que los abrasaba. El buen padre, sin antecedente alguno, apénas se atrevió á temer que llegarian á amarse. El veia lo presente, sin que lo pasado pudiera servir de premisa al juicio que se hacia. La tímida Almabella sorprendida gratamente con el encuentro de Gullemiro, y sobre todo de verlo admitido en su casa bajo auspicios tan gloriosos, sentia un alborozo indefinible, y esta vez mas que nunca brillaban en su semblante la ternura, la belleza y el pudor.

"El padre de Almabella le dió la mano al oir su nombre, y nombrándole á su padre, le dijo que habian sido amigos de juventud; pero que no se veian desde la revolucion de la independencia que los habia he-

cho emigrar en diferentes direcciones. Gullemiro hizo una airosa inclinacion de acatamiento al viejo amigo de su padre. El jóven desconocido, acercándose á la mesa cortó el hilo que ceñia el tapon de algunas botellas que al instante brotaron el mas esquisito champaña. La primera copa la puso en manos de Gullemiro, la segunda en las de Almabella, y sirvió á los otros despues. El desconocido, ó mejor el otro hermano de Almabella, ofreciendo su mano á Gullemiro, dijo: "brindo por nuestra amistad." Llevaron todos la copa á los labios y al retirarla todos exigieron de Gullemiro que les honrase brindando él tambien. ¿Cómo resistir á tal súplica? El recordaba entónces, en medio de la aridez de sus labios, otro tiempo en que tan grato y tan fácil le era pintar con claridad bella tanto las negras borrascas como los encantados arreboles de su estraordinario corazon. Nuevos fuegos recalentaban su corazon, pero su imaginacion sin entusiasmo ya no exhalaba las flores de su elegancia seductora ni las chispas de su abrasadora elocuencia.

"Todo en él lo marchitaba una hoguera que ardia perennemente ante sus ojos, y en la que veia agonizando la linda imágen de Marticela......Guardaba silencio y estaba como distraido y confuso al mismo tiempo, cuando le repitieron con instancia que brindase. Tal vez habrian mirado su negativa como un desaire y aunque en aquel momento tenia sobre él un poder estraño la memoria de su esposa, al alzar los ojos sobre Almabella y ver en sus mejillas el rubor de la humillacion, lo dió todo al olvido y arrebatado de estraño ardor les dijo así: "Perdonad: un recuerdo triste y sagrado apagaba en mis labios los afectos de mi alma," y viendo á Almabella con aire de hacerle un sacrificio, añadió: "pero en fin lo pasado sucumbe á lo presente. Dos cosas bendigo en este instante, una es la eterna felicidad de la Señorita cuyo cumple años se celebra hoi, y la otra es el feliz, aunque penoso accidente que me ha hecho conocerla." Callóse aquí y apuró hasta el fondo su copa: todos hicieron otro tanto y salieron juntos para la sala en donde ya esperaba la contradanza á Almabella. Solo esta entendió todo lo que decia el brindis de Gullemiro; los otros no imaginándose que la pasion lo llevase hasta hacer una declaracion, interpretaron su brindis como la espresion de su carácter y no de su amor.

Llegados á la sala vió Gullemiro á su amigo M. P. que ponia la contradanza con Almabella. Este como la mayor parte de los que allí estaban y que eran sus conocidos, no cesaban de tributarle de mil maneras sus finos homenajes. Pasaba de un honor á otro y temblaba al aspecto de cada uno de los que se le presentaban creyendo ver un rival en cada uno. En vano trataron de hacerlo bailar: el baile no tenia para él ningun prestigio, y en aquel instante, en que el huracan de nuevas pasiones, agitando las cenizas de las pasadas, hacia levantar nuevas llamas á su fuego oculto y moribundo, no se habria puesto á saltar por todos los

bienes posibles. No está para saltar quien piensa en grandes venturas y desventuras, y ve claro la miseria humana y la insulsez de sus placeres. Jamas se le presentó mas de contínuo la imágen de Marticela: la veia llorosa y entre llamas, y aunque lo arrastraba su amor por Almabella, sin embargo queria gozar de esa felicidad, si era posible, sin que la frívola risa profanase sus sagradas tristezas.

" Solo combatian en su corazon la imágen muerta de Marticela y la brillante Almabella, que desplegaba ante sus ojos todo el hechizo de su gracia angelical. Marticela era linda y picante, y cuando la conoció él era mas cándido y fogoso, y mas lleno de las ciegas ilusiones y de los fuegos de la imaginacion. El primer dia de sus amores, es decir, el primero en que se vieron, ella tenia 13 años y medio y él 16.

" En cuanto á Almabella, beldad púdica y dulce, cuando Gullemiro la trató, ya él tenia el corazon gastado por el dolor y el desengaño; ya tenia el alma mas madura; ya estaba en la edad de la razon, y mas aun, como hombre de genio, habia tomado el rumbo de las meditaciones en busca de la verdad y vivia siempre como absorto, ó como tratando de distinguir algo en el fondo de un abismo, y en este estado la razon domina la pasion ó mejor dicho no hai pasion. El primer dia que se vieron y amaron Almabella y Gullemiro, ella tenia 17 años y él 22. Sin duda que si él amó mas á Almabella, al ménos deliró mas por Marticela."

¡ Qué talento tenia Luis para endulzar á Marticela aquella amarga historia! Ella lo conoció y vertiendo lágrimas reconocidas, le dijo: " Gracias, Luis, agradezco tu noble bondad, pero no pretendas consolarme con engaños infructuosos. Bástete saber que yo conocí á Almabella y que fuí su amiga; sus prendas habrian hecho delirar al hombre mas sensato, y mis memorias debieron hacer mui poca impresion en Gullemiro desde que rindió su albedrío á aquella mujer única. Miéntras me hablabas de P., lo ví todo en calma, podia ofenderme y conservarme su corazon; pero ahora, no, ¡ infeliz de mí! el carácter de Gullemiro y el de Almabella son sin duda la hechura premeditada de Dios que quiso realizar, en su recíproco amor, la mas grande de las pasiones. Las desgracias en ellos solo serian un crisol que acendrase mas su cariño: si son felices me resta alguna esperanza, pero si los separa el infortunio, su amor se acrecentará con sus penas y solo me resta la muerte ó un abandono vergonzoso."—" No mi amiguita, interrumpió Luis, lo que digo es la verdad, yo lo he visto muriéndose del dolor de verse sin su esposa: ¿ y la amaria poco acaso cuando su falta lo reducia á tal extremo?" Marticela enjugó sus lágrimas y le rogó que continuase. Concha y Marroquin guardaban, en su tristeza, el mayor silencio y Luis continuó así:

" Gullemiro conoció con gran pena que su amigo M. P. hacia la corte á Almabella. Esta conoció el descontento con que Gullemiro veia

los homenajes que aquella rendia y esquivándolos con finura dió á Gullemiro una satisfaccion análoga á sus quejas. Ya habia entre los dos una tácita inteligencia, y que ellos no habrian osado confesar.

" Gullemiro se retiró temprano por no molestar á sus amigas. Al despedirse, el padre de Almabella le ofreció su casa, terminando por decirle que recibiria siempre con placer las visitas con que les honrase. Gullemiro le respondió con tal finura y con tal juego de ideas que el padre y la hija quedaron encantados, aunque habiéndolos interpretado de maneras bien diferentes. Sin duda que el padre era de los espíritus mas finos y mas prontos; pero no teniendo antecedentes tomaba las cosas por lo que parecian y no por lo que eran. En fin salió de la sala y buscaba con la vista á los dos hermanos de Almabella para decirles adios y á M. C. para ver si queria irse con él, cuando los vió hacerle señas de llegarse á ellos. Los dos hermanos condujeron á los dos amigos á un cuarto grande y decentemente alhajado y en que habia dos camas y una de ellas toda cercada de diferentes especies de armas. Al ver aquella cama miró á los dos hermanos y dirigiéndose á R. le dijo: " apostaria que aquella es vuestra cama"....... Este lo entendió y respondió sonriendo que sí. En el mirar de R. habia conocido Gullemiro su carácter, sus inclinaciones y sus pasiones.

En aquel cuarto los esperaban algunas botellas de champaña y de otros licores. Allí brindaron algunas veces, y el calor del vino y los ardores del amor, calentaron de nuevo aquellos sesos que una larga desesperacion habian helado. Arrebató con calor una copa é hizo un largo bríndis en que su genio chispeaba al traves de su dolor. Apenas habia acabado cuando una serie de redoblados aplausos resonó en todos los alrededores del cuarto. Al instante inundaron el cuarto una multitud de sus admiradores, gritando ¡ otro! ¡ otro!......

En aquel momento vuelto un tanto de su aturdimiento y viéndose objeto de espectacion y de aplausos, tomó su sombrero y ya se salia á pesar de todos, cuando entró el padre de Almabella con su hija y con otras Señoritas. En vano le rogaron el jóven P., M. C. y todos los otros. Los hermanos mismos de su amada lo habian ensayado en vano; en fin el padre le suplicó, y él, sin negarse redondamente, se escusaba de un modo que cerraba la puerta á toda esperanza, cuando Almabella, animada por su hermano R., se le acercó con tímido pudor y le dijo así: " vos sabeis la gran parte que os toca en la felicidad que gozo en este dia: un esfuerzo, y lo habreis hecho completamente dichoso: un desden y habreis acibarado sus placeres todos."

Al callarse ella encontró sus ojos con los de él, pareciendo rogarle que no la desairara. Gullemiro inclinó su alta frente como para mejor ver su bella faz doblada sobre el pecho, como flor triste que se re-

clina sobre el tallo. La espresion dulce y rendida de los ojos de Gullemiro, envolvia la de la mas arrebatada ternura. Contemplóla un instante en silencio.

Aquel instante marcó una nueva era en la vida de Gullemiro, una nueva vida para su alma, hasta entónces marchita y acongojada. ¡Qué de radiosas imágenes atravesaron su mente! ¡Cómo sentia de nuevo hervir en su cerebro los fuegos del amor y de la gloria! Al vuelo de mil transportes se remontó á la cumbre etérea de lo sublime, y allí sus nuevos fuegos eclipsaron los recuerdos de su antigua fantasía. Convirtióse súbitamente su helado cerebro en fulminante volcan, y á sus labios, como á crater bramador, corrian sus lavas abrasadoras. Aquel frio sol de polo se transformó en el tórrido sol del cielo, y liquidando su helada sangre la hizo circular cálida y veloz. En fin, despues de una corta meditacion, dijo así:—"¡Bendita y bienaventurada seas, mujer, que realizas para el hombre sin ambicion, los sueños del paraiso! ¡Bendita seas, humana divinidad, blanda y sensible mitad del hombre insensible y duro, y que sueles convertirle en cielo los infiernos de la tierra! El artificio del hombre domina todo, y este mismo hombre soberbio se rinde á tu hechizo irresistible. ¡En tí se continua el encantado misterio de la creacion! En tí se encierran la gracia de una hechicera y la piedad de Dios! De tí recibe el hombre la vida y solo en tí halla amor y felicidad: solo tu lo compadeces, solo tu le haces dulce la vida, ó se la endulzas al ménos si es amarga. Dios hizo santo tu seno, dando en él á sus criaturas el soplo de la existencia. ¡Qué horrible seria la suerte del hombre duro sin la dulce mujer ó si ella perdiese la suavidad de su alma! No hai medio, sin mujer no puede el hombre ni existir, ni ser feliz, y mas fácil seria ver á un peñasco brotando un hombre, que ver á un hombre feliz sin la mujer. Una de estas deidades terrenales cumple años este dia: bendíganla los cielos como yo la bendigo y será la criatura mas venturosa."

Al llegar aquí resonaron casi en toda la casa mil aplausos...... El llevó la copa á los labios mirando á Almabella y ella le dió las gracias, con una espresiva reverencia. Uno de los rivales dijo de modo que se oyese: que diga algo sobre su amor por la osamenta quemada...... Un susurro general marcó que desaprobaban aquella proposicion...... Almabella con espresion de temor por aquel secreto que podia matar su ilusion, le dijo, no, no, yo no lo exijo...... Gullemiro, conoció su angustia y viéndola con tierno estremecimiento, levantó de nuevo la copa, anunciando que iba á continuar, y al aboroto sucedió un pronto y absoluto silencio, que él quebrantó, diciendo así: "Predestinado á ser víctima de pasiones procelosas, navegué siempre los mares de la vida tomando el rumbo de la estrella mas borrascosa. Prefiriendo morir á ser cobarde, atravesé siempre á toda vela las mas

desechas tempestades, y sin duda que habria mirado como una afrenta el haberme puesto á la capa ó el haber recogido una vela. Siempre superior al rayo y al huracan, llegué á creerme favorito del destino; pero ¡ay! este al fin me engañó...... Una vez, recuerdo, que de en medio de un tiempo precioso, sí, precioso...... se levantó un espantoso temporal...... Sentíme, por primera vez, aterrado: mi fuerza desmayó, mas bien que mi coraje: y en el despecho de mi soberbia, desplegue todo entero el ancho velámen de las pasiones, queriendo abismarme con gloria ó vivir con mi alma entera. El violento huracan, arrebatando entónces mi barca que ya volaba, me hizo atravesar la vida con tal celeridad que, llegando á su polo helado en edad aun prematura, me encontré con el alma rota y barada en bancos de eterna nieve...... Tragóse el abismo helado la ilusion y la esperanza...... Y una llama, sin duda del infierno, redujo á una ceniza siempre ardiente al ídolo de mi barca.

Mi desolacion fué sin consuelo, una sombra me afligia constantemente, la sombra del bien perdido, y una sombra me reia constantemente, la sombra de la muerte. Perennemente tendido en un lecho de lágrimas y dolor, huyendo la luz del dia y la voz humana, el gusano que me taladraba el alma royó tambien mi salud, y ya casi exánime hallé la vida donde solo fuí á morir en paz. Alenté pues y alenté la vida, no ya como ántes que respiraba el aliento de la muerte. En aquella especie de resurreccion solo me quedaban, de mi primera existencia, los recuerdos lastimeros de la preciosa criatura que habia echizado mi corazon. ¡Ay! con ella se habia sepultado tambien mi felicidad y mi contento en el ignoto seno de aquel piélago asombroso.

Ya apaciguadas las mares, la barca flotaba sin velas en medio de la profunda calma, y el alma, sin temores ni esperanzas, abandonó el timon, y tendida sobre cubierta y viendo al cielo, con un dolor no resignado, le pedia aquel bien precioso, sola ilusion de mi vida, y dejaba vagar la nave á la merced de la suerte. Tan absorto estaba yo en mi honda pena, que llegué á creer que la parca iba ya á apagar la triste luz de mi vida, y la imágen de mi último dolor aplacó un tanto las ansias con que buscaba el descanso. Mas intenso que el placer del que quemado por llamas abrasadoras entra en un baño de aceite fresco, era el consuelo que yo sentia al imaginarme espirando. Mil espantosas fantasmas circundaban mi estraviada fantasía, y yo las bendecia á todas, porque atacaban mi vida, y solo maldecia á una porque se empeñaba en salvarme.

En lo mas hondo estaba de mi afan y mi agonía, cuando me hirió un acento lastimoso, cuyo eco, resonando en mi corazon, hizo vibrar sus cuerdas con simpático tañido. Abrí al cielo mis ojos, y no viendo á nadie creí que un poder superior se burlaba de mí, y lo buscaba ya con

ojo y con labio irreverente, cuando de nuevo el dulce acento impresionó mi alma como impresiona el fresco céfiro á la agostada planta. Apénas pude, en mi lánguido abandono, alzarme la cabeza con las manos, y convencerme que un acento dulce y humano se acercaba piadoso á aquella barca que flotaba solitaria.

Alzé un tanto el pecho y no viendo en torno mio sino silencio y soledad, imaginé, visionario, que aquel acento lo exhalaba, al traves de las aguas, la prenda misma que yo lloraba, y volví á dejar caer mi cuerpo en las duras tablas de la barca, y mi alma en los dolores aun mas duros de mi suerte. Pero ¡ ai ! aun se me eriza el alma.....un nuevo acento me llega, y ese acento trae mi nombre....

Salto al punto sobre mis piés y, con bigotes y mirar despeluzados, giro en torno mis ojos y nada veo; pero oigo que en los flancos de la barca se agita algo suavemente. Saco la cabeza y veo ¡ oh indecible sorpresa !.....¡ la Diosa de las aguas, la encantadora sirena ! Su mirada melancólica me hechizó el alma, y su acento mágico y lastimero, como canto quejumbroso, electrizó mi corazon. Su rostro, á la vez plácido y quejoso, como que hacia cosquillas á las pasiones de mi triste pecho, pues le inspiraba á la vez risueñas ternuras y tristes arrebatos.

Hasta el donaire gracioso y dulce de sus movimientos respiraba su piedad enternecida. ¿ Y qué interes traia á aquella primorosa hechicera á los bordes de la barca perdida en que gemia un corazon tambien perdido ? Estaba enamorada de su dolor, y orgullosa, no queria que otra poseyese un corazon capaz de tanta pasion. Cercóme en la atmósfera de su aliento de magia y de amor, y al respirarlo, sentí que el olvido, insinuándoseme hasta el corazon, auyentaba las memorias de mis infelices amores......

Su hálito, en que me hacia tragar el veneno de un amor rabioso y esclusivo, aquella voz con que parecia acariciarme el alma, sus miradas magnéticas y sus movimientos seductores, todo conspiró á hacerme olvidar mi ídolo primero y á que el segundo me encantase en su esclusiva idolatría. Yo la contemplaba estasiado, en arrobamiento amoroso, cuando con una mirada indefinible me infundió el loco deseo de partir con ella sus encantados placeres.

El mas tierno arrebato enardecia mi alma en aquel instante, cuando, en súbita transformacion, tomó la forma del ángel salvador que en mis delirios yo habia visto defendiéndome la vida. Apénas se dejó ver bajo aquella linda figura, y tomando de nuevo su forma aun mas seductora, me dijo con acento divinal: "Ven á ser feliz conmigo: tus amores hasta ahora solo han sido afectos pasajeros, nada, en comparacion de la tierna, violenta y eterna pasion á que estamos destinados. La felicidad y el amor no los hallarémos nunca sino el uno en el otro. Ese llanto apasionado que viertes en este instante, anuncia el mas grande de

los corazones, y nó, como tu crees, el mas grande de los amores. Ven, mi Gullemiro, aquella sombra de esperanza que te dió vida soi yo. Yo soi tu felicidad, la sola que para tí existe : sígueme sin recelo, y mi mágico amor hará que dés, sin pena, al olvido esos débiles afectos y el universo entero. Nuestro solo destino es el de vivir encantados el uno en el otro : solo para eso servimos, y despues de habernos visto, nos seria imposible servir para otra cosa. Huye del mundo envidioso, con la felicidad que te llama con halagos : su seno deleitoso será tu paraiso y su enamorado hechizo vertirá en tus labios el néctar de los dioses. Ven, ámame con confianza : ¿ puede quererte mal quien te dió la vida ? Ven, serás señor del castillo de mis encantos : allí seremos y nos llamaremos compañeros. ¡ Qué nombre tan dulce ! Ven."

Al llegar aquí ya mis ojos estaban turbados y yo rodeado de una atmósfera espesa que al respirarla me hacia sentir en el pecho el aleve placer de una venenosa ambrosía. Poco á poco la luz huyó de mis ojos, y yo quedé ciego entre tinieblas y respirando un hálito embalsamado que me hacia sentir en todo el cuerpo una impresion á la vez angustiosa y deleitante. Concentrándose mas y mas esta impresion, terminó por envolverme en risueñas sombras, entre las cuales yo, todo convulso, estaba abandonado á un placer ansioso y desconocido. ¡ Qué deliciosa agonía ! Se agotaban mis fuerzas y me sentia morir de una muerte voluptuosa.

En fin oí de nuevo aquel acento seductor que me decia : " Tu me amas : nada te liga al mundo : ¿ qué te detiene ? ¿ Acaso la desgracia ha cambiado tu valor en cobardía ? Alza esa cabeza humillada, en otro tiempo tan soberbia y tírate á este abismo ; aquí te espera el eden."

Al callarse abrí los ojos, y con grato asombro mio, me ví ya en un otro mundo lejano y solitario, lleno solo de los dos. Ceñia mis sienes un lauro luminoso y yo me sentia la facultad de hacer mi voluntad y de cambiar de formas á mi antojo : allí todo era precioso y agradable : allí todo era arreboles y perfumes y néctares. Variando siempre hasta el infinito, unas sensaciones y pensamientos tan sobrehumanamente dulces que llegué á imaginarme estar en la habitacion de Dios. Conocí entónces los encantos del divino y último amor."

Detúvose aquí un momento, y despues continuó así : " Los que me digan que todo esto es un delirio tienen razon, pues solo les cuento un sueño. Hace cinco dias, que mi imaginacion buscaba, durante mi mas profundo sueño, una beldad perfecta, y aunque en sueños creyó difícil hallarla en lo conocido y se fué á la region de las maravillas y allí halló á esa sirena hechicera. Creyó volarse en pos é ir á habitar con ella su encantada mansion, pero al llegar á ella se convirtió la encantada sirena en una encantadora mujer....

"¡ Pobre imaginacion, qué crueles caidas te cuesta el montar tan alto ! Aquella divina mujer me tendió una mano amorosa y la impre-

sion que al tocarla recibí, despertó mi imaginacion y á mí con ella. Al punto se disiparon todas las sombras del sueño, pero quedó de contínuo ante mis ojos la imágen de la hermosa mujer en que se habia convertido la sirena, sin que nada pudiese borrarla de mi mente, ni un solo instante. Fatigado de aquel sueño, volví pronto á dormirme y volvió á mi imaginacion la linda sombra, no ya de la sirena, sino de la humana hermosura en que ella se habia transformado. Levantéme todo lleno de aquella imágen divina, y.... ¿ quién lo diria ? Aquel mismo dia me hallé faz á faz con el original del retrato que un sueño profético habia grabado en mi corazon. Al punto sentí mi destino atado á la suerte de aquel ángel y mi albedrío rendido á su capricho. El amor, dando alma á su imágen preciosa, hace que la siente viva dentro del corazon al cual deleita con las caricias de la esperanza.

Aquí hizo una lijera pausa, miró á Almabella con naturalidad y ámbos enrojecieron...... Despues, alzando de nuevo la copa, dijo: " amigos, bebamos por los votos de amor y de amistad que hace mi pecho en este instante. Deposito á los pies de esta señorita (inclinándose ante Almabella) las ofrendas de mi amistad, y dirijo las de mi amor á Dios, único que puede hacer que mi sirena participe en este instante la conmocion de mi alma.

" Al decir esto apuró su copa mirando á Almabella con disimulo, y temiendo ya las alabanzas tomó al instante ese aire de severa dignidad que rechaza á la lisonja.

¡ Qué difícil es enseñorear la vanidad hasta poder tomar ese aire ! En él era mui fácil por que tenia la idea que un mal deseo se esconde casi siempre detrás de la alabanza. Apénas hubieron apurado sus vasos, cuando recibió Gullemiro mil cumplimientos: muchos importunos y pocos gratos. El que habia dicho que hablase sobre la osamenta quemada, le dijo con disimulo: U. ha ganado: quise rebajarlo á los ojos de cierta persona y U. se ha engrandecido.... Gullemiro conoció que aquel era un rival, lo vió como estudiándolo, y con tono equívoco, le dijo, gracias señor. El padre y los hermanos le dijeron palabras mui honrosas para él y Almabella reservó las suyas para mejor oportunidad.

Un instante despues ya Gullemiro estaba con sus amigas, léjos de aquella casa que habia soplado en su alma el torbellino de las pasiones. ¡ Con cuánta pena veia P. su distraccion indiferente y su idea fija siempre en otro objeto, que no era ella ! Al principio solo salia por la mañana y el resto entero del dia lo pasaba á su lado; ahora al contrario, pasa casi todo el dia fuera, y el instante que está con ella apénas le habla, apénas la mira, y ya no hai para ella un solo halago, una sola mirada tierna. Gullemiro no puede ni quiere disimular: aborrece el fingimiento; pero cree una crueldad el afligirla, y por eso le

huye ya por no verse en la penosa alternativa de fingir ó de afligirla.

En todos los dias anteriores habia tomado con ella el café y pasado horas enteras viendo sus lágrimas, sus ternuras y su desesperacion. La compadecia y la amaba; pero ya no era tiempo: el huracan de otra pasion lo habia arrebatado y nada podia él hacer por ella, cuando era tal la tormenta que lo envolvia, que nada podia hacer por sí mismo.

El la halagaba con la mas piadosa ternura: lloraba con ella; pero nunca le ofreció como perjuro, un vínculo irrealizable. El sentia que, precipitado en pos de otro objeto, reventaria todo lazo que detuviese su carrera. El dia siguiente al de su primera entrada en casa de Almabella se hallaron, como siempre, á solas en el café: ella, anegada en llanto y pidiéndole la muerte, le rogó la confiase el nombre de su rival preferida, y él guardando silencio doloroso, le dió un beso en la frente y diciéndole despues con transporte, "¡ Por piedad, no me despedaces mas !" le dejó ver su rostro bañado en lágrimas. Ella, la pobre, mas generosa que desgraciada, le saltó al cuello pidiéndole perdon y ofreciéndole que en adelante sufriria sola, que no buscaria mas sus consuelos. Esto lo dijo con un acento tan patético, que él la miró y la halló mas que nunca bella, fina y desventurada, y sin poder reprimir sus lágrimas la apretó contra su corazon y la llenó de enternecidas caricias.

¿ Qué duda le quedaba á ella, despues de aquella confesion, de su porvenir malhadado ? Aquella vez le pareció Gullemiro mas grande, mas sincero y generoso: sus lágrimas, su dolor, sus caricias mas que nunca tiernas, pero de un ardor que anunciaba su pronta cesacion. Todo conspiró á desesperar y á ennegrecerle mas su malograda suerte. La entrevista de aquella mañana podria servir al cuadro mas patético. Ella se confesaba mas que nunca tierna y rendida, y él, en medio del compasivo amor que le tenia y que le laceraba el alma, se confesaba esclavo de otra pasion.

Poco despues llegaron las hermanitas de P., se sirvió el café, y Gullemiro creyendo que ella no lo veia, le echó al salir una mirada llena toda de piedad y como del remordimiento de ir en aquel mismo instante á ver á su rival. Ella lo sorprendió mirándola, y no pudo reprimir sus lágrimas. Salió en fin Gullemiro huyendo el aspecto de aquella desgraciada, pero su imágen lo seguia y con ella sus combates y sus penas. ¡ Pero quién cambia el rumbo de una alma apasionada !

Encaminóse involuntariamente al baño, ó mejor á la calle que allá lo conducia, pues su mayor atractivo estaba allí. A proporcion que se acercaba á aquella calle, cambiaba la faz de su mente y de sus afectos: ya solo se le presentaba la ventana misteriosa y la beldad que

hacia su encanto. Imaginaba la impresion que le habia hecho su discurso; recordaba sus miradas, en fin todos los sucesos de la víspera, y esto, envolviéndolo en una atmósfera seductora, le hizo olvidar las angustias de P.

Al llegar á la cuadra que habitaba Almabella, ya esta era el absoluto señor de su pensamiento. Pasó al lado de la ventana y nada vió: llegó á su baño, y ya léjos del tirano de su corazon, le acometieron de nuevo las sombras de P. y de Marticela, es decir el remordimiento y la tristeza. A su vuelta, ofendido de que no se hubiese dejado ver, pasó por el lado opuesto de la calle, miró una vez á la ventana y pasó de largo y sin volverse. Esta vez tomó aquel aire enaltecido que le caracterizaba siempre que le ofendia alguno que le era caro.

Almabella que no sabia la causa de aquel cambiamento que daba tanto realce á su bizarra magestad, lo hallaba mas hermoso y mas interesante que nunca, y Gullemiro, en vez de seguir como siempre á lo largo de la misma calle, cruzó por la primera esquina, como para hacerle juzgar por ella misma lo penoso que le era dejar de verla. Ya él estaba casi seguro de serle interesante.

Ella no pudo sin pena verlo desaparecer mas pronto que de ordinario. Gullemiro pasó el dia constantemente al lado de P. y no cesó un instante de ser fino y obsequioso. Pero sus atenciones llevaban todas el sello de una compasion que ella veia y agradecia, y que aunque le era estremamente grata; solo lograba agravar mas su pena, pues le presentaba á su amante mas interesante que nunca y su pérdida mas segura. "¡Qué excelente corazon!, se decia, ¿que no pueda yo poseerlo? ¡qué feliz hará á la que él ame!"

¡Qué poco sabia ella lo que esperaba á su feliz rival! Pero ¿cómo imaginarse que un tan cruel porvenir se ocultase tras un presente tan lisonjero? No habria envidiado su felicidad si hubiera sabido lo que debia costarle. En la comida se dirigian uno y otro tristes miradas, y Gullemiro invitándola á beber con él, brindó por su felicidad animado del dolor mas afectuoso. Sus espresiones se resentian de la pena que abrigaba: ya al fin de sus últimas palabras su emocion era tan fuerte que su acento firme se puso tembloroso y patético: sus ojos, aunque fijos en P., parecian absortos en otra imagen y una lágrima los humedecia. Bebió y se dejó caer en la silla; involuntariamente se cubrió la cara con ámbas manos y se quedó inmoble y guardando un silencio que todos tambien guardaron.

¡Cómo esconder sus lágrimas! ¿Y qué dirian los que las viesen? En fin, sin ruborizarse alzó la cara y halló todos los ojos como los suyos. P. sollozaba con la cabeza oculta en su pañuelo, y despues enjugándose como con desesperacion y no pudiendo violentarse mas al disimulo, dejó

en su fisonomía aquella expresion que caracteriza un doloroso abandono que no se esconde.

Acabada la comida salió Gullemiro con los ojos aun rojos y se fué en derechura á la calle del comercio, y á poco distinguió, con plácida sorpresa á Almabella, no en la ventana de celosía, sino en la que estaba al descubierto. Dirijióse lentamente hácia ella y con agitada emocion. Era aun la tercera vez que la veia y estaba sola en la ventana. Al pararse á saludarla, no pudo absolutamente hablarle y ella estaba en igual caso: mirábanse como fascinados y enmudecidos, y solo al cabo de algunos momentos pudieron tartamudear algunas palabras de cortesía. Ella le ofreció entrada y él le dió las gracias lleno de una agitacion mal disimulada. Su emocion aumentaba por instantes.

¡ Cuánto habria dado por no hallarla sola. Una fuerza irresistible lo arrastraba á declararse al instante ; pero el cálculo le imponia silencio, diciéndole que la declaracion seria por entónces intempestiva y prematura y que un tal arrojo la ofenderia tal vez y todo seria perdido. Fluctuaba entre aquellas dos violencias, y víctima de entrámbas, guardaba silencio. ¿ Pero cada mirada de él, no era acaso la mas ardiente declaracion, y cada una de las de ella, acompañada de un tímido pudor, no era acaso la mas tierna confesion de su absoluto rendimiento ? Pero ellos no entendian este lenguaje : el ímpetu estrepitoso de la pasion los aturdia demasiado para que pudiesen oir la suave voz de los ojos. Necesitaban decírselo á gritos, y á gritos repetidos.

En fin Gullemiro resolvió esperar y esta resolucion lo calmó algo, y ya mas sereno, dijo á Almabella : "Señorita, era raro el veros en la ventana: yo paso todos los dias á horas fijas por aquí y jamas os veo." —Ella sonriendo le respondió : " Sin embargo yo os veo siempre y en prueba de ello os diré, que siempre pasais de este lado de la calle, y que esta mañana al bajar por primera vez os he visto ir por el otro lado y volver por la primera esquina "......" Sí, replicó él al instante, habiendo perdido la esperanza de ver lo que deseaba en este lado, me fuí por el otro, y creyendo que los que me privaban de su vista desearian quitarme de la suya, doblé por la primera esquina con el objeto de complacerlos."

Ella sonrió, lo miró y su pudor le anunció que habia entendido... Despues de un silencio en que Gullemiro habia vuelto á su primera incertitumbre, ella habló de cosas indiferentes y entre otras, del discurso con que Gullemiro se habia dignado honrarla, aunque á medias, decia ella, con otra, pero añadió : " Yo no me ofendo : las partes estuvieron tan bien hechas, y yo tan contenta de la que me asignaron, que á mi reconocimiento no se mezcla la pena mas lijera." Poco faltó aquí para que Gullemiro le confesase que ella y solo ella habia sido el objeto de su bríndis ; sin embargo, su turbacion y sus miradas inflamadas se lo decian claro.

Si Gullemiro hubiese adivinado el absoluto imperio que ejercia sin saberlo en el corazon de Almabella, sin duda que habria dado pronto desahogo á sus apasionadas ansias. Ella en el primer aturdimiento del amor, no habria aun reflexionado sobre las consecuencias. Si el hubiese declarado aquel primer dia su pasion, ella habria sido tan entusiasta y tierna como él exaltado y fogoso; pero él esperó y ella tuvo tiempo de meditar en lo grave que era amar á un hombre tan impetuoso como aquel y dotado de prendas tan seductoras.

Alarmóse y recordó con pena la muerte de su madre. "Señora de mi casa, se decia, las virtudes que me han ganado la absoluta confianza de mi padre, me son fatales en este momento: ¿ qué hacer? ¿ no recibirlo?.... ¿ lo puede mi corazon? no, imposible. ¿ Estar siempre á solas con él? Eso no puede ménos que ser fatal."—Esta idea la perseguia de contínuo, pero tal fué la confianza que ella misma tuvo bien pronto en Gullemiro, que toda su inquietud desapareció. Aquella tarde se fué Gullemiro sin entrar en la casa é hizo un ligero paseo por la parte alta de la ciudad. Hácia ese lado están, sobre las faldas del Avila, los restos de la antigua Ciudad arruinada por el terremoto del año 12. Gullemiro internándose entre aquellos escombros, que le representaban al vivo los estragos del tiempo y el destino de las cosas, penetró en un vasto cuadro, de enormes murallones sin techo, habitado solo por los restos de los muchos que lo habitaron y por sus propios restos. Este era el antiguo cuartel veterano que dominaba la ciudad. Allí, sobre aquellos promontorios insensibles y que tanto hablan al hombre sensible, se sentó Gullemiro, y entre las ya próximas sombras de la noche, veia las de aquellas mujeres que habian hecho los placeres de su vida. Allí se le presentaban todas, y su magnánimo corazon las honraba á todas: no repudiaba ninguna.

El hombre que no ama siempre á la que una vez amó, es un vil. La ilusion y el arrebato pasan, pero jamas olvida un hombre noble á la mujer que, haciendo al mismo tiempo que él el viaje de esta vida, le endulza sus inevitables penas, con un tierno amor. Los consuelos que halla un hombre apesadumbrado en los brazos de una mujer, solo son olvidables para los corazones ruines. El hombre que olvida el favor de una mujer, es un miserable que no lo mereció.

Ya la noche avanzaba y con ella se espesaba la oscuridad, cuando Gullemiro, dejando aquel recinto lóbrego y triste, se encaminó hácia la calle del Comercio. Bajaba á grandes y graves pasos, distraido y absorto, cuando al pasar por la ventana de Almabella, la vió aun sola y como buscando algo con la vista. Hízola un saludo con gallarda cortesía, y pasando de largo dobló por la primera esquina. "¿ Qué hacía á esta hora y sola en la ventana?" se preguntaba Gullemiro. Los celos se despertaron en su pecho, y sintió hasta donde lo arrastraria el furor de

su despecho si otro era mas feliz que él. Volvióse al instante para ver si aun estaba allí y halló que habia desaparecido y que las ventanas estaban cerradas y la sala sin luz, lo que le probó que ella estaba sola y trabajando en la galería. Esto lo convenció de que ella solo esperaba su vuelta para retirarse á sus ocupaciones. Sus celos se calmaron y dieron lugar al contento.

Esa misma noche al acostarse recibió una esquela de P. que decia así: " Es preciso poner un fin á mi ansiosa incertidumbre: estad pronto. A media noche en punto irá mi esclava A. á buscaros y os conducirá á un lugar en que podrémos vernos sin temor. Es preciso que os hable una última vez, que una última vez os vea, os jure morir amándoos, y que una última vez os abrace y llore en vuestro seno. Sí, mi amigo, es preciso separarnos, acordádme al ménos algunas horas.... últimas de mi felicidad. Hasta hoi, en mis frenéticas ansias, he sacrificado el deber á la esperanza de ser feliz; pero ya se borró mi última esperanza: ya nada excusa mi extravío, y el mismo sacrificio me seria mil veces mas vergonzoso. ¡ Qué no hará una enamorada por infundir amor á un ingrato ! Para mi felicidad vuestro amor era mas necesario á mi corazon que la paz á mi conciencia. Si me hubiéseis hecho vuestra esposa, yo habria ganado vuestro amor sin perder mi conciencia; pero no lo quiso así la suerte y es forzoso que yo renuncie á uno y á otro bien. Todo lo sé: imaginaos lo infeliz que soi, y compadecedme al ménos. Adios, adios; pero nó, quiero que la última palabra que dirijo á un hombre tan querido no sea tan fria. Quiero que en todo tiempo, cuando examineis vuestros papeles, halleis que la última palabra de esta infeliz fué tan tierna como ardiente. Oidla, pues, es esta: os amo, os adoro, Gullemiro hermoso y grande. Ahora sí, recibid mis últimos besos, mis últimas ansias y mi último adios...... último...... ¡ ai ! "..........................

Gullemiro se reclinó en su lecho, y se abandonó á la mas angustiosa meditacion.

El tiempo pasa sin sentirse cuando se busca una resolucion final en el fondo de un conflicto como aquel, capaz de hacer delirar al hombre mas sensato aun estando despierto. Estaba aun su pensamiento en la parte mas oscura de su incertidumbre, cuando la campana le anunció las doce: alzó la cabeza y vió ya á la esclava parada delante de él. ¡ Qué conflicto ! Dios, ¿ qué hacer ? El ir agravará su pena, el no ir seria la mas bárbara iniquidad. Levantóse ya resuelto: la compasion lo arrebataba hácia el lugar de su martirio.

Hizo una seña á la criada y salieron los dos con el mayor silencio y sigilo. Pasó la esclava un corredor angosto y oscuro, y hácia la mitad del corredor lo introdujo en un cuarto inhabitado, cuyos solos adornos eran dos sillas, una mesa y una lámpara sorda. La criada se puso de centinela en el extremo del corredor, y esto bastaba: del lado del cuarto

de Gullemiro nada habia que temer, era imposible venir por allí ; y en todo caso él podia retirarse sin ser visto.

Al entrar vió á P. sentada en una silla, el codo apoyado en la mesa y la cabeza en la mano. Su quebranto y palidez eran mortales: él no esperaba hallarla tan desfigurada. No creia su dolor tan grande: él ignoraba que ella todo lo sabia. P. tenia los ojos cerrados y no vió á Gullemiro que con zapatos ligerísimos apénas se sentia él mismo caminar. Este, viendo que ella conservaba su posicion, imaginó que indignada contra él, lo habia llamado allí para vengarse insultándolo. Pero hallando que en su desesperacion todo la era perdonable, se le acercó en silencio y doblando ante ella noblemente una rodilla, aplicó sus labios á la mano de P., que asustada con esta inesperada impresion saltó sobrecogida, pero al abrir los ojos y ver á Gullemiro á sus piés olvidó su resolucion y se echó entre sus brazos. Algunos momentos pasaron así estrechados, sin que se oyese otra voz que la de sus sollozos. Sentáronse despues en las sillas y se miraban en silencio. Tal vez en aquel instante rayaba en desesperacion el dolor de Gullemiro: entónces confirmó á favor de la lámpara la mortal palidez que habia atribuido á lo sombrio de aquel lugar.

Rompiendo P. el silencio y haciendo un esfuerzo para no gritar de desesperacion, le dijo así: "¿cónque nos separamos, Gullemiro? Dime el nombre de esa dichosa mujer que me roba el solo bien que amo. Dímelo, esta es la última vez que nos vemos : sé franco hasta el último instante: ¡que los tristes recuerdos que me dejas estén todos llenos de tu nobleza!...." Gullemiro le respondió, pudiendo apénas hablar: "¿Por qué tratar de envenenar así nuestra última entrevista¿ ¿Es necesario acaso que sea innoble si callo un nombre que debe serte tan cruel?"

P. deshecha en llanto y con un acento dolorido, le dijo así: "no quieres envenenar, dices, nuestra última entrevista. Bien se ve que huyes del dolor y que le huyes porque esperas placer. Cuando se tiene esperanza de vida se toma un contraveneno, pero cuando la muerte es segura se apura el tósigo. Si yo esperase ser feliz mañana, trataria de sobreponerme á la desgracia de hoi; pero cierta de ser de mas en mas desventurada, quiero en mis ansias desesperadas, apurar á grandes tragos el cáliz del dolor, con la esperanza de que me sofoque y me ahogue. En cuanto á ese nombre fatal, no te digo que seas innoble si lo callas, no, has entendido mal: quien desea verte noble hasta el último instante, desea tambien ser fina contigo hasta ese aciago momento, y no se permitiria nunca exigirte una confesion amenazándote con el título de innoble que recaeria por fuerza sobre quien quiera que te lo diese. No, nada exijo. ¿Con qué derecho exigria nada de tí en el instante mismo

en que te pierdo? Creí, sí, que era una noble accion, digna de Gullemiro, que al condenar á su mas fiel enamorada al abandono y á la desesperacion, dijese á esta infeliz cuál era su culpa, ó al ménos, si no habia culpa en ella, cuál era la razon que lo forzaba á sacrificarla. Así le seria mas fácil resignarse á su mala suerte. ¿Por qué no hemos de separarnos, aunque tú triste y yo desolada, contentos el uno del otro, sin que nos quede en el corazon el mas ligero recuerdo de una falta de interes, de una súplica negada?.......Yo soi tu amante y á pesar de todo lo seré siempre; pero tú......tú amas á otra; eres mi amado, pero no mi amante: sé pues mi amigo, al ménos que yo posea la confianza de tal. Dile á esta amiga enamorada el nombre de la que tú amas. ¿Qué, temes algo de mí ó me crees indigna de oirte pronunciar su nombre?" Y echándosele á los pies le dijo: "si una pasion, funesta para mí, te fuerza á tratarme como cruel amante, que la piedad te anime á tratarme como buen amigo."

Gullemiro quiso levantarla y ella resistiendo le aseguró que allí esperaba su última respuesta, y él abriéndole los brazos, la dijo: "Ven, oye mi respuesta."—P. se precipitó con arrebato doloroso y él acercándosele al oido, pronunció en secreto el nombre fatal. Entónces ella le confesó que aguijada de sus celos habia enviado su esclava A. á espiar sus pasos la misma tarde, y que esta lo habia visto parado en la ventana de Almabella; pero que se habia empeñado en saberlo por él mismo, porque no era bastante que se parase á hablarle para concluir que la amaba, y porque queria reducir á esta última prueba su alma caballerosa.

¡Qué caprichos tan singulares caben en el corazon humano! ¡Quién creeria que aquel temible nombre habria de calmar un tanto la pena de aquella malhadada mujer! Tal vez al nombre de su rival murió su última esperanza, y con esta su incertidumbre y su afan. Le quedaba, es verdad, el dolor; pero dolor sin dudas, es ménos ansioso, ménos cruel. O tal vez aquella confesion, mas que generosa, de dejarla por otra, puso el colmo á la admiracion con que lo amaba, y en vez de ver solo en aquel rasgo una crueldad en él y un dolor en ella, P., de un alma elevada, quitó un instante los ojos de las llagas de su corazon, para admirar, en aquella cruel heroicidad, todo lo que encerraba de grandioso y de sublime; y tomándole una mano y sellando en ella mil besos y mil lágrimas, le dijo: "Gullemiro, Dios me privó del genio y de las gracias necesarias para hacerte pareja, y privó tambien al resto de las mujeres, para á espensas de todas dar el dote matrimonial á esa Almabella envidiable que él te destinó para esposa. Eres mui grande para mí: á mí solo me es dado el conocerte, admirarte y llorarte: ¡ai! ¡adios, mi dulce amigo....adios, amigo adorado!...."

Gullemiro guardaba un silencio mortal, sus ojos estaban encendi-

dos, su cráneo hirviendo, sus manos heladas y oia las generosas quejas de P. que él no podia remediar, como reo que oye su sentencia de muerte al instante de la ejecucion y que nada puede contra su mala suerte. Seria mui difícil decir con cuál de los dos era mas cruel el infortunio en aquellos instantes.

¡ Cómo huye el tiempo con insensible vuelo cuando dos infelices en cita misteriosa esperan el instante de separarse para siempre, y cuando están ya separados, cómo se duerme el tiempo y deja el corazon sumido en ansias sin fin !...... A las doce en punto se reunieron, y ya les advierte la esclava que la aurora matinal anuncia la aparicion del dia, del sol y de la luz. En este instante fué cuando conocieron entrámbos hasta dónde era acerba su suerte y hasta dónde se amaban el uno al otro.

Gullemiro la trató mas bien como amante desgraciado que como inconstante. ¿ La inconstancia, no es á veces una desgracia involuntaria ? Sentándose Gullemiro y abriéndole sus brazos, la sentó sobre sus piernas y la miró con la expresion de una pasion desgarradora en que se presentaban á un tiempo el amor, la compasion, la ternura y un dolor sin esperanza. Permaneció algunos instantes mirándola así y al fin la dijo : " Es preciso que nos separemos : la voluntad que predestina es mas fuerte que la mia, ! ay !......paciencia : mas vale la resignacion que una blasfemia infructuosa. El cielo puede arrancarme de tus brazos pero jamas podrá borrar de mi memoria ese amor tan fino y generoso que admira hasta mi propia barbarie. Yo soi un mónstruo al dejarte así: aborréceme, olvídame, soi indigno de tu cariño y de tus lágrimas y hasta del aire que respiro ; pero una fuerza fatal y superior me arrastra...... tal vez á calamidades mas espantosas que las que hoi me aflijen. Prefiere tu suerte á la mia. Es fácil olvidar á un ingrato, pero es imposible olvidar un crímen ; ¡ ay ! yo no pude preveer entónces...... perdóname....... no soi tan culpable...... mi intencion fué mi deber...... pero la fatalidad...... ¡ ay, Dios !...... ¿ Qué será de mí ?...... No sé por qué ; pero mi porvenir me aterra...... Nada puede detener la corriente procelosa que me arrastra, y yo tengo un presentimiento que me dice, que me arrastra á un precipicio. Hoi mismo me alejaré de tu casa y jamas volveré á pisarla hasta que me escribas con A. y me lo ordenes."

Los fuegos del dolor fundian en llanto á la pobre P. que atolondrada y acariciando ansiosa á Gullemiro, le dijo : " mi desgracia ha robado á mi deber esta última noche: me era necesario verte algunas horas seguidas ántes de no verte mas.... ¡ ay ! ¡ no te verán mas mis ojos !.... ¡ ya no te oirán mas mis oidos !..... ¡ ya mis labios no sentirán mas los tuyos, ni se abrirán para decirte : te amo, te amo !.... ¡ Dios mio,

á qué martirio ms destinaste! ¿ si habias de robármelo, para qué me lo hiciste adorar? ¿ Si no me dotaste del talento necesario para seducirlo, por qué me dotaste del necesario para admirarlo y amarlo? Pero ¡ qué loca soi! yo deliro....... A todas es dado el amarte, á una sola el ser amada. Ufana de mis pocas gracias, de mi honestidad y de mis riquezas, no temí verme un dia reducida á envidar á otra mujer. ¡ Pero, qué he de hacer, miserable de mí!..... ¡ Así lo quiere el cielo..... es preciso tambien humillarme! ¿ En qué te he ofendido, gran Dios, para ser tratada con tanto rigor? Para que mi altivez se humillase; para que en mi dignidad yo envidiase á otra mujer, era preciso que yo te amase, Gullemiro, y que esa otra mujer me robase tu cariño. En valde recuerdo mi vida pasada á ver si hallo en ella alguna culpa que espiar: no, nada, viví siempre inocente y religiosa. Pero la implacable mano del dolor me aprieta el alma...... ¡ Perdon, Dios mio! ¿ En qué he podido provocar á tu cólera? No creas Gullemiro que te diga esto por atraerte de nuevo: no, hombre amado, sé que amas á Almabella y que ella no puede ménos que amarte, y esto es decirte claro que no me queda ni la mas remota esperanza. Adios, dueño mio: lo que quiero es que al perderte sepas cuánto te quiero...... cuánto me cuestas...... Esta es mi historia, caro amigo: pura y feliz hasta que te amé, y desde entónces, manchada é infeliz hasta mi muerte. Hasta hoi he vivido entre las risas y la inocencia, y desde hoi entre el llanto y el remordimiento."

La angustia de Gullemiro llegaba ya al furor: tomó la lámpara sorda y volviéndola del lado luminoso alumbró el rostro de P. pálido, lánguido y hecho un mar de lágrimas, en cuyo fondo brillaban apénas sus ojos desencajados. Levantóla en alto entre sus brazos y exhalando un gemido congojoso y prolongado, le dijo: "yo soi quien te admiro; corona tu grandeza perdonándome en el mismo instante en que voi á sacrificarte:" "perdóname" repitió, y se arrojó á sus pies. Ella lo levantó y le dijo: "¿ Qué exiges en prueba de mi perdon?......."—"Un último beso, uno solo...."—"No, esclamó ella en transporte maquinal, no, uno no, mil....son los últimos.....¡ Perdona. Dios mio! estos son los derechos del infeliz. ¿ Qué ménos puedo exigir por tanto mal á que me condenas y á que me someto? Ven, hombre amado; ven, estas caricias son inocentes, como las que hace una madre á su hijo, ó una esposa á su esposo moribundo, ó como el último gusto que se concede al ajusticiado. El dolor purifica mi amor y mis halagos, como el fuego purifica el almibar fermentado. ¿ Pensaré acaso en el placer en el instante mas funesto y mas aciago? El último instante de felicidad tiene tantos fueros como el último del que va á morir. El hombre mismo, cruel, duro como es, concede á su reo la libre satisfaccion de sus últimos caprichos. ¿ Por qué el cielo, mas piadoso, no acordará á mis acerbas ansias un beso, un solo beso, en el último instante que me queda

de felicidad? No creas Gullemiro que yo sea ya desgraciada, no, mi mal no comienza hasta que tú desaparezcas. ¿ Puede acaso la misma rabia del destino hacerme del todo infeliz miéntras te vea, te oiga y te bese? Déjame aprovechar este último momento; déjame, te ruego, hacer una provision de caricias y de tiernas palabras, para que mañana no me diga ¡ ai, cómo perdí aquellos preciosos instantes! pude haber sido mas fina, mas amorosa, mas cariñosa."—Y se le tiraba encima como arrebatada de accesos de ternura, y lo besaba y lo apretaba contemplándolo de piés á cabeza, y dejando despues escapar un ¡ ai! lastimero prorrumpia en sollozos y se sumia en la congoja. Acordábase de nuevo que estaba en el último instante y volvia á comensurar los trasportes de su tierna furia. Gullemiro vió que aquella infeliz lo amaba locamente; vió hasta donde era magnánima y delicada, y estas prendas del alma embellecieron de tal suerte sus gracias corporales, que se quedó mirándola como estasiado y esclamó: "¡ Infeliz de tí: yo te abandono! ¡ Infeliz de mí! ¿ dónde hallaré otra que me ame tanto y que sea tan generosa?......oye lo que nunca te habian dicho con tanto ardor mis labios: te amo con la mas tierna pasion; te admiro y te reverencio¦; pero á mi pesar me aleja mi estrella: es preciso que yo siga el rumbo que ella me traza: mi amor sucumbe á mi suerte. y si el presentimiento no me engaña, pronto oirás sobre mi cabeza el estampido del rayo que dé fin á mi vida tormentosa."—Esto lo decia Gullemiro cuando A. llegó toda azorada diciendo á P. que ya sus hermanitas se levantaban y que si no salia pronto de aquel cuarto seria descubierta. La fiel esclava queria sacar á Gullemiro por fuerza y P. le dijo que fuese á velar un instante mas. Al salir la esclava tomó una gravedad imponente. El último instante de la separacion es siempre así, grande y grave.....¡ Qué silencio guardaba! Mirólo con ternura y con ojos secos, pero el dolor que servia de fondo á su semblante era mas horroroso que nunca. ¡ Qué cuadro tan patético y tan lastimoso! Tomóle una mano en silencio, sí, en silencio: para el dolor de aquel instante no hai espresion humana: para esos dolores negó Dios al hombre el desahogo. Tomóle una mano en silencio, llevóla á sus labios, no ya con arrebato, sino con una delicadeza llena de dolor y dignidad.....y aun en silencio hizo señas á Gullemiro de retirarse.....Este se alejaba dando pasos hácia atras y teniéndola siempre ante los ojos....Al llegar á la puerta se paró por última vez, y la vió de rodillas mirándolo con avidez, con ansia....¡ Qué deseo tan vivo de volver á abrazarla, de levantarla, de echarse á sus pies y tal vez!..... Pero ¡ qué peligro! al acercarse á la puerta vió la clara luz del dia: volvióse hácia ella, la dió un adios de muerte y desapareció......

Cuando Gullemiro se vió en su cuarto, solo y ya seguro de no comprometerla, se tiró sobre su lecho y se apercibió que tenia una ansie-

dad que no le permitia respirar, como si le faltase el aire, todo efecto de la continua agonía que habia sufrido durante seis horas seguidas. Al fin sintió que el aire y la vida le entraban en el pecho y se acostó con intencion de dormir; pero apénas habia entrado en la cama cuando A. le advirtió que P. lo esperaba en la sala. Saltó y corrió á ella y la halló aparentando estar tranquila. Gullemiro, sin hablarle, dobló ante ella su alto cuerpo con noble magestad y acercándosele le aplicó los labios á la frente y se sentó á su lado. Guardaron largo silencio sin osar siquiera mirarse...... Al fin ella, temiendo la pronta venida de sus hermanas, le dijo: "¿ Y á qué hora nos deja U. hoi Gullemiro?" Este, sorprendido de verse tratar de U. respondió balbuciando y abatido: "Si mi amiga lo permite, será, como yo habia pensado, esta tarde despues de comer; pero si como me parece, no podrá soportarme hasta entónces, será cuando ella lo ordene." Ella conoció que su tratamiento lo habia herido y volviéndose hácia él con espresion dolorosa le dijo: "Perdóname, yo desvarío, quien te trata de U. no es ya la triste P., es sí la loca P. En cuanto á la hora, lo que tu quieres hacer, es lo mismo que yo qneria y lo que iba á rogarte que hicieses.—Gracias P., gracias, ¡ Bendita sea tu suerte!...... Olvidame, un alma tan noble como la tuya se degrada llorando á un bárbaro como yo. ¿ Si yo tuviese en realidad las prendas que me hacen amable á tus ojos haria lo que hago en este instante? No, que el amor no te ciegue: soi un despreciable: convencete de esto y me olvidarás y serás dichosa.

" ¡ Ah ! replicó P., si no fueses realmente tal como te ve mi amor, no hablarias así. Esos esfuerzos generosos por rebajarte para que yo no te ame y sea feliz, te agrandan mas y mas á mis ojos. Tu no eres un bárbaro: el bárbaro es el destino: yo creo que me amas; pero que otra pasion te ciega y te aleja de mí, á pesar de tu piedad. ¡ Ojalá seas feliz ! y si para que lo seas exije la suerte de mí mas sacrificios que los que hasta ahora me cuesta esa tu funesta pasion, que me pida la misma vida, nada reservo por la felicidad del amable Gullemiro."

En este instante entraron las dos hermanitas de P. y suspendieron el triste coloquio. Gullemiro sentia no haber sido el que hubiese hablado el último; pero su alma esquisitamente fina, convino en que siendo ella la que mas padecia de los dos, tenia derecho al último desahogo, á la última palabra.

" Despues del café salió Gullemiro de aquella casa, y al verse fuera de sus umbrales alentó el aire libre con tanto placer como si acabase de salir de una atmósfera de fuego. Notó él mismo aquel sentimiento de desahogo, de placer, que sentia al alejarse, y se ofendió consigo mismo horrorizado del solo temor de verse capaz de sentir gusto al abandonar á una mujer que era infeliz por él. Y si no hubiese conocido que aquel

bienestar que sentia no dependia en nada de la ingratitud ni de la inhumanidad, se habria hecho él mismo entrar de nuevo en la casa á partir con aquella infeliz los dolores de que él era la causa. Si él se hubiese visto una sola vez capaz de tan innoble crueldad, no se habria jamas reconciliado consigo mismo, y en su triste manía habria tal vez terminado por perder la razon.

"Una piedad generosa y valiente era su dote el mas precioso. Sin piedad, la virtud, la moral y todas las otras prendas le parecian fabulosas é imposibles. Para él un alma sin piedad debia por fuerza ser culpable, ó estaba en contínuo peligro de serlo. Y la falta de humanidad y de piedad, se decia él, ¿ no es acaso un crímen por si sola ? En estas reflexiones iba, cuando entrando en la calle del Comercio sintió cambiar del todo la escena que se presentaba á sus ojos. Ya no era aquella lóbrega habitacion en que habia recibido las últimas ternuras de P. : ya no era la imágen de esta infeliz que arrodillada lo adoraba al perderlo. Ahora solo se le presentaba la radiosa imágen de Almabella, que como un sol refulgente eclipsaba todo otro objeto, y que hacia tanto mas intensa la oscuridad del olvido en que los envolvia, cuanto mas se le acercaban.

"Léjos de ella, Gullemiro tenia mil recuerdos y en ellos veia mil imágenes que lo enternecian y brillaban á sus ojos, como las estrellas de la noche, sin que las unas eclipsasen á las otras ; pero al presentarse Almabella, toda otra gracia desaparecia. Así como el sol hace invisibles los luceros del firmamento, así ella apagaba todo otro amor y reinaba solitaria en el corazon de Gullemiro. Este, que habia ido á largo y apresurado paso hasta distinguir la ventana, siguió de allí á paso corto y tardío, para tenerla por mas tiempo ante los ojos.

"¡ Con cuánta pena distinguió de léjos la celosía cerrada ! Fué tal su desazon que resolvió si la veia aquella tarde quejarse del rigor con que lo privaba de su vista. Como él se habia quejado indirectamente la tarde anterior, vió aquello ya como ofensivo.... Acercábase lentamente á la ventana, y su despecho le daba un aire grave y soberbio, ya pasaba y echaba sobre la celosía una mirada que pintaba al vivo el dolor con que veia estrellarse en ella su orgullo, cuando abriéndose las rejas, vió con plácida sorpresa á la hermosa Almabella, que sonreia cariñosa como para ablandar su austero ceño.

"El conoció al instante la causa de esta sonrisa, y sonriéndose tambien y con semblante contento, la saludó con espresion humilde y agradecida. Ambos entendieron perfectamente todo lo que se habia pasado en el uno y en el otro, y ya Gullemiro no temia que ella desairase su amor. Vió con placer el buen efecto de lo que le habia dicho el dia anterior y con mas placer aun conoció que ella era franca y natural. Esto le hizo formar ya el plan de una inmediata declaracion, que no osó llevar

á efecto por razones que posteriormente lo inclinaron á una resolucion diferente.

"Su propia pasion se reprimia por no esponerse á su desgracia. Con toda otra habria aventurado, pero ¿qué habria sido de él si ella hubiese desechado su afecto? Esta reflexion se la hacia á cada instante y entónces se formaba el plan mas seguro de hacerse amar sin hablar de amor y si era posible darse por amante y por amado sin declarar lo uno y sin preguntar lo otro. Nada es tan costoso á una jóven como el confesar que ama! algunas dicen que no al que mas aman y lloran cuando se aleja! Gullemiro tenia razon de pensar así de ese sexo tan pudoroso y tan lleno de caprichos; pero Almabella, incapaz de ficcion porque creia degradarse en ella, era libre y sincera: sus labios eran el manantial de sus afectos tan puros como le salian del corazon.

" De vuelta del baño, la vió aun, pero apénas.

" Llegó Gullemiro á casa de sus amigas, y halló una carta de su padre en que este le decia que inmediatamente le escribiese el nombre de su amigo para presentarlo entre los que deseaban el empleo. P. estaba triste, y abatida; pero sus ojos estaban secos, y aunque fijos siempre en tierra y sus labios en continuo silencio, su frente tenia aquella especie de serenidad que da la resignacion un mal que sentimos que va á acabar con nosotros. Almorzaron el uno junto al otro. Gullemiro no osaba mirarla y cuando la veia en aquel estado, sentia la mano terrible del remordimiento que le apretaba la garganta y le decia: " No merece el alimento ni la vida, el que en vez de salvar á su víctima la abandona por otra."

"Gullemiro conocia su deber y nadie mas que él era severo en su cumplimiento; pero ciego de pasion, habria renunciado ántes á la vida que á Almabella. Apénas habia almorzado, se dirigió con su carta á casa del hermano de su amada, y al llegar lo condujo un esclavo á la galería. ¡Qué grande fué la sorpresa de Almabella al ver á Gullemiro á aquella hora en su casa y estando ella sola por casualidad! Gullemiro se le acercó haciendole la mas humilde reverencia, y poniendo en sus manos la carta de su padre, le suplicó la leyese y viese en ella el objeto de su visita que parecia sorprenderla.

"Ella, despues de haber leido le dijo, que su hermano debia llegar de un momento al otro, que tuviese la bondad de esperarlo, si no le era desagradable. Gullemiro respondió con una inclinacion agradecida y tomó asiento. En este instante el pudor encendió las rosas que embellecian la faz de lirio de aquella melancólica Amazona. Gullemiro le dijo con timidez: " Hoi he tenido dos grandes placeres, y uno de ellos lo causa esta carta"...... y calló, y ella, curiosa como toda enamorada, dijo: "¿y el otro?—" Es este, señorita. El único alivio

de la tristeza que me consume, lo encuentro en ver á un amigo que amo sobre todo! El tiene la crueldad de ocultarse cuando paso para verlo; pero hoi, lo ví, tal vez por casualidad...... ¿No es verdad que U. no negaria los derechos del dolor al que los implora humildemente?

"Ella entendió la alusion, y le dijo: "En un amigo seria una dureza imperdonable: pero en una Señorita, la crueldad estaria de parte de U., porque debia considerar que el decoro lo mandaba así. Desgraciadamente teneis razon, dijo él. Pero yo no exijo mucho: me contento con ver sus ojos por entre las rejas que la ocultan, como quien ve dos luceros por entre espesas nubes, que esconden el resto del bello cielo"..... —Ella se lo quedó mirando y le dijo con interes: "Todo depende del modo de pedir las cosas: U. puede estar seguro de que esa Señorita no le negará lo que le exige. La dulzura y la humildad en ciertos hombres tienen un poder irresistible."—Señorita respondió Gullemiro, siempre he pedido de otro modo, porque siempre he estado pronto á renunciar á todo; pero hoi siento que la sumision me enaltece: siento que mi frente, á los pies de ese objeto único para mi, estará mas alta, que cuando soberbia entre hombres y beldades, se levantó sobre todo.

"El se calló, y su mirada y su silencio dieron valor á sus palabras. Huia ella los ojos de Gullemiro, pero una plácida sonrisa traicionaba su contento. Viendo en fin Gullemiro que T. no llegaba, y no queriendo aventurarse mas, suplicó á Almabella le permitiese escribir dos palabras. Al momento un sirviente, que llevaba el mismo nombre que la esclava de P., abrió un secretario en el cual Gullemiro escribió, y despues de un adios espresivo se retiró.

" Apénas habia salido, cuando Almabella abrió la carta, resuelta á decir á T. que deseosa de saber por aquella carta si tendria ó no que separarse de él, la habia abierto. Hízolo así efectiuamente, y T. aprobó sonriendo el interes de su hermana, cuya verdadera causa le era mas conocida de lo que ella imaginaba.

" La lectura de esta carta, que dejaba traslucir el magnánimo corazon de Gullemiro, impresionó de tal suerte á Almabella, que siempre recordaba á su amante, en los instantes mas felices, la emocion que le habia causado esa carta y como la decidió á amarlo locamente, mas tal vez, que lo habria hecho una carta de declaracion. Tal vez Gullemiro aunque honrado, conociendo con la sagacidad del génio el modo de interesar á Almabella, se permitió la inocente estratagema de hablarle al corazon en esa carta á T. Este, nada estrañó, porque creia que aquel era su lenguage, pero se equivocaba redondamente: con los hombres era austero y lacónico: sus maneras mismas, su gesto, su acen-

to, todo en fin llevaba en él el sello de su tristeza y de su alma fuerte. Con las mujeres, al contrario, era afable y de una cortesanía síncera y facil. Pero nunca, con nadie, ni consigo mismo, olvidó esa dignidad delicada que es el sello de ciertos hombres.

"Almabella creyó que él habia pensado en ella al escribir aquella carta; la miró como dedicada á ella y haciéndola desaparecer de los papeles de su hermano, la guardó eatre los suyos. Ciertamente que Gullemiro no habria escrito una carta semejante á otro hombre que al hermano de su amada y ménos aun al ofrecerle un servicio. Las mujeres, sobre todo las enamoradas, tienen las mas raras susceptibilidades. Nada tenia esa carta que esplicase el efecto que produjo en Almabella. A la pólvora le basta una chispa para inflamarse: insensible á causas mayores pero de otra naturaleza, vuela á la mas ligera impresion de la causa á que es sensible: así, la enamorada se abrasa con una palabra indiferente del que ama y es insensible á lá pasion del que no le toca el corazon. La declaraeion mas esquisita, no habria merecido siquiera la atencion de Almabella, y aquella carta la hacia palpitar de amor y sentia que la ilusion la cegaba.

" Llegado Gullemiro á casa de sus amigas, dijo á la Señora que sus circunstancias exigian de nuevo que él pasase por la pena de volver á su casa. Esta vez P. conservó mas entereza que las demas: solo ella no lloraba; pero solo ella estaba realmente desesperada. Era una cosa rara el cariño que aquella familia tenia á Gullemiro: todos eran desinteresados escepto P. que lo amaba tiernamente. En la comida se despidió Gullemiro bebiendo una última vez con ella. ¡ Con qué dolor tan grande veia P. llegar el último instante, sin poder decirle adios de otra manera, como amante infeliz, y no como amiga !....

"Gullemiro habria sufrido mucho mas, sin los estragos que ese mismo dia habia hecho Almabella en su corazon. Despues de comer se levantó de la mesa, fué á la sala y tomando su sombrero, volvió al comedor pálido y con el semblante afligido. Al pararse él en la puerta todo quebrantado y silencioso, la pobre P. vió el instante final de su esperanza....Resignóse, y concentrando los restos de su energía, le dijo: " adios, mi amigo, no olvideis del todo esta casa,—y poniéndose la mano sobre el corazon, repitió—esta casa que habitásteis y que habitará siempre vuestra memoria á pesar de que la abandonais así...."

"Gullemiro entendió lo que ella queria decirle y se estremeció todo entero; sus ojos se encendieron y se humedecieron, y acercándose á la Señora, le dió la mano y le dijo: " adios mi amiga." Dirigióse despues á las dos hermanitas, y dándoles tambien la mano les dijo lo mismo. Faltaba solo P.: quedóse un instante mirándola estático y en fin se acercó á lla, le tomó la mano y la distinguió de las otras aplicando en ella sus labios y despues mirándola y mirando al cielo, como acusándolo de lo

que él hacia, desapareció. Fué tal su dolor al tocar por última vez aquella mano, que quiso hablar y no pudo absolutamente, y esto y su semblante patético, hicieron ver á P. hasta donde la amaba y hasta donde amaba á Almabella cuando por ella la dejaba.

" En fin, salió Gullemiro de aquella casa para no volver jamas y se encaminó á la calle del Comercio. Almabella estaba en la ventana sola: él se paró con la intencion de entrar para ver si olvidaba la escena triste que acababa de pasarle. Ella le brindó entrada, pero él, viéndola sola, le dijo que temia desagradarla entrando porque la veia sola, á lo que ella respondió que la acompañaba una hermana que habia salido el mismo dia de su pension, y que el estar sola no habia sido nunca un inconveniente para recibir sus visitas, pues que habiendo crecido sin madre, habia siempre estado en la necesidad de constituirse Señora de su casa.....Entró Gullemiro y le dijo que aquella misma noche mudaba de habitacion: que queria acercarse al lugar de su baño, porque como caminaba tan ligero se acaloraba mucho siendo grande la distancia.

"Almabella conocia que Gullemiro habia sufrido, y para distraerlo le dijo: " Pero siempre os he visto andar despacio al pasar por aquí." Gullemiro la miró, y sonriendo le dijo que él tambien habia notado que en aquella calle le era tan imposible el andar ligero como en otra parte el andar despacio: que no sabia en que consistia aquello. Ella volvió la cara hácia la calle para ocultar su risa y el contento que le daba el haberlo distraido. Despues él dijo que aquella calle seria en adelante su pasaje ordinario para ir á ver á su familia y para ir á sus estudios: que necesariamente tendria que bajar todos los dias á las once y que subir á las cuatro.

"Este era el estado de la conversacion, cuando entró una bellísima jóven trigueña, esbelta y de maneras cándidas y suaves. En esta no se conocia aquel espíritu sublime, ni aquel hechizo arrebatador que lucian en los ojos de Almabella. Su conversacion era sencilla y en su semblante alternaban la paz del candor y el rubor de una inocente timidez. Almabella enseñaba á su hermana á dirigir la casa para alternar despues con ella en su servicio. Esta hermana se llamaba Urlazu. Desagradaba mucho á Urlazu la direccion de la casa y al fin la pobre la dirigió sola. Almabella no podia dirigirse ella misma: todo lo que no fuese Gullemiro le era insoportable. La presencia de Urlazu alejó de entrambos toda idea de declaracion y los tranquilizó: ni él deseaba ya lo que temia, ni ella temia ya lo que deseaba. Gullemiro se retiró dejando escrita á T. la direccion de la casa para que le contestase lo que debia decir á su padre.

" Mui temprano se levantó Gullemiro al dia siguiente, y pasó por casa de Almabella á la misma hora en que la veia siempre en la venta-

na y halló que esta estaba cerrada completamente. Volvióse á su baño sin temer el camino largo.

" A su vuelta á su casa se encontró con el hermano de Almabelle que se lo llevó á almorzar con él, y durante la mesa el padre le hizo vivas demostraciones de agradecimiento por el deseo que habia manifestado de servir á su hijo, y le dijo que sentia mucho no poder aceptar su oferta por que, desde que hubo conocido que T. estaba descontento en Carácas, habia resuelto comprar una hacienda que le vendian, á tres leguas de la capital y que en aquel mismo dia se habia cerrado el contrato. Gullemiro le dió mil parabienes á T. y escribió á su padre que su amigo habia cambiado de circunstancias y no podia ya aceptar el destino; pero que entre los que optaban á él tenia un amigo y este era el mas pobre, quien quiera que fuese, con tal que no fuera un bribon, y terminaba así hablando del mas pobre: " ese es mi amigo preferido; todos los otros lo son, pero ninguno tiene para conmigo los títulos que tiene él." El padre le contestó dos dias despues diciéndole que estaba nombrado el mas pobre, y que queria saber qué méritos hallaba en él mas que en los otros: que él al contrario creia que habia otros mucho mas meritorios.

Gullemiro respondió á su padre que él no conocia ni los nombres de los aspirantes, pero que sin duda el mas pobre era el que mas necesitaba un destino para vivir, y el que probablemente seria mas laborioso: que si no sabia, pronto aprendería. El padre preguntó al nuevo empleado si conocia á su hijo Gullemiro y sabiendo que nó, le contó á lo que debia su empleo. El buen padre sentia una tierna admiracion por su hijo y queria que el reconocimiento fuese tributado á Gullemiro y no á él.

" Acabado el almuerzo, estaban en la conversacion de sobre mesa cuando el esclavo A. avisó á su amo que los caballos estaban prontos. El padre y sus dos hijos montaron y se fueron á visitar su nueva posesion. R. iba con ellos como mui inteligente en eso de haciendas, por que despues de muchos años regia la principal de su padre que estaba á tres ó cuatro dias de camino sobre las montañas de Pacaya. Era allí, lidiando contínuamente con esclavos revoltosos, donde habia adquirido su carácter fuerte y audaz. Quedó, pues, Gullemiro con las dos hermanas: la recienvenida estaba de semana y á cada instante los dejaba solos: ámbos sufrian cuando se hallaban solos: fluctuaban entre el deseo y el temor y su recíproco descontento decia mas que sus palabras.

" Esta vez aun se contuvo Gullemiro y se retiró sin haberle dicho nada de amor, aunque todo en él lo decia claro. Fuése á su casa y comió ya en compañía de sus dos amigos A. y F. Maya. Despues de la comida hizo una visita á Almabella sin adelantar mas que en la mañana. Miradas ardientes y tímidas, palidez, rubor, ansias, &. En fin sentian todo el tren de síntomas que presentan dos enamorados que, estando faz á faz, anhelan sin desahogo. Tres dias mas se pasaron en esta perplegidad penosa.

" Miéntras tanto Gullemiro pasaba todos los dias á la misma hora que ántes lo hacia, y hallaba la ventana cerrada, y siempre abierta á la hora en que él le habia dicho que pasaria en adelante, y aunque ella se ocultaba tras la celosía, sin embargo, se veia que estaba allí. Esto lo animaba á declararse, pero le parecia aun poca prueba. ¡ Qué desconfiado es el deseo cuando es único ! ¡ Qué celoso es el amor esclusivo !

"En fin el 1º de Noviembre se levantó Gullemiro con una terrible inquietud, con un desasosiego que no le dejaba un instante : la idea de saber si era ó no amado lo dominaba y en su afan formó mil proyectos que destruyéndose los unos á los otros, agravaban de mas en mas su conflicto. Resolvió en fin declararse á todo riesgo. Principió varias cartas y las quemó al principiarlas, porque le parecian indignas de su objeto. Pasó todo el dia sin salir ni siquiera á bañarse. Apénas comió, y todo esto y la continua y cruel agitacion en que tenia el alma, dieron á su fisonomía aquel gesto estraño que caracteriza á la pasion desatentada. Si las pasiones mas allá de cierto punto no causan la locura completa, siempre ofuscan, mas ó ménos, la razon, y descubren en el semblante y en la mirada sobre todo las primeras sombras del estravío......

"Así se presentó Gullemiro á Almabella la tarde del primero de Noviembre, algo quebrantado y con un mirar estraño que anunciaba el loco imperio de la pasion. Ella creia descubrir en aquello los disgustos de familia que le habian hecho cambiar de casa, y hablándole con tierno interes, le dijo así : " mi amigo, U. padece yo lo veo ; ¿ podria servirle en algo, sin penetrar su secreto?"—" Sí, replicó Gullemiro, U. y solo U. puede curar mi pena ; pero es preciso confiar á U. mi secreto y yo tiemblo de perderme para siempre, si U. al saberlo deja de interesarse en mi suerte.

"Almabella que creyó que aquel secreto era algun arrebato con que habia ofendido á su familia y que arrepentido queria desahogar su pena en la amistad, haciendo ante esta su propia acusacion, le dijo :— " no tema U, que yo deje de ser su amiga cuando sepa sus penas : al contrario, ellas le harán mas acreedor á mi interes ; ¿ sino es para esto, para que sirve la amistad ? Hable U. sin recelo ; jamas saldrá una palabra de mis labios que comprometa su secreto."—Gullemiro conoció por todo aquello que Almabella no imaginaba cual fuese su secreto.

"No es, se decia, que ella disimule, no, una jóven pudorosa, puede callar que sabe que la aman, pero no puede acallar el rubor de sus mejillas. Esta seguridad redobló la confusion de Gullemiro, que no pudiendo descubrir en su fisonomía sus afectos tenia que aventurar á ciegas. Receloso siempre y amigo de garantias, resolvió dejarle entrever poco á poco su verdadera pena, para poder leer en su semblante su res-

puesta y retirarse sin escucharla ó escucharla sin sorprenderse. Este pensamiento serenó un tanto su angustia, y acercándose á ella le dijo en voz baja: " Las pasiones medianas hacen felices á los hombres, las estremas los hacen desgraciados. Las mias son fatales."

"Ella le dijo: " me parece que en Ud. las mas violenta y que mas lo hace sufrir es la de la cólera.—" No, mi amiga, al contrario, es la ternura....."—"¡ Ah! es verdad, cuando hallamos en la familia algun ingrato sufrimos sobremanera; pero no se aflija Ud., muchas veces el que mas nos quiere, nos ofende por pique de amor propio, y despues se arrepiente y nos quiere mas."—No, en nada puedo quejarme de mi familia, jamas he estado tan contento de ella, nunca nos hemos querido mas."

"Esto habria desconcertado á Almabella y le habria hecho sospechar que se referia á ella, si no le hubiese visto un dia entrar mui apresadumbrado y con algunas distracciones que tenian á su ver la misma causa que lo hacia padecer en aquel instante y que ella sabia bien no ser ella. Este fué el dia de la separacion de P. Ademas ella lo habia visto pasar por su casa triste y como combatido de una fuerte pasion, aun ántes mismo que él la hubiese visto. Estas justas reflexiones le hicieron creer que Gullemiro amaba á otra, y amándolo ella tanto, la desolaba el temor de que viniese á buscar en su amistad consuelos para el amor que tenia á otra. Este pensamiento acerbo fué la primera pena que le costó Gullemiro. Encendióselo el semblante y al traves de su consternacion lucian algunas chispas de indignacion.

"Todo conspiró á que Gullemiro interpretase fatalmente aquel cambio repentino. El rubor de ella lo hizo ruborizarse á él que lo vió como una señal de desprecio. Miráronse entrambos con ojos llenos del sentimiento que los dominaba; miráronse una vez y no osaron mirarse mas. Cada uno confirmaba en el otro lo que mas temia. Tal fué la ansiedad de Gullemiro que no pudiendo permanecer sentado se levantó y paseó la sala con paso desigual, y con un mirar trastornado veia, al traves de su propio cambio, que todo habia mudado. En fin, dando botes de tormento en tormento, cayó su alma en la dessesperacion y en ella halló el valor que le faltaba y sin el cual todo habria terminado en aquel momento, y aunque su timidez los hubiera hecho siempre desgraciados, sin duda que el valor los hizo aun mas infelices.

" Miéntras se paseaba Gullemiro recordó á la infeliz P. y resolvió volar al instante á sus piés y alcanzar, su perdon y su amor. Corrió precipitado hácia su sombrero; pero al tomarlo se estremeció y no pudo ménos que volverse á mirar á Almabella. Esta estaba pálida, triste y con una lágrima en los ojos, Al verla olvidó su desventura y cambiando su austero gesto en humilde, corrió á ella y con patético acento

le dijo: "amiga de mi alma, perdonadme, por Dios os lo ruego: ¡ qué insensato me hacen las pasiones! Me ofendo porque no me amais ¿y qué derecho tengo para ofenderme? ¿Puedo acaso aspirar á vuestro cariño? Es verdad que no soi culpable por amaros: veros y no adoraros es imposible. En lo que si ha sido culpable mi temerario amor, ha sido en pretender ser pagado; pero me arrepiento, mi amiga. Ahogaré siempre mi ternura en las lágrimas que trago y que hacen un lago en mi pecho. ¡Qué yo conserve al ménos vuestra amistad y que no me aflija la idea de haber turbado vuestra felicidad sino un solo instante!"

"Cuando no puede disimularse un sentimiento, ménos puede disimularse la transicion de este al que le es contrario......El rostro de Almabella al saber que ella era la amada, estaba radioso de placer y regocijo, su vanidad abatida comenzó á inflarse de nuevo y se sintió mas que nunca engrandecida. Ella era ya feliz, preveia lo que debia suceder; pero el pobre Gullemiro creia que aquel contento solo anunciaba su perdon y el que ella, cierta de ser respetada en el porvenir, volvia á su paz ordinaria. El, solo veia en aquella prueba de su felicidad la de su irremediable desgracia. El loco amor todo lo ve al reves, y y siempre cree lo que mas teme. Almabella, viendo que él entendia mal, se abandonó sin recelo á la dulzura que le empapaba el corazon, y él viendo el alborozo estremo que le causaba el mirarlo humillarse á su desprecio, se ofendió de nuevo, miró su contento como un insulto y le dijo con acento lleno de dolor y de despecho: "¿Es posible señorita, que no os contenteis con despreciarme, sino que os sea necesario el vejarme alegrándoos de mi mal y echándome en cara mi bochorno? Tal burla es impropia de vuestro bello corazon, y yo debo huirla si conservo mi diginidad. Voi á confesaros los sacrificios que me costais: oid; el dia que os ví estaba resuelto á casarme con una señorita: amaba en ella sus escelentes prendas, y sobre todo el amor que me tenia. Creia yo tambien quererla, y que seria feliz con ella, pero al veros conocí que confundia con amor la estimacion que le tenia y tambien conocí lo mas fatal de todo, que jamas podria amar á otra que á vos. Vos debísteis conocer la terrible impresion que me hizo aquella primera vista. Desde ese instante se heló el cariño que tenia á esa señorita y se encendió mi corazon con otro amor hasta entónces desconocido. Ella conoció mi desamor y llena de celos me rogó como un último favor que le confesase si ya no la queria y por qué. Aunque con dolor, le dije le verdad: que amaba á otra, y en fin á fuerza de llanto y lamentos que no pude resistir, le confié que esa otra érais vos......"

"Aquí calló un instante, y despues esclamó con desesperada ironía: "Sí, ella me predijo que vos me amariais........¿Quién hubiera podido predecirla á ella que hoi despreciado y corrido por vos habia de

volver á ella, no á ofenderla implorando un nuevo amor, sino á borrar la afrenta que le hice por vos, con la que vos me haceis por otro?...... La infeliz quedó en la mas espantosa consternacion: todavia la ven mis ojos arrodillada diciéndome adios, de léjos, en el instante en que desaparecia de su vista para no mas aparecer.....¡desgraciada¡.....¡qué cruel fuí con ella por vos!......merezco que vos lo seais conmigo por otro....Las manchas de mi amor propio lavarán las del suyo; pero las vuestras no lavarán jamas las del mio........¿quién no os ha de querer?......¿quién os despreciará é insultará como vos habeis hecho conmigo? nadie, imposible; Ni yo lo quiero tampoco, y mas, el que os insultase deberia temblar de mi venganza......Prefiero veros feliz con otro, á veros ultrajada....Humillar á quien me humilla es humillarme dos veces. Adios, mi amiga, por última vez, adios.......Voi á consolar á esa infeliz......"

"Al oir el último adios de Gullemiro el semblante de Almabella cambió su plácido rubor en palidez afanosa, y viendo como una amenaza la vuelta que le anunciaba á casa de P., fué á un tiempo presa de la desesperacion y del despecho. No osando su tímido pudor fallar á favor de sus amantes ansias, y restándole solo un instante para escojer entre una humillacion feliz ó una altivez desgraciada, sus fuerzas se rindieron á aquel torbellino de agonias, su cabeza desfallecida cayó sobre su pecho y su cuerpo todo entero se desplomaba ya sobre el sofá, cuando Gullemiro la recibió en sus brazos. Al tocarla, le palpitaron el alma y el corazon, y sintió de nuevo que aquella mujer le daria ó la felicidad ó la muerte. El contacto de Gullemiro, como un golpe eléctrico, la volvió en sí, y la hizo sentir una impresion semejante á la que ella habia ocasionado en él.

"Miráronse entrambos, como atónitos y con una espresion de que cualquier otro era incapaz. Ella estaba pálida y temblorosa aun por aquel contacto, y él rojo hasta los ojos de bochorno, creyéndose desairado. La cara de Gullemiro hizo conocer á Almabella que él se creia despreciado y burlado y que su resolucion era decisiva; que no volveria á verlo si no hablaba pronto. El, delante de ella y con el sombrero en la mano, la miraba como esperando su última sentencia. En fin, ella levantó hácia él sus ojos, le hizo seña con la mano de sentarse á su lado, y tomándole el sombrero de la mano lo alejó de él. ¿Quién hubiera visto en aquel instante los ojos de Gullemiro? Imagino mil emociones chispeando al través de los ojos que el dolor acababa de empañar. ¡Qué grato es ver el placer brotar de repente de un rostro compunjido! Es como si el sol apareciese súbitamente en lo mas denso de las tinieblas, ó como si la paz volviese al pecho remordido. El que pasa de la desesperacion á la esperanza goza como el que ya casi helado entra á un cuar-

to caliente, ó como el que en las últimas ansias de lá sed encuentra un puro manantial.

"Despues de un silencio interrumpido por la respiracion anhelosa de entrambos, ella le dijo con voz triste, pero resuelta: " Si el error de creer que yo os despreciaba no ha destruido enteramente vuestto cariño por mí, volved como siempre á mi casa y jamas á la de la infeliz de que me hablais...... Y despues de un corto y meditabundo silencio, esclamó así: " Que vuestra presencia aquí sea una prueba de que no habeis estado allá "......

" Si yo amara ménos, replicó Gullemiro, veria como favorable esa lei que me imponeis; pero amo demasiado para no padecer al ver que se juzga mi amor indigno de una respuesta "...... " No he meditado aun bastante esa grave respuesta, le dijo ella: si respondiese ahora de seguro que quedariais contento. No sé por qué, pero esa respuesta me da miedo, como que encierra algo decisivo y terrible en mi destino. Tiemblo de una imprudencia, y no la cometeré.... todavía es tiempo.... Mi mejor garantía está en vuestro amor, pues en su nombre os exijo que jamas me hableis de él. Una sola palabra de amor me ofenderia, y me haria tal vez pensar en él ménos de lo que pienso. La pregunta está hecha: yo la oigo á cada instante: esperad, sin repetirla, mi respuesta. Esta no saldrá de mis labios sino cuando yo no vea en el horizonte de mi porvenir ningun obstáculo contra el que vaya á estrellarse mi afecto, ó cuando sienta un amor superior á todo obstáculo. Entónces y no ántes os responderé. La confianza que me inspira vuestra alma fuerte, me da confianza en mi propia debilidad y me tranquiliza...... El amante noble sacrifica su amor al objeto amado...... Espero que no será por mí por quien por primera vez dejeis de ser noble.".................

"Esto lo dijo con tal acento que el solo son de su voz habria sido una decision favorable para todo otro que Gullemiro, pero este, envuelto en un torbellino de ansias y celos, estaba ciego, sordo, sin sentido ni razon, y creia que aquel favor era solo aparente y que solo por compasion disimulaba su desprecio...... Quedóse absorto y anonadado y con voz de insensato repetia: " todavía es tiempo.... todavía es tiempo.... sí, siempre es tiempo de correr al importuno que se desdeña...... Sí, siempre es tiempo para el ingrato; pero ¡ qué bárbaro placer es el de hacer brillar una falsa esperanza en el pecho de un infeliz! " Al decir esto cruzó los brazos, y clavando en un punto fijo sus lánguidos ojos, guardó un hondo silencio, que al fin interrumpió diciendo con patético acento: " ¡ siempre fuí señor, y dí siempre la lei, hoi, ai, soi esclavo y la recibo.... sumision, silencio.... silencio...." Calló y Almabella repitió con voz enternecida: " silencio.... silencio...."

"Apénas hubo logrado Almabella comprometer á Gullemiro á callar, cuando emprendió una conversacion agradable y serena, como si nada

se hubiese pasado...... Esto confirmó á Gullemiro la indiferencia de Almabella y lo echó en un abatimiento sin consuelo, pues ni aun siquiera podia quejarse, Sus respuestas eran lacónicas y tristes: su mirar, su semblante y su porte, todo era triste. Almabella emprendió sin fruto una conversacion animada con el objeto de alegrarlo ó al ménos de distraerlo. ¡ Quién la alegraría á ella misma, que sufria doble pena! El la juzgaba contenta, solo sufria por sí mismo, miéntras ella padecia el dolor de entrambos...... Al fin el desaliento de Gullemiro apocó el valor de Almabella y entrambos se miraban en silencio. La hora era algo avanzada: Gullemiro tomó su sombrero y mirándola al acercársele todo consternado, le dijo: " yo me resigno, hasta mañana, hasta mañana.... " hízola despues una reverencia silenciosa y salió......

" Apénas dejaron de verse cuando ámbos fueron asaltados de las mas terribles alarmas. El la imaginaba ingrata y ella temblaba de su pasion por él. Cada vez que él se contemplaba afrentado, suponiéndose objeto de desprecio del objeto de su amor, se sucedian en su cara el rojo del bochorno y la palidez del despecho, y cada vez que ella se.imaginaba cruel con su amado, se le estremecia el alma, que ménos severa entónces, consentia á su corazon el abandonarse á sus raptos tiernos y compasivos. Pero de nuevo se presentaba su alarmada honestidad y ahuyentando aquellos delirios amorosos, volvia á sumirla en su hondo desconsuelo. Jamas pensaron el uno en el otro sin sentir que el veneno de un funesto hechizo se insinuaba en su ser hasta empaparlo todo entero. El brillo de sus ojos se empañaba, con el velo de una melancolía voluptuosa, al traves del cual, cada uno de los dos veia la amada imágen del otro, como una de esas divinidades que el cielo suele dejar entrver á los míseros mortales. Ella y el me parecieron siempre las dos criaturas mas perfectas, y uno y otro se veian á favor de la milagrosa ilusion, mil veces mejores que si solo fuesen perfectas criaturas de este mundo. Jamas, repito, pudieron, en su continuo verse ó imaginarse viéndose, acallar aquella dulce ansiedad del corazon y de los sentidos que fuerza al alma á pedir auxilio á la virtud. La casta Almabella alarmada con esta estraña sensacion, habia resuelto callar siempre su cariño y no responder jamas á Gullemiro miéntras sintiese aquel hechizo invencible. Pero ¡ ay, infeliz! creyó que aquella impresion tan violenta y tan dulce se estrellaría siempre contra su virtud sin influir nunca en ella y ni aun soñó siquiera que pudiese jamas derrocarla. Si ella hubiera previsto los estragos que haria en su corazon aquella impresion fatal, habria sin duda alejado el amante que la causaba; pero, segura de su virtud, la espuso á aquella pasion abrasadora, como el mas digno crisol de su pureza. Bien pronto sintió la malhadada que aquel veneno de los sentidos le envenenaba ya el pudor del corazon y

la virtud del alma, y contemplaba á su hermoso amante, estasiada en terroroso placer, como el mísero animal á quien la serpiente fascina y atrae con su aliento fatal. En vano quiso entónces alejarlo, ya era tarde, le era imposible vivir sin verlo; pero todavía le quedaba el poder de pensar en alejarlo: pronto perdió tambien este poder y ya solo le era posible adorarlo á ciegas. Cuando no lo veia se creia muerta, pues no estaba ante sus ojos el solo objeto que la impresionaba. El resto de los hombres, le hacia la misma impresion que hacen á un solitario las gotas de agua de un rio proceloso que pasan y no vuelven ni dejan traza. Y los inciensos que algunos osaban aun quemar á sus plantas, hacian en su amor propio el efecto de un céfiro que roza halagüeñamente nuestros sentidos y corre á perderse en lo infinito. Miéntras tanto, abandonada al férvido embeleso en que contemplaba de contínuo la imágen de Gullemiro, sentia al dulce acento de este, un estremecimiento involuntario, semejante al que causa el trueno al que cree morir de rayo. Sus tiernas miradas la fascinaban como el relámpago y sus ideas hacian mas estragos en su enamorado corazon que los que hace en la pólvora la centella abrasadora.



UN SALVAJE Y SU VIDA.—VIAJE DE GULLEMIRO.

"Hai pasiones que ahogan la razon y que reducen el alma á la temeridad y al frenesí. Estas son felizmente el dote de las almas grandes, solas capaces de sufrir su martirio sin hacerse criminal. Cuando esas grandes pasiones obran en almas pequeñas, en razones débiles, las hacen naufragar en el crímen, como temporal que coje á un buque con mucha vela y poco lastre. ¿Qué seria del mundo si en las almas pequeñas fuesen comunes las grandes pasiones? La sociedad entera seria victima de su torbellino arrasador y esa vasta masa, esa inmensa mayoría que vejeta ciega y tranquila, saltaria loca y formaria un espantoso caos cuya única lei seria el crímen y cuyo solo fin seria la comun destruccion. Felizmente para la sociedad, son tan pocos los infelices destinados por su grandeza á esas funestas pasiones, que ella sigue serena su marcha sin que siquiera la lastimen los ayes del mártir que por ella espira. Infeliz Gullemiro! amo de mi corazon y amigo de mi alma, no hai remedio, la muerte será el solo fin de tus penas, y tras la muerte ¿qué dejas en este mundo? Dos esposas y dos hijas que regarán siempre con llanto de amor tu memoria y amigos que de tiempo en tiempo vertirán por tí lágrimas de admiracion. Pero, ¿qué gloria perpetuará tu

nombre? Los campeones de la guerra son hijos de la fortuna y del valor, ó tal vez del accidente y de la barbaridad: los pechos generosos, compasivos, virtuosos y capaces de sacrificarse como héroes por todo lo que es grande, justo y noble; esos corazones filantrópicos que olvidados de sí mismos suspiran de continuo por la felicidad de los hombres, esos son repudiados siempre por el genio del mal, tirano de este mundo. Adios para siempre hombre singular: la muerte y el olvido te abren ya los brazos y pronto sepultarán en su seno tu fuerza, tu hermosura, tus virtudes y tu heroismo sin gloria. ¡Ah! ¡Si en la arena de un torneo pudiesen mis victorias eternizar tu nombre, como este brazo seria invencible!"......—Al decir esto, blandia Luis su brazo en el aire y con ojos de fuego y bañados en lágrimas, parecia buscar á Dios por entre las nubes y decirle "no seas sordo á tanto ruego." Abatióse al ver que la naturaleza insensible á su lamento, seguia su rumbo ordinario: miró en torno suyo como con furor, azorado, y levantándose con una cruel agitacion, rogó á Marticela esperase hasta despues del almuerzo la continuacion de la historia de su esposo. Ella á pesar de su estremo dolor habria podido bien oir hasta el fin; porque el dolor no ensordece; pero Luis no podia proseguir porque el dolor aprieta la garganta y enmudece. Marroquin acosado de una hambre devoradora aprovechó aquella tregua para preparar la mesa y saciarse en ella. La mala suerte de Gullemiro le hablaba al corazon, pero el hambre le gritaba al estómago, y siendo este, en él, de una exigencia terrible, se encontraban en camino las lágrimas que vertia el corazon y los bocados que engullía el estómago. Si su alma era sensible, tambien lo era su apetito. Marticela, Concha y Luis apénas comieron algo.

Tal era la pesadumbre que abrumaba el alma y el semblante del pobre Luis, que sus padres no se atrevian á hacerle un cariño ni á decirle siquiera una de esas finezas frecuentes en los labios de un padre y constantes en los de una madre. Marticela tenia constantemente en sus brazos á su hija que era una miniatura viva de Gullemiro. Verla, llorar, y acariciarla era su sola ocupacion.

Despues del almuerzo, Marroquin, pretestando que hacia mucho calor en la casa, propuso que se fuesen todos á seguir la historia bajo una fresca arboleda que habia allí cerca. Convinieron y se dejaron guiar por Marroquin. Este los guió por una vereda estrecha y casi oculta por el ramaje espeso de un bosquecillo que habia que atravesar. Al cabo de tres minutos se hallaron de repente en un riachuelo fresco y cristalino que corria al través de mil árboles doblados por el peso de sus frutos y á cuyos piés solo habia un colchon de blanda yerva. Luis conoció al instante que el deseo de Marroquin al llevarlos allí, era el de no salir de su costumbre de comer frutas á medio dia. Marroquin los encaminó há-

cia una inmensa mata de nísperos, y acostándose en la yerba hizo ver que establecía allí su cuartel general. Luis le dijo con una triste sonrisa ¿ " no es verdad, Marroquin, que te gustan mucho las frutas y que prefieres el níspero " ? El sonrió tambien y le hizo con la cabeza una señal afirmativa.

" Aquella preciosa obra de un salvaje era sin duda superior á toda imitacion Europea. Aquel bosquejo rústico del paraiso solo podia ser hechura de una naturaleza potente y del gusto inocente de un salvaje, y no del gusto de un artista en tierras casi estériles. En Europa la belleza de los jardines consiste en las formas graciosas que les dan, en el precioso matiz de colores que combinan con esquisito gusto, y sobre todo en el aseo constante en que los tienen. Visto un jardin desde su centro, presenta muchas callejuelas tortuosas de arena blanca que convergen á ese centro, que ordinariamente domina el resto : limitando estos senderos brillantes se estienden capas de tierra negra y esmaltando ese manto oscuro, desplegan sus primores mil arbolitos verdes y salpicados de flores de los matices mas preciosos y delicados. Ese gracioso contraste de colores resalta mas por la esmerada limpieza que los rodea. Sin duda que los jardines Europeos nos fuerzan á admirar hasta donde puede pulir se el gusto humano ; y el gusto instintivo y la magnificencia natural del jardin de aquel salvaje, hacian ver hasta donde van las grandiosidades de Dios.

Tal era el lugar en que Luis debia continuar la historia de Gullemiro. Era la habitacion de un indio pobre y espatriado que habia venido á refugiarse en las inmediaciones del pueblo de Maracai y que despues de algunos años vivia allí en paz con su mujer y dos hijos : su casa podria bien verse como una curiosidad.

Escogió un árbol que á pesar de ser poco elevado era mui vigoroso y tenia ramas fuertes y dilatadas hácia los lados : en la rama central amarró por una de sus estremidades una viga fuerte y delgada, y por la otra la fijó en una de las ramas laterales : lo mismo hizo sucesivamente con otras muchas vigas hasta formar como una armadura de quitasol. Ya hecha esta armadura le puso, como lienzo del quitasol, un techo de paja que quedaba todo oculto entre las ramas del árbol, de manera que para ver su casa era preciso meterse debajo de ella. Así vivió algun tiempo, hasta que convencido de que entre los civilizados habia mas ladrones que entre los salvajes, reformó su casa, clavando al rededor del tronco que la sostenia muchas vigas fuertes y grandes que llegaban hasta el techo, y despues, llenando los intermedios con una pasta hecha de barro y paja, hizo paredes y terminó la casa. Al frente de la cabaña habia una infinidad de diferentes árboles, todos frutales y desgajándose con el peso de su producto. Un arroyo abundante y fres-

co seguia por entre ellos un curso tortuoso de modo que regaba el pié de todos y cada uno. El agua cristalina y brillante parecia una culebra que se enredaba y deslizaba entre los árboles. El suelo estaba todo alfombrado de un césped verde y frondoso matizado de rosales y jazmines de mil colores diferentes. Allí solo existian estas dos flores: ninguna otra tenia entrada en aquel recinto embalsamado. Los árboles frutales eran de mil especies diferentes. Todas las paredes de su casa estaban tegidas de una linda enredadera cuyas hojas eran mui verdes y cuyas flores eran mui rojas. Allí se respiraba una atmósfera aromática, fresca y pura, como jamas se encuentra en las regiones frias. Allí se hallaban árboles de una asombrosa corpulencia: allí se gozaban los trinos de mil líricos alados, y en fin allí pasaba sus dias en paz, sin ambicion ni remordimiento, una familia inocente, gozando sus felices ilusiones.

Aquel parecia el asilo de la dicha mundana. ¡Qué difícil seria hallar en Europa un solo mortal que viviese como aquel indio, envuelto en ilusiones y desnudo de ambicion y de pesares! El hombre dominado de ambicion ó de remordimiento, es por fuerza desgraciado, ¿y lo será ménos el miserable á quien el desengaño arrancó de los ojos la banda feliz de las ilusiones, siendo un hecho que la realidad es tan triste, tan fatal?

El egoismo absorbe todo y nada produce, y solo exhala el aliento secante de su avaricia. Así el corazon ingrato del egoista es incapaz de amor y de amistad, é indigno de la verdadera gloria. Sinembargo, lo que el mundo llama gloria, está en posesion de los ambiciosos astutos y perseverantes. El mundo es de los egoistas, que no pudiendo arrogarse la verdadera gloria se han creado un simulacro que ellos mismos desprecian porque lo conocen; pero que los tontos admiran. Así como en la religion los ídolos son pocos y los idólatras infinitos, así en la falsa gloria pocos son los admirados y muchos los admiradores. Miéntras los tontos admiran de buena fé, los taimados se rien de ellos entre sí. Entre esos tunantes ambiciosos sale de cuando en cuando uno tal que, con diabólica maña y fuerza de alma se sobrepone á los héroes, á los mártires y á los sabios y el mundo asombrado lo llama sobre humano y le hace su apoteósis. Las naciones para engrandecerse forjan grandes hombres, y la humanidad entera sintiendo su miseria, forja despechada que el hombre es imágen y semejanza de Dios sin conocer siquiera que ese es un sacrilegio y un colmo de insensatez.

¿Quién será mas salvaje, el que busca la felicidad en su sencilla realidad, ó el que la busca en una grandeza ilusoria y que en realidad solo es el hecho mas grande de su pequeñez? ¿quién vive mas feliz? ¿quién muere mas en paz, el campesino inocente, ó el citadino ambicioso? Si en definitiva las diferentes condiciones del hombre no son sino

diferentes formas de su nada: ¿ quién tiene mas razon y mas juicio, el que se hace mártir de su vanidad y se envicia en su mal creyendo que es su bien, ó el que viendo claro que, las grandezas son nada y á veces peor, se goza en su condicion primitiva y solo busca la dicha en la paz y en la inocencia? El ambicioso se abalanza sobre todo mérito y lo devora ó lo calumnia, y en su tormentosa agitacion anhela como perro rabioso por hacer mal, esparce en torno suyo el espanto y el dolor, y marchita todo cuanto alcanza el aliento de su envidia. El que no ha salido nunca del campo, el que no ha bebido el veneno de las ciudades, el que no ha salido de la primitiva inocencia, sigue las leyes de la naturaleza, la razon, la verdad, la justicia y la bondad; el que ha vivido siempre en las ciudades sigue por fuerza la lei de la lucha, la necesidad, el egoismo y los vicios y las pasiones, y si estas llegan á corromperle el alma, solo se necesita un lance para convertirlo en mónstruo.

Casi todas, las celebridades humanas, han sido ambiciosos, malvavados tal vez, que eternizaron sus nombres, esculpiéndolos con su puñal en el corazon humano. Catilina, Alejandro, Neron y los mil Césares antiguos y modernos no llegaron á su grandeza sino al traves de rios de sangre, y el mundo, al acordarles sus glorias, las proporcionó al tamaño de su atroz voracidad.

En aquella hermosa soledad se preparaba Luis, rodeado de su familia, á dar fin á la triste historia de su amigo. Luis estaba mas que nunca inquieto y triste, y Marticela, en mustio desconsuelo, apénas podia dar señales del ansia con que esperaba.

Ya llegaba el instante; ya Luis, por entre incertidumbres, principiaba á hacer sonar palabras aun sin giro ni sentido, cuando saliendo de su cabaña el indio se dirigió á ellos y con afable candidez les ofreció sus frutas, su casa y su propia persona. Luis contento de tanta bondad, lo trató como hombre fino y agradecido, y le rogó cortesmente le permitiese solo pasar un rato cerca del riachuelo y á la sombra de sus árboles. El indio á su turno le suplicó le permitiese disfrutar un rato de su agradable compañía.

Ya todos instalados, Luis comenzó así: " Despues del primero de Noviembre en que Gullemiro declaró su amor y en que la sola respuesta de Almabella fué exigirle silencio en adelante y ofrecerle que ella responderia cuando hubiese resuelto, despues de ese dia, hasta el veinte y tres del mismo mes, uno y otro sufrieron en silencio, y nada hubo de particular. Miradas quejosas, suspiros y rostros llenos de zozobra y de congoja, fueron la espresion de que aquel mudo amor se valía. El veinte y tres se paseaba Gullemiro en su cuarto con el mayor desasosiego: así se paseaba él siempre que estaba entregado á la resolucion de un problema peligroso. De repente pareció darle treguas la pena que lo acosaba, y acercándose lentamente á su escritorio escribió lo siguiente: " Basta, yo no puedo mas. Es necesario, pues que vos olvidais que yo

sufro, que yo haga algo por mí mismo, para aliviarme ó para descansar.

Yo no falto á mi palabra, ni mis labios ni mi pluma hablan mas de mi amor, y solo por no ser descortes, os hago estas letras de adios, y ademas tambien, lo confieso, para tener el triste placer de que oigais los últimos lamentos que me arrancais.

"No compadezcais mi desventura: vos no sois culpable; al contrario, hasta vuestra crueldad misma viene de vuestra piedad estrema. Por no afligirle disimulais vuestra indiferencia y con esto solo lograis al fin envolverme en una incertidumbre que acerba mi amargura. Si me amáseis, no me dejaríais sufrir tanto tiempo, por que vos misma sufriríais. Vuestro largo silencio es una respuesta bien clara: no hai duda...... ¡ Qué cruel es la duda; pero cuán dulce nos parece apesar de sus angustias, cuándo de ella caémos en una fatal certidumbre! Sed feliz......adios."

"Guardó este billete y se fué á casa de Almabella: la halló tan triste y cavilosa, que creyó inoportuno aquel momento para presentarle su despedida. Ambos estaban pensativos, y se miraban de cuando en cuando, en un afanoso silencio, hasta que Gullemiro, poniéndosele delante, se inclinó respetuosamonte en ademan de retirarse. Almabella, mirándolo con dolor, le dijo: "¡Qué facilmente os alejais de la que decís amar!"...... El le respondió balbuciente: "Este sacrificio es facil al que teme fastidiar á la que ama"........ Mirándolo Almabella, sin responder, le hizo seña de sentarse á su lado...... Al punto una conmocion de placer echó su corazon en un pozo de esperanzas......

Sentóse, y ella temblorosa y desconcertada, le dijo: "En fin, amigo mio, llegó el fatal instante de la revelacion de mi secreto: ¡ qué desgraciada soi! Ya no puedo resistir mas: es necesario que vos lo sepais: las consideraciones de vuestra amistad eran necesarias á mi dicha, y todas las voi á perder con esta fatal confesion."—Callóse ella, y Gullemiro, imaginando que ella iba á declararle que otro le era preferido, esclamó: "¡ Un rival, y un rival feliz!...... Que yo sepa todo, ménos su nombre: si sacrificais la dicha de mi corazon, dejadme conservar al ménos la paz de la conciencia: que yo no oiga ese nombre, cuidado."

Sí, respondió Almabella, es necesario: ese nombre, es el mas caro que hai para vos, pues que lo lleva el hombre que mas quereis. Ademas, vos teneis el mayor poder sobre ese hombre, y os le quiero nombrar para que me jureis que no le dejareis nunca abusar de mi ciega idolatría."—"¿ Quién, prorumpió Gullemiro arrebatado, mi padre?...... No, imposible, ¿ mi hermano? ah! sí, F."

"Al decir esto se inundó de un sudor frio, y pálido y como herido de rayo, se inclinó sobre el sofá, girando en torno suyo las espantadas mi-

radas del que se siente anonadar. Atónita al verlo en tal estado, dobla las rodillas sobre la alfombra, y acercándose le dijo: "no, no es vuestro hermano."—Apénas la habia oido, alzó terrible su frente, y con gesto sañudo dijo: "¿y quién es ese? ¡su nombre!"...... Al verla de rodillas, su acento y su semblante amenazador, tomaron la espresion mas dulce y mas humilde. Miróla con sumiso despecho, y le dijo: "solo á mi hermano es dado el vivir despues de haberme robado vuestro cariño, si no es él, por Dios no pronuncieis otro nombre, cnalquiera que sea."

"Jamas ocultaré el nombre del que adoro, jamas...... Ese nombre sagrado hace mi encanto y mi gloria, y vos mismo, á pesar de vuestros enconados celos, habeis de bendecir la felicidad del que lo llleva. Sí, á ese nombre todo se humilla. Si algo hubiese que no le temblase perderia el prestigio que tiene en mi."—"Basta, replicó Gullemiro, que de despecho echaba la sangre por los ojos: á proporcion que vos lo ensalzais se hacen mas infernales la maldicion y el rayo que le preparo: bien pronto, sí, bien pronto hallará en mis brazos su escarmiento y perderá su prestigio y el poder de recuperarlo."

"No, dijo Almabella, nada temo por él, nada, él me ama y es invencible: solo empleo estos rodeos porque esta será sin duda la última vez que desahogue con libertad la pasion que me abraza. Al pronunciar ese nombre dejareis de ser mi amigo, ¿y entónces, á quien diré como á vos, lo adoro, lo idolatro? ¿A quién presentaré sin bochorno las lágrimas y las quejas que él me arranca? Sí, es necesario que vos oigais sonar en mis labios ese dulce nombre y quiero aprovechar los instantes que me restan de vuestra amistad. ¡Si mi ternura enamorada irá á confiarse á un ingrato ó á un doloso!.... Pero vos, caro amigo, ofrecedme ántes de dejar de serlo, que lo forzareis á tratarme siempre como hombre fino y amoroso."—Gullemiro, levantándose arrebatadamente y plantándose formidable y envuelto en la despechada palidez de mil furores, dijo: "basta, repito, elogiar así á mi mortal enemigo es insultarme y es matarlo á él."—Tomó su sombrero con ademan decidido y con acento terrible exigió su nombre. Miéntras tanto Almabella se encantaba contemplándolo; sus ojos de centella sobre su gigantezca estatura lucian como volcanes en erupcion que se distinguiesen de léjos sobre una encumbrada montaña.

Ella apuraba hasta el último estremo su dolor, para que fuese mas intensa su súbita transicion al placer. En este ademan estaba aun Gullemiro cuando ella enternecida ya hasta el estremo, le hizo señal de sentarse á su lado. Quedóse él atónito y apocado y dudaba si obedeceria á la que acababa de insultarlo; pero ella le hizo una nueva señal dejando apénas asomar á sus labios una plácida sonrisa. Esta vez no pudo resistir y vacilante de cuerpo y alma se sentó á su lado. Gullemiro

interrumpió el corto silencio que siguió, mirando á Almabella y repitiendo con trémulo acento, "su nombre....su nombre...."

Ella, respondió, "Sí, al instante, pero ántes ofreced perdonarme por haber abusado de vuestra amistad en favor de mi amor. Gullemiro vaciló un instante; despues con labio balbuciente hizo sonar algunas palabras ininteligibles, y en fin cayó en un silencio afanoso que anunciaba hasta donde lo habia atormentado el que la que amaba le echase en cara su preferencia por otro. Vuelto hácia un lado y absorto en su tormentosa cavilacion, no vió á Almabella que asaltada á un tiempo por el amor, la piedad y el pudor estaba de rodillas, roja y lagrimosa como rosa de la mañana En fin, esta creyéndose desatendida, esclamó con dolor: "Perdon, mi amigo, perdon......"

Gullemiro sin volverse hácia ella, le dijo: "Sí, sí, os perdono, no sufrais, por Dios......Yo respetaré á vuestro amante por no afligiros: no os quejeis de mí; ¿puedo acaso hacer mas?"—"Si podeis hacer mas, repuso ella, empeñaos en que me quiera mucho y en que jamas abuse de mi loca pasion." Tal exigencia puso el colmo al despecho de Gullemiro el que retorciéndose y arrojando un bufido, como leon desatentado, hizo retemblar en el aire su formidable brazo, diciendo: "acabad de pronunciar ese maldito nombre."—"Oh, sí, repuso ella, no puèdo resistir mas, el amor me arrastra; adios mi paz y mi dicha.....oidlo, en fin, el dulce nombre del que adoro, es......Gullemiro," y al pronunciar su nombre le cerró una mano entre las suyas y llevándola hácia sus labios la llenó de lágrimas.

¡Qué terribles impresiones causan estas transiciones estremas y súbitas y que se oponen á lo que esperábamos entre mil ansias! Gullemiro se volvió y al verla de rodillas cayó á sus piés. Su mirar, su palidez, su respiracion anhelante y su involuntario temblor anunciaban las terribles agonías de la sorpresa y las mas terribles aun de la duda; en fin, ya un tanto mas en calma, le dijo con acento vibrante y tembloroso: "Por el cielo, repetidme ese nombre: que yo no confunda otro nombre con el mio."

"Gullemiro, Gullemiro, repitió ella, y el que lo lleva sois vos. Es nombre único, único, y ni él ni el que lo honra pueden confundirse con nada: otro podrá tal vez un dia llevar el mismo nombre; pero el mismo corazon, nadie, jamas."—"Gracias, ángel divino, replicó enardecido Gullemiro. Si algo honra mi nombre, si algo enaltece mi corazon, es vuestro amor, deidad de mi vida......" Levantóse Gullemiro, alzó á Almabella en sus brazos y llenando de besos su linda mano, la sentó en el sofá.......¡qué miradas se echaron los dos amantes!.......La felicidad misma retozaba en el alma de Gullemiro que sin zozobra se abandonaba á gozar su ventura inesperada. A cada instante Gullemi-

ro arrebatado de pasion, tomaba delicadamente la mano de Almabella y la apretaba contra sus labios.

"El placer de Almabella no fué sin mezcla: al principio la epocaba el pudor de una confesion tan franca, y despues sentia de nueuo removerse la ponzoña del presentimiento que reanimó la conmocion que sentia hasta mas allá del alma, al sentir en su mano, la mano ó los labios de Gullemiro. Así como una nube amortigua la luz de un sol resplandeciente, así una sombra triste asomando súbita en su plácido semblante, marchitó en él el brillo de la felicidad. Gullemiro advirtió su pena oculta, y le rogó se la confiase: ella le dijo que él no habia querido ofrecerle, el no abusar de su amor, á lo que él respondió en medio de la emocion mas tierna, que creyendo que el feliz era un rival habia temido parecerle envidioso; pero que siendo él mismo, le juraba por el cielo y por su patria, y por todo lo que uno y otro encierran de mas santo, que ella jamas se arrepentiria de amarlo con confianza.

Gullemiro dijo esto mirando al cielo y doblando un tanto la frente y la rodilla. Su acento patético, su emocion y una lágrima al traves de la cual miró tiernamente á su enamorada, volvieron á esta su paz y la entregaron á gozarse sin alarmas en un mar de delicias y esperanzas. Gullemiro le enseñó la carta que le habia hecho ese die y ella al verla esclamo: "¡Con que el amor puede cegar hasta impedirnos el conocer que nos aman?......Timidez, humildad en Gullemiro!.....Mas propio pareceria de su magnánimo carácter el terminar su declaracion de esta manera: "el sí por que ansío, ó el último adios de Gullemiro." "Sí, replicó este, así lo hizo siempre; y así lo habria hecho esta vez ese mismo Gullemiro, si no hubiera hallado pue nada ennoblecia mas su soberbia que el humillarse á Almabella."

Las emociones de sus ardientes corazones llegaban ya á uñ estremo que la espresion no pinta: conociéronlo y miráronse en silencio: ¡Dios sabe el fervor con que se amaban en aquel momento! Sepáronse al fin ese dia despues de mil protestas de amarse hasta la muerte y á pesar de todo. Ya la pasion estaba libre: no la amarraban mas las penas de una primera confesion; ahora si que fueron rápidos los estragos que hizo en sus corazones ese Dios ciego y talador, verdugo de los años mas felices; ahora sí que una primer caricia debia caer de los labios al corazon como un rayo destructor; ahora sí que fundió sobre sus cabezas una borrasca tenebrosa y que ámbos atolondrados con el estampido y el relámpago de la pasion se estrechaban cordialmente en el seno de las tinieblas y ¡miserables! las mismas ansias con que buscaban su salvacion, los precipitaba en el fatal abismo de que huian, como los esfuerzos del que se ahoga que solo sirven para sumergirlo.

"En valde haria yo una minuciosa descripcion de los lances, dichos

y cartas, de los celos y del afan contínuo, y de las ansias ya dulces ya agonizantes de aquellos amantes desventurados. Los que hayan amado con pasion no necesitan esta descripcion para entenderme, y los que no hayan pagado aun tributo á esa pasion, necesitan ántes ir á su escuela para que puedan comprenderme despues. Basta conocer el carácter de entrambos para adivinar los desastres que haria en ellos el fuego abrazador con que se amaban. El violento y celoso y ella celosa y tierna; él lleno de pundonor y dignidad; ella tímida, aunque enamorada frenética; él lleno de reserva y magestad; ella llena de gracias divinas y de cándida confianza. ¡ Celos, tremendos celos, cuántas amarguras costásteis á entrambos !...... Una palabra, un gesto, un nada, heria hondamente á aquellos amantes susceptibles; y sin embargo uno y otro abrigaban en el fondo del corazon el sentimiento orgulloso y consolador de que solo existía una criatura amable á los ojos de cada uno de ellos y que esta criatura era el otro."

Estoi cabalmente en la parte mas interesante de mi historia; mil cosas callo que enternecerian el corazon mas duro, por que despedazarian tu sensible corazon, Marticela. "No, replicó esta, yo quiero saber la verdad tal cual sea, sin disimulo ni disfraz. Cuando un dolor irremediable toca á su estremo el alma desesperada se goza en agigantarlo y revolcarse en sus tormentos. Decídmelo todo, todo, Luis: ya mi mal llegó á su máximum, nada podria agrandarlo."

Luis que preveia que tal vez la mataria el aspecto de la verdad desnuda, resolvió callarla á pesar de ella. Aquí habria sido tal vez necesario el contarle como Gullemiro habia revelado á Almabella su matrimonio con ella en el Saman; el desden con que la miraba Almabella como rival, aunque compadecia su mala suerte, y como Gullemiro habia bendecido en los labios de Almabella la pérdida de Marticela, como el solo medio de poseerla á ella. Esta cruelísima verdad habria anonadado á la ya apocada Marticela.

Luis continuó así con calma. " Marticela, siento no poder complaceros: es necesario que acabe hoi mismo este relato: mañana al salir la luz estaré ya en camino para Carácas. Gullemiro ha desaparecido hace algunos dias y yo lo busco por todas partes. Creí hallarlo en Maracai, pero nadie lo ha visto: al ménos aquí he hallado á mi esposa. El dia mismo que desapareció estuvo en casa varias veces buscándome, segun me dicen, con un afan estremo. Al hallar en mi casa esta noticia corrí á la de él y á todos los lugares en que era posible hallarle, sin encontrar en ninguno el rastro mas lijero. Solo su sirviente Francisco sabia que á media noche habia salido á caballo, armado, y con el traje y preparativos de un largo viaje. Desapareció sin despedirse de nadie: solo á mí me buscó: sin duda hoi estaria yo con él si me hubiera hallado. Francisco me dijo que estaba mui triste y caviloso, y que al salir le habia

puesto la mano en el hombro con cariño y se habia ido sin hablarle. ¡ Pobre Gullemiro, donde estará ! ¡ Qué hará, qué será de él !"

Marticela interrumpió á Luis diciéndole : " volvamos á sus amores con Almabella." Luis meditó durante un corto silencio el modo de evitar el penoso trance en que se hallaba, y continuó así : " un año entero no bastaria á comentar el torbellino infinito de cosas que pasaron desde el dia de la confesion de ella hasta el momento fatal, en que de la cumbre de la felicidad comenzaron á bajar al abismo de su desgracia. Me contentaré con marcar los dias principales, aquellos que pueden verse como épocas por sus acontecimientos decisivos. Esas épocas son exactas pues las he tenido escritas por la propia mano de Almabella. No sé en que apuro se vió una vez Gullemiro que por mejor reservar las cartas de Almabella, me las confió. Estaban envueltas en un pañuelo que llevaba el nombre de ella. Esto fué hace quince dias : habia una infinidad de cartas de Almabella, algunas mui largas y una multitud de papelitos mui pequeños en que con cortas pero tiernas espresiones lo mandaba á saludar casi todos los dias.

Dos bellas cosas se presentaban casi siempre á Gullemiro al despertar en su cama : la luz del sol y una fineza de su amante. Entre otros papeles sueltos habia uno en que la infeliz habia estampado las épocas de su desgracia. No recuerdo exactamente ese papel pero si tengo aun presentes la épocas. El 14 de Octubre de 1839 entró por primera vez á su casa. Los otros dias que fueron marcando el progreso de sus relaciones con él, fueron el 1.° de Noviembre, el 23, 27 y 29 del mismo : el 1°, el 5 y el 8 de Diciembre. Al hablar de este último se espresaba así : " en fin el 8 de Diciembre consumó nuestro extravío, y nos arrojó al infierno al traves del cielo.

Marticela interrumpió á Luis preguntándole si conservaba ese precioso apunte de Almabella, y él le contó como el mismo dia que habia ido á buscarlo y que habia desaparecido sin verlo, se habia llevado todos sus papeles. Si Gullemiro no lo hubiese tomado, no habria yo podido servirme de él mas despues.

Marticela acosada de mil curiosidades le preguntó sí en el pañuelo solo habia cartas y papeles, á lo que Luis respondió de esta manera. " Si habia otras muchas cosas : una gran llave cuyo destino no osé nunca preguntarle. Habia tambien dos trenzas de pelo, pero tan grandes que debian ser al ménos la mitad de sus cabellos : una infinidad de gages de ternura y de pasion y en fin envuelta en muchos papeles, un pedazo de piedra infernal con un rótulo que decia : " Almabella se la aplicó al pié, dnrante una noche entera, para evitar un viaje que la separaba de mí." Entre las cartas hallé el borrador de una carta de él á ella en que la reconvenia por su heroismo, al mismo tiempo que le ofrecia su eterna gratitud. No temo decirlo : nadie podrá jamas imaginarse nada

tan apasionado ni tan tierno. Tambien ví la respuesta que ella hizo á la carta de Gullemiro y confieso que la esquisita generosidad con que trataba de desvirtuar su sacrificio; me arrancó mil lágrimas de admiracion.

En mi reverente entusiasmo por el heroismo de esa mujer sentia que se me cerraba el corazon y que me era necesario llorar por ella. Por una mujer tal, toda locura es razonable. Entónces no estrañaba mas el ver á Gullemiro desatentado. Ella era la sola capaz de cegar su alma fuerte y clara.

El salvaje oia con una constante atencion, que se redobló al hablar de las prendas que contenia el pañuelo de cartas. El habia tenido hacia diez dias un huésped triste y silencioso, y al que habia visto pasar una parte de la noche examinando un pañuelo semejante por su contenido al que acababan de describirle. El buen indio, que habia quedado prendado de su huésped, sospechó que fuera el mismo de quien se le dijo que hablaba, é interrumpiendo á Luis, le dijo que le diese las señas de su amigo, lo que Luis hizo así: "Es un jóven alto, de un blanco rosado, de una fisonomía melancólica é interesante, su mirar tiene algo de tierno y de terrible al mismo tiempo, su andar es magestuoso y al pisar parece que hunde la tierra que le estorba. Su voz es gruesa y sonora, parece vibrar en el aire y hacer vibrar los oidos que la escuchan.

"¡Ah! esclamó el salvaje, sin duda es mi pobre huésped: está vestido de negro ¿no es verdad?"—"Sí, respondió Luis."—"Pues entónces añadió el salvaje, hace diez dias que pasó una noche aquí en mi casa, á donde vino por casualidad, estraviado. Lo he visto trasteando un bojote de papeles escritos, y le he visto una mecha de cabellos en las manos que miraba y mas miraba y lloraba. Tiene bigotes, una larga espada con banda roja, una daga en la cintura y un caballo blanco, en fin es un hombre que al verlo causa una impresion estraña, como si se trasluciese en él algo de interesante y que solo existiese en él." Al punto saltó Luis gritando, si, ese es, le preguntó la direccion que habia seguido y cayó de nuevo en su desaliento al saber que se habia ido sin dejarse ver ni sentir, y que así en nada aclaraba el salvaje el paradero de su amigo.

En esto estaban, cuando oyeron de cerca el estrépito de un caballo precipitado. Vuélvense y el indio grita el primero: "él es, él es." Al verlo Luis que atravesaba sin volverse, un camino que estaba como á trescientos pasos, le grita: "¡Gullemiro, Gullemiro!" Pero él nada oye sino el estruendo con que corre su caballo. Atravesaba á escape los llanos al norte de Maracai para internarse en la montaña de Choroní á cuyo puerto se dirigia. Al pasar frente á frente de ellos, lo reconoció Marticela y echándose de rodillas ante él, lo llamaba á gritos. ¡Qué impresion tan cruel para esta infeliz! Estuvo arrodillada gri-

tándole y con los brazos tendidos hácia él hasta el instante en que desapareció, y entónces al desvanecerse aquella sombra de su ídolo se desvaneció tambien su cabeza y cayó en los brazos de su hermana.

Gullemiro llevaba un jipijapa cuya ancha ala tirada hácia atras por el viento, le daba un aire guerrero y formidable, en medio del que resaltaba mas que nunca la gallardia de su hermosura. Un vistazo echó Gullemiro sobre aquel grupo y paró súbitamente su caballo, creyendo ver la sombra de sus primeros amores, entre las de Luis y Concha. En este instante fué cuando se arrodilló Marticela. Al verlos se habria dicho que Venus estaba adorando á Marte. Este movimiento y los gritos sordos que le parecian venir de aquellas mujeres, le hicieron creer que él las espantaba y de nuevo lanzó su caballo y desapareció internándose ya en una montañuela tendida sobre las laderas del cerro.

Miéntras tanto Luis corria desatinado en busca de su caballo, y pocos momentos despues se le vió pasar á escape, volando en un zaino oscuro: suspensos estaban mirándolo las dos hermanas, cuando vieron que Luis revolviendo su caballo y plantándose frente á frente ante tres caballeros que corrian en la misma direccion, los intimaba á volverse amenazándolos de muerte con su espada que hacia centellear en el aire. Ellos intentan abrirse paso con sus armas, gritándole: "¿ Quién eres tú, temerario ?" Luis les arremete haciendo retronar su nombre. Al punto palidecen los tres, se desconciertan y casi dejan caer los aceros de las manos: ¡ Terrible magia la de un nombre terrible! Luis les juró que no se separaria un instante del que ellos perseguian, y que si por desgracia volvian á presentarse ante sus ojos moririan sin remedio.

Los tres se volvieron en silencio y Luis disparó como una bala en el caballo que él mismo desbocaba tras las huellas de su amigo. Varias veces se pararon los tres caballeros, que aterrados al solo nombre de Luis, le dieron la victoria sin combate. Varias veces, digo, se pararon para consultar entre sí, si debian ó no volverse; pero temiendo que Luis los esperase en el camino, tuvieron á bien el retirarse. ¿ Quiénes eran esos tres misteriosos caballeros ? Es de mí deber callarlo. Gullemiro no querria que en su historia aparecieran esos nombres que le son tan caros. Eran tres hermanos: los cegaba la sed de la venganza y sin duda que Gullemiro, noble, grande é incapaz de responder á sus golpes, habria sido su víctima si el brazo tremendo de Luis no se atraviesa entre ellos y él. Este retardo fué fatal para Luis porque cuando llegó á Choroní ya alcanzó á ver la gran canoa del señor A. A. que se alejaba al esfuerzo de veinte y cuatro esclavos remeros.

Una Luna pálida lucia en un cielo puro y sereno y se seflejaba sin fuerza sobre un mar apacible. Eran las 7 de la noche: Luis quiso echarse á nado; pero la Canoa volaba á favor de una fuerte corriente y

de un viento suave pero en popa. ¿ Qué hacer? ¡ qué afan!.......No habia en el puerto una sola Canoa: todas estaban en la pesca y en otros servicios semejantes. Al dia siguiente, ya de vuelta las Canoas, solo pudo conseguir una pequeña, é inmediatamente saltó adentro, y él y el pescador emprendieron su peligroso viaje.

Miéntras tanto Gullemiro recostado en el borde de la canoa y sufriendo un mareo terrible, oia con grata tristeza los lastimosos cantos de los remeros que aunque bendecian á su buen amo lloraban su perdida libertad. Qué cantos tan tristes! Ya se vé: el canto del esclavo es por fuerza un lamento. Gullemiro, dejado caer sobre el borde de la canoa, sufria el efecto del mareo y una de esas tristezas infinitas que no conciben sino los grandes desgraciados. Entre otras canciones, una era la triste historia de una amante abandonada. Varias veces les rogó la repitiesen y miéntras la oia se entregaba al mas hondo desconsuelo. En fin, llegó á la Guaira al dia siguiente por la mañana, poco mas ó ménos á la hora misma en que Luis se embarcaba. Este, mas desgraciado que Gullemiro, no pudo llegar tan pronto. Apénas habia hecho la mitad del camino, con un inmenso trabajo, cuando un mal tiempo se levantó y lo arrojó sobre las playas de Maya. Allí se halló con el señor Domínguez, una especie de solitario que habia sido mui amigo de Gullemiro y sobre el que hablaron durante todo el tiempo que Luis permaneció allí. Dió Dominguez á Luis provisiones para cuatro dias, y á pié y por montañas sin camino emprendió este su viaje á la Guaira. Llega, en fin, despues de dos dias de camino y de una fatiga sin tregua, se precipita á la casa de Gullemiro buscándolo como un loco, y solo halla á su familia en consternacion. Pregunta la causa y le dicen que Gullemiro acaba de embarcarse: quiere ir á bordo, pero no es posible. El buque tiene las anclas sobre cubierta, flota ya libre y aun algunas velas comienzan á hincharse y arrastrarlo. Cada nueva vela que echan apoca el ánimo de Luis. De instante en instante arrecia un viento en popa. El bergantin despliega el velamen todo entero y desaparece al momento dejando en el alma de Luis la impresion que deja una vision que agoniza el alma y desaparece. Ya nada queda de él en la tierra que lo vió nacer.

Al presentarse Luis al balcon de la casa de Gullemiro, lo distinguió este bajo la misma forma en que se le habia presentado cuando atravesaba á caballo las llanuras de Maracai. Pero esta vez lo vió durante un largo rato, y al reconocerlo, reconoció tambien su error primero: ya entónces no dudó, que el que habia visto en casa del indio era Luis. No creyó mas en una semejanza cusual y la existencia de Marticela que habia visto á su lado y que habia creido un sueño, principiaba á tomar en su mente un terrible carácter de realidad. A un tiempo

mismo veia atravesarse entre él y su amada el Océano inmenso y la existencia de su esposa.

El amor de Marticela atacó de nuevo su corazon y al soplo de la imaginacion, se agitaron otra vez en su pecho las cenizas de la que fué su compañera; pero él no creia en resurrecciones y daba su muerte por cierta. Conservaba en una urna sus cenizas y aun suponiéndola viva, preciosa y fiel, como en el feliz tiempo del Saman, ¿podria nunca acaso el ángel del calvario arrojar aquella diosa soberana de la mente de su idólatra?

El la nichaba en su corazon, como en un altar al cual los sentidos y la razon debian ir reverentes á quemarle los inciensos del amor. ¿Podrá jamas la tortolilla salvar á su compañero de las garras del águila soberana? Poco á poco se aplacaron las alarmas de Gullemiro sobre la vision de su esposa y la imágen de Almabella se entronizó de nuevo en el pecho de su amante.

Luis decia al padre de Gullemiro: "no os affijais: Gnllemiro estaba destinado á brillar en alta cumbre, y ese viaje lo encamina. Para provocar la ambicion en un corazon tan generoso, es preciso hacerle co nocer lo que el mundo llama grande y que el sentimiento de su superioridad encienda en él el fuego de la gloria. Gullemiro no se conoce él mismo; para conocerse es preciso conocer á los otros. Para juzgar de lo que uno vale en este mundo, es esencial el saber lo que en él valen los otros.

La alta idea que tengo de su inteligencia no es efecto del cariño con que lo amo, pues quiero mucho á otras personas y no pienso de ellas lo mismo. En las mas sencillas conversaciones su lenguaje y sus ideas son elevadas, floridas y contienen un no se qué de singular que lo pone por encima de todo lo que yo he leido. La especie de dolor que sufre lo anulará por algun tiempo: pero puede tal vez empeñarlo en alcanzar la gloria para engrandecerse á los ojos de su amante.

Sin embargo es probable, por su carácter, que él huya de la gloria para evitarse la lucha con los otros. Al ver la elevacion de su alma, creí que su tristeza no seria sino sed de gloria. Una vez le hablé de la gloria y al punto cayó en una tristeza inquieta y cavilosa y despues me dijo. Lo que yo deseo no existe, y Dios no me ha favorecido como para hacer algun gran bien á los hombres. La justicia verdadera no existiendo en el mundo, la gloria no puede ser para los hombres buenos. Casi puede decirse que el crímen es el solo camino de la gloria humana. A grandes malvados llama magnánimos el mundo, y á las grandes virtudes las esplica por la pequeñez del alma. Acuerda los inciensos de la admiracion al pecho mismo que el remordimiento roe. La sociedad pone en el mismo hombre el crimen y la gloria; pero la naturaleza jamas ha puesto juntas las tinieblas y la luz. Esto depende de que el error y

la injusticia son los señores de este mundo, y esto no tiene mas remedio que la educacion universal, y esta casi parece imposible porque los poderosos se empeñan en monopolisar la instruccion, y los pobres la desprecian y se empeñan en buscar su dicha por el camino de las sangrientas revoluciones. Si todos tuviesen educacion y juicio propio todos verian claro donde estaba la injusticia y nadie se atreveria á cometerla. Si todos los hombres tuvieran educacion, la paz universal seria inmutable: todos cooperarian al progreso de las ciencias y de las industrias: el hombre marcharia sin estorbos á la perfeccion y la verdadera fraternidad ocuparia el lugar de ese falso afecto que por cálculo se fingen hoi los hombres, que, hermanos de triste suerte sobre la tierra, deberian ayudarse á mejorarla. Así se realizarian los sueños del hombre justo: el mundo seria un paraiso. Y para tanto bien, solo se necesita un esfuerzo infinitamente menor que el que hacen hoi los hombres para hacerse desgraciados. Hoi la sociedad es comparable á una montaña á cuyo lado hai un abismo y un lago mortífero y profundo. La montaña es la riqueza y el lago es la miseria. En el lago se ven flotando mil hambrientos, pálidos, cadavéricos, anciosos y agonizantes: muchos de estos se ven ahogándose, en las últimas convulsiones y en muchos otros se oyen aun los alaridos de la desesperacion. Algunos que nadan y tienen aguante salen del lago y emprenden subir los bordes del despeñadero agarrándose desesperadamente. Los que van subiendo se agarran de todo sin consideracion de nada y tratan de tumbarse los unos á los otros para conseguirlo mas fácilmente. Cuando uno rueda, arrastra á los que le daban la mano y á los que encuentra en su caida. Unos caen y se ahogan, otros pocos salen y suben y se salvan; pero para subir sin caer es preciso tumbar á cuantos se acercan. Algunos al montar al borde del abismo para subir á la cumbre reciben un empellon de alguno de los de arriba y por agarrarse arrastran consigo á uno ó á muchos de los que gozaban los frutos sabrosos y el aire grato de la montaña. Los de esta cumbre de la fortuna no son realmente tan felices: viven en contínua lucha y alarma, la ambicion los fuerza á que se acerquen los unos á los otros, y la misma ambicion los fuerza á engañarse y á empujarse recíprocamente y á precipitarse en el abismo. Su afan contínuo es el de hacer rodar á los que ya salen del abismo á la montaña, y el que va á hacerlo rodar de nuevo, tiembla que este lo agarre y lo arrastre consigo ó que otro de arriba por detras lo precipite.......Tiembla de su mejor amigo, de aquel mismo con quien debe partir ganancias, y este á su turno tiembla de él y se asegura arrojándolo primero: ambos tiemblan y ambos tienen razon. El que quiera hacerse una idea de esta montaña, que entre en negocios con los ricos del mundo, que entre con dinero en la bolsa de Lóndres ó de Paris......y el que quiera ver de cerca el lago fatal, que entre disfrazado en las tabernas de los hambrientos: que

entre en las cloacas que ellos habitan, ó que penetre en las casas en que el poder los recoje y amontona mas por su seguridad que por sentimiento de una fraternidad que no conoce. Ese mundo Luis no es para mí. Deja pues para los hombres la gloria y para nosotros la dulce paz del saman."

" Tales fueron las ideas y aun los términos con que vuestro hijo me habló del estado de la sociedad, y por eso temo que se deje arrastrar de estos nobles pensamientos y que por redimir á los buenos sea mártir de los malos. Los cabalistas, los que fabrican los errores y los hacen papel moneda, serán sus acérrimos enemigos. Es verdad que su dignidad y su natural grandeza hacen que los desprecie ; pero ellos tienen el poder y la maldad y pueden sacrificarlo."

"Sin embargo, me consuela la idea de que Gullemiro, sufriendo actualmente los tormentos de un amor desgraciado, escriba mas bien un romance que una obra de filosofía y política: pero cualquier cosa que escriba, es imposible que su manía de moralizar no lo arrastre á esas cuestiones peligrosas."

Tal fué la conversacion que siguió entre Luis y el padre de Gullemiro al momento en que el bergantin qne llevaba á este desapareció del horizonte. Allí supo por Luis su matrimonio con Marticela, y su historia del Saman. Luis animaba al padre á esperar mucho del porvenir de su hijo. El padre vió con placer que otro tuviese de su hijo la ventajosa idea que él tenia y callaba y que habia temido que fuese un simple efecto del amor de padre. El no dudaba del mérito de Guillermino, pero, por el estado en que lo habia visto, creia que era un mérito malogrado. Sin embargo, sonreia, como tierno padre, á la halagüeña esperanza de que un dia se reuniesen en las sienes de su hijo los lauros de la virtud y del genio, y que este y aquella concibiendo en su mente filantrópica un remedio contra el mal moral, le alcanzasen, las bendiciones del desgraciado y la admiracion del feliz.

Pero no lo quiso así el cielo : Gullemiro estaba destinado, á pesar de su genio y su arrogancia, á morir abatido y sin nombre en la oscuridad de un desierto, poco tiempo despues de haber oido leer este romance, su propia historia.

Luis no lo habia visto desde el 18 de Diciembre, dia fatal de que data su separacion de Almabella. Desde ese dia su carácter y todo en él habia sufrido un cambio tal que, al solo verlo, debia perderse toda esperanza de ese bello porvenir. No escribió, ni como filósofo, ni como amante, y sufrió sin quejarse á los hombres que en nada podian remediarlo. Sus lamentos se dirigian á Dios, único digno sin duda de oir las plegarias del hombre que giraba en torno y nada veia de superior sobre la tierra ; pues si era humilde con los humildes, era de una soberbia sin igual con los que, se tenian por mas grandes que los otros.

El decia: "yo soi igual á los pepueños y superior á los grandes: los unos son justos y racionales, yo me honro en serles igual; los otros son unos dementes: no me degradaré nunca igualándome á tales hombres. No es que yo me haga superior á ellos, sino que ellos se hacen inferiores á mí. No es mi culpa si yo desprecio á los que se esfuerzan en hacerse despreciables."

En fin, nada escribió Gullemiro, aunque sí lo pensó. Cuando un grave dolor amarga la vida, el hombre es insensible á la gloria. El ojo siempre fijo en la muerte, en la realidad, es incapaz de vanidad, y los honores de la tierra no mueven al que sobre ella llora la pérdida de un bien único para su alma é imposible á la vez. La vida se absorve toda en una agitacion ansiosa y sin descanso; pensar en la gloria es imposible al alma que se asfixia falta del alma amada, como el pecho que se angustia cuando le falta el aire. Las ternuras del alma amada son el aire del alma amante.

¿Qué es la gloria para el que pierde el solo objeto con quien desearia partirla?...... El infortunio y la proximidad del sepulcro hacen ver patentemente que la gloria no es sino una de esas tantas formas que toma la nada en los sesos de los hombres. Entónces ve la gloria como un sueño que se siente y que se goza, pero que es sin embargo ilusorio. La vé como un sueño de hecho, en que el alma despierta sueña y goza, no entre imágenes ficticias como cuando sueña dormida, sino entre hombres que sueñan como él y que se agitan con él en el vasto sueño de la vida universal....

La vida, compuesta de impresiones efimeras y que no se entienden, parece ella misma un sueño. Las cosas debian estar organizadas de modo que la vida fuese mas propia del individuo que la siente: que hiciesen que el hombre se poseyese á sí mismo. La vida del hombre es la sensacion inesplicable de cosas que no se entienden: la vida, no entendiéndose á sí misma, ni entendiendo nada, es simplemente la sensacion, el sueño de una máquina pensadora y que piensa sin saber por qué, ni cómo. Vivir es la alternativa de soñar durmiendo y de soñar despierto.

¿Son acaso nuestros sesos un laboratorio de ideas en el cual, nuestra voluntad sabia, las forma á su gusto? Nó, nuestras ideas nos son involuntarias, no son nuestra obra, tal vez se forman en nuestro cerebro, pero son la hechura de una fuerza que no entendemos, ni dirigimos. En este mismo instante en que escribo, me reflejo sobre mi mismo para ver si sorprendo el modo de formacion de estas ideas. No entiendo mi propia inteligencia, ni una sola idea, y me dá un involuntario horror el ver que yo mismo soi un misterio para mí; que vivo y pienso sin vivir ni pensar por mí, ni para mí.

Nada valemos por nosotros mismos, pues que ninguna parte tene-

mos en lo que somos. Que el torpe no se humille, y que el inteligente no se ensoberbezca por condiciones en que tan poco culpable es el uno como meritorio el otro. Si no hai igualdad de inteligencias, hai igualdad de destinos. Las inteligencias debian ser diferentes para que los hombres esforzándose en diferentes rumbos conspirasen al mismo fin, es decir á la multiplicidad de accion y á la formacion de un centro de equilibrio. ¿Qué seria del mundo si todos los hombres tuviesen igual especie y cantidad de inteligencia? Todos se concentrarian sobre una cosa á despedazarse en la rabia de los celos y de la envidia, y miéntras tanto el resto de las cosas seria abandonado. La diferencia de inteligencias es tan necesaria á la paz y á la harmonia social, como lo es la existencia del mal á esa mísera felicidad humana. La organizacion de las cosas, es patentemente así. No es la cuestion de si Dios pudo ó no organizarlas de otro modo mejor, sino, de si una vez que las organizó así, pueden ellas salirse de las leyes de esa organizacion.

"El mal campea sobre la tierra en dueño cruel: él da el pase á los pocos bienes que nos halagan y que nos engañan. No da entrada á nuestros placeres sino bajo la espresa condicion de que nos hagan sufrir mil veces mas de lo que nos hacen gozar: que sean cortos, precedidos de ansias, acompañados de alarmas y afanes y seguidos de penas acerbas y sin fin. El bien es el mal mismo, bajo un disfraz traicionero ó al ménos pasa por su censura: y siempre trae un mal consecuente. El que quiera contradecir esto que me busque un solo bien sin mezcla, uno solo que no esconda en su fondo un manantial de males: que lo busque y que lo encuentre y entónces cambiaré de idea. Los males sí que son puros y mui puros y seguidos tambien de males. Un bien trae siempre mal; un mal nunca un bien. Suele á veces la suerte lisonjear nuestros deseos presentandonos un bien como consecuencia de un mal; pero esto es solo para que la sensibilidad, ya agotada, vuelva á ser susceptible de sufrir intensamente, y para descansar un tanto su brazo y que el nuevo golpe haga en su víctima estragos mas terribles.

Y no se crea que abogo mi propia causa: mi suerte seria la mas feliz si yo tuviese un corazon duro y sin compasion. Nada falta á mi felicidad sino la de la humanidad. Es indigno de ser feliz y aun del aire que respira el que sin piedad turba y burla con los cantos de su dicha los alaridos del dolor y de la miseria.

No es mi desventura la que yo deploro, es la de esos millones de hermanos á los cuales una vida horrorosa anticipa la tumba que desean como único consuelo.

ESTADO DE GULLEMIRO.—LLEGA A PARIS.—SEPARACION DE SU HERMANO.

Dejemos por ahora á Gullemiro navegando y á su padre oyendo atentamente las lisonjeras profesías de Luis. En cuanto á estas profesías, baste saber que nada se realizó, que nada escribió Gullemiro y que los pocos apuntes que se encontraron en sus papeles solo servirian para probar su exagerada pasion, y no las finuras de su inteligencia, enteramente desnuda de amor propio y abandonada al dolor. Las pasiones, como el fuego, hasta cierto punto inspiran y aumentan la vida, y de ese punto en adelante ademental y matan.

Volvamos por ahora á echar una mirada compasiva sobre Almabella y Marticela. Almabella acababa de recibir la despedida de Gullemiro, y su inconsolable dolor llegó á tal estremo, que su padre y hermanos, olvidando su falta, le prodigaron los mas tiernos cuidados y le repitieron mil veces que la perdonaban. El perdon de su familia convirtió en abatimiento su desesperacion: tal vez esta habria sido preferible al apocamiento en que cayó.

Miéntras tanto Marticela, teniéndolo siempre ante su mente, tal cual lo habia visto aparecer y desaparecer en un caballo volador, estaba como atortolada, y buscaba los lugares mas tristes de aquellas selvas para abandonarse á su llanto. Luis volvió á casa de su esposa, y seguia á Marticela en las soledades, tal vez al mismo tiempo que F. seguia á Almabella en las playas de Pacaya.

Marticela, ya sin esperanza de volver á poseer el amor de Gullemiro, y cierta de un desaire si se le presentaba, prefirió pasar por muerta y ocultarle siempre su existencia. Luis y Concha lo creyeron tambien conveniente, y la esposa que Gullemiro creyó un instante ver reaparecida, solo le pareció en adelante un sueño ó una sombra imaginaria.

Gullemiro tuvo una penosa navegacion de cincuenta y un dias, el último de los cuales fué el primero de Abril. El mismo dia se embarcó para Burdeos en un vapor de la Garone. El 6 del mismo cumplió años. Dia tristísimo fué para Gullemiro que para ese mismo dia se habia prometido otra suerte mejor. Aquel dia lo pasó al ménos con un hermano y un primo que habian llegado á Burdeos tres dias despues que él. Estos fueron en un buen buque que á él no le fué posible esperar porque su viaje apuraba los instantes. Diez y siete dias pasaron en Burdeos con su primo, al cabo de los cuales lo dejaron y partieron los dos para Paris. Despues de dos dias y medio la diligencia entró á Paris á las ocho de la noche. Las inmediaciones de Paris principiaban ya á anunciar á los dos hermanos algo de grande y opulento que les hacia

una fuerte impresion; la curiosidad se exitaba y el corazon se cerraba y se oprimia.

La emocion de F. tocó su extremo al atravesar la magnífica plaza de la Concordia. Gullemiro impasible, como grande é incapaz de que le apocasen las grandezas, se repetia sin embargo " ah! si mi padre y ella estuviesen aquí, cuánto gozaria yo. La vieja y opulenta Paris, le recordó su patria aun jóven y pobre, y esta idea le apretó el corazon. En fin, la diligencia paró y los dos hermanos y un marino frances, Mr. Laborde que los acompañaba se fueron á una posada cerca de allí.

Aquella misma noche salieron á conocer el palacio Real y otros lugares públicos. La magnificencia de los almacenes de toda especie llamó la atencion de Gullemiro. El no se atrevia á creer que todo fuese como la plaza de la Concordia y el palacio Real, lo solo que hasta entónces habia visto. Despues vió cosas mas grandes, pero tambien vió mil calles miserabilísimas habitadas por hambrientos y gentes envilecidas por los vicios, y por esa podredumbre absolta del espíritu que suelen producir al juntarse la suprema ignorancia con la suprema miseria.

Un mes despues se separaron los dos hermanos. F. volvia á Venezuela. ¡Entónces le pareció que se reventaba el último hilo que lo ligaba á su patria y á su familia! ¡Ya no veia ni uno solo de los que tanto amaba! su vida era solo de recuerdos. Ya se sintió flotando en medio del gran mundo, sin amparo ni recurso........Lo abatia la idea de verse en medio de un torbellino de gente indiferente. Lo afectó mucho el creer que allí nadie entenderia sus penas porque por la condicion misma de las cosas el interes, era la gran pasion y hacia hasta ridículas esas tiernas ilusiones del alma.

Para su alma tropical el comercio leal de afectos finos era una necesidad primordial. El pobre.... su vida allí y su espíritu se marchitaban como árbol trasplantado: como se marchitaria el saman de Güere si lo llevasen al jardin de plantas de Paris. El amar y ser amado era á su dicha como el aire á la vida; y su alma sensible y privada de sentimientos se consumia como una planta sin savia. ¡Qué terrible impresion le hizo el ver como los muchos agasajos que le hacian eran solo para especular con él! En su tierra se sirve generalmente á los estranjeros como amigos sin interes alguno, y cuando se van los sienten de buena fe.

En el Secretario de Gullemiro he hallado cerca de trescientas cartas de Almabella á él, todas las que le dirigió desde la confesion de su amor hasta la última. De él á ella hai algunos borradores de las que le escribió de Europa; hechas en América no hai ninguna ni las de despues de su separacion ni las de ántes, que fueron quemadas. Nada puede hacer conocer mejor el carácter de Gullemiro que sus propias obras,

las cartas de él á Almabella. Siento que no sean oportunas dos curiosas cartas que allí encontré: una para su maestro Eduardo Robin y otra para Pedro Osa su infortunado amigo. Estas dan una idea del juicio que el se hacia de las ciencias y de los sabios, y por supuesto de lo que eran para él el mundo y sus glorias...... Aunque él no preparase sus cartas como para ser publicadas, sin embargo agradarán: yo lo creo, por sus ideas raras y porque llevan todas el sello de una audacia en el pensamiento que no tiene semejante.

El dia que Gullemiro supo quien era yo, me contó su vida y me hizo ver todas las cartas que se referian á ella. Al momento resolví publicarlas de cualquier modo, y ocultándole esta idea, le rogué me permitiese copiarlas. Vaciló, pero ¿cómo desconfiar de un hermano? Convino, mas desgraciadamente, para el dia de nuestra separacion, solo habia copiado las siguientes.

—⨳⨳⨳—

REMORDIMIENTO.—ENFERMEDAD MORTAL.

Paris, Agosto 25—1841.

Almabella: mi dulce amiga: ¿dónde estarás en este instante y dónde estaré yo cuando recibas este triste billete? ¡Cruel distancia! Solo tenemos noticias de tiempos y de cosas que ya no existen. Al fin el cielo castiga mi culpa: una enfermedad incurable me arrastra. El dolor de serte ingrato á mi pesar, ha desorganizado mi corazon. Ya no puedo respirar: el aire se niega á alimentar mi pecho criminal.

¡Dulce amiga, adios! Abandóname tú tambien: ni mi padre, ni mis hermanos me escriben, bien hecho: son honrados, me proscriben. Que sean mas severos aun: que me priven hasta del pan que me dan, me harán un bien, pues no buscando yo otro descansaré. Sí, soi indigno de vivir en la tierra en que tú alientas: la naturaleza me ve con horror y á mí me espanta cuanto miro. En el corazon siento que se retuerce y me muerde el gusano del remordimiento. Siento la mano de Dios que me aprieta el alma. ¡Ah, si, sin duda yo soi culpable. Me estremezco y siento en mí algo que me comenta mi crímen y que me aterra. Afligido en mi interior busco fuera de mí algun consuelo y solo veo mil espectros que me asombran. Apelo entónces al cielo y al clavar en él mis espantados ojos, leo escritas con estrellas estas cinco palabras: *Dios, muerte, eternidad, crimen, castigo.* Todo me abandona, todo me es contrario. ¿A dónde huir; quién me amparará cuando Dios me rechaza? Lanzo el grito del pavor supremo y me tapo los ojos y

los oidos : pero nada me vale : mis ojos ven siempre la imágen de Almabella deshonrada por mí y mis oidos oyen siempre la terrible voz de Dios. ¡ Amiga mia ! tú eres víctima del crímen cuyo remordimiento me mata.

La culpa mas baja es la de sobrevivir á una gran culpa. Mi padre no me escribe : tal vez ¡ ay ! porque me ve manchado. Sin embargo me prodiga sus beneficios. Nunca es mas tierna la compasion paternal que cuando el honor exige la proscripcion de un hijo. ¡ Compasion mal entendida que prolonga, sin fruto, un dolor sin esperanza !

Almabella : recuerda el terrible instante de nuestro último adios ; en ese instante, entre lágrimas y besos y entre las ansias del alma, habláste á mi corazon de la gloria. ¿ Cómo habia de figurarme entónces que salia de tus brazos para correr á un sepulcro tan lejano y prematuro ? Una lánguida desesperacion me arrastra entre fúnebres horrores. Una Tísis violenta me ofrece un descanso pronto. Ya oigo tras mi suspiro final los lúgubres tañidos de las campanas del juicio, y ya te veo confundiéndome ante Dios con solo presentarle nuestra hija sin nombre...... En fin, ya me siento reventar de agonía.

¡ Hija, solita y abandonada, hija del alma mia ! ¡ Quién pudiera, entre ternuras paternales, decirte : " hija, hija mia, tu nombre es el mio, tu madre es mi esposa ! " Iré, sí, iré si puedo ; tal vez el aire puro y el sol ardiente de la patria me calentarán de nuevo una vida que se hiela poco á poco. Ah ! si me vieras tendria que recordarte las épocas y los accidentes de nuestros amores, para poder convencerte de que yo soi aquel mismo Gullemiro. Pero nó, no soi el mismo : aquel respiraba vida, amor y felicidad, y yo respiro solo languidez, dolor y muerte. ¡ Desventurado Gullemiro, adios, ni aun yo mismo puedo ya reconocerte, no eres ya lo que eras !

¡ Dios, poderoso, no soi ya el que Almabella amó !······ Jóven desgraciada, perdóname : si te robé tu felicidad, te la pago con la vida ; pero ¡ ai, mi muerte no te vuelve el honor, y nada puede expiar el crímen que hizo un mal irremediable ! Pero perdona al ménos á mi alma que es buena y que te ama finamente ; perdónala, nunca fué cómplice de este corazon que no pudo nunca verte sin transportes locos.

Perdónala, ella abogó siempre tu causa, y ella es hoi quien remuerde y taladra ese corazon voraz que, hoi mismo, aunque lánguido y moribundo, al soñar en tu hermosura, se encrespa apasionado, y hace que una sangre que ya se hiela brote ardorosa á mi desencajada megilla, y que mis ojos hondos y ya empañados salten de sus órbitas como buscándote para devorar tus gracias. ¡ Corazon terrible ! Tú eres la sola causa de tantos desastres : ¡ qué feliz seria mi alma con otro corazon mejor !

Sin duda dos fuerzas quedan en mí : una esa 1 de esas invencibles pasiones que hacen nuestra condicion tan mezquina : la otra fuerza es el

noble deseo de lo sublime y de lo grande. Este sublime instinto es tambien, á mi ver, una propiedad orgánica, y varía en cada uno segun condiciones sutiles de organizacion que no mandamos ni entendemos. ¡ Pobre corazon mio ! cuando solo piensa en tu dolor maldice su culpa : pero cuando piensa en tus encantos se deja seducir por esa culpa y lo atropella todo. ¡ Qué destino, no poder reprimir el corazon, ni acallar la conciencia ! Si estaba condenado á ser esclavo del uno ¿ por qué no ser libre del otro ? El corazon mas grande es el que mas sufre cuando lo muerde la conciencia : y no hai conciencia que, en ciertos lances, resista las incidias del corazon. Los sentidos y el corazon, irresponsables como mortales que son, van embriagando el alma con sus delicias, hasta que frenética se goza en la culpa; pero apénas vuelta en sí, como es inmortal y por tanto responsable, siente remordimientos y aflige con mil dolores á los que la perdieron con delicias. Cuando el alma vence nos atormenta el corazon solo ; y cuando éste indomable triunfa, entónces nos martirizan á cual mas, el alma y el corazon. De aquel terrible Gullemiro solo resta un espectro macilento : no soi sino una alma que pena dentro de su propio cuerpo. Despréciame, que soi indigno : olvídame que ya no existo. Al decir esto sin morir, me convenzo que el dolor no mata.

Nunca mi alma habia podido verse y sentirse á sí misma. Hoi se contempla ella misma y ve claro hasta donde pudo enaltecerla la virtud y hasta donde la degrada el crímen, Cuanto he perdido : me miro con compasion : apénas me atrevo á amarme !......¡Cuando me veo y comparo mis esperanzas á mi fin, siento en las entrañas un veneno corrosivo, y no entiendo, no, no entiendo como al punto no caigo muerto. Si vieras mis ojos.... ¿ cómo no te lastimarian el corazon, á tí que viste centellar en ellos la ternura y el valor, al verlos ya empañados que se apagan ?......

GULLEMIRO.

Iba á sellar esta carta con lacre negro, pero un noble amigo, compadecido de mí, me llevó casa de un célebre médico, que me examinó y aseguró, sobre su honor, que mi pecho estaba ileso y que solo sufria una mortal tristeza. Qué dulce mudanza sentí al instante ! De la imágen de la muerte, única que ya veia, pasé á ver tu imágen preciosa y de los hielos de esa muerte pasé al calor de la esperanza. Sinembargo, la desconfianza sobre el médico me volvió á mis alarmas sobre mi estado, y me atreví á decirle: " Señor, mi reconocimiento es infinito, completad vuestras bondades haciéndome saber á quién las debo." Entónces él me presentó una de sus targetas de visita y ví en ella escrito, Rostan. A la vista de aquel gran nombre, la fé médica me hizo sentir en completa salud. ¡ Qué augusto ministerio el de un hábil médico ! Al punto pasé, de la desesperacion de morir sin verte, á la esperanza de vivir contigo.

Mi amigo al oir aquel fallo feliz, se alejó para poder ocultar su emocion. Yo me acerqué al médico y le puse en las manos una pieza de oro, que él rehusó diciéndome: "Entre compañeros eso seria poco noble." Al punto conocí que mi amigo le habia hablado de antemano, y yo me sentí con mi amigo y este con Rostan, el cual, gozándose en todo aquello nos hizo gozar algunos instantes de esos raros, que confortan el alma y hacen que el hombre se estime más á sí mismo.

El médico nos condujo á su gabinete de estudio. Su biblioteca era inmensa y selecta. En el gabinete hallamos á los mas célebres profesores de la escuela de medicina de Paris. Me examinaron todos y todos hallaron que mi pecho estaba ileso; que mi sola enfermedad era la nostalgia, la cual se curaria con paseos, buenas comidas y teatros. Todos ellos me miraban con compasion: mi amigo habia contado al médico que me habia examinado primero, que yo era desgraciado por amores. ¡Ah, si ellos te conociesen, cuánto mayor seria su compasion! Pasamos un buen rato con aquellos famosos esculapios y despues nos despedimos. Todos ellos nos ofrecieron cordialmente sus servicios.

Principié á escribir la historia de nuestros amores; pero Rostan me puso en la alternativa de escoger entre esa historia y la vida. Los estados diferentes de la vida y del alma no desaparecen si se depositan en el papel y á ese papel vuelve el pecho sensible á sentir en un solo instante todos los instantes de su vida. En él siente lo presente y lo pasado, ¡ese pasado tan caro al corazon! Pues que el cuerpo y el pensamiento varian a cada instante y que estos son la vida, no hai duda que vivimos en cada época con una vida diferente, y el que depositó en el papel cada uno de sus pensamientos y con ellos cada una de sus vidas, puede un dia leyéndose y sintiendo todos sus pensamientos, sentir á un tiempo todas sus vidas, vivir con todas ellas. ¡Bendito sea el inventor de la escritura! ¡Bendito, el que invente ahora una escritura y un lenguaje como los de la aritmética tan sencillos que puedan al golpe hacerse universales! Entónces los esfuerzos de la inteligencia cooperarán y la luz de la verdad se difundirá rápidamente.



Cita singular.—Suerte de un seductor y la de su víctima.—Educacion que un Padre debe dar á su hija.—Almabella quema las cartas de Gullemiro.

De Almabella á Gullemiro. Agosto 23 de 1841.

Amado mio: ¡Bendita sea tu imaginacion feliz! ¡Cómo el tierno amor es sutil y cómo se contenta en la ausencia acariciando sombras! Fuí á tu cita. ¿Quién se imaginaria que dos amantes separa-

dos por la tierra entera se diesen una cita fuera de este mundo, en una estrella ó en la luna? ¿ quién creeria que ellos se han sentido juntos en un mundo que dista de este muchos millones de leguas? ¡ Oh delirios de un amor desgraciado! ¡ cómo haceis sentir lo que no existe! ¡ cómo haceis una realidad de una sombra, un hecho de un deseo! Pero esta alucinacion, este soñar despierto, solo es dado á aquellos enamorados que la ausencia enloquece. Amado amigo, fuí á tu cita á las cabrillas. El dia convenido á la hora fija me levanté de mi cama y salí á buscar en el cielo el globo en que debiamos reunirnos. ¡ Qué angustia! El cielo estaba nublado y no se veia una sola estrella. Sufría como cuando nos citábamos ántes y tú tardabas. En fin me retiré esa noche sin ver las cabrillas. Entré en mi cama desecha en lágrimas, y en mi estravagante dolor llenaba de besos tu retrato y me quejaba á él que hubieses faltado á nuestra cita. Para cuatro noches diferentes me habias citado: para el 23 de Noviembre dia en que te dije que te amaba, para el 29 de Noviembre, para el 8 de Diciembre y para el 18 de Diciembre...... La primera noche no hice mas que llorar porque no salian las cabrillas y repetir mil veces tu nombre y aquel primer "yo te amo".... Me parecia oir tu voz vibrante y los esquisitos pensamientos con que me enamorabas entónces. Me empinaba enagenada para destrozar las nubes que me escondian las cabrillas. ¡ Con qué ansia esperaba el veinte y nueve! En fin llegó, y la hora prefijada me sorprendió ya en el sitio de la cita. Allí esperé media hora mirando las cabrillas que me parecian séres sin espresion ni vida. Pero al sonar la hora fija, la seguridad de que tus ojos y tus afectos estaban todos en ellas, las animaron. ¡ Oh, imaginacion compasiva! Aquellas siete estrellas comenzaron á moverse y á trastornar mi mente, y bien pronto en vez de estrellas ví tu imágen hermosa y brillante como el dia en que nuestros labios se abrazaron. Ya te sentí y te ví á mi lado pidiéndome un beso con las mismas finuras y sutilezas con que lo pedias el 29 de Noviembre de 1839. Entónces todo era melindre y esquiveces, ahora estuve pronta; por un beso que me diste te dí mil y sentí tus labios abrasadores como en aquel instante feliz. Me decias en tu carta que durante media hora estarias mirando las cabrillas: ví mi reloj y ya hacia una hora que yo estaba allí. Entónces creí que durante la última media hora solo habia acariciado tu sombra; pero en cuanto á la primera, no, créemelo, te veia, te sentia, sentia tus labios, me abrasaba el mismo fuego que el 29 de Noviembre pasado.—Gracias, ilusion milagrosa, gracias: me volviste al tiempo de mi inocencia y de mi felicidad: yo ví á mi amante: yo me sentí inocente: yo solo le dí un beso......

Retiréme viendo ya las cabrillas tales como son...... ni ellas ni el resto del cielo tenian ya nada de interesante para mí: ya tú no estabas en él...... ¡ Oh, tú, solo sol que calienta mi corazon, solo cielo

de mi esperanza, ya tú te habias vuelto á la tierra: ya aquel cielo alegre de un instante ántes habia vuelto al silencio y á la muerte, y ya habian vuelto las penas á mi alma! Retiréme abatida, como amante que se aleja despues de una cita feliz...... Pasado aquel primer acceso de alucinacion, reflexionaba en mi cama sobre lo que acababa de pasarme y á la primera luz de la razon ví aquello como un desvarío estrambótico y sentí la sangre del bochorno quemándome las mejillas. Al instante se ofende el corazon, arrebata la tea de la pasion y acomete con ella á la razon y la hace sonrojar por su indolencia. Dícele: "tú estás destinada á pensar y yo á amar: déjame cumplir con mi destino ó yo malogro el tuyo. Razon, eres una tutora cruel que acriminas y acibaras mis inocentes locuras, únicos consuelos de mi dolor. Perdidas mis delicias me gozo en mis delirios. El objeto de mi idolatría me es mas precioso aunque tú: sin él tu no serias para mi sino un verdugo una maldicion: sin él no te quiero, te aborrezco húyeme, déjame en tinieblas y mata mi memoria para que no se me presente mas su sombra adorada. Si dependo de tí no olvides que tambien dependes de mí, y si escarneces mis dulces estravios tiembla que los lleve hasta estraviarte á tí tambien.. Razon, piensa bien, mira, ten piedad de mí.... En mi desastre desesperarse, delirar, es estar en plena razon: déjame en mis amantes locuras, ó mas bien, abandona tu léi severa, obedece á la lei del dolor que te devora y haz locuras junto conmigo.

Creémelo, dulce amigo, todo esto pasó en mi mente cuando me ruborisé al contemplar la locura con que te amaba. De repente me sentí indignada contra toda consideracion que ridiculizase desvaríos que eran mi único consuelo, y sentí el corazon que encrespándoseme en el pecho, gritaba á la razon lo que acabó de contarte, y le echaba en cara el que ella no hubiera tenido el mérito necesario para enamorarte de tal suerte que no me hubieras nunca abandonado. Si, amigo mio, dos fuerzas hai en mí como en tí: una que me impele á quererte, otra que quiere alejarte: son irreconciliables; luchan y se destrozan sin cesar y miéntras tanto yo soi la víctima de entrambas. No temas sin embargo que el amor y la razon sean igualmente fuertes: el amor es siempre vencedor; pero ¡ai! la razon es invencible. ¡Con qué dolor te confío este secreto.... óyelo Gullemiro: mi razon estima tus nobles prendas, pero te cree ingrato para conmigo: no te acusa, porque el amor no es voluntario, y no eres culpable de no amarme. Te perdona y aun te ama, pero te teme y quisiera salvar mi corazon de una pasion sin esperanza y le arguye con razones incontestables, diciéndole. Pobre corazon, es ridículo hacer locuras por un ingrato que huyó á 2.000 leguas para reir en paz de nuestra afrenta. Nos atormentas á tí y á mí: pronto estaremos locos y envejecidos y objetos de la befa pública, causaremos, si acaso, una esteril compasion á tu ídolo desleal que no encuentra su dicha sino cambian-

do de víctimas. Tiembla mísero corazon, de arrastrarme á tu demencia, soi tu única salvacion, tu sola esperanza. Obedéceme, entrégame tu suerte. Yo, chispa divina, represento á la virtud que tanto ofendes, y esa sombra encantadora que te hace olvidar á Dios y al honor, representa el crímen. Tu inocencia, tu dicha, tu honra, la paz de tu alma, dónde están ? Con su aliento las quemó un amante fementido. Escoge pues entre el Dios que te dió vida, virtud, belleza y felicidad, y el aleve seductor, que abusando de tu inocente fe, te roba esos bienes y despues te abandona.

Mi corazon te defiende con finas sutilezas, hasta que rendido á la conviccion, grita desatentado, que te ama aunque seas ingrato...... Mi voluntad es tuya Gullemiro y cuando me veo queriéndote tan firmemente á pesar de la razon y de cuanto existe, me quiero mas á mí misma. No puedo vivir sin tí. Sin duda que nací para amarte.

Despues de estas cavilaciones, dormí un instante y soñé con aquel beso primero, ¡ beso inolvidable que aun me quema el corazon ! ..... Por la mañana me levanté mas tranquila que de costumbre y casi contenta, como si realmente te hubiera visto. Yo creo que algo hai de uno mismo en el objeto en que fijamos la vista y yo sabia que tú mirabas las cabrillas al mismo tiempo que yo, y al saber que nuestras miradas se encontraban y se tocaban allá y que estas miradas llevaban todas nuestras almas y voluntades, me sentia encontrándome contigo, te veia y te sentia como entónces y como entónces sentí en tus labios aquella misma impresion funesta. El modo infalible de probar la existencia de una causa es probar la existencia de su efecto, y cuando yo volví en mí tenia los labios hinchados de amor con el beso que me habias dado en las cabrillas como con el que me diste en mi sala el 29 de Noviembre. Sí, hinchados de aquella sangre de amor que el corazon manda á los labios para que sientan las caricias de su amante y vuelvan á contarle...... Y pues que el efecto es el mismo, es la misma la causa : sí, sin duda tú me besaste esa noche : yo hallé en mis labios el sello de los tuyos......

¡ Cómo tardaba el 8 de Diciembre y con qué sobresalto lo esperaba ! me parecia ver llegarse aquella noche misteriosa en que, subiendo contigo á la cumbre de mi felicidad, sentí, que no pudiendo subir mas alto ni sostenerme allí tenia que principiar á bajar por la cuesta del dolor. Sí, mi buen amigo, yo estaba esa noche con las mismas alarmas que precedieron á la misma noche fatal en el año de 39. En fin, llegó el 8 de Diciembre ¡ qué sobresaltos ! Sonó el instante de nuestra cita singular, cabalmente el mismo en que en otro tiempo, feliz hasta entónces, se habia sellado mi fatalidad. ¡ Qué angustia ! Salté de mi cama, me puse el mismo vestido que habia tenido puesto en la noche fatal. Como entónces, estaba pálida y temblorosa y con los cabellos suel-

tos. Mi cabeza estaba como desvanecida, mi razon como en suspenso, mis piernas casi desfalleciendo. Por mi semblante, que revelaba mi demencia, corrian mezclándose un sudor frio y mis lágrimas frias, y miéntras tanto mi corazon, triunfante sobre la desolacion de mi alma y de todo mi ser, palpitaba tanto y tan contento que en mi pecho rezonaban los gritos de su alegría.

¡ Cómo se infla soberbio el corazon enamorado cuando ya la razon se le rinde y lo deja abandonarse al objeto de sus ansias ! En fin llegué al patio á verte en las cabrillas, tan consternada casi como cuando entré en mi sala la noche funesta. El cielo estaba claro y el tiempo sereno; y mi mente estaba oscura y agitado mi corazon. El instante de tu cita habia llegado ya y con él el de mi alucinacion ; así es que al ver las cabrillas ya te ví. No puedes imaginar como la memoria fiel me retrazaba tus palabras de fuego, las mismas...... ¡ ai !.... tus halagos, tus airosos ademanes ; aquellos ojos turbios cuyas ansias nada podria imitar. Tu acento, aquella noche, mas que nunca vibrante : aquella elegancia celeste con que acabaste de embriagarme : todo, todo se retrazaba á mi mente, y esa serie de imágenes queridas era para mi infortunio una serie de tormentos. Me parecia verte como te ví en aquella noche infausta, una rodilla medio doblada ante mí, una mano sobre el corazon, conjurándome á fiar en tu cariño, y otra hácia el cielo poniéndolo por testigo de que en aquel instante me hacías tu esposa.... Sí, al verte así, esta vez como entónces, sentí que mi razon se ofuscaba y que ella misma se abandonaba al delirio del corazon. ¡ Qué de flores regaste, Gullemiro, sobre el lecho de mi deshonra !.... La que gozó tales flores sufre las espinas sin quejarse.... Largo rato pasé sumida en mis dulces fantasías, cuando al imaginarme sintiendo el instante que unió á mi estrema felicidad mi desastre, grité como entónces : " ai Dios ! misericordia ! y despues, arrebatada por el torbellino del amor, olvidé cuanto existe y me sumí en el fondo de mi abismo. ¡ Oh ansias estremas y opuestas las que precedieron y siguieron ! En un solo momento sentí los dos extremos opuestos de la suerte humana......

En este instante un ruido en la sala me despertó de aquel sueño despierto, ó mejor, despertó á mi imaginacion de su locura. Volvíme á ver y distinguí un bulto que entraba en la sala y que se perdia entre las sombras de la oscuridad. Imaginéme al punto que eras tú, que tal vez muerto penabas en aquellos tristes lugares : quise correr hácia tu sombra ; pero rehaciéndose la razon con el susto me recordó que yo no creia en apariciones y dí por hecho que era un ladron. Como lo habia visto entrar en la sala, y mi padre tiene su dormitorio al lado, corrí á advertirlo creyéndolo en peligro. ¡ Cuál fué mi sorpresa cuando al aproximarme á su cuarto lo ví desde la galería en pié, al lado de una luz, con los brazos cruzados y con el rostro bañado en lágrimas ! Detúveme un

instante, pero al verlo que se dirijia hácia la sala, corrí á él y echándome en sus brazos para ocultarle mis ojos hinchados, le dije: "no entreis en la sala papá: yo he oido un ruido mui fuerte: creo que está ahí un ladron." Mi padre, sin hablarme, me separó la cabeza de su pecho y teniéndola entre sus dos manos, fijó sus ojos en los mios con ternura dolorosa, me dió un beso en la frente, me apretó contra su pecho y dejó escapar un sollozo. Despues, tomándome de una mano, y llevando la luz en la otra, entró en la sala, me hizo ver que no habia nadie, cerró las puertas y abriendo por primera vez los labios me dijo: "pobre hija mia, acuéstate para ver si duermes: hasta mañana." Aquellas palabras, despues de aquellas lágrimas, me lastimaron el corazon y me hicieron pensar que él era el bulto que yo habia visto y que lo afligia el haber presenciado mi dolor y mi desolacion; pero este temor me duró solo un instante, porque me convenció de lo contrario el que mi padre no me hubiese reconvenido por hallarme en el patio á aquellas horas. Acostéme con una agitacion que al fin me entregó al sueño de la postracion. Dormí profundamente como el que se rinde á la fatiga. Amanecí con una especie de melancolía contenta: estaba serena, y sentia sin embargo necesidad de llorar, pero mi llanto tenia algo de grato. Desde la primera noche que salí á verte en el cielo, cambió el rigor de mi padre en una tierna compasion que yo me esplicaba por supersticiones de amante. La piedad de mi padre fué poco á poco tomando todos los matices del amor de padre: pronto perdonó mi falta y terminó por amarme como hija desgraciada, es decir, aun mas que ántes. Querrá compensar los rigores de mi suerte con sus ternuras paternales, me decia yo; pero ¡ ah ! yo no sabia lo que pasaba....

Pronto principié á desear vivamente el 18 de Diciembre para celebrar el triste aniversario de nuestra última separacion. A proporcion que el dia se acercaba, se me anublaba el alma; arreciaban los silbos de la imaginacion como los del huracan borrascoso y bramaba la pasion estrellándose en la ausencia como brama la mar furiosa al reventarse en la desierta playa. Mi razon se alarmaba como se alarma el piloto que ve que se le viene encima un temporal desecho. Ya amanece el dia 18, ya comienza á oscurecerse mi mente y á latir mi corazon, ya una fiebre violenta me mina y mis arterias todas están repletas de una sangre ardiente que como rios de fuego queman cuanto riegan. A proporcion que el momento se acerca crece mi agitacion: en fin llega el instante y el corazon vibrando súbito y violento da el grito que alarma mis potencias todas. A ese grito responde como un eco el tropel de los sentidos que desaforados envenenan mi razon y me convierten el alma en un caos de espantos y desastres, y del fondo de aquel caos brotan mas seductoras que nunca tu imágen, tu acento y tus caricias..... y ¿ quién lo diria ? ¡ ai !

¡ tus mismos pensamientos ! Como entónces, sedienta del bien que en aquel instante perdia, me arrojé sobre tu sombra y en los furores de mis ansias, pasé como entónces por todas las fases de la desesperacion . . . . y . . . . ni aun ese dolor tan grande que alteró mi salud y mi mente, pudo sofocar el poder del corazon. Instantes hai en que nada le resiste, y que tiemblen de estos instantes esas mujeres despiadadas que escarnecen á las infelices que han sucumbido á esa fiebre de los sentidos que se comunica al alma. Cuando la soledad y una pasion ardiente dan pábulo á esa fiebre, el alma va de estrago en estrago hasta consumar su desastre. Así sucede al buque que encaya en tempestuoso y solitario arrecife : cada ola lo rompe de mas en mas, hasta que llega una que lo abre y que lo abisma.

Tomé un poco de pólvora, lo eché y fuí aumentándole el calor hasta que se hinchó, se retorció y al fin voló y desapareció dejando solo un humo que desapareció tambien bien pronto. Eso es lo que queda de mí sobre la tierra, un humo, una sombra. Recordé viendo aquel humo las mudanzas que mi alma habia sufrido desde tu primera palabra y mi primer trastorno, hasta tu última caricia y mi última locura. La pólvora desaparece y el tizon queda encendido ó al ménos capaz de volverse á encender y de dar fuego á toda la pólvora del mundo. La pólvora mas inflamable aun que el tizon, parece insensible al calor, por que impiden su contacto. Así la jóven envuelta en su pudor y cuidada por sus padres parece insensible : si de repente ve al hombre que su corazon soñaba, se estremece : si le oye decir : " te amo," cae en un estado extraño y que la alarma ; y si en este estado nadie la cuida, si saborea una caricia, adios, infeliz ! la rabia de los sentidos la arrebata poco á poco y al fin la enloquece, le derrite el corazon y su alma ciega y en mil ansias se retuerse y vuela como la pólvora. En este estado el alma está casi indefensa ; una caricia mas, un vaso mas de hechizo, y entónces la razon misma gozándose en su embriaguez, traiciona al alma y entrega la inocencia al seductor asesino. Ya solo le queda el deshonor; su sola vida es sufrir, su sola esperanza morir. Solo anda sobre la tierra como una sombra manchada, ó como el humo de la pólvora . . . . . . y miéntras que ella gime sin consuelo, su sacrificador tal vez corre impunemente tras nuevas víctimas. Y tal vez la gloria ceñirá las sienes de aquel cuyo corazon ingrato deja por sola huella de sus amores la afrenta de las que lo amaron. ¡ Y la sociedad las desprecia á ellas y lo admirará á él ! Hazme el favor, amigo mio, de resolverme esta duda que me ocurre : ¿ cuál de estas dos injusticias es mas bárbara, la de honrar el crímen, ó la de deshonrar su víctima ? . . . . . .

Perdona, dulce amigo, esta larga digresion : perdónala, pues que en ella defiendo mi propia causa, la causa de las amantes abandonadas. No creas que yo te acuse de crímen, no, tú me has abandonado por desgraciado y no por criminal. No se encuentra criminal lo que tanto se

ama, y aunque te sospechase tal, jamas te aplicaría esa palabra horrorosa, ó me veria forzada á amar tu crímen mismo, pues que tu solo crímen está en tu viaje, y este aunque me sacrifica tiene en el fondo algo que me hace admirarte y amarte mas.

Sometiéndote á la causa de nuestra separacion, me sacrificas, es verdad; pero tambien te sacrificas tú mismo. ¿ Qué mas puedo exigir sino que me ames tanto como á tí? ¿ Si prefieres tu padre á tí mismo, puede ofenderme acaso el que lo prefieras á mí? No, amado amigo, hasta el golpe con que me matas te hace amable. Yo no soi tan noble como tú, no quiero á mi padre ni á nada mas que á mí, pues me siento incapaz de sacrificarte por nada de cuanto existe; ó tal vez es que amo á mi padre mas que á mí y á tí mas que á él.

Perdona, te repito, esta triste digresion, y volvamos al aniversario de la infausta noche en que por última vez te ví. Al llegar al patio, el cielo estaba claro, pero habia una gran nube tendida del lado en que debian estar las cabrillas. Arrodilléme á rogar á Dios alejase aquel obstáculo. El viento soplaba recio, y pronto desapareció la nube, y apareciste tú, quebrantado y abatido como en aquella noche terrible, con paso y acento trémulos, y con ojo húmedo en que alternaban la languidez y la desesperacion. Al imaginarte te ví y te sentí: pasáronse entre nosotros los mismos arrebatos de dolor y de ternura, las mismas quejas y los mismos juramentos y promesas, y aquella última caricia que gozamos con las mismas agonías con que un moribundo goza el último aire que alienta.

Ví tu rostro hermoso bañado en llanto; oí tus sollozos descompasados y las imprecaciones que tu furioso dolor vomitaba: ví tu ojo temerario buscando á Dios por entre los cielos para echarle en cara nuestra suerte, en fin sentí que llegaba el instante de sentirte por última vez. Te ví como entónces alejarte y revolverte cien veces, te ví agitarte, mirar al cielo, estremecerte, palmearte la frente y arrojar bufidos de dolor como volcan que amenaza reventar. Llegó el último instante; oí tu último adios, tu última ternura; te ví como entónces arrodillado á mis pies cerrándome fuertemente, y en fin sentí como entónces y con igual estremecimiento, tus labios sellando con un beso tu juramento de amarme hasta morir. ¿ Te acuerdas de ese beso?......................... Arrodilléme tambien yo, y cruzando nuestros labios te dije: "juremos amarnos hasta la muerte, y si alguno de los dos es bastante cobarde para ser ingrato y vivir, autoricemos al otro desde ahora á que le diga:—*¡ Eres un vil!*—Sí, me digiste transportado; sí, llámame vil si te soi ingrato, prepara desde ahora tu venganza; en cuanto á tí, te conozco, estoi seguro: la palabra vil no se hizo para tu alma noble.—Perdóname, te dige, no me conoces tan bien como crees, no hablo así para preparar mi venganza, es para respónderte de mí: el horror á que me lla-

mes vil es una garantía que te ofrezco. Al instante ví brillar de nuevo en tus ojos la tierna confianza y sentí como entónces los tan dulces cariños que siguieron á aquella escena solemne.

Finalmente: te ví alejar ya, para no mas volver: te ví perdiéndote en las sombras de las tinieblas: agitaba en el aire un pañuelo blanco para que pudieses aun distinguir mi bulto; en fin te ví desaparecer y no pudiendo ya verte quise que me oyeses y te grité "¡adios! ¡adios!"......esta vez como entónces grité fuerte, y oí tu acento triste "¡adios! ¡adios!....¡amor hasta la muerte!...."

Al oir este último adios arrojé un grito y un ¡ay! de demencia: abrí los ojos de mi razon y ví mi locura: me desvanecí y perdiendo el sentido habria caido contra las piedras si no me hubiesen recibido unos brazos amigos. La impresion de aquel contacto me volvió al punto á la razon. Recordé una sorpresa semejante que me habias hecho en un viaje á la Guaira y dando por hecho que eras tú, cogí entre mis manos la cabeza del que me tenia en los brazos y la llené de besos de fuego. Diciéndole: "¡mi Gullemiro...., mi Gullemiro!"

No, me respondió él con acento lloroso, no es Gullemiro, es tu padre. Los seductores abandonan, los padres nunca."—Imagina, dulce amigo, mis penas y mi bochorno. ¡Pobre padre mio! ¿quién te habria predicho, cuando tratabas á mi amante como á un hijo, que él iba á inmolarme y abandonarme, dejándome en el alma un veneno cruel é incurable? ¿Quién te habria predicho que en la ceguedad de mi locura habia de profanar hasta tus canas, creyendo acariciar en ellas al mismo que las manchó?........ ¡Dios justo, qué destino! me das un corazon sensible para que saboree mejor la amargura en que lo ahogas......

Mi padre me dijo despues que habia leido la carta en que me hacias tus citas, y que me habia visto en las cuatro noches indicadas..... que perdonaba mi amor porque lo veia irremediable y que aunque no podria jamas verte sin estremecerse, te perdonaba á ti tambien. Me confesó que habia jurado tu ruina, pero que al leer tu carta se habia convencido de que tú eras mas bien el instrumento que el genio de mi desgracia. ¡Qué contento tan grande esperimenté! Ya mi padre habia vuelto á ser mi padre y ya mi amante estaba salvo. Echéme en sus brazos transportada de dulce gratitud. Enternecida hasta el alma prorumpí en sollozos y en fin besándole la mano, le dije con el acentó del corazon: gracias, gracias, mi padre, y despues levantando los ojos lo miré con una ternura indecible y con una emocion que no conocia aun, emocion de aquellas que solo se sienten una vez.

Despues algo mas serena, pensé en tí, me quedé absorta en tu imágen y, mirándola, sonrieron mi corazon y mis labios al verte ya salvo y al ver que nada puede resistir á la pluma que me venció, á esa

pluma que escribió en mi corazon con tinta de eterno fuego. Mi sagaz padre vió mi sonrisa y conociendo su causa me dijo tambien sonriendo: "si él me hubiese escrito á mí mismo nunca habria podido quitarse de encima mi maldicion; pero al escribirte él creia que yo no veria sus cartas y se presenta tal cual es.

Si él fuese feliz despues de haberte hecho desgraciada, seria un malvado; pero él se arrepiente, te ama, es infeliz sin tí, te consuela y te dice espera........¡ay! tambien á mi me consuela, yo tambien espero....... y en todo caso, vive segura de que ni yo ni tus hermanos pensaremos mas en vengarnos."—Nada pude responder á mi padre: mi emocion era mui grande para poder espresarla, pero la ternura rendida de mi mirada le dijo lo que no alcanza á decir la palabra. ¡Ah! me decia á mí misma, mi padre cree que habria resistido á la seducccion de tu nobleza: si no resistió á cartas que no estaban calculadas para ablandarlo: ¿ habria resistido acaso á las que hubieses meditado con este objeto? No, yo juzgo por mí y creo que para poderte resistir, es necesario ser sordo y no saber leer.

Desde entónces el dolor de mi padre hallaba en mí su consuelo. Todo mal y toda pena tiene momentos en que se exacerba y recrudece, y en estos momentos, cuando su dolor se recrudecia, mi buen padre, por no afligirme, se encerraba en su cuarto, y, suponiendo ocupaciones urgentes, no salia ni á comer. De la idea que yo tenia de su estremo amor por mí, deduje el remedio de su pena. Uno de los dias de encierro, entré en su cuarto y le dije: "Padre mio: me habeis dicho que os trate como al único y al mejor de mis amigos, que busque en vos, ántes que en otro, mi remedio ó mi consuelo. ¡Ah! ¡cuántos males me habria evitado si cuando estaba en los bordes del precipicio hubiera tenido bastante valor para confesaros la pasion que me arrastraba! Si entónces, corria el peligro de caer, ahora, ya en su fondo, corro los riesgos de la desesperacion. Sí, mi padre, hoi mas que nunca me agobia la memoria del hombre y del nombre que he perdido. El mal que os he hecho es lo que hace mi vida insoportable y sinembargo es por vos que la soporto. La compasion de los otros por mi mal, me enternece y no me alivia; solo la compasion paterna es dulce á mi amargura."

Entónces cerrándome entre sus brazos me llenó de ternuras y nuestra pena sintió al punto los consuelos de la confianza.—"Sí, hija mia, me decia, cuando te arrecie la fiebre del dolor, ven á sufrirla sobre el pecho de tu padre. Despues del placer de hacer feliz á un hijo, el mas grande placer de un padre es el de alivar su mal ó sufrirlo con él. De la esperanza de verte siempre pura y feliz, nacian todos los deseos que me daban actividad y energía; ya murió esa esperanza y con ella mis deseos y con estos mi energía. Cuando el huracan de la mala suerte arrebata á un mortal en los campos de la vida, nada le presta apoyo.

¡ Que la confianza una nuestros destinos, hija mia, y que nos salvemos ó perezcamos juntos ! ¡ Que no haya mas entre nosotros un solo deseo secreto, una sola pena sin partir ! El que esconda al otro su pena lo ofende y lo abandona. No nos abandonemos los dos cuando todo nos abandona: á mí me olvidó Dios permitiendo que me olvidases por el que hoi te olvida á tí. Tú sin Gullemiro y yo sin Dios ¿ qué seremos el uno sin el otro ? Los padres pierden la confianza de sus hijas, porque suponiéndolas siempre en combate con un mal deseo, tratan de alentarlas á resistir con amenazas preventivas. Pero ¡ cuánto mas no valdria, que renunciasen á esa reserva grave y que les enseñasen con su cencillez y su franqueza á consultarles los afectos del alma ? Así dirigirian sus pasiones al mismo nacer: todo al nacer es débil, los séres y los afectos, y es grande el poder que un padre ejerce sobre el corazon de un hijo. ¡ Cuántas desgracias se evitarian si los padres infundiesen confianza á sus hijos ! Cómo puede la inocencia distinguir lo bueno de lo malo ? En fin, hija, mia, si no supimos ayudarnos en la felicidad, sepámoslo en la desgracia. El corazon de un buen padre y de un buen hijo son dos pedazos de uno solo, nada debe haber en el uno que sea estraño al otro. Ven, hija de mi alma, ven á llorar con tu padre un mal de que solo él es culpable.

La mayor parte de los males de los hijos vienen de la mala educacion que les dan sus padres. Si los padres no dijesen á sus hijos que toda afeccion de amor es culpable, los hijos confiarian á tiempo á sus padres sus pasiones mas funestas, que al principio son inocentes y fáciles de destruir ó de encaminar bien.

En la sociedad he vivido mal educado, y educando mal: la escuela de la desgracia nos enseña, hija mia, el modo con que debemos educar á tu hermanita y.......En el campo, nada se opone á la educacion que medito ensayar, ni ejemplos contrarios, ni el que nos llamen originales. Ya el rumor de la maledicencia principia á sentirse: al instante los amigos, los enemigos, los indiferentes, los desconocidos mismos, todos caerán sobre nosotros......Huyamos, hija de mi alma, ántes que veamos nuestro nombre corriendo por bocas escarnecedoras, y marcado con sello de la afrenta.......”—Mi agitacion seguia la agitacion de mi padre y al llegar aquí fueron ámbas tan grandes que el calló y yo tambien.

No oyendo mas á mi padre trazar nuestro cuadro lastimoso se calmó mi angustia lo bastante para que me echase en sus brazos y le hiciese mil protestas de acompañarle, amarle y confiar en él. Despues de aquel dia, cuando uno de los dos siente que el dolor lo abate, lo confia al otro, llora con él, y así descarga el esceso de su pena. Ambos somos ahora ménos desgraciados. Yo me esfuerzo siempre en ganarte el

favor de mi padre; te pinto tal cual te creo, fino, grande y desventurado, y él me mira, se enternece, medita como absorto y vuelve diciéndome: "él pobre........" ¡Qué de emociones diferentes animan su semblante miéntras le hablo de tí! ya palidece, ya enrojece, ya se despecha, ya se abate y ya, en fin, sonrie como si luciese en su mente una esperanza. Me ama de mas en mas, y de mas en mas se convence de la eterna lealtad de mis amores, y poco á poco principia á interesarle tu nombre y á serle grata tu memoria.

No creas que le reservo nada de lo que pasó entre nosotros, ni tampoco de los desvaríos que hoi mismo me haces cometer, cuando por un capricho del corazon tu imágen me asalta y me enloquece. El otro dia le recordaba mil rasgos generosos tuyos: imagina mi emocion, sobre todo cuando ví á mi padre conmovido: entónces mi triste entusiasmo pasó á una exaltacion patética á que él no pudo mas resistir: las lágrimas brotaron á sus ojos y me dijo abrazándome: "sí, hija infeliz, es generoso........" En fin, amigo mio, mi suerte es ménos acerba desde que puedo reclinar mi cabeza atormentada sobre el pecho de mi padre.

A veces lo veo llegárseme acongojado como si el peso del universo entero le abrumase la cabeza: al verlo me siento anonadada como si viese rebelarse la naturaleza entera contra mí; pero apénas me siento en sus brazos y oigo la tierna espresion con que me dice: "hija, hija mia," cuando ya se nos serena el alma, como si la mezcla de su amargura y la mia produjese algo dulce. Un dia no bastó la compasion de mi padre á consolar á mi pena cruel: confeséselo y él me dijo así: "Sin duda es porque has leido sus cartas, y está segura, hija mia, que miéntras las leas conservarás la grande idea que tienes de Gullemiro, y que miéntras tengas esta idea serás infeliz........"

El tono triste con que me lo dijo, envolvia al mismo tiempo que la súplica de que las quemase, la pena que le daba el creerme incapaz. Qué, me decia yo, pobre padre, ¿por qué una vez lo pospuse á mi amante cree que siempre le he de posponer? Esta idea me exaltó en su favor y le dije: "pronto desaparecerán esas cartas.........." Estas palabras las acentué y tan lentamente como si aun vacilara entre pronunciar este voto ó el contrario. Ya hecho el tal voto me horrorizé al solo imaginarme quemando el solo bien que me quedaba.

Sentí que si tardaba un momento me faltaria el valor y corrí á consumar el sacrificio: arrebaté tus cartas temblando y con horror me armé de una luz y de fósforos: la mano se me caia cuando iba á frotar un fósforo y el corazon se alegraba al ver que no prendia. ¡Cuánto pueden el deber y la pasion! El uno me hacia resolver á encender la hoguera de mis cartas y el otro me hacia buscar los medios de no poderla encender. En fin, un fósforo fatal se enciende y con él la luz. Al ver

las llamas y las cartas me afligí como si fuese á ver quemar á mi tierno amante. ¡Qué aparato! ¡Qué afan! ¡Qué dolor!

Ya iba á quemar la primera, cuando me ocurrió que seria cosa indigna de una amante fina el no leerlas aun una última vez.........
¡Cuán contrario me fué aquel pensamiento! Abrí y leí la primera; ya no la devoraron las llamas de la luz sino las de mi corazon, ó mejor, ya no fué la luz la que quemó la carta sino la carta la que me quemó el alma. Antes me habria quemado los ojos y los cabellos que aquellos pensamientos preciosos; pero como en todo conflicto entre dos exigencias iguales, mi fallo fué parcial. Resolví pues salvar aquella carta y quemar las que tuvieran ménos poder en mi corazon ¡qué injusticia!

Hasta en esto pudo la lei del mas fuerte. ¡Qué locura! Iba á quemar tus cartas por evitarme la terrible impresion que me hacian y tal era la impresion ya hecha, que me era imposible quemar las que mas me impresionaban y solo me quedaba, para dar un mal entendido cumplimiento á mi palabra, el cobarde valor de fallar contra las que no me hacian el mal que trataba de evitar. Así, en las conjuraciones políticas, el anatema cae sobre los débiles, miéntras los capataces, los mas temibles, quedan casi siempre impunes y aun á veces mejorados.

Al leer aquella carta sin conocerte, se habria imaginado que te esmerabas en hacer la mas dulce exageracion de tu pasion. Tus pensamientos eran tan tristes y tan grandes que parecian el último esfuerzo de la ternura y de la sublimidad. Yo te conocia, y por tanto temblaba de hallar otras en que luciesen como en aquella la fineza de tu amor y la elevacion de tu alma.

Leí una segunda carta: esta era una de aquellas en que se mezclaban lo mas exquisito del cariño y los ímpetus de los celos. Allí te presentabas ya cercado de alarmas y alzándote con mil quejas generosas por encima del mal que temias; ya delicadamente reconocido á mis favores te abandonabas á gozarlos con todos los encantos de la confianza. ¡Oh, confianza, confianza, el mas dulce de todos los afectos, solo á tí es dado llenar el corazon!

La posesion de un bien que acibaran las zozobras es mas cruel mil veces que el perderlo ó no alcanzarlo. Confianza, néctar puro de los cielos, tu nos embriagaste un dia...... y otro dia nos perdiste!...... Entre nosotros no hubo engaño; hubo sí desengaño; vimos al fin que el destino nos engañaba. Al leer tu segunda carta recordé, las circunstancias que la habian motivado: ¿y cómo pagar, quemándola, el sentimiento que la dictó? ¿cómo borrar con fuego la sola huella que dejó mi felicidad sobre la tierra?...... Al hacer esta reflexion la doblé á la carrera y la guardé en el seno, temiendo que por casualidad se quemase. El pensamiento, el alma de aquella carta, penetrando con magia mis-

teriosa hasta el corazon á que estaba destinada, hizo que este se agitara como saliéndose á cojerla. Pobre corazon! esclamé. Te gozas recordando el tiempo de tu confianza, hoy, cuando ya para tí murieron la confianza y hasta la misma esperanza!

Tomé una tercer carta, y aunque cierta de no quemarla si la leia, escusaba mi deseo de leerla bajo pretexto de justicia, pues me decia á mí misma que era injusto condenarla sin defensa...... la leí pues y...... feliz escritura.... aquel papel insensible que parecia muerto, se animó al punto de los pedazos de tu alma, de aquellos sentimientos de ella, que el amor habia esprimido en el papel. ¡ Cómo echar al fuego esos pedazos de tu alma que amoroso me mandabas! No, eso seria condenar al fuego los solos recuerdos de mi gloria......

En fin, amigo querido, á cada carta que leia me proponia ser inexorable con la otra, pero al ver tu letra y sentir tus pensamientos, la mente me retrazaba tu imágen y tu alma bella, te veia trasmitido al papel por tu propia pluma, y quemar este papel seria quemar esos reflejos de tu alma hermosa, los solos que al través de tantos cambios me acompañan en mi abandono. No quemé pues una sola porque las leí todas y por la misma razon se encrudecieron mi dolor y mi congoja. A veces el débil ataca al fuerte y huye despues maltratado: así yo, queriendo combatir tus memorias, salí en un estado lastimoso......

Conté á mi padre lo que me habia pasado y hallé en él el consuelo que buscaba. Parece que cuando estaba entre sus brazos me respetaba tu imágen que me seguia. Lo que dije á mi padre sobre el poder de tus cartas, le excitó la curiosidad de leerlas y convencerse por sí mismo de si la ilusion me hacia exagerar tu mérito ó si realmente eras un ente extraordinario. Lo dejé solo y comenzó al punto su lectura. Dí la vuelta y me puse en un punto de la galería desde donde lo veia sin que él me viese. Así queria yo verlo, á solas y mano á mano contigo. ¿ Me juzgará débil, me decia, cuando conozca el poder que me rindió ? ¿ Podrá llamarse cobarde al que muere de rayo ?

Poco á poco la serena frente de mi padre comenzó á nublarse y sus ojos á parpadear para absorver las lágrimas que principiaban ya á humedecerlos. Bien pronto necesitó un pañuelo y su emocion se hizo mas intensa y mas general. Su respiracion se agitaba de mas en mas, movia las manos ó los piés, apretaba la carta, se paraba, se paseaba, meditaba, se sentaba, se quedaba como inánime absorto en la lectura, volvia á agitarse y á absorverse, hasta que al fin á una respiracion anhelante siguieron un suspiro y un torrente de lágrimas......

Al fin acabó aquella cruel lectura que yo habia seguido y sentido, pues sabiendo casi de memoria las cartas, sabia por la que él tenia en la mano y por el punto en que fijaba los ojos la idea que lo enternecia ó que lo estremecia. Llamóme y yo entré anegada en llanto: me confesó

lo mucho que habia sufrido y yo le confesé que lo habia visto sufrir. Mis lágrimas le decian claro lo que me habian hecho sufrir las suyas. Echéme en los brazos que me abria, y un rato despues me dijo: "te perdono, hija querida: la grandeza de tu cómplice te hace escusable. Ya no te creo débil. Nadie llama debilidad en otro lo que él siente superior á sus fuerzas.

"La idea que tengo del poder de tu razon me hizo suponer que en tí misma estaba la causa de tu desgracia; pero ahora que conozco á tu admirable seductor, entiendo que al caer el fuego de tus gracias en su pecho de volcan debia haber una explosion superior á tu razon y á la suya." Gracias, dulce amigo, la magia encantadora de tu pluma me robó la confianza de mi padre y la paz de mi alma, pero esa misma magia me vuelve la una y la otra, y al probarme lo invencible de tu genio, agrega la admiracion al amor. Parece que el alma es infinita pues mi amor aumenta cada dia y ese aumento no tiene fin.

El amor se agranda y vigoriza en el corazon humano como el árbol en la tierra; las lágrimas son el riego que mas lo fortifica y la ausencia, los celos y los dolores todos, si no lo destruyen le dan mas fuerza, como el huracan hace mas fuerte al árbol que le resiste. Tus cartas hicieron un mal terrible á mi padre haciéndole revivir esperanzas que ya habia olvidado. Todos los dias iba á consultarlas como á un oráculo: desde que pensaba en ir á leerlas se apoderaban de él la zozobra y el afan mas crueles. Allí iba el infeliz á buscar sus esperanzas.

Tenia marcadas aquellas en que tus promesas eran mas decididas, sonreia, alentaba, gozaba como un tierno padre, pero al punto se le presenta una fecha posterior en que me ofreces la muerte como solo fin de nuestros males. ¡Oh, Dios, qué cruel es el dolor de padre!..... quédase pálido, inánime y por sus labios petrificados sombrean mezclándose la risa y el dolor del insensato. Poco á poco sale de aquel estado en que se mezclan la vida, el sueño y la muerte, se abre los ojos con las manos como para reconocer al mundo que ha olvidado, se siente á sí mismo con dolor, y en fin gira en torno buscándome augustiado.

Al verme vuelve súbitamente en sí, y nos cerramos largo tiempo en los brazos. Allí su llanto y sus sollozos alivian un tanto su congoja. Despues hablamos de tí: el sufrir á medias disminuye nuestra pena y poco á poco las sombras del tiempo ligero alejando y confundiendo la impresion de tus cartas, calman el mal que ellas hicieron. Varias veces ha incurrido en la temeridad de releerlas y siempre ha quedado en estado deplorable.......

Solo un medio me quedaba para salvar su salud que se consumia rápidamente y era el de quemar tus cartas: se lo propuse y no quiso, pero al fin cedió cuando le dije que yo no podria dejar de leerlas todos los dias...... ¡Qué aparato tan fúnebre alzaban nuestros semblantes

consternados ! Antes que ardiese la pira fatal que debia convertir en cenizas esas memorias vivas de mi gloria y de mi felicidad pasadas, ántes, ardian ya en nuestros corazones los fuegos santos de un sacrificio. Nunca habia visto el fuego con tanto horror : amarrada en el centro de un incendio no habria sentido un espanto mayor.

Mi padre se acercaba al fuego pálido, despeluzado y con paso y resolucion vacilantes, y yo, como la sombra de la consternacion, me acercaba con las facciones desencajadas y con el alma como alelada, herizados los cabellos y las pestañas, y hasta los ojos, los sesos y las entrañas todas...... ¡ Qué quedará de mi felicidad cuando desaparezcan tus cartas !...... En fin llegamos así á los bordes del fuego : mis lágrimas se secaron para mejor ver el humo en que volarian al empireo tus divinos pensamientos...... Los ojos ávidos ansiaban por salirse de sus órbitas : estos ojos que te vieron tan amante, tan hermoso, y que solo amaban la vida y la luz porque le hacian ver y sentir tu imágen y tu alma únicas......

El no se atrevió á echarlas al fuego, le faltó el ánimo : yo no tenia valor ni para vivir, pero pidiéndole aliento al amor filial cogí las cartas y mirando á mi padre le dije : por vuestra tranquilidad, padre mio.... La mano, los ojos, el corazon y el alma los tenia convulsos y agonizantes...... En fin cayeron al fuego aquellas preciosas reliquias...... Retorciéronse al punto aquellos inocentes papeles y me imaginé arrojándote á tí á los fuegos del infierno y ver tus contorsiones y tus ayes dolorosos......

A esta imágen lanzé al fuego mi mano creyendo salvar á mi amante en sus memorias, pero en ese mismo instante cedia al fuego el lazo que apretándolas entre sí impedia el que se inflamasen, y desparramándose las cartas entre las llamas, alzaron al punto una llamarada que me abrasó la mano. ¡ Qué tenia que me quemasen la mano cartas que ya me habian carbonizado el alma ! Cuando ya no pude apagarlas me contenté con respirar el humo que arrojaban : metí la cabeza por encima de las llamas y me esforzaba en aspirar y en tragar aquel humo sagrado para mí.

Hasta lo mas profundo del cuerpo y del alma sentia penetrar el hechizo de un incienso mil veces mas fragante y delicioso que los aromas del Eden. Tan dulce así lo sentian el corazon y el alma, y el pecho sin embargo tosía y ansiaba casi sufocado. ¡ Con qué ansias abria la boca, los ojos y el alma para absorver y asimilar á mis reliquias macilentas aquel humo de nuestros amores ! ¡ Cuánto afan y cuántos horrores en un solo instante ! Respirando humo y llamas, acribillada de agonías mi alma y de ansias mi corazon, me desplomé como muerta, sin sentido y si no me detiene un abrazo de mi padre, caigo y me abrasan las llamas......

Condujéronme á mi cama ; al caer creí por lo que sentia que

perdia la vida, pero solo perdia la razon; mi culpa no estaba aun espiada, mi martirio comenzaba. Vuelta ya en mi sentido, me hallé con los cabellos, las cejas y las pestañas quemadas, la cara roja é hinchada por el calor, y los ojos inflamados y casi ciegos...... Mi mente estaba como alelada y en mis labios erraban juntos el dolor y la risa. En mi locura solo reconocia á mi padre y solo le hablaba de tí.......

Tus memorias eran el solo objeto de mi incesante delirio. Las penas mias y de mi padre se agrababan recíprocamente. ¡Cuántos tormentos nos costó á entrambos el haber quemado tus cartas! Una vez que pude reflexionar me fingí mas contenta por contentarlo á él, y el verlo ménos agitado me calmó poco á poco.

¡Ah, qué inmenso vacío dejaban en mi suerte aquellos papeles depositarios y mensajeros de tu tierna pasion! Solo lo llenaban el horror de mí misma y los remordimientos de la conciencia que sin cesar me gritaban, "¡Ingrata, ingrata!"...... Este insulto á tu memoria solo sirvió para exagerarme tus prendas y para exasperar mi dolor.

Cada nuevo dia siento que te amaba poco la víspera y que en ella era mas feliz, lo que te prueba que cada dia te amo mas y soi mas desgraciada. Como el huracan alza las olas del mar, así el torbellino del amor alza las olas del dolor, así mi martirio crece con mi idolatría y esta crece con el tiempo y con los contratiempos.

Escríbeme una carta bien fina y cariñosa, por Dios te lo ruego, y si el nombre de tu creador no basta á mi empeño, te lo ruego en nombre de tu *criatura*.

Adios, mi dulce dueño; te amo, te amo...... ¡ah, qué no sea dado á mi pobre corazon el esplicar ni su amor ni sus ansias!...... ¡Oh, crueldad de un dolor sin queja!...... Mi perenne agonía sin consuelo ni esperanza, me hace sentir aquella desesperacion estrema y aquellas ansias espantosas que yo habia imaginado ser los últimos tormentos del infierno...... A veces la mano del dolor me tuerce de tal modo el corazon que creo exhalar el alma......, pero no, el fin de mi penitencia está léjos. ¡Con qué anhelo deseamos la vuelta de los bienes ó el fin de los males! ¡Cuándo alzaré por última vez el cáliz de la amargura!...... Adios, mi infeliz compañero; en estas letras te mando el alma; siento que así como este papel te lleva las trazas de mi dolor, mis acerbas lágrimas, no te lleve tambien la traza de los tiernos besos de que lo lleno. La infeliz y fiel,

Almabella.

—※※※—

De Gullemiro á Almabella.—Ardientes ilusiones de su amor por Almabella.

Paris, Julio 5 de 1842.

Tierna amiga: tus cartas me prueban que tu alma es, no solo mas fina sino mucho mas grande que la mia. Eloisa adoraba á Abelardo porque admiraba su genio y sinembargo el espíritu de Eloisa era mas puro y mas sublime que el de Abelardo. Así tú, en las cartas en que me ofreces amante homenaje porque me crees superior, tu alma se eleva tan por encima de mi, que me prosterno y te adoro y bendigo tu error como causa de mi dicha.

En tu generosidad vas frecuentemente hasta olvidarte de ti y compadecerme á mí y esto me arranca lágrimas al traves de las cuales veo que no eres una mujer sino un ángel.

Solo al hablarme de las dudas de tu padre parece que quieres preguntarme con finura lo que pienso hacer de tu suerte, Hasta en su desesperacion es tu alma esquisita. Que todo sea grande entre nosotros tanto la fe como el dolor! Nunca seré sino tuyo porque me eres mas necesaria que el aire y que la luz. El grado de perfeccion humana se mide por el tamaño de la sensibilidad y de la razon, y como estos se miden por el tamaño de los pensamientos y de las pasiones, y no existe amor mas noble que el tuyo ni dolor mas grande que el mio, claro es, mi amiga, que es al precio de tanta pasion, que pagamos, tú, la perfeccion de tu alma, y yo, el loco empeño que pongo en elevarme hasta ti.

Y si no hai ni perfeccion relativa, si no hai mejor ni peor sino que todos somos igualmente miserables; si la virtud y el genio, y el crímen y la infamia y la estupidez solo son diferentes maneras de ser nada, en fin si tu eres igual á las demas ó si hai algo que te iguale, sábete que allá dentro, en el alma, siento la inmutable voluntud de amarte como á un ángel ó como á una mujer sin igual.

Sin esperanza ya de encontrar en la tierra la mujer que yo soñaba, deseaba casi la muerte en la vaga idea de encontrarla en el cielo; pero te ví y no pensé ya en el cielo ni en sus divinidades, en la tierra existia la diosa de las Diosas. ¡Te ví, cáliz dulce de mi mal: apuré tu néctar y tus venenos, y aun se agoniza en tus delicias mi anciosa fantasía!.......

¡Celeste Almabella: sagrado amor de mi alma: yo te adoro!..... Si vieras como, á esta voz, se hincha mi bronco labio: si vieras como palpita tierno el soberbio corazon!...... Cuando en mis éxtasis dolorosos mis ojos te ven, tal cual otro tiempo te vieron, los mil pedazos en que me has destrozado el alma se atropellan en mis ojos para proster-

narse ante tí. ¿Si vieras esto, dulce dueño, dudarias aun de mi cariño?......

Pero ¡ay! ¡Dulces ensueños, alhagos quiméricos que el deseo siente que le hace la esperanza sin que haya en realidad mas esperanza que el deseo!...... A veces creo ver, con un dolor sin igual, que el imposible te convierte en nada para mí y que hasta tu dulce sombra desaparece y me abandona. En ese instante me niegan sus consuelos la ilusion y la locura; y el hórrido mónstruo de mi suerte se me presenta desnudo y herizado de dardos y venenos. ¡Qué espantoso torbellino de agonías me agita entónces! ¡Pobre alma mia, que un soplo del infierno devora: solo se aplacan tus delirios para que arrecien tus ansias!"......

El ímpetu de mis afectos turba el órden de mis ideas y deja mi carta sin sentido; pero pues que nuestros corazones sufren la misma locura, el tuyo entenderá sin duda las locuras del mio. Ademas, doi libre curso á mis delirios, porque el delirio alivia al loco y es su solo lenguaje, y porque estoi seguro que tu alma justa, los acogerá con tierna compasion como obra de tu amabilidad, pues que lo son de mi amor. Cuando pienso en tí, como el sentimiento es la sola lei del amor, solo pienso lo que siento y solo escribo lo que pienso.

Fanático en ser justo pues que mi sola lei es la justicia, llevo el rigor hasta dar el derecho de ser los primeros que vean tus ojos hermosos á aquellos pensamientos que, mas deseosos de rendírsete, se me presentan los primeres. Por eso no hai órden en mis cartas, y el desórden de mis ideas está en el órden de las pasiones......No, mi dulce amiga, el amor no tiene reglas ni caben en un corazon esclavo, cuya sola lei á tu lado es tu capricho, y en tu ausencia es el dolor.

Vivo en una calle que llaman Valdegrace, casi fuera de la ciudad, aislado y solitario; no conozco á nadie ni nadie me conoce: ocupo mi tiempo, un poco en estudiar y el resto en llorarte. No tengo un solo amigo. Ya sé vivir solo y sufrir solo: no me intereso ya en fabricarme intimidades peligrosas. Tú sabes el triste desengaño que me dieron mis dos grandes amigos. El uno indolente y especulador me abandonó en el lecho del dolor y de la muerte, y el otro, tú sabes hasta qué punto traicionó mi confianza y sus juramentos. Ahora, la amistad, y los afectos todos, y las cosas, y los hechos y los hombres, todo, sin ecepcion, lo veo con los ojos de la desconfianza y á la luz de la esperiencia. Pero no te alarmes: cuando se trata de tí mi ecepticismo se convierte en fé ciega. Vivo en Paris tan aislado del trato humano, como el salvaje del desierto. Quién me compadeceria, quién me perdonaria mi ocioso dolor, en una tierra en que el interes y la accion son la lei suprema! Aquí se rien, y con razon, del alma débil que se abandona á llorar por

amor.—Adios Almabella, confia en mi leal y eterno amor. Dime, te ha ocurrido alguna vez que yo te habia burlado? No, sin duda que no, porque tú no me amarias creyéndome infame, y tus cartas respiran una ternura y una pasion entrañable, y tú serias incapaz de envilecerte fingiendo, por temor ó por esperanza, un amor que no tenias. Es imposible que tú seas ruin, luego es cierto que crrees en mi amor y en mi honradez. Adios, amiga amada: tu amor y tu confianza bastan para hacerme soportable el dolor de vivir sin tí; pero para ser feliz me seria necesario aspirar, suspirar y espirar en tu seno. Adios.

GULLEMIRO.

De Gullemiro á Almabella.—Secreto terrible.—Todo hombre se vende á su mala suerte.—Bolívar y sus glorias y desgracias.—Sueños de su propia gloria.

Amada amiga: en valde nos desvivimos el uno por el otro. Ya el amor no nos ofrece mas que penas. Un soplo del infierno nos separa. ¿Por qué al separarnos no separó tambien nuestro afecto y nuestras imágenes? Tu sombra está siempre conmigo; pero ya mis suspiros no reciben el consuelo de los tuyos. No me escribes: tu silencio me anonada. Yo gimo solo. Piedad al ménos, dulce amiga. Honra aun mi dolor con la fé que me juraste. ¿Temes acaso que yo te engañe? Mas fácil seria que un salvaje quisiera engañar al ídolo ante el cual se postra, que el que yo, en mi férvida ternura, dejara de ser sincero con la deidad que adoro.

Pero no, desconfia de mí, soi un pérfido. Hoi vivo sin tí y una vez violé la fé de amante noble, único amante digno de tu pecho generoso. Solo te pido compasion y no un perdon que no merezco y que yo mismo me niego.

Ni en el trance de la muerte te revelaré esta misteriosa traicion en la cual yo soi, no te espantes, el menor de los culpables. Tiembla de escarbar ese fango inmundo en el cual se esconde la miseria del corazon que tú haces grande. Grande es por fuerza el corazon que aloja tu imágen divina y que es dueño de tu divino amor. Esa imágen y ese amor huirian y me verian con desprecio, y entónces ó me mataba el dolor ó me mataba yo mismo. ¡Oh crímen: ninguna desgracia es tan espantosa como tú!.... El dolor de perderte, Almabella, es nada comparado con el dolor de esta infamia.... Si te la confieso me aborrecerás: si no te la confieso me aborreceré yo mismo. Espántame esto sobre todo:

morí ya para el mundo, y aunque muera para tí, descargo mi alma confiándote mi traicion: el resto es secreto ageno: en la eternidad conocerás mi cómplice: solo allá lo creerías, por que allá se ve la verdad tal cual es, por horrible que sea.... Dios santo.... ¿para qué hiciste esencial á mi alma el santo amor de lo puro y de lo grande, si habias de permitir que una fuerza maldita, la de la organizacion ó la del destino, me hiciera siempre esclavo de ese gusano roedor que me ulcera el alma y me taladra el corazon? Eterna vergüenza cruel, por un solo instante culpable!.... El que se envicia en el deleite es á su pesar infiel y mancilla el mas fino amor de su alma. No la amaba y sin embargo por ella me hice indigno de tí.

Tu amor ha resistido á la seduccion de otros, á las exigencias de tu familia y á mi propia ingratitud: para evitarme celos te impusiste el martirio de la piedra infernal y te fuiste al Valle, á una legua, y cuando esa pequeña distancia te estiraba y te reventaba el corazon, yo, arrastrado de una tentación de que fuiste causa, te olvidaba por otra...... pero ¿qué voi á decir? ¡silencio!.... La pluma arde á la impresion de esta idea y la tinta se seca y el papel se quema. Hai mónstruos que nunca deben ver la luz; dejémos el de mi culpa en eterna oscuridad: déjalo, él mismo te venga royendo poco á poco este débil corazon que no pudo resistirle y que se vé él mismo con horror.

A tu vuelta á Carácas conociste por mi helada tristeza que una sombra se interponia entre los dos, y sacándome de mi doloroso estupor, me decías con generosa ternura que aun me despedaza el alma. "Gullemiro, que sombra es esa que nos divide? Es sin duda la sombra de la gloria: pero, por qué quiere alejarte de mí cuando yo te conjuro á que te acerques á ella? Hai oposicion entre ella y yo? si así fuere, yo me sacrifico sin vacilar, tu gloria sobre todo, yo me gozaré en ella desde el fondo mismo de la ignominia á que ella me condene."

¡Pobre amiga mia! tu creías que era la gloria porvenir la que me agitaba. No, era la vergüenza de una culpa ya pasada. En tu error me hablabas de la Francia. Véme pues en Paris, pero no esperes jamas, el verme en la patria realizando las glorias que predecías; no esperes nada de mí, estoi completamente anonadado. El que no tiene ánimo para desear la vida, ménos lo tendrá para desear la gloria. La pasion que me inspiraste me inspiró tambien grandes pensamientos y tú creiste por eso que yo tenia una alma grande, sedienta y capaz de mucha gloria: pero tu pérdida me quema el corazon y desde la altura á que lo elevaste lo hace caer en la nada, como la candileja que quema el globo que ella misma elevó. Nunca amé la gloria: me parece una quimera casi siempre culpable y que no se alcanza sino por la intriga ó la maldad. Y en cuanto á las glorias legítimas, las del génio y de la virtud, ¿será

digno de ellas el hombre lleno de remordimientos, el ruin esclavo de las ruines pasiones? Dicen que hai almas que no se apocan nunca que tienen una dignidad y una energía que soportan sin rendirse los pesares y los dolores mas atroces, y la muerte misma. ¡ Mentira ! ¡ Imposible !

El hombre es infinitamente inferior al que lo condenó á sufrir y por tanto se le rinde. Es mui fácil el morir tranquilo y aun contento cuando la vida es indiferente ó penosa; pero cuando la vida es dulce, la muerte es por fuerza amarga. Es fácil al alma el sufrir los dolores del cuerpo; pero el alma no puede resistir á sus propios dolores, al ménos hai algunos tales por su naturaleza que ó la matan del golpe ó la enloquecen, ó la desesperan, y terminan por abatirla.

El mártir de una religion cualquiera se rie del tormento y de la muerte: pero se abate y se rinde si otra secta ha esterminado la suya ó si esta ha cambiado de religion. El héroe que muere altivo por su patria se anonada y se rinde si sabe que esa Patria ha caido en poder de otra nacion rival. Muere soberbio un valiente por su amada, pero se abate si descubre que no lo ama. Lucha y muere como un tigre un padre por sus hijos, pero se rinde al dolor y se anonada si ve que sus hijos lo desprecian ó que se han manchado con la vileza ó con la infamia.

El filántropo, pronto á sacrificarse en el altar de la verdad por rescatar la humanidad entronizando la justicia, se desespera y se abate si ve triunfante al error. La causa que, obrando en un sentido es capaz de engrandecer el alma de un hombre hasta hacerlo superior al tormento y á la muerte: la misma, obrando de otro modo, lo apoca, y lo hace inferior á todo. La razon y la moral bendicen la sensibilidad porque es natural y esencial al bien. O un hombre es insensible á todo, incapaz de pena alguna, y esta especie de mónstruo es imposible: ó es susceptible de pena y entónces alguna será superior á su altivez y lo rendirá. Así lo ha querido el Omnipotente: todo debe rendirse á la lei del dolor. Cuando Dios me separó de tí, fué para castigarme por el desden con que ví siempre al hombre que se abatia. Tan rendido estoi que nada valgo, todo me abruma, el mundo me da miedo y la gloria me causa horror.

El hombre puede preveer y dominar el rayo, pero ¿ puede acaso preveer y ménos dominar el dolor del alma ?

No hai ser sensible que no sufra, y no hai ser, que sufra que al fin no se abata. Mi imaginacion y mi alma y mi energía se agotaron ya del todo. ¡ Ah, si yo hubiese escrito algo que en medio de esta helada marchitez me retrazase el meteoro de mi terrible juventud ! Ya no puedo mas, yo me abato al fin, mi amiga ; pero no me llames por esto débil. Veamos ántes si ha existido alguno que no se haya abatido. César, superior á la muerte, piensa morir altivo y grande, pero inferior al dolor de ver en Bruto su asesino, se apoca y no se defiende mas. Hubo pues un dolor

bastante para quebrar la entereza de su alma. Bolívar, el hijo mas grande de la gloria, entregado por esta misma madre cruel á la adversidad para acrisolarlo y glorificarlo mas y mas, Bolívar, ese héroe sin igual, de mas en mas grande y desgraciado, recibió con una serenidad mas sublime que sus hazañas el parte de la traicion con que lo proscribian cuatro naciones que le debian su independencia. Pero lo amaba aun y le era fiel la tierra que lo vió nacer, aquello que llaman patria. ¿Se creia que no existía ni podia existir nada capaz de contrastar su magnánimo corazon? Pues bien, este mismo hombre que parece superior al destino, sabe que Venezuela, su patria lo proscribe tambien y calumnia sus glorias, y al punto su alma colosal se siente sin bases y se desploma y se anonada.

Aquel génio indomable que veia desde tan alto el mundo y sus miserias y que organizaba ya la pasmosa redencion del resto de la América, al saber la ingrata traicion de su Patria, alzó al Cielo un ojo ya marchito, respiró con horror el aire del mundo, apuró el dolor y exhaló su último y su primer gemido. Ese hombre que nunca se quejó, ese genio tan poco dispuesto á abatirse, que convertia sus desastres en gloria y en fortuna, como peleador que cuando le pega el contrario es cuando mejor lo agarra para destruirlo, ese, tambien encontró un dolor que lo venció. La felicidad es la sola senda de los héroes ordinarios para alcanzar una gloria comun: pero Bolívar, héroe sin semejante, para su gloria sin igual, se abrió, á fuerza de génio, ancha ruta á través del infortunio y del desastre, y brilló, alto, sublime y terrible en medio de las negruras de su suerte, como brilla el rayo de los cielos en medio de tiniebla tempestuosa. La lucha y el dolor eran tan inherentes á su destino que ya le hacian falta y casi se gozaba en ellos; impresiones ordinarias no podian dar pábulo á aquella alma extraordinaria cuyo signo era vencer siempre algo. El dolor es la moneda con que se compra la gloria y su invencible sed de gloria le hizo probar tantas amarguras que al fin se envició en ellas tanto que una dicha apasible y sin lucha habria sido para él una insípida desgracia. Pues para esa alma que se alimentaba de dolor y se engrandecia con él: para esa alma que el afan y la agonia del perenne combate en que vivió no alcanzaron á abatirlo ni á entristecerlo ni una vez, para esa tambien hubo un dolor que la rindió y que le hizo imposible la existencia. Humillarse y vivir era imposible para él. El alma fuerte que vá á llorar huye á donde nadie vea su debilidad, y Bolívar, al rendirse ante la ingratitud de su patria, se tiró á los brazos de Dios para que los hombres no viesen que al fin se habia encontrado un dolor mas grande que él.

El amor de la patria que él tanto amaba y su gloria pura y santa, le eran mas necesarios que la vila; por ellos era todo y sin ellos no era nada.

Para el alma mas poderosa hai siempre un dolor capaz de rendirla, así como para el buque mas resistente hai un escollo ó una borrasca capaz de romperlo y sumergirlo. Cuando juzgo imparcialmente las estravagancias del genero humano en todas y cada una de sus cosas, me creo forzado á deducir, que el hombre es una máquina de locuras y maldades y que el verdaderamente racional tiene que disfrazarse de loco y seguir el torbellino, ó ser víctima si se propone vivir como lo manda la razon, diciendo siempre la verdad.

Su voz y su verdad se estinguen en la estrepitosa tormenta social, como se apaga la voz del náufrago al estruendo de la misma tempestad que lo ahoga. Otros hombres habrá mejores en otros mundos mejores; pero este mundo y sus cosas y sus hombres están destinados al mal, al error y á la locura, y la mayor locura en él seria la de querer no ser loco, la de querer armonizar su vida práctica con la razon y la justicia.

¿Hai acaso un solo ejemplo de completa felicidad? ¿Ha habido un solo hombre contento de su suerte? ¿Hai una sola verdad primitiva descubierta? ¿Se conoce el cómo, el por qué, la causa primera de una sola cosa? El hombre mas sábio, el que sabe cuanto nos es posible saber, es el que sabe que ni él ni nadie vale nada. Y esos grandes sabios, esos grandes pensadores, todos llevan en el semblante la expresion de una tristeza insólita que revela que conocen su propia miseria y se rinden á ella. ¿Hai uno solo que no vaya en el mundo como á tientas, sin poder preveer nada, sin saber lo que es hoi su suerte ni lo que será despues? ¿Hai uno solo que conozca la verdad final de todo, ni las verdades estramundanas, ni las mundanas siquiera? El hombre que mas se acerca de la gran verdad que implica las otras, es el que conoce que es incapaz de ella.

La verdad, por su propia naturaleza, es tan clara y tan poderosa que nada puede contestarla, ni nadie resistirla, y como nadie absolutamente, nadie está seguro denada, es claro que hasta ahora nadie ha hallado en nada la verdad. No hai duda pues; así como el mal es anexo á la condicion del hombre, tambien lo son el error y la debilidad. Claro es que el hombre está condenado á sufrir, y por tanto á rendirse á su dolor.

¿Y puede negarse que esté destinado al mal, cuando por su propia organizacion todo se vuelve en él, deseos siempre superiores á su poder, temores mas que esperanzas, ambicion impotente, disgustos, contratiempos, pasiones locas, ilusiones, desengaños, nuevas ilusiones y engaños y desengaños y dolores, mal humor, pérdida de cosas y personas, enemistades, guerra sórdida de todos entre sí, desconfianza, sobresalto, recelo, arrepentimiento, envidia, celos, lástimas, miedo y tantas otras miserias? Todos los dias le es necesario dormir, comer, sentir y pensar, es decir,

sufrir, y satisfacer otras necesidades esenciales á su vida y que bastan á probar su miseria.

Todos los dias, y muchas veces al dia, se engañan unos á otros todos los hombres de la tierra. La perfidia, el dolo, la traicion, la impostura, la venganza, la ingratitud, el envilecimiento, los crímenes mas monstruosos, la calumnia, la alevosía, el robo bajo mil formas diferentes, la seduccion, el abuso, la violencia, el incendio, el fraude, la infamia de mil colores, el homicidio, el suicidio, la esclavitud, los tiranos, los tribunos, la explotacion de unos por otros, el crímen impune ó triunfante, la justicia vendida criminalmente &. &., tales son los bienes de la humanidad.

¿ Qué hacer ? La vida de nómade es brutal y salvaje : la de la sociedad es bárbara y tambien salvaje. ¿ Qué hacer ? Paciencia !....

Todos esos horrores forman el cuadro de la vida humana que completan los dolores, las enfermedades y la muerte. La fuerza de alma, el amor á la humanidad y la piedad del que sufre, son virtudes que solo unos pocos tienen y estos son los que sirven para el bien : la mayor parte tienen las cualidades contrarias y sirven para el mal : y otros, muchos, no tienen ni las unas ni las otras cualidades, y estos son los que no sirven para nada.

El creador, que por designios insondables, ha circundado al hombre de tantas miserias, es por que ha querido que sufra y por supuesto ha querido tambien que se rinda á su dolor y á su miseria. Me consuela el pensar que la pasion que me rinde no es una pasion comun. Ah, si yo pudiera trazar sobre el papel nuestra pasion y nuestras almas ; el papel daria tal vez su inmortalidad á esa pasion y yo podria decirte en los tiempos mas remotos : Almabella, te amo como nadie amó jamas.

Un dolor que nadie conduele es un dolor que asombra.

Hacen 1.800 años que el mundo riega con lágrimas el dolor de Abelardo y de Eloisa. El que se queja no busca los consuelos del quejido sino los de la compasion. Diez y ocho siglos han oido y consolado los lamentos de Eloisa. Qué dulce seria á mi dolor, aun mas allá de esta vida, el saber que álguien nos condolia. Pero debemos renunciar hasta á este triste consuelo : si escribo para unir nuestros nombres tras la muerte, ese escrito me matará, y no se unirán ántes vuestras vidas.

Como todo el mundo carga un dolor en el corazon, el trato humano es casi un contínuo cambio de quejas y de consuelos. En las grandes poblaciones, las grandes necesidades y el peligro de la propia miseria extinguen la humana compasion. Al ver á tanto infeliz sufrir y morir sin quejarse, se diria que allí todos son Sócrates y Epictetos. Mueren así, no por que tengan una alma sublime, sino por que nada esperan de nadie.

El abandono y el anonadamiento asombran al alma pensadora. Si yo escribiera mis pensamientos, hombres de otros tiempos salvarian del olvido nuestros amores, aunque muriesen nuestros cuerpos: como buques amigos, que salvan la riqueza de otro y dejan que se hunda el casco. Si escribiera alcanzaría tal vez el perdon de mi extravío. Probando tu grandeza no me verian tan miserable.

El grito de mi dolor escrito seria como el cañonazo con que el buque que naufraga implora socorro para salvar su preciosa carga. Siento que mi alma va pronto á hundirse en el piélago de la eternidad y quisiera, con un escrito, dar ese grito de amparo, en la esperanza de que otros hombres y otros tiempos salvasen del olvido su carga preciosa, que son tu alma divina y tus amores. Aunque no he saboreado nunca la gloria y sí estérilmente sus ansias: aunque no cuento con amigos, ni con favor, por que á nadie he querido engañar, si hombres de otros tiempos regasen con lágrimas nuestros nombres juntos y nuestro amor y desventura, créelo, mi amiga, mi alma sentiría una dulce conmocion, aunque estuviese gozando de la presencia de Dios.

Pero, ai, yo no sé escribir y pondría en ridículo el sentimiento mismo que queria embellecer y eternizar...... No puedo, no quiero y no debo escribir. Yo moriré como un corruptor vulgar y cobarde que huye de su víctima y de sus nobles vengadores. Por todo epitafio me pondrá el desprecio público: "yace aquí un aleve fingidor." Tierra estraña sepultará mi cuerpo..... Estranjero gusano devorará mis restos.... En vez de la bendicion paterna y de tu dulce voz, oiré, tal vez, en mi agonía, una misteriosa maldicion, y la voz de algun espectro....

¡ Patria, como te adora el buen corazon que te pierde! Preferiria morir en tus desiertos, sin amparo y sin consuelo: que tus tigres y tus aves carniceras devorasen mis despojos: que mis huesos quedasen abandonados para siempre en la soledad, sin que mano amiga les diese otro albergue mejor. Allí, rodando mis huesos á la intemperie sobre el seno de la Patria amiga, vendría á rozarlos, con placer, el aliento de los que me amaron, mezclado con mil bálsamos, y mas fragante que ellos.

La muerte no me espanta: espántame sí, el perder tu amor y el perder mi nombre. En un momento creí perder en absoluto la esperanza de salvar ese amor y ese nombre, y cogiendo mis pistolas, es decir, teniendo á la muerte entre mis manos, me sentí superior á mi desgracia. Agradecido á aquel consuelo, alhagué á la muerte, y poniéndola en donde estaba, le dije, en mi patria veré si acepto: hasta entónces......

Existe, pues, una cita entre la muerte y yo. Tal vez ella no espere tanto. Mi salud y mi resignacion se agotan. Mi patria, mi padre y tú, son mi aire, mi pan y mi agua, y de todos estoi privado.... La distancia y el imposible que nos divide, me reducen á tan infinita angustia que me creeria feliz muriendo sobre un peñazco de nuestras costas.

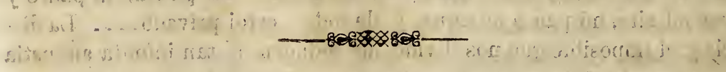
Tanto he padecido que me siento incapaz de ser feliz, como preso que no vuelve á su libertad sino cuando está paralítico. Ni el sol de la Patria, ni la luz de tus ojos, podrian ya, tal vez, reanimar mi espíritu agotado.

Pero ya no me escribes ¿ por qué ? ¿ por inconstancia ?.... no, no es posible. Sin duda no has podido resistir una ausencia tan larga y el dolor te rinde y te quita la fuerza de amar ó al ménos la de escribir, ó tal vez, acabado ya tu amor, te son insoportables las desgracias que ese amor te causa, y hoi maldices al que adoraste ayer. ¡ Si vieras como se dobla mi frente ante esa terrible imágen ! ¡ Por aquella prenda de nuestro amor, emblema de pena y de consuelo, escríbeme dos letras aunque sea...... ¡ Por piedad ! escríbeme...... aquel soberbio Gullemiro, humilde hoi, te lo ruega.

Divide tus penas conmigo, te vienen de mí, tengo derecho á ellas.. ¿ Qué, no me conociste acaso ? ¿ Olvidas lo que soi ? ¿ Temes mudanza en mí, ó ya tú no eres la misma ? ¿ Temes lastimarme con tus quejas ? No, dueño mio, tus quejas probarian tu cariño, y tu silencio solo probaria indiferencia.... Solo una constancia hasta la muerte podria distinguirnos de los amantes veleidosos. Cuando desespero de recibir carta tuya, recuerdo nuestros votos de amarnos hasta la muerte. Creí tu corazon superior al de las otras, y por eso creí tu fé de diamante y te amé mas que á ellas...... Mi desengaño es tan humillante como mi ilusion fué lisonjera.

Apénas te dirijo estas injustas quejas, cuando me represento tu imágen llorosa que me dice con voz de amor : " ¡ es posible, es posible, Gullemiro !".... Cojo al punto tu retrato y llenándolo de mi llanto y de mis besos, esclamo arrebatado : ¡ mujer divina, milagro de tu sexo, perdona mi injusticia, el dolor me enloquece ! La amargura de mi lamento prueba solo el punto de mi pasion. Al decir esto te imagino risueña ya y feliz y diciéndome : " ¡ Gracias, Gullemiro ! " ¡ Qué tranquilo quedo cuando pienso verte y sobre todo cuando creo verte amorosa ! El poder de la imaginacion solo lo conocen los desgraciados. Es sin duda la mas poderosa facultad del entendimiento ; por eso la destinó el cielo al consuelo del afligido. Adios, amiga querida, escríbeme, sácame de angustias. ¿ Querrás acaso romper el vínculo que nos une ? Si olvidas tus juramentos no olvides al ménos á la prenda de nuestro amor que identificándonos á los dos en uno, nos unió para siempre.

GULLEMIRO.



DE ALMAB LLA A GULLEMIRO.

CUADRO TRISTE DE UNA AMANTE ABANDONADA.—SU SEDUCTOR LA PRIVÓ HASTA DE LA ESPERANZA DE UN DIOS Y DE OTRA VIDA.

¡ Ai, mi buen amigo ! escusa el que mi primer pensamiento, sea un ai ; la tristeza lo dicta y es natural que su espresion sea una queja : mi pena es infinita y mi esperanza ninguna.........¡ Dios, que me condenas á tantas angustias, acuérdame algun consuelo ! Suele venir junto con los males algun bien que nos alienta. Auméntase la salud, la fortuna ó el amor de las personas mas caras al corazon. Pero en mi desgracia, todo me abandona, todo me es contrario.

Suponme tú, hombre sensible, aunque condenado por tu propio tormento á atormentarme; suponme digo, en un destierro, despreciada de la sociedad, de mi familia y de mí misma : sin mi padre y sin mi honor y sin el fruto adorado de mi crímen, y todo esto por qué, fascinada por tus lágrimas, por tus juramentos y sobre todo por mi loco amor, te hice depositario de mi honra y de mi suerte. Imagina á una alma fina viendo á su hija manchada ántes de saber lo que es honra. Imagíname atada al centro de ese cuadro desastroso, y perdona si en algun rapto de desesperacion he esclamado : "¿ esa es tu fé de amante y de hombre honrado, Gullemiro ? ¡ Ah, tú me desprecias : me engañaste como un aleve ! Escucha, hombre fatal : el seductor es el mas ruin de los malva dos : abusaste del genio que Dios te dió : me cegaste con tu palabra. Sí, tú calculaste mi perdicion y me echaste en el alma, con tus labios, el licor de la locura."

Mi corazon se revela contra mi razon que te acusa, y esta misma se estremece al calificarte así : pero sé tú mismo tu juez. Recuerda la apacible inocencia en que me encontraste : recuerda tus pensamientos llenos de esa aroma y de ese nectar que hacen dulce el delirio, de esos venenos del alma que la ciegan y la enloquecen. Recuerda que no existe un solo bien que no hubieras podido hacerme, ni un solo mal que no me hayas hecho. Piensa en lo que fuí y en lo que queda de mí. La belleza es el menor de los bienes que he perdido. Ese talento, esa palabra irresistible, no te la diste tú, te la dió el supremo espíritu del bien y tú lo has puesto al servicio del espíritu del mal......Ante mi razon eres un mónstruo y ante mi corazon un Dios......

En mi desolacion podia quedarme la consoladora esperanza de la eterna felicidad : pero tú, no contento con ennegrecer todo el horizonte de mi vida ennegreciste tambien el de todas mis esperanzas. Mi alma siente siempre en sí el despecho ó el rubor, y casi se siente ella misma con horror : ve el cielo con terror y la tierra con bochorno. Pareceria

imposible que fuese mas allá la desgracia. Sinembargo la mia va infinitamente mas léjos: porque hasta allá va la crueldad del que la causa. ¿Dudas, niegas, te asombras? Nó, aprende á apreciar tus propias obras. Cuando las almas grandes hacen el bien, es un bien que pazma: y cuando hacen el mal, es un mal que asombra.

El remordimiento marca la reaccion de la virtud, viva aun, contra el vicio: como el dolor marca la reaccion de la vida contra la muerte. El dolor no cesa sino cuando cesa la vida y el remordimiento no cesa sino cuando, muerta ya la virtud, se pierde la gracia de Dios. Cuando la virtud peca el dolor la purifica y alcanza su espiacion, pues que poco á poco vuelve la paz al alma. El alma que se acusa y se condena ella misma al dolor, conserva aun su virtud.

La mala organizacion social, que falseando la justicia establece el imperio de las pasiones: que persiguiendo la razon entroniza las preocupaciones y que ahogando la verdad y la piedad enaltece la ficcion y el egoismo: esto es lo que frecuentemente arrastra al hombre á las culpas que aborrece. Las necesidades, las pasiones y la ignorancia son naturales, y por tanto, tambien lo son la liviandad y la culpa: pero el Omnipotente que puso al alma tan en peligro de ensuciarse, le dió el remordimiento para lavarse y salvar sus eternas esperanzas.

A nadie, ni á los mónstruos tal vez, priva Dios de este último consuelo. Y yo, que siento la inocencia en el alma, parezco sinembargo condenada al infinito dolor, al absoluto desconsuelo, porque tú, mi adorado verdugo, robaste tambien á mi alma esas divinas esperanzas. Despues que te ví desapareció para mí toda belleza: las flores mas preciosas, las estrellas, los arreboles, todo me parece feo: y despues que tus pensamientos encantaron y enfermaron mi alma, todas sus ilusiones y todas sus esperanzas huyeron de ella, que quedó víctima desamparada de la magia de su tirano. Para mi despedazado corazon la dicha mundana es ya imposible: ni la pido, ni la quiero. Pero la esperanza santa de ver á mi Dios, ¿por qué me la envolviste en confusion? Porqué me arrancaste la fé del alma y pusiste en su lugar la duda impía?

Otro me habria dejado en Dios un recurso contra él; pero tú, cruel sin igual, me convertiste esta vida en un infierno, y la otra en una quimera. Las intimidades de mi alma, y lo que la circunda, ilusiones y esperanzas, esta y la otra vida, todo murió á tu mano, todo se convirtió en espanto. Por piedad, vuélveme, si no tu amor y mi dicha, al ménos la esperanza de otra vida mejor......

Para maravillarme, ostentando á mis ojos la facilidad con que penetrabas el arcano de las cosas, desnudaste ante mí, sin compasion, el inmundo esqueleto del destino... ¡Qué grande capacidad tiene el alma para alojar fantasmas, y qué gran poder la imaginacion para aumentar su asombro! Con sutil astucia me probaste la verdad de ideas cuyas

consecuencias son terribles...... Y dejaste que las sacase yo misma para que así se identificasen mas á mí y me hicieran mayor estrago. He aquí, la fatal consecuencia. El mal existe, luego no hai Dios.

Cualquiera que sea la apariencia, y lo que se diga y lo que se haga, la duda está en el fondo del alma. Es imposible que un error infunda una fé segura. Todos los hombres, hasta los mas fanáticos, entresienten el error que profesan y entreveen la verdad natural. Hai dos hombres: uno es el hombre aparente, de la sociedad, de la falsa enseñanza: otro es el hombre de la naturaleza, el de la razon, del buen sentido. Este último es el hombre de Dios, el de la verdad, y es á este al que invoco como juez de mi querella.—El mal existe, luego existe ó por la voluntad de Dios ó contra su voluntad. Todo, absolutamente todo, es hechura de Dios, luego lo es tambien el mal.

Si Dios ha querido y mandado el mal Dios no es bueno, y siendo imposible un Dios malo, claro es que ese que quiere el mal no es Dios. Y si el mal existe contra la voluntad de Dios, claro es que ese Dios no es todopoderoso, y siendo imposible un Dios impotente, es evidente que en este segundo caso tampoco hai Dios. El mal existe, este es un hecho: si existe es ó porque Dios lo quiso ó contra el querer de Dios: este es tambien un hecho. No hai otra suposicion concebible, este es un hecho: y en ambas la existencia de Dios es imposible. ¿Si él manda el mal, dónde está su bondad; y si otro lo manda á su pesar, dónde está su Omnipotencia? Tan imposible es un Dios malo, como un Dios inferior á otro poder.

He ahí, tu obra, la confusion de mi alma. Llevaste mi mal al infinito, y de ese mismo mal dedujiste que no era sino un sueño aquella suprema esperanza que debia serme hoi tan dulce en mi culpable desolacion...... Vuélveme, bárbaro, no ya mi dicha, mi inocencia y mi gloria que me robaste y que te regalo, tal vez con orgullo: vuélveme sí mi Dios y mi esperanza. Que el aroma de las flores de tu genio que, envolviéndome el alma en densa nube de hechizo, me robó mi honra y mi Dios, vuélva hoi á penetrar en esa alma que perdió y abandonó, y que, con su mágico poder haga que reaparezca mi Dios en ella, aunque todo lo demas se pierda. Todo me lo quitaste y me dejaste el alma en la absoluta soledad. Las flores que echaste en esa soledad sin Dios, se volvieron espinas, tus néctares se volvieron venenos, y tus perfumes inmunda fetidez.

El dolor me mata, mi hora se acerca, yo lo siento. Un último favor á quien no te reservó ninguno. Vuélveme mi Dios y te perdono la honra y la dicha que me quitaste: vuélvemelo por justicia y por piedad: vuélvemelo, ó, aunque te adore, te maldigo.......... Perdóname, no sé de mí, ni sé si te he ofendido. Sé, esta vez, como siempre, generoso. No creas que abuso de tu alma noble: mi pena es inaudita; trabajo me cuesta disimular su violencia y su negrura.

Como ansío por recibir carta tuya: tu silencio me anonada. Un corazon como el tuyo en silencio! No hai medio. O ya tu no existes ó ya no existe tu amor. En la alternativa de mentir ó de dar el último golpe á tu amante desvalida, prefieres el silencio. Pero yo preví eso, te acuerdas? Exijí, y convinimos, bajo sagrado juramento de amor, que seria llamado vil, el de los dos que, dejando de amar al otro, le fingiera un solo instante una pasion que no tenia. Cuando uno de los dos deje de amar, un solo instante de silencio es una infamia, un insulto para el otro.... Prefiero el tormento del desengaño á verme insultada y sobre todo á verte indigno y vil. Tengo el alma bastante grande para soportar el desden del objeto amado; pero no para verlo indigno de mi amor. La ausencia, la desgracia y aun tu mismo desamor, podrán matarme, pero no me humillan ni se oponen á mi amor; pero tu deslealtad, tu envilecimiento, me desespera por que me envilece el amarte envilecido, y me es imposible el dejar de amarte.

El horror de la muerte es nada en comparacion del horror de la vida: este es el sentimiento mas espantoso que quepa en nuestra miseria, y este es el que me hace presentir tu silencio. Sufrir por un hombre digno, es hasta grato. Mis sacrificios pasados y mis lágrimas de hoi hacen mi orgullo por que te veo grande, sublime, pero si te viera ruin, cobarde, entónces bajaré mi altiva frente, toda impresion me causará bochorno, y hasta mis pálidos huesos, en remotos tiempos, se enrrogecerán al tocarlos el aire, en signo de su venganza...... ¡ Atrás sombras calumniadoras de mi amado! Pronto una carta suya desmentirá este delirio.... Pero ai! no solo no me hablas sino que eres sordo á mi voz.... Tu silencio me grita tu muerte ó mi vergüenza!...... ¿ Qué preferir? Que vivas aunque yo tenga que morir de bochorno.... Si me dices que no me amas, como el amor y el desamor no se mandan, no serás ni culpable, ni vil, y yo podré amarte siempre y conservar mi orgullo. No te exigí que me amaras siempre, sino que no me engañases nunca, que no burlases con la ficcion á la mujer que te fué tan fina.... La confesion de tu desamor seria tan noble como la declaracion de tu amor fué tierna...... Escríbeme, y háblame sobre el adelantamiento en esas antiguas naciones, y sobre la gracia de sus mujeres. Háblame de la borrasca que sufríste cuando te fuíste huyéndome, y sobre todo háblame sobre Dios...... Si es verdad que vales mas que los otros, pruébalo, ahora, no con declamaciones, sino con razones convictivas......

Paso sin embargo, por mui convencida. Espongo las razones que tengo en pro y no las en contra. Me mandan algunos para que los convenza y salen satisfechos. Y miéntras tanto, yo, en este mundo solo veo el dolor y la duda, y en el otro solo entreveo la nada. Perder el mundo es nada: pero perder á Dios es espantoso. La eternidad y Dios

han salido de mi alma y han dejado un vacío tan grande como ella y como él. No existen palabras para pintar mi desolacion y mi asombro. Pero tú, que tuviste el talento necesario para reducirme á este estado, ténlo ahora siquiera para entender mi desesperacion. Si tuviste el poder de sacar á Dios de mi pecho, ténlo ahora para volvérmelo. Vuélveme mi Dios ó me habrás convertido en un mónstruo, como es todo el que duda de Dios, y como los mónstruos ateos no aman ni bendicen nada, no podré ofrecerte sino odio y maldicion.......

Las vidas, decias, son como los instantes, que el que pasa no vuelve: otro instante vendrá, pero el mismo jamas.—La vida no es sino el sentimiento, y sentimiento que pasa no vuelve: para que la vida fuera mas allá del sentimiento, era preciso que fuera mas allá de ella misma. Los instantes y las vidas van igualmente á perderse en lo infinito de la nada. Otros hallarán vida en nuestra muerte: nacerán de nuestros despojos ó se alimentarán con ellos; pero el sentimiento de nosotros mismos, el ser de hoi, muere. En el morir y en el no nacer se confunden el ser y el no ser. Cada sensacion pasa y perece y como es esencial á la vida el pasar de una sensacion á otra, claro es que nuestra vida se alimenta de nuestra propia muerte. La vida es inconcebible quedando siempre en la misma sensacion. La vida de la naturaleza, de que la nuestra solo es tal vez una sensacion, se conserva, miéntras las vidas individuales, sus sensaciones, perecen y se extinguen. Una vez separados, por la descomposicion de la muerte, ¿cuándo volverán jamas á encontrarse dos átomos de mi ser? Y si la causa del sentimiento, del pensamiento y de la vida es la organizacion, una vez deshecha, disuelta esta ¿cómo es posible la eternidad de ese mismo sentimiento, de esa misma vida?

No hai mas que organizacion, máquina, y propiedad de la máquina. Yo siento que mi cerebro es el que piensa, y que la fatiga lo rinde. El dolor de cabeza impide el libre pensamiento. La congestion cerebral, una compresion cualquiera, un alimento ó bebida irritante, una pasion violenta, una tristeza, la sangría, un veneno, un miasma, las alteraciones todas de la sangre, la locura, las enfermedades, la embriaguez, todo esto, que no obra sino en el cerebro trastorna el pensamiento: luego este no es sino una funcion del cerebro. A esto responden. Se ven cerebros intactos en gentes que han muerto delirando, luego, el que delira, el que piensa, no es el cerebro, luego lo que piensa es el alma. A esto responde la lógica. Si el alma es la que delira el alma se enferma, y por supuesto el alma es mortal. He aquí su lógica. El pensamiento está delirando: nada se encuentra en el cerebro que esplique ese delirio, luego no es el cerebro el que piensa.—Pero si no es el cerebro el que piensa será un espíritu, independiente de la organizacion. Si ese espíritu es el que piensa y el que delira, deben probarse las lesiones de ese espíritu. ¿Y

cómo ver, cómo probar, las lesiones de un espíritu, invisible, inmaterial? Cómo llegan á ese espíritu inmaterial las causas materiales de las enfermedades? ¿Cómo ese espíritu puede enfermarse y al mismo tiempo ser inmortal? Luego, sin término medio: si el alma es la que delira y la que piensa, es el alma la que se enferma y es mortal: y si el cerebro es el que piensa y el que delira, tambien el cerebro y el pensamiento son mortales. Dicen, los de esa sublime lógica, que hai en nosotros una chispa de Dios, que no puede morir, y al establecer, como prueba de esto, que el cerebro, pues que está intacto no es el que delira, que el que delira y está enfermo es el espíritu, la chispa divina, al establecer esto, digo, establecen que hasta el mismo Dios, compuesto de esas chispas, es mortal...... ¡Oh, demencias del miedo y de la vanidad...... Perdona, Dios mio, al hombre mísero y ciego que que te hace, mortal, impotente y malo.—Para mí, es evidente: ó no hai Dios sino materia necesaria, organizacion accidental y propiedades de organizacion, en cuyo caso todo muere en absoluto y nadie es responsable: ó hai un Dios, y entónces, de esencial necesidad, este sainete, esta tragedia, que llaman la vida, tendrá un desenlace que esté en armonía con su omnipotencia y bondad.

Hai dos resignaciones, una pacífica y otra desesperada. Esta última es el martirio natural del que duda hasta del mismo Dios.—En tu incensata soberbia sacaste de mi alma á Dios para llenarla tú solo, y ahora abandonas á esa alma loca, que no sintió que estaba sin su Dios sino cuando tú le faltaste!......

Por supuesto, sin mi Dios, sin mi padre, sin mi honor, y sin mi hija, al abandonarme tú se disputan mi alma, las ansias, el afan, y la agonía. A gritos te pido mis creencias felices, y solo me responde el silencio del desprecio........No es un crímen el desamor, éslo sí la impiedad. Escríbeme ó mátame. Si no tengo ya los derechos de amada, tengo los de amante, los de infeliz........El que tú me veas sin compacion me causa un dolor tal que el llamarlo infinito y espantoso es ponerlo mui pequeño. La frialdad de tus últimas cartas presagiaba tu silencio y mi abandono.

Cuando á pesar de saber que te ciegan los celos, cuando en mi fina lealtad arriesgo tu confianza y mi destino, revelándote la traicion de tu amigo, me respondes llamándolo tu rival y me dejas entender que no te ofenderás si yo hallo mi felicidad en él. ¿Lo acusaria de traidor ante tí si hubiera encontrado en él mi dicha? ¿Así insulta á su víctima tu alma noble? Si no creyera ver en esto las mañas de tus celos, lo que te escusa y me consuela, yo te haria ver como rehabilita su dignidad la infeliz que siempre se hizo una gloria de su propia estimacion. Si te sacrifiqué esa gloria fué porque te creí tan grande que no despreciarias nunca á la que, por probarte su absoluta esclusion, se hizo des-

preciable á los ojos de los otros.........Te sacrifiqué el aprecio universal, y si por esto me despreciáras tú tambien moriria al punto de dolor ó al punto dejaria de amarte......¿Qué nombre darte, si tú escarneces la mancha que tú mismo me echaste encima? Miéntras tú seas digno y me consueles no habrá ningun dolor bastante grande para que me rinda el alma......

Al imaginarte indiferente se me hiela el corazon, y al imaginarte enamorado de otra siento en el alma el infierno.......En Paris, donde la mujer ama mas al talento que á la belleza, ¿cuál será la que te oiga y no te ame?........En este instante tal vez una rival amada, hará de mis locas ternuras un objeto de alegre risa, y los trofeos que un tiempo hicieron tu gloria, serán hoi la befa de tu feliz favorita....." Cualquiera que tú seas, criatura que tanto envidio, tú, que amas al hombre que yo adoro, no te burles de mis quejas, no te rias de mi llanto.......Reflexiona, piensa en tu propia suerte; ese hombre es temible, se hace amar de tal modo que no es posible olvidarlo......Hoi tal vez me mira con desden, miéntras que yo lo miro con ansias enamoradas. El me echó en el alma un tósigo incurable: te lo echará á tí tambien; que la ilusion no te ciegue!....Yo tambien lo tuve en mis brazos: yo oí de su boca las mas dulces palabras, los mas santos juramentos, y gocé sus mas tiernas caricias. Fuí sin duda mas feliz que tú: pagó mi pasion, me amó con delirio....Hoi te ama ménos que lo que á mí me amó: y mañana te desdeñará mas que lo que hoi me desdeña á mí.....¡Infeliz de tí si llegas á penetrar en su alma y á amarlo como merece! ¡Si tal te sucede, ve en mí la suerte que te espera!......."

No puedo escribir mas, la pesadumbre me abruma. Dios mio: si mi mal es tu obra, dame un consuelo: y si no es obra tuya, no te ofendan mis locuras. Mi orgullo está en que ninguna mujer haya jamas amado tanto á un hombre como yo te amo. He leido las historias de los mas tiernos amores, temblando de encontrar otra pasion como la mia. Ninguno de esos amores, habria sobrevivido al desprecio como lo ha hecho el mio. Ninguna mujer ha adorado, como yo, al amante que la abandona y se hace su verdugo......Ninguna, previendo el remordimiento y la desesperacion de su verdugo en esa hora suprema en que se ven tan claro el crímen y el castigo, ninguna, previendo esto, ha dicho como yo te digo. Gullemiro te amo, te creo inocente, te perdono el mal que me hiciste; muere en paz, rogaré siempre á Dios por tí.

Mas tarde verás esas glorias, por las cuales me abandonas, como efímeras miserias.... Si la muerte te sorprende, mírame siempre á tu lado, yo no te abandono: allí estará mi alma. Y si la tuya entiende á su compañera, la oirá que le dice, Gullemiro: muere tranquilo. Dios, al juzgarte, no puede ménos que oir las plegarias de tu víctima, y estas no

piden castigo sino misericordia para tí......" Solo de un modo puedo influir en Dios contra tí, y es si él se ofende porque yo te adoro.

Una noche, en medio de tierno coloquio, la campana de las Carmelitas, me causó una sensacion tan estraña que me pareció un presagio. Te hablé de la gloria, y las sombras de tu semblante me revelaron que habia opocision entre tu gloria y nuestro amor. Preferí tu gloria á mi dicha y te exité siempre á ella, porque solo tu grandeza podia escusar mi debilidad. Yo te predecia lo que creia que tú presentias. Pero nada has hecho hasta ahora, que te haga ver tan grande como yo te creo. Alzate, elévate, haz ver al mundo que el que me arrancó del deber y voló conmigo por las regiones del delirio, es el Aguila del genio. Has ver que, por mucho espíritu que yo tenga, soi tan culpable, por no haberte resistido, como es la mísera tórtola al rendirse al Aguila que la arrebata hasta el cielo. Alzate, Gullemiro; abandóname si quieres: pero álzate sobre todo: que si en ello está mi afrenta tambien está mi gloria. Despues de mi debilidad, conocida mi inlavable mancha, ya no puede rehabilitarme tu mano: solo puede hacerlo tu grandeza.

Te sacrifiqué el mundo, y no me pesa, nada me hace falta de él. Sufro mucho, es verdad; ¿ pero podría gozar tanta dicha á ménos precio! ¿ Convendría hoi en no ser desgraciada al precio de no haber sido feliz?.... Me forjo ilusiones para consolarme pero hai dos ideas que me aterran: la de no verte mas y la de que ya no me amas. Tu silencio me anuncia una y otra cosa, y echa un no sé qué de infernal en el afan de mi agonía...... Desatentada vuelvo y revuelvo tus cartas, buscando en lo que está en blanco algo que no hubiera leido, y en blanco quedan el papel y mi esperanza...... Busco entónces en lo escrito algo grato que hubiera olvidado y solo encuentro lo que sé de memoria...... Apelo á tu retrato y le hago y le digo mil ternuras esperando una sonrisa ó una palabra de amor.... y nada: á mi desesperacion solo responde el silencio de la muerte.

Pero si no he de vivir contigo quiero vivir con el dolor que tú me causas. Viene de tí: es lo único que de tí me queda, no puedo vivir sin él. Un dolor sin embargo me es insoportable y es el de la suerte de nuestra hija...... Hija adorada, perdona á los que dándote la vida te hicieron mas mal que el que hoi te harian si te diesen la muerte...... Te enseñaré á amar y á admirar á Gullemiro: te enseñaré á pronunciar ese caro nombre. ¡ Qué dulce me parecerá en tus labios!.... Te enseñaré á amar á Dios y á la virtud, y si no puedo ofrecerte en mí misma un ejemplo, te serviré al ménos de escarmiento......

Escríbeme Gullemiro, no me mates de dolor: la que te tuvo tantas veces á sus pies, la que enjugó tus lágrimas, la que se sacrificó por tí, la que te dió cuanto tenia, la misma, hoi, infeliz, te pide amparo...... De tanto anhelar por carta tuya, me imagino á veces y aun me siento

ya leyéndola y entónces huye la luz de mis ojos y de mi mente la razon y una ilusion completa da treguas á mi agonía para hacerla mas asombrosa despues Al volver en mí, me repito, abandonada, abandonada!...... Quisiera huir del mundo entrando en un convento, pero solo puedo pensar en tí, no soi capaz de arrepentimiento, ni de olvido, ni de contriccion. Quisiera huirme á mí misma, muriéndome, pero Dios manda que mi dolor se prolongue aun. Quisiera, siquiera ver á mi hija, pero, para colmo de mi desesperacion, ni la conozco. Quisiera aborrecerte y no puedo sino adorarte...... Adios, caro amante; este adios será tal vez el último: no puedo sobrevivir á tu silencio...... Esa cruz que te pinto aquí, llena de lágrimas, es el emblema de mi pasion dolorosa, y santa. Te lleva mi dolor y mis tiernos besos: si aun me amas aplica tus labios á esa cruz; ahí estuvieron los mios y ahí estará mi amor...... pero, si no me amas, respeta ese signo de mi suerte: no profanes con pérfido labio esa huella de mi tierno frenesí...... No pagues con un sarcasmo esta fina espresion de mis ansias............... Si no me amas quema esta carta y esta cruz que van llenas de lo que tiene de mas santo la humana idolatría......

ALMABELLA.

—⊠⊠⊠—

DE GULLEMIRO A ALMABELLA.

EXISTENCIA DE DIOS.

Amiga mia: tu última carta me ha hecho sentir una mezcla mágica de piedad y de admiracion que hace eterna la pasion con que te amo. Tú me acusas y yo no me defiendo: dejo mi defensa á mi propio acusador. Tu razon me da el tósigo y tu corazon el bálsamo. Me haces el cuadro de los dolores que te he causado y agregas que te robé hasta tu fé en Dios y en otra vida feliz.

Creerás tal vez que queria arrastrarte á mi triste ecepticismo. No, el ecepticismo conduce á la mancion del asombro, y si mi espíritu sediento de verdad se lanzó en ella, por su propio pavor debió juzgar que tu alma no podria resistir lo que allí se ve. Perdona, generosa amiga, el mal que te hizo mi manía de razonar. ¡ Ojalá me fuera tan fácil alcanzar mi propio perdon, como me es fácil alcanzar el tuyo....

Pero tú exajeras tu mala suerte. Das por hecho que tu pena es irremediable en esta vida, y en cuanto á la otra, sacas de mis principios consecuencias terribles que á mí nunca me ocurrieron. Tu inexorable lógica me pasó, por un instante, de la duda á una terrible conviccion....... ¡ La mas tímida beldad formulando la sentencia mas horrenda!......... ¡ No hai Dios! La que yo saqué de una seguridad me arrastra á la se-

guridad contraria!...... La que yo hize dudar de la inmortalidad del hombre, me hace dudar hasta de la existencia de Dios......

Almabella, solo la afanosa locura en que vive tu alto genio pudo llevarte hasta ese abismo...... ¡ Cómo no se quemó el papel al escribir tal cosa ! ¡ Cómo no te moriste al pensarla!—Miéntras tu argumento me hizo dudar de Dios : mi alma, helada por el supremo asombro, veia iguales al crímen y á la virtud : la creacion toda no le parecia sino falsas sombras, y tú misma, divina muger, dejaste de ser bella á mis ojos y no fuiste sino una sombra......

Jamas he hecho un esfuerzo igual al que me fué necesario para destruir tu argumento. Hundíme en ese abismo llevando tu amor como gage de inspiracion. Primero no vi sino espantos y tinieblas ; pero yendo audaz hasta el fondo, volvió poco á poco la luz, y al fin, entre millones de soles, ví al supremo é infinito ser, al Dios que tú me habias pedido.

Al punto mi alma que se sentia huérfana y muerta en medio de la creacion toda muerta, se sintió inundada de luz y de aromas y de néctares y armonías. Ella misma y la naturaleza entera le aparecieron como un vivo arrebol, y en medio de ese inefable encantamiento aparecíste tú prosteranada ante Dios, y mas preciosa que todos aquellos primores.

Tal vez las razones que voi á presentarte han sido ya empleadas por otros. Hasta ahora no he leido ni oido sino argumentos de autoridad. Dios existe por lo que dice Ignacio, ó Pedro ó Agustin, &. Si lo dijeron en este mundo, no eran sino hombres como nosotros, no eran autoridad infalible : y si lo dijeron desde el otro mundo; quién trajo su dicho ? Para que esas autoridades sean legítimas es necesario que esté ántes probado que Dios existe y que ellos son sus favoritos. La prueba de Dios debe preceder á la de ellos.

Otros dicen : el universo existe, luego Dios existe. Aquí falta una premisa. Se siente que falta ese análisis esplicativo, esa razon, esa luz definitiva que penetra el alma y la convence. Sin la idea de la existencia del universo es imposible probar la existencia de Dios, pues que es imposible probar ni aun siquiera sospechar la existencia de un ser que no se ve, sino por las trazas que haya dejado. Pero esa premisa sola no basta, en rigor lógico, para dar evidencia á la conclusion.

Una vez, uno de esos que no tratan de convencer sino de vencer con sofismas, me dijo : " El Universo existe, luego Dios existe : pruebe U. la falsedad de esto ó dese por convencido." Yo lo ví con calma y le respondí. " U. existe, lugo no hai Dios, pruebe la inexactitud de esto ó si no dese por convencido." Temiendo la premisa que faltaba se retiró en silencio......Desde entónces yo buscaba con empeño la premisa que faltaba al argumento de él, y no habia podido encontrarla

hasta ahora que tu me has pedido, en nombre de nuestro amor, tu fé en tu Dios......

Si la segunda premisa ha ocurrido, al ménos la formula incontestable y evidente, no se ha encontrado, pues todo el mundo la habria repetido y habria quedado consagrada por la conviccion general.

Las cosas existen luego Dios existe. Este es un argumento de instinto, de presentimiento, de fé. En él se siente la verdad, pero incompleta, envueltas en sombras y por supuesto en dudas. Agregándole la primisa que le falta, es un argumento de razon, de hecho, es una verdad sin sombras y por supuesto que dá una conviccion absoluta......

En esta cuestion condenan la razon y ponen en su lugar á la autoridad, por que hasta hoi la razon no ha dado su fórmula concluyente. Hasta hoi se crée en Dios por un instinto de la razon, por una necesidad del alma; pero no por esa luz de la lógica que acaba con las dudas y que deja á la razon convencida y satisfecha. La lógica es la luz de la verdad, el *sine quoi non* del pensamiento, y cuando á la luz de una lógica franca y clara aparezca la idea de Dios como una verdad absoluta, como un hecho de la razon: entónces la duda sobre él será imposible y desaparecerá del mundo.

No puede negarse que algunos dudan y que á los mas crédulos los asalta de cuando en cuando esa duda. Y no puede negarse que si existiese una razon lógica que infundiese la conviccion, nadie dudaria jamas, ni un solo instante. Luego esa fórmula clara é incontestable no existe aun.

Voi á entrar en ese tenebroso laberinto, como Colon se lanzó al piélago ignoto, en la esperanza de volverte el Dios que te quité, como él volvió al hombre nuestro bello mundo perdido. Me empeñaré en encontrar esa gran razon. Júzgala sin que te prestigie el saber que el cerebro que la formula es el templo en que no hai mas deidad que tú... Tu juicio servirá al mio de espejo: en él verá mi alma si ha encontrado la fórmula definitiva de esa verdad.

Por mi parte, me parece que los que dudan por efecto de su razon, serán precisamente aquellos para quienes Dios, nuestra inmortalidad y nuestra responsabilidad, serán la verdad mas natural y el hecho de razon mas positivo y evidente. O yo deliro en plena razon ó mi fórmula es la fórmula definitiva.

La cuestion es esta: ¿Hai un Dios creador, ó no lo hai? Es un hecho que la materia, que el universo, existen. El que niegue esto será un demente al cual no pretendo convencer. Al negarlo se sentirá y se hará sentir y se desmentirá por tanto.

Siendo un hecho la existencia del universo, la siguiente alternativa es irrecusable......O el universo existe porque lo han creado: ó existe

porque él mismo se creó: ó existe sin que nadie lo haya creado ni creádose él mismo.—Lo tercero: es decir que exista sin ser creado ni por sí mismo ni por nadie, es de toda imposibilidad porque es como si se dijese que existe sin extstir. En este disparate incurren los que dicen que la materia es eterna y necesaria......

Está en la esencia absoluta de las cosas, en la razon, en la necesidad, que la materia bruta no pueda existir como causa sino como efecto: y la hipótesis de esa materia eterna, increada, es tan evidentemente absurda é imposible, como la de que se presentase un efecto sin que hubiera obrado su causa.—Lo segundo: es decir, que el universo se haya creado él mismo, es tambien absolutamente imposible, porque al decir que se creó, se sobreentiende, que ántes de crearse tuvo la fuerza necesaria para la accion de crear, y suponer fuerza en una cosa que aun no existe es suponer fuerza en la nada..

Eso de tener, desde ántes de ser, el poder de crearse y sobre todo de crearse con un plan maravilloso; esto es infinitamente mas imposible que el ser y no ser á un tiempo. Esta segunda hipótesis es pues evidentemente imposible. Ahora: como de la alternativa establecida solo queda la hipótesis de un Dios creador, como es inconcebible otra hipótesis y como las otras dos son de absoluta imposibilidad, claro es que el universo es la obra de un creador y que ese creador es el Dios de mi Almabella.

Esta prueba es lógica, clara, racional, incontestable y necesaria. La existencia de un creador, se siente, se ve, se toca. No pudiendo ir á la otra vida y volver, no poseerémos de los misterios de esa vida sino lo que alcanze la razon. Debemos pues, ó no buscar la verdad, ó sometemos á lo que la razon decida.... Si no hai Dios, la razon se reduce á nada como todo cuanto existe, y no hai mas justicia ni mas lei que el hecho: pero si hai Dios, la razon luz de Dios, es la única lei posible de toda religion y de toda filosofía......

Cuando por el análisis se reduce una cuestion á una alternativa de dos términos: que se prueba que no hai otro término posible y que se prueba que uno de los dos es imposible, se ha dado la prueba suprema de la necesidad y de la verdad del otro. Por este medio se reduce la metafísica á rigurosa matemática y el que niega la legitimidad de este medio y la santidad de sus conclusiones, es un ciego ó un enemigo de la luz.

Mi conclusion es irrefragable y los datos en que se funda son tan positivos como los de los cálculos algebráicos. Ser exéptico despues que la razon se presenta y dice su última palabra, es ser loco, y se declara tal todo el que repudia la razon sin probar que posée otra facultad superior. La autoridad domina la humanidad y la autoridad condena la razon qne está como proscrita. Solo salvan su dignidad de ese funesto envilecimiento los que protesten solemnemente contra él.

No hai medio : el que renuncia á su razon, es, ó por que tiene otra facultad que vale mas, ó por que prefiere la condicion de bruto ..... Es así que eso de tener otra facultad superior es imposible : luego el que renuncia á su razon, es, de hecho, un hombre irracional ó lo que es lo mismo un animal..... Algunos dicen, mi razon me engaña, la razon es falaz.... ¡ Infeliz, que así blasfemas ! Si crees falaz tu razon, por qué crees infalible la razon de tus tutores ?...... Examínate con atencion, y verás como lo que te engaña son las falsas premisas que te da la autoridad, las preocupaciones y la debilidad de tu mente que nunca has ejercitado......

El ateo absoluto, el que no admite ningun Dios, ni aun el Dios de la razon y de la necesidad, ese es un mónstruo imposible, imaginario, que no existe. El ateo relativo, el que duda ó niega el Dios que la autoridad le ofrece, el que desconoce la fé ciega, rinde, sin duda, homenage á la fé de la razon, y aunque niega ese Dios terrible y contradictorio de la autoridad, se prosterna, mas reverente que nadie, ante el Dios de la naturaleza, ante el Dios de la razon.

A éste, que no es ateo sino exéptico, á éste es que yo conjuro, á meditar mi argumento ; y está segura, mi dulce amiga, que el eceptisismo, es decir la duda de lo que la autoridad enseña, existe, con hipocresía ó con desembozo, en el fondo de todas las almas pensadoras. La duda existe bajo el disfraz del fanático y bajo el disfraz del ateo. La absoluta fé ciega y el absoluto ateísmo, son nombres, especulaciones, mentiras; el exeptisismo, la duda, es casi universal, porque, hasta hoi ni la autoridad ha ahogado en absoluto á la razon ni esta ha encontrado su fórmula final......

Los que han hecho creer á la humanidad que en la razon están la falsía y la culpa, le han hecho tanto mal como el que le hubiera hecho creer que debia cerrar los ojos por que la engañaba y la perdia la luz del sol...... Razon, y solo razon, y sobre todo razon, hé aquí la humana salvacion...... La razon es el sol del alma, y por tanto, hasta la divina magestad palidece en las tinieblas del misterio.... es á la luz de la verdad que resplandece mas á los ojos y que pasma mas el alma.. Los retratos que los especuladores han hecho de Dios se parecen á los espantajos que ponen los jardineros para que los pájaros no les coman las frutas...... Y comérselas ellos......

No hai un solo hombre, cualquiera que sea su creencia, que no desée alcanzar una conviccion perfecta de la existencia de Dios y de su propia inmortalidad...... Si mi argumento es suficiente que lo acepten todos, si es insuficiente que lo combatan todos......

Tu talento ha dado al argumento en contra, que me ofreces, una fuerza casi irresistible. Me empeñaré en darle mas fuerza aun, para

que, una vez destruido, ya no haya cuestion posible. ¡ Oh, poder del amor!

A pesar de mi horror por el anonadamiento y de mi sed de inmortalidad, mi razon sucumbia á ese argumento; pero tú padeces por ese argumento, el amor me inspira y mi razon triunfa. Sin tu amor el espectro de la nada estaria aun ante mí. He aquí el terrible argumento, el mónstruo forjado por la imaginacion en el tenebroso caos de la humana ceguedad.

Un Dios creado ó por otro ó por sí mismo, es tan evidentemente imposible que no hai necesidad de probar que no debe entrar en cuestion...... El único Dios posible seria uno que fuese eterno, omnipotente, esencialmente único y creador de cuanto existe. Es así, que estos atributos son inconcebibles, luego tambien este Dios es inconcebible y por tanto, si no se niega su existencia al ménos no puede tenerse fe segura en ella.

En efecto' es imposible el concebir á Dios solo sin tiempo, sin espacio y sin materia...... Es absolutamente imposible que el tiempo haya sido creado, que alguna vez, ántes de todo, haya dejado de existir el tiempo. Si Dios creó al tiempo él debió existir ántes, sin tiempo, y esto es imposible, pues la razon siente que el tiempo es esencialmente eterno porque á todo instante precede necesariamente otro instante. Así pues si Dios es eterno tambien lo es el tiempo.

La existencia de Dios, sin tiempo, ántes del tiempo, fuera del tiempo es, á toda luz, de una absoluta imposibilidad. Dios y el tiempo, ¿ fueron coetáneos, fueron coeternos? ¿ Acaso el tiempo es el mismo Dios ó será el reloj con que Dios marca la existencia de sus criaturas, ó será solo la medida con que la necesidad marca la duracion y las transformaciones de seres necesarios?

Cómo concebir la sucesion de instantes sin que pasen sobre algo? El tiempo existiendo solo, absolutamente solo, en medio de las soledades de la nada, es cosa absolutamente imposible. Y puesto que el tiempo es evidente y esencialmente eterno y que el tiempo solo, sin materia es imposible, claro es la materia es eterna. ¿ Y cómo concebir la materia toda igual, la misma? Y como concebir materias diferentes, sin propiedades diferentes?

Y cómo concebir elementos con propiedades diferentes sin movimientos y sin acciones y reacciones? Y cómo concebir estas acciones y reacciones sin modificaciones recíprocas y cambios y perfeccionamientos indefinidos como las inflencias y reacciones que los producen? Y cómo concebir estas reacciones, y estos cambios y transformaciones sin la organizacion: ni cómo concebir esta sin la vida; ni las reacciones de unas vidas sobre otras sin llegará la sublime facultad de pue-

sar y al fin reflejarse sobre sí y examinarse y examinar cuanto existe hasta lo invisible y lo insondable ?......

Millones de especies de animales se ven nacer de las reacciones de la materia muerta. Estos se ven transformarse en animales superiores. Los entrecrusamientos ó reacciones de vida á vida, van siempre perfeccionando los animales, y es mui probable que esas recciones y esos perfeccionamientos gradualmente mayores, han terminado, despues de infinitos siglos, por convertir al animal en hombre.

Esas mismas reacciones y perfeccionamientos son los que han hecho brotar en la humanidad, que en su estado primitivo difiere mui poco de los animales, esos genios superiores que han inventado la escritura, la imprenta, las ciencias, la navegacion, la pura filosofia &.—Estos genios superiores, han ennoblecido al hombre, lo han puesto en via de ser un animal verdaderamente racional, y han roto el eslabon que lo unia á esa cadena de organizaciones que va á terminar en las últimas sabandijas......

Los que quieren que se rinda homenaje á la pureza y antigüedad de su estirpe, deben rendirla á esas sabandijas que conservan en su primitiva pureza un linaje sin duda mas antiguo.

Terminado el análisis, formulemos la sintesis. Es imposible concebir un tiempo sin tiempo : siempre hai un ántes y siempre un despues, luego es imposible que el tiempo haya sido creado, luego es eterno. El tiempo es imposible sin la materia, luego la materia es eterna. La materia toda igual es imposible, luego hubo siempre diferencias. Estas diferencias son imposibles sin reacciones. Las reacciones de esencias diferentes entre sí dan por consecuencia necesaria las composiciones y descomposiciones y la organizacion.

Las reacciones de organizaciones diferentes son imposibles sin el perfeccionamiento que al fin produce la vida, y la reaccion de las diferentes vidas entre sí produjo al fin al hombre, y los cruzamientos de estos produjeron al fin el genio humano, última evolucion de la gran crisálida animal...... Luego, en definitivo, si el tiempo es eterno, como es evidente, es tambien eterna la gran naturaleza, y entónces ¿ para qué suponer á un Dios solitario, sin seres y sin tiempo, en la absoluta nada de esa eternidad vacía que debió preceder á su creacion ?

Al llegar aquí, mi dulce amiga, la razon se espanta de su propia existencia, la fé muere, la esperanza huye desesperada, y la duda invencible y gigantezca se levanta y aflige el alma con todas sus angustias y con todos sus terrores. Y mi duda no es esa duda del filósofo indolente que da cita á la verdad tras la muerte, diciéndose : Si hai otra vida, allá te conoceré, verdad : y si no la hai, ¿ qué me importa el conocerte ?...... No, mi duda, es esa duda inquieta, que oscila del abismo al empíreo : que escarbata con pasion la faz del globo, lo visible, lo in-

visible, la historia, el corazon, el pensamiento, las sombras y los sepulcros; que con los reactivos de la lógica, y con la luz de una razon libre hasta la rebeldía, busca con un afan sin tregua, su adorada verdad, cueste lo que costare, cualquiera que ella sea, aunque sea horrible, aunque hunda al universo......

Mi duda me decia dos cosas á un tiempo...... El universo existe luego hai un Dios creador...... El mal existe luego no hai Dios...... Busqué y no encontré la segunda premisa de la primer proposicion y la insuficiencia de la razon lógica aumentó mi duda...... Busqué la segunda premisa del segundo argumento, y al encontrarla, una lógica fatal me arrastró por las tinieblas de la duda y me tiró en la horrible negacion......

El mal existe, luego no hai Dios...... Un omnipotente malo es una monstruosidad imposible...... esto es un hecho;...... y un omnipotente bueno no habria creado el mal, esto es tambien un hecho. Es así, que es un hecho que el mal existe, luego ó Dios es malo ó Dios no existe...... Tan inconcebible, tan imposible, es un Dios sin bondad como un Dios sin omnipotencia...... y la existencia evidente del mal destruyendo por fuerza su bondad destruye tambien su existencia......

Y quién negará que el mal existe, y quién negará que un Dios sin bondad es imposible? Si dudas de la existencia del mal relée una de mis cartas anteriores: allí se siente hasta la saciedad la espantosa miseria humana...... La sensibilidad no se ha dado á ningun ser sino para sufrir y el pensamiento es una fuente agridulce en que corren mezclados algunos átomos de néctar con mucho acíbar y conmucho tósigo.....

O se admite pues, una omnipotencia mala, lo que es imposible: ó se admite una bondad impotente, lo que es tambien imposible....Luego en ámbos casos es imposible esa inteligencia creadora: luego es mas racional admitir que la naturaleza es eterna y necesaria, y que la accion y reaccion de sus elementos y propiedades esenciales, producen la organizacion, la vida, el órden y la actividad universal......

Dicen que el órden en el universo hace necesaria una inteligencia que ordene; pero, como la materia es imperecedera, en sus acciones y reacciones, debe terminar por encontrar una relacion tal de las influencias de todo lo existente entre sí, que la armonía y el órden, sean un efecto necesario...... Una fuerza organizadora, natural y necesaria, que se vé en accion desde los ínfimos séres, da vida á la materia: y otra fuerza desorganizadora tambien natural y necesaria, acaba con la vida y la vuelve al vasto seno de la materia muerta.

Créelo, amada amiga: este materialismo me espantaba á mi pesar, y sufriendo la infinita tristeza del que cambia una feliz eternidad por una eterna nada, vivia sin paz y sin contento, y envidiaba á todo hombre po-

sible, con tal que creyese algo. ¡ Suprema humillacion del supremo orgullo ! Por alejarme de los crédulos, que tanto despreciaba ; por pasar hasta el mismo Dios por el crisol de mi razon, encontré que no habia Dios y que por supuesto la humanidad no era sino una inmunda gusanera.

No puede examinarse al sol sin perder la vista, ni á Dios sin perder la mente. Vacía el alma de Dios, la vida me era una carga, y la arrastraba, bien puede decirse, con resignada desesperacion...... Tal vez caí en ese estado porque perdí la gracia de Dios por el crímen de mancillarte á tí, y cuando dije, Dios no existe, sin duda ya él me habia abandonado, para mí no existia, mal podia encontrarlo mi razon......

Pero al naufragar mi espíritu en esa espantosa negacion te arrastró, y aunque ya yo no hacia esfuerzos por salvarme tus clamores me empeñaron, y por salvarte me salvé......Pensé solo en volverte tu fé en Dios aunque yo quedase en duda : pero, por un milagro del amor, hoi me es tan imposible la duda como ántes me era la fé........Entremos en la cuestion......

Cuando una cosa no puede esplicarse sino únicamente de dos modos, si se prueba que uno de los dos modos es de absoluta imposibilidad, se habrá probado que el otro modo es de absoluta necesidad. Seria racional admitir el modo que es imposible, porque el otro ofrece alguna dificultad ? A encontrar por el análisis, el último dilema, y á escoger entre lo difícil y lo imposible; á esto se reducen esa infinidad de problemas que forman el laberinto de la metafísica.....Son problemas matemáticos : pues se reducen á mas y ménos, son cuestion de cantidad. Analisemos.

Es un hecho que el universo existe. Es un hecho que para nosotros es infinito pues ni la vista ni el pensamiento alcanzan sus límites, porque se imagina siempre un mas allá....Es un hecho que el universo está dispuesto segun un gran plan, segun un gran designio : lo prueba así el órden general y sobre toda esa relacion de las esencias y organizaciones entre sí con el objeto evidente que de sus recíprocas influencias resulte la vida individual y la vida del universo....

Si es un hecho que el universo existe y que está organizado segun un plan que pasma, es tambien un hecho que este universo y este plan son la obra : ó de una inteligencia omnipotente y creadora : ó de la materia misma si ella es eterna y no creada : ó de la nada si no es obra de Dios ni de ella misma. Es un hecho que para crear y organizar con un plan se necesitan fuerza é inteligencia. Y es tambien un hecho que para crear, para sacar de la nada, se necesita omnipotencia, y esencia eterna, luego es un hecho absoluto que la nada no ha creado el universo y ménos aun su plan. El último término es pues imposible.

En cuanto al segundo término, es decir si el universo y su plan serán la abra de la materia eterna, como es un hecho que para organizar

con un plan se necesita inteligencia, y que es un hecho absoluto que la materia en sí no es inteligente, es tambien un hecho absoluto que el universo y su plan no son la obra de la materia, aun cuando fuese eterna. En consecuencia, es un hecho que los dos últimos términos son imposibles en absoluto, y como es tambien imposible encontrar un cuarto término, el primer término es necesario y es un hecho de santa razon que el universo y su plan son la obra de una inteligencia omnipotente.

Hechos positivos que sirven de base á esta conclusion. El universo existe. Existe con un órden y con un plan. Para organizar con un plan es esencial una inteligencia. Para sacar de la nada se necesita omnipotencia. La materia, por su naturaleza, no puede ser causa sino efecto.

Para que la materia sea causa y no efecto, que el universo y su plan sean obra de la materia misma, es necesario que la materia sea soberanamente inteligente. Si la materia, esencialmente bruta, no puede esplicar el universo, mucho ménos lo esplicará la nada, que para organizar y sobre todo para crear, debia ser omnipotente, Solo la materia eterna, la nada, ó Dios, pueden entrar como modos de esplicacion del universo y los dos primeros modos son imposibles absolutos. A la luz de estos datos positivos, y perentorios se alza brillantísima la suprema magestad.

O pruébame que el universo y su plan pueden esplicarse por la accion de la nada, ó que pueden esplicarse por la accion de la materia bruta, ó pruébame que cabe un cuarto término, ó pruébame que mi dilema peca en la fórmula ó en la esencia, ó pruébame que el universo no existe ó que existe sin plan, ó convén conmigo en que te he vuelto el Dios que te quité.

Las reacciones de las diferentes propiedades de la materia bruta, no estando calculadas por una inteligencia superior, solo darian por resultado un caos. Pero la materia que vemos, simple y compuesta, tiene propiedades calculadas para que su accion recíproca dé por resultado la actividad universal. La maravillosa organizacion del hombre no puede ser la obra del accidente y de la materia bruta. Y si se compara esta organizacion con la de la mujer, el mas precioso de los séres, se encuentra una tal armonía que no es posible, ni dejar de ver un designio pasmoso ni dejar de caer de rodillas adorando á Dios.

En definitiva: ó la nada tuvo el poder y la inteligencia para crear y organizar el universo y su pasmoso plan: ó la materia bruta en sí aunque eterna, tuvo la inteligencia y el poder para calcular sus propiedades y producir la organizacion, la vida, el órden y el plan del universo: ó existe un ser omnipotente creador de cuanto existe...... Las dos primeras cosas son monstruosidades imposibles.... la tercera, en consecuencia, es una necesidad feliz y santa.

Si tu pensamiento mas suspicaz que el mio haya insuficiente esta prueba, habla pronto, yo te juro que venceré tu duda, que te volveré tu Dios, y si acaso no lo encuentro en este mundo lo iré á buscar al otro. Te robé tu Dios temiendo que te hablase contra mí. Entónces dudaba de él y tú eras mi supremo amor.

Pero desde que, en alas de tu amor, atravesé el infinito y el misterio y lo ví y sentí su omnipotencia: desde que ví que tú y yo no somos sino sus mas ínfimas criaturas, que nuestro amor y lo que somos lo debemos solo á él, desde entónces el amor que te tengo y el que me tengo á mí, son nada comparados con mi adoracion por él...... Amémonos, como criaturas, á gran distancia del creador, y, prosternémonos juntos á pedirle misericordia.

¡ Cuánto te debo, mujer sagrada: me engrandeciste el alma, me diste delicias y me diste á Dios !.... De sabandija me cambiaste en inmortal...... cuanto valgo todo te lo debo y te lo rindo á tí......

Pero terminemos: en tu carta, tu alma sublime eleva á tal punto mi acusacion y mi defensa y tú infinita ternura y tú desesperacion mayor, que todas sus delicias y todos sus venenos los encuentra mi alma en ella. Pintas y besas la cruz en que simbolizas tu pasion y dejas á mi alma el fallar de si soi ó no digno de sentir con mis labios lo que allí dejaron los tuyos.

Dóile sin vacilar el ósculo supremo: paréceme sentirte allí junto con Dios y sentir que de allí penetra en mi alma una magia inefable que me hace decirte, escojes para representar tu pasion el signo de la pasion de Dios, y yo, ante Dios te juro, que tambien lo escojo para que represente mi amor y tu dicha y redencion. Nada puede contra los amores del alma, yo te veo, te siento, te admiro y te adoro en esa cruz.

GULLEMIRO.

Muchos meses se pasaron, despues de esta carta, sin que Gullemiro recibiese carta de Almabella. Su hermano estaba ausente, y su amigo tenia interes en cortar sus comunicaciones. Uno y otro atribuian á desamor lo qne no dependia ni del uno ni del otro. La infeliz acumulaba carta sobre carta, por que se desahogaba escribiendo. Gullemiro, vehemente, tocó pronto la desesperacion, y quiso, con la cruelísima carta que sigue, reducirla á la última prueba. Si de ese modo no la hacia escribir, claro estaba, su amor se habia acabado.

DE GUULEMIRO A ALMABELLA.

PODER DE LA GLORIA.

Nunca, amable amiga: he sentido mas miedo en los conflictos de mi pasion...... ¡Qué triste es para el alma sensible el romper con su propia mano la ilusion que nos hace amar del objeto que adoramos!.... Si algo hai que desgarre mas, yo no lo conozco, ni puedo imaginarlo..... Cuando se nos arde el alma, nada abate tanto como ver envuelta en yelo al alma que la encendió......

Cuando la conciencia grita á un corazon honrado: apaga el amor que hace tu gloria y tu ventura, apágalo tú mismo ó eres un perverso. Cuando la terrible voz del deber dice á un corazon enamorado y compasivo; juraste á tu amada no disimular un solo instante, si llegaba á entrar á tu pecho una pasion mayor que la que tienes por ella. Esta terrible confesion, es mi suerte y es la tuya: pone fin á tus dudas y probablemente á tu amor y á mi esperanza.

Los consuelos que te daba á tí aumentaban mi desconsuelo aumentando mis remordimientos. Llegó la hora en que mi engaño y tu esperanza no harian sino aumentar mi crímen y tu miseria...... Nos juramos no creer en esto sino á nosotros mismos, y tú has rechazado todo lo que de mí te han dicho......

Esto me obliga á hacerte la confesion mas cruel que haya jamas hecho un fino apasionado....Dios lo proporciona todo. Juzga del tamaño de mi amor por el tamaño de la prueba....El amor mas esquisito despedazando su propia felicidad!......He visto á algunos asesinar su propio cuerpo: pero esto es el alma asesinándose ella misma....... Obedezco á mi deber, ¿pero cómo cumplir con él? Al querer formular mi idea, me envulve una absoluta confusion, y sintiéndome como incensato entre tu sombra y la de tu rival, pronuncio estas dos terribles palabras, imposible, adios......

Nuestra union es ya imposible y nuestra separacion insoportable. Dónde podré olvidarte, dónde será que el remordimiento no me diga que soi un vil y no me haga verme á mí mismo con horror? La muerte y el tormento serian delicias comparadas con ese pavoroso desprecio de sí mismo que acompaña al traidor.......Y yo traicioné á la que me confió su suerte.......Me hiciste depositario de tu honra y ahora te digo, imposible, adios......

El que ha sentido al horror de sí mismo retorciéndosele entre el alma y el corazon, no concibe otro infierno mayor.. ....Antes de esta decision mi dolor me llevaba á la espiacion. Mi dolor de hoi, no es ese dolor que purifica, es el dolor seco del crímen que resuelve abandonar su

víctima. Mis lágrimas se han secado, y mi corazon no se enternece.... Una virtud inexorable domina mi alma, y sinembargo abandonándote doi el triunfo al crímen..........Mi alma se ahoga en la vergüenza y la congoja.

Siento hoi, por la sed que me tuesta el alma, que tú me conocias mejor que yo mismo. Tus vaticinios se han cumplido: estoi poseido de aquella rabia voraz, de aquella fiebre delirante que me anunciaste....Creiste que yo tenia una inteligencia superior y creiste que buscaria mi puesto....

Te equivocabas. Entónces, inocente, y digno despreciaba la gloria: y hoi que me declaro un ruin y vulgar seductor aspiro á esa gloria tambien vulgar. Tal vez la contínua desazon que mi espíritu sufrió desde la infancia, dependia de que ese mónstruo dormitaba en mi cerebro. Al ver de cerca en Paris la multitud de víctimas de ese mónstruo, lo ví desenvolverse colosal ante mí, su mirada me quemó el corazon y diciéndome que no descansaria hasta acabar conmigo, principió á atizar el fuego que me devora....

Tal vez esa gloria tirana que me halaga, no es sino el verdugo que, poderes superiores, que quieren vengarte, mandan para que me revuelque con escándalo en asquerosa vergüenza en el momento mismo en que yo me sienta elevándome entre las nubes de su incienso....

¡ Gloria, aleve hechicera ! Aunque tu veneno es conocido, infundes tal frenesí que tus víctimas corren á tí aun á sabiendas de que se pierden. Aunque en tu senda no hai sino espinas, tu veneno es tal que no se ven sino flores. Apénas entré en tu senda cuando sentí lo fatal de tu veneno, pero seguí porque nada contiene al que llega á respirarlo.

El corazon se tuesta y el amor y sus memorias quedan como árbol del polo, sin hojas y sin flores y sin aroma. Esta pasion diferente agita tus recuerdos con la indolencia con que un mar agita los restos de un buque que naufragó en otro mar. Y amarias tú tan tierna pero tan altiva al hombre de quien fuiste la única deidad y que hoi pone en tu lugar á otra Diosa?....Esa quimera despiadada que llaman gloria te ha echado de mi corazon....

Ah, si me vieras, te asombrarias y dejarias de amarme. Estoi desfigurado, marchito, mis cabellos caen tostados por el cercano incendio del cerebro, mis sentimientos y mis deseos, todo se ha transformado.... De aquel Gullemiro, de tu amante, ya nada existe....

Mi nueva deidad pone por condicion de sus favores, que te aleje, que no te ame......Jurele vasallage: no te degrades amándome. En el combate de la vida he caido presa del enemigo: no te pierdas por salvarme.

Si es horrible que al morir el cuerpo se corrompa y se transforme, mas horrible es que el alma, en vida aun, se corrompa y se cambie, y se

ria de su propio dolor y desdeñe lo que adoró...... Cuando pienso en la impresion que te haria el verme tal cual soi, me estremezco y siento como si quisieran resucitar mi ternura y mi pasion.

Pero recuerdo la carta en que me dices: "nada has hecho que pruebe que eres grande y que haga perdonar mi pequeñez: hasta ahora solo eres un seductor vulgar," y al punto te veo á tí tambien atizando el incendio que me devora...... Solo entre esas llamas apareces aun bella. Si me hablás de tu amor te veré como loco que encuentra y ya no conoce la causa de su locura.

Háblame de ese mónstruo, de que me predigiste señor, y de que solo he llegado á ser humilde mártir y esclavo...... Solo á las lisonjas de tu error es dado el hacer chispear mis marchitos ojos y el engañar las ansias de mi sed......

Mi nuevo ídolo me hace creer que la locura de adorarlo ennoblece, y que es indigno de él el que se rinde al amor que es el ídolo del vulgo. A veces, sinembargo, te veo al lado de nuestra Solita, llorando con ella y esplicándole por qué es que no tiene nombre y por qué ella debe huir de la sociedad que la verá con desprecio.

Al punto un dolor sin nombre rechaza al fantástico tirano y dá campo al infinito amor que te tengo: pero una sola palabra lisonjera de ese tirano hunde en el olvido mis penas y mis placeres pasados y me vuelve á mis ansias y á mis esperanzas sin fin...... ¿ Pero á quién hago la bárbara confesion de mi bárbaro abandono?...... ¡ A tí misma, infeliz!......

A la misma que, al verme llegar, ahogaba su alegría en mis caricias; á la que yo llamaba mi Diosa, hoi le digo—no me verás mas, y ganas con no verme; no soi ya el mismo, mi amor se acabó.......

Fatalidad.... á mi pesar te amo.... á mi pesar te mato.... El destino nos hizo para adorarnos y ahora me pone como bala en su cañon y me dispara contra tí...... Pero ya estoi lanzado, maldita gloria: ya no hai remedio!......

Ya no puedo fingir mas: mi dolor es mas grande que mi despecho: sabe que te oculto la gran verdad.... ¡ Dios mio: ayúdala, alíviala!.. Si mi Almabella no es digna de tus consuelos, ¿ dónde está la criatura que lo sea?...... Dios mio: tú que ves las almas, ten piedad de los dos.

Si ella es la misma, haz que nunca lea esta carta, por que la mataria. Y si ha cambiado, haz que la lea, y me olvide y sea feliz.... De todos modos, Almabella, aunque tu silencio dependa de que has cambiado, aunque sufra mi orgullo, la gran verdad es que mi único amor y mi única gloria eres tú......

GULLEMIRO.

ALMABELLA PIERDE LA RAZON.—GULLEMIRO NAUFRAGA.

Gullemiro creyó que esta cruelísima carta precipitaria la respuesta de su amada; pero si él sufria al fingir aquella transformacion, ¿ cuánto no padeceria ella al creerla ? No pudo siquiera acabar de leer la carta y hallar aquellas últimas palabras que descubrian que el amor de Gullemiro solo estaba, desesperado y quejoso; pero mas ardiente que nunca. Le faltó la fuerza para llegar á esas palabras: la sangre toda se le fué á la cabeza, la inundó en sudor helado y en fin una convulsion general y un desfallecimiento completo la echaron á tierra, sin sentido.

Allí la hallaron con la carta de Gullemiro que leyó su desgraciado padre con el dolor que bien puede imaginarse. La llevaron á su cama en donde pasó tres dias en una tal postracion que los médicos mismos daban por irremediable su muerte. Poco á poco, sinembargo, se desenvolvió una violenta reaccion y pasó á un delirio furioso.

Esto pareció un mejor síntoma, y esperaban que tambien pasase del delirio á la calma: pero esperaron en vano: su salud bajo todo otro respecto se restableció completamente, se levantaba, comia &., y el delirio sinembargo no cedia en nada. Los médicos la declararon, y con razon, en completa enajenacion mental. Solo hablaba de Gullemiro, y llamaba á cuántos veia para preguntarles si no le traian carta suya, ó para mandarle decir algun cariño......

A nadie recibian en la casa, para que ella no divulgase su propia desventura...... Qué hacer! ¿ Encerrarla, hacerla sufrir mas aun por evitar las consecuencias de su delirio ? Su padre tenia demasiado buen corazon y la amaba mucho para recurrir á semejante medio.... Su hermano T. se hallaba actualmente en Pacaya, en una posesion de su padre, y en este lugar casi desierto, en que solo veria á su hermano y á sus esclavos, podian bien sin peligro dejarla delirar en paz, y no atormentarla aun en el colmo de su desgracia...... Ademas allí se hallaba su hija y solo de la presencia de esta podia esperarse una impresion capaz de volverla á su razon.

Lleváronla, pues, á la hacienda de Pacaya y apénas supo que se hallaba cerca de su hija cuando pidió ardientemente que se la dejasen ver. Le dijeron que sí, en nada la contradijeron; pero para que una impresion súbita no fijase su extravío, supusieron que estaba á tres dias de allí y que habian ido á buscarla. Durante estos tres dias las ansias de madre produjeron el efecto deseado. Solo pensó en la felicidad de ver á su hija, y distraida de la causa de su locura volvió poco á poco á entrar por la via de la razon.

En fin, vió á su hija y al punto le volvió la luz del pensamiento......Pero, infeliz! apénas sintió brillar de nuevo su razon cuando tambien sintió que el dolor volvia á quemarla : la luz y el calor van juntos, como la razon y la pena...... Loca, creia estar con Gullemiro ; en su juicio no podia creerlo. Sus ojos secos volvieron á convertirse en manantial de acerbo llanto. Su hija bastó á distraerla durante algunos dias ; pero despues volvió á caer de nuevo bajo el imperio de aquella imágen tirana, y por tanto cayó otra vez en su desesperacion primera.

Quiso escribir á Gullemiro, pero no se lo permitieron sus ojos doloridos y abotagados. Pronto se declaró en estos un dolor interior y una turbacion de la vista, que, aumentándose de dia en dia por el llanto y la congoja, terminaron por reducirla á la horrible oscuridad de de que no salió jamas. El dia se convirtió para ella en noche, y la vida en muerte : todo se apagó en su alma, y en el fondo de tanta ceniza la quemaba aun el insano fuego de su funesto amor......

Cuando estuvo en este estado, T. se apoderó de toda su correspondencia anterior con Gullemiro y de algunas memorias que habia compuesto miéntras su hija la alentaba en su pena...... Esas memorias eran tan tristes, que bien pudieran llamarse la mortaja de sus amores......

Miéntras tanto Gullemiro en Europa veia frustrado el plan que últimamente habia puesto en práctica para hacer que le escribiere su amante. Su pena fué creciendo con el tiempo : de instante en instante se agriaba mas, y dentro de poco llegó á serle insoportable. La idea de reveer á su Patria, á su Padre y á su amada entraron en su corazon con una violencia irresistible.—Nadie, en sus deseos, es mas débil que el alma fuerte : desea pocas cosas ; pero toda su energía solo le sirve para rendirla á aquello que desea.

En fin, dijo adios á sus amigos y dejó, no sin pena, á ese encantado Paris, que puede agradar á todo hombre posible, por que en él puede hallar en alto grado aquello que seduce su carácter, [sean lo que fueren el carácter y lo que lo seduzca...... Sin embargo, al pisar el barco que lo alejaba de la tierra en que estaba confinado, creía respirar ya el aire de la Patria y presentía un gozo indefinible. La navegacion fué feliz hasta las costas de su tan suspirada tierra. Llevó cielo claro y viento en popa hasta el instante en que avistaron la silla de Carácas, sobre la cual, su visionaria pasion, imaginaba ver al genio de la Patria velando sobre su suerte.

De repente aquel viento suave y favorable se transforma en un huracan, en remolino, capaz de hacer volar por los aires, á todo lo que no sumiese en las aguas. El cielo claro se convierte en tiniebla tronadora, y la paz de los navegantes en una terrible alarma que poco á poco se cambia en espanto. El rayo del cielo y el abismo de la tierra pa-

recian los únicos que debian partirse la suerte de aquel barco. Hecharon toda vela y corrieron al alta mar.

Gullemiro sentia que se alejasen, por que dando por inevitable su muerte, preferia que sus restos se depositasen sobre las playas de su tierra...... Durante muchas horas corrieron la tempestad, sintiéndose á cada instante perdidos. La borrasca se encrudecia mas y mas, como si la naturaleza toda se hubiese abandonado á sus mas tremendos furores...... Los horrendos bramidos que cada uno de los elementos arrojaba sin cesar al agitarse contra los otros, producia sobre aquel inmenso desierto de agua unas conmociones y un estrépito tan espantoso, que parecia que el cielo y los abismos se habian despeñado el uno contra el otro.

Todos guardaban un silencio de muerte, cuando hácia las dos de la mañana se oyó un grito lúgubre del piloto que decia: "Capitan; dos brazas, braza y media,... .. dos brazas:" y así repetia á cada instante con acento que parecia salir del abismo. A aquella voz los marineros cayeron como heridos de rayo. La mayor parte estaban inutilizados por las olas, y todos por el terror. Solo pensaban en Dios, porque desesperando del barco y de la vida, ya solo pretendian salvar el alma.

El valiente capitan saltó sobre cubierta, preparado ya para el naufragio, y mandó una última maniobra con dos pistolas en las manos Pero ¿ á dónde dirigirse ? No sabian en donde estaban: la brújula y todos los instrumentos estaban hechos pedazos. Echóse sinembargo toda vela, aventurando todo riesgo, y aun el precipitarse sobre la playa. Efectivamente; nada preveian los infelices en tan horrible consternacion.

Apénas medio izaron la mayor cuando el huracan, desplegándola por entero, lanzó el barco al lugar en que ya las olas comenzaban á quebrar y á formar montañas de espuma. Allí las olas arrebataron el buque por la popa é impidieron toda maniobra, arrastrándolo violentamente á la playa. Ya una vez sintieron el primer roce de la quilla y un grito general fué la señal de muerte.

Todos hablaban con Dios, y el mísero barco corria abandonado al destino. En fin, una ola gigantezca llegó, y arrebatando su quebrantado casco lo suspendió hasta el cielo y transportándolo en alto lo arrojó á lo mas elevado de la playa. Al golpe el buque quedó hecho mil pedazos y los hombres todos salvos, pues las siguientes olas no llegaban ya á donde la anterior los habia arrojado. Solo perecieron algunos marineros que la ola sacó del buque y estrelló contra las rocas de la costa.

Gullemiro, que un instante se creyó muerto, se abandonó á la muerte que tal vez deseaba y no pensó mas en la vida: así, pues, fué preciso que lo sacasen de la cámara y que lo hiciesen parar sobre tierra americana para hacerle sentir que aun vivia. Al pisar Gullemiro aquella tierra tan suspirada, un relámpago aclaró la silla del Avila y él dobló al punto

su frente ante ella como prosternándose ante los manes de la Patria que parecian ofendidos de que osase presentarse despues de haber sacrificado una de sus hijas mas queridas.

La montaña que el huracan mecia y los rayos que entre ella serpenteaban, le parecian los cabellos desgreñados de la Patria furibunda que fulminaba contra él las maldiciones que le anunciaban los truenos. En el fondo de su alma hizo un voto, una resolucion definitiva, que él sintió que lo reconciliaba con la Patria, y ya mas apaciguados los afanes de su conciencia, oyó la voz del corazon y arrojándose de rodillas y viendo al cielo con lágrimas de amor, exclamó: "gracias, Dios bueno, que me dejas aun acentar sobre mi tierra: gracias; ahora te adoro con mas voluntad:" y despues, abrazando como un loco á aquella tierra sorda, le dirigia unas palabras tan tiernas que hasta los duros marineros doblaron una rodilla ante la Patria y vertieron en su honor una lágrima de enternecimiento.....

Todo era allí consternacion y duelo; sin embargo, estaban todos tan postrados de fatiga, que subieron un poco sobre la falda de la montaña, se tendieron por tierra y se rindieron al mas profundo sueño. Despertáronse ya de dia, y al abrir los ojos distinguieron al rededor del buque una chusma de curiosos que habian acudido de las haciendas y los pueblos vecinos.

Compadecian estos á los navegantes de aquel barco que suponian todos ahogados, cuando los vieron bajando de la montaña. Solo creyeron que fuesen ellos por el estado en que los veian y por sus vestidos. Les hicieron mil parabienes y cada cual llevó á su casa á aquel que quiso acompañarlo.



TERCERA PARTE.

GULLEMIRO CAE EN PODER DE T.—RASGOS EXTRAORDINARIOS DE UNO Y OTRO. HEROICIDAD DE UN ESCLAVO.—AMOR DE MADRE.

Gullemiro desconocía enteramente aquellas playas á que lo habia arrojado el naufragio. Entre los que fueron á ver el lugar del accidente se hallaba el jóven T. Apénas este reconoció á Gullemiro cuando se alejó de él y lo siguió, asechando sus movimientos y hasta las impresiones de su semblante.

Gullemiro se informó del nombre de aquel lugar, y sabiendo que estaba en las playas de Pacaya, preguntó hácia á donde estaba la hacienda del señor T. C. Miéntras tanto este mismo jóven que él solicitaba, veia bien por las señas que daban á Gullemiro que éste buscaba su casa, lo que probablemente no haria sino con las mas honradas intenciones.

Encamínase Gullemiro hácia el lugar que le indicaban, y T. corriendo por una vereda le sale adelante y lo hace atacar por diez esclavos.

Gullemiro cae sobre ellos como un rayo y los destroza. T. furioso se arroja sobre él. Gullemiro al reconocerlo bota sus armas y le presenta el pecho, diciéndole: " ¡ ah ! ¿ eras tú, que querías matarme ? ¿ Tenías acaso necesidad de hacerme maltratar á esos infelices ? ¿ No te bastaba el influjo de la sangre que corre en tus venas ? "

T. se desconcierta un instante al poder de tal grandeza, que á su pesar lo desarma. Gullemiro, que tenia la cara vuelta en ademan indefenso, vuelve á mirarlo y le dice—hiere, acaba .En ese instante el infierno mismo vino á tramar en la cabeza del hermano la mas espantosa

venganza; sus lágrimas que corrian de unos ojos encendidos como el fuego, se parecian á las lavas que corren á la orilla de un volcan.

Gullemiro le tiende la mano diciéndole "¿y mi esposa, dónde está?" y tomando sin apercibirse un tono terrible le dice: "díme que vive y que me es fiel, ó mátame ó yo me mato." Si no te interesas en nuestra suerte no eres digno de ser su hermano ni mi amigo." T. teniendo presente su entrevista en Maracai con Gullemiro y que la desaparicion de este despues de esa entrevista habia reducido su hermana á la ceguedad, le dió la mano con infernal sonrisa y le dijo: "Almabella está en Carácas, pronto la veremos."

Partamos al instante, replicó Gullemiro. "No, dijo T., yo estoi enfermo, no saldré hasta la madrugada y de ninguna manera conviene que vayas sin mí. Ademas, añadió con ironía, sé un camino mui corto por donde te haré llegar mui pronto. Al despertar tal vez estarás con ella." La impaciencia angustiosa de Gullemiro le hizo desconocer la infernal ironía de la traicion que lo amenazaba. La ironía y el sarcasmo son á veces el lenguaje de la traicion.

Sentáronse á la mesa y apénas comieron. Sinembargo Gullemiro, que esperaba una pronta felicidad, comió á pesar de su angustia lo bastante para reponer su cuerpo casi exánime. T. tramando su diabólica venganza apénas bebió algo sin pasar un bocado. Su aspecto se hacia cada vez mas horroroso, tanto que Gullemiro, forzado por él á volver sobre sí y recordando aquellos dichos inconexos, como amenazas y su sonrisa siniestra, se repitió aquellas palabras "sé un camino tan corto que al despertar te hallarás á su lado." ¿Es, se decia, que ella ha muerto y que matándome dormido hará que al despertar al otro mundo me encuentre con ella, ó es que ella está cerca de aquí y él hará de modo que al despertar la halle á mi lado?

El recuerdo de su gesto irónico lo hizo temblar un momento, temiendo lo primero; pero el deseo de felicidad, que siempre inspira confianza, lo venció al fin y se abandonó sin recelo á esperar lo segundo.

¡Cuántas sombras risueñas pasaron por su mente! Su conciencia y su corazon hicieron las paces, y el gusano del remordimiento se transformó en ángel halagüeño. En su transporte se arroja á los brazos de T. y vuelve á ver en la cara que este escondia un aire aun mas aterrante.

Estremecióse á su pesar, perdió por primera vez su enteresa y casi fuera de sí miraba en torno suyo, como un pusilánime cercado de estraños peligros. Pero el miedo no podia entrar en aquel corazon sin causar una reaccion extraordinaria.

De repente, súbito como el rayo, se planta frente á frente con T., y con ceño y acento aterrador, le dice, "¿á qué ese misterio, ese sarcasmo y ese gesto que pareccn muecas que me hiciese un demonio ven-

gativo que me atisbase escondido en tu cabeza? Parece como que ese demonio por una inícua vanidad asomase en tus miradas, en tus expresiones y en tu sonrisa porque no contento con atormentarme, se gozase en escarnecerme y befarme. ¿No he presentado mi corazon á tu acero? ¿No te es bastante el matarme? qué! quieres mas? Dímelo. Lo que quieras me lo haré yo mismo ó me lo dejaré hacer por tí, pero que otro no me toque. Sábete que no hai cadena que resista á mi furor si profana mi cuerpo uno en cuyas venas no corra la sangre de Almabella."

Entónces T. convencido de que era imposible realizar el designio de encadenarlo y que veia que debia renunciar para siempre á él, si lo malograba al sorprenderlo dormido como habia pensado, resolvió en su sed de venganza llevar su traicion hasta abusar de la inconsiderada generosidad con que se le presentada su víctima, y haciendo un último esfuerzo para fingir, le dijo,—"El misterio que tanto te espanta nace de mi desconfianza, y esta viene de la experiencia que tengo de lo que es tu fe. Recuerda nuestra entrevista en Maracay. Ahora la casualidad te me presenta, ó mas bien el destino clamando venganza; pero tú mas fuerte que el destino desarmas mi cólera fingiendo entregarte á ella. Otra vez hiciste lo mismo, y desapareciste sinembargo, y jamas habria vuelto á verte sin ese cielo justiciero que te arrojó á estas playas para reducirte á la alternativa de casarte ó morir ó matarme. En Maracai me engañaste, y cuando yo, ella y la familia entera bendeciamos tu nombre, y que viéndote como un salvador generoso regábamos de lágrimas ardientes la carta en que enviaste tu palabra; en ese mismo instante, perjuro, atravesabas los mares huyendo de tu víctima y de tu juramento y te ibas á lejanas y brillantes regiones á lanzarte tras la gloria, olvidando la familia que sumias en la afrenta. Sí, es esa justa desconfianza la que me desespera. Esta noche sin duda desaparecerás abandonando desnaturalizado esa inocente infeliz que deberá desde entónces renunciar para siempre al mónstruo que le dió ser."

Gullemiro fuera de sí se precipita sobre él, gritándole: "dónde está, cruel, esa hija adorada? ¿Te complaces en martirizarme presentándome las imágines de los objetos que me robas? ¿Qué quieres que haga para infundirte esa confianza que tan necesaria nos es? ¿Crees que me voi? Pues bien, encadéname de modo que no pueda moverme y vuela á traerme á mi hija, á tu hermana y á un clérigo."

T. aprevechando aquel instante de ceguedad, le dice: "sí, así y solo así te creeria, pero esto es imposible." Y para comprometerlo mas resolvió fingir un rasgo noble. Este era el mejor modo de encadenar el alvedrio de aquel desgraciado y el mejor modo de asegurar sus negros designios. Dícele: "Gullemiro, te perdono, pero huye de mí: tus

prendas pueden alcanzar mi perdon; pero me es imposible olvidar que has sacrificado á mi hermana y á tu hija y que me burlaste en Maracai, y estos recuerdos me hacen tu presencia insoportable. El temor de una nueva burla, el de recrudecer la pena de mi hermana y el deseo de responder dignamente al heroismo con que al verme arrojaste tus armas, me hacen volverte tu libertad. Tú huiste una vez de mi hermana: sin duda no la amabas. ¿Y la amarás ahora? No, que le tengas lástima, sí lo creo; pero la lástima no hace feliz á una mujer tierna y que adora. Es verdad que se dice que te caracterizan la sinceridad y la nobleza; pero prueba que no me engañaste en Maracai y entónces tendrás derecho á mi confianza. Es inmaginable la agonía á que me reducen la esperanza que me das y mis justos recelos. Y pues que te perdono y te vuelvo tu libertad, y que tu presencia me atormenta á mi pesar, huye, huye para siempre y bendice el accidente que te vuelve tu libertad y la seguridad de que renuncio á la venganza.

Interrumpióle Gullemiro diciéndole: "basta para insultos, basta ya, el hermano de mi esposa debe tener alguna compasion por mí. Un favor voi á pedirte; jura que me lo harás."

La venganza sonreia y se saboreaba, pero sin dejarse traslucir.—"¿Cómo quieres, respondió, que jure sin saber qué?"—El sabia mui bien pero queria asegurarlo, ó mejor, estaba ya tan seguro que jugaba con la seguridad.—"No, replicó Gullemiro, jura á ciegas ó no jures, ¿podria yo engañarte? Mírame y dime si es posible, si lo temes."

T., que no osaba verlo, no pudo ménos que estremecerse al noble aspecto de aquel héroe desventurado, y aun en aquel trance mismo, fingiendo una sencilla confianza le dijo: "sí, lo juro." "Pues bien, dijo Gullemiro,—llama á tus esclavos y cárgame de cadenas al instante."

El lance mas crítico habia llegado, el fingimiento debia redoblarse, ó todo era perdido. Aquel goze mónstruo que, en instantes tales, anima al sediento de venganza, retozaba en el corazon de T. Tomó una continencia severa para esconder el inícuo placer que lo agitaba. Ya llegaba el instante de cebarse en su presa.

Volvióse, llegó á la puerta, y á su voz se presentaron los restantes de los diez esclavos que lo habian asaltado. Estremecióse Gullemiro al verlos y clavando sus ojos en T. le dijo bien claro con su mirada: ¿Es posible que me hagas encadenar por esos desgraciados? ¿te faltan acaso brazos con que hacerlo tú?

Tan clara fué la queja de sus ojos que T. le respondió así: "tales son las emociones que me afectan que yo no puedo: ademas siendo esa prision tan contraria á mi querer, permíteme que no me rebaje hasta ese punto."

Que cruel le era ya el fingimiento, sobre todo cuando á su pesar ad-

miraba mas y mas la virtud de aquel infeliz y se convencia de su ciega pasion por su hermana. Púsose las manos sobre los ojos y se recostó contra la pared casi resuelto á echarse á sus pies, confesarle su intencion é implorarle perdon ; pero la sombra de su hermana ciega le hizo ver el matrimonio como imposible y como necesaria la venganza.

Durante una meditacion tan grave el abandono era inevitable, y el aspecto de T. hizo estremecer á Gullemiro. En fin, el génio del mal venció y su última resolucion fué un aborto del infierno. Cuando se inventa algo de extraordinario, hasta la maldad misma se gloría.

Una sonrisa irónica y vanidosa circuló un momento sobre los labios de T. Su aspecto mudaba á cada instante, y Gullemiro veia claro en sus ojos las negruras de su corazon. Serenóse al fin T. y ya sus ojos pudieron disimular y sus labios engañar.

Llegan los esclavos con las cadenas y suena ya el instante disisivo. Se estremecen entrámbos, y hasta los esclavos tiemblan. Míranse los unos á los otros, quedan mirándose largo rato y auméntanse el silencio y el horror. Los africanos, que se hacen del valor una divinidad, veian con involuntaria veneracion á aquel gigante triste que contra diez hércules valientes habia hecho en ménos de un segundo mas estragos que un rayo.

Su compasion y su reverencia por él aumentaron sobre todo cuando uno de ellos les contó que una vez en Carácas habia dado á un pordiosero una pedrada en la cabeza y que habiéndolo visto Gullemiro desde la ventana en que estaba con Almabella, hizo que esta lo mandase á conducir el pobre á la casa y que allí Gullemiro al mismo tiempo que curaba cuidadosamente la herida del infeliz, le habia hecho al son de los quejidos de este, unas tan tristes reflexiones sobre la crueldad, que lo habian hecho llorar. Que despues habia suplicado á su señora que no lo castigase para que pudiese serle útil la leccion que le habia dado. Que habia hecho que él mismo fuese por los remedios y se los administrase durante la noche.

Este esclavo contó á los otros la grande diferencia que existia entre las impresiones que habia sentido al dar al pobre la pedrada y al darle auxilios de la piedad. Les confesó como se habia sentido al mismo tiempo contento y orgulloso del servicio que hacia á aquel miserable y como arrepintiéndose de todo su corazon de su crueldad habia pedido mil perdones al limosnero, y se habia jurado, en medio de los mas santos transportes, el abrazar la virtud como solo camino de la felicidad. " A él debo, les decia el buen esclavo, mi decision por todo lo que es noble y puro ; á él debo el amor que tengo á la hermosa virtud, la compasion que me inspira el mal ageno y la confianza con que espero la misericordia de Dios."

Al fin rompió Gullemiro aquel terrible silencio, diciendo con entereza : " amigos mios, aquí teneis mis brazos, encadenadme." Los es-

clavos horrorizados dieron un paso atras y miraron á su amo con ademan de suplicarle en favor de Gullemiro. Indignóse T., pero su iniquidad ya resuelta le hacia fácil el disimulo y así les dijo, " no es esta mi voluntad, es la suya."

Esta especie de satisfaccion dada á esclavos por un amo altanero, las terribles miradas que se crusaban entre sí los esclavos como amenazando á su amo y las miradas de humilde compasion con que ofrecian á Gullemiro el salvarlo á costa de sus vidas, nada se escapó á este y tal fué la confianza que le inspiró el noble rasgo de los esclavos, que ya no temió mas la negra traicion del amo, que todo le presagiaba.

Levantóse y acercándose á los esclavos con ademan lleno de confianza y de cariño, les dió, en solo una mirada, las gracias mas espresivas y les ofreció el apoyo de su brazo y de su corazon. Tomó de la mano de uno de ellos una especie de máquina que sirve para atar las dos manos entre sí y que llaman esposas, y relacionando á su suerte el nombre de aquella cadena, volvió hácia T. y le preguntó el nombre de ella suponiendo ignorarlo.

T. le respondió, se llaman esposas, á lo que él replicó al instante. " Esta es la esposa que tú me das, la sola que espero de tí, pues que tales son tus intenciones que te horrorizas de ponérmelas tú.

" Me las pondré yo mismo, ¡ infeliz de mí cuando no pueda ya quitármelas ! ¡ Qué generoso eres; te pido mi esposa, una sola, y en vez de una me das esposas; pero qué esposas ! ¡ Ah ! Sin duda ella ha muerto llorándome y tú quieres vengarla. Tú tienes razon. Yo veo en tus ojos su triste sombra que te ruega que me perdones; pero no la escuches, véngala, arrójame de este mundo al en que ella habita."

De nuevo T. habia caido en la incertidumbre y su silencio y su gesto anunciaban la lucha de su conciencia y de sus siniestras intenciones. En instantes tales no hai esfuerzo que valga, el corazon sale á los ojos y Gullemiro vió en el de T., que el cerrarse aquellas terribles esposas seria arrojarse en un abismo sin fin.

Sin embargo, cierto de que el modo de saber la verdadera suerte de su amante era el cerrarse las esposas que le daba T., solo medio de hacer estallar su venganza, decidió aventurar todo por saciar las ansias furiosas que tenia de saber si ella vivia ó no, á lo que lo animaron las siguientes reflexiones.

" Si ella viviese, sin duda que él preferiria casarla conmigo á vengarla de mí mismo. ¡ Ai, cruel claridad de la razon ! No hai duda, ella no existe, ni la duda me consuela. Y sí, como es casi cierto, ella no existe, no es posible que él invente para atormentarme crueldades mas terribles que la muerte y sin duda que sin ella esa muerte es el solo bien que me resta. Padre de mi alma, un pensamiento á tí, perdóna-

me : mis extravíos y las penas que ellos te cuestan vienen de la fatalidad pues que no puede evitarlos el fervor con que te quiero.

" Dulce madre, desaparecíste cuando mi corazon demasiado jóven aun no podia enternecerse con los puros halagos del amor de madre. Un dia estando ya hombre, dia de compuncion y de duelo, tu vieja madre reunió tus tres hijos para repartirles algunas prendas que nos habías dejado y algunas oraciones de tu devocion que habias compuesto para nosotros. Al sentirme en la mano tu sortija el cuerpo me temblaba y tenia el alma arrobada por que me parecía entrar bajo la proteccion de Dios. Tus tres hijos tenian el corazon henchido de tu amor y del pavor religioso de aquella ceremonia solemne. Volvíamos la cara para ocultarnos nuestras lágrimas y la emocion que nos rendía, pero á la voz de tu madre, nos vimos los cuatro y hallándonos anegados en el mismo llanto y todos despeluzados nos precipitamos á los brazos de nuestra abuela y allí lloramos por primera vez á nuestra madre. Ese dia no se oyó en la casa el ruido mas lijero, parecía que temíamos despertar su apacible sueño. ¡ Oh madre de mi alma, bienaventurada sin duda ! ¿ por qué no pude yo gozar una vez en tu mirada de madre, esa ternura de las entrañas que nos dieron vida y que nada tiene de semejante ? Desde ese dia fuí mas severo en mi virtud. Cada vez que mis hermanos hacian algo que no me parecia bueno, les enseñaba tu sortija, madre mia, y al punto, como si sonase la voz de Dios mismo, seguian mis consejos con empeño y con pasion. Si en mis arrebatos fatales tenia tiempo de pensar en tu sortija ó si la veia por casualidad, al punto me aplacaba y me hacia el servidor de mi enemigo sin que nadie entendiese el por qué. ¡ Cuánto mejor me hizo esa mágica sortija ! Ella fué siempre el talisman de mi virtud. Desde que salió de mi mano parece que soi mas débil, y tal vez, ai, culpable.

" Despues nos repartieron tus oraciones, piadosa madre de mi corazon. Ellas tenian un tal sello de virtud y de piedad que me enternecieron hasta el llanto y el arrobamiento religioso. Una de tus hermanas, digna de serlo, se encargó de repartirlas entre ella y tus tres hijos. Yo, por derecho del mayor, escogí una dirijida al mismo Dios como la mas acorde con mis ideas, dí copia de ella á mis hermanos y regalé las otras á mi tia. ¡ Qué noble idea te hacías tú de Dios ! ¡ Qué moral y qué religion tan sublimes basadas solo en la piedad !

" Bendito el destino que, dándome por norte en el procelozo mar de mi vida una estrella tan borrascosa, quiso salvar de mis tormentos á mi tierna madre pasándola al mundo de Dios en el cual toda madre, cierta del pronto y eterno bien de su hijo, lo ve tranquila sufrir los males pasajeros del mundo de los hombres. Sus lágrimas habrian tal vez cambiado mi destino : el dolor de una madre es omnipotente en el corazon de un buen hijo. ¡ Ah, madre, si hubiéras vivido me habrías salvado de

mis pasiones, y yo no seria hoi víctima de mis víctimas. Es la madre la que forma el alma y la que le sirve de talisman.

" Apodérase de ella la fiebre del amor desde que siente á su hijo palpitando en sus entrañas: y llora ya previendo que él ha de sufrir. En vano la lei de la razon en ciertos casos condena al hijo y en vano la salva la ciencia, la lei del dolor de madre la condena casi siempre á no sobrevivirle. Si felizmente el hijo ve la luz, respira, grita : insensible á su dolor solo siente la anciosa sed da acariciarlo. Lo mira y lo remira y su imágen y su primer beso se gravan eternamente en su alma. Disípanse las angustias en que la tenia el temor de no lograrlo y resolviendo conservarlo á todo trance y previendo justamente contratiempos y malhechores, se encrespa furiosa como la Leona que ve en peligro su cachorro, y desde aquel momento hasta el último de su vida carga en su semblante aquella viva espresion de cuidado y de resolucion que caracterizan la tierna madre.

" En todo dolor la mujer es mas valiente que el hombre; pero cuando su hijo padece ó muere, se desploma como alma rota y busca la obscuridad y el silencio, imágenes de la noche en que duerme su hijo y por la que ella anhela.

" El misterio de la vida en el seno materno explica el del dolor de madre. Un pedazo de su alma anima á su hijo: el alma de una madre no es una alma entera sino contando con la de su hijo, y cuando este muere es que se arranca aquel pedazo del alma de la madre. Madre mia : el pedazo de tu alma que me entregaste puro, yo te lo vuelvo hoi criminal. Pero siempre me amas, siempre eres mi madre, pide á Dios mi perdon, que yo voi á presentarme á él......"

Miéntras Gullemiro se abandonaba á estas tristes reflexiones, T. lo dejaba con gusto, porque creia por su semblante que pensaba en algo que lo afligia.

Al fin volvió sobre sí Gullemiro y halló á T. aparentando esperar con impaciencia su decision para mas atormentarlo.

Gullemiro se cubrió los ojos con las manos como para abstraerse mejor y hacer un último esfuerzo en aquella meditacion decisiva. En la oscuridad que así se hacia vió de nuevo la sombra de su madre y le dirigió este pensamiento: " Dulce madre: si velas sobre mi suerte lastimosa indícame la manera de salvarme con dignidad del trance en que me encuentro."

Aquella sombra tenia para él una forma tan fija, que mas le parecia una realidad que una sombra, y la exaltacion en que se hallaba, aguijando su fantasía, realizó su ilusion hasta ver corriendo lágrimas por la mejilla macilenta de su infeliz madre, y sacando de entre sus manos su pálido rostro mas rojo que el fuego se halló bañado en llanto. Vió á T. como podia verlo en tal instante y éste con

sonrisa despresiva le dijo: "¿lloras, qué temes, no eres libre?"—Al rojo de la llama sucedió la helada palidez de un despecho concentrado y le replicó desatentado y balbuciente: "¿Dices que lloro de miedo. Existe ni jamas existirá quien tenga derecho á decirlo? Respeta al que tu hermana ama tanto: no abuses del derecho que te da sobre mi una sangre que parece quieres mancillar insultando sin nobleza á un infeliz que ancia por ser tu hermano y que daria sin pena la vida por merecer tu amistad. Ni me acordaba que estaba en tu presencia. Esas lágrimas las arranca el que, consultando los manes de mi madre sobre si tú quieres matarme ó insultarme, he visto en mi fantasía correr amargo lloro sobre su triste sombra y sin duda que esa sombra no llora la muerte que nos reune."

A la mirada preguntadora de que Gullemiro acompañó esta última idea solo respondió. T con un gesto infernal, al que sucedió una honda meditacion en cuyo abandono dejaba traslucir las siniestras sombras que lo agitaban y la lucha de su conciencia. Cuando hai un dolor que desespera, la venganza sufoca la conciencia; su resolucion fué la anterior. Al volver en sí T. su semblante era siniestro. De repente recordó el juramento que le habian exigido su Padre y su hermano R. de no vengarse jamas si encontraba á Gullemiro, y no pudo ménos que estremecerse al pensar cual seria la causa de tal exigencia.

Estos le habian ocultado la razon que para ello tenian, de miedo de una indiscresion. El por su parte atribuia este cambiamento al genio astucioso y seductor de Gullemiro, y viéndolo con mezcla irresistible de admiracion y de terror, no pudo ménos que excusar la debilidad de su hermana con un hombre compuesto de tal cuerpo y de tal alma, sintiéndose por otra parte inclinado á creer que tal hombre era incapaz de una pérfida seduccion.

Tentado por la ocasion y temiendo verse otra vez burlado se inclinaba á vengarse: pero amando casi á su víctima por su grandeza, cayó en una de esas dudas terribles cuya decision puede ser funesta y no da tiempo á reflexionar. Ocultó la cara para ocultar su desconcierto y se abandonó á reflexionar sobre el juramento hecho á su padre. Su meditacion le presentó tan al vivo la inocencia de Gullemiro y su propia iniquidad que, sintiendo en su fantasía como ya realizada la consumacion de su venganza, saltó involuntariamente olvidando donde estaba y presentó á Gullemiro y á los esclavos, un semblante lleno de espanto y de lágrimas.

Gullemiro, creyéndolo ya arrepentido, le tomó la mano y le dijo con una dulzura penetrante: "¿acaso tendrás miedo tú cuando los que te cercan somos todos tus esclavos? Ya vez amigo mio, como el temor no es la sola causa de las lágrimas." T. atravezado hasta el alma por esta queja noble y cariñosa, le apretó fuertemente la mano que él le tenia, y

tirándola de repente, le dijo con inesplicable cambio de aspecto. "¿ Sabes lo que arranca mis lágrimas ? Es la irresistible compasion que me da tu suerte. ¡ Qué suerte tan tremenda la nuestra ! La tuya por ser la víctima y la mia por ser"...... "verdugo," añadió Gullemiro.

Despues del horroroso silencio que siguió á aquella confesion, Gullemiro le dijo ; "así debe ser : entre enemigos nobles debe haber franqueza. Si yo pudiera ser tu enemigo te lo confesaria como tú me confiesas que serás mi verdugo. Esa caballerosidad me hace confiar en tí, ¿ no es verdad que no me insultarás ?.... silencio...... Tu silencio me responde que sí lo intentas y yo te respondo echándome las cadenas que no te creo capaz de tal bajeza por mas que tú mismo me la anuncies."

En este instante consideró las funestas consecuencias de su temeridad ; sin embargo tomó de nuevo la cadena del esclavo que resistía á dársela, tomó en la suya la mano del esclavo y cerrándola con expresion triste le dijo en voz baja estas palabras : "hasta la muerte conservaré en mi memoria al que me vuelva la libertad que yo me quito, si un vil paga mi confianza con el insulto." Terminando estas palabras presentó á T. sus brazos ya inútiles. Este, que estaba en uno de los instantes en que lo dominaba la venganza, creyéndola ya segura no pudo mas disimular sus crueles intenciones que se declararon en su sonrisa y en su mirar insolente.

"¿ Con qué solo te espanta la vejacion y no la muerte, Gullemiro ? Hicíste mal en rebelarlo, pues bien debias temer que la venganza tratase de herir la parte mas sensible. Llegó el instante en que sin recelo te declaro que mi venganza será infinitamente mas espantosa que la muerte. No quiero martirizar tu cuerpo que endurecido en la pelea te permitiria morir como héroe : acribillaré tu alma sensible : tu dignidad y tu porvenir todo, serán víctimas de un golpe solo. No morirás, vivirás sí despreciable, tu solo consuelo será maldecir.

"Si hubieras previsto lo que te espera, á pesar de tu generosidad habrías hallado un vivo placer en matarme. La hija que idolatras y su madre, mas cara aun, serán los solos resortes de tu corazon que yo lastime, y sin duda que lograré el verte vivir humillado y espirar blasfemando y llorando. Tú, seductor, tú te arrastrarás á mis piés, y te arrastrarás en vano. Desde que ví á mi hermana humillar nuestro nombre prosternándose en valde ante tu imágen, juré ó morir ó vengar mi nombre haciéndote arrastrarte ante mí é implorar mis desprecios.

"Ese cuerpo de bronce no sufrirá en nada, pero á tu alma la cercarán de contínuo el escarnio, el espanto y el martirio."

"¿ Y crées tú, le replicó Gullemiro, que me sea imposible el salvar-

me de esta cadena?" "Sí, te es imposible, respondió T. ¿á quién pedirás socorro? ¿quién osará acordártelo?"

"Yo, gritó el esclavo á quien Gullemiro habia dado la mano, y precipitándose sobre este lo soltó al instante. Gullemiro alzándose y con tono terrible, le dijo:—"ya vez temerario como tu innoble conducta escandaliza tus propios esclavos, que fieles á la virtud castigan tu estravío con ese rasgo sublime para ellos y bochornoso para tí......"

T. enfurecido se arroja sobre el esclavo sacando su daga y en el momento en que iba á atravesar aquel pecho generoso, Gullemiro salta á su encuentro, arrebátalo por la mitad del cuerpo y sacudiéndolo en el aire hace saltar á distancia la daga. Fué tal la sacudida que dió á T. que este creyó por un instante que lo iba á hacer saltar en pedazos. Repuesto un tanto T. hizo al esclavo una terrible señal de amenaza. El esclavo respondió con una mirada desdeñosa, y viendo al mismo tiempo á Gullemiro con completa confianza, le hacia ver que á su lado nada temia.

Gullemiro conociendo lo que comprometia á aquel infeliz esclavo con un hombre de quien él no se atreveria á vengarlo, y aburrido de la vida dando por cierta la muerte de Almabella, dijo á T.: "te pago la libertad de este esclavo con la mia; desde el momento que él se ponga á salvo de tí, yo volveré á mis hierros."

Sí, dijo T. y al mismo tiempo el esclavo dijo, "no, no, yo no quiero mi libertad á ese precio," y olvidando que era esclavo queria por fuerza conducir á Gullemiro á la puerta rogándole que huyese. Gullemiro se dejaba conducir por pena de que aquel hombre generoso creyese que él despreciaba su condicion de esclavo; pero cual fué su dolor cuando el esclavo le dijo al oido, "¿para qué esponerse á las crueldades de mi amo cuando su hermana ya no existe?"

Arrebatáronlo súbitamente los transportes del último desespero y poniéndose de un salto al lado de T. le dijo: "á nombre del honor, asegúrame la libertad de este heróico esclavo y yo te juro á nombre de mi honor, aun no mancillado, que al instante me dejaré cargar de cadenas hasta las pestañas."

Serráronse las manos en medio de aquel silencio que tanto solemniza á un juramento. En aquel momento la casualidad de una borrasca que se acercaba esparció un oscuro sombrio que dió á la escena un aspecto mas horroroso y que hizo estremecer á los que la contemplaban. Todos estaban en la mas cruel agitacion escepto Gullemiro, que enteramente abandonado á la desesperacion, ansiaba por la muerte ó el martirio y que indolente á todo desafiaba el rayo que tronaba sobre su cabeza.

" T. ya desmascarado repetia con terrible sonrisa: "hasta las pestañas......" como si hubiese relacion entre su venganza y aquellas palabras de Gullemiro. El pobre esclavo ardia en deseos de cambiar aquella resolucion de Gullemiro, pero pasmado al ver en sus arrebatos

y en sus miradas que era imposible influir en su corazon, se contentó con esclamarse: "todo está perdido, ¡infeliz, si supiera lo que le espera!"

Con tal acento vertió aquella última queja que Gullemiro conmovido hasta lo mas hondo del alma, le tocó la espalda para hacerlo volver de la pared sobre que se habia dejado caer. Vuelve, y su rostro como un carbon inflamado parecia reflejar las llamas del infierno que veia abrirse á los piés de Gullemiro. Este le dijo: "nada tengo que perder, aborrezco la vida, qué tanto temes por mí? ¿Qué temes, dí, qué tienes? tu cara es la imágen del infierno...."

"No, replicó el esclavo, no es la imágen del infierno, es la imágen de otra cosa mas horrorosa aun, es la imágen de tu suerte......" Esta sentencia pronunciada con la espresion de la verdad anonadó á todo pesar á Gullemiro el que despues de un momento, le dijo con cariño y con acento lastimoso, "amigo mio, mi mal, cualquiera que sea, es ya irremediable; necesito para sufrirlo mi entereza toda, por Dios no me acobardes. Déjame afrontar con altivez mi último dolor, déjame morir con dignidad."

Volvió á ver al esclavo, á quien este lamento suplicante habia amargado mas el alma, y vió dos ojos como dos centellas ó mas bien como los dos cráteres fulminantes del volcan que borbotaba en su pecho, y de estos ojos corrian grandes lágrimas cristalinas sobre su rostro firme y puro como el hierro.

Cada mirada era un rayo, cada palabra era un trueno, y las lágrimas que surcaban sus mejillas eran como una vertiente clara corriendo de un cráter inflamado, ó como la gota preciosa que un ennegrecido nubarron arroja en medio del relámpago y del trueno. Al instante, como fiel espejo que siente el objeto que lo afecta y que le vuelve fielmente su imágen, así el reconocido corazon de Gullemiro presentó en tristes lágrimas la imágen de las lágrimas amigas del buen esclavo.

Gullemiro completamente abrumado con tanta pena y comparando con horror el amo y el esclavo, no pudo ménos que esclamar paseando su mirada sobre entrámbos: "¡qué diferencia!" T. con cólera mal disfrazada le dijo: "ciertamente, la diferencia es grande entre un amo y su esclavo, ¿halla usted otra diferencia?" Espera, le respondió Gullemiro, no quiero enconar mas tu rabia contra ese desgraciado cuyo solo crímen para tí es el ser noble y generoso, el serte diferente. No concibo como es posible que un hermano de Almabella ultraje la virtud con tanta impavidez, como si no tuviese conciencia."

Sintiendo Gullemiro que ya no podia reprimir mas tiempo su despecho, quiso ántes de abandonarse á él alejar al esclavo, le dijo que se retirase y viendo que la obediencia y la desesperacion se combatian en

el pecho del heróico africano que habia arrostrado la muerte por soltarlo, lo acompañó hasta la puerta colmándolo de halagos amistosos, y quitándose la sortija de Almabella la metió, con un papel que escribió allí mismo, en una bolsa de dinero que entregó al esclavo diciéndole: "el dinero es tuyo, la sortija y ese papel son para mi hija, entrégaselos donde quiera que esté y á todo costo y riesgo: búscala hasta encontrarla, quiérela mas que á mí, cierto que te bendeciré desde el sepulcro. Conozco tu corazon, y tranquilo al dejar en este mundo un apoyo á mi hija, corro contento al otro en busca de su madre."

Miéntras hablaba de su hija, lo interrumpian algunos sollozos que él comprimia, y el esclavo, afligido hasta el extremo, y no pudiendo hablar por el nudo que el dolor le echaba á la garganta, tuvo que recurrir al lenguaje de accion tan expresivo en aquellos que están dotados de pasiones violentas y privados de la palabra: paróse bajo el umbral de la puerta, besó la bolsa, escondió sobre su corazon aquel depósito, clavó en el cielo sus ojos de fuego, como haciéndolo responsable de su lealtad, dobló humildemente una rodilla y con un mirar lastimoso pidió la mano á Gullemiro, la tomó y besándola la regó de lágrimas.

Levantóse despues súbitamente, miró á T. con un gesto terrible y volviendo hácia Gullemiro con expresion de desconsuelo lo contemplaba estático. Su fisonomía sufria las mas súbitas mudanzas, parecia arrojar del corazon un torbellino de pasiones que chocándose producian en su semblante un efecto análogo al del huracan cuando agitando el polvo en mil direcciones diferentes le da otras tantas formas. En fin su dolor llegó á aquel extremo en que hace por fuerza gritar y dando un lúgubre alarido corrió como asombrado y desapareció al instante.

Confusion de un seductor.—Delirios de Almabella.—El amor es tal vez la pasion mas fatal.

A proporcion que él se alejaba aumentaba el desatino de Gullemiro que viéndose ya sin apoyo, sentia que la tierra huia bajo sus piés y que huyéndole le abria un abismo inevitable y sin fin. Sinembargo, no pudiendo su virtud severa ver una bajeza sin exasperarse, lo reanimó el despecho de la que lo sacrificaba, y llegándose á T. con firmeza le dijo: "respetando en tí el objeto mas caro á mi corazon he querido esconder de la vista humana, las vergonzosas manchas que echas sobre tu nombre. Oye ahora á solas la diferencia que hai entre tú y tu esclavo. Su heroismo lo hace digno de admiracion: tu vileza merece execracion

Aquel corazon esclavo nutre la virtud y esa virtud se exhala en aquellos rasgos generosos. Tú, al contrario, no solo te degradas de la nobleza y de la virtud humana, sino que tambien te degradas de la condicion de racional y abandonándote á la ferocidad mas brutal, te gozas en atormentar el alma del mas tierno y mas fiel de tus amigos.

"No sospeches siqueria que te llame amigo porque te tema, si no me conoces bastante para saber que Dios me destinó á no temblar jamas, sábete que no te es posible hacerme mal y que á tu venganza solo es dado, acabando conmigo y con mi pena, el hacerme el mayor bien que es posible hacerme. Siento solamente que al momento mismo en que muero por tu hermana, hagas tú mismo su nombre indigno de mis lágrimas. Por el honor de tu nombre dime, ¿ qué piensas hacer conmigo "?

" Mas que matarte " respondió T. con torbo gesto......Ambos callaron y T. escondia su vista de Gullemiro que la buscaba con mil ansias. En valde la busca......le huye, el bochorno es inherente al crímen. Al fin Gullemiro en la mas cruda exasperacion le dijo: " mónstruo, ¿ cómo te es posible, sin estremecerte, llevar el crímen á estremo tan espantoso ?"

" Basta, replicó T. con frio desprecio; silencio, esos insultos que me haces por el honor de mi nombre, hacen ridículo tu pretendido honor, cuando una vil cobardía te reduce á no cumplir tu palabra. ¿ Con qué desfachatez osa tu miedo invocar el honor de mi nombre? ¿ No se te estremece el alma, si tiene alma un mónstruo, al hallar en lo hondo de tu conciencia gravado con sello del infierno, que solo tu infame seduccion mancilló mi nombre puro, y que abandonando despues la hermana en que lo manchaste la hiciste morir de dolor y de vergüenza?

" ¡ Qué diabólico descaro no te fué necesario para inspirarnos confianza decantando tu honor, al mismo tiempo en que con artificiosa seduccion traicionabas el nuestro, abusando del candor de mi infeliz hermana á quien tus fingidas prendas fascinaron hasta hacerte su solo Dios! Y despues, cuando ella te sigue, poniendo el océano inmenso entre ella y tú, la condenas á espirar en las playas de la Patria, al agotarse las lágrimas en que tu crueldad la deshizo toda entera.

" Allí, su amargo llanto corriendo al vasto piélago, hizo un hondo surco en un férreo peñazco ménos duro que tu pecho. Allí saciaba su dolor con lágrimas que la infeliz se tragaba á veces de miedo de agrandar los mares que te alejaban. Allí la hallaba el tierno sol de la mañana, el abrazador del medio dia y el pálido sol de la tarde, y allí la hallaban tambien las estrellas que esmaltan las tinieblas. Absorta en la contemplacion de tu sombra, olvidaba los peligros que allí corria, y en su demencia no me oia nunca acercarme por mas ruido que hiciese.

"¡ Imagínate, bárbaro, cuántos pedazos me haría el corazon su do-

lor tan atroz ! De noche iba siempre á recostarme detrás del peñazco sobre que se montaba para poder ver mas léjos, tal vez en la incensata esperanza de alcanzarte á ver del otro lado del mar, en ese remoto mundo á que le huiste. Creo esto porque frecuentemente despues de hablar con tu sombra y de hacerte mil caricias, cuando ya creia haberte seducido con sus ternuras, que imaginaba debias sentir donde quiera que estuvieses, ó cuando creia haber seducido al mismo destino; te decia: " déjate ver un instante, Gullemiro adorado; un solo instante, asoma la cabeza solo, tus ojos aunque sea: " y se empinaba en las puntas de los piés y echaba sus ávidos ojos al horizonte lejano, esperando que tu cabeza se le presentase por encima de la convexidad de los mares, y cuando, ya fatigada de esta posicion y sobre todo postrada al dolor de no verte, caia tendida sobre la peña, aun en ese estado repetía constantemente: " dulce amigo, mi Gullemiro, asómate un instante, tus ojos, tus ojos solos." El relato de los delirios de mi hermana debe atormentarte y por eso voi á hacértelo con toda la exactitud posible.

" Imagina, mónstruo, las irrevocables maldiciones que arrojaba yo sobre la misma sombra ante la cual mi hermana, en su incensato delirio, se prosternaba como ante un Dios, y le decia. " Perdona ídolo mio, unas lágrimas que me arranca mi infeliz idolatría y no mi desconfianza. Yo te espero como el mesías de mi felicidad, pero miéntras tanto ten compasion de estas lágrimas que enjuga tu sombra hermosa.

" No te aflija mi pena extrema, no es tu culpa, la culpa es del creador que quiso vanidoso hacer en cada especie diferente de cosas, una tan grande que probase su omnipotencia, y habiendo organizado mi corazon como para el mayor de los dolores, halló que solo tú, deidad terrestre, podias causarme ese dolor predestinado inspirándome el amor mas tierno y abandonándome despues ni piedad tuya ni esperanza mia.

"No, inocente Gullemiro, no acerbes con tu dolor mi desesperacion. Tu felicidad es la mia: yo soi tú mismo, yo no soi yo desde que enamorada furiosa al solo verte y enternecida mas y mas con tus pensamientos y tus caricias, me robaste el alma toda entera y la alojaste en ese generoso corazon en donde yo me veia á mí misma al traves de las niñas de tus ojos. Sí, por esas niñas preciosas veia yo mi propia alma jugueteando con tu corazon y colmándolo de caricias exquisitas. ¡ Como tu enternecido corazon agasajándome el alma rebozada en delicias divinales!

" No es una quimera que yo me hago: sin duda que mi alma está en tu corazon y que yo siento la tuya en el mio. ¿ Qué es el alma, sino el pensamiento? ¿ Y nuestros pensamientos no se pasaron del uno al otro por la palabra? Si no hemos hecho un cambio completo de nuestras almas, al ménos las hemos entremezclado y ya ninguno de los dos

es lo que fué, ni será lo que habria sido, sin esta confusion de nuestras almas.

"No podemos olvidarnos ni ser felices separados, nuestro destino es uno solo. Pero, ¿era tu alma acaso insensible á los amores dela mia? Yo fuí tuya de corazon y de alma, pero ay, de mi, ¿me amó solo tu corazon? No me amó acaso tu alma? ¿Fué la mia indigna de la tuya? ¿Mi virtud y mi confianza no merecieron acaso la virtud tuya ni siquiera por gratitud? ¡Dulce Gullemiro, amor sagrado, no, no, te juré no creer en esto sino á tí mismo, te lo cumplo y aun mas, por defenderte, creerte noble y creerme amada, iré hasta acusarme á mí misma y hasta acusar á Dios.

"Tú solo eres el puñal sin voluntad y por tanto inocente de que usa el predestinador para hacerme el mal de que solo él es culpable. Solo á su voluntad suprema se dirigen mis lamentos. Inocente ídolo mio que una suprema crueldad condena á la pena de arrojarme á este abismo y de abandonarme á sus tormentos: no temas que me arrepienta de mi amor por el infinito mal que me cuesta: la afrenta misma de tu víctima es su gloria, porque sabiendo apreciarte sabe que mas vale todo mal por tí, que todo bien por otro.

"Bendita sea mi predestinacion malhadada, pues que para cumplirse era menester verte, oirte, acariciarte y adorarte como una fugitiva sombra de felicidad ó como el representante terrestre de ese verdadero Dios que patentisaste á la luz de mi razon y tras el que en vano habia vagado en erróneas congeturas. A tí te debo una racional conviccion en la existencia de mi Dios, la tan dulce confianza que tengo en su bondad y la digna manera de adorarlo que me enseñaste. A tí debo instantes que me envidiarian los habitates mismos del paraiso........... envidia que tal vez nos separa......

"¿Es acaso olvidable la noble moral á que me exortaba tu alma sublime? No, mi dulce amigo, su memoria me enternecerá hasta el último suspiro. ¿Y podias tu maquinar entónces mi horrenda desventura? No, no es posible al mismo tiempo ser infame y ser sublime. ¡Cuántos rasgos de piedad exquisita, para siempre gravados en mi alma se me representan uno á uno y de su conjunto resaltan, tu imágen, aquella voz á que tan idéntica debe ser la voz de los ángeles, aquellos pensamientos grandiosos y puros á semejanza del pensamiento divino, y en fin tu amor y tus caricias como en los instantes mas venturosos.

"Para probarte que yo he ganado con amarte, por mas terribles que sean las penas que me cuestas, bástame decirte que no habiendo en el mundo nada que te valga no hai tampoco un mal que compense el bien de serte amada. Así aunque mi mal es supremo mi bien es aun mas grande, pues que solo imagino un dolor mas grande y mas horroroso que

el que sufro y éste seria el de que, conservando la idea que tengo de tí, se me volviese un sueño mi mal y con el sueño tambien mi pasada felicidad.

¡ Qué espantoso vacío hallaria en mi alma si huyesen de ella tu preciosa imágen y el sentimiento vivo de aquellas ternuras que aun halagan mi fantasía ! Tu nombre, tu mirar, tus agasajos y tu voz son resortes de mi corazon que vibrarán eternamente y que me causan un dolor y unas ansias tales, que solo se alivian cuando deliro.

" Todo el mundo maldice su desgracia, y esto es natural, porque mas grande que el bien que anhelaron es el mal con que lo compran, y el mayor de sus males es el de hallar, al poseer el objeto de su capricho, que su encanto era ilusorio. Yo al contrario bendigo mi desgracia, porque el cielo no hizo ningun dolor tan atroz que dejase de serme dulce al sufrirlo en cambio de la gloria de poseer tu corazon. Este es un bien que ningun mal compensa.... ¿ Quién no se arriesga á la crueldad de los dolores todos, por la mas ligera chispa de tu cariño, por un solo instante de aquella bienaventuranza que solo á tí era dado hacerme sentir y que solo en lo pasagero me hizo ver que no era la bienaventuranza del cielo ?......

" A una alma esquisita y á un corazon noble no le es posible pensar de otra manera ! Los cobardes renuncian al bien por el mal que pueda envolver, otros llevan su miedo hasta preferir el no tener nunca nada á tener con el temor de perderlo, y aun establecen como sentencia, que mas vale al que no tiene el no haber nunca tenido. Ellos prefieren el mal por entero á su mitad, el mal puro y sin mezcla de bien, á esas mudanzas caprichosas, que transformando nuestra suerte, nos cambian la vida y el alma, nos hacen sentir con diferentes vidas mundos diferentes y haciéndonos pasar alternativamente de las dulzuras mas intensas á las mas violentas amarguras, nos engrandecen el alma y nos elevan sobre nuestra comun mezquindad. La escuela de la grandeza es la desgracia: los héroes de toda especie se engendran en toda especie de combate. Cada virtud se enaltece en el combate que le es propio, y de los brazos de la victoria, se remonta con rápido vuelo y huyendo del olvido se guarece en la historia, santo templo cuya eternidad inventaron la admiracion y la gratitud para salvar de la nada la memoria de los grandes hombres......

" Vengan todos los males juntos contra mí, Gullemiro será siempre y á todo pesar, mi ídolo. Teniéndolo entre mis brazos y respirando su aliento me infundió bastante energía para reirme de los dolores que me roen el corazon y aun de mis propias lágrimas.

" ¿ Pero cuál es aquella acongojada sombra que descuella entre las visiones de mi delirio y que por consolarme se esfuerza en matar el gusano que me taladra el corazon, sin que su piedad logre otra cosa que

aumentar la voracidad de ese gusano fatal? ¡Dios santo, mi Padre!.. ¡Padre tierno y sagrado, perdóname, ten piedad de mí! Pero no, no quiero llevar mi vergüenza hasta querer envolverte en ella: soi indigna de tu misericordia: solo merezco proscripcion. No me reconozcas mas como tu hija, quítame tu nombre, abandóname, salva tu dignidad y yo espirando sin tu pan ni tu bendicion, víctima de vergüenza y desolacion, bajaré al sepulcro contenta si el borron de mi culpa no ha llegado á manchar tu nombre.

"Pero ¡ai, todo es en valde!.... ¡Bárbaras é inhumanas preocupaciones! Mi padre inocente de mi culpa jamas podrá pronunciar su nombre sin rubor al recordar que yo lo mancillé. ¡Pobre padre mio! Sesenta años sembraste de virtudes y de sacrificios esforzándote en esclarecer tu nombre, mas por mí que por tí mismo, y yo, impelida del frenesí á que un seductor me redujo, sepulté conmigo esos sesenta años de honor en el vergonzoso fango del deleite; y cuando ya me habia revolcado hasta la saciedad en ese encantado fango, me despertó de mi delirio su pérfido abandono.

"Apénas pudo mi despechada razon arrastrar mis sentidos en embriaguez hasta sacarlos de aquel impuro lodazal, y al hallarme en la orilla con la hoja de higuera en vez de la palma virginal, me contemplé espantada de mí misma y en mis angustias mortales, echando una anciosa mirada al porvenir, se me presentó el pasado que envenenado por mi culpa agonizaba y me enseñaba de un lado á mi padre abrumado y espirando bajo el peso de la afrenta, y de otro mi nombre á cuyos lustres puros sucedia un fétido borron.

"Pero ¡ai! que al lado de la sombra de mi Padre se encumbra otra sombra mas triste y magestuosa. ¿Y quién eres tú, oh, ilusion hermosa? ¡Cielo santo, es Gullemiro! ¿Eres tú mi tierno amigo? ¡Cómo te atreves á presentarte ante ese Padre que afrentas, sin que el infierno todo entero te acribille la conciencia! Huye cruel, respeta la venerable sombra del anciano cuyas mejillas rugosas y cuya barba cana hiciste anegar en llanto. Recuerda, mónstruo adorado, que sobre su frente sagrada pusiste la mortaja de mi honor.

"Te adoro aun y te adoraré siempre, pero te confieso que no son bendiciones las que arrojo sobre tí cuando contemplo que el fruto de mi confianza en tus tiernos juramentos, es ese borron doloroso que ensucia la augusta frente de mi Padre. Compara el porvenir que me ofrecías al que me dás: compara lo que fuí, lo que soi y lo que habria sido sin tus ojos y sin tu lengua. No hai duda; si hai un mérito relativo al capricho que lo gusta, tambien hai un mérito absoluto que seduce la voluntad de todos y que arrastra consigo el amor y la confianza.

"El hombre singular dotado de este mérito, funesto por no poderse repartir entre todos los que lo aman, hace por donde quiera que

pasa, abusando de sus prendas seductoras, estragos mas terribles que los que hace el brazo del guerrero sanguinario. Y ese mónstruo arrasador de cuanto quiere, ese portento hechicero eres tú mi Gullemiro, cuya alta frente encumbrada hasta los cielos buscan ansiosos mis ojos desde estas playas, último confin de mi abismo, para leer mi destino escrito en ella, y aun mas que por interes de mi suerte, por admirarte amorosa.

" Pero basta para ultrajar la sombra de mi padre olvidándola por tí. Cuando los poseí á los dos lo sacrifiqué á él por tí: ahora que solo me restan las sombras de entrambos, permíteme ¡ oh ! sombra de mi cómplice querido, el honrar dignamente la sombra de nuestra víctima. Si me forzaste á deshonrarlo, al ménos no me fuerzes á negarle mi dolor. Pues que mi Padre no me abandona aunque lo ofendo y que es desgraciado solo por que yo lo soi, miéntras tú, ingrato á mi pasion, me abandonas y eres feliz, permíteme, si te amé mas que á él, que al ménos el dolor de mancharlo sea mayor que el de perderte.

"No solo te perdono mi mal sino te lo agradezco, pues para hacérmelo me hiciste sentir una felicidad á que por ningun precio renunciaria; pero jamas te perdonaré ni te veré sin horror al contemplar á mi pobre padre todo manchado y rodando, al empuje de tu maldad, á la tumba á que ya lo encorbaban los años. Cuando veo que no vuelas á resucitarlo volviéndole su honor, que no te interesas en lavar la negra mancha que echaste sobre canas tan virtuosas, que no te compadeces al sumir en la afrenta y en la muerte sesenta años de heroismo, inocentes aunque deshonrados y sin nombre ni consuelo: que no te mueve la suerte de mi pobre hermana á quien la brutal preocupacion condena al desprecio: que te veo insensible á la desesperacion de mis hermanos: que veo que con monstruosa crueldad abandonas tu inocente hija, dándole por seguro porvenir la vergüenza de sí misma y el desprecio de los otros que se creerán autorizados á tratarla como su padre trató á su madre: cuando veo todo esto en el hombre que creí tan bueno, entónces pierdo el movimiento, y mi sensibilidad se exalta, y en mi terrible desolacion siento el alma convulsa y despeluzada que te repele y te grita;—mónstruo: parte conmigo mi propia maldicion."

"¿ Qué se hicieron, Gullemiro, los respetuosos homenajes que todos me rendian ? ¿ qué hiciste de tantas humildes solicitudes cuya gloria pasé á tí rindiéndome á tí toda entera ? ¡ Bárbaro, transformaste la gloria pura de una vírgen en el hediondo borron de eso que llaman, una jóven malograda, una mujer perdida !.....Un tiempo fué, tú bien lo sabes, en que mi propia contemplacion abria en mi conciencia una fuente de felicidades, y hoi solo la abre de ansias y desconsuelo.

La mudanza que sufrió la hermosa perspectiva de mi suerte á tu solo aspecto, fué como la de blancas nubecillas en cielo puro que al capricho

del céfiro trazasen los mas bellos cuadros, y que de repente, cambiándose en nubarrones borrascosos y bramando el uracan y el rayo, transformasen el espectáculo de apacible bonanza en espectáculo aterrante y horrible. Así, al verte no sé que magia ó veneno alteró mi sangre y me echó en una especie de encantamiento delicioso, como si la bienaventuranza misma materializada empapase mi ser todo entero é insinuándose entre los mas ligeros átomos de mi máquina la hiciese exhalar por todos sus puntos el hechizo que la nutria.

"En los cortos instantes que tenia de lucidez conocia que aquel estado de hechicería desarmaba completamente mi virtud que habia creido invulnerable, y que la red inextricable que la enredaba é inutilizaba era como la tela de la araña que asegura tanto mas su presa cuanto esta se esfuerza mas en soltarse. ¡ Con qué horror no verá el pobre animalito el instante en que se le acerca la araña devoradora! Eras tú, hechicero sediento de placeres y de lágrimas, la araña en cuya red batalló tan en vano mi virtud.

"¡ Con qué terrible mezcla de pasiones te ví acercarte, savoreándote ya, el dia en que postrada, indefensa y casi exánime, en la completa embriaguez del alma y del corazon á que me reducia el veneno que destilaban tus labios y que yo devoraba con tantas mas ansias cuanto mas ebria estaba, con qué angustias, digo, te esperé, con qué transportes te ví!........¡ Nada, jamas, mas lisongero que los arrebatos de mi deseo; nada jamas mas espantoso que las sombras que me aterraron!........

" Aun un último esfuerzo...... Postréme á tus pies y con lágrimas y con acento quebrado, te dije, no me deshonres, ¡ ai, ten piedad, ten piedad!......Entónces ví tu primer lágrima. ¡ Cuán irresistible es el poder de la lágrima de una alma grande! Cayó tu cabeza sobre tu espalda con viva expresion de dolor y de abandono. ¡ Qué hermoso estabas, qué interesante! ¡ Quién lo diria! Fué ese lastimoso ademan el que me cegó, el que me robó el alvedrío!...... ¡ Un nada hace un destino!

" Levantéme arrebatada de enternecimiento, besé ardientemente tus labios abrasadores...... y fué en ese instante que ví lleno de llanto todo lo cóncavo de tus ojos, que abiertos y fijos en la luna brillaban en el fondo de tus lágrimas, como en ciertas posiciones se vé brillar el sol en el fondo del océano ó como en esta noche tenebrosa reberberan á su faz las estrellas, esos soles de otros mundos. Me viste, no como viendo mis ojos, como ven los hombres, sino como si mis ojos solo fuesen dos agujeros por los que sin obstáculo ningnno me vieses el alma: como quien vé por el hueco de un anteojo objetos que no alcanza la vista, así te serviste de mis ojos solo como de un anteojo para verme el alma......

la viste, sí, sin duda la viste al traves de mis ojos...... yo ví su imágen en la expresion de los tuyos.

"Fué en ese momento que me dirigiste aquellas palabras fatales :" ¿ cónque tú desconfías de mí ? El amor no desconfía jamas, ¡ oh ! no, no nos es posible amar al que juzgamos indigno de nuestra confianza. Una mujer delicada como tú ama solo las nobles prendas y creerás acaso que existen en mí tales prendas, cuando desconfías de mí ?

"Alzaste tu altivo mirar al cielo, paseástelo despues tristemente por mi cuerpo todo y exhalando un ay, lastimero y esforzándote en ahogar un zollozo, cayó de nuevo tu cabeza. Ahogada de angustias y congojas al entreveer en tu semblante una funesta resolucion, me arrojé á tus brazos, y en medio de mil besos, te dije toda convulsa y casi exánime : "perdona, dueño mio, ¿ qué vale mi felicidad cuando ella se opone á tu mas ligero capricho ? No solo confío en tí, sino que estoi segura de tí aun mas que de mí misma. Deposito en tí mi honor sin esos juramentos de restitucion que exije la desconfianza. Pero no engañes mi cándida idolatría, dime si me arrastras á un tálamo anticipado ó á un altar de sacrificio...... no desvanezcas en mí con un engaño la ilusion de tu noble generosidad. Pues que de todos modos me abandono á tí, que nada puede salvarme de tu magia ; sé grande hasta en el crímen, dime si eres mi esposo ó mi verdugo."

"Hiciste grande esfuerzo por oirme y al llegar aquí me interrumpiste diciéndome : "basta, no me ofendas mas, por el cielo te lo ruego. ¿ Qué te he hecho para que así me despedazes ? Por Dios, déjame descansar. El horror que me anonada exije un absoluto reposo : mi alma sucumbe sin duda á las sombras que la cercan si en el fondo de este letargo mortal no hallo algun consuelo." Al decir esto tu palidez se hacía estrema, te reclinaste sobre mi pecho, por mi seno corria tu sudor helado y nunca me habías parecido tan pesado. Tu corazon que apénas latía, tu aliento frio é imperceptible y tu rostro pálido y helado me hicieron creer que te morias.

"Te llamé tiernamente y alzaste la cabeza viéndome todo despeluzado y con el horror con que se veria un fantasma. Creí que perdías la razon, pero pronto la perdí yo tambien al ver á tu lado una sombra desconocida. Fijéla aterrorizada. Volviste á ver lo que yo miraba y la mezcla de espanto y de ternura que te animaron al instante, me hicieron conocer en aquella sombra, la sombra de tu madre. Miréla con cariño y ya sin miedo, pero ¡ oh, Dios santo, con gesto inexorable me dijo ; "huye, no hai remedio, escoge entre tu honor ó el amor de mi hijo, así está predestinado." Y alejándose te echó una mirada á la vez terrible y suplicante en mi favor. En ese instante observé que tú tambien veias algo que se alejaba por mi lado, vuelvo y veo, ai,.... la sombra de mi madre que me dice : "¡ huye infeliz ! " Las dos som-

bras se fueron juntas y desaparecieron envolviéndose en la nada. Al desvanecerse las sombras se desvaneció tambien mi cabeza y perdiendo el sentido y la razon caí entre las siniestras visiones que me despedazaban el alma.

" Vuelta en mí, me hallé en mi cama y á mi lado la esclava confidente que me velaba. Hallándome en la mortal languidez consecuente á tanta angustia, me hice dar vino para poder leer el billete que acababas de enviarme. El billete decia así: " En nombre del cielo te conjuro á confiar, esta vez al ménos, en la sinceridad de tu amante. A tus piés, prosternado, imploro en mi favor toda la piedad que cabe en tu pecho. Perdona los arrebatos de mi infernal pasion. Yo me alejo, tu honor y mi conciencia así lo exígen; no es posible que te vea y ménos que te acaricie sin inflamarme como pólvora sensible al contacto del fuego. ¿Serás tan temeraria que pretendas hacer, sin esplosion, una mezcla de pólvora y de llamas? Pues mas fácilmente lograrias reconciliar la pólvora con el fuego que la vuela, que el conciliar la razon con el frenesí que al acariciarte abrasa hasta el mas mínimo elemento de mi ser. No hai peñazcos ni montañas capaces de estorbar la esplosion de un volcan, ni razon ni virtud que comprima el volcan de ardientes ansias que tú has metido en mi corazon. No hai medio; escoge entre una ausencia que nos salva ó una pérdida segura. Te conozco, ídolo cándido, tu corazon está en tus ojos: me amas hasta la debilidad. Conóceme, soi sincero. No te respondo mas de mí mismo: al contrario, te confieso que á tu lado mis sentidos caen en una especie de hechicería tal, y mi razon se goza en una locura tan dulce, que no soi responsable de nada.

" Mucho hablan de triunfos de la virtud sobre la pasion del amor: pero esos triunfos dependen de que no permiten la lucha de la virtud con la pasion. El campo de esta prueba es la soledad, y no las dejan combatir sino á distancia ó ante testigos. Amarran la pasion y proclaman el triunfo de la virtud. Pero entre nosotros la pasion pelea en toda su libertad. La muerte de tu madre y la confianza de tu padre, te hacen señora absoluta y siempre estamos solos.

" Mi corazon es de pólvora y tus miradas y tus caricias caen en él como chorros de rayos. Es pues forzoso renunciar, ó al honor ó á esas caricias incendiarias. Mucho confiaste tú en el pudor de una vírgen y yo en la dignidad de un noble amante. Creiste tu virtud invulnerable y la expusiste sin recelo, á los dardos de la seduccion. Yo creí incontrastable el arraigado árbol de mi razon y lo aventuré sin zozobra al huracan de las pasiones.

"Bien pronto perdimos nuestra propia confianza y cada uno, creyendo fuerte al otro, confiaba solo en él. Hasta entónces fué lícito al amor

el aventurarse al desastre por gozarse en su delirio, pues que cada uno creia tener una salvaguardia en el otro. Este error de cada uno por poco nos precipita á entrámbos.

"Tú sabes bien de qué hondura del abismo nos sacó un milagro : sin duda nos salvaron las sombras de nuestras madres.... Cuando me hablaste arrodillada, te ví bien y se me erizoron las cabellos al ver que solo eras una estátua inanimada en cuyos labios hablaba una sombra : aquel hondo acento salia de mas allá de tus entrañas, salia de las entrañas de la tierra ó de las de la eternidad, tal vez......

" Al mismo tiempo que te contemplaba con estático pavor, te ví fijar los ojos en el aire, vuelvo á ver qué miraban aquellos ojos que veia vibrar en las órbitas de una estátua, vuelvo ¡ ay ! y veo la sombra de mi madre. En ese instante caiste tú desfallecida...... sin duda asombrada......

"Disipáronse las sombras, y yo, levantándome despeluzado hasta el alma, corria atortolado en torno de tu cuerpo tendido como muerto. Sin duda que me habria alejado despavorido de aquel recinto asombroso, si hubiera tenido que abandonar á todo otro que á tí; pero ni los poderes del otro mundo me harán dejarte en peligro.

"Al fin te levanté en mis brazos y al instante circuló fogosa mi sangre y habria desafiado, exepto las sombras de nuestras madres, hasta las sombras del averno. Te conduje á tu cama y corrí á mi casa de donde te escribo este billete de adios en que te encarezco, á nombre del honor, de esas sombras queridas y del amor mismo, que me permitas ausentarme hasta el instante de ser esposos.

"No atribuyas á pequeñez de mi amor lo que mas prueba su grandeza. De este sacrificio solo es capaz el amor verdadero, cuando á mas de ser verdadero es grande. A diez leguas de aquí vive un amigo mio, que opulento y tumultuoso en su juventud, abandonó por una pasion funesta sus riquezas y las ciencias que cultivaba con fruto. Todo se marchitó en su corazon al aliento del desengaño: á todo renunció, y hoi, el infeliz, sin habitacion, ni pan, ni esperanzas, ni deseos, vive errante en una montaña que nombran Maya.

"Duerme en una antigua guarida de ladrones, de donde baja de cuando en cuando á hacer provisiones que ve con horror, como que solo sirven á prolongar su pena. Ansia por la muerte, teme solo el dolor y el horror del instante. Tal vez yo le enseñaré á no temerlo tanto. Desde allí arreglaré nuestro matrimonio y cuando todo esté pronto, volaré á buscar en tu tierno seno la sola mansion grata á mi alma triste : y si mi querer fuere imposible, daré á mi pobre amigo el ejemplo de lo que en tal caso debe hacer un desesperado que no un cobarde.

"Si no pudiere derrocar la barrera que nos separa, me estrellaré contra ella. No hai medio : ó el cielo me dá el bien que le pido ó yo no

recibo el mal que él me dá. Si á la suerte es dado el modo de hacerme infeliz, á mi tambien felizmente me es dado el modo de dejar de serlo.

" No me digas que acobardado ante el mal huyo y te dejo sufrirlo sola. ¿ En qué podria mi padecer aliviar el tuyo ? ¿ Hallarias placer en verme sufrir, ó por una bien rara especie de amor te complacerias en mi mal ? Nuestras caricias y aun el vernos serán condenados por el decoro desde el instante mismo en que nos separe esa lei del deber; tan grata siempre, hoi tan acerba.

" Debemos tambien cesar de escribirnos, de manera que no pudiendo existir entre nosotros ni la relacion mas ligera ni la mas remota esperanza, solo puedes querer que yo viva si deseas que padezca. Los egoistas, incapaces de un amor generoso, jamas mueren por otro, esto es natural; ellos no aman á nadie: por su interes fingen cariño, pero pueden vivir fácilmente sin aquel cuyo afecto y cuyos favores, ganaron con falso amor.

" Al contrario el hombre generoso identificando á su vida y á su bien, el bien y la vida de su amante, se desespera si la pierde y hallando su vida incompleta muere de dolor ó de dolor se mata. El ignoble egoista, incapaz de un razgo contrario á su interes, se rie de la muerte ó del dolor del hombre noble y lo llama loco, débil y cobarde. De manera que la mayoría, dando, en esto como en todo, la lei, da á su egoismo y á su cobardía el nombre de valor y al valor lo llama cobardía. Bien seguro que á esa mayoría le falta valor para ser cobarde !....

" Otros hai, que apasionados de un objeto hasta preferirlo á sí mismos, se desesperan si lo pierden, anhelan por la muerte, pero tal es el horror que tienen á su trance, que á su propio pesar soportan su amarga vida. Estos ordinariamente confiesan la causa de su paciencia. En este caso se halla el amigo en cuya compañía esperaré la resolucion de mi suerte. Me parece de mal agüero el reunirme á él, tal vez me espera una suerte peor que la suya. Pero no, peor no es posible, pues será corta, yo no soi tan valiente como los egoistas.

" Pobre amiga, bien pronto tal vez, verás las dos sombras de esta noche acompañadas de la mia. ¡ Feliz sombra, si puede acariciarte sin peligro de tu honor; infeliz, si pagas con perfidia su sacrificio ! Si te haces la esposa de otro, esa sombra estará siempre triste ante tus ojos !.....

" Una sola carta me es permitida, porque á todo infeliz es lícito el decir adios; otra mas seria un crímen. Mañana mismo parto á mi retiro que por mar me acerca de mi padre. Al amanecer dirigiré á este una carta en cuya respuesta vendrá nuestro fallo definitivo. No te impacientes, pronto se aclarará el cielo ó bramarán sus tempestades. Adios......"

Aquí tienes, bárbaro Gullemiro, mira tu letra. ¿Quién, al ver esta carta no te admiraria como un portento de virtud? Pero despues te haré ver cosas que vienen tambien de tu mano y que te hacen ver malvado como eres. Todo eso que te recito míralo aquí escrito de la mano de mi hermana. Estas memorias hacian su contínua lectura, como las oraciones de un devoto.

En su último instante las depositó en mí, rogándome que las enterrase con ella. Yo lo ofrecí por apoderarme de documentos que avivaban y justificaban mi venganza."

"Así son, replicó Gullemiro, tus promesas todas."—"Sí, dijo T, esa es mi fé con los hombres de mala fé, con los traidores."—"Mira que hablas de tu hermana"—añadió Gullemiro, á lo que él respondió, "no hablo de ella, hablo solo de tí."

Gullemiro que dovoraba con ansias aquellas memorias escritas por Almabella, le dijo, "continúa, te lo ruego: dime, ¿y qué dijo ella despues que recitó esa carta mia?"—"Entónces volvió á representarse la desolacion á que habias reducido á nuestro padre, rechazó tu imágen con horror, y como le era imposible alejarla, olvidando al fin todo lo demas, le decia: "Ojalá que Felara no te encuentre; que recibas mi carta á tiempo: que huyas; que te salves. Sé feliz; mi pobre suerte no te inquiete, es mi culpa ó la del cielo, no la tuya. ¿Pero necesitas acaso mis consuelos, sufres tú acaso? ¿Me habrias dejado si te fuese imposible el vivir sin mí?

"Compasion solo alcanzé de tu buen corazon, lástima y nada mas, y yo incensata, al prisma de mi pasion ví las ternuras de tu piedad como finezas de tu amor.... ¡Infeliz! ¿Qué me queda de mi ilusion? Dolor y solo dolor. ¿Quién responde á mis quejidos? El ruido de las olas y los pájaros nocturnos......

"Sin familia, sin honor, sin esperanza en esta ni en la otra vida: proscrita del cielo por Dios, y por mi padre del hogar paterno: privada de mi hija en castigo de haberle dado ser, y sin saber siquiera si vives, si me amas: ¡Cielos, que posicion tan horrorosa!

"¿Es posible que ni Dios tenga piedad de mí? Gullemiro, ¿donde está aquel Dios compasivo, misericordioso, de que me hiciste una pintura tan clara que llegué á verlo ante mis ojos? ¿Donde está, cruel, ese Dios de piedad? La piedad de Dios para conmigo es como la tuya, inhumano......

¡Dios mio, perdon: yo te desdeño por el hombre que me desprecia! ¡Ten piedad de tu criatura, pero, qué locura...... para mí no hai misericordia!.... ¡Pobre alma mia, todo es sordo á tus plegarias! Dios compadece tanto los dolores de mi alma como tú los de mi corazon, impiadable Gullemiro.

Me acuerdo que siempre terminabas tus razonamientos por esta sentencia: "en cosas de hecho, solo vale el hecho mismo." En esta trinchera lógica te hacías ó vencedor ó invencible al ménos. Pues bien, se trata de un hecho, ahora respóndeme, decías que un hombre sin piedad era un mónstruo. ¿ Y es piedad el abandonar así á la que de una brillante felicidad arrojaste en la vergüenza y en la desolacion ? No, sin duda esto es una crueldad, y este es el hecho. Segun tus propios principios, responde, ¿ eres tú mismo un mónstruo ó no ?

" A todo puedo renunciar en mi desesperacion, ménos al Dios del cielo y á tí, mi Dios terrestre, ¿ y qué consuelo ni qué esperanza puede haber para mí, cuando el solo fruto de mis meditaciones es el desnudarte de tu disfraz y hallar bajo la máscara de la mas hermosa piedad un mónstruo de pedernal ? ¿ Quién me habría dicho, cuando en mis brazos te adoraba como á un ángel de felicidad, quién me habria dicho, que tras ilusion tan hermosa se escondia la culebra tentadora, el verdugo de mi destino ?

"¿ Cómo imaginarme que aquella mezcla primorosa de génio, virtud y valor, solo fuese el disfraz del espíritu maligno ? Sin embargo, yo rezelé algo. Tales eran los extravíos de la fascinacion á que me reducia tu magia, que dí por hecho que tú eras, sin medio, ó un Dios ó un demonio.

"Siempre grande, sincero y generoso, en todo revelabas una elevacion sobrenatural: tu gesto, tu mas ligera espresion, tus movimientos, todo en tí, era una admirable mezcla de gracia y de dignidad. Me cegaste, y en el embeleso de mi felicidad, jamas pude estar un solo instante sin tí, sin llorar y sin hallarme acosada del fastidio y del temor mas grande. Al presentárteme, te hallaba siempre mas interesante que lo que te me representaba de léjos. Mi ilusion se embellecía indefinidamente.

" ¡ Qué placer tan grande para mi celozo corazon cuando, sin que tú lo supieses, te observaba entre las otras jóvenes y que sobre tu porte melancólico y bizarro veia vibrar unos ojos mas fogozos que el rayo y mas que un pedernal insensibles á aquellas gracias ! ¡ Cuán íntimas eran sobre todo las delicias de mi gloria, cuándo á mi sola presencia ó al solo sonido de mi voz, cambiaba tu indolencia en la sensibilidad mas tierna ! "

Gullemiro lastimado hasta el alma con tales recuerdos dijo á T. que callaba : " ¿ y qué mas y qué mas ? sigue, por Dios."

" Y qué mas ! replicó T., qué mas ! Al decir eso mi pobre hermana fuera de su razon esclamó, " ¡ Piedad, piedad Dios cruel, piedad : ó mátame al instante, ó borra de mi alma estas memorias ó vuélveme mi Gullemiro ! ¡Qué te importa á tí, Dios, que yo sea feliz ! ¿ Eres acaso como los hombres envidiosos, que no hallas tu gloria y tus placeres sino

en la afrenta y en el dolor de los otros ? Eres todopoderoso, gózate en el estado á que me reduce tu voluntad omnipotente. ¿ Me animaste acaso para cebarte en mi pena ? Es para esto que engendras tus criaturas ? Maldito fué el instante en que recibí el soplo de la vida y del destino ! . . . .

" ¿ Pero, es posible que Dios sea malo ? No, Gullemiro me probó á la evidencia que Dios era por fuerza bueno. ¿ Pero donde está el Dios bueno ? El mundo ó al ménos mi suerte es sin duda la obra de un cruel y, ó no hai Dios bueno, ó si lo hai es ménos poderoso que el que trazó mi suerte. Este es el hecho, hecho fatal, irremediable y en cosas de hecho, solo vale el hecho.

" En valde los tontos optimistas dirán : todo va bien : Dios sacrifica el individuo á la especie. ¡ Silencio insensatos ! ¿ Necesitaba el omnipotente de tales sacrificios ? Y sacrificando todos los individuos ¿ no sacrifica la especie ? ¿ En qué manera puede serle útil á mi especie, el martirio de mis largas agonías ? No, no, la decepcion es el solo fruto de mis hondas meditaciones: jamas fuí mas ecéptica que al ver frente á frente la verdad.

" Mi amante, ese malvado sobre humano y sobre humanamente adorado, que el omnipotente destinó para ser mi verdugo ; él, con genio luminoso me hizo ver patentemente la razon y el modo de manejarla en busca de la verdad. ¡ Pero, ai, la verdad es la fatalidad !

" ¿ Qué hallaron nuestras claras meditaciones en el último confin del alcance humano ?. . . . duda y dolor. . . .Hombres de fé, ignorantes ciegos, consolaos; vosotros vivís voluntariamente en un caos y nosotros caimos forzosamente en otro ! . . . . . .La luz de la razon nos condujo á ese caos final que la razon misma hace tanto mas tenebroso cuanto mas intensa sea su luz. ¡ Caos asombroso que solo se esclarece con la luz de la agonía.

" El tenebroso terror de esa última duda solo puede transformarse en lucidez y encanto cuando al atravesar, en las alas de la muerte, las puertas de la eternidad, leemos, gravadas en ellas, y á favor ya de la luz de los cielos, esta sentencia suprema, aquí principian la verdad la vida y la felicidad . . . . . .

" Amante idolatrado, tu encanto mayor es el que aun en tu ausencia caba y caba sin cesar y sin cesar agranda las honduras de mi abismo ! Tu manía de razonar en todo te hizo razonar con tu querida. ¡ Qué necesidad tenia el loco amor de la razon ! Hasta los favores los pedias razonando. ¡ Funesta manía tuya á cuya influencia me espuso mi fatalidad !

" Pronto me contagié y ya todo en mí era razonamiento. ¡ Qué bien tan cruel es el de la razon, pues solo sirve á hacernos patentes los

males y las miserias de este mundo y á destruir el error y con él los consuelos de las ilusiones y de las esperanzas del otro!....

"¿Seria por ventura razonable que yo esperase algo de Dios?.... Hai un creador omnipotente y por tanto soberano, esto es ante la razon un hecho: mi vida y mi destino son por fuerza su obra, este es el hecho mas claro: luego es un hecho que Dios se place en mis ansias inauditas. Omnipotente como es por fuerza, si existe, y debe por fuerza existir, ¿le era necesario acaso el colmarnos de males en esta vida como solo medio de darnos los bienes de la otra?

"¿Acaso tampoco se vió precisado á hacer dos vidas, una de males y otra de bienes? Los que dan un disparate por razon, dicen que no pudo hacernos apreciar el bien sin hacernos sentir el mal. ¡No pudo! y este mismo que dice que no pudo, sostiene como cualidad esencial su omnipotencia. El es el que no puede entenderse ni entender nada. Hombres que razonan así harian mejor de callarse y no presentar, en lo que llaman su razon, un documento irrevocable de su falta de razon y del estremo á que puede llegar la mesquindad humana.

"Si pues como es un hecho la divina voluntad me condena sin necesinad á este infortunio horrendo: ¿puedo esperar mas en otra vida que en esta, de esa misma voluntad? No, esto es claro á mi razon, y una conclusion incontestable es para mi razon un hecho, luego es un hecho que para mi no hai esperanza.

"Un infalible raciocinio de mi amante deduce de la sola existencia de las cosas, la indefectible y hermosa conclusion de un Dios. ¡Cómo quedé pasmada al rayo de luz divina que, brotando de su labio idolatrado, esclareció la sombra augusta del Supremo.

"Yo estaba aun inocente. ¿Aquel gozo íntimo seria tal vez un halago que Dios me hacia? ¿Será Dios, bueno solo con el inocente? Huye de mi Gullemiro, déjame al ménos expiar mi culpa. ¡Dios piadoso arroja léjos de mí esa sombra que me acosa! ¡Perdóname, Dios bueno, misericordia!

"¡Arrepentimiento, roeme ese culpable corazon, y que me vuelva la paz al alma cuando ya no dejes de mi ser sino la parte inocente: roeme toda entera, toda entera lo adoro: mátame y todavía lo amarán los gusanos de mi podre, y cuando solo reste la osamenta seca, cada hueso y cada polvo de hueso verá siempre ante sí esa sombra querida!......

"Ven caro amigo, solo de una cosa puedo arrepentirme y es de no haber huido contigo,¡como querias, á un recóndito desierto. Fatal horror del qué dirán me detuvo, como si la maledicencia no fuese mas desgarrante cuando puede asir su víctima. Huyendo contigo á donde no hubiesen ni hombres ni animales, ni ser viviente, en mi felicidad habria hallado un mendrugo, tan grato manjar, que nada mas habria deseado.

“ Una piedra dura habría sido grato pan para mi alma contenta : el blando pan que hoi me dan, solo sirve á envenenar mi congoja. Todo alimenta un corazon dichoso : nada al desgraciado. Mi garganta tostada por el fuego de los suspiros y de los ayes que arroja el dolor que me devora, solo dá paso á mis lágrimas, como si por instinto supiese que solo lágrimas bebe mi sediento corazon. El llanto es un licor que tal vez embriaga al dolor, pues que aplaca sus ansias !......

“ ¡ Qué dicha tan grande habria sido la de verme entre tus brazos, allá en una soledad tan remota que viviésemos como muertos ! Me arrepiento de no haberte seguido : en vano pretendo arrepentirme de otra cosa. ¡ Dios mio, lo confieso sin rubor, este es el único arrepentimiento que cabe en la amante de Gullemiro ! Huya de mi todo otro arrepentimiento : ven mi dulce dueño, ven, si, yo te siento, te oigo, te veo : estás léjos, no importa, todo bien posible es ilusorio.

“La ilusion fuerza á los espíritus ciegos á admitirla y yo fuerzo la ilusion á entrar en mi razon que la rechaza. Es verdad que no logro engañarme, pero imagino por fuerza que te siento, y si es cierto que no te siento, es mas cierto aun que te acaricio y que á vecs, los transportes á que me abandono, me hacen olvidar que solo deseo soñar y sueño efectivamente y entónces te siento en realidad.

“A este sentimiento doi un grito y salto como la pólvora al tocar el fuego, y vuelta en mí, veo desvanecerse la realidad y la ilusion, y vuelven á caer mi cuerpo en su postracion y mi alma en su congoja. Entónces, dueño del alma mia, sin esperanza de verte jamas, pienso sériamente en mí.

“Lo primero que me ocurre es un convento, pero un convento solo sirve á dolores medianos, que pueden reprimirse. ¿ De qué me servirá á mí, ni de qué le serviré yo á él ? ¿ Hai acaso otra lei á que se someta el corazon que palpitó contra el tuyo que á la lei de tu amor ? Lei eterna, lei de Dios, pues qué, ó él ordenó que yo te amase infinitamente ó tú eres mas que todopoderoso.

“¿ Pero qué voluntad ordedó que yo te conociese ? ¿ Quién ordenó que yo te idolatrase ; que todo lo sacrificase á tí ? ¿ Quién puso una barrera entre nosotros : quién me hizo no seguirte : quién te tiró al otro lado del mar : en fin, quien hace que en este instante te ame mas que á él mismo ?...... Dios...... Su presciencia y mi alvedrio á la vez son imposibles. Si Dios tiene presciencia yo no tengo alvedrio......

“La hoja del árbol no se mueve sin su voluntad. Este es un hecho tan claro, que los mismos especuladores, no pudiéndolo negar lo admiten como principio, pero amenazan de maldicion al que lo inculque. ¿ Y por qué esa infernal amenaza á que nadie los autoriza ? Exactamente porque en lo hondo de ese principio, se anonadan sus anatemas.

"Solo Dios pudo hacerme amar tanto á Gullemiro...... El no tiene derecho á ofenderse de mi obediencia: yo si tengo á quejarme de sus terribles decretos. Vuelve, Gullemiro mio, inocente compañero de mi espantoso destino, vuelve para que serrándonos tiernamente nos precipitemos juntos en el centro de un volcan en erupcion ó en uno de esos rios subterráneos de fuego que parecen canales de comunicacion entre la tierra y el infierno! Ven, mi solo cielo eres tú, fuera de tí todo es infierno para mí: ven, sálvame; ah, jamas saldrás de mis brazos si entras una vez en ellos.

"Dicen que los ángeles van de cuando en cuando al purgatorio y que echando un rosario entre las almas que allí se lavan, salvan aquellas que alijeradas del peso de la culpa, pueden sostenerse agarradas al rosario; pues bien, mas posible seria que una alma ya pura soltase el rosario sabiendo lo que es purgatorio, que el que yo te soltase de entre mis brazos sabiendo ya lo que es vivir sin tí!

"Al llegar aquí, Gullemiro, rendido al dolor, le dijo: "suspende un instante, un solo instante, la curiosidad me hace amar la vida: espera un momento: déjame respirar."—Levantaba el pecho ansiando como si le faltase el aire. Al fin entró en su pecho el aire acompañado de un suspiro prolongado, reanimólo un tanto y salió al instante, con mil tristes ayes, á esfuerzo de la pesadumbre que lo oprimia.

"Despues se levantó y tomando la mano á T. le dijo: "perdono de antemano tu venganza cualquiera que ella sea. ¡Almabella desventurada! ¡me juzgaste acaso pérfido que te imaginaste abandonada? ¿No sentias por tí misma que la eternidad no podria borrar de mi corazon un solo rasgo de tu figura, una sola de tus palabras, una sola de tus caricias, una sola de mis ternuras? Cuando juntábamos nuestros pechos de modo que nuestros corazones latiesen el uno contra el otro, ¿acaso no conoció entónces el tuyo que el amor del mio era eterno? No, sin duda, tu no sentiste aquella mágica impresion que nos dijo tan claro; ó juntos ó muertos!......

"Pero, ¡ay, qué cruel soi! ¡Me quejo de tí! Bien la sentiste pues que la ausencia te mató. ¡Bárbaro error, pretender que tu tierno corazon resistiese tanto tiempo como mi duro pecho! ¡Qué tarde lo conozco!"

Paseábase por el cuarto con paso desigual y agitado hasta que dijo á T., "soi tuyo, no lo dudes, tus deseos se cumplirán, pero ántes quiero tres cosas: que me lleves á la tumba de Almabella: que me cuentes todo lo que ella decia y sufria, y sobre todo que me dejes abrazar á mi hija ántes de morir."

"En cuanto á las dos primeras exigencias, respondió T., bien, lo haré con el mayor placer, yo tambien en mi dolor me cebo en esas tristes memorias; pero en cuanto á tu hija, renuncia á verla miéntras no

cuplas tu palabra. Si la ves te hará querer la vida. Cuando hayas cumplido tu palabra, entónces la verás, y será lo primero que veas. Te protesto que la verás á cada instante, tanto que tal vez, sin duda, llegarás á desear el no verla mas. Tambien te haré ver entónces y solo entónces la última memoria de Almabella."

A pesar de esta amenaza sobre su hija que estremeció á Gullemiro, ya como tierno padre anhelaba por ver el fruto de sus amores, que quedaba en el mundo solo, como queda el pimpollo cuando muere la planta madre.

El tiempo avanzaba: llamaron á T. á comer, y este miró á Gullemiro impaciente de verlo aun libre. Conociéndolo Gullemiro le dijo, "está ya acordado, hasta no ver el sepulcro de Almabella y hasta que no me recites su historia, la que debo oir en toda libertad: las angustias me ahogarian si me hallasen entre cadenas. Una vez cumplida tu palabra verás cumplirse la mia."

"No me apures, te confieso que me es imposible hacer gran atencion á tu temeridad, cuando estoi todo entero ocupado de tu hermana y de su hija. Por ahora vamos á la mesa. Dispensa que se invite él mismo el que otro tiempo invitaste con instancia. Comamos juntos aun: esto me recordará aquellos tiempos afortunados."

Gullemiro le revela á T. la causa que hizo imposible su matrimonio con Almabella.—Noche terrible.—Cargos que le hace su Padre.

Se sentaron á la mesa y cada uno comia como permitian sus cabezas desatentadas. Despues de corto silencio y de mas cortos bocados Gullemiro siguió hablando en estos términos. "¿Te acuerdas de las pascuas del año de treinta y nueve: recuerdas el traje en que fuí á aquella serenata para celebrar el porvenir de Almabella el primer dia del año cuarenta? Dia fatal y en el que sin embargo me creí mas feliz que nunca!......

¡Quién me habria dicho, que ese instante, el mas gozoso de mi vida, abria la puerta á mi eterna calamidad! A media noche en punto, al sonar las doce, momento que empataba los dos años, nuestras almas quisieron empatar tambien la felicidad pasada á la porvenir. Pero en valde quise soldar la frágil felicidad del alma, que los sentidos habian roto en mil pedazos.

"El remordimiento y la paz del alma ó lo que es lo mismo el re-

mordimiento y la felicidad no se amalgaman jamás. Al sonar las doce, sonó en mi corazon el ocho de Diciembre pasado. Hasta ese instante estubo indeciso mi destino, pero en él decidió fallando en contra, y presentándoseme al punto el nuevo año portador de mi sentencia, insinuó en todo mi ser los fantasmas del presentimiento.

"Todo hasta entónces me vió risueño: todo desde entónces me aterra. Algunos minutos ántes se habian abierto por primera y última vez mis labios para acompañar el canto de los que yo conduje bajo aquellas ventanas. Al instante me impuso silencio la risa de mis compañeros y la de tu hermana que tambien reia tras su celosía al ver salir de aquel disfras mi voz de trueno, tan poco graciosa al imitar el canto humano, como serian los rugidos del duro Leon si quisiesen imitar el arrullo de la tierna Tortolita.

"Almabella reconoció mi voz á pesar de mi disfraz y dijo á su padre que allí estaba yo. Al instante las puertas de la casa se abrierón y tú y tu hermano R. salieron á hacernos entrar, Yo encargué á mis compañeros me hiciesen pasar por otro que se iba, y desaparecí de allí ocultándome en la calle inmediata. Ustedes no me vieron y yo me habria escapado, si tu hermana siempre fija en mí no hubiese visto donde me escondia. Entraron ustedes diciendo que no era yo, pero Almabella aseguró que sí y dijo donde estaba. Ustedes me sorprendieron y me condujeron como en triunfo á la sala.

"Ella me contemplaba con tan indecible regocijo que llegué á imaginarme que exageraba la impresion que yo le hacia; pero me ví en el espejo y hallé ciertamente en mí la transformacion mas singular. Sinembargo me pareció que aquel trage de valenton redoblaba la dureza de mi aspecto en vez de hacerlo agradable; pero ¡la pobre! ella me veia con los ojos del amor.

"Todos se sentaban: ella y su padre ocupaban el sofá y temiendo ella que otro ocupase el lugar que me destinaba, se separó un tanto de su padre y me dijo: "siéntese U. aquí al lado de mi Papá."—El buen viejo haciéndome tambien plaza por su parte, le dijo: "gracias hija mia......" Las mejillas enrogecidas de la hija y la sonrisa del Pàdre esparcieron por mi semblante el bochorno. Su desconcierto, su rubor, y su mirar fijo al suelo hicieron á su pesar la confesion de su cariño.

"Al verla en aquel estado me atortolé yo tambien y balbuciente le dije, "¿sufres? ¿Qué tienes, dime?" Al verse tratar de tú en presencia de su Padre, se redobló su sufrimiento y su rubor cambió en palidez y sudor frio. Notólo al punto su padre, y hombre de prontas resolucio nes, resolvió pronto sobre nosotros y la reanimó diciéndole: "hija mia, ¿qué te mortifica en una noche que para mí solo tiene motivos de contento? Yo voi á hacer los honores de la casa á todos ménos á Gullemiro, espero que este no se queje de los que tú le hagas. En cuanto á tí

Gullemiro dispensa que te deje aquí solo por atender á los otros; esto te prueba que tenga bastante confianza contigo y sobre todo que tengo demasiada confianza en tí."

El tratarme de tu envolvia á un tiempo la acusacion y el perdon de que yo tutease á su hija. El modo franco del viejo fué una bendicion que la hija regó de tímidas lágrimas. Enternecióse el anciano al lloro de su hija y tomó sus manos entre las suyas. Quiso así ser expresivo en aquella especie de aprobacion: pero Almabella besándole las manos le rebeló un interes por mi que pareció inconsiderado al Padre, porque yo no le habia declarado aun las miras que me llevaban á su casa.

Instantáneamente se trasformó su semblante, y yo conociendo la causa, le alargué mi mano respetuosamente, y la expresion de las manos y de los ojos, realizó entre nosotros un acuerdo solemne, y él perdonando á su hija se alejó secándose los ojos. Internóse en el grupo que hacian los otros, y nosotros quedamos contentos aunque confusos. Pronto olvidó ella aquel bochorno penoso y entregada á hacerme comentos sobre lo pasado con su Padre, siguió una conversacion grata y animada.

"Nos remirábamos el uno en el otro: yo en su beldad que hacia resaltar la sencillez de su traje y ella en el bizarro vestido de nuestros formidables llaneros que me servia de disfraz esa noche. Absortos el uno en el otro estuvimos hasta que tú, molesto de vernos solos, viniste á separarnos bajo pretesto de que ella debia dirigir lo que se preparaba padre obsequiarnos. Siempre fuiste astuto y taimado, nunca te faltó un pretexto.

"Al fin fuimos á la mesa. El Padre me sentó á su derecha y al frente estaba ella. Aquella colocacion me engreia, á mí, ¡quién lo diria! A cada instante los ojos fijos el uno en el otro bebiamos por nuestro amor. Una vez lo conoció el Padre y tomando prontamente su vaso y viéndonos á los dos nos acompañó á beber, diciendo: "por tu felicidad hija mia." Yo hice ver mi vaso al Padre despues de haberlo apurado hasta el fondo en señal de desearla ardientemente. El me volvió una mirada llena de confianza y dignidad.

Al fin de la mesa sirvió á su hija un vino mui fuerte: ella le dijo que aquel licor le repugnaba mucho, pero á pesar de esto le lleno una copita, diciéndole con sonrisa: no te desagradará. Ella estubo toda confusa hasta que su Padre sirviéndonos á mí y á él del mismo licor, me dijo de modo que ella lo oyese: "ahora bebamos por tu porvenir, Gullemiro."

"Ella tomó como involuntariamente la copa, y llena de pudor apuró con placer aquel licor desagradable. ¡Cáliz amargo, fatal emblema de lo caro que mi porvenir debia costarle!

En ese instante acababan de sonar las doce y el presentimiento minándome ya el alma trazaba ante mis ojos el cuadro de mis desastres. Estremecíme al ver aquel desventurado anciano felicitar mi porvenir y hacer beber aquel licor amargo á su hija en prueba del amor de ella y de la confianza de él. Aquel bríndis me pareció emblemático y de fatal agüero, y con horror tragué algunas gotas del licor conque aquellos in felices hacian livacion por mi suerte.

" Tu padre lo observó y poniéndome una mano sobre el hombro me dijo con afecto : " Gullemiro, por su generosidad no acepta usted el pensamiento de mi bríndis." Tomé con precipitacion la copa y con horror apuré hasta las heces aquel cáliz de mi fatalidad en cuyo fondo ví hondamente gravado el espantoso cuadro del abandono con que yo pagaría la confianza de aquel honrado anciano y el amor de su cándida hija. Aquel licor se insinuó en mis entrañas envenenándome hasta el alma con los horrores del presentimiento.

" En vano mi pasion y la razon se empeñaban en desbaratar ese presentimiento. Sus pedazos uniéndose entre sí, y movidos por la imaginacion como el humo por el viento, me presentaban en cada instante las mil faces diferentes de mi mal infinito. De en medio de la mesa se levantaba entre ella y yo el imposible gigante. Ya yo solo veia en aquella mesa una familia de sombras, tales cuales hoi las veo.

"Yo me explicaba de este modo el augurio de aquel bríndis. El licor acerbo para ella era el veneno que debia matarla ó el sacrificio que me habia hecho creyéndolo solo modo de salvar mi vida. La confianza del Padre que puso en su mano la copa me pareció el instrumento de nuestra fatalidad y el apurar yo mi vaso me pareció la consumacion de nuestra ruina. Todo era alegórico al ocho de Diciembre, ¡ tan feliz y tan fatal ! El presentimiento engendró el arrepentimiento haciéndome ver lo irremediable del mal ya hecho, y desde ese instante nada pudo aplacar la conciencia que me mordia el corazon."

Al llegar aquí le interrumpió T. diciéndole : " ¿ pero cómo quieres tú hacerme creer que al sonar la primera hora del año nuevo sonó tu conciencia hasta ese instante tranquila ? ¿ Imaginas hacerme creer en presentimientos y brujas ? Dime francamente, ¿ qué fué lo que te afligió en aquel momento ? ¿ Crees que yo no atisbaba de léjos todo lo que se pasaba en tí ? Sí, yo ví la mudanza que hubo en tí al sonar las doce. Al brindar por mi hermana parecías estar en el cielo, y un instante despues, al beber por tí, parecías salir del infierno. ¿ Qué motivó ese cambio ? Te ví hacer á mi hermana una seña que no entendí : pero no ví la respuesta."

" Oyelo claro, replicó Gullemiro : esa respuesta fué la que abrió brecha á todos los espantos que me rodeaban. Al sonar el primer campanaso recordé ciertas alarmas en que estábamos y que debian haberse

decidido en los dias anteriores al en que estábamos. El sobresalto en que esto me puso me hizo hacer un viage de quince dias á casa de mi padre, para, sin declararle mi situacion, ver si lograba deshacer cierto convenio hecho con un pariente suyo y en el cual mi nombre escrito de mi propia mano enagenaba esa misma mano, y con ella mi felicidad.

" Todo fué en valde; mis lágrimas hacian llorar á mi tierno Padre pero no lo hacian desmayar de la realizacion de un contrato en que habiamos comprometido mi honor y el suyo propio. Pobre ese mi dulce padre, sin hiel y sin pasiones y mártir perenne de los furores de las mias...... Volvime desolado de su inflexibilidad y ancioso de saber si durante los últimos de aquellos quince dias de ausencia, se habia disipado la tempestad que amenazaba.

" Llegué á la capital y habiendo sabido que mi pariente habia negado una de sus hijas á un hermano mio, resolví vengar á este rompiendo á todo coste y para siempre con mi pariente y con su hija. Imaginábame á mi Padre vindicando al hijo desdeñado y rescatando al hijo desdeñador, y este regocijo efímero, me hizo llevar algunos amigos y músicos á celebrar la segura felicidad de tu hermana.

" Ebrio de placer y distraido con los dos lances que nos jugó tu Padre, olvidé el hacer á tu hermana la terrible pregunta. Pero al sonar esa hora funesta sentí sobre mi cabeza la mano de la tremenda fatalidad y oí de su hórrido acento el sarcasmo con que me recordó nuestra crítica circunstancia. Hice á tu hermana la seña que viste y su respuesta me heló la sangre y el alma.

El súbito cambio del júbilo á la desesperacion turbó mi razon, el horror agitó mi sangre, y sintiendo vibrar fuertemente hasta mis arterias mas profundas, las sentía, en mi desvarío, como mil culebras que se retorcian y serpenteaban en mis entrañas, y repleto mi cerebro de horrores y agonías y girando solo ante mis ojos fantasmas espantosos, sentí hundirse la tierra que yo pisaba y sintiéndome rodar al traves de sus entrañas tenebrosas, me sentí de repente en el infierno.

" Mis ojos fijos en la sombra que me acosaba y mis cabellos y mis bigotes erisados como cerdas hacian de mi semblante el cuadro vivo de una locura terrorosa. Si tu Padre me hubiese visto en aquel instante, sin duda habria leido en las arrugas de mi frente la traicion que yo le hacia y el sello de la reprobacion del cielo.

" Tu pobre hermana, acostumbrada á mis transportes, como el marinero á la borrazca, vió con calma las centellas de mis ojos y las nubes de mi frente. Su calma en tal lance, me hizo, sentir al vivo hasta donde era inocente. Jamas mi cariño fué mas tierno, mi compasion fué al infiinito."

Entónces ví claro que se habia sacrificado por no saber lo que hacia y que al hablarme de honor se referia solo al honor privado, sin sos-

pechar siquiera que una consecuencia de este sacrificio podia exponer á la opinion el honor de su Padre y el de su nombre. Su candor engrandeció á mis ojos mi propio crímen y maldeciendo mis arrebatadas pasiones y sintiéndome al mismo tiempo mas arrebatado que nunca, dí por hecho que habia en mí mismo algo de infernal y que debia ser mi corazon.

" El mas vivo fermento de la ilusion es la superioridad que el amante halla en lo amado, y yo imaginándome un corazon diabólico, y viéndola á ella inocente como el mismo cielo, sentí por ella, la vehemente y frenética ilusion que pudiera inspirar un ángel á un demonio.

" Dos meses mas tarde estalló nuestra catástrofe y así como al estampido del rayo siguen el silencio y la muerte, así, al instante en que tronó mi desventura, siguieron la desolacion, la venganza y mil horrores. Por todas partes me asechaba la muerte y por todas partes la busqué sin encontrarla.

" Vanas fueron para con mi duro pariente mis lágrimas y mis plegarias: en vano le probé que su temeridad manchaba á la vez dos nombres el de ella y el mio y con el mio el suyo propio. Tan enconado estaba contra la que me hacia desdeñar á su hija, que por toda respuesta me dijo, que si insistia un instante mas, me quitase el nombre ó él se lo quitaba.

" Aterrado al oir amenazar de escándalo el honor demi inocente víctima, hice un precipitado viaje y corriendo mil peligros atravesé de noche y por veredas las inmensas montañas que me separaban del puerto de Choroní, y de allí, echándome en una canoa sobre una mar bravía, llegué al hogar paterno al traves de montañas mas peligrosas. Fué por ese tiempo que nos vimos en....Maracai.... te acuerdas?

" Al hallarme culpable ante mi Padre creí que el bochorno me arrancase la cabeza de los hombros y la arrastrase por el pantano de la tierra, como ella misma se habia arrastrado por el fango de la culpa. Yo llegué á mi habitacion y le mandè suplicar que viniese á verme, Al oir sus pasos precipitados, mi extrema agitacion pasó á desaliento, y trémulo y desfigurado me quedé sentado y casi desfallecido.

" Al verme se arrojó en mis brazos diciéndome, "¡ hijo mio!" Al toque magnético de aquel hombre sagrado, me reanimé y besándole la mano, imploré con lágrimas y con los mas tiernos ruegos el perdon de mi falta y el que por ella no dejase de amárme.......A mi voz llorosa siguió el silencio. Alzé la cabeza para verlo y lo hallé deshecho en lágrimas y como reprimiendo un hondo sollozo.

" Dominado por la angustia que me daban aquellas lágrimas tomé mi pañuelo y enjugándolas y echándome á sus piés le repetí, "¡ perdon, perdon Padre mio!" El silencio de mi Padre desgarrándome el alma

me arrancó mil sollozos que ahogaron mi voz y entónces fué que pensé que si no me hablaba era tal vez porque no podia.

Al cabo mi Padre me dijo: " de todo mi corazon te perdono hijo querido: la compasion me hace perdonar tu culpa, y el particular amor que te tengo me hace que solo piense en remediar el inmenso mal que se desploma sobre tí." Despues se sentó á mi lado y tomándome una mano, me dijo con el acento mas triste: " díme hijo mio, varias veces oí admirar la inocencia y la belleza de una jóven de ese nombre, ¿ es acaso la misma ? "

Sí, mi Padre, le respondí, á lo que él añadió. " ¡ Tan feliz que era ella! Bella como la luz, inocente y preciosa como la lágrima de una madre y pura como un pensamiento de Dios. ¿ Y era tu alma honrada, hijo mio, la que habia de mancillar esa flor de la virtud ? ¡ Es posible hijo querido, es posible! "

Anonadado, solo pude responder con sollozos angustiados. Miéntras tanto mi Padre volviendo de la meditacion que lo absorvia, esclamó de nuevo, " ¡ hijo mio, es posible! ¿ Olvidaste acaso el terrible escrito en que, á nombre de lalei y del honor prometiste tu mano ?

¿ Desconocias acaso lo que son la lei y el honor, ó la pasion te envileció hasta quitarte el valor de sacrificar á su inocencia tus brutales pasiones, hasta darte el innoble valor de posponer su honra á tus torpes ancias ? Sacrificaste, al crímen de un instante y para siempre, su felicidad y su nombre y tu nombre y tu virtud ?

¡ Cuántas barbas canas se empaparán, en entrambas familias, en las lágrimas que tu arrancas! El Padre de ella y yo tuvimos una entrevista y por poco morimos entrambos de dolor.

¿ No imaginaste que si tu pariente, como es en todo, era inmutable en esto, nos eran inevitables la afrenta y la desesperacion ? ¿ No consideraste que el que yo pretendiese casarte á pesar de él seria contra la fé y el honor y que por tanto nunca daria yo cabida á tal pretencion ?

Ademas, aun renunciando yo al honor, aun en la suposicion de este imposible, no veias que tu nombre escrito de tu propia mano te entregaba á los rigores de la inflexible lei ? ¡ Hijo infeliz! ¿ no estaba claro á tus ojos que el solo fruto de tal pretension seria un escándalo para ella y un castigo para tí ?

" Y si el temor de estos males no bastaba á amedrentar tu ofuscado corazon, ¿ dónde estaban la razon, la conciencia, el honor, la sombra de Dios y la memoria de tu Padre ? ¿ Dónde estaban tu severa virtud y tu blanda piedad, cuando pagabas con pérfida ingratitud la confianza de un Patriarca y la pasion de una vírgen ?

" ¡ Criaturas infelices!......La honradez del Padre lo hizo confiar en la tuya y la inocencia de la hija sirvió de acecho á tu traicion. ¿ Cómo al consumar tu crímen no te contuvo la sombra de tu madre que ve-

la sobre tí¡? Al espirar te llenó de lágrimas y de besos y te dijo: "¡yo no muero para tí, hijo de mi alma, no, yo velaré desde la eternidad sobre tu vida y si alguna vez la ceguedad mortal te acerca del crímen ó de la vileza, mi sombra se meterá entre tí y la culpa y salvará tu inocencia sirviéndole de barrera insuperable!" Tal fué la promesa que tu madre te hizo en su último adios, y sínembargo, ¡mírate, contémplate!.. .Pero ademas, ¿no enternecieron tu conciencia los gemidos de la inocencia espirante?......

"En este instante aciago es preciso no solo ser sinceros, sino decirnos ademas lo que en otras circunstancias seria mejor reservar. Jamas he oido su nombre sino entre alabanzas de admiracion. Uno solo no he visto que no se entusiasmase, como en su propia causa, al darle la primacía en la virtud y en la belleza.

"Te confieso que, engreido en las nobles cualidades de uno de mis hijos, llegué á meditar un viaje para hacerlos conocer entre sí, cierto que al solo verse lograria yo mi deseo de hacerme un solo hijo perfecto uniendo al tierno corazon de ella el alma fuerte de él."—Interrunpíle diciendo; ¿y cuál es ese hijo?—"No me aflijas, me respondió: ese hijo ya no existe."

"Creyendo que uno de mis hermanos habia muerto, le dije con dolor, ¿cuál de ellos es? He perdido acaso el derecho de llorar mis hermanos? Las lágrimas de un deshonrado pueden acaso manchar su tumba?

"No ha muerto, me dijo y tomándome la mano y alhagándola con expresion dolorosa, añadió: mi hijo virtuoso no ha muerto, pero se halla en un estado mil veces peor aun que la misma muerte." Imaginéme que mi hermano habia perdido la razon y me esclamé: "ya veo, el pobre, se ha vuelto loco, ¿cuál es?"

"Púsome la mano en la cabeza y me dijo: ¡feliz de él y de todos nosotros si todos juntos hubiésemos perdido la razon antes que él......" Al ver que se callaba, esclamé con amargura ¡pobre de mí, ya mi Padre me proscribe de mi familia pues me reserva lo que se pasa en ella! Esta queja lastimando hondamente á mi Padre le hizo decirme: "reune tus fuerzas para oirme."

Al oir tal idea en mi Padre, y con aquel acento, me tembló todo el cuerpo y se me erizaron los cabellos y hasta los ojos mismos. Cuando mi Padre vió mi atencion y mis ojos asombrados endulzó cuanto pudo su voz, continuando así: "nadie sabe mejor que tú lo que se pasa en la familia. Oyeme: un hijo tenia, cuyas prendas singulares hacian mis grandes esperanzas: lo veia como el sol que debia esclarecer mi nombre y como la estrella que indicaria á mis otros hijos el camino de la gloria. La sola mujer que yo hallaba digna de ese hijo predilecto es esa desventurada que hoi gime en la vergüenza y en la ignominia y el mal de mi

familia que tanto deseas saber, es que ese hijo virtuoso y grande, dejó de ser grande y virtuoso, y transformándose en un mónstruo ingrato traicionó la confianza, deboró la inocencia y el honor y todo lo que hai de mas noble y mas sagrado, y todo esto por seducir y deshonrar á esa mujer perfecta: en fin ese hijo eres tú ”......

“ La crueldad de aquel lenguaje cortó el solo lazo que me unia á la vida. Al ver tal dureza en mi tierno Padre me tendí sobre mi lecho que inundé de llanto y casi me sufocaron mis descompasados sollozos. En valde mi Padre se esforzaba en consolarme, nada pudo secar mis lágrimas, la herida era ancha y profunda y nada restaña las heridas del corazon.

“ En lo mas hondo de mi desconsuelo pasó por mi mente la idea del suicidio y mi resolucion fué instantánea: secáronse repentinamente mis lágrimas, mi semblante se puso helado é indolente y una sonrisa desagradable movia á mi pesar mis labios. Un instante hubo en mí, en que nada, absolutamente nada, habria podido contrastar la calma que mi resolucion me daba: en ese instante me sentí yo mismo como un sueño, y ví el universo entero como la ilusion de ese sueño.

“ Cuando la desesperacion resuelve buscar su salvacion en la nada, ve al punto la existencia general y la suya misma con aquel invencible desprecio que es propio de la muerte en que se sume. Primero muere el mundo para el suicida que este para el mundo, porque no buscamos la nada sino cuando nos sentimos desprendidos de los seres.

“ Aquel estado fué uno de los mas gratos de mi vida: (y de los mas razonables tal vez) yo me reia de todo y de mí mismo; pero al caer sobre mi padre mis ojos, que giraban en torno, ví á un tiempo su antigua ternura y su crueldad presente, y el agudo dolor que sentí, me hizo volver á este mundo miserable y couvencerme que yo vivia y que otros tambien vivian.

“ Todo lo veia yo al travez de un prisma precioso, pero al encontrar á mi Padre, me abria los ojos con las manos: lo sentia á él como una sombra y como un sueño la impresion que me hacia. Todo se cambió para mí. La mudanza fué completa, mis delirios, mis ilusiones eran lo solo que yo sintiese como realidades, y las realidades mismas me hacian la impresion de ilusiones, de sueños.

“ Mi padre era la sola realidad que mi trastorno eceptuase y que á mis ojos no fuese una quimera. Este vió mi funesta resolucion en mi súbita transicion de la desesperacion á la calma, y aparentando irse tranquilo me dejó y pasó á un cuarto desde cuya cerradura veia claramente todo lo que yo hacia.

“ Lo primero que yo hice fué ponerme á escribir para tu hermana, para mi Padre y para mi pariente. Terminadas mis cartas, abrí mi baúl, tomé un par de pistolas y me dirigia con ellas hácia la mesa, cuan-

do abriéndose repentinamente la puerta se me presentó mi padre pálido y lleno de espanto y de dolor. Sobrecogíme al pronto; pero recuperando mi entereza, serené mi cara y puse las pistolas sobre mis cartas.

" Sentóse al lado mi padre y tomando la pistola que estaba sobre la carta me dijo todo balbuciente: " parece que quieres sellar con esta pistola esa carta que me diriges: yo te ofrezco sellar con la otra mi respuesta. Pues que esta carta es para mí, permíteme leerla al instante.

" No padre mio, le dije, el cambio de mi resolucion anula esta carta. ¿ A qué leerla cuando fué hecha para verla despues de la realizacion de una cosa y que ya esta cosa no ha de tener lugar?—" Sinembargo, Gullemiro, voi á leerla para ver si tambien has dejado de ser buen hijo."

" Abrió su carta que contenia las otras dos. Leyó primero la suya y al mismo principiar esclamó: " ¡ tambien ingrato conmigo, hijo querido! "

" Y al leer lo que yo le decia sobre su crueldad, me dijo: " no confundas la crueldad con el dolor: ese lenguaje de mi dolor, es el de mi cariño. Yo tampoco me ofendo por tu carta: ella es solo una queja. Tienes razon: yo he sido algo mas que severo; pero está cierto que mi rigor es la viva expresion de mi amor. Preferirías en este caso, mi indiferencia á mi desesperacion?...... Sin embargo yo tambien á mi turno te pido perdon de mi extremo rigor. ¿ Qué me ofreces en prueba de acordarme ese perdon? "

" ¡ Como conocia mi Padre el camino de mi corazon! ¡ Inexorable como juez de mi falta: Padre compasivo desde que dejaba de ser juez: severo en su virtud y tierno en su cariño! Este contraste conmovió mi corazon, y al contemplar la grandeza de mi Padre, ví cuanto habia yo perdido de la mia.

Henchido de enternecida admiracion, me eché á sus pies y besándole la mano le dije: ofrezco á usted no buscar la muerte miéntras usted viva. Me dió la mano, me sentó á su lado, y secándose algunas lágrimas procedió á la lectura de las otras cartas. Tomó la de mi pariente y creyó que yo lo ultrajaba al decirle: No siento lo que usted me hace por mí sino por la que prefiero á mí mismo. U. me sacrifica, pero al mismo tiempo me da valor para no necesitar ni de U. ni de mí mismo.

" Otra cosa tambien le decia que pareció justamente demasiado á mi Padre y me dijo: " ¿ es posible que así trates á ese hombre que tanto te ha querido y que tantos servicios te ha hecho? " El recuerdo de los favores y de la distincion que me dispensó siempre mi pariente, me hicieron por un instante ver mi carta como obra de mi pasion; pero presentándoseme al momento la querida imágen de tu hermana, y viendo el estado á que la reducia su temeridad, no pude ménos que verlo como un hombre bárbaro é inhumano.

"Hice presente esto á mi Padre, el que guardando silencio abrió la carta dirigida á Almabella. Sus dos megillas servian de cause al manantial de lágrimas que hizo brotar aquella triste lectura. A este espectáculo y recordando el lastimoso adios que yo hacia á tu hermana, dejé correr mi acerbo llanto.

"Quedóse mi Padre fijo sobre la misma línea con expresion de un dolor extremo y al fin no pudiendo mas reprimirse esclamó : " ¡ criatura malhadada, el crímen te engendró y te dió ser: naciste de la desgracia y tu alimento y tu porvenir serán llanto y amargura ! ¡ Oh pasiones fatales ! Ni la prevision de un hijo deshonrado pudo contener á los que cometieron el atentado de darte vida. Tu suerte me contrista mas que nada. Que tus padres sufran las consecuencias de su temeridad, eso es natural : ellos compraron á ese precio su abandono. ¡ Pero es acaso natural que sufra ese inocente ! ¿ Qué parte, ni qué conocimiento ha tenido en el hecho que le dió ser ? ¿ Qué culpa ha tenido de la culpa de sus Padres, para que así lo condene la sociedad ?

"La mayoría corrompida y corruptora hace la lei de la opinion; y esta lei, infame en cuanto á la seduccion, no solo deja impune al seductor sino que le presta cierta gloria, y desplomándose toda entera sobre su víctima y sobre el inocente fruto de su crímen, los condena al escarnio y al desprecio y á la mas atroz proscripcion......¿ Podria un hombre, educado fuera de estas sociedades, imaginar hábitos tan brutales é inhumanos: tan contrarios á la razon y á la justicia ? Hijo mio: agradece á esa infeliz que tu culpa hace mi hija, agradécele los vivos esfuerzos que voi á hacer para que pueda al nacer hallar Padre y Madre, nombre y porvenir."

"Mi extrema y larga agitacion me hacia preferir el silencio, y sin hablar besé la mano de mi buen Padre con la viva espresion de mi humilde gratitud.

"Un largo silencio sirvió de tregua á aquel agitado tumulto de quejas, perdones, llantos, dolores y agonías. Pero este no fué el silencio de la paz. La turbulenta imaginacion concentró la tempestad en el corazon. A cada instante un ai suspiroso nos hacia estremecer, y revelaba la tormenta del alma, así como el trueno sordo y el temblor de la tierra anuncian el volcan que la mina.

"A veces tambien el rayo del dolor, llegando hasta los ojos, hacia traslucir en su fulgor la borrasca del corazon, así como el relámpago lejano anuncia la remota tempestad......Al fin mi exelente Padre aparentando una calma que no tenia, me llevó á saludar á su esposa Zulia, mi segunda madre. Recibióme esta con demostraciones cordiales y cinceras, y entónces, como en lance mas crítico, pude mejor apreciarla, y quererla tanto cuanto era digna.

"Miéntras la tenia en los brazos sus seis hijos me rodeaban y los

mas chiquitos se abrazaban de mis piernas. ¡Cuánto fué mi gozo al colmar de caricias á aquellos inocentes hermanitos á quienes con severo gesto habia hecho temblar otra vez, en mi terrible juventud. Los pobrecitos: desplegando inclinaciones mas dulces que las que yo tuve, lloraban de placer al volver á ver al mismo que los habia hecho llorar de miedo.

" Hasta mis diez y siete años, que viví con ellos, los ví siempre con prevencion por ser hijos de la que habia sustituido á mi madre. Sin embargo los queria pues que los acariciaba cuando los hallaba solos. ¡Qué poco razonable era yo entónces! Imaginaba á mi pobre madre padeciendo en el otro mundo el dolor de los celos; como si las mezquindades materiales no murieran todas en la muerte que sublima y divinisa los espíritus que en ella nacen á otra vida que en nada se parece á esta. Como si algo pudiera haber tan caro á mi madre como la mujer que hacia la felicidad de su esposo y de sus hijos.

" T., si alguna vez vieres á mi madrasta, dile las palabras amigas que yo le dirijo aun en los momentos mas afanosos de mi infausta suerte. ¡Si hubieras visto Tardini la curiosidad con que me veian mis hermanitos! Mi desgracia era un secreto para ellos y lo es hoi mismo; pero nuestro aspecto les revelaba que yo me hallaba en una circunstancia terrible. Cada uno de ellos tenia un par de lágrimas en los ojos y cuando estas lágrimas caian eran relevadas por otras. Sus miradas, llenas de la lástima que me tenian, su silencio, todo conspiraba á enternecerme y á lastimarme el corazon y á esparcir en torno el sombrío mas patético y mas triste.

La mayor de las niñas, de quince años mas ó ménos, delicada y sensible como un ángel, no pudiendo reprimir su pena se alejó y me veia, desde el dormitorio de su madre en un espejo de la sala sin que yo me apercibiese. Dejáronme solo mis padres un instante para ver si me reposaba algo sobre el sofá en que estábamos sentados.

" Pero al desaparecer aquellos séres queridos aparecieron súbitamente las tristes sombras de Almabella y de su familia: sentí de nuevo mi desesperacion y parándome agitado, me dí una palmada en la frente, arrojé un hondo gemido y volví á tenderme sobre el sofá. A esto mi hermanita trasportada de dolor entró á la sala y sentándose á mi lado me dijo: " ¡pobre hermano! ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? Aunque no me digas lo que tienes, déjame llorar contigo.

" Es increible lo que alivia la piedad de un inocente que conduele nuestro mal. Me sentí tan consolado que pensé que la desesperacion era debilidad en quien tenia tal hermana. Me levanté, besé tiernamente su frente pura, y sentándola á mi lado, le respondí así:—mi amiguita, tu llanto no solo ha aliviado mi mal sino que lo ha curado enteramente: no llores mas, tu pena agravaria la mia.

" Secó al momento aquel rostro tan lleno de gracias, candor y lágrimas como el boton de rosa que se empapase al abrir al mundo del agua de una tempestad. Conversamos largo rato sobre sus adelantos y sobre sus otros hermanitos, y particularmente sobre el vivo amor que se tenian ella y mi hermana Marticela. Esta amistad la cultivé con esmero, como vínculo de una familia que tenia dos madres.

Allí estuvimos hasta el almuerzo, despues del cual mi Padre bajó á su oficina y mis hermanitos todos salieron á sus escuelas. Mi madrasta aprovechó esta soledad para hablarme sobre mis circunstancias. Si mi Padre me dió una leccion de virtud severa, ella, compadecida de mi suerte y llenándola de consuelos y esperanzas, me dió otra leccion que me hizo ver lo dulce que es la piedad de una madre.

" Ambas lecciones me eran necesarias : la una revivia mi virtud : la otra amortiguaba mi dolor. ¡ Cuánta conmiseracion cabe en el pecho de una mujer virtuosa ! ¡ Cuánta magia tiene la bondad de una mujer ! ¡ Cómo la afligia la suerte de tu hermana ! A su solo nombre se le humedecian los ojos. Todos los dias despues de almuerzo quedábamos solos. Entrambos deseábamos este instante : ella por el placer que se hacia de la beneficencia y yo por la necesidad que tenia de alivio.

" Se esforzaba siempre en hacerme ver mil esperanzas donde tal vez no hallaba ninguna. El deseo no me alucinaba hasta hacerme ver lo que no existia; pero mi consuelo estaba, no en la esperanza, sino en verla llorar por tu hermana. Cuando le decia que Almabella no conocia los peligros de su falta se estremecia aquella excelente mujer por que entónces calculaba la enormidad de mi crímen : sin embargo me consoló y me dió esperanzas : me ofreció sus esfuerzos, admiró y amó conmigo á Almabella. Si la vieses algun dia T., dile que mi alma agradecida le acordó desde entónces un afecto sin reservas.

" Volvamos á mi Padre. Dos dias despues entró á mi cuarto y con semblante siempre sereno, pero en que alternaban el contento y la pena, me leyó una carta de mi pariente el cual ofendido de mis ruegos anteriores decia á mi padre así. " Mi hija desdeñada no quiere ni ver tu hijo jamas, y yo como Padre ofendido lo desconozco como pariente y como amigo. Toda relacion ha cesado entre él y yo."

" Mi Padre creyó ver en aquella carta mi libertad, y el pobre..... gozaba por mi bien, aun mas que lo que sufria por la pena de su pariente. Al momento fuí casa de mi madrasta y la hallé llorando de placer, me abrazó tiernamente y congratulándose de mi dicha me colmó de bendiciones y de esperanzas.

" Rodeáronme de nuevo mis hermanitos, no ya con ademan contristado sino con rostro placentero. En su inocente alborozo me hacian los mas finos agasajos. Los pobrecitos me acosaban á preguntas á que

yo solo respondia con caricias. Decirles la verdad seria malo: engañarlos seria peor.

" Cuando se ve una cándida criatura enternecida hasta el llanto por la agena felicidad, puede sin duda concluirse que el hombre abriga siempre en su orígen un gérmen noble que á veces fecundado por la virtud engendra los héroes; pero que otras veces, las mas por desgracia, sucumbe al hálito mortífero de la corrupcion y de las pasiones.

" ¡ Qué mágica dulzura me inundaba el corazon! Bendiciendo aquella venturosa mudanza del destino, volé al instante á participar á tu hermana por una carta, nuestra cercana felicidad. Mi carta llevaba la espresion de aquel sufrimiento que causa una dicha inesperada. Padre, madrasta, hermanos y yo mismo, todos estábamos abandonados á un júbilo sin zozobra.

GULLEMIRO SIGUE SU HISTORIA.—CAMBIAMENTO SUBITO.—VIAGE.—DESPEDIDA DE SU PADRE Y DE SU PATRIA.

" Al dia siguiente en la noche estábamos mi Padre y yo en el balcon que mira al mar calculando ya con indecible placer los arreglos de mi matrimonio, cuando nos presentaron dos cartas que llegaban de la capital por la posta. Una era para él, la otra para mí. Por el sobreescrito reconocí que la de mi Padre venia de mi pariente...... La mia era de Almabella.

" Acercámonos á la luz, vímonos entrambos y abrimos con sobresalto cada uno su carta. La de ella era respuesta á la última mia, en ella retosaban el amor, la esperanza y la dicha: terminaba así: " nunca dudé de tí: te conozco, hombre generoso. ¡ Ojalá que tu creador te bendiga como tu amante te admira! Vuela á mis brazos mi tierno esposo, vuela, las ansias de mi dolor de ayer no fueron mas crueles que lo es hoi el afan de mi esperanza. Llega pronto ó me muero."

Una vez releida mi carta me volví al balcon. ¡ Con qué angustia esperaba que mi Padre acabase de leer la suya! Al fin terminó la larga lectura de unas cortas líneas y despues de pasearse por la sala con ademan sufrido, entró á su dormitorio. Todo me anunciaba el escollo en que al fin debia estrellarme.

" Pasé del balcon á la sala hasta el frente del dormitorio y ví á mi pobre padre con los brazos cruzados y viendo con ojo estático y compungido su carta caida al suelo cerca de él. ¿ Cuánto ama un bnen Pa-

dre! ¡ Cuánto sufre por un hijo temerario! Volvíme al balcon y acercándome despues á él con ruido, para que me oyese, entré en el dormitorio.

"Esperaba, lo confieso, hallarlo severo enseñoreando su pena: pero cuan terrible fué mi sorpresa al ver por primera vez que lo agobiaba la pesadumbre. Nada pudo disimular y su desconcierto dió rienda á mi pena. Al vernos nos abrimos los brazos.... hasta el corazon me resonaban sus hondos sollozos......

"Al fin poniéndome las dos manos sobre la cabeza, me dijo con acento desesperado:—"pobre hijo de mi alma, renuncia para siempre á toda dicha."—¡ Qué impresion me haria aquella sentencia irrefragable en el momento mismo en que la esperanza lisonjeaba mas mis ansias! Quedé del golpe estupefacto.

"Dirijime hácia la carta para tomarla y leerla; pero mi Padre con ademan patético me ordenó la dejase, y yo me alejé viéndola como el que huye de una serpiente no pudiendo acabar con ella. Nos veiamos como azorados durante un largo silencio. Por primera vez perdió mi Padre su enteresa. Al fin, sin quebrantar nuestro silencio nos tendimos unas manos temblorosas que se cerraron con dolor, y cruzándonos una triste mirada él me exijió y yo le ofrecí el cumplimiento de la palabra que sobre mi vida le habia dado el dia anterior.

"Yo me retiré á mi cuarto: eran ya las nueve de la noche. Me acosté anhelando los descansos del sueño, pero en vano: el sueño huye de los infelices, que son cabalmente los que mas lo necesitan. Viendo que el reposo me era imposible tomé la pluma y dí rienda al dolor: escribí á tu hermana. ¡ Horrendas imágenes me asombraban el alma; tremendo dolor la desgarraba!

"Tu hermana, no imaginando mi desesperacion, atribuyó á crueldad mia la pintura que yo le hacia en esa carta de mis angustias infernales. Tambien le parecieron exagerados los lamentos de la carta que le dirigí en la hora que precedió mi embarque.

"A la mañana siguiente mi Padre vino á verme mui temprano. El problema de nuestra larga conferencia fué, el qué hacer en tal conflicto. Dos horas largas habia consumido la meditacion, y su solo fruto era una desesperada resignacion al desastre que de todas partes me amagaba.

"En ese momento entraron á decirle á mi padre que un capitan norte-americano se empeñaba vivamente en ser despachado para dar á la vela al instante. A la hora de almuerzo volvió algo ménos agitado que en la mañana y me dijo: "ya ves hijo mio que la vergüenza y el escándalo son irremediables. Todo depende de tu pariente y él está ofendido y será por tanto inexorable.

"Si ahora se pretendiese algo de él, todo se perderia para siempre. El tiempo solo puede cambiarlo, y como aquí estas corriendo mil peli-

gros, mejor es que vayas á esperar ese tiempo á paises lejanos que te pongan á salvo. Ademas, un viaje tal, seria utilísimo á tu carrera. Paris es hoi la capital de las ciencias: allí podrias perfeccionar la tuya, y si tienes genio y llegas á conquistar la gloria, darás con ella nuevo lustre á los nombres que has manchado.

" En tus críticas circunstancias un viaje es el solo modo de aplacar el justo encono de la sociedad y de no destruir con una pretension intempestiva toda esperanza del matrimonio que deseas. Ese infausto amor debe esconderse tras la distancia, como la braza peregrina en la ceniza que la conserva, y que cuando conviene presenta de nuevo su luz y su fuego. Veamos las consecuencias de tu permanencia aquí. ¿ Resistirás al deseo de verla ? Imposible. ¿ Ocultarías siempre tus entrevistas ? No, y el mas ligero accidente te costaria la vida.

"¿ Hai acaso tampoco necesidad de esto cuando yo sé bien que por todas partes te asechan con la firme resolucion de matarte ? ¿ Serias tú capaz de atacar tus agresores, sus hermanos ? Y supongamos por un instante que como por milagro te conservases al travez de tantas muertes que te cercan y te buscan. Tu carrera se marchitaria con tu nombre : nadie te abriria su casa, tu profesion es cabalmente la que exige mas confianza, y en tus circunstancias, todos te cerrarian sus puertas.

" No hai medio : despues de un largo viaje el olvido de lo pasado y el realce de tu mérito tal vez, te permitirian grangearte el favor de esa opinion que bien pudiera llamarse la espinosa puerta de la gloria ; pero sin ese largo viaje, para tí no hai esperanza de nada. Hoi mismo si te quedas, estoi seguro, abordarias esa terrible puerta ; pero su portero, la censura inexorable, al ver tus manchas escandalosas, clavaria tu honra en la cruz del escarnio y del dolor.

" En fin, hijo de mi alma, (esto me lo dijo abrazándme) si viajas, el arrepentimiento espiando tu culpa lavará poco á poco su borron : la gloria, si la conquistas, hará que la opinion absuelva lo pasado y te abrirá un bello campo de aspiraciones. Mis incesantes plegarias ablandarán tu duro pariente y entónces harás tu esposa esa infeliz que yo conduelo, si acaso ella y tú unen á un corazon inflamable la lealtad de las almas diamantinas.

" Al contrario si te quedas, es preciso renunciar á la fortuna, á la felicidad y á la gloria, y al fin de tus dias arrastrarás una vejez manchada y dolorosa, si acaso el accidente te salva de los que por todas partes te asechan para matarte, como solo medio de vengar su honor. Hijo mio, es preciso que te aüsentes para que nos reste la esperanza de un porvenir mejor. Si te quedas todo está perdido.

" Te confieso que nada he deseado jamas tanto como el recibir tu primera carta de Paris, diciéndome que á pesar de tu pena, bendices un

viaje al que solo era dado el resarcir lo perdido. En fin hijo mio, si mis ruegos valen algo, te conjuro á un viaje que ademas de ser ahora el solo modo de salir del conflicto, puede mañana, por sus felices consecuencias, hacer que bendigas las desgracias que te forzaron á emprenderlo."

" Aquí se calló mi padre, y yo estupefacto al ver la nueva suerte que como una serpiente se desenrollaba ante mis ojos, callaba tambien, hasta que él ofreciéndome la mano me dijo: "es necesario que yo sepa lo que debo responder al capitan que sin tí partiria al instante, pero que si tú lo acompañas esperará hasta mañana." La precipitacion era extrema y mi incertidumbre aun mayor.

" Rogué á mi Padre que me concediese media hora solamente.— Bien—me dijo y salió. Al verme sin mi Padre presentí el dolor de una tal ausencia. ¡ Qué angustiosa mezcla de violentos deseos y de hórridos temores! Los ardientes deseos que tenia de ver si el hombre del viejo mundo diferia del del nuevo, y si esas tan decantadas obras de la vieja humanidad salian en algo de la mezquindad que yo conocia: la curiosidad de penetrar y examinar de cerca el foco de las ciencias y de las artes y de medir sus hombres célebres: el vago deseo de novedades, todo agitaba en mí los deseos de aquel viage.

Por otra parte me espantaba al solo imaginarme sin Padre, sin Patria, sin familia y sin mi amante. Sin embargo, la idea de que mi Padre y el honor lo exigian, la curiosidad filosófica y un poco de ambicion, lo confieso, llegaron á dominarme un instante y en ese instante entró mi Padre, y queriendo yo mismo aprovechar de una resolucion que temia pasajera, le respondí categóricamente que sí.

" Mi amor oyó aquel sí como oye el suicida la esplosion que lo mata. Un dolor casi infinito y un horror de mí mismo enfermaron mi mente y poniéndola delirante y visionaria me hicieron ver á mi destino que, desgarrado por aquel sí, bamboleaba ensangrentado y caia en la mas horrenda agonía.

" Mi Padre no pudo oirme sin emocion: él sabia bien que aquel era el mas terrible de los sacrificios que me fuese posible hacerle. Estrechóme tiernamente entre sus brazos y me propuso el arreglar al momento mi baul.

" Como yo habia dejado casi todo en Carácas y en Maracai, mi Padre suplió al pronto lo que me faltaba, y en media hora mi equipaje estuvo ya preparado. Felizmente tenia conmigo mi escritorio y en él las cartas de tu hermana que sin esto habrian sido quemadas por mi tia junto con algunas otras cositas.

" Llamáronnos á almozar y mi Padre contó á mi madrasta mi viaje para el dia siguiente, añadiendo que si hacia buen tiempo en la tarde, el buque saldria esa misma noche. Yo esperaba gozar aun un rato de la consolante conversacion de mi madrasta, pero cosa extraña: mi Padre

no bajó á la oficina y en su presencia no podia hablar sin rubor de mi pasion por tu hermana.

" Al contrario con mi madrasta, desahogaba mis acerbas ansias suavisando con lágrimas y con lamentos el relato de mi mártir idolatría.

" Mi lloro y mis quejas echaban fuera un tanto de mi angustia dolorosa y me daban, entre los accesos de mi turbulenta desesperacion algunas treguas de abatida resignacion. ¡ Qué dulce es el desahogo al alma del infeliz ! Y la presencia de mi padre me privaba de sus consuelos y mi pena se acrecentaba á cada instante que me acercaba al instante de partir.

" Llegó mi dolor á ser tan grande que no cabiéndome ya en el corazon, lo sufocaba, y en mi agonía, mí sola esperanza era la de reventarme y perecer. Cada vez que veia á mi padre me arrebataba el mas violento furor contra el destino que me hacia ausentarme. Al sonar las once vinieron dos marineros á buscar mi baúl de parte del capitan, so pretesto que todo debia ir con anticipacion.

" Al verlos mi padre, vuelto en sí de la absorcion en que penaba, se conmovió de tal suerte que su marcha, su voz temblorosa y su mortal palidez, me hicieron sospechar que ya llegaba el instante fatal. Mi Padre acompañó los marineros un corto trecho y volvió con rostro quebrantado y ocultando los sollozos que reprimia, tras una sonrisa triste y mil veces mas lastimosa que el llanto mismo.

" La hora convenida acababa de pasarse, pero mi buen Padre habia alcanzado una hora mas para verme...... puede ser que por última vez. Sábelo, Tardini, todo está escrito de mi propia mano, en memorias que confié á un hermano mio y que verán tal vez el mundo cuando ya yo no pueda verlo. ¡ Si mi Padre supiese, allá donde está, el terrible dolor con que trazé sobre el insensible papel el cuadro patético de ese último instante !

" Ojalá que ese hermano amigo, disfraze mi triste historia y que en ella presente á mi padre, el extraordinario amor que le tengo, tal cual está pintado por esta mano ! ¡ Bendito seas, padre sagrado ! En este momento, despues de siete años, cuento aquel último instante en que te ví, al mismo que cumpliendo bien pronto la venganza que tanto temias, hará que aquel instante que solo creiamos el último por algunos años, lo sea para siempre......

" Pero volvamos á aquella hora aciaga. A cada instante se renovaban los verdugos de mi martirio. Cada segundo arrancaba de mi alma fuerte el dardo ya embotado y le enclavaba otro nuevo, y mas agudo y envenenado. Cada una de mis penas desplomándose toda entera, me abrumaba y pasaba al punto, y al levantar mi desmanteiada cabeza, nueva pena la abatia ; como caudaloso torrente que despeñándose de en-

cumbrada montaña á hondo valle, dobla y dobla hasta quebrar el cedro altivo que buscando el cielo, encontró la terrible cataracta.

"Mi Padre, mi madrasta y mis hermanitos me veian y yo los veia en silencio. Sonó el reló y todos saltamos involuntariamente. Al instante se oyó tambien la compana del vigía que anunciaba que un buque iba ya á partir. A aquel sonido nos vimos mi Padre y yo con los cabellos erizados é involuntariamente corrimos al balcon y vimos ondeando ya la bandera de señal sobre aquel castillo flotante, que desentrañándome de la Patria mia debia arrojarme sobre playas extranjeras.

"Ya hacian las maniobras preparatorias, y no dudando yo que solo me quedaba un instante, ví á mi Padre con honda pena y con una expresion que él entendió. Entónces él me dijo así:—"esta costa seria pronto mui peligrosa y estando resuelto tu viaje, nuestra pena seria tanto menor cuanto ménos se prolongase este adios tan doloroso. Todavía nos queda media hora, de una que acordó el capitan á mis súplicas."—Al decirme esto me cerró entre sus brazos: todo él temblaba, apénas podia respirar.

"Reclinó su cabeza sobre mi cuello y sentí correr por él su llanto acerbo. A esta impresion creí morir de dolor: mis ojos se oscurecieron: arrebatóme un furor tan insensato contra el orígen del mal y un tal horror al mundo, que me sentí loco frenético y sin duda que en aquel momento de nada tenia yo ménos que de racional. Quedeme quieto, sin siquiera moverme de miedo de auyentar los débiles restos de mi razon.

"Mi trastorno llegó casi á completarse: yo veia dando vueltas todo lo que estaba ante mis ojos: yo mismo me sentia girando sobre mi eje: mis ideas sin duda daban vueltas y hasta el cerebro mismo y los fantasmas que él nichaba daban tambien vuelta dentro de mi cráneo convertido en hoguera. Así estuve hasta que otro campanaso vibrando en mis oidos me hizo vibrar el alma. Eran los tres cuartos. Aun un cuarto de hora.

"El presentimiento con ojo fatalmente claro me hizo ver aquel triste adios como el último, y sin duda que si de los tiernos brazos paternos me hubiesen arrastrado inocente á un cadalso, mi dolor no habria sido mas grande. La idea de descanzar pronto habria alentado un tanto mi desconsuelo. Solo ayes y sollozos habian quebrantado hasta entónces aquel silencio horroroso; pero mi Padre viendo en la desfiguracion de mi cara y en mi estraño mirar, que el dolor me trastornaba el alma, quiso dirigirme algunas palabras consoladoras.

"Entre otras cosas recuerdo que me decia: "quisiera hallarme en tu lugar: las maravillas del mundo que vas á ver calmarán mucho los dolores que te cuesta el mundo que dejas." Pero, ¿lograba él acaso su deseo de consolarme? No, al contrario: su acento quebrado me

lastimaba esta alma que ansiaba por salirse de mí mismo y volar á consolar el alma de mi Padre.

" Su transparente candidez dejaba ver tras ojos secos su alma acongojada y llorosa. Sinembargo al sonido de su voz me sentí como por encanto vuelto á mi razon. Esto estremó mi desesperacion: ya no me quedaba ni la esperanza de enloquecerme. Aquella enagenacion pasagera habia dado á mi alma algun descanso, de manera que al volverme la razon me volvió con nuevas fuerzas.

" El tiempo jamas se para, jamas descansa, y el instante decisivo se acercaba á grandes pasos. En tales instantes se prueban las almas bien templadas, aquellas que, aunque tiernas y sensibles son capaces de grandes esfuerzos. Sequé mis ojos y los de todos los que me lloraban, diciéndoles con lastimera expresion :—éste será tal vez mi último cariño. A tal extremo me contristó esta idea que por poco rompo en llanto en el instante mas crítico y mas precioso.

" La reprimida necesidad de llorar me cerraba la garganta, que solo daba paso al llanto que me tragaba. Al fin, inspirado tal vez del mismo dolor, me senté por última vez entre aquellos objetos queridos y les dije :—" amigos de mi alma, no os aflijais. El amor bien entendido es un manantial de placeres, así como el mal entendido lo es de amarguras. ¿ Es acaso razonable que los que me quieren, sufran por un viaje que hace mi felicidad ? Esto pareceria mas bien poco cariño.

" Yo estoi seguro de volver tal cual mi Padre lo sueña, y si entónces habeis de bendecir el fruto de mi viaje, ¿ por qué hoi al sembrar su gérmen en tierras lejanas pero propias, lo regais de un llanto tan amargo, que bien pudiera marchitarlo y malograrlo ? Si ustedes saben amarme que cese ese llanto cruel, y si nó, sepan que cada lágrima de ustedes me abraza el alma como plomo derretido. Todas nuestras penas nos vienen de la voluntad de Dios y por tanto es preciso, ó no reconocer á éste ó resignarnos religiosamente á aquellas. Estos grandes dolores son grandes pruebas necesarias tal vez á nuestra dicha.

" No hai medio, si mi viaje es conveniente no hai por que afligirnos, y si no es conveniente, no hai por qué hacerlo. O nos despedimos hoi tranquilos como para vernos mañana, ó yo me quedo aquí para siempre, para empatar el porvenir al pasado y marchitar el uno contra el otro."

" Aquí me callé y acariciaba á mis hermanitos todos, con aparente calma ; pero el débil corazon arrojaba de cuando en cuando al alma fuerte algunos borbollones de los dolores en que hervía. ¡ Qué difícil es que el alma en momentos tales, forje una razon contraria á los instintos del corazon !

" Sinembargo, siendo mi solo objeto el calmar sus agonías y sabiendo que no es posible el sufrir y el atender al mismo tiempo, traté

solo de llamarles la atencion, y como lo conseguí, conseguí tambien el dar alguna tregua á su angustia. Mas aun, mi Madrasta y mis hermanos se tranquilizaron mucho; pero mi Padre conoció mi designio y solo logré cambiar en enternecimiento su pena acerba. Parecia quererme mas al verme consolando á su mujer y á sus hijos.

"Nos prometimos escribirnos constantemente y yo sintiendo por el trascurso de impresiones que el momento final llegaba, hablaba, para ganar tiempo, con una precipitacion estraordinaria. Olvidado de mí mismo, pensaba solo en confortar el ánimo abatido de mi Padre que parecia ocupado en recoger mis ultimas palabras como para repetírselas despues.

Tal era nuestro anhelo recíproco por alentarnos, que distraidos nosotros mismos olvidamos nuestra cercana calamidad. En fin, un campanaso me retumba hasta el alma y tras él once mas, cada uno de los cuales hace en mi alma mas estragos que un cañonaso.

¡Qué silencio miéntras sonaban! Aquellas vibraciones terribles sonaban en mi alma agonisante como el acento de mi fatalidad.

Abandonóme de nuevo la razon y mirando asombrado en torno mio, arrojé un gemido largo y descompasado, al que respondió al instante un llanto general. Hasta aquí resistió la filosofía de mi Padre, arrojóse á mis brazos é inundándome de lágrimas esclamó arrasado de dolor: "¡Dios mio! ¿Es posible, es posible? Por piedad cambia mi suerte. Este viaje me mata....pero el honor lo exige ¡ai Dios! que así sea."

Creí que mis dolores en ese instante lastimasen al mismo Dios y que este cambiaria aquella situacion. Pero ¡ai! la sola voz del cielo que yo oyese, fué el estampido casual de un relámpago súbito y cercano que despues de fascinarnos con su luz, siguió retronando sobre nuestras cabezas hasta perderse en la inmensidad. Este es el lenguaje del cielo con el culpable. Este lenguaje lo entiende el remordimiento con horrible claridad.

Quedámonos pasmados y alentando apénas. Teniéndonos aun entre los brazos vimos al capitan que por no interrumpirnos esperaba despues de largo rato en la pieza contigua. A su aspecto, mi Padre y yo no pudiendo mas tenernos, nos reclinamos sobre el sofá sin soltarnos aun de aquel largo abrazo que parecia comunicar nuestras penas y hacernos á cada uno sufrir las de los dos á un tiempo.

El buen capitan esperó hasta que estremándose nuestro dolor, creyó conveniente el separarnos. Dijo á mi Padre que solo esperaba por mí. Forzoso fué apurar el cáliz de la desesperacion. Estrechóme mi pobre Padre con ternura indecible, como si temiese perderme para siempre. Una sola palabra no profanó aquel dolor sagrado.

Mi Padre mudo y desfigurado hizo al capitan una seña como dicién-

dole que entregaba un hijo á su confianza. El buen capitan tenia húmedos los ojos. Acerquéme á mi madrasta y abrazándola cordialmente le dije al oido :—" compadécela, quiérela, escríbeme siempre y háblame siempre de ella."

Ronco de llorar, no pude hablar tan bajo que mi Padre no me oyese. Apénas habia yo acabado de decir esto á mi madrasta, cuando él me respondió : " si, hijo querido, vé tranquilo, desde hoi la querré siempre como á una hija." Toméle con transporte la mano y la inundé de besos y de lágrimas.

" El capitan apuraba diciendo que una tempestad amenazaba y que si no salíamos pronto nos cogeria sobre las costas. Al oir mi peligro, mi Padre diciendo : " aun una vez, aun una vez," me tendió sus brazos temblorosos, me estrechó con ímpetu doloroso y cayó sobre el sofá casi desfallecido y repitiendo : " adios, adios."

" El capitan me arrastraba casi entre sus brazos. Paréme en el umbral de la puerta que salia de aquella habitacion y dije entre sollozos, " adios, adios ".... Todos aun tiempo me respondieron y entre tantas voces queridas, sobresalia el triste acento de mi Padre. Zulia lo retenia entre sus brazos y el capitan me alejaba entre los suyos. Bajé las escaleras mas tembloroso que un reo monta las del suplicio. Al salir á la calle ví en el balcon á mi familia toda ménos mi Padre. Quise volverme atribuyendo á hallarse mal el que no estubiese en el balcon ; pero el capitan me dijo que si estuviese enfermo tampoco estaria allí mi madrasta. Que si él no salia era por no afligirme mas y por que necesitaba reposo y que si yo volvia lo enfermaria sin duda. Convencióme con esto que no debia volver y yo dí por hecho que no volveria á verlo nunca, jamas. Pero ¡ qué placer al distinguirlo detrás de los otros en el momento en que saltamos del muelle á la falúa que allí nos esperaba.

El olor del alquitran y el movimiento del buque me hicieron marear al instante ; pero á pesar del mortal estado en que me sentia, respondia con mi pañuelo á los adioses que ellos me hacian con los suyos. Llegué en fin abordo despues de haber creido mil veces abismarme en aquella mar agitada. Al saltar á bordo, ya solo quedaba una ancla que suspendieron en un momento. Miéntras tanto no cesábamos mi familia y yo de hacernos señas con los pañuelos.

El mareo me tenia ya en una mortal embriaguez. ¡ Cuán dulce me habria sido el morir en aquel instante y volver á gozar del descanso eterno en el seno de la Patria ! Ya la última áncora está sobre cubierta. Ya cesó aquella especie de aullido quejoso de que acompañan los marineros los esfuerzos que hacen para montarla. Ahora principia la algazara de una primer maniobra de partida. Cada uno en ademan gallardo como afrontando el tremendo océano, corre á su puesto. Unos

saltan por los cables, otros desatan, otros amarran y todos acompañan su accion de una especie de alarido que sirve de música á los lamentos de mi alma. Todo aquello lo oia yo pero no lo veia.

Yo no pensaba sino en mi Padre y no veia sino al balcon en que apénas distinguia su bulto venerable. Yo me decia: " aquel corazon magnánimo va pronto á desaparecer de mi vista para no reaparecer jamas. Yo voi á sepultarme en estas aguas ó en tierras estranjeras. ¡ Infeliz de mí, ya no lo veré mas! ¡ Dios mio! este es un castigo mas grande que mi culpa. Yo soi mas desventurado que criminal. ¡ Piedad, Dios bueno! que yo vuelva á verlo feliz y contento de mí! Que yo me case con Almabella y que viviendo con él, le hagamos por nuestros esmeros exquisitos vertir mas lágrimas de enternecimiento y de dicha que las que hoi le arranca el dolor que yo le causo.

" En estas reflexiones estaba y siempre viendo á mi Padre y haciéndole señas cuando me apercibo que el buque biraba de bordo. Vuelvo temblando y veo que ya el viento roncaba contra el velamen completamente desplegado. Apurème entónces á decir adios á mi Padre; pero no pudiendo dar un paso y habiendo ya cambiado el buque de posicion no pude verlo mas. ¡ Qué angustia tan insoportable! Grité, vino el capitan y le rogué que me pasase al otro lado: hízolo así pero al llegar al otro bordo ya apénas pude distinguir la casa. Tal era la velocidad con que el destino me alejaba de esas prendas de mi corazon y de esa Patria de mi alma.

Viendo estaba yo perderse entre las sombras del horizonte aquel mundo querido cuando un cañonaso del buque me retronó hasta el alma. Era el último adios, el último honor que hacian á aquella tierra. Yo solo la honraba con mi llanto amoroso. No pudiendo retener el deseo de dar por mi cuenta á mi patria, un adios mas espresivo que el llanto, llamé al capitan y le dije:—á nombre del amor que U. tenga á su Padre, á su querida y á su Patria, le ruego que tire otro cañonazo.—Saltósele una lágrima al generoso Norte-americano, apretóme la mano y corrió sin responderme: él mismo cargó el cañon y él mismo le dió fuego......¡ Qué espresivo me pareció el estruendo de aquel cañon! Mi corazon quedó contento. Creí que la Patria me escuchaba. Volví á verla y apénas quedaba ya sobre las aguas la silla de Carácas, que me pareció la Patria agradecida levantando su cabeza, para verme de tan léjos. Volvió el capitan contento de su noble rasgo: mis gracias no habrian bastado: silencioso tomé su mano y apretándola entre las mias llenas de lágrimas le marqué el tamaño de mi gratitud por el de mi dolor.

En ese mismo instante un cañonazo del puerto respondió al nuestro.—Capitan, le dije: esa es la voz de la Patria que me responde.—No, me contestó él: ese es su Padre, que imaginando que nuestro segundo

cañonazo no podia venir sino de U., ha querido responderle.—Si U. supiese, le dije: cuan interesante lo hace su finura. Capitan: U. ha comprendido la amargura de mi tristeza y ha querido darle un consuelo: gracias caballero. A U. debo el último cariño de mi Padre y esto me hará caro hasta mi último instante el nombre de Mac–moutry capitan del bergantin *la Silla* en Febrero de 1841. Bendito sea el Padre del que envió al mio, mi último adios."—Desde aquel instante nos ligó la mas fina simpatía. Aquel rasgo generoso me hizo olvidar un instante patria, familia y amores.

Se aleja el capitan y de nuevo corren ante mí, sus sombras y con ellas mi llanto y mi congoja. Vuelvo á verlos, pero ai, ya solo me quedaba de ellos la imágen en la memoria. La tierra en que nací, viví y gozé: la tierra de mis Padres y de mis amores, habia ya desaparecido de mis ojos. Como fruto desgajado del árbol, ya me marchitaba falto de la savia de la Patria, solo árbol de vida para un buen corazon. Ya aquel mundo que abrigaba los solos objetos de mis ilusiones y de mis ansias, no existia mas para mí, ni yo para él, y arrastrado por la fatalidad á mundos en que yo seria un átomo heterogéneo, sentia que mi cuerpo ambulante y que sentia y hablaba sin voluntad, era solo el sepulcro vivo de mi alma ya muerta."

Aquí llegaba Gullemiro en su relato cuando Tardini le interrumpió enternecido diciéndole: "batas, si sigues me harás creer que eres un ángel, un portento de heroismo y de infortunio. ¡ Cónque existian compromisos con otra y osaste pisar mi casa! Cónque tu pariente fué inoxorable! ¡ Cónque te fuiste solo esperando que tu pariente accediese á tu matrimonio con mi hermana! ¡ Ah, y tú crees seguramente ablandarme con tus ficciones! Sin duda que si esto fuese cierto te veria como un hermano; pero no esperes engañarme: tú solo has sido un seductor saciado que abandona. Has podido consumar nuestra ruina con tu crímen, pero no esperes el hacerlo impune."

"Basta, le interrumpió Gullemiro: no me eches mas en cara lo que piensas hacerme como un mal y que para mí solo es un bien. Te imaginas tratarme como dueño que me atormenta: te equivocas solo eres un esclavo que yo empleo en mi descanso."—Esta vez Tardini vió claro el fondo de aquella alma grande, y entremezclándose en su pecho la admiracion y el furor, echó una mirada á la voz terrible y compasiva sobre ese Gullemiro que le fué un tiempo tan querido y contra el que tramaba en aquel instante la crueldad mas inaudita. Las miradas de cada uno de ellos, eran tales que estremecian al otro: cada mirada de Gullemiro era ó una acusacion ó una queja: cada mirada de Tardini era una horrible maldicion y una mortal amenaza.

Levantáronse de la mesa y Gullemiro le pidió el permiso de retirar-

se á dormir, asegurándole que al dia siguiente despues de haber visto la tumba de su amada y despues de haber oido el resto de su historia, se encadenaria él mismo, para tener en fin el gusto de ver su hija ántes de morir.

—⊗⊗⊗—

Visita furtiva de Gullemiro á la tumba de su amiga.—Delirios con una lechuza.—Tardini cuida de la vida de Gullemiro para poder vengarse.

Tardini lo condujo en silencio al alto de la casa. Allí habia dos camas ya dispuestas. Tardini aun en silencio le enseñó con la mano la cama que él debia ocupar, y dando por ya hecho todo lo que la cortesía le exigia en favor de Gullemiro, se sentó en una silla á meditar el modo de asegurar su venganza y de hacerla mas horrorosa. Gullemiro por su parte olvidado de Tardini y de sí mismo y acosado por la idea de Almabella y de su hija se paseaba con semblante mustio y con el pecho acongojado. En el uno se trazaba el afan del desconsuelo: en el otro el de la saña y la venganza. La agitacion de entrambos arreciaba, y sus pasos, sus gestos, sus miradas y su respiracion afanosos, daban á aquella escena una expresion á la vez patética y terrible.

Las ansias del alma de Gullemiro hicieron tambien anhelante su respiracion como si le faltase el aire; salió al balcon creyendo que para calmar sus angustias necesitaba todo el aire del espacio. ¡ Oh, terribles impresiones que á cada instante sorprenden al hombre desastrado, al predestinado á la pena ! El malhadado busca un aire libre que aplaque las ansias conque alienta, y apénas sale al balcon, cuando una tumba lejana, arreciando su agonía, le arranca un grito.

Sí, allá en la orilla de la mar, cerca de una grande peña negra, se alza un sepulcro blanco que tiene un no sé que de estraño que compunje el corazon. Al verlo se dijo Gullemiro:—"en aquel lugar tan triste que parece abandonado de Dios y del hombre, reposan los despojos yertos de la que otra vez me hechizó y hoi me mata."—Gullemiro con los brazos cruzados y con ávidos ojos fijos en aquella loza, se abandonó á una absorcion loca y dolorosa que acabando con sus fuerzas, lo hizo bambolear y desplomarse sobre las barandas del balcon.

A este ruido, Tardini sumido en meditaciones de otra especie, volvió en sí y acercándose á Gullemiro, lo recostó contra la baranda y lo llamó. Para su venganza no bastaba que Gullemiro muriese: eso era lo que este deseaba y por tanto Tardini creia vengarse mejor llamándolo á la vida, para poderlo atormentar.

Al punto abrió Gullemiro unos ojos de insensato y como al perder el sentido habia seguido pensando ó delirando en la tumba, al oir aquella voz creyó que su amada le hablaba desde el otro mundo. Su mirar y su acento asombrado y su afan y sus palabras de ternura y de pavor, hicieron ver á Tardini que él se imaginaba hablando con su hermana.

Llamólo, removiólo de nuevo y en su sed de venganza ya se afanaba desesperando de volverlo á la razon. Gullemiro deseaba hallar su descanso en la muerte y Tardini sacarlo de ella para saciar su venganza en su vida. ¡Pero para que analizar aquel cuadro terrible......

En fin Gullemiro vuelto en sí, tendió hácia aquella tumba su mano y sus ojos espantados, como preguntando á Tardini si aquel era el sepulcro de su amada. Tardini entendió, por su estremo dolor, su pregunta y le respondió, tambien en silencio, que sí. Al punto Gullemiro hizo una resolucion de amante y con aquella estrema calma que solo da el dolor extremo, se acostó y fingió rendirse al sueño.

Tardini por su parte, taimado y receloso tambien se acostó y poco despues se puso á roncar como si estuviese profundamente dormido. Aquel cambio súbito de Gullemiro le habia revelado una resolucion pronta y extraña, y para descubrirla se fingia en el estado en que suponia que lo deseaba Gullemiro.

Apénas este lo creyó enteramente dormido, cuando levantándose suavemente empató las dos sábanas y amarrando una de ellas al balcon se descolgó por la otra. No habia aun comenzado á bajar por las sábanas cuando ya Tardini estaba en el balcon viéndolo sin chistar para penetrar cual era su intencion; si huir cobardemente ó si ir como amante heróico á ofrecer su vida en prueba de su lealtad, sobre aquel sepulcro insensible, que nada podia ofrecerle. Gullemiro corrió derecho á la tumba y á poca distancia lo seguia Tardini curioso de ver lo que se pasaba entre aquel frenético enamorado y los huesos mudos de la mujer que hizo su encanto.

A proporcion que se acercaba Gullemiro de aquel sitio triste su agitacion aumentaba, su aliento y su paso se aceleraban y al fin sollozando y corriendo se arrojó sobre aquella loza fria, la abrazaba, la besaba, balbuceaba queriendo hablarle y prorrumpia en sollozos anhelantes: en fin, como fuera de sí, arrancándose los cabellos y viendo al cielo arrojó un alarido afanoso y cayó rodando sobre aquella piedra sorda..... Al ruido de su caida se despertó sin duda una lechuza que dormia en uno de los árboles que circundaban la tumba.

Cuando ya se hubo pasado un tanto la postracion de Gullemiro, el grito de la lechuza bastó á volverlo, y al oir aquel como lamento funerario, imaginó, en su estravío, que era la voz de muerto de su amada. Se esforzaba en entender lo que le decia, y no pudiendo, le respondia

quejándose de que no le hablase aquel lenguaje de amor de otros tiempos.

A proporcion que él hablaba mas, mas se espantaba aquel pájaro infeliz, acostumbrado á pasar sus noches en paz; y en proporcion de su espanto su grito era mas terrífico y mas fúnebre. Y la mente de Gullemiro tambien estraviándose en proporcion de aquellos lúgubres aullidos, creyó oir el quejoso acento de su amada y le dirigió estas palabras.

"Criatura bella y virtuosa: tú existes en otro mundo y desde allá oyes mi dolor y le respondes. En estos instantes, en estos trances tremendos el alma siente las grandes verdades. Sí, hai otra vida y en ella se conservan las memorias y los amores de esta. No me llores mas, espérame: mañana, tal vez, nadie podrá mas separarnos......

"Pero ántes, háblame un instante en voz humana: mírame una vez con aquellas miradas tiernas: aplica una sola vez tus lábios á los mios.............. Que te sienta yo aun una vez como en aquel feliz entónces.....Una sola vez....una sola. ¡ Qué dulce es el amor mundano! ¿ Acaso en la muerte, la memoria y la sensibilidad sin sentidos.....sin estos sentidos de fuego, pueden tocarse con la sensibilidad y la memoria, tambien sin sentido, del que amaron, y sentirse y gozarse y ansiar y enloquecerse, como lo hicieron los sentidos en la vida?

"¿ Acaso esas memorias sensibles que se aman en la otra vida, pueden sentir las ansias del placer: esas ansias mas dulces que nada, que gozaron nuestros sentidos?.......¡ Oh, no, no es posible! ¡ Caras, dulces ansias, adios!.......En valde ansío por volver á ansiar como estónces, solo me son dadas las áridas ansias de la desesperacion mundana y las del que, ya entre las sombras de la muerte, solo ve desenvolverse ante sí lo infinito de la nada......

"Ocho de Diciembre, adios....aquel afan, aquellas sozobras, aquella amargura que hacia tan dulce el deleite....aquellas ansias que hoi tanto anhelo.....adios!...... Sal un solo instante de la tumba, sal un solo instante, criatura mundana, tal cual yo te ví: sal, que solo así me volverian aquellas divinas ansias.

"No salgas en espíritu que mis ojos enamorados no puedan devorar; salga aunque sea tu fétida osamenta, que salga, y esa reliquia tendrá, á los ojos de mi ternura, los mismos encantos que aquella muger preciosa que me inspiró mi tan fina idolatría. ¡ Huesos queridos, huesos sagrados del ídolo mas digno: oid mis plegarias, mis votos, los ayes de mi dolor, los suspiros de mi amor!

¡ Podre cara de mi querida, abrid vuestro seno á este cuerpo aun vivo, en que gime un alma en podre!..........! Huesos sordos; oidme...... haceos sentir, insensibles!......mi amada, mi amiga: óyeme; háblame: sal de ese peñazco.......Sal, amante peregrina! Pero

¡ai, yo deliro! ¡Qué horror! ¡Qué crueldad de Dios.....hacernos tan sensibles é inspirarnos tanto amor, para despues matar uno solo!.....

"¡Es posible, Dios mio, es posible? ¡Te place mi pena! ¿Por ventura, este martirio es mi solo bien posible, ó acaso no hai tal Dios!.....Permite, buen Dios, que me queje hasta este punto; que ose acusar tu providencia......yo estoi loco.....y mis quejas serán tales miéntras esté loco y lo estaré miéntras no me vuelvas esta mujer que fué mi amiga, mi amante, mi compañera!

"Eres Todopoderoso......ten pues el poder de volverme el solo bien que quisiste hacerme amable, ó ten el poder de hacerme callar, ó ten el de sufrirme........Si hiciste una mujer tal como aquella y un amor tal cual el mio, fué sin duda por que quisiste hacer una desesperacion tal cual la que espresa mi desatino....

"¡Reanímate, caliéntate de nuevo, osamenta, polvo amado!..... ¡Un milagro, Dios, si existes y eres bueno!......Tú, que otra vez sacaste de la nada su vida, sus gracias y sns virtudes, sácala ahora, un solo instante, de sus restos frios!......¡Dios, serás sordo á tantas ansias! ¡Te hablará nadie jamas con el fervor ni con la vehemencia con que yo te hablo! Vuélvemela, Dios, ó dame una esperanza ó un consuelo, ó no creo mas en tu bondad. ¡Oh, afanes espantosos del mártir que el mismo Dios abandona!....

"Y si acaso este piensa en mí, es tal vez, solo porque se place en atizar mas y mas mi tormento. En mi atroz dolor yo me quejo á cuanto existe, y el cielo y la tierra y cuanto existe, todo, todo calla en torno mio.....¡Ceniza helada del corazon mas ardiente y mas fino, no esperes mas en la voluntad de ese soberano desapiadado y sordo, levántate por solo tu amor, ó yo maldigo mi existencia y la tuya, las criaturas todas y su creador tambien....

"¡Oh, despecho de la absoluta impotencia de mi infinita pasion! solo quedan los huesos inanimados de la que me agitó el alma hasta este furor insensato.

"Si la conviccion de la no existencia de Dios es imposible, tambien es consecuentemente imposible la conviccion del anonadamiento del hombre en la muerte. Cuando el alma siente que una conviccion le es imposible, es porque entresiente que ella es contraria á sus destinos.

"Que la razon nos venga de un favor de Dios ó del accidente, no teniendo otra guia en nuestras creencias, debemos admitir con nuestra razon que otra vida mejor nos está reservada, sí, otra vida mejor nos espera, mi dulce amiga, y tú oyes desde allá mis tiernos clamores, y mis plegarias enamoradas. Tú me amas aun, nuestros amores siguen: tu corazon se deshizo, pero no tu cariño.

"Si hai otra vida en que yo deba vivir sin amarte y sin serte amado; venga ántes la nada ó un infierno: por mas feliz que esa vida

sea, sin tí, la desecho, no la quiero. Despues que te amé y que me amaste, no me es posible concebir la felicidad sin tí. Sin tí todo bien me humilla, me duele mas que el dolor, me es insoportable.

"Desde que te perdí, mi con ciencia no halla alivio alguno sino en su afan y en su martirio, y su tormentosa expiacion le es ménos horrible y cruel que esos halagos del bien, que, en su despecho solo ve como sarcasmos. Sin tí, para mí no hai bien posible: solo sufriendo me alivio, y el hallarme cercado por fuerza de eso que llaman felicidad, seria sin duda para mí la mas espantosa de las miserias posibles.

" A medida que me siento el alma mas desgarrada, me siento mas digno de tu ternura ó al ménos de tu perdon: y me reconcilío mas conmigo mismo, tanto que á veces suelo verme con ojos de compasion y esta sombra efímera de mi propia estimacion, me hace sentir algo de ménos corrosivo y aun algo de suave que hace que mi pobre corazon medio palpite, y que mi alma, distraida por un instante, recuerde, con una chispa de placer, los tiempos de mis delicias.

"Pero apénas vuelvo en mí, cuando viendo lo irremediable del mal que te hice, me siento de nuevo arrebatar por el torbellino de mis dolores, y en medio de sus espantos grito: ¡ ay, qué enorme será mi crímen cuando no basta para expiarlo el mas cruel de los martirios !—Y aun así prefiero ese martirio á todo bien posible, solo porque tú eres la causa.

" La bienaventuranza misma debe parecer insípida al mimado de tu ternura, ¡ oh, deidad, la mas dulce, la mas frenéticamente adorada !......"

Todas estas quejas de loco las acompañaba el pobre Gullemiro de arrebatos tambien locos. Se arrojaba sobre aquella loza insensible, la acariciaba, le hablaba y él mismo se respondia aquello qne mas halagaba su delirio ó aquello que era mas grato al objeto de su agonía. Amenazaba, imprecaba, se echaba á llorar, se prosternaba humildemente, se tendia sintiéndose muerto é imaginaba bajar al hoyo sepulcral y hallarse allí con su amada, saludarla, felicitarse entrambos, ver juntos las maravillas de la otra vida y gozarse en una infinita beatitud de que la grosera vida terrestre no les habia trazado ni siquiera una sombra.

En fin sus desvarios corrian rápidamente por todos los horrores y los desatinos á que una tal imaginacion podia abandonarse en una tal calamidad. ¡ Oh, terrible, sin igual desventura ! ¡ Qué horroroso es el afan de tales ansias, cuando en ellas no se vislumbra ni una esperanza, ni un consuelo !

Los desatinos del mísero amante y los gritos de la Lechuza se aumentaban recíprocamente, pues que recíprocamente se aterraban aquellos dos entes malhadados...... En fin la Lechuza alzando vuelo y fijándose en el aire sobre la cabeza de Gullemiro, pasó largo rato arrojando unos chillidos, lo mas triste y lo mas horroroso imaginable.

Gullemiro siempre en su sueño amante, creyó ver el alma de su amada que se quejaba ó que dejaba el cielo por volverse á sus brazos. Y aquel lo co desventurado, abandonado en la soledad de una montaña, se alza con los cabellos y los ojos y hasta el alma erizados, y abre sus brazos para recibir á aquella sombra de su amada......

Pero apénas ve la forma de ese pájaro de las tinieblas, cuando transformándose su delirio, cree ver la muerte misma que se le desploma encima. Recíbela con ansia grata y cae de nuevo á tierra, sintiéndose de nuevo muerto y en la otra vida.

T. despeluzado de un terror estraño, lo asecha detras de la misma peña en que Almabella pasaba ántes su tiempo en llorar á Gullemiro... Al cabo vuelve en sí y vuelve tambien á sus estravíos. Habla á la Lechuza, á la tumba, al peñazco que estaba al lado, á Dios, á la naturaleza que lo desdeña y sigue su rumbo en paz sin tomar parte en su duelo. Se queja á su amada de que su hermano lo insulte; pero lo escusa, le da la razon, lo perdona: compadece su error; pero bendice la muerte que le prepara, por no poder él dársela por sí mismo sin faltar á la última promesa que hizo á su padre!....

Poco faltó á la emocion de T. para que se echase á los piés de la víctima que preparaba, le pidiese mil perdones por sus negros designios y le revelase el gran secreto que lo impelia á tan terrible venganza. Pero este gran secreto era la suerte de su hermana y esta no podia presentársele sin encender de nuevo los furores de la venganza y sin apagar completamente hasta la última chispa de su piedad. El ver amada á su hermana lo enternecia; el pensar en que á causa del mismo que la amaba no era ya mas amable, lo enfurecia, y á esta idea nada podia aplacar la sed de su venganza....

En fin, á fuerza de avanzar la noche ya se acercaba el dia. ¡Con qué dolor tan triste dió Gullemiro su adios por esa noche á la piedra que le escondia los restos de su único bien! Encaminóse á la casa poco á poco y Tardini corriendo por una vereda mas corta estuvo ya acostado cuando Gullemiro subió por las sábanas y entró al cuarto con mucho sigilo como para no ser sentido.

El creia haber engañado á Tardini: por tanto este lo engañaba doblemente. ¡Cuántas veces sucede esto en el trato humano! Gullemiro era escusable; la pasion lo ofuscaba; pero otros hai en la sociedad que presumen de sutiles y taimados y que sin que los ciegue pasion alguna, son sinembargo el juguete de otros aun mas astutos que se fingen lerdos.

Por la mañana Gullemiro se levantó el primero y se fué al balcon desde el cual, fijo en el sepulcro que distinguia en la playa, parecia absorto en los pensamientos mas tristes. Poco despues se levantó Tar-

dini, y entrambos, haciéndose una licenciosa inclinacion de cabeza, se acercaron y sin quebrantar su silencio se entendieron por gestos y miradas, sin que ni aun por miradas siquiera se atreviese el uno á preguntar nada al otro. Paseábanse, se veian, se sentaban, se paraban á veces el uno frente del otro, como inciertos de algo interesante, pero recelosos de la respuesta, se alejaban y se callaban y volvian á su contínua alternativa de agitacion y de abandono.

Acabado el almuerzo, durante el cual ni se vieron ni se hablaron una vez, Gullemiro propuso á Tardini, que lo condujese al sepulcro de Almabella y que le terminase allí la historia de sus últimos tiempos. Tardini que deseaba poner pronto fin á su venganza, no se hizo de rogar y sin responderle una palabra tomó su sombrero. Gullemiro lo entendió y tomando tambien el suyo, lo siguió.

Cuando dos hombres, afligidos por una pena comun, repugnan el hablar, no lo necesitan; no hai movimiento, no hai ademan ni gesto que no sea el gravado de un afecto y no hai uno solo de estos gravados que el otro no entienda pues que tambien él lo tiene gravado en el corazon. Llegaron en fin á la tumba y cruzándose una mirada se preguntaron y respondieron todo lo relativo á aquella tumba... ..

¡ Qué diferencia de la noche anterior !......Gullemiro aunque con semblante que traslucía la desolacion de su alma, sostenia con ojo seco una continencia firme y grave. Tardini que habia oido decir que Gullemiro no habia mentido nunca, quiso ponerlo á prueba y le dijo: "¿ es acaso esta la primera vez que U. viene á este lugar ?"—"No, respondió Gullemiro, sin quitar los ojos de donde los tenia fijos, esta no es la primera vez, es sí la segunda."

La pronta facilidad con que respondió Gullemiro y la ninguna impresion que le hizo la pregunta de Tardini confirmaron á este que Gullemiro no sospechaba siquiera la causa de su pregunta y que respondia la verdad sin calcular ántes si le convenia ó no el decirla.

Queriendo probarlo mas aun, le dijo : "¿ y cuando fué que U. vino por primera vez ?" "Anoche despues que U. se acostó, respondió Gullemiro."—"Y viéndose U. solo y libre, añadió Tardini, ¿ cómo no le ocurrió á U. el irse, el salvarse ?"

A tal insulto volvió Gullemiro indignado, y viéndolo en silencio, parecia reprimirse y escoger entre el torrente de respuestas que le ocurrieron, la que fuese ménos penosa. Por fin le dijo : "no me fuí por que, ni aquí ni en ninguna parte existe nada ni nadie que yo tema : no me salvé porque á mí no me sostiene aquí sino mi voluntad y cualquiera que sea mi suerte aquí, ella viene de mi querer que lo permite, y no es posible que yo me salve, que yo huya de mi propia voluntad. Y sepa U. que yo, como todo otro, solo puedo desear lo que me conviene.

No me fuí en fin porque eso habria sido una vil cobardía y yo desprecio todo lo que es vil, todo lo que es cobarde"......

Esta última idea fué acompañada de una mirada que no pudo ménos que humillar á Tardini que la entendia. Ofendido este se acerca á Gullemiro con ademan rabioso é inseguro y le dice: "¿acaso cree U. que mi venganza es vil?"—Gullemiro, fijo aun en aquella tumba que parecia sumir su pensamiento todo, le respondió sin verlo: "si su venganza se limita á solo quitarme la vida, sin duda que es justa, yo la merezco y me someto á ella; pero si esa venganza va hasta algo mas sagrado y mas caro, si ella va hasta mi dignidad, hasta insultarme ó burlarme, entónces su accion es vil, es cobarde."

"No, replicó Tardini, yo no quiero que U. me diga lo que son mis acciones sino lo que soi yo mismo."—"¿Y qué, le interrumpió, al punto Gullemiro, cree U. que el hombre pueda ser otra cosa que lo que son sus acciones? Si las suyas son viles, ¿acaso podrá U. ser noble?

" Jamas hizo Gullemiro la acusacion de la bajeza, ni nunca tampoco vió amenazar su decoro, sin indignase y acentuar con gesto y acento duros, su desden ó su anatema. Incapaz de hacer sentir á Tardini su despecho se lo hacia ver al ménos.

El volcan de la venganza reprimido hasta entónces brotó al punto en el pecho de Tardini al verse así afrentado. El primer ensayo que por simple curiosidad hizo Tardini de la franqueza de Gullemiro, transformó el furor de una rabia, tal vez curable, en el hervor de un infierno sin remedio. Nada inspira mas que la exaltacion, y la de Tardini era estrema.

¡Qué inventar que pudiese vengar hasta la saciedad, tanta humillacion, tanto despecho! Frunciendo la frente y cerrando su ojo torvo parecia absorverse y entrarse en sí mismo en busca de una tal venganza. Al instante la halló en su mente pues en ella habia entrado en ese instante Satanás...... ¡Oh, horrores de la rabia! ¡Cómo se sintió contento cuando hubo resuelto su diabólico problema! Quedóse viendo á Gullemiro con una tan infernal ironía que lo aterró por entero.....

Esta vez sintió Gullemiro hasta donde fué temerario en comprometer su palabra de entregarse indefenso á enemigo tan implacable. Su ánimo fuerte, aunque accesible al terror, era inaccesible á la sola duda de cumplir ó no cumplir su palabra. Un pecho magnánimo puede alguna vez temer, pero nunca humillarse: puede acobardarse; pero nunca ser cobarde. El horror á la degradacion fortalecia de tal suerte la dignidad de Gullemiro que, sintiéndose un refuerzo de ánimo indomable, vió á Tardini con la paz de una grandeza sin igual y sentándose sobre la tumba le dijo que estaba pronto á oir la historia de Almabella para despues entregársele á discrecion.

Apénas hubo comenzado Tardini cuando Gullemiro perdió toda su

calma y su entereza. Ahora no se trataba de él mismo, víctima de un cruel: se trataba de su amada, de su propia víctima. Tardini dió á su relato el colorido mas terrible y mas capaz de infundir á Gullemiro el mas grande horror por la vida. Inventó unas cosas, exageró otras, y calló aquellas que gratas á la mente del pobre enamorado, hubiesen podido verter algun dulzor sobre su amargo duelo. ¡ Pobre Gullemiro, ya comenzaba á ser juguete de la mas inícua venganza.

Todo lo que ántes le habia contado Tardini de su hermana era exacto; pero ahora todo era dictado por un plan inhumano. La triste historia de Almabella desde la última carta de Gullemiro en que este parecia romper sus amores con ella, era tan horrorosa que Gullemiro la habria sospechado falsa si no hubiere conocido la pasion frenética de Almabella, si no recordase lo fatal de su carta, y en fin si el que ella hubiese muerto de dolor no probase demasiadamente hasta donde habia sido desgarradora su situacion. De esa carta fatal y de la suspencion de correspondencia que la siguió, fué que abusó Tardini para cebarse en la sensibilidad del mas desventurado y del mas noble de todos los amantes.

Esta historia cruel fué la primera parte del tormento á que estaba condenado. Si esta historia fué mas horrorosa que lo que en realidad fué la suerte de Almabella; sinembargo, la vida de la infeliz desde el instante en que la última carta de Gullemiro la mató para el mundo; fué, si no tan terrible, al ménos infinitamente mas triste que esta y que toda historia imginable. ¡ Ah carta fatal, mil veces fatal!....

Tal estrago hizo en Almabella que algunos dias despues ya no le era posible escribir aunque quisiese. Gullemiro que solo habia querido probar en este último crisol el corazon de su amada, se creyó en un desengaño cruel, y le dirigia en mil repetidas cartas las mas tiernas quejas. Pero en vano, sus contínuas cartas caian todas en manos de Tardini que las guardaba para sí, y aunque cayesen en manos de la mísera amante, las ideas de esas cartas no podian ya llegarle al corazon, les faltaba la entrada. Sí, el efecto de aquella carta de terrible prueba, habia sido fatal é irremediable......

Levantáronse en fin de la tumba para volver á la casa, y Gullemiro echándole la mirada del último dolor meneó la cabeza tristemente y le dijo: "adios.........ya no te veré mas." Al pronunciar estas palabras, todo él temblaba y de sus ojos que vertian el lloro á borbotones, cogia casi á manos llenas las lágrimas con que salpicaba la tierra que habitaban los huesos de su amada.

Era ya pasada la hora de comer; pero como habian de sentir esa hora los que no sentian la necesidad de ella! Sentáronse sinembargo á la mesa con pesar de entambos: tal vez cada uno se sentaba allí por atencion por el otro. Durante la comida Tardini hizo varias preguntas

á Gullemiro cada una de las cuales llevaba el sello de la admiracion que no podia ménos de infundirle aquel hombre extraordinario.

Acabada la comida Gullemiro se sentó en el balcon á ver el sepulcro de la playa, y Tardini acercándosele le dijo: "U. puede ir allá: U. es libre: yo estoi seguro de U.: U. sabe que le preparo mucho mal y sinembargo será fiel á volver por él. Si U. estuviese tan seguro de mis intenciones, como yo de las de U., sin duda que se iria para no volver; pero eso es imposible: un hombre que piensa como U. no puede nunca estar seguro de que otro hombre pueda pensar como pienso yo Vaya, vaya U. á esa tumba: U. necesita de seres que sean sensibles á su mal y á su queja: Vaya U. pues, como anoche, á hablar con aquel peñazco, él se enternecerá, será sensible, exhalará una lágrima ó una palabra amiga, antes que yo la exhale. Sí, vaya, no pierda su pena en valde: ántes ablandará U. ese peñazco que hacerme sensible á mí. Si U. busca piedad en mí, búsquela masbien en los tigres de esa montaña...."

Gullemiro se quedó al golpe, estático, estupefacto y despues reanimándose por una reaccion de su mismo espanto, le dijo: "dígame U. francamente ¿es acaso verdad lo que U. dice?"—"Sí,"—respondió bruscamente Tardini, y Gullemiro añadió: "¿y es U. verdaderamente hermano de Almabella?" Sí, le dijo aun Tardini, á lo que él replicó con indignacion, "¡oh, no, eso no es posible: hermano de aquel ángel y mónstruo al mismo tiempo, es imposible. Escoja U. entre la una ó la otra cosa; ámbas, es un sacrilegio el pretenderlo."

Tardini admiraba que Gullemiro guardase tanto silencio en medio de tanta pena; pero si admiraba su silencio, mas aun le imponia el gesto soberbio de que, aun en medio de tantos horrores, acompañaba aquellas sentencias de su magnánima dignidad. Sus dichos, sus hechos, su ademan mismo respiraban en todo su austera virtud y su malhadado amor.

Libre ya Gullemiro de ir ó no al sepulcro de su amada, no vaciló un instante, salió hácia él y poco despues lo siguió Tardini, el cual se colocó en el mismo lugar de la noche anterior. Esta vez Gullemiro estuvo mas triste que en la precedente. Sus quejas no llevaban aquel carácter violento y pensador que tenian de ordinario: esta vez llevaban el carácter de un pesar abandonado. Ningun fuego, ninguna imprecacion: todo era triste y lastimoso. Es posible que aquella fuese la primera vez en que las quejas que Gullemiro dirigia al cielo, fuesen verdaderamente quejas: de ordinario eran mas bien acusaciones ó protestas. Esta vez, calló la desesperacion para que hablasen el amor y la religion....

Tardini sufria y vacilaba en su resolucion; pero la venganza era su pasion dominante y Gullemiro la habia desatado contra sí mismo di-

ciédole con altivez verdades insoportables. Esta vez las quejas de Gullemiro eran puramentente tristes: su ánimo estaba tan abatido que poco á poco su voz se fué apagando y al fin cayó sin sentido. Tardini esperó largo rato á ver si volvia por sí mismo.

Al fin temiéndolo ya fuera de la vida ó cerca dejarla, se acercó y con la luna lo vió todo pálido y sudado, tendido en el mismo lugar en que otra vez habia visto á su hermana en el mismo estado. Lo tocó y lo halló todo frio y lleno de un sudor helado. El rostro lo tenia desencajado y los ojos marchitos y como torcidos.

Tardini lo llamaba y lo removia en vano; cedia á los movimientos que él le imprimia, como cuerpo inanimado y respondia del mismo modo. Ya Tardini se disponia á cargarlo hasta la casa cuando él arrojó un suspiro prolongado. Alzó la cabeza y nada vió en en torno suyo; pero él habia visto un bulto que le huia, y esforzando cuanto pudo su débil voz, le dijo:—"agradezco tu buen deseo, pero no sabes cuanto mal me has hecho. Si no me hubieses llamado á la vida tal vez ya estaria en estado de no sufrir mas. Pero ya que me has vuelto á la vida condúceme á mi habitacion; mis piernas me abandonan: no pueden cargar los pesados dolores que llenan mi cabeza. Condúceme ó no te perdono la vida que me has dado: mi retardo podria ser visto como una cobardia. No me dejes pasar por cobarde: quítame la vida ó condúceme á donde otro la espera con avidez. Ven, dame el brazo, sostenme."

Tardini embozándose se le acercó y le presentó un brazo que Gullemiro tomó buscando con curiosidad á verle la cara. Varias preguntas le hizo; pero el incógnito no respondió á ninguna. Llegaron á la casa y hallaron las puertas entrejuntas como las habia dejado Gullemiro, subieron la escalera juntos y al entrar al cuarto, Gullemiro extrañó que Tardini no estuviese en su cama, temió hallarse solo con un desconocido en el interior de una casa ajena y viendo que este no se iba, aun que él se lo suplicase, se imaginó al punto que aquel era un malvado que habia matado á Tardini y que de algun modo queria hacer recaer las sospechas de su crímen sobre él ó sobre su cadáver tal vez.

Apénas le ocurrió esta idea, tan posible, tan probable en aquellas circunstancias, cuando cambiando súbitamente su abatimiento en furor, arremetió con su espada al desconocido y poniéndosela en el pecho, le gritó así: "¿y Tardini dónde está? Responde al instante ó te hiendo el corazon. ¿Dónde está mi hermano, mi amigo? Dónde está? habla pronto ó mueres. ¿Por qué no me mataste á mí tambien? ¿Lo mataste acaso porque creias servirme á mí salvándome de él? Ahora sabrás si yo prefiero que él me mate á que lo maten por salvarme de él. Hasme ver al punto quién eres ó á tu pesar veré quién fuiste, á favor de este acero. Hazme ver á Tardini vivo ó tú mueres sin remedio."

Al decir esto Gullemiro, se desembozó el incógnito y Gullemiro vió en él á Tardini tal cual queria verlo......Al punto volvió Gullemiro la cara: quedó sumido en la confusion y en la rabia y envainando su espada se dirigió á su cama en silencio y esclamó al tirarse en ella, "¡bárbaro, bárbaro!...." Acostáronse entrambos y ni uno ni otro hallaron en el lecho, ni el sueño ni el reposo.

Por la mañana, confusos ámbos de lo pasado en la noche, no osaban verse frente á frente.

Gullemiro encadenado.—Martirio á que lo reduce T. por medio de su hija.—T. consuma en fin su horrible y criminal venganza.—Admirable generosidad de Guilemiro.—Los dos ciegos.

Tardini, uno de esos hombres que jamas confian en nadie, que recelan aun de lo que ven y que apuran la última prueba, quiso ver hasta donde Gullemiro cumplia su palabra y acercándosele despues del almuerzo le recordó su promesa de la víspera. Gullemiro lo vió, miró despues al cielo como quejándose de su miseria y tendiendo en fin á Tardini sus dos manos juntas le indicó que estaba pronto á someterse á su crueldad. Tardini se disponia ya á ponerle las esposas, cuando Gullemiro arrebatándolas se las puso él mismo. Insultar á su tirano en el instante mismo de entregársele indefenso, es el rasgo de la audacia mas heróica.

Esto no pareció bastante á Tardini. Esa noche, miéntras Gullemiro, rendido á tantas fatigas, dormia profundo sueño, lo cargó de cadenas de modo que al despertar se halló el infeliz sin poder apénas menearse. Nada podria dar una idea de la indignacion de Gullemiro. Sinembargo creia humillarse con una queja ó un insulto.

Ya no le quedaba duda de que era vil y humillante la venganza que le preparaban, y tanto mas alto en sí mismo cuanto mas se veia rebajar, desdeñó altivamente hablar ni responder á Tardini y ni aun siquiera se tomaba la pena de echarle una mirada de desprecio. Esto agradaba á Tardini que, deseando vengarse aun á su propio pesar, sufria cuando veia en Gullemiro algo que lo desalentase ó que lo hiciese vacilar.

Ya su cruenta rabia habia llegado á su estremo y su resolucion era por tanto irrevocable: solo meditaba los medios de hacer su ejecucion mas terrible. Fué á casa de la hija de Gullemiro que aun lloraba á su

madre por muerta, y le dijo que habia descubierto qne su madre habia muerto envenenada, y que él se habia apoderado de su asesino y lo tenia encadenado y encerrado en su casa. Aunque la inocente niña solo habia visto á su madre una vez, la amaba con aquel violento amor del hijo que ve á su madre en la desgracia y que por colmo de miserias no puede vivir con ella para consolarla.

El estado de apocamiento en que veia á su madre, las diferentes historias que le contaban de ella y el interes que todos le tenian, todo contribuia á hacerle de su madre el ser mas interesante y mas amado. Aunque tierna y compasiva, no pudo ménos que estremecerse de horror y querer al punto alejarse del lugar en que alentaba el asesino de su madre. Tardini le preguntó si queria verlo y ella se negó porque temia morir de horror ó de dolor al ver un mónstruo tal.

¡ Qué corazon tan malo no tendrá, se decia ella, cuando mató á mi madre, tan buena, tan amable y tan infeliz que daba lástima! Tardini le dijo: "solo quiero que te vea para que contemple todo el mal que ha hecho."—Sí, mi tio, respondió la triste Solitaria (este fué el nombre que su madre le dió, aludiendo á la soledad y al abandono en que habia nacido) y siguiendo á Tardini se encaminaron á la casa de este. Tardini entró con ella en un cuarto vecino al en que estaba Gullemiro y enseñándoselo al travez de una celosía, se sentó en un lugar desde donde sin ser visto podia ver todo lo que se pasase.

Gullemiro estaba tendido y vuelto hácia la pared. Su hija aterrada y casi sin aliento estaba de pié en la puerta del cuarto, temblando y sin atreverse á hablarle, ni á hacer el movimiento mas ligero. En esto Gullemiro, removiéndose y sonando sus cadenas, arrojó un suspiro quejoso y acompañado de un bronco bufido. La tímida criatura espantada dió un grito y se quedó como petrificada de terror. A este ruido Gullemiro alzó la cabeza solo; pero al ver aquella jovencita idéntica á Almabella reconoció á su hija y dando él tambien un grito y saltando de pié tan léjos como lo permitian sus amarras, abrió el ojo del sediento que mira el agua que no alcanza, y todo despeluzado y con acento hueco y anhelante exclamó: "hija de mi corazon, ven á mis brazos, ven...... ten piedad de mí...... ya yo voi á morir...... en mi muerte al ménos perdóname el crímen de haberte dado una vida tan desgraciada."

La hija lo veia como pasmada, sin moverse del umbral de la puerta. Jamas habia visto un hombre encadenado y en tanta agonía, ni jamas tampoco habia visto un hombre cuyo dolor y cuyo aspecto le tocasen tanto el corazon. La compasion que le inspiraba aquel infeliz disipaba su terror y su miedo y el horror y la rabia con que habia creido ver al matador de su madre.

" Acércate, le dijo Gullemiro: amable criatura, pedazo de mi alma

y del alma de Almabella, acércate, ven, perdóname, llora un instante conmigo á tu pobre madre, compadéceme, seca una vez mis lágrimas y yo moriré contento. Ven, tú eres mi hija, tu madre me quiso mucho, yo la maté de dolor, ven como ángel del cielo al lecho de mi muerte á alcanzarme el perdon de Dios. Dime una vez papá: dime una sola palabra de amor, perdóname al ménos: yo debo morir hoi, y mañana tal vez sentirás el no haber compadecido en su muerte al que te dió la vida, al esposo de tu madre, al que tu madre murió amando."

Gullemiro se calló porque no podia hablar mas; pero sus miradas anhelantes, su llanto, sus sollozos, sus movimientos, todo en él hablaba el lastimoso lenguaje de su espantosa desesperacion.....Viendo que su hija, aunque deshecha en llanto, no se atrevia á acercársele, la veia con el aire del estravio y del amor de loco y exhalando un sollozo convulsivo y lascerante cayó de rodillas ante ella, teniéndole los ojos fijos en el alma.......El veia los mas ligeros pensamientos de su hija.......¡Oh, ansias horrendas las de un Padre que se ve desconocido, y maldecido por su hija en el último trance de su vida!......

Si aquella infeliz niña hubiese podido entender lo que le decia su Padre, sin duda que las agonías de este no habrian sido ni tan irremediables, ni tan crueles. Ella lo habria salvado; pero á su edad, no pudiendo reflexionar sobre lo que oia y no sabiendo que un Padre fuese lo que es, apénas podia sentir por Gullemiro otra compasion que la que le inspiraba el lastimoso estado en que lo veia. A ruegos de Gullemiro se acercó lo bastante para que este pudiese distinguir en su cuello un collar y un medallon que él habia dado á Almabella en los últimos tiempos de su dicha.

Al ver aquellos gages de su ternura, cayó como herido de rayo, arrojando gritos ansiosos, espresion de un dolor que ya lo ahogaba. Alzaba su pecho y abriendo la boca y retorciendo los ojos, parecia buscar el aire que le faltaba. Acercósele mas aun aquella mísera criatura y él le tendia sus manos liadas, y la miraba con agonía. Ella, en el inocente afan de su lástima, lo miraba, podia apénas respirar, y temblaba toda entera.

Ya iba á darle su manecita, cuando, imaginándolo en el instante de matar á su madre, sintió tal horror por él, que retirándose un tanto le dijo: "yo no te doi mi mano: no quiero tocar la mano que mató á mi madre......" El sufrimiento de lo pobre criatura habia llegado en ese instante á tal estremo que no pudo mas resistirlo y cayó desvanecida........¡Qué espantoso es el dolor de un Padre que no puede socorrer á su hija! En vano quiso reventar sus cadenas, sus brazos y sus piernas no podian hacer esfuerzo.

Al fin, abandonándose al dolor, arrojó un bramido y dando gritos descompasados y paseándose con horrible afan frente de su hija desfalle-

cida, perdia ya la razon, la fuerza y el sentido, cuando Tardini se le plantó frente á frente, y con infernal placer, le enseñó su hija y le dijo: "ese es el fruto de tus amores, ¡ mónstruo ! esa es tu hija...... ¿ No querias verla ? Yo tambien lo quiero, sí, todos los dias la verás como hoi: de dia en dia te verá con mas horror. Yo haré de modo que te dé una muerte afrentada la misma á quien diste una vida de afrentas......Si tú hiciste de modo que al nacer ya estuviese manchada su cándida frente: yo haré de modo que ella misma ensucie en tu lecho de muerte, las arrugas prematuras de tu frente criminal."

Esto enfureció á Gullemiro, y olvidando quíen era aquel hombre y olvidando tambien sus amarras, se le fué encima encarándosele con gesto tan formidable que á pesar de que su estado aseguraba á Tardini; este se sintió, como aterrado, y con voz temblorosa y hueca le gritó: "tiembla, tiembla seductor infame: no creas que mi venganza se limita á destrozarte el alma con los insultos de tu hija y á matarte despues: no, eso seria un juguete: mi furor es sin límites y yo te preparo horrores que apénas es posible imaginar. Tu espantoso castigo servirá de escarmiento á los que como tú, crean que sacrificar el pudor de una jóven y el honor de una familia, es una bagatela, un pasatiempo y tal vez una gloria juvenil........Sí, si Dios no permite que un malvado sufra dos veces el infierno, está seguro que despues de tu muerte no hai infierno para tí: yo voi á gozarme haciéndotelo sufrir en vida...."

Y la horrible risa del infierno jugueteaba sobre sus labios.

Gullemiro y Tardini se quedaron frente á frente y en silencio: despues Tardini le echó una mirada amenazadora y Gullemiro echándole á él, otra de un tal desprecio que apesar de su posicion lo humillaba, le dió la espalda y se tiró boca abajo en un rincon, dejando apenas aper cibir el movimiento de los sollozos que comprimia. Aquella tarde el mísmo Tardini llevó á Gullemiro su comida: nadie sino él entraba á la prision del infeliz......

El dia siguiente entró Tardini llevando de la mano á Solitaria. Toda la mañana la habia empleado en contarle los tormentos que aquel hombre habia hecho sufrir á su madre. Apénas lo vió, cuando aunque compasiva, el amor filial la hizo ponerse pálida y echarle encima miradas las mas crueles para un corazon de padre.

Ya esta vez no lo veia con lástima, ni queria oirlo: llorando á su madre le imponia silencio y le echaba en cara los males que habia causado á aquella y le decia en los transportes de su inocente rabia; "mónstruo, mónstruo, tú has matado á mi madre, me has deshonrado, ¿ qué suerte será la mia, sin educacion, despreciada, sin nombre, en la miseria, y todo por ti, malvado que me mataste á mi madre ? ¿ Cómo no la compadeciste, siendo ella tan buena ? Y querras que yo te tenga lástima, que te perdone: no, yo no te tengo lástima ni te perdono. Dios

te preguntará por qué me mataste á mi madre...... ¡ ay, mamá, mamá !"—Y se echaba á llorar.

Tardini le habia enseñado á decir todo esto, y al oirla, se gozaba en la agonía que causaba á Gullemiro. Esta vez sinembargo, su placer fué corto. El sensible é infeliz Gullemiro era presa de un dolor sobre humano y que por tanto no pudo resistir. Viendo á su hija y absorto en la tumba de su esposa, sin ver siquiera á Tardini, parecia estar perdiendo la vida ó la razon. Su vista se empañó, sus miembros se doblaron y él se desplomó sobre sus pies y rodó casi exánime en medio del ruido de su hierros y de un suspiro en que pareció exhalar el alma.

Tardini alejó de aquel lugar la jovencita que padecia sobremanera y volvíó al instante á apurar el cruel placer de su venganza. Halló su víctima aun inmoble y fria y la reanimó con olores exitantes para hacer mas duradero su placer inícuo.

Esto de cuidar la vida para atormentarla era un refinamiento de crueldad que Gullemiro no podia perdonarle...... Vuelto este en sí enteramente se recostó contra la pared y al girar en torno su vista halló á Tardini que frente á él y con los brazos cruzados, parecia complacerse, y saborearse en su tormento. Gullemiro se lo quedó viendo un rato en silencio y despues lo llamó y le dijo : " oígame U., un favor voi á pedirle, sin humillarme por esto. No me haga ver mas á mi hija : ella sufre y es inocente, aunque hija de un culpable. Entrégueme á esas otras grandes crueldades con que me amenaza ; pero, por Dios, por piedad : que yo no vea mas á mi hija. Bien habia U. predicho, que me reduciria al estremo inaudito, de no querer ver la hija que adoro."

" Y si tu supieras replicó Tardini con sangre fria, si tu supieras cuales son esas crueldades, sin duda que preferirías las que has sufrido hoi."—"¡ Ah no, no hai nada mas cruel, te prometo á ciegas, que no me quejaré de lo que quiera que me hagas, con tal que me ofrezcas que no volveré á verme insultado por mi hija."—" A ciegas, á ciegas, repitió Tardini con diabólica sonrisa ; todavía no, pronto tendrás razon de hablarme así." Sus palabras envolvian un misterio que dejaba sentir á Gullemiro si no el hecho, al ménos sus horrores. Sinembargo, no imaginando nada de mas horrendo que el verse insultado por su hija, le dijo : "¿ aceptas ?"—" Sí, si acepto.

Tardini se volvió y se paseaba cerca de Gullemiro meditando el modo de ponerlo en el estado que convenia á sus designios, y este por su parte meditaba el modo de hacerse insensible á tantos horrores, y al pensar en el licor creyó resuelto el problema que lo ocupaba. Llamó á Tardini y le dijo : me siento malo y creo que para el mal que sufro, me haria gran bien el tomar algun licor fuerte. Al instante esta proposicion de Gullemiro resolvió tambien el problema de Tardini que le respondió :

"Sí, al momento y cuanto quieras." Saliόse y volvió despues de un largo rato con dos botellas de aguardiente del mas fuerte y al que habia mezclado algo que suavizándolo al gusto lo hacia terrible en sus efectos.

El deseo de descansar, de no sufrir, hizo á Gullemiro beberse del golpe una botella, como si fuese agua de azúcar y sin apercibirse del sabor ni del olor que le daba la fuerte cantidad de opio que contenia. Apénas habia tragado aquel tósigo fatal, cuando Tardini se retiró dejándole ya en el semblante las sombras de un mortal abandono; su mirar era como el de un demente y su sueño remedaba el sueño de la muerte.

Gullemiro sentia su estado, y el pensamiento de aquel cerebro de bronce, miéntras pudo obrar, enseñoreó el sentimiento de su miseria y de su ruina. Hai pensamientos tan enérgicos que es preciso extinguirlos para poderlos dominar. En fin, Gullemiro se rindió al veneno y al dolor, y quedó insensible y frio, entre dormido y muerto. Nunca fué mas cruel la feliz alucinacion del opio. En su delirio Gullemiro se sentia en el paraiso y en los brazos de Almabella. ¡ Cuánto bien hace la embriaguez al hombre desesperado, á aquel que verdaderamente vé con horror la vida. Pero, qué horroroso sentimiento de sí mismo debe experimentar el mísero que vuelve de la embriaguez á la razon! ¡ Con qué color tan negro y tan feo debe presentársele de nuevo el mundo de sus miserias! ¡ Con qué ojo tan tétrico debe contemplar la mezquindad que lo reduce á buscar un consuelo en su propia degradacion!

Las sombras mas peregrinas lisonjeaban su mente estraviada, cuando á eso de media noche, un hombre embozado, todo tembloroso, con los cabellos erizados y con un mirar siniestro y como espantado, atravezaba con una lámpara sorda el oscuro salon en que el malhadado amante estaba largo á largo tendido. Aquel bulto terrible se acercaba al infeliz Gullemiro á paso lento y rezeloso: sus miradas llenas de sozobra, horror y miedo, daban vuelta en torno suyo dirigiendo de todos lados el rayo de luz de su lámpara. Su paso inseguro, su mirar terroroso, su temblor y su afanosa respiracion, le daban todas las trazas hórridas del crímen.

Cuando dió por hecho que estaba solo, volvió á la puerta, la cerró y se echó la llave en la faltriquera. Acercóse á Gullemiro y, viéndolo en el estupor que él deseaba, se quitó la manta y examinó escrupulosamente el cuarto para que nada pudiese alarmarlo en el momento de ejecutar su infernal venganza. Seguro ya de que solo el cielo atestiguaba su monstruosidad, se dispuso á realizarla. El sentia lo espantoso de su crímen: así se acercó á su víctima en un temblor que casi lo echaba á tierra. Sus ojos y su respiracion habrian sido capaces de horrorizar al mas impávido asesino. ¡Oh venganza del infierno: de todo es capaz tu rabia!....

Tardini, tímido y bueno en el fondo, hacia sinembargo por ven-

ganza todo lo que puede imaginarse de mas culpable y espantoso.

El temia que el esclavo, que por amor á Gullemiro se habia alzado contra él, hubiese corrido á advertir á la familia de este del peligro en que lo habia dejado, y así anticipaba aquella infame ejecucion, porque queria que esa vez no escapase á su venganza y que esta fuese escandalosa, cualesquiera que por otra parte fuesen sus consecuencias.

Puso su lámpara al lado, ensayó el estado en que se hallaba su víctima, para ver si la cruel maniobra que iba á hacerle sufrir podria volverla en sí. Para esto lo llamaba, lo punzaba, lo removia; nada, nada, el infeliz, sumido en su delirio delicioso, reia con las preciosas sombras de la quimera y era completamente insensible á las realidades de su miseria, á los horrores que lo cercaban.

A cada punzada, á cada sacudimiento que le daba su verdugo, el malhadado creia sentir una caricia de Almabella y le dirigia las mas tiernas palabras de amor. ¡Y ni esto pudo ablandar la venganza envenenada del hermano de su amada!

Este, fijándole la cabeza entre sus piernas, le introdujo una aguja tan fina casi como un cabello, por el ángulo esterno del ojo lo mas atras que pudo y penetrando despues el globo del ojo fué directamente á herir el nervio óptico. Pero no seguro aun de su golpe sobre el nervio rayó en diversos sentidos la membrana del fondo del ojo que llaman retina y que siendo el órgano ó el espejo de la vision, no podria, una vez rayado, presentar mas la imágen de los objetos.

Principió la misma operacion en el otro ojo, y aquella punta acerada exitando mecánicamente los nervios y el cerebro, hicieron que Gullemiro, sin despertarse, fijase sus ojos en su verdugo, con la horrorosa espresion de un ojo de muerto, que se moviese para fijarse en un crímen. Dios da al ojo de la víctima esa mirada que espanta al verdugo, que mata al asesino........Esa mirada, esa espresion sobrehumana de un ser que ya no piensa, parece mas bien la mirada amenazante de justiciero Dios......

La organizacion de Gullemiro sentia el estrago que aquella aguja le hacia; pero su pensamiento enagenado, no tenia conciencia de las contorciones de su máquina. Al ver Tardini el gesto estraordinario con que lo miraba Gullemiro, se sintió aterrado á tal estremo, que abandonándose á supersticiones que nunca habian podido en él, creyó ver en la mirada de Gullemiro la mirada y la amenaza del mismo Dios. El crímen es siempre visionario y tiene razon: las visiones que asombran al culpable son realidades......

Tardini soltó su víctima, dió un grito y corrió precipitadamente dejando allí la lámpara, la aguja y la paz del alma, y llevando solo consigo un dolor y un espanto eternos. Corria por la montaña desespe-

rado, los cabellos parados como cerdas, los ojos saltados de horror y dando unos alaridos huecos y espantosos que parecian salir de la mas atormentada de las almas del infierno.

Se fué despues á la peña sobre la que habia visto á su hermana y á su amante llorarse mútuamente. Allí pasó la noche, aterrado por todos los espectros de la supersticion : haciendo oraciones ; atormentándose : espantándose de todo y capaz de espantar á todo. Quiso matarse : pero la muerte que consuela al desgraciado es el supremo asombro del criminal.

Por la mañana volvió al cuarto de Gullemiro y lo encontró ya recostado contra la pared. Algunas gotas de sangre se mezclaban á las abundantes lágrimas que corrian de sus ojos. Esa noche misma, á causa de las punzadas que le habian dado tan cerca del cerebro, se le habia declarado una fiebre violentísima, acompañada de vómitos y de dolores atroces, que apuraron su vuelta á la razon. Para por la mañana ya la fiebre y los dolores se habian calmado y ya él tenia conciencia de su último desastre.

Su primera idea al sentirse ciego fué la de despedazar á Tardini, y viéndose encadenado emprendió destruirse el mismo ; pero tampoco le fué posible. Tanto lo habia asegurado Tardini contra él, que lo aseguró tambien contra sí mismo.

Las grandes miserias exaltan un instante y despues abaten y anonadan el furor mas decidido. Cuando Tardini entró á ver á Gullemiro ya este estaba tan apocado que no hacia mas que gemir, llorar y esclamar : " ya se apagó para mí la luz del mundo, ¡ Para que matarme y dejarme vivo ! ¡ Ay, mi ceguedad es el crepúsculo de mi noche eterna ! La luz de estas tinieblas solo me deja ver la muerte."—Callábase y volvia á exhalar de nuevo sus gemidos y esa triste cantinela.

En fin, Tardini se le acercó y sin hablarle se puso en contacto con él. Un movimiento de venganza arrebató súbitamente al formidable ciego y lo agarró fuertemente ; pero volviendo sobre sí le gritó : "¿ crees que me seria imposible el vengarme yo tambien ? Agradece tu vida á la sombra de tu hermana."

Al decir esto se apercibió que Tardini no se defendia, que temblaba todo y que reprimia sus sollozos....Creyó tener al arrepentimiento entre sus brazos y tomando al punto una de las manos de Tardini la apretó contra su pecho diciéndole con voz balbuciente : " te perdono, te perdono," y se dejó caer en el rincon mismo en que el lo habia sacrificado.

Aquella generosidad sobrehumana venia de su amor sobrehumano, y del mas fuerte de los sentimientos de su corazon, el sentimiento de justicia, que le gritaba de contínuo en el alma, que habia sacrificado el honor de una familia. Por esto, aquella estrema desventura lo reconcilió un tanto consigo mismo, haciéndole sentir como mas espiada su falta.

Sinembargo, ¡cuántas agonías sufria el pobre Gullemiro! y en ellas no le quedaba ni el consuelo de poder mover los brazos, de dar á su cuerpo esos movimientos y esas posiciones á que provoca tanto la angustia, tal vez porque le sirven de alivio ó de desahogo. Tardini conoció que aquella privacion agravaba su afan y acercándose tímidamente le desató las manos. Al instante esclamó el mísero amante: "gracias" y su primer movimiento fué estender sus brazos del modo que tanto hahia anhelado en los momentos mas acerbos. Inmediatamente le quitó las otras amarras y lo soltó enteramente....

Gullemiro se le acercó y le dijo: "para completar tu bondad, acuérdame, sin ofenderte, el favor que voi á pedirte."—"Por mi palabra, replicó Tardini."—"Es, le dijo Gullemiro: que me dejes aquí absolutamente solo, miéntras sea posible, y que jamas me hables, cuando por necesidad entres aquí."—"Bien," respondió Tardini con acento quebrado y salió del cuarto sin poder ocultar mas á Gullemiro los sollozos que reprimia y que se le escapaban á medias. ¡A qué tristes reflexiones se abandonaron el uno y el otro!....

Ya Tardini no volvió mas allí sino á traerle la comida, ó al ménos no se dejaba sentir sino entónces: á veces se paraba en la puerta á contemplar en silencio su obra y despues se retiraba bién léjos á llorar.

Una idea ocurrió despues á Tardini que aunque le pareció irrealizable, lo consoló sinembargo un tanto. No léjos de allí, en una casita ahislada, sostenia este mismo Tardini, á una jóven ciega que habia perdido la vista á fuerza de llorar una desgracia y que juzgándola, por su ceguedad, mas que nunca irremediable, se habia hecho pasar por muerta para huir del trato humano que se le habia hecho doloroso, y sobre todo para ver si la muerte podia servir de barrera entre su nombre y la opinion, y para que no se dijese nunca, que aun vivia, cuando su amado dejó de amarla.

Tardini propuso á entrambos el pasar juntos los dias, para que así fuesen ménos sensibles á su mala suerte. Entrambos se negaron redondamente; pero él que los conocia bien á los dos, dijo á cada uno que la desgracia del otro venia de amores infortunados. Víctimas de una desgracia semejante, se interesaron sin conocerse y ya desearon vivamente oirse sus historias respectivas.

Tardini trajo esa misma noche la ciega á la casa, despues de haberle preparado un cuarto contiguo al salon de Gullemiro. Esa noche misma ámbos supieron que dormian el uno cerca del otro y que al dia siguiente se verian ó al ménos se oirian. Ella, ¡infeliz! fina hasta el último trance, preparaba en su imaginacion el modo de hacer interesante el hombre que tanto amaba,

El, grande y abandonado, compadecia su nueva compañera sin es-

merarse en embellecerle el retrato que le hiciese de su querida, ni en exajerarle su amor ni su desgracia.

Por la mañana debian reunirse por primera vez. Ella se sorpren dió ella misma esmerando su vestido para realzar en su mérito el mérito de su amante; pero recordando la ceguedad del que iba á conocer, la suya propia y sobre todo la pérdida de sus gracias, se echó á llorar.

El queria, mas bien que saber la historia de su nueva compañera, honrar en la desgracia de ella la suya propia, pues que eran tan semejantes. Sinembargo se acordaban en cuanto á que ella estaba segura que el amante desgraciado que iba á conocer no igualaria nunca el suyo y él estaba tambien cierto que aquella infeliz mujer no valdria su Almabella.

Ella se preparaba á dar un tal colorido al mérito real de su amado, que el ciego se viese obligado á confesarse, como hombre y como amante, inferior á Gullemiro. El creia bastante el decirle que su querida habia muerto del dolor de amor, para convencerla que Almabella era la mas tierna enamorada que hubiese existido jamas.

¡ Quién que supiese quien era aquella ciega infortunada, no esperaria al verla acercarse á Gullemiro, un súbito cambiamento en la suerte de uno y otro. Pero la irremediable enfermedad que los consumia hacia un mal de la misma esperanza. Tardini impuso á la pobre ciega, á nombre del honor, el que ocultase su verdadero nombre y tomase otro cualquiera que le agradase. Ella prefirió el de Emali, que era su segundo nombre y por el que nadie la conocia. Para que el ciego no se nombrase, Tardini le dijo así: "pues que el nombre de U. está unido á mi deshonra, le encarezco que lo oculte á esa ciega: sobre todo no pronuncie U. por nada el nombre de mi hermana: en esto me probará U. su amor por ella y su consideracion por mí."

A la hora del almuerzo Tardini condujo á Gullemiro al comedor en donde ya esperaba la ciega. Tardini los presentó el uno al otro, sin darles nombre alguno, lo que los dejaba en la libertad de darse el que mas les agradase. Ambos se hicieron una inclinacion de cabeza, que por supuesto ninguno de ellos vió, y se sentaron sin haberse dicho una palabra. Ambos eran sinembargo excusables: cuando la desgracia llega á abrumar el ánimo, no hai esfuerzo mas penoso que el de hablar. Tardini les habló á entrambos para que cada uno de ellos oyese la voz del otro, solo medio que tenian de hacer el medio conocimiento que cabia entre ellos.

Sus acentos no eran ni un recuerdo de lo que habian sido en tiempas mas felices. Sinembargo, tal vez algo quedaba aun, y uno y otro al oirse se sintieron sobrecogidos de una impresion extraña. Oyeron mejor; hablaban y mas hablaban por hacerse hablar uno al otro y encontrando una inmensa diferencia entre aquella voz y la que aun sona-

ba en su memoria, volvieron á la calma ordinaria. Sinembargo en aquellas voces quebrantadas habia una vibracion, un tono, un no se qué› que despertó en ambos aquellos acentos ya callados, de un hombre ausente por ingrato y de una muger muerta por ser fiel. Es indecible lo que sufria Tardini al ver lo que se pasaba entre los dos.

Acabado el almuerzo Tardini fingió dejarlos solos y salió del comedor para verlos del cuarto inmediato. La conversacion que entablaron al momento, fué como es siempre y por fuerza la de dos desgraciados que se encuentran solos. A veces exaltada, á veces abatida y siempre melancólica y quejosa.

Otras veces se contentaban con saber que estaban cerca, con oirse respirar y no se hablaban una palabra. Así pasaron ese dia y algunos otros siguientes. Uno y otro abandonados siempre á sus tristes reflexiones guardaban un completo silencio, que de cuando en cuando interrumpia un suspiro ó un ay, del uno ó del otro.

En fin, llegaron á habituarse de tal manera á estar cerca y hallaban en ello tanto consuelo á su pena, que deseaban el dia para dirigirse un saludo afectuoso, para cambiarse una palabra de amigo.

Un dia, ella mas abatida que de ordinario y temiendo su propia reflexion, creyó hallar una distraccion en la historia de su amigo, y despues de algunas insinuaciones que él fingia no entender, le confesó francamente que deseaba oirle contar la historia de sus desgracias, si acaso él tambien hallaba un placer en hacer vibrar de nuevo las cuerdas de su pasion y de su perdida felicidad.

¡ Pobre ciega ! ¡ Qué poco esperaba ella encontrar en aquel hombre un amante tan infeliz y tan generoso como el suyo ! Gullemiro le hizo una tal aunque sencilla descripcion de sus amores ; que la pobre ciega habria, por colmo de miserias, visto palidecer su amante ante aquel ciego amoroso, si su amante hubiese sido cualquier otro que el que era. Y ella se habria tambien sentido humillada y se habria abochornado de creerse la mas fina enamorada, si ella no hubiese sido quien era.

Entre los rasgos heróicos de la amante del ciego, uno le alzó la sangre á la cara y le agitó el corazon : ella imaginaba que solo ella habia sido capaz de un tal sacrificio por lo amado. Al ver que otra muger habia sido capaz de lo que hacia su gloria : al ver que otra le fuese igual en pasion se sentia ya humillada y sin ilusion y temblaba que de un instante al otro, un rasgo aun superior, la apocase enteramente. Felizmente este rasgo no se presentó y solo sufrió la pena de hallar su igual : pena tan cruel, que bastó á quitarle aquella especie de vanagloria que acompaña ciertas penas y que tanto las suaviza......

El abatido silencio en que la sentia Gullemiro, le hizo creer que ella se recónocia ménos amante que su amada, y como para presentar á la memoria de esta un trofeo, preguntó á la ciega, si no convenia en que

la suya fuese de todas las amantes, sin ecepcion, la mas tierna, la mas rendida. Ella reprimiendo su desagrado, le respondió así: "yo no debo, por modestia, hacer una comparacion entre su amante y la de mi amado: ni tampoco debo, por miramiento á la amistad, compararlo á U. con el hombre prodigioso que idolatro. Haré solamente un parangon entre el hombre que yo adoro y la muger que U ama, y verá U. que si es verdad que todas las mugeres valen mas que yo, mas cierto es aun que ningun hombre vale tanto como el que yo amo. Tal vez ella lo ama á U. mas que lo que yo lo amo á él; pero sin duda, él me ama á mí mas que lo que ella lo ama á U."

Aunque la ciega decia esto con una suavidad casi humilde, sinembargo habia una cierta turbacion en su acento que bastaba á hacer sentir á Gullemiro que ella se ofendia de que otra pretendiese amar como ella y de que, otro que su querido, se imaginase el mas amado de los hombres. Gullemiro, cierto de ganar en la prueba, le dijo con aire apacible, que no pretendia ser mas amado ni mas amante que ella; pero que tal era el encanto que envolvia á sus ojos el objeto de su cariño, que no le era posible ni aun siquiera imaginarse nada que le fuese comparable.

Despues le encareció finamente que le contase su historia, si acaso esto le era posible y agradable, y ella toda agitada, principió con una voz trémula que fortaleció al instante el entusiasmo del amor. En medio del sombrío melancólico de su historia lastimosa, chispeaba de cuando en cuando el fuego de la pasion. Su semblante se animaba, su voz se acaloraba, y aunque fiel á la verdad, daba á esta un tal color con el fuego de su entusiasmo, que aunque la misma en sí, producia sinembargo mil veces mas efecto. Cuando llegó al instante en que ella habia hecho el sacrificio que tambien habia hecho la amante del ciego, esclamó transportada y deshecha en llanto: "yo tambien, por no ir á un campo á donde querian llevarme para separarme de él, me quemé un pié, sin que él lo supiese, con eso que llaman piedra infernal, y para sostener abierta la llaga, pasé diez meses echándome en ella cosas exitantes, hasta que ya á pique de perder el pié, dejé obrar los remedios que él me hacia. Yo tambien sufrí por él, tormentos indecibles. El lo descubrió y besando deshecho en lágrimas aquella llaga de mi heroismo, me vió con tal ternura, me habló con tal amor y me hizo un tal juramento, que todavía lo oigo y que nunca podré dejar de oirlo. No, ninguna mujer ha hecho por otro, mas que lo que yo hice por él, y todavía eso es poco para lo que él merece. Tampoco vino al mundo, mujer alguna, digna de él, capaz de amarlo como merece."

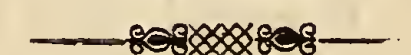
Al oir esto Gullemiro, que sufria la mas grande agitacion desde que habia oido en la historia de aquella ciega, su propia historia, que él habia disfrazado un tanto al contársela á ella: al oir aquella serie de coincidencias principió á hacer mil terribles conjeturas. Si aquella se-

ria una mujer de acuerdo con Tardini para atormentarlo aun: si él deliraba y aquello no era sino un sueño: si era efectivamente la sombra de su amiga, ó si acaso era solo una coincidencia tan casual como era cruel.

Todas estas ideas dieron vuelta á su débil cabeza y recostándose sobre el canapé, quedó fuera de sí, lo que ella conoció por la respiracion ronca y angiosa que le oia. Acercóse á él llamando á Tardini, y lo primero que tocó al pobre ciego fué la cara, y apénas la habia tocado, cuando creyó sentir en ella formas idénticas á aquellas que le habian sido tan caras. El vértigo y las ansias hicieron vacilar su mente y su cuerpo y se sentó al lado de su amigo, teniendo con una mano su cuerpo y con la otra tocándole en la cara aquellas formas magnéticas que tan cruelmente lastimaban su locura.

Tardini que con la pena que bien puede imaginarse, habia visto todo lo que habia pasado, entró haciendo ruido para que la ciega pudiese retirar sin pudor aquella mano abandonada á recuerdos, tal vez culpables, de su funesto amor.

Pronto volvieron ambos á su estado ordinario; pero nada pudo borrar ni en el uno ni en el otro la terrible impresion que recíprocamente se habian hecho. Ninguno de los dos suponia que el otro la participase, y uno y otro deseaban no tocar mas una historia que les era tan cruel á entrambos.



Llegada de Luis y de Marticela y Matilde: del padre de Gullemiro y del de Almabella con los hermanos de uno y otro.—Desesperacion de Luis.—Remordimiento de Tardini.—Heroismo de Gullemiro.—Marticela reconoce á Almabella.—Descúbrense esta y Gullemiro.—Sacrifícase á ellos Marticela.

Así pasaron algunos dias aquellos desgraciados, deseando vivamente estar juntos y temiendo vivamente el hablarse. Nada alentaba tanto sus ánimos, como el sentirse respirando el uno al lado del otro, ni nada los desconcertaba tanto como la idea de confiarse sus pensamientos y sus recuerdos y sobre todo las cavilaciones que en cada uno de ellos habia engendrado la historia del otro. La meditacion en silencio les era ménos penosa y aun casi grata cuando se hallaban juntos: pero para que esta meditacion no fuese cruel, habia de esconderse tras la mas completa reserva.

Al despedirse por la noche y decirse: "hasta mañana," con un in-

teres tan seco: ¡quién, que hubiese sabido quiénes era uno y otro, no se habria despeluzado al contemplar lo cruel que es á veces el destino! Yo que lo sé hoi, me estremezco al considerarlos el uno ante el otro haciéndose una reverencia que ninguno de los dos veia, y diciéndose: "hasta mañana." ¡Oh, qué negra es la estrella que sirve de norte á algunas criaturas malhadadas!

Uno fué, de aquellos tristísimos dias, en que ambos estuvieron sumidos en lo mas hondo de la congoja, y ni el uno ni el otro habian querido reunirse: él, por estar mas abatido que nunca, y ella, porque por la misma razon se habia hecho conducir al peñazco de la playa á respirar el aire libre y á meditar sola. Gullemiro se paseaba lentamente en su salon, cuando de repente oyó un tropel de caballos de los cuales uno llegaba ya á la puerta. Al momento sintió que un hombre entraba en la sala á grandes pasos y que con voz casi ahogada de fatiga gritaba faz á faz con él: "¿y Gullemiro, dónde está? ¡Gullemiro....Gullemiro!...."

Tal es mi cambio se decia Gullemiro, que ya no me conoce: y para darle noticias del que buscaba le abrió sus brazos gritándolo por su nombre, "Luis, Luis....." ¡Oh, sensaciones inexplicables!.....Luis perdió sus fuerzas y al caer en los brazos de su amigo habria caido á tierra si este no lo sostiene. Pero el ansia misma que lo abrumaba lo aguijaba tambien á recuperar su entereza para servir á su amigo, vengarlo y curarlo ó consolarlo al ménos. Un solo instante perdió su entereza; pero volvió al punto á ella con mas energía que nunca, y estrechando á su amigo se abandonó á los raptos de su dolor. Espumeaban en sus labios los furores de la venganza: pero Gullemiro le aseguró que él habia cegado solo á fuerza de llorar.

En ese instante mismo entraron á la sala Marticela y Matilde y echándose inconsideradamente en los brazos de Gullemiro, que las suponia muertas despues de muchos años, le causaron una impresion tan terrible que por poco pierde la razon.

¡Qué nuevo calor entró súbitamente en el alma helada de aquel ciego! Alzó los brazos en alto, esclamando: "infeliz mujer, tierna esposa; ven á mis brazos." Marticela no podia hablar, lloraba á gritos y casi la ahogaban sus gemidos dolorosos y su afan sin tregua.

El mísero estado de Gullemiro espantaba á la tierna esposa, y esta imaginaba que su indefinible dolor era un presentimiento de muerte. Gullemiro cerrándola tiernamente entre sus brazos y ocultándole la impresion que le hacia su llanto, le dijo: "¿y cómo estás viva? cuéntame. Yo creia conservar tus cenizas pero ya veo que esa pasta que hice de lágrimas y cenizas, no era el gage del amor en la muerte, sino el ludibrio de mi pasion."

Marticela le contó como las habian escondido los ladrones, y como

las habia salvado Marroquin: que lo habian visto atravezar al escape la sabana de Maracai, y que Luis que lo habia seguido solo habia llegado á tiempo de verlo pasar á bordo del buque, que un instante despues desapareció con él. "Y ¿por qué, le interrumpió Gullemiro, no me has hecho saber tu existencia despues que supiste que yo vivia?" Marticela roja hasta los ojos y con la voz del dolor, le respondió así: "porque tambien sabia que ya tú no vivias para mí: con la rival que tenia, ¿qué podia yo esperar sino desaire y desden? Yo te amaba tanto, que preferí á tu desprecio el pasar por muerta y habria preferido el morir mismo."

Gullemiro enternecido aplicó sus labios á la frente de Marticela é inclinándose ante ella con espresion de profunda gratitud, le dijo: "tú me confundes, yo no merezco tanto."—"Sí, sí, le interrumpió ella, apénas supe que tu amada estaba en el otro mundo y que tú quedabas desgraciado en este, cuando corrí á ver si ya no negabas á la que hiciste tu compañera otra vez, el derecho de condolerte ó de sacrificarse por tí, si acaso era necesario. Sí, yo te amo en tu desventura como te amé en mi bonanza, y en tu brillo y en tu grandeza. Mi amor es hoi mas tierno y mas ardiente que entónces. No creas que tu ceguedad y tus terribles infortunios hayan podido estinguir la ilusion de mi ternura. Si tales desgracias te hubiesen acaecido ántes que yo te conociese, tal vez no te habria amado tanto; pero hoi solo te hacen á mis ojos mas interesante que nunca. La desgracia hace sin duda poco amable al que aun no es amado; pero el que es verdaderamente amado, puede estar seguro que su mala suerte no hace mas que agregar nuevos encantos al prestigio de la ilusion con que lo quieren.

"Nunca, créemelo, nunca tu voz vibró mas dulcemente en mi pecho, nunca tu amor me fué tan caro, ni tan precioso, y nunca me pareció tu aspecto tan imponente y tan noble y tan hermoso por tanto. Si tus ojos no brillan ya como centellas, sus sombras envuelven un misterio que me echiza y que me rinde con la magia de un sublime dolor mil veces mas poderoso que los goces mismos de la felicidad sin mezcla.

"Y si tu no me amas ya; si la ilusion que te cegó por Almabella borró para siempre los amores del saman: en fin, si me desdeñas como amante, no me desdeñes como esclava. Mi presencia no te importunará, tu no me verás: pero permíteme al ménos que yo te sirva en silencio, que te vea y que llore sin quejarme. Tu amada fué un tiempo mi amiga, y su sombra compasiva no se ofenderá sin duda, de que yo adore como humilde esclava, al que la adora á ella como fiel amante. Mi humillacion será su gloria. El que yo te rinda idoltría debe ensalzar al ídolo á quien tu la rindes. Por piedad deja que al ménos sea tu esclava la que un dia llamaste compañera."

Gullemiro con ademan solemne, le dijo: "humillarte cuando te venero y te amo tanto! ¡Esclava mia, la que es mi dueño! No, no es posible. Y vivir como esposos, tampoco es posible. Mi destino es vivir y morir llorando á la que murió por mí. Me siento incapaz de otra cosa, te lo confieso.

"Tal vez esta verdad es cruel para tí y vergonzosa para mi; pero en el estado en que me encuentro, compadéceme y no me acuses. Soi digno de lástima y nada mas. Yo siento el alma loca y el corazon muerto. ¿Podria salir jamas de estos labios, que el dolor quemó, una sola palabra amante?

"No, mas fácil es que las cuevas de mis ojos te miren tiernamente. En la obscuridad que me cerca solo puedo ver sombras. Déjame mirar y alhagar en silencio la sombra querida de la que murió por mí y por la que yo muero."

Marticela arrojó un fúnebre alarido y cayó como muerta en los brazos de su hermana, y Gullemiro, herido de un dolor como rayo, tuvo que apoyarse sobre el pecho de Luis. Cuando el alma que se desfallece está aun en su afan, vuelve pronto de su anonadamiento, y con mas energía que ántes: parece que el mismo afan la aguija en medio de su estupor.

Al momento en que iba á recomenzar aquella triste querella, oyeron un gran ruido que se acercaba y todos esperaron como en suspenso. Al fin, los que así los interrumpian entraron en el salon, y todos ellos, al ver el patético cuadro que se les presentaba, gritaron y se precipitaron en los brazos del noble ciego. Al primero que este estrechó en su pecho con ternura convulsiva, le dijo: "Padre mio, perdon, perdon!" Al segundo lo abrazó con transporte fraternal; este segundo era yo, el hermano que por accidente habia encontrado en su lejana peregrinacion.

El padre de T. y el hermano de este, R. tambien habian llegado con nosotros. Uno y otro lo abrazaron ardientemente y ámbos preguntaron á gritos por Almabella, á lo que Gullemiro, secándose los ojos y asomándose al balcon les enseñó el sepulcro de la playa, y con voz dolorida añadió: "de llorarla estoi ciego." Corrieron todos al balcon, miraron y se retiraron al punto contristados y en silencio. Solo el padre de Almabella se quedó allí, contemplando lloroso aquel abandonado albergue de los restos de su hija.

Pero cual fué su sorpresa al ver de léjos á T. que conducia á una mujer que bajaba de un peñazco inmediato á la tumba. Sin decir nada, sale solo y corre hácia T., y ¡oh, Dios inconcebible! lo primero que reconoce es á su hija macilenta y desencajada: abrázala, le habla y ella se echa á sus piés implorando aun el perdon que tantas veces y tan sinceramente le habia acordado. La terrible mirada que echó el padre á T. lo desconcertó por lo que corrió á la casa en donde halló á ámbas familias juntas.

Como Ramon el hermano de Luis era casualmente aquel esclavo de T. que habia corrido á advertir el peligro en que dejaba á Gullemiro: como Ramon, digo, habia informado mui particularmente á Luis de las intenciones de T. y Luis lo creia capaz de todo, por lo que le habia pasado con él mismo en la sabana de Maracai á Choroní: Luis creia firmemente que la ceguedad de Gullemiro era obra de T. y lanzándosele encima al entrar, lo arrebató en el aire y arrojándolo á distancia, le gritó: "ahora sabras si hai quien vengue á Gullemiro de tu venganza infame."

Al punto todos se interpusieron entre Tardini y Luis al que nada pudo retener sino la voz de Gullemiro que le dijo: "Luis, te engañas, T. me ha tratado como noble amigo: mira la prueba," y llamando á T. le tendió una mano de amigo. T. temblando, tomó aquella mano, y al sentir el modo franco y generoso con que la apretaba Gullemiro, se dejó transportar de su heróico arrepentimiento, y queriendo expiar su culpa, la confesó echándose á los pies de Gullemiro, á quien pidió perdon, y sin esperar respuesta corrió á Luis diciéndole: "sí, véngate, es verdad, yo fuí el mónstruo que reventó los ojos á Gullemiro: yo me vengué: véngalo tu á él que es demasiado generoso para hacerlo él mismo."

Luis, echando espumas de fuego hasta por los ojos, dió un horrible bufido y desenvainando la espada le volaba ya encima á partirle el corazon, cuando Gullemiro, haciendo retemblar el aire con su acento de trueno, dijo: "Luis, si quieres conservar la amistad de Gullemiro, respeta á T. Manchar tus armas en su sangre, seria mancharlas en la sangre de mi amada, en la mia propia. Mas mal me haria tu venganza que el mal que pretendes vengar. ¿Quién me vengaria entónces de tí? Mi muerte. Cuando tú tambien me ofendieras, ¿cuál seria el estado de mi alma?....Ademas Luis: T. está bajo mi proteccion: él es mas infeliz que yo mismo. Lo perdono de todo mi corazon: demasiado lo atormenta su conciencia. En fin, sabe que para que él haya confesado su culpa se necesita mas grandeza tal vez, que se necesitaba crueldad para cometerla. Respeten, pues, todos á este infeliz y sepan que yo tomaré como contra mí, todo ultraje que se le haga."

Gullemiro se apercibió al decir esto, que T. estaba á sus pies y levantándolo, le dijo: "perdona amigo mio, no te habia visto."

Apénas oyó Luis aquel lenguaje, cuando reventando su espada y haciéndola saltar en pedazos, se tiró contra la pared arrojando unos ayes salvajes capaces de despeluzar á un tigre. ¡Horrible expresion de un dolor horrendo! Gullemiro acercándosele á tientas lo apretó tiernamente contra su pecho, mezcló sus lágrimas con aquel llanto amigo, diciéndole despues con noble magnanimidad: "Luis, no temas que yo

prefiera ningun otro amigo á tí: yo sé estimarte como mereces, tú no tienes rivales, y si acaso en algo temo que puedas agraviarme y que yo no podré perdonarte, es en que temas esos rivales, que no son posibles. Te amo á tí, por tí mismo, porque eres noble y generoso: á otras los amo porque los aman otros que yo amo. Tú eres para mí, sagrado porque te amo: otros al contrario, los amo porque me son sagrados."

Todos se veian, mudos, estupefactos: echaban sobre T. un ojo de reprobacion y sobre Gullemiro y Luis miradas de admiracion y pasmo. Luis hacia á Gullemiro los halagos mas rendidos.

T. reconociendo la extrema generosidad de Gullemiro en las finezas que dijo á Luis, le tomó una mano para besarla. Apénas lo vió Luis, cuando soltó la otra mano de Gullemiro que él tenia, como para no mezclar sus cariños con los de un mónstruo. Notóle Gullemiro y tendiéndole su mano á Luis, tomó la de este y uniéndola á la de T. les dijo: "si no en señal de amistad, al ménos en señal de respeto recíproco, de consideracion por mí."

Luis dejó que su mano heróica tocase aquella mano cruel: así lo queria su amigo; pero imaginando que esa misma mano habia cegado á este, no pudo al tocarla, ménos de estremecerse y caer casi en convulsion.

Esto pasaba en el salon de Gullemiro cuando el padre de T. entró hecho un mar de llanto y conduciendo de la mano á una jóven llorosa y macilenta y tambien ciega como Gullemiro. Apénas la vió Marticela cuando corriendo hacia ella y examinándola de cerca, reconoció á su antigua y fatal amiga, y grito fuera de sí, "¡ Almabella, Almabella! ¡Gullemiro, Gullemiro!" El abrumado Gullemiro al oir aquel nombre mágico, saltó repitiendo: "¡ Almabella, Almabella!" Y al mismo tiempo ella, que habia reconocido la voz de Marticela, exclamó arrebatada: "¡ Gullemiro amado! ¿ quién osa pronunciar tu nombre? ¿ Dios mio, dónde estoi?"

Esta vez la voz de Almabella era la misma de otros tiempos: tal era el fuego que la abrazaba. Gullemiro se alza con transporte frenético, gritando: "¿ y quién osa aquí llamarse Almabella y remedar su voz? Ya Almabella murió; por Dios, dejen en paz sus cenizas: no me lastimen mas el alma." La pasion dió á su acento la vibracion y la fuerza que tuvo en su juventud enamorada y fogosa.

Almabella, cierta ya de oir á su amante, corria como incensata, gritando: "mi Gullemiro, mi amigo, dónde estás? ven, búscame, yo estoi ciega y no te veo, mira si puedes aun reconocerme, compadéceme, me cegó el dolor, el llanto, tu última carta, tu adios......" Gullemiro casi ahogándose de ansias y dolores, gritaba tambien el caro nombre de su amada y estendiéndole sus brazos, la buscaba á tientas. Todos, estáticos á causa de una tan fuerte sorpresa, veian la angustia de los dos

amantes sin atinar á socorrerlos. Solo á Marticela ocurrió tomar de la mano á Gullemiro para hacerle hallar lo que buscaba. Al sentir él una mano de mujer, creyó ser la de Almabella y cerrándola amorosamente, principió á decirle mil ternuras; pero Marticela rompiendo en llanto le dijo: "no, no soi yo Almabella, soi la pobre Marticela."

Gullemiro, aunque dejándose conducir, parecia sentir el no poder ver á Marticela. En fin esta llegando á Almabella y poniendo en sus manos la mano de su rival, dijo á Gullemiro: "esta sí es la feliz Almabella."—"Y tú eres, respondió Gullemiro, la admirable Marticela." Al tocarse los dos míseros amantes los arrebató un temblor convulsivo y ahogándose en su ansia loca. prorrumpieron en gritos descompasados. Para que pudiese calmarse su tan terrible agitacion, fué necesario separarlos.

R, el hermano de su amada que él habia conocido en Paris, Luis, Ramon el hermano de este, los dos ancianos y Matilde se echaban sucesivamente en sus brazos y exageraban los transportes del placer que tenian de verlo y las esperanzas de su mejor suerte, con el objeto de distraer su atencion del objeto de su locura.

Todo fué en valde: el temblor en que tenia todo el cuerpo y la especie de rugido sordo que daba sin apercibirse y sin cesar, expresaban su desatino del modo mas terrible. ¡Qué conflicto tan cruel! Almabella y Marticela ámbas vivas, amantes y amadas, y ámbas desventuradas por él: la una, su esposa ante el Dios de la sociedad: la otra su esposa ante el Dios del corazon: á la una la unian lo gratitud y el deber sagrados: á la otra el amor y el dolor terribles. Esta meditacion lo afanaba y lo desvivia.

Almabella llamando á Marticela la estrechó cordialmente y le dijo al oido: "¡ay, mi amiga! Que mi resurreccion no te aflija: tú lo vez, yo me estoi muriendo: dentro de pocos dias bajaré á la tumba, pero ántes haré cuanto pueda para que tú subas despues al tálamo de nuestro infortunado amigo. Créemelo: deploro mi suerte sin maldecir la tuya."

La desesperada y generosa Marticela, casi ahogándose en sollozos convulsivos, le respondió así: "no, mi noble amiga, él acaba de desdeñarme rogándome que lo deje solo: preferia llorar sobre tu tumba á vivir conmigo. Sin él no quiero la vida, y puesto que él me desdeña por tí que eres mas digna, mi vida no es mas que un mal para él, para tí y para mí misma. Espérame aquí: yo corro, te lo juro, á hacer de modo que todos tres quedemos contentos de mí. Sé feliz y vé con él alguna vez á regarme algunas lágrimas ó al ménos algunas flores."

Almabella aunque entendia el sentido de aquellas palabras, no imaginaba siquiera la aplicacion que les daba Marticela: pero no pudo mé-

nos que estremecerse de horror cuando esta estrechándola con un temblor afanoso, la soltó y corrió. Almabella quedó aterrada; pero á tal estremo que no pudo ni hablar.

Marticela corrió hácia Gullemiro y osando aplicar su labio lívido y casi frio á la frente de Gullemiro, le dijo: "pérdoname, hombre fatal; te besa un muerto: quien te besa es Marticela, aquella.........
aquella de otros tiempos."—Esto lo decia entre sollozos que tenian algo de horrororo. En fin encarando á su hermana con gesto imponente y suplicante á la vez, le dijo enseñándole su propia hija: "Matilde, desde hoi, esa es tu hija."

Todos la juzgaban loca, la compadecian y no se atrevian á decirle nada. Cuando hubo dicho aquello á Matilde, corrió precipitadamente y desapareció. Todos quedaron suspensos como espantados y guardando el mas completo silencio y solo Luis la siguió porque, en una mirada como de adios que le echó al salir, habia reconocido una intencion siniestra. Todos guardaban silencio y así se oian la carrera de Marticela y la de Luis que no pudo alcanzarla. En medio de este silencio oyeron un ruido en el fondo de un precipicio que estaba inmediatamente al frente de la casa. Matilde grita y todos gritan y corren desatinados.

Un momento despues entra Lius á la sala trayendo en sus brazos el cuerpo ya exánime de la pobre Marticela. Nada podria pintar el dolor de su hermana. Al punto renació en Gullemiro el amor del calvario y del saman: su dolor tocó el estremo. Arrebató aquel cadáver frio y le hizo, olvidado de todo, caricias de loco y recuerdos de amor. Parecia querer reanimarlo con sus ansias frenéticas, y exhalando alaridos descompasados se acusaba á Dios de los tantos males que habia hecho. Imploraba con espresion de un dolor desatentado, el perdon de Dios y de todos los que lo rodeaban que por él solo eran todos tan desgraciados.

Tales eran sus extremos de amor, que bien pudiera haberse creido que entónces preferia Marticela á Almabella, por su fatal tendencia á preferir lo imposible. Sin embargo, él amaba más á Almabella, pero lo arrastraba aquel heroismo sobrenatural de matarse una esposa legítima, por ser su muerte el solo modo de hacer legítimo y feliz el amor de su feliz rival y de su ingrato amado. Una tierna admiracion es sin duda el amor mas puro. ¡Ah! si él hubiese visto las ansias de la infeliz, si le hubiese visto el corazon y su tierno amor y su dolor atroz, sin duda su amor habria sido mil veces mas exclusivo y mas invencible.

Almabella acercándose al cadáver, partió el dolor de Gullemiro; su llanto era sincero: Marticela habia sido su amiga de infancia, su amiga favorita. Ademas, no necesitaba de esto para su dolor generoso: una alma noble no se goza nunca sobre un cadáver y no hai tal vez un corazon bastante duro para no honrar con dolor sincero al que hasta este punto se sacrificó por él. Al ver Gullemiro la inconsolable desespera-

cion de Almabella que se quejaba al cadáver de su amiga de un sacrificio que su pronto fin hacia infructuoso, sintió por ella tanta admiracion como por Marticela, y siéndole una y otra igualmente amables, se abandonó á la preferencia de la que su corazon amaba mas.

Esta vez sus ternuras con Almabella llevaron un carácter que ella y él mismo estrañaron y que ambos sintieron valer mas, aunque fuese un tanto ménos dulce y un tanto mas severo. En el estado en que se hallaban, una manifestacion mas suave no habria llegado al alma de Almabella, ni desahogado la de Gullemiro. En momento tan solemne la espresion debia ser augusta, y hasta la pasion loca y tierna y la confianza dulce y risueña, deben envolverse en la magestad mas impotente.

¡ Qué dia tan terrible fué aquel para Gullemiro ! Despues del furor á que se abandonó al hallarse ciego, una sola vez no se le habia visto, hasta ese dia, un arrebato, ni un movimiento, ni un solo gesto animado. Su semblante no presentó mas otro afecto que el de la resignacion. Con la luz de los ojos se le apagó el fuego del corazon ! Pero aquel dia estaba destinado á ser el más agitado, el mas tempestuoso de su vida entera. El solo hallarse forzado â despreciar á una de aquellas dos amantes, tan rendidas á él y tan generosas una con otra, bastó á hacerle resolver matarse por no favorecer ninguna. Cada uno de los tres habia hecho esta fatal resolucion; pero Marticela, por no estar ciega, pudo realizarla la primera; tambien la infeliz sufria el desden, su dolor era ménos tiempo soportable.

Qué de tristes coloquios se pasaron entre Gullemiro y sus amigos !...... Con todos era espresivo hasta manifestar preferirlos á sí mismo; paro el interes que espresaba á Almabella y á Luis, llevaba siempre un carácter tan diferente del que manifestaba á los otros, que bien habria podido conocerse que Almabella era su amante la mas amada y Luis su amigo el mas querido. ¡ Qué energía y qué vehemencia no desplegó aquel infortunado en los crudos trances que se sucedieron sin intervalo ¡ ¡ Qué magnanimidad, qué temple de corazon !

Pero, ¡ ai ! un estraño pavor asombra su mente, y un estraño dolor lo apoca, y de lo alto de su grandeza sume de nuevo su soberbia frente en un abismo de abatimiento y congojas. Su frente se dobla sobre su pecho, sus brazos se cruzan, sus lágrimas corren en silencio y su aspecto todo lleva el sello de su mortal abandono.

Volvió á su calma fúnebre y siniestra, tras la que se veia facilmente su acerbo dolor. Vacilaba entre enterrar á Marticela bajo el saman en que la amó ó en las playas en que lo habia llorado Almabella y en donde él pensaba pasar el mísero resto de su vida. Al fin resolvió que fuese en la montañuela que se encumbra al frente de aquella playa tan querida y tan fatal.

Al dia siguiente mui temprano salió el cortejo mortuorio compuesto de esta manera. Luis y Ramon abrian la marcha llevando sobre sus robustos hombros el ataud y regando su senda funeraria, no de flores, sino de lágrimas puras. Inmediatamente despues venian los dos ciegos: Almabella lánguida y desfigurada se apoyaba en un brazo de Gullemiro y del otro se tenia la inconsolable Matilde. Despues los dos ancianos padres de Gullemiro y de Almabella y últimamente el hermano de aquel entre los dos de esta.

Reinaba un fúnebre silencio interrumpido solo por alguna espresion do dolor ó por las olas que se estrellaban contra las rocas de la playa. Gullemiro, herido por aquel ruido, volvió la cabeza como para ver la piedra que habia sido testigo de tanto duelo y sobre la cual, habian trazado hondo zurco las tiernas lágrimas de la amante mas amada. Almabella lo conoció y ambos se estremecieron.

Llegados ya al lugar en que habian cavado la tumba; Gullemiro, tomando en sus brazos el cadáver, lo empapó de lágrimas, bajólo él mismo al oyo, y al soltarlo allí para siempre, dejó escapar el gemido mas lastimoso. Cada uno le echó encima un tanto de tierra, y ya enteramente cubierta, Gullemiro se arrodilló y alzando al cielo las cavernas donde habia tenido los ojos, esclamó: "Dios clemente: misericordia, mejorad la suerte humana: basta ya para martirio. Mira la que baja á esta tumba y los que la cercan; míralos, ¡qué suerte! ¡y son tus hijos!......Ten piedad de esta criatura desventurada, y si te ofende acaso el generoso arrebato que le dió muerte castígalo en mí solo, solo yo tengo la culpa. Perdonadlos á todos, ménos á mí: todos los horribles dolores que nos circundan son la obra de mis fatales pasiones."

Todos se enternecieron al ver orando á aquel magnánimo escéptico, y rodeando la tumba, todos doblaron ante Dios las rodillas y le pidieron con preces fervorosas, la bienaventuranza en el cielo, de aquella jóven que habia sido tan malhadada en la tierra. Aquel círculo de almas doloridas, al levantarse dejó un círculo de oyos hechos con lágrimas que parecian buscar al travez de la tierra los restos de la infeliz cuya memoria las arrancaba. Despues se retiraron sin hablar, llegaron á la casa y pasaron el dia entero sin que nadie, sino el dolor, se permitiese quebrantar aqnel silencio funeral.

—※※※※—

Coloquio triste de los dos amantes.—Matrimonio.—Muerte de Almabella.—Amistad de Luis.—Entierro.—Gullemiro, Luis y los esclavos.—Rasgos característicos.

Al dia siguiente rogó Gullemiro á Luis que marcase el lugar en que reposaba Marticela para hacer allí una casita de que no saldria jamas.

Bien puede imaginarse que ya comenzaban á pasar por la mente de aquellas familias desgraciadas, los proyectos de un matrimonio entre los dos ciegos. A todos podia ocurrir esta esperanza consoladora, ménos á Almabella que sentia los estragos que la muerte le hacia en las entrañas. No solo se habian vaciado en su llanto, sus ojos, su lozanía y su hermosura, sino que se habia vaciado tambien su vida hasta el grado de hacerle la muerte inevitable.

Ciega y hética se apagaba lentamente como fuego sin luz bajo cenizas. Al dia siguiente al del entierro amaneció gravemente quebrantada: su mal se habia exasperado con aquella serie de crueles emociones y así no pudo levantarse. A cada momento tocia y en los esputos arrojaba una parte de su sangre y de su vida. La fiebre le arreció y con ella la hemorragia: los piés y las manos se hincharon, los ojos se ahondaron y el insomnio, la agitacion y la angustia redoblándose sin cesar, fueron ya los preludios de sus largas agonías.

La idea de una muerte inevitable cuando mas cara le seria la vida, le destrozaba incesantemente el alma y apuraba los restos de su existencio."¡ Infeliz ! se decia ella misma : en tanto que anhelé por la muerte, la muerte me huyó : ahora que ansío por la vida, la vida me huye. ¡ Ay, Dios del alma, piedad !" Nadie se atrevia á confiar á Gullemiro el deplorable estado de su amiga.

Un dia que ella se creia sola con Gullemiro le dijo, besándole una mano: " mi dulce amigo, la ceguedad te esconde mi estado : por tus esperanzas conozco que nadie ha osado declararte que llega ya el instante de soportar el mas cruel de los porrazos á que te ha condenado tu suerte. Sí, es preciso que yo misma te lo revele : sábete pues, mi buen amigo, que yo me estoi muriendo. Esa muerte inícua que en tu ausencia, fué insensible á las plegarias con que yo la llamaba: ahora que vuelves tú, me mata y es sorda á los clamores con que le digo: " déjame vivir, ya volvió mi Gullemiro.

" No hai recurso, es forzoso someternos. Esta sangre que echo constantemente por la boca, ¿ qué puede ser, sino la que no puede tragarse esa muerte que siento aquí dentro que me come las entrañas ? A veces siento como que me muerde y me rompe alguna arteria que, dando mas sangre que la que puede pasar por su hórrida garganta, se me derrama en el corazon y me hace tocer y arrojarla. Siento que la muerte se enfurece y agranda á porporcion de lo que roe, y que para poder caber en mi pecho roe y roe sin cesar, para ensanchar la caverna en que se aloja.

" Pobre amante mio ! tal vez de aquel corazon que te adoró solo resta en este instante algun pedazo ensangrentado, y que tal vez, aun en vida, es pasto de gusanos asquerosos. Sí, amigo adorado : mi aliento me anuncia que la muerte domina ya en mi pecho.

"Tal vez mi fino corazon al perder la esperanza de tu amor, su solo vínculo á la vida, murió súbitamente y pudriéndose entre la vida misma, está ya convertido en la podre gusanosa que en mi hálito se exhala. Ya tal vez no existe el corazon de tu amiga; pero no temas que la imájen que habitó ese corazon, sucumba á los estragos de la muerte: no, felizmente hai algo de eterno y aseado en esta máquina corruptible, los huesos, y hasta en ellos tengo ya nichada esa imájen querida.

"Mi infausta pasion tambien buscará un asilo en mi osamenta helada, y el amor, ¡oh, Dios generoso!, extinguido todo lo demas, conservará á mis huesos la facultad de recordarte y quererte, y cuando los siglos los hagan polvo, cada uno de sus átomos, como un espejo quebrado en mil, verá y acariciará en mil puntos tu preciosa sombra. Pero no te aflijas, mi amigo: Dios que siendo bueno nos ha separado en esta vida, es sin duda para hacernos mas dulce nuestra union en la otra. Pronto iré á esperarte allá."

Gullemiro vuelto en sí del anonadamiento á que lo reducia aquella última calamidad, la interrumpió besando su mano con doloroso arrebato y diciéndole: "no, no irás sola á la otra vida, espérame, iremos juntos. Rogaré á mi padre me vuelva la palabra que le dí de no atentar contra esta mi abominable vida miéntras él viviese. ¿Qué gusto puede él hallar en prolongar tormentos que ni para mí ni para él ofrecen ni consuelos ni esperanza?

"Sí, él me volverá mi palabra por compacion. ¡Qué inícua preocupacion esa de horrorizarnos siempre de la muerte del que amamos! Cuando nos convenceremos, que si es verdad que debemos mucho, á aquel que en ciertas circunstancias nos da la vida, tambien es cierto, que mas debemos aun, al que en otras circunstancias nos da la muerte Cuándo verá el hombre esta verdad tan sencilla y tan inocente como es en realidad!"

Al decirle esto se inclinó para besarla: ella lo conoció y le dijo: "detente, déjame morir sin nuevos remordimientos: mis largas penas han aplacado ya mi conciencia: concédeme al ménos que me presente á Dios sin rubor."

"¿Y qué, replicó Gullemiro, Dios prohibe acaso los cariños de un esposo? Que vuele al instante un sacerdote y que autorize ternuras que no serán por eso mas inocentes.

"No, mi Gullemiro amado, ¿qué buscas en labios cárdenos ya y marchitos? ¿Buscas acaso la muerte que los consume?

"Sí, la muerte gritó él: busco la muerte en el último beso de los labios en que mi primer beso la puso. Sin duda, mi primer beso te mata, que á mí me mate el último tuyo. Marchitando tu vida con un beso, te arrojé en martirio y muerte espantosos, ahora tú, mas generosa, écha-

me, tambien con un beso, al sepulcro que me esconde la sola vida porque anhelo."

Al decir esto Gullemiro hacia los mas ardientes esfuerzos por unir sus labios pálidos á los labios lívidos de Almabella, y esta los hacia aun mas fuertes por resistirle.

En este momento el padre de Gullemiro saliendo sin ser sentido y entrando con ruido, sacó de su triste afan á aquellos amantes desventurados "¿ Qué tienes Gullemiro, qué quieres?" le dijo aquel buen Padre partido de dolor.

"Yo quiero Padre mio, que nos casen al instante: yo quiero llamarla mi esposa ántes de perderla."

"Sí, mi hijo, respondió el consternado anciano: voi al instante á preparar todo," y salió.

Pocos momentos despues volvió Luis trayendo consigo al cura del pueblo inmediato y con él todo lo necesario. Al saber Gullemiro que un eclesiástico estaba allí pronto á santificar su amor, no pudo ménos que estremecerse y por entre las arrugas de su frente se distinguian los recuerdos de su pasada incredulidad......

Aunque su fé se limitaba á creer en Dios, en la inmortalidad y en la responsabilidad, su alma altamente religiosa como toda alma justa, no pudo, dejar de conmoverse ante aquel aparato pavoroso de religion, matrimonio y muerte. Los dos desgraciados ciegos apénas alentaban por oir aquella agitacion muda y triste con que preparaban sus nupcias funerales.

En fin, Almabella con voz lánguida dijo á Gullemiro: "¿ para qué quieres casarte conmigo en el estado en que me encuentro? La muerte devastadora ha clavado ya sobre mi corazon su fúnebre estandarte, y mañana, ¡ ai ! de tu amiga solo restará en el mundo un cadáver insensible y horroroso."

Gullemiro, besándole tiernamente las manos, le respondió: "quiero que nos casemos para que podamos, sin sobresalto, traspasar los umbrales, en que estamos, de esa oscura eternidad. Quiero llamarte esposa para que aunque bajo auspicios tan funestos, se cumpla el objeto de nuestras ansias perennales.

"Quiero que seas mi esposa para que mis últimas caricias sean puras y sin zozobra, y para poder decirte en tu último suspiro: adios amada compañera: espérame en la puerta de la eternidad, no avances: ya te sigo, espérame un instante y nos presentaremos juntos á Dios.

"Si nuestro amor ha sido realmente culpable á los ojos de Dios (tan diferentes de los ojos confusos de los hombres) yo probaré allí tu inocencia y mi maldad: yo recibiré el castigo reservado á los malvados y tu el premio destinado á sus víctimas.

"Ademas mi Almabella, no seamos egoistas: en el mundo que-

dan nuestras familias, borremos con nuestro matrimonio las memorias de nuestros pasados desvarios: volvamos la paz del alma á nuestros padres, ahuyentando, de mi familia el remordimiento y de la tuya la afrenta. Que todo el mundo sepa que tú espiras honrada y que yo muero arrepentido: que nuestros padres lavaron en nuestros últimos momentos las manchas de la pasion; y que nuestras almas purificadas en tormentoso crisol, subieron en paz á la mansion de los mártires."

Ya ella no podia mas soportar la impresion que aquellas palabras le hacian y por eso interrumpió á su amigo para decirle así: "no hables de esa manera Gullemiro á tu tierna enamorada: no atizes mas la llama que aun abraza estas reliquias moribundas. En idolatrarte pasé mi vida entera ¡oh tú, mi Dios mundano! déjame al ménos consagrar al Dios del cielo los instantes de mi agonía.

"Mañana, si, mañana sin duda: yo oigo allá dentro en el corazon la voz de la muerte que me lo grita: mañana estaré ante la justiciera y Suprema majestad. Cuando me dejaste y te fuiste á otro mundo, podias volver á la patria: el mundo á que fuiste no estaba tan léjos como el mundo á donde yo voi. Yo no volveré, adios amante, patria y familia: adios vida, adios todo."

"Despídete de todo, le interrumpió Gullemiro, ménos de mí."—Iba á continuar cuando entraron á advertirles que se dispusiesen á recibir el sacramento. El respondió que entrambos estaban ya prepardos. Luis le dijo que el sacerdote exigia que ella se levantase y que ámbos se confesasen y se vistieran de gala para poder hacer la ceremonia.

Gullemiro ahogando su exasperacion respondió con calma, pero con el acento de una resolucion incontrastable: "Luis, dí al sacerdote que, ó nos case al instante, tales cuales estamos aquí ó que se retire al momento."

Y dando algunos pasos agitados y creyéndose solo esclamó: "¡querer agravar el mal de esa infeliz, qué inhumanidad! ¿Es acaso posible que Dios mande semejante crueldad?"

La agitacion del alma hacia caminar aquel cuerpo ya postrado, y tendiendo sus manos adelante para no tropezarse en algo, se dirigió casualmente del lado en que se hallaba el clérigo, que oia mui de cerca las justas quejas de Gullemiro.

Al ver el cura que se le acercaba el corpulento ciego, dió algunos pasos atrás. Los dos tristísimos padres de aquellos dos desgraciados se alejaron con el clérigo y lo exortaron á nombre de la misma religion á que no sacrificase á fórmulas la parte mas sagrada de su ministerio: que ella estaba casi agonizando y que sus dolores y su mal se agravarian al levantarse y se apuraria su muerte, y que él se hallaba en tal esdo de desesperacion, que solo podrian conducirlo á la religion por medio s

llenos de dulzura y de piedad. Que ellos esperaban que sus tantas desgracias lo harian al fin buscar los bálsamos de la religion, y que así le suplicaban que se la presentase bajo su aspecto liberal y consolador y no, bajo un aspecto austero y escluyente. En fin, el sacerdote fué razonable y convino en casarlos sin agravar su lastimosa situacion.

En el instante de la ceremonia nupcial se hallaban presentes los dos padres, Matilde, el hermano de Gullemiro, los dos hermanos de Almabella y Luis y Ramon que estaban incesantemente á su lado viéndolo y enjugando sus silenciosas lágrimas.

Por órden de Gullemiro la habitacion en que se celebraba aquel desposorio fúnebre y solemne, estaba absolutamente todo cubierto de cortinas negras. A ruegos de él tambien se guardaba un silencio sepulcral, que el aliento mismo no osaba quebrantar.

Al aspecto de tal duelo el religioso aunque endurecido en escenas semejantes, se sintió hondamente conmovido, y sus pasos, al penetrar en aquel lúgubre recinto, eran inciertos, graves é imponentes. Su porte y su semblante llevaban hondamente sellado el santo pavor que aquel misterio terroroso le infundia.

Al verlos á ámbos, jóvenes aun y ya ciegos : ella cadavérica y moribunda, pero siempre dulce, risueña y resignada aunque triste, y él elevado y macilento como una sombra gigantezca y con ceño en que se veia á la razon enseñoreando la desesperacion : al ver tantos amigos mudos y consternados que cercaban aquel lecho de amor y de muerte : aquellos dos negros gigantezcos y llorosos que á la cabeza de la cama tenian dos hachas encendidas : en fin al contemplar reducidos á tan lamentable situacion aquella muger en que rebozaban el espíritu y las gracias y aquel héroe de todas las virtudes : sintió el religioso las hondas y pavorosas contemplaciones, que la religion verdadera infunde en el trance supremo del destino.

En aquel instante su religion y su Dios mismo fueron mas grandes y pasmosos, mas llenos de misericordia y de esperanza, y su imaginacion, dando pábulo á la luz de una contricion mas generosa, le hizo principiar la ceremonia con un acento patético y profundo que parecia el de la voz misma de Dios en las bóvedas celestes.

Allí, sí, allí estuve yo. En cuanto á la descripcion de mi pena, no pretendo hacerla : es indescribible : no pretenda tampoco nadie imaginarla : es inimaginable.

A proporcion que la ceremonia avanzaba aumentaba la pena general y de cuando en cuando se entreoia un sollozo reprimido. El cuadro era cruelísimo y grandioso, capaz de ablandar un mónstruo, y el religioso, que abrigaba un buen corazon se enterneció hasta el punto de poder apénas hablar.

Entrecortaba las palabras y su acento tenia siempre un quebrado

lastimoso. Almabella se apercibió que el sensible religioso sufria y dominada de la mas viva lástima por sí misma, no pudo reprimir un gemido lacerante.

Entónces se escaparon los sollozos que ahogaban todas aquellas almas compungidas, y el mismo Gullemiro, en su agitada respiracion. dejó ver que el dolor lo rendia. El cuadro se hacia cada vez mas doloroso y el sacerdote rindiéndose al fin á un sentimiento extraño de lástima y de angustia palideció, sudó, balbució algunas palabras y habria caido si Luis no lo sostiene.

Conoció aquello Gullemiro, y reconocido al que lo compadecia, olvidó todo y preguntándole con dolorido afecto lo que tenia, le tomó la mano y hallándola helada, pidió un vino confortante y se lo dió con sus propias manos. Vuelto en si el religioso, exclamó: "hasta yo habia al fin de admiradte; á pesar de todo......"

"Vamos, mi buen amigo, le respondió Gullemiro: nada hai de admirable en que un hombre honrado cumpla con su deber, y ménos cuando lo cumple con respecto á un hombre que, á pesar de todo, abriga un corazon exelente. Es á mí á quien toca admirar y agradecer...... Tranquilízese U. y dé pronto fin á una ceremonia que tanto lo impresiona."

Rehízose un tanto el sacerdote, puso término á aquella escena lastimosa y salió mas afligido que jamas habia salido de ceremonias semejantes.

Que muda consternacion siguió á aquel triste matrimonio- El religioso salió con aturdida precipitacion, y como huyendo de la habitacion del dolor, y aquella familia, toda entera, quedó sumida en la congoja. El dia se pasó todo en un penar continuo y silencioso: en una inmoble y agitada angustia semejante á la última agonía.

Llegó despues la noche misteriosa, esa irreconciliable enemiga de de la luz, y que huyendo del sol corre el mundo escondida siempre en la mitad que él no alumbra ni ve. Esta oscura amiga del misterio y del asombro representó á Almabella los horrores de la muerte, y aun que ella no veia, queria sinembargo que hubiese siempre cerca de ella una vela encendida y alguno de sus amigos. En cuanto á lo último, no podia quejarse, el mas querido de todos, no la dejaba un solo instante.

Con acento ya débil llamó á Gullemiro y le dijo: "dulce esposo de mi corazon, oye con calma mi adios postrero. Mañana volveré á la nada de que salí, ó me hallaré en una mansion de bienaventuranza, sin misterios, ni martirios. Es verdad que en nuestro fino amor no es posible olvidarnos, tampoco yo lo deseo; pero al ménos no olvides, por una pena infructuosa, que tienes un padre y una familia que te quieren y á quienes debes mil sacrificios. Vive pues, resígnate, no apures un momento que se acerca sin cesar. Al espirar nos hallamos en presen-

cia de Dios: no me es posible esperarte en la tumba para hacer juntos el camino de la muerte. En la enternidad me hallarás eternamente enamorada.

No, le interrumpió Gullemiro con dolor; no, yo te acompañaré." En este momento su padre le dijo: "¿olvidas acaso, hijo mio, la palabra que me diste, ó quieres matarme á fuerza de penas y reducir tus hermanos á la horfandad?"

Gullemiro no pudo responder sino entre sollozos diciendo: "perdóneme U. mi padre; compadézcame, yo estoi loco."

Almabella enternecida le dijo: "yo me contento, Gullemiro, con que vivas siempre con nuestra hija y con que te hagas llevar todos los dias á mi tumba."

El padre de Almabella dijo á esta: "hija de mi alma, no te aflijas: tal vez tu mal es curable. Esperemos en Dios. Y en todo caso, si te perdemos, ¿es acaso eterna nuestra separacion? Los años son apénas instantes de la eternidad: esperemos algunos momentos y todos estaremos juntos.

"En cuanto á este mundo, te ofrezco hacer una casita sobre el sepulcro de Marticela: y si tu mal es irremediable tu loza será puesta junto á la de ella. Si Gullemiro quiere, puede habitar esta casita, y cuando él muera su sepulcro se colocará entre los de las dos mujeres que hicieron su sola ilusion en el mundo."

Gullemiro le tomó una mano y la besó con ardiente gratitud y Almabella rogó á su padre que le diese una mano que humedeció con algunas de sus lágrimas postreras; y despues volviendo á Gullemiro le dijo: "amigo mio, nosotros necesitamos purificar aun nuestras almas, ruega tú por la mia, y yo rogaré como siempre, por la tuya.

"Resígnate, de modo que cuando mueras tu alma esté pura y limpia y nos unan en premio de tanta pena. El suicidio es sin duda un desprecio por la vida de que Dios nos hizo un don, y podria tal vez ofenderse y separarnos para siempre.

"Esa manía del suicidio, es la sola cosa que he visto en tí, que no te honre grandemente. ¿Por qué, amigo mio, quieres desdecir del temple de tu razon, en aquello en que mejor podrias probarlo y enaltecerte mas?

Vivir cuando la vida es grata ó cuando al ménos es soportable, esto es nada, de esto es sin duda capaz el hombre ordinario: vivir cuando ella es absolutamente insoportable y sin esperanza, eso es lo único digno de tí, lo solo que pueda honrarte, lo solo que pueda sostener en mí la bella ilusion con que te amo como á un hombre extraordinario.

"Sufre la vida, amigo mio: no vayas, por reunirte pronto á mí, á ser causa de nuestra eterna separacion. No, mi buen compañero; no ex-

pongas toda la eternidad por algunos momentos de ella. Es verdad que tus ideas son otras : que tú crees que Dios perdona siempre todo ; pero mira : el instante de espirar es tremendo, todos nuestros principios se oscurecen y el pensamiento se enturbia. La razon se aniquila á proporcion que se desorganiza la máquina y nuestras creencias se convierten todas en confusion, temor y duda.

" Entónces todas las facultades mundanas abandonan al moribundo y solo la fé, si la tiene, lo ayuda á morir en la dulce seguridad de un Dios de misericordia. A la luz de esa fé y á la luz de la muerte veo ya claro nuestra inmortalidad y nuestros premios y castigos.

"Y para tí, desgraciado esposo, que no tienes esa fé, ¿ qué luz te amparará cuando en este trance se apague la luz de tu razon ? Estoi resignada á dejar el mundo y aun á dejarte : pero no puedo resignarme á la idea de dejarte incrédulo. Ah, si con mi último aliento pudiera infundirte esa divina religion de Cristo de que me hiciste dudar un dia !......

"En los flotantes y oscuros destinos humanos solo en Dios y en la inmortalidad puede el corazon hallar suficiente apoyo. Qué te ofrece la filosofía y ménos aun el materialismo contra el naufragio fatal de la vida ?

" El temor de anonadarme, lo confieso, ha solido dominarme, es decir espantarme. Sinembargo, hai un instante en que sentimos nuestro fin inevitable teniendo aun la razon fuerte y sana, y concentrando entónces nuestras potencias todas, pensamos seriamente en el orígen de las cosas y entrevemos al travez de la tumba que se abre, el verdadero y augusto Dios eterno, y á su luz vemos claro que los sistemas humanos solo vienen de la impostura y del error."

Sí, hai para todos un instante tal, ó á lo ménos lo ha habido para mí, y esas verdades que hallé en él y que tú me habias predicho, me tranquilizan tanto sobre mi suerte futura, que oigo sin temblar, los terribles crugidos de las puertas de esa eternidad que me abre ya su vasto seno."

Aquí guardó un momento de silencio y recomenzó despues, diciéndole : " respóndeme, Gullemiro : ¿ me prometes que te contentarás con vivir al lado de mi sepulcro ?"—" Sí ;" le respondió el desdichado amante con el mas triste acento : lo cumpliré con tal que me cumplan la condicion que yo exijo, y es que en mi retiro no oiga jamas la voz humana, sino alguna vez la de tus parientes y los mios, cuando yo lo permita, y la de mi Padre y de Luis cuando ellos quieran," Todos le acordaron al momento que así seria.

¡ Qué estimacion tan grande merecia el noble Luis ! ¡ Cómo sabia apreciarlo Gullemiro ! Luis, mudo de pena y de gratitud, apretó la mano de su amigo contra su pecho tembloroso, y le repitió ; " gracias, gracias," y no pudo seguir porque un gemido convulsivo ahogó su trémulo

acento. El sabia estimar justamente el singular favor que le hacia Gullemiro, y nosotros todos, conociendo las raras prendas del alma de Luis y lo que este era para con él, no nos ofendimos de una preferencia tan justa.

¿ Dónde podria Gullemiro hallar otro Luis, ni dónde podria este encontrar otro Gullemiro ? ¿ Podria alguno de nosotros llenar el romanezco corazon de Gullemiro, ni bien ocupar el lugar que en él tenia su compañero de hazañas y prodigios ? ¿ Podia nadie interesarle como el que poseia el secreto de sus venturas y desventuras ? El prestigio del valor de Luis ¿ quién osaria pretenderlo ? ¿ Quién le habria sido, ni tan fiel ni tan rendido ? Con quién habia pasado sus años mas dichosos ? ¿ Quién le fué buen compañero cuando con dos tórtolas hermanas se anidaron entre las flores del saman ? Todos pues envidiamos sin murmurar aquella preferencia que tanto honor hacia á uno y otro.

La gravedad de Almabella se hacia de mas en mas inminente : Gullemiro observaba constantemente su pulso y sentia en él los estragos que en ella hacia la muerte. En fin ella conoció que su última hora se acercaba y rogó que le trajesen á su hija lo que desgraciadamente hicieron en un momento en que T. no se hallaba aun presente.

Al ver á sus padres arrojó un grito de espanto y por poco cae sin sentido. ¡ La infeliz ! se asombró al ver á su madre, que creia muerta, y al ver á su lado al que creia su asesino. Gullemiro explicó la causa de su terror y al instante todos se empeñaron vivamente en sacarla de su error, lo que consiguieron con facilidad, pues bastó hacerle ver á su madre viva aun y amiga del que le habian dicho ser su asesino. Apénas volvió de su estupor la malhadada criatura, cuando con angelical ternura pidió perdon á su padre, lo colmó de inocentes halagos y le repitió mil veces "papá...... papá......" Despues se acercó á su madre y al verla en tan deplorable estado se quedó estática y no pudo reprimir su llanto. La pobre madre conoció esto y tragando lo mas acerbo de su congoja, la llamó con acento de dolor y le dió aquellos consejos que una madre tan circunspecta podia dar á una niña tan tierna aun.

Miéntras hablaba á su hija se fué poco á poco acalorando hasta que la toz y la ronquera le impidieron casi el hablar. Gullemiro la oia tan absorto, que solo entónces notó el mal que ella se hacia, y le suplicó se reposase un poco.

Dos dias se pasaron aun en que se sucedieron afanes de toda especie : los de su enfermedad, y los mas crueles aun que le hacian sentir sus consejos á su hija y sus adioses á Gullemiro. En fin, el tercer dia amaneció en la última gravedad: la muerte se presentó con todo su asombroso aparato. Todos los circunstantes estaban como aterrados, solo ella estaba en la admirable calma que sostuvo hasta su último instante.

Sinembargo, deseaba morir segun sus principios religiosos, y la contristaba el temor de que Gullemiro sufriese al verla morir como él no moriria. Toda la familia sufria la misma pena; pero tal era el prestigio de aquel ciego, que nadie se atrevia á proponer lo que temian que entibiase los últimos instantes que habian de pasar juntos aquellos desgraciados amantes.

Despues de mucho rato no se oia una sola palabra; cuando Gullemiro hablando con la emocion de un dolor estraño, le dijo así: "Almabella, la última hora de la vida es la mas preciosa y la mas sagrada. El que atormenta esa hora, el que lastima sus angustias por imponer las creencias, es un bárbaro. Yo no pretendo que los que difieren de mí, no mueran segun su conciencia, quiero solo que me dejen morir segun la mia y á cada uno segun la suya. Por diferir en creencias no seremos ménos dignos el uno del otro: si para amarse se necesitase una completa conformidad de creencias, sin duda que se estinguiria la raza humana pues no hai dos creencias iguales. En este trance me servirá de consuelo el ver que eres tan libre en tus acciones como yo en las mias......En tu dogma se ve la confesion como el alivio, como la purificacion. Deseo que te confieses. Y muere tranquila en cuanto á mí. Yo tambien me confesaré. Y lo haré en alta voz para pedir un perdon solemne á Dios y á la sociedad que tanto he ofendido......"

Gullemiro quiso continnar, pero no pudo: el dolor ahogó su palabra y tuvo que recostarse sobre el lecho de su amiga. Esta, penetrada de gratitud, le tomó una mano y la llenó de lágrimas, diciéndole: "gracias, mi buen amigo. ¡Cuán dulce me es tu generosidad en este instante! A tu noble caráter debo el morir llena de confianza en Dios y de amor por tí."

Apénas oyó Luis lo que uno y otro habian dicho, cuando salió á la carrera y volvió poco despues con el mismo cura que los habia casado. Este saludó cariñosamente á Gullemiro, el cual despues de responderle atentamente, se retiró de la sala. Almabella quiso sostenerlo por medio de súplicas; pero él, acercándose, le dijo en secreto: "amiga querida, se me rompe el corazon, me ahogo, voi á buscar aire libre, vuelvo.

Luis le dió el brazo y se fueron, por indicacion de Gullemiro, hácia la tumba de Marticela. Allí el mísero amante habló á su amigo así: "mañana ya Almabella no existirá: pasado mañana vendrá su cadáver á dormir cerca de los huesos de Marticela: deja entre las dos tumbas el espacio necesario para la mia." Luis le respondió que todo estaba ya preparado por los dos ancianos y que la prueba era que la casita, que él debia habitar allí mismo, estaba ya enteramente acabada.

Gullemiro cen una curiosidad estraña se puso, á tocar con las ma-

nos las paredes y todo lo que allí habia, y al hallar varias sillas se volvió á Luis y le dijo: "¿acaso otros que tú y mi padre piensan entrar aquí?" Su amigo le ofreció que se cumpliria su voluntad. La emocion de entrambos era grande.

El triste Luis no podia sobreponerse en su interior á la vanidad que le daba la esclusiva preferencia de Gullemiro, y este sentia no sé que lúgubre placer al ver la casita solitaria que le preparaban para los restos de sus amores y para el resto de sus dias. Vueltos á la casa Gullemiro trató al religioso con una bondad particular y le hizo ver que su alma era esencialmente religiosa, y que seria sagrado siempre en su memoria el que habia santificado su amor y su dolor.

El religioso que por un instante habia dejado de quererlo, no pudo ménos que admirarlo y estimarlo mas y mas. Por segunda vez salió de aquella casa lleno del santo pavor que infundia la virtud mártir de aquella jóven, y pasmado de admiracion por la magnanimidad de aquel hombre extraordinario.

El mal de Almabella no daba treguas: la respiracion anhelante, el desfallecimiento y el estertor que se presentó bien pronto, comenzaron á apagar su voz. Ella lo conoció y economizando el hablar solo le decia, con un acento que expresaba cuanto hai de mas tierno: "adios, adios," y cuando el dolor y el estertor lo permitian añadia con pasion: "Gullemiro, Gullemiro."—Cuando pronunciaba esa palabra parecia tranquilizarse.

Gullemiro tendido á su lado le respondia con el silencio del último dolor. Hácia la noche ya la desgraciada habia casi perdido el movimiento: apénas removia débilmente sus dedos entre la mano de Gullemiro. ¿Cuánto esfuerzo se hacia este para ocultarle su desesperacion y no apurar con esto su extincion. A la madrugada pareció hallarse mejor; recobró un tanto de movimiento y la palabra por entero y su pensamiento volvió á toda su luz. Hablo á Gullemiro con voz entrecortada durante algunos minutos. Esto hizo que los otros esperasen una crísis feliz; pero Gullemiro que conocia esas últimas concesiones de la muerte esperaba solo el verla espirar de un momento al otro. Sinembargo durante algunos momentos pareció equivocarse: tanto que el pobre ciego, aguijado tambien por el deseo, no se atrevia á repudiar la esperanza que se le ofrecia.

Almabella con voz, á veces firme y á veces casi exánime, le dirigió estas palabras: "hombre amado, quiero hacerte á tí mi última confesion. Oyéme: "pude olvidar todos mis deberes por tí, pero, créemelo, jamas hice nada que pudiese no agradarte.......... mi ternura y mi pasion no han tenido límites. Para tu último momento me reservabas la confesion de una falta, yo estoi en el último mio......

pero no pronuncies un fatal...... tal vez oyéndolo no podria perdonar...... Te perdono...... y á tu cómplice...... pero si permitieses que la mas ligera sombra de sospecha pasase ante mi memoria..... entónces...... ¡ ay !...... Gullemiro...... Gulle.... miro......"

¡ Desventurada ! aun savoreaba aquel nombre con pasion. Gullemiro le llenó la mano que le tenia, de besos y de llanto de fuego, y con toda la expresion de su frenesí mártir, le dijo : " adios, adios, tengo la mas ciega confianza en que tu amor fué siempre leal y en que nos espera otra vida mas feliz." Ahogado de emocion calló, teniendo todo el gesto de un insensato, y despues añadiendo, " amada amiga : adios, perdóname, perdóname," aplicó su pálido labio al labio ya lívido de ella.

Pero.... ¡ ay ! indecible, inimaginable dolor!..... sintió lo que tanto temia, la última convulsion de su amada, y abandonándose entónces al último delirio de su amor, selló, sobre su boca, al mismo morir, el mas apasionado beso, como para absorverse la vida que ella exhalaba ó para inocularse la muerte misma que se la habia robado. Cien veces le habló y siempre en vano : la removia y aplicaba el oido á ver si aun alentaba : parecia creer imposible que ella hubiese muerto, y aunque la hallaba helada, rígida y sin respiracion, olvidando su filosofía sobre el fin necesario de todo, no se conformaba con la idea de que no existiese, que ya no fuese nada, aquella criatura extraordinaria con quien habia partido tantas delicias y tantas ansias.

Le hablaba al oido, la besaba, la estrechaba, gritaba, se tiraba los cabellos, fingia molestarse con ella, como si ella no pudiese resistir á ese medio, en fin, loco desatinado al ver que todo era en vano, se abandonó á una desesperacion lastimosa : sus alaridos descompasados, sus quejas á Dios, su gesto espantado todo anunciaba que junto con la vida de ella se habia escapado la razon de él. Todos lo miraban con un dolor lleno de respecto, y nadie osaba ni aun decirle una palabra.

Ademas, Luis que lo conocia mas que sus mismos padres, habia ordenado, con aquel derecho, prestigio ó voluntad, que solo es dado á ciertos hombres, que se retirasen todos y lo dejasen solo con los restos de su amada. Apénas se sintió Gullemiro solo con aquel cadáver de su amante, con aquel amor muerto, se entregó á todos los desatinos que le sugerian su frenesí y su ternura sin esperanza.

Acariciaba con tiernas ansias aquellas reliquias queridas, les hablaba de su amor, de su hija........ callaba como oyendo su respuesta, y seguia hablándole...... De repente la sentia muerta, y dando un grito horrible saltaba al suelo, se paraba en alto, se callaba, se quedaba como extasiado en la imágen que se hacia de ella y se dejaba caer como herido de rayo ; pero el dolor no podia privarlo de sentido porque el mismo dolor lo volvia al punto en sí : el ansia de ver á su amada parecia despertarlo en el fondo mismo del letargo mortal en que solia

sumirlo á veces. En fin se recostó á su lado y dando rienda suelta al llanto, desahogó, en lo poco que fué posible, su inconsolable desesperacion. Poco á poco, habiendo hecho cuanto le sugeria el dolor y rendido á tanto y tan vano afan, se sentó, se enjugó, y pareció dirigirse con una espresion de abatimiento y de pena, hácia donde podian hallarse los otros.

Apénas lo vió Luis en este estado, cuando quiso sacar el partido que se habia propuesto y diciendo á los otros que no se le acercasen aun, entró solo al cuarto, se sentó cerca de Gullemiro y guardó silencio. Este que lo conocia por los pasos, se volteó hácia él y tendiéndole una mano amiga apretó la de Luis como diciéndole: "de lo que llenaba mi corazon solo me quedas tú."

Tal era la facultad espresiva del uno y la suspicacia del otro y la mágica simpatía que los unia, que uno y otro entendieron, como si fuesen palabras, lo que ámbos sentian al cerrarse las manos. Luis sin hablarle le indicó por un movimiento en la mano que le tenia, que queria que se pusiese de pié: él lo hizo al punto, y el buen amigo, tomándole el brazo como para apoyarle y caminar con él, principió á andar. ¡Cuán grande es el poder de la amistad!......

Por mas que digan los hombres incapaces de amistad: ella existe, aunque sin duda es tan rara como los hombres ta dignos de ella. Rarísimamente se encuentran dos de estos y por eso los ejemplos de completa amistad son vistos como casi fabulosos; pero Gullemiro y Luis se encontraron y el resto fué necesario........... jamas el uno vió en el otro el mas ligero gesto de debilidad moral, y como hombres de corazon y de brazo, ninguno de los dos vió jamas un hombre que les pareciera capaz de resistir á su compañero y si acaso hubiesen pensado en si un tal hombre existiria, cada uno de ellos se habria sonrojado porque la única idea que podia ocurrirle ofendia su modestia y su amistad.

Gullemiro era de esos hombres que se placen en querer, en quienes el querer llega á ser pasion, necesidad, y el objeto de su cariño, era un objeto sagrado. Jamas reflexionó sobre si Luis lo queria ó no, él lo amaba por sus estraordinarias prendas y no para que él lo amase. Solo un ser existia que pudiese aligerarle su mala suerte, y este era su amigo, aquel hombre, sin duda extraordinario, pues que tanto se le asemejaba......Así, el infeliz Gullemiro, sin pensar en resistir, siguió á Luis y este lo condujo en silencio hasta el patio de la casa. El aire libre calmó un tanto su respiracion afanosa aun.

Todos los circunstantes admiraban el prestigio que tenia Luis en aquel hombre en que nadie habia podido tenerlo jamas; pero convenian en que no podia ser de otra manera. Luis conocia perfectamente bien á su amigo: no le dirigió una sola palabra hasta que él no

le habló el primero. En efecto ¿qué habria podido decirle? ¿aconsejarlo que no sufriese? nada mas importuno ni mas torpe que el decir á un hombre que no sufra, cuando en el sufrir halla su único alivio, cuando no puede ménos que sufrir y que solo desea sufrir. Nada hai que sea soportatable á un corazon desesperado sino el silencio, la compasion y el interes que se tome, no en el mal mismo sino en lo que lo causa. Gullemiro con dolorida magestad le díjo: "Luis, perdí mi amante; pero me resta mi amigo." Estas palabras envolvian en su acentuacion un poder estraño que agitó hasta los últimos resortes del corazon de Luis.

Este no habló una palabra; pero el estremecimiento de todo su cuerpo y el bufido que le hizo arrojar un sentimiento estremado que no le cabia en el pecho, respondieron á Gullemiro lo que no hai palabra humana que hubiera podido decirle, Luis lo encaminó hácia la peña de la playa, lugar en que recuerdos de otra especie podian distraerlo, y en que la respiracion de los vapores del mar le harian tal vez algun bien. Allí pasaron algunas horas al cabo de las cuales fué necesario volver á la casa. Ese dia alternaron en él una agitacion terrible y una resignacion sombria.

La noche fué ménos cruel, porque Luis que conocia no solo el corazon de su amigo, sino tambien el corazon del hombre, propuso á los padres el que Gullemiro y él pasarian la noche solos en el cuarto de Almabella ó mas bien, de su cadáver. Por supuesto que se opusieron; pero él sentia la utilidad de esto y así se hizo. Luis tomó parte en su dolor, sin necesidad de esfuerzo, él admiraba tanto á Almabella como lo amaba á él.

En vez de economizarle su pena, se la hacia apurar y la partia con él. Sabia bien que en lo humano todo es agotable; que toda capacidad tiene un límite: que es imposible subir una montaña mas alto que su cumbre, y en fin que en todo hai un máximun que no es posible sobrepujar, y que una vez llegado á ese término es preciso seguir una progresion contraria. Luis conoció que ese momento habia llegado, cuando por la madrugada Gullemiro comenzó á hacerle algunas preguntas sobre lo que habian dispuesto para el entierro.

Al dia siguiente por la mañana principió á llegar la gente que debia asistir á los funerales. Todos los hacendados vecinos fueron llegando con sus familias y los esclavos de la casa de Almabella que la amaban tanto á ella como admiraban á su amante, se empeñaron con todos los amos de las haciendas para que dejasen venir á sus compañeros á honrar aquellos dos desgraciados que siempre los habian tratado como hermanos y no como esclavos.

Por entre todos los esclavos de un inmenso contorno corrian los

rasgos generosos de Gullemiro con los esclavos, su amistad con Luis, lo pasado con Andres, en fin el modo compasivo y fraternal con que habia tratado siempre á los esclavos y lo terrible que era con los que los maltrataban. En fin en un vasto contorno solo se hablaba del héroe de los desgraciados, del hermano de los oprimidos, del justo, del valiente, del amante, del infeliz Gullemiro. Muchísimos esclavos vinieron al entierro sin licencia y aun á pesar de una prohibicion ó de no ser convidados.

Nadie en el mundo es capaz de una amistad tan apasionada como la que siente el esclavo por el que lo trata como hermano, como igual: así corrian aquellos desventurados á conocer, á honrar el hombre raro que los realzaba á su condicion de hombres, de iguales. Por todos los caminos se veian venir en grupos: algunos exaltados hablaban de la libertad con aquella pasion acerba con que siempre la deplora el esclavo. A medio dia, ya toda la casa, los corredores, los patios y parte del camino estaban llenos de esos desgraciados, desheredados.

El grato corazon de cada uno de ellos era un altar en que Almabella y Gullemiro estaban envueltos en los inciensos del reconocimiento y de la admiracion....Al verse tantos reunidos por el que ellos sabian que se habria sacrificado mil veces por destruir la esclavitud, sus pechos altivos se conmovieron de un modo estraño y llevando al mas alto grado el sentimiento que los animaba, se miraban unos á otros con aquel silencio que en ellos, acostumbrados á callar por fuerza, tiene una espresion mas variada y mas fuerte aun que la palabra.

Por aquellas masas de esclavos corria un estremecimiento eléctrico al pensar que iban á conocer al hombre que se hacia una religion de la justicia y por supuesto de la libertad....Todos ellos se ocupaban en contarse las mil historias que sabian de Gullemiro, dándole, por su cuenta, aquella intensidad de pasion que solo es dada á esos desgraciados que, durante su vida entera, tienen comprimidos todos los resortes del corazon, y todos los afectos del alma. Cuando el esclavo desahoga sus sentimientos, estos salen por avenidas, por torrentes irresistibles...... Nada iguala la energía y la intensidad de temple que esconden tras la apariencia á que los fuerzan. Felizmente para otros y no para ellos, son de un natural tan bueno que prefieren ántes sufrir que hacer sufrir.

Con cuanta ansiedad esperaban el momento de conocer á aquel hermano blanco, cuyo anhelo por su mejor suerte, no pudiendo ser por interes personal, solo podia ser por un heróico amor de la justicia. Creyendo imposible el poderlo ver ántes del entierro y tardando aun el momento de este, quisieron al ménos ver á Luis, su amigo, su hermano, su todo. Las palabras de hermano y de igual, son sin duda las mas dulces que pueden sonar al oido de un esclavo. Mandaron suplicar á Luis por medio de su hermano Ramon que se dejase ver un instante, que que-

rian conocerlo. No esperaban un hombre tal, por mas que la fantasía se los exageraba.

Al verlo, todos guardaron un silencio respetuoso, ninguno osó tratarlo con la familiaridad de compañero; pero Luis que notó esto con disgusto, hizo un esfuerzo sobre su dolor, y abrazándolos cordialmente y sin afectacion, los llenó de satisfaccion y les probó de hecho, que el que merece que le demos importancia es solo aquel que no se da ninguna. Todos los que lo veian quedaban dominados por él: el nombre de Luis se difundió al momento hasta los que estaban mas léjos: cada uno avanzaba hácia él, pero ninguno daba un paso para alejarse: así, apiñándose poco á poco, formaron una masa compacta en cuyo centro estaba el pobre Luis ansiando volverse al lado de su amigo.

Salir de allí era imposible: en vano suplicó á los que lo rodeaban, los distantes no oian y eran los que apretaban. En fin, los que estaban mas cerca gritaron á los otros que Gullemiro esperaba á Luis y que este no podia retardarse un solo instante sin hacerlos sufrir á entrámbos. Al punto todos corrieron sin chistar y poniéndose en alas del lado de la casa, lo hicieron pasar por el medio y cada uno le hacia una reverencia, se quitaba el sombrero y le decia alguna palabra amiga.... sin la desgracia de Gullemiro, este habria sido el dia mas feliz de Luis.

Al cabo entró al cuarto de su amigo y este que se impacientaba sin él, le preguntó la causa de su retardo. Le contó exactamente lo que acababa de pasarle, y Gullemiro tomándole la mano le dijo: "mi amigo, mi querido compañero; no envidio el honor que te hacen, solo siento el no tener vista y el tener tantos dolores encima para honrarte yo tambien." Luis se lo quedó viendo con el sentimiento del amor mas grande y despues apretándole la mano con la misma expresion, le dijo: "Y esos honores que me hacen mis hermanos, ¿á quién es que en realidad los hacen? ¿Es á Luis ó es á Gullemiro? Es al amigo de Gullemiro, á Gullemiro mismo, ó mas bien, todos esos honores que me hacen, es solo Gullemiro quien me los hace, y esto no me pone celoso; esto es exactamente lo que hace que esos honores me sean mas gratos y mas gloriosos."

Aquella finura penetró hasta el corazon de Gullemiro que estrechando á su amigo entre sus brazos, le repitió con emocion; "gracias, gracias,.... créemelo, tu humildad me humilla".... y despues de un momento de silencio exclamó, "¡ah! con cuanto gusto veria yo á esos que saben estimarte!"...... Luis se aprovechó de esta idea para hacer algo que pudiese distraerlo de su pena: propúsole si queria salir con él á donde estaban sus compañeros. Gullemiro que no imaginaba que fuesen tantos, y ménos que ninguno de ellos tuviese de él la idea de que todos tenian, convino en acompañar á Luis porque al solo sentirse entre tantos de los infelices cuya suerte habia hecho su manía constante, creia

ya verlos libres ó al ménos aligerar su dura esclavitud tratándolos como buen hermano.

Apénas estaban en el corredor, cuando un rumor general hizo saber á cada uno que Gullemiro salia con Luis, y al punto solo se vieron dos filas por entre las cuales fué forzoso que pasase. Todos lo veian con ávidos ojos: unos á otros se montaban recíprocamente sobre los hombros para verlo mejor. Su aspecto tenia algo de tan grande, tan humano, tan extraordinario: el quebranto de la desgracia tomaba sobre su enérgica corpulencia, una espresion tan irresistible: en fin, todo en él interesaba y lastimaba de tal modo el alma de los que conocian su historia, que al punto los ojos de todos aquellos desgraciados se llenaron de lágrimas: uno solo no hubo que con ojo seco anunciase un corazon estéril.

Al entrar entre las filas, el primero de los esclavos no pudiendo retenerse se le acercó, le tomó la mano y se la besó humildemente, y él, poniéndose rojo hasta la frente, tiró su mano y despues ofreciéndosela de nuevo, apretó la suya con expresion en que reprobaba su accion. El pobre esclavo desconcertado, no pudo ménos que decirle "yo debo la vida á esa mano." Gullemiro reconociendo la voz le dijo con emocion: "¿Y por eso la insultas? ¿de que yo no me haya degradado ese dia, se deduce acaso el que tú debas hacerlo hoi?" El segundo no queriendo hacer ménos que el primero tambien le dió la mano, el tercero no fué mas conforme que el segundo, ni los otros mas que el tercero. La admiracion, el reconocimiento entusiasta y la compasion los dominaron á todos en un instante, y saliendo de las filas, cada uno se le acercó tanto cuanto pudo: rodeáronlo como á Luis, pero sin atropellarse y sin romper el terrible silencio que ocultaba y que espresaba á la vez tantas y tan violentas pasiones.

Cada uno le daba una mano temblorosa llena de todos los afectos mas puros y mas ardientes, apretaba fuertemente la mano de Gullemiro y se retiraba respirando difícilmente y secándose los ojos. Nada habia allí tan imponente como el semblante de Luis: él sentía á un tiempo todas sus emociones, todas las de su amigo y todas las de sus compañeros: jamas se mezclaron el gozo y las ansias, de un modo mas terrible.... El mismo Gullemiro no habia sentido jamas conmociones tan violentas ni tan grandes; pero, el pobre, no veia y perdia lo que aquel cuadro tenia de mas patético: las miradas magnéticas y las grandiosidades de aquella mezcla de tan diferentes dolores: las lágrimas: la emocion religiosa con que aquellos desdichados retribuian sus generosas simpatías y en fin su propio aspecto. Si el hubiese podido contemplar el volcan que su solo nombre inflamaba y comprimia al mismo tiempo, si hubiera visto borbollando la libertad en el corazon esclavo, habria sufrido al aspecto de tanto altivo pecho reducido á tanta humillacion.

Sinembargo, él se apercibia del entusiasmo, del dolor, de la emocion con que se le acercaban casi sin poder respirar y que le daban la mano temblando por un sentimiento inesplicable; y le parecia oir en el fondo del corazon el grito del alma esclava pidiendo libertad, y se estremecia, les apretaba las manos con cordial fraternidad, y dejaba correr por sus órbitas huecas sus lágrimas estériles. Gullemiro dijo á Luis que cuando pasasen su hermano Ramon y Andres que le avisase, y cuando llegaron los colocó á su lado.

En fin, despues que pasaron todos, Gullemiro, ménos infeliz que ántes, se volvió á la casa á dar principio á la ceromonia de las exequias cuya hora prefija acababa de sonar. Los esclavos no cesaban de hablar de Gullemiro, y así, aunque en tono bajo, se oia un gran murmullo. Luis que lo ordenaba todo dispuso que sus compañeros se colocasen en dos filas desde la casa hasta la sepultura y que se conservasen allí hasta que el acompañamiento volviese á la casa. Así lo hicieron al instante y poco despues salió el entierro. Gullemiro y Luis cargaban el ataud: inmediatamente despues venian los dos ancianos y Matilde entre los dos: despues las dos hijas de Gullemiro y entre ellas el hijo de Luis: mas atras todos los otros parientes, y en fin los convidados..... Iban á paso lento y grave y como la casita en que debian enterrarla, estaba algo distante, tardaron algo en llegar.

Llegó en fin el momento infausto en que el mas apasionado de los hombres debia depositar en su tumba á la mas tierna de las mujeres. ¡Cuánto habria dado por alejar todos los circunstantes! la desesperacion habia vuelto á triunfar de su filosofía de resignacion; pero en fin, enseñoreó sus arrebatos y tomando en sus brazos aquellos despojos de la muerte, los colocó en el lecho de su eterno sueño. Al salir de la fosa se quedó como fijo en ella, como si acaso la viese.......pero, ¡infeliz! si lo hubiese sabido: dirigia su atencion bien léjos del objeto que la absorvia. Todos notaron esto y todos volvieron á otro lado no pudiendo soportar aquel cuadro desgarrador......

Cuando Gullemiro oyó caer sobre su amada la primer tierra no pudo resistir á un estremecimiento general. Pronto oyó tambien el primer golpe de pison y un nuevo sacudimiento anunció que cada golpe de aquellos le daba en el corazon......Pasado aquel momento de recogimiento que siguió al de enterrarla, el acompañamiento se volvió á la casa, pero Gullemiro, no teniendo aliento para soportar la cruel ceremonia del pésame, suplicó á su padre lo escusase, y se quedó allí con Luis. Apénas los esclavos vieron que los dos amigos no venian, cuando á proporcion que el acompañamiento se acercaba á la casa, ellos corrian hácia la casita del entierro, de modo que al llegar á la casa corrió el último esclavo.

Miéntras los convidados daban el pésame á los parientes de los dos

amantes, los esclavos lo daban á Gullemiro y á Luis no de ceremonia sino de corazon. Su acento, sus palabras temblorosas, su emocion, sus lágrimas, sus maneras todas llenas de una pasion entrañable, conmovian á Gullemiro y aunque lastimaban su dolor, tambien vertian sobre él un bálsamo santo. Solo á la esclavitud, cuyas miserias habia él condolido con generosa pasion, habria sido dado el verter en su alma algun consuelo cuando los destinos habian descargado sobre ella el mas inclemente de los dolores.

Esta vez conoció Gullemiro que el que se consagra generosamente á la causa del desdichado y que no transige ni con preocupaciones ni con amenazas, ni con sus propios intereses, tiene siempre reservados, á pesar de todo infortunio, algunos de esos momentos que son sin duda la mas pura de todas las felicidades.....Cada una de aquellas espresiones inocentes y apasionadas, le bañaba el corazon como un rocío del cielo, y no por vanidad, que no cabia en su alma grande, sino porque tambien para las almas grandes hai una delicia, una satisfaccion íntima, penetrante y pura, y si esta no es la que tuvo entónces Gullemiro, yo no se cual sea.

Ya todos los esclavos habian saludado á Gullemiro y este quedó solo con Luis y ademas con Ramon y Andres, á quienes estaba resuelto á hacer el mayor regalo que puede hacerse á un esclavo....Dos horas despues estaba ya preparada una gran mesa en el salon principal de la casa y una multitud de pequeñas en el patio que estando destinado á secar todo el café de la hacienda, era inmenso.

Todo se hacia con un órden y una regularidad difícil de entender habiendo tanta gente reunida; pero toda estaba tan sinceramente penetrada de la suerte de Gullemiro, que aun hallándose léjos de él, se hablaban en voz baja como temiendo hacerle bulla. Ramon y Andres fueron á ayudar á los sirvientes de la casa y quedaron solos los dos amigos.

Luis salia á cada instante á la puerta para informar á Gullemiro del Estado de la comida y cuando este supo por él que todos los esclavos estaban comiendo ya y que guardaban un órden admirable, le dijo que hiciese traer para los dos, algo de lo que aqnellos comian. Luis conoció bien la fina nobleza que envolvia aquel antojo y corriendo el mismo á complacerlo, contó esto á aquellos en cuya mesa tomó lo que necesitaba.

Apénas lo supieron estos, cuando esas almas comprimidas, tan entusiastas con quien deja obrar su elasticidad, dominadas por la mas ardiente gratitud, meditaban ya el modo de volver á Gullemiro aquella prueba de su fina simpatía...... Entónces si se acaloraron y disputaban diciendo cada uno el modo que le ocurria, hasta que en fin uno de ellos, poeta y músico natural y hombre de espíritu y de tacto, propuso

que le permitiesen subir á la casita á brindar con Gullemiro en nombre de todos.

Díjoles en alto lo que habia pensado y al instante todos lo aprobaron y lo condujeron en triunfo hasta la casita: todos iban en desórden, pero en silencio. Sinembargo tantos hombres á la carrera hacian un estrépito alarmante y casi al mismo tiempo salieren Luis de un lado y los convidados del otro, á ver que era aquello.

Apénas llegó Luis á la puerta cuando el poeta le dijo: "dí á nuestro amigo que si quiere hacernos tambien el honor de brindar con nosotros."—Sí, respondió Gullemiro que lo oia, y levantándose con paso mas firme que de ordinario, tomó el vaso que le presentaban.

Apénas salió á la puerta con el vaso en alto, cuando lo saludó una aclamacion general y cayeron al suelo todos los sombreros de aquellos esclavos, soberbios con todo otro pero reverentes con él, y razonables en una y en otra cosa, porque en la una y en la otra solo honraban el principio de justicia.

El poeta llenó los vasos de Gullemiro y Luis y el suyo, y los tres, de pié en la puerta de la casita en donde todos podian verlos, alzaron sus vasos y al punto los alzaron tambien todos los esclavos á un tiempo, y los convidados, agrupados en el corredor de la casa, al ver que brindaban con Gullemiro, corrieron por sus vasos y tambien los alzaron para brindar. El poeta con una emocion que casi lo ahogaba dijo así: "La mnerte os priva hoi de toda esperanza sobre lo que tanto anheláteis. La desgraciada amante que habeis perdido vivió digna de vuestro amor y murió digna de vuestro dolor: lloradla sin bochorno....... pero no desespereis......si hai un Dios que escucha el único voto de todos nuestros corazones, sin duda que os espera otra vida en la que volvereis á verla y en la que vuestros amores serán eternos y mas felices......"

Gullemiro conmovido hasta el alma, apuró su vaso y tendió su mano al poeta con la espresion del interes mas grande. Al punto todos los esclavos empinaron sus vasos y arrebatados de entusiasmo principiaron á hablar todos á un tiempo y en alta voz de manera que á un profundo silencio siguió una bulla y una agitacion terrible.......Miéntras tanto Gullemiro reclinado sobre el pecho de su amigo meditaba si convendria ó no el dirigirles el bríndis que le habia ocurrido; pero al fin lo dominó la piedad filantrópica y enderezándose con ademan enérgico levantó en alto su vaso.

Al verlo así, un rumor, veloz como el uracan, corrió por toda la multitud de circunstantes, todos enseñaban la mano de Gullemiro y todos gritaban para imponer silencio, así, durante un instante la agitacion y la bulla fueron estremos; pero apénas estuvieron todos convencidos que Gullemiro iba á hablar, cuando al tumulto sucedió un silencio se-

pulcral.....Todos esperaban con tanto interes que casi no osaban alentar, y entónces él, cierto que ya nada podia interrumpirlo, dijo así: "hijos de la desgracia: hermanos de mi alma: nada hai mas dulce á mi corazon que vuestras generosas simpatías: solo siento el no haberlas merecido de otra manera. Infortunados hermanos: si el supremo es accesible al mas solemne y mas santo de mis votos, estad seguros, que la suerte que espera á vuestros hijos sobre la tierra, será mas feliz que la vuestra."

Al decir esto apuró su vaso hasta el fondo y abrió sus brazos á su amigo que no tardó en echarse en ellos.—Todos los esclavos apuraron al mismo tiempo, y transportados por el bríndis, elevaron hasta el cielo las mil bendiciones de que acompañaban el nombre de Gullemiro.

El esfuerzo que este habia hecho para hablar y para atender y las intensas emociones que habia sufrido, apocaron á tal extremo sus fuerzas que Luis sintiéndolo desgonzarse entre sus brazos, lo condujo á la cama que ya le estaba preparada en el cuartico vecino, y allí, su máquina aniquilada, se quedó tan profundamente rendida como reloj que se para ántes que se le acabe la cuerda y que vuelve á andar sin que lo toquen. Miéntras tanto resonaban por los aires las bendiciones que sobre él vertian aquellos desdichados, y á las dulces lágrimas del reconocimiento se mezclaban las acerbas del dolor de esclavo.....

El aspecto de Gullemiro y su bríndis les causaron una impresion que no olvidaron jamas. La agitacion y la griteria seguian, sin que nada pudiesen los esfuerzos de la gente de la casa. Matilde imaginó el modo de apaciguarlo todo en un instante: y era haciendo intervenir á Luis. Este se internó entre los de la algazara y les dijo que Gullemiro estaba tan malo que el mas ligero ruido lo hacia sufrir: que él habia venido á decírselos y á beber una vez con ellos por la salud de su amigo.

Todos bebieron con él y guardaron desde ese instante un silencio religioso que no pudo ménos de sorprender á todos los de la casa que daban por imposible el hacer callar á aquellos hombres que se hallaban en el último grado de exaltacion de la mas violenta de las pasiones.

El remordimiento consume al desgraciado T.—Luis se interesa en su su suerte.—Gullemiro á fuerza de generosidad y de artificio logra tranquilizarlo un tanto.—La pena de Gullemiro se suavisa con el tiempo y con la beneficencia de que se hizo una ocupasion.—Gullemiro se consagra todo entero á aliviar en cuanto puede la mala suerte de los esclavos.—Especie de moral que enseñaba á sus hijos.—Apreciacion que hizo Gullemiro de esta obra.—Conciencia y buen sentido.—Emancipacion.—Porvenir.

Se pasó en fin aquel dia, y al siguiente todos aquellos desdichados estaban doblados sobre la tierra trabajando para otros...... y los infelices...... olvidados de sí mismos, solo pensaban en sus hijos...... ¿ Y puede esperar mas de un infeliz el que ni aun tiene piedad de él ?...... Gullemiro durmió profundamente hasta el dia siguiente. ¡ Hacia tanto tiempo que sus afanes y sus faenas no tenian un solo instante de tregua !...... Al despertar preguntó á Luis por su padre, y este, que estaba sentado á su lado, le respondió él mismo. El reverente hijo le tomó la mano, la apretó contra sus labios y guardó silencio. El padre con una ternura espresiva le preguntó por el estado de su salud, y él le afirmó que se encontraba mejor : que el estremo sufrir lo habia embotado un poco, y que el sueño habia calmado su exitabilidad. Lo que hai de probable es, que las impresiones morales que le habia hecho sentir aquella especie de desgraciados, que habian merecido siempre sus mas cordiales simpatías, habian influido de una manera estraña y grande en el estado de su espíritu. Poco despues se levantó y con su Padre y con Luis fué al cuarto en que estaban depositadas las reliquias de sus dos amigas. Dijo á Luis que deseaba ver á sus tres hijos, y este que entendia que el tercero era el suyo, corrió y los trajo al momento. Mas despues dijo á su padre que queria pasar un rato con la familia : esta no tardó en llegar, y él, despues de saludar con respetuosa distincion al padre de Almabella, le dijo que necesitaba para su servicio dos hombres y que en el estado en que se hallaba, no podia ser bien servido sino por personas que lo quisiesen mucho : que entre sus esclavos se hallaban los dos que mas le convenian y que el le suplicaba se los vendiese......

El anciano le preguntó cuales eran y al oírselos nombrar, conoció las intenciones de Gullemiro y mandó llamar los dos esclavos sin responderle una palabra. Cuando estuvieron presentes, les dijo : "habeis tenido dos amos : yo he sido el amo de vuestras acciones y Gullemiro ha sido el de vuestra voluntad : yo renuncio á mi derecho para que el suyo sea completo. Id á buscar el escribano del pueblo inmediato y hoi mismo tendreis vuestras cartas de libertad."

El placer y la emocion de todos fué grande, sobre todo la de T. que no hablaba jamas. Cuando los esclavos iban ya á corrrer para traer el escribano T. los paró y les entregó ya firmadas por él las cartas que

iban á buscar. Al saber esto Gullemiro, llamó á T. lo estrechó entre sus brazos con un afecto sin mezcla de recuerdo alguno y le dirigió las palabras mas amistosas.

Al convencerse T. que Gullemiro no pensaba mas en el mal que le habia hecho, lo vió bajo un aspecto nuevo y su emocion fué tan grande y tan estraña, que no pudo articular.—Gullemiro conoció por el temblor mudo y horroroso en que lo sentia, que T. era aun mas infeliz que él, y pasándole los brazos por los hombros, le dijo: "¿ es posible, hermano querido, que así me aflijas sin motivo? ¿ para qué me serviria la vista, sino para no verla? ¡ Te duele acaso el haberme hecho un bien?"

Al oir esto aquel desgraciado que el remordimiento acribillaba, se estremeció todo hasta el alma y cayó despues en una convulsion cruelísima. Nada pudo responder: el dolor lo ahogaba. En fin haciéndose un esfuerzo se salió con paso inseguro y los dejó á todos consternados temiendo una funesta resolucion.

Gullemiro dijo á Luis en secreto que lo siguiese y este yéndose por entre la montañuela lo vió irse hasta la playa y sentarse sobre el peñazco en que su hermana lloraba ántes á su amante. Allí se puso á ver y reveer todas las prendas y las cartas de uno y otro que conservaba, y se abandonó á un llanto desesperado.....

Desde entónces no hubo ya para él un solo instante de paz, y tanto era su abatimiento y su quebranto que Gullemiro encargó á Ramon y á Andres que lo tuviesen siempre á la vista sin que él se apercibiese. Todos los dias se aparecia al cuarto de Gullemiro, se quedaba viéndolo en silencio algunos momentos y despues se retiraba al peñazco. ¡ Cuántas veces estaba de pié ante Gullemiro contemplándolo en silencio, miéntras este estaba tambien de pié meditando sobre la tumba de su hermana amada ó llorando recostado sobre la tumba, y tal vez dirigiéndole palabras que él no podia oir sin un tormento indecible!....

El cuidado contínuo que Gullemiro tenia por T. lo distraia un tanto de sus penas. Gullemiro creia que solo Luis entraba á su cuarto; pero los otros tambien iban todos los dias, lo veian en silencio y se retiraban. Luis habia convenido en esto por no parecer celoso del esclusivo privilegio que le dispensaba Gullemiro; pero como á veces los otros llegaban cuando su amigo le decia cosas que no habria dicho delante de nadie, se levantaba él mismo pretestando algo, ó les hacia señas de retirarse......

Poco á poco se fué calmando el frenesí del dolor de Gullemiro y poco á poco se fué haciendo frenético el dolor de T.: sus miradas, su gesto, su silencio ó sus palabras anunciaban siempre un cierto grado de trastorno y de manía. Gullemiro se reconcilió al fin con su infortunio; miéntras T. rompia mas y mas con su suerte. El uno rodeado de venenos tenia el bálsamo en el corazon y el otro rodeado de bálsamos te-

nia el veneno en el alma. Gullemiro sufria, pero en paz consigo mismo: T. gozaba de la luz de los ojos; pero no de la del alma......y la vista solo le servia para ver fantasmas y tinieblas....

En fin llegó el momento en que los dos ancianos volvieron á la capital con sus familias. Todos prometieron á Gullemiro venirlo á ver de tiempo en tiempo y así lo cumplen religiosamente. Cada seis meses pasan quince ó veinte dias con él y vuelven despues á sus quehaceres á la capital.

Matilde, Luis, T., Ramon y Andres, todos, cuidaban con esmero al ciego, aunque solo Luis hablase con él. Este, sinembargo, consiguió que Matilde y los tres niños pudiesen entrar y acompañarlo en silencio. Bien sabia Luis lo mucho que él amaba á aquellas personas para que pudiese sentirlas cerca de él, sin hablarles. La suave amistad de aquella mujer y el afecto de padre fueron ganando en su corazon y bien pronto comenzó á sentir que le hacian falta y terminó por no poder estar sin ellos. Una vez sufrió Matilde una ligera indisposicion, y aunque él sabia por lo que Luis le decia, que no era nada; pretestó no estar seguro y dijo á aquel que lo condujese á la habitacion de ella para informarse mejor de su mal. El siempre ocultaba sus mas bellos sentimientos. Al salir, como su cuarto estaba en la cima de un pequeño monte, pudieron verlo de léjos los esclavos que actualmente se hallaban en diferentes lugares, doblados sobre el trabajo. Apénas lo vieron cuando, gritándose de léjos los unos á los otros, para enseñar su amigo á los que no lo habian visto, todos á un tiempo se quitaron el sombrero y le hicieron un acatamiento profundo. Luis sensible hasta el alma á aquel noble sentimiento de sus compañeros, dijo á Gullemiro lo que se pasaba y este y él quitándose tambien sus sombreros respondieron con emocion á aquel homenaje apasionado. Gullemiro pasó muchas horas seguidas conversando con Matilde, y creyendo que en su enfermedad podia haber influido la desgracia de él, se esforzaba en parecerle sosegado y aun contento.

Luis no pudo resistir á aquella generosidad de su amigo, y sin decirle por qué, lo apretó contra su pecho con emocion indefinible. Gullemiro adivinó la causa y temiendo la franqueza de Luis, no le dijo una sola palabra sobre aquello: cambió de conversacion y no cesaba de hablar para que ellos no pudiesen traer la conversacion sobre lo que él tenia. Despues preguntó por T. y le dijeron que estaba mas que nunca abandonado á la pena. Luis le contó que todos los dias se paraba en la puerta de su cuarto, se quedaba como un demente viéndolo con gesto de un dolor estraño y despues corria al peñazco de la playa en donde se ponia á examinar las cartas y los gages de amor que le habia tomado á él y á Almabella.

Gullemiro afligido con este relato, se hizo llevar á su cuarto y man-

dó decir á T. que desde ese momento podria ir á verlo cuando quisiese......Esto solo produjo un gran cambio en el ánimo de T., sinembargo sentia que sufriria al hablarle. A pesar de esto se fué al memento á verlo. Gullemiro lo recibió con los brazos abiertos, lo sentó junto á él y tratándolo con una naturalidad inconcebible, conversó con él largo rato y despues le propuso el ir juntos á respirar el aire fresco del peñon de la playa. El aceptó al momento y salieron de brazo. Esta vez sucedió como en la anterior, los esclavos saludaron de todas partes á Gullemiro; este lo conoció por los gritos que oia idénticos á los de la otra vez, y quitándose su sombrero respondió á aquella espresion amiga. T. bajó tambien su sombrero é hizo un respetuoso acatamiento á sus propios esclavos y estos no olvidaron nunca, en su favor, la espresion de sinceridad con que lo hizo......

Llegados al peñazco se sentaron sobre él, y Gullemiro pasándole el brazo sobre el cuello con toda la confianza y el amor de hermano, le dijo: "T., créemelo: mis penas existen, es verdad; pero están dormidas: yo espero en paz el descanso de la nada ó la vida que puede traer la muerte. No seria así si yo tubiese vista: esa paz, esa calma, serian imposibles: así, no te engañes creyendo haberme hecho un mal: me has hecho sin duda el mayor bien que cabia en mi cruda suerte. La ceguedad, esta noche, esta especie de muerte, es el opio feliz que calma mi dolor y mi mal irremediables: así, créemelo, aunque vivo triste, vivo en paz: solo hai una cosa que me hace insoportable mi suerte actual, y esa cosa es la vida triste que tú llevas. Si no he dicho desde el principio que entrases á verme fué porque temí que mi presencia avivase tu pena." Apénas oyó T. esta última idea, cuando se deshizo lo mas acerbo de su pena, y dió á Gullemiro los mas apasionados testimonios de su decision por él.

Despues Gullemiro, sabiendo que el mejor modo de aligerarle su pena era el partirla con él, el sufrirla juntos, trajo indirectamente la conversacion á los gajes de sus amores que T. conservaba y este se los presentó al punto. ¡Con qué emocion sentia Gullemiro entre sus manos aquellas prendas que le retrazaban tanta dicha y tanta pena.

Rogó á T. le permitiese guardar al ménos la gran madeja de cabellos y la piedra infernal en que no podia pensar sin estremecerse. Al tocar la cajita que contenia la piedra, la llevó á los labios con movimiento convulsivo y la llenó de lágrimas tristísimas...... T. le leyó algunas cartas, y ámbos vertieron llanto amargo: cada lágrima de Gullemiro era un pedazo de vida......

En medio de tanta pena, Gullemiro no olvidaba el bien que se habia propuesto hacer, y abrazando á T. y mezclando con él su dolor y su llanto, le hizo sentir que solo veia en él un hermano, un consuelo, un resto de su amada en quien ponia la parte de amistad que entró en su

amor. Casi todos los dias el generoso ciego hacia un nuevo esfuerzo para distraer á T. y bien pronto la funesta manía que lo acababa cambió de aspecto, y volvió á la vida y á la calma, pero nunca á una paz completa.

Despues yo me apoderé de todos esos papeles y de ellos es que he tomado las noticias que presento y aun algunas descripciones enteras. En cuanto á las cartas, las he pasado al pie de la letra, aun que he hallado muchas cosas que serian mas propias de una carta privada que de una que debiese publicarse. Esas cosas sinembargo tienen algo de la interesante originalidad de los dos amantes y por eso he querido presentarlas cualquiera que por otra parte sea la acogida que tengan.

La intimidad entre Gullemiro y T. aumentó de mas en mas y aumentará siempre sin que jamas pueda compararse con aquella especie de unidad, de identificacion de alma y de corazon, que existe entre Gullemiro y Luis.

Allí pasa aun sus dias el desgraciado Gullemiro conversando con Luis ó tendido entre aquellos dos sepulcros meditando sobre lo que es esta vida y sobre lo que pueden ser, la otra y el autor de entrambas Allí van á consultarlo en sus conflictos los desdichados esclavos y allí hallan siempre un consuelo.

Cuando hai querellas entre ellos y que no pueden conciliarse, basta una sola palabra suya para volverlos á la amistad y á la paz. En todo conflicto decide, en toda dificultad aconseja y en toda pena consuela. Su nombre se difunde y se venera de mas en mas...... De cuando en cuando hace que T. dé fiestas á sus esclavos y que estos conviden á sus vecinos y siempre él y ellos todos sienten las mismas afectuosas emociones.

Cuando algun jóven parecia tener malas inclinaciones, sus padres se lo enviaban y él lo aconsejaba con la dulzura de un amigo y le pintaba la virtud con colores tan preciosos que de allí salia llevando en los ojos la lágrima de su santo fervor y en el corazon la resolucion de no abandonarla jamas. Los esposos en querella salian despues de oirlo mas tiernos y mas ligados que nunca. En fin, si el no pudo volver la libertad por entero á esa clase de la humanidad tan indignamente proscrita, al menos suavizó lo acerbo de su infortunio, á aquellos que estaban bajo la esfera de su benigna influencia.

Matilde y los tres jovencitos pasaban con él todo el tiempo posible. Luis y Matilde callaban casi siempre, y él con un candor extraño en un hombre de tanta experiencia y de un carácter tan grave, seguia con los tres jovencitos, largas conversaciones, pero estas conversaciones, aunque de una apariencia sencilla y superficial, eran la mas grata y mas eficaz escuela de moral.

Casi siempre los tres niños principiaban preguntando y chanceán-

dose entre sí, y él sin que ellos se apercibiesen y probablemente sin apercibirse él mismo, daba poco á poco un tal giro á la conversacion, que las mas graves reflexiones se insinuaban con placer en el corazon de aquellos niños. Al ver el gusto con que estos lo oian, Luis y Matilde sonreian entre sí con la mas dulce satisfaccion; y bien pronto ellos tambien se extasiaban oyéndolo.

Gullemiro olvidando á veces que hablaba con niños se exaltaba tanto ensalzando la virtud y afeando su falta, sus imágenes eran entónces tan luminosas, tan arrebatadoras y tan patéticas, que aquellas inocentes criaturas transportadas de entusiasmo ó de pavor dejaban escapar alguna señal de su agitacion extrema. Apenas lo advertia él cuando se callaba casi confuso de haberlos impresionado tanto, y como para calmarlos los acariciaba tiernamente y sentándolos á los tres sobre sus piernas, les contaba algo que los distrajese.

Jamas sus hijos recibieron una caricia mas que el de Luis. La tendencia de todas sus reflexiones y de todos sus cuentos era hacer inviolable en ellos el sentimiento de piedad, de bondad; él sabia mui bien que ningun vicio, ningun crímen, ni ninguna debilidad puede acordarse con ese sentimiento, que por tanto es el sosten de todas las virtudes. Jamas les habló de las penas y miserias consecuentes al vicio, sino de lo feo, de lo vergonzoso, de lo indigno de él. Jamas tampoco los exortó á la virtud pintándoles sus ventajas, sino describiéndoles lo hermoso, lo noble, lo digno de ella. Quiso hacer hombres verdaderamente virtuosos y no hombres que especulasen con la virtud: quiso que amasen la verdadera virtud y no eso que mui comunmente llaman virtud y que si se examina bien, se ve que solo consiste en hacer aquello que conviene al bienestar.

Gullemiro creia, y con sobrada razon, que eso de conjurar á la moral por el miedo de los males consecuentes á la inmoralidad, es en sí mismo inmoral y no puede conducir sino á la inmoralidad, y que el decir á un hombre, (como se hace siempre, en todas partes y en todos cosas) sé bueno porque si eres malo, tarde ó temprano te descubrirán y te castigarán, es sin duda lo mismo que decirle: si puedes ocultar tu maldad sé malo, el crímen solo está en el castigo. Esa especie de moral es una exelente escuela para hacer al hombre bribon y taimado. Donde tal principio de moral se halla sancionado, allí están por fuerza consagrados la maldad y la hipocrecía......

Examínese el modo con que ordinariamente se aconseja la moral en la sociedad y se verá como Gullemiro no estaba léjos de la exactitud en la idea que se habia hecho de la acepcion en que la sociedad toma ordinariamente la palabra moral; por esto es tan raro el que un hombre se sacrifique á un principio, porque cualquiera que este sea, la sociedad lo ve ordinariamente, no como un objeto sino como un medio. En fin Gu-

llemiro predicaba á sus hijos si no una moral diferente, al ménos se las predicaba de otro modo ó se las presentaba bajo otro aspecto y sin mas objeto que ella misma. Ordinariamente dicen los que aconsejan· "sé moral porque ganas con serlo." Gullemiro al contrario, dice: "sé moral cuéstete lo que te costare." El que no tiene de la moral otra idea que la que le sugiere el egoismo, posée tanto la moral, como posée el valor uno que pelea porque no halla por donde huir. Pocos moralistas han sentido bien la verdadera moral, y muchos consejeros en ella, están sin duda faltos de consejo.

De esa naturaleza eran los consejos que Gullemiro daba constantemente á sus hijos: todos giraban sobre estos dos principios: no creer nunca sino lo que aprueba el buen sentido: no hacer jamas sino lo que aprueba la conciencia. De modo que para él, todas las virtudes posibles se aconsejaban á un hombre con solo decirle, sea U. racional, y en efecto, es imposible que un hombre verdaderamente racional olvide la sinceridad, ni la prudencia, ni la dignidad, ni la piedad, ni la gratitud, ni ninguna de las otras bellas prendas del hombre.

En fin allí vive el magnánimo ciego haciendo ver, á la bella luz de su razon, una porcion de verdades que no es posible ver sino habiendo ejercitado la razon libremente sin preocupaciones ni temores, y sabemos cuan numerosos y terribles obstáculos ponen á la libertad de la razon las preocupaciones con que los cabalistas nutren la infancia para poder dominar la sociedad.

Allí, entre los dos sepulcros, lo hallé el dia que fuí á presentarle estas memorias. Ambas tumbas recibieron nuestras lágrimas y las de Luis y de Matilde sobre todo. ¡Cuántos tiernos cariños y cuántas palabras dulces me mereció esta espresion de mi amistad! Sinembargo, apénas supieron que pensaba publicarla, cuando ya sus opiniones cambiaron. Luis me dijo que me agradecia los favores que hacia á su nombre; pero que me confesaba que mi composicion tenia el defecto garrafal de exagerar el carácter de un personaje secundario y dejar mui débil el del principal. Gullemiro pretendia exactamente lo contrario, y yo le respondí qne cada uno de ellos tenia razon en cuanto á lo que decia del otro. Gullemiro me dijo que esta novela podia servir para leerla á un amigo íntimo ó á nuestra familia; pero que el solo pensar en publicarla seria una locura y para probarme esto me hizo el cuadro de los defectos que él le hallaba, y lo peor es que en casi todos tenia sobradísima razon.

Ultimamente, cuando conoció que aquellas penosas verdades no habian bastado á hacerme desistir, me tocó el crudo resorte del amor propio diciéndome, que publicar una cosa á pesar de tener defectos tantos y tales, argüiria, ó una completa ceguedad de mi parte ó una tan ir-

resistible vanidad que queria llamar la atencion aun por medio del rídículo......

Este argumento, que mereció la completa aprobacion de Luis, lo confieso, me hizo subir toda la sangre á la cara y resolver por un momento el destinar al fuego el papel depositario de mis meditaciones. En esta cruel idea estaba, cuando alzando con pena mi humillada frente ví á Matilde como pidiéndole indulgencia y hallé en su mirada que ella estaba en completa oposicion con Gullemiro y con Luis.

Despues buscó un momento para hablarme á solas y me dijo que no me desalentase por lo que me decian los dos amigos: que yo les hacia demasiada justicia para que su modestia no se ofendiese, que las descripciones de ellos dos y los pasajes de amor eran la expresion fiel de los hombres y de las pasiones que recordaban; pero que mis ideas en moral y particularmente en religion, le parecian exéntricas y terribles: en fin, me aconsejó que quitase todo lo relativo á esto y que dejase lo demas sin cambiar ni una coma.

Miéntras tanto Gullemiro y Luis pretendian que mis pensamientos en moral, sobre todo en metafísica, eran exelentes; pero que los cuadros de amor y el carácter de los personajes eran completamente insoportables. Y en ese caso, ¿qué hacer? Para unos era exelente lo que para otros era insoportable, y como si quitase lo uno ú lo otro, habria sin duda algunos para quienes no tendria nada de bueno, he preferido dejarlo todo para que cada uno escoja lo que le agrade, ó coja todo, ó nada, segun su gesto...

Sinembargo, cuando llegué en la lectura á aquella parte de la composicion en que intercalo lo que en una carta decia sobre la suerte de su nombre y del romance que queria y no podia componer, lo ví sufrir conmociones terribles, extrañas, volver á tomar en su gesto abatido de ahora la expresion de su idómita energía de entónces: parecia despeluzado y como si tuviese el alma en convulsion. Quise sacar partido de aquella impresion y le pregunté si aquella descripcion le parecia insoportable......

Guardó silencio y cuando ya hubo recobrado un tanto de calma me dijo así: "yo escribí eso es verdad, pero lo hice con un cerebro trastornado por el dolor: esas quejas de mi vana demencia me harian solo digno de la burla y me seria mui cruel que fuese un hermano el que me entregase á ella. ¿Exiges acaso una vindicta pública por esos sueños temerarios de gloria de que estoi ya arrepentido? Esos delirios agradaron á la infeliz que los partió conmigo; pero á los ojos del indiferente serian justamente insoportables. En fin, esa obra escrita por otro no influiria en mí; pero escrita por tí, me humilla, me veja, es insoportable."

A estas palabras duras, yo respondí las siguientes: "cuando se trata de hacer justicia, el amigo y el pariente, todo me es extranjero

hasta yo mismo. Un hombre de energía puede siempre ver á todo otro y aun á él mismo, bajo dos puntos de vista independientes entre sí. A un mismo hombre puede asignársele á un tiempo un premio y un castigo y así deberia hacerlo un amigo severo que lo juzga y aun él mismo. Cuando la justicia falla no hai consideracion que imponga.

"Pues que yo acusaria y condenaria á Gullemiro si él lo mereciese, ¿por qué no lo honraré si lo merece?...... En muchos puntos de este escrito juzgo á Gullemiro con rigor y no lo absuelvo porque la justicia me dice que no lo mereció, ¿por qué en otros puntos, no hablaré en su favor cuando esa misma justicia lo exige así."......

Gullemiro levantándose con una gravedad que nunca habia visto en él, me dijo: tu obra solo me seria grata si en ella te empeñases en alcanzarme el perdon de la sociedad y de todos aquellos que hayan sufrido por mis funestas pasiones. Pintas mejor en ella la brillantez y las delicias de las pasiones que los desastres y el naufragio en que siempre terminan.

A esto le respondí: así lo he hecho: debí pintar tu grandeza para que la pasion que te hundió en tanta miseria tuviese mas enseñanza. Te honro poco: casi no te presento sino como un escarmiento, y bien cruel debe ser el que lea lo que pongo en tu boca, porque sé que está en tu corazon, y no te acuerde la compasion y el perdon mas absolutos....

Gullemiro calló, pero en su gesto parecia amenazarme con que la opinion me haria arrepentir de haber desatendido sus amonestaciones. Yo sé de antemano la idea que la opinion se hará de mí; pero yo me he hecho de ella otra idea tal, que ni el gesto de Gullemiro, ni las crueldades de la opinion que presiento, pudieron contrastar en nada mi resolucion.

Pocos dias despues me volví á Carácas y de allí á Paris y lo dejé entre sus dos tumbas. Allí acudian los desgraciados á buscar un remedio ó un consuelo. Allí iban los enfermos; pero no todos, solo tenian derecho á presentársele aquellos que no tenian con que pagar: á los que le ofrecian algo los mandaba á casa de otros médicos: su ciencia no servia sino para aquellos precisamente para quienes es mas difícil y ménos eficaz la ciencia de otros. Entregado á la beneficencia, se distraia, y parecia estar en su elemento y creerse sin derecho á darse al sufrimiento miéntras se debia al bien de los infelices.

Los esclavos recurrian á él en todas sus cuitas y contratiempos: para ellos era juez, abogado, médico, mediador, todo. Cuando alguno de ellos iba á ocuparlo, lo primero que le hacia saber era que él era esclavo: al instante lo hacia entrar, lo sentaba á su lado y le oia y se ocupaba de él con un interes de hermano. Al título de infeliz y sobre todo al de esclavo, no resistió jamas......

Allí vive aun el desventurado Gullemiro, hecho un manantial de bienes y consuelos; y allí tal vez lo sorprenderá este romance de su vi-

da, que tanto se esforzó en hacerme condenar al silencio y al olvido, y que yo solo hice con el objeto de sacar su nombre, si es posible, de la tumba en que sus restos van á sumirse bien pronto. Allí alienta aun el malhadado amante haciendo cuantos bienes puede y entre otros el de repetir constantemente estas máximas santas: "no creais nada que sea contrario al buen sentido, ni hagais nada que sea contrario á la conciencia, y no necesitareis ni de tutores ni de ciencias que, en moral son inútiles ó peligrosas porque estando esta toda encerrada en aquellos dos principios, toda otra cosa es patraña y especulacion"................
¡Ah, si todas las víctimas del cabalismo oyesen, entendiesen y siguiesen estos dos principios tan sencillos, tan fecundos y tan santos: qué mudanza tan súbita y tan dichosa sufririan la faz y la esencia íntima de la suerte de los hombres!......

Todos los hombres tienen ó al ménos son capaces de tener conciencia y buen sentido, luego ninguno necesita de tutor: luego un dia se emancipará el hombre y entónces y solo entónces brotarán las maravillas de que su génio es capaz y las felicidades sin mezcla que le esconden sus destinos. Sí, esto sucederá un dia, ó al ménos así lo argulle la mejoría progresiva que marca la historia del hombre en sus épocas sucesivas. Partiendo del hombre en los tiempos mas remotos que conocemos y pasando por el de cada uno de los tiempos intermedios, hasta llegar al hombre de hoi, se traza una escala de adelantamientos semejante á la escala del movimiento uniformemente acelerado del cuerpo que cae: es decir que, en igual cantidad de tiempo, el hombre de hoi avanza infinitamente mas que el hombre, por ejemplo, de aquellos tiempos en que se confunden la fábula y la historia.

Y aunque esto no parezca así, nada es mas positivo que el que el mas ligero adelantamiento de hoi, implica tantos otros y tan fecundos todos, que es de una trascendencia que no podian tener los mas grandes de otros tiempos. La humanidad no es mortal, aunque el hombre lo sea; su impulso está dado y no parará su carrera hasta el venturoso dia de su emancipacion completa y de su felicidad sin mezcla. ¿Acaso un tal tiempo no es dado al hombre? ¿Es posible acaso que tras tantos siglos de tempestades, no le esperen tiempos de bonanza y de ventura? ¿Acaso la humanidad se reducirá al fin, en su esencia y en su destino, á lo que se reduce el hombre? Estas preguntas en vez de dar gérmen á respuestas, solo lo dan á mil otras preguntas. Este es el modo de responder á las preguntas sin respuesta. Muchos escritores hemos hallado que en último resultado hacen esta pregunta: esperemos al que traiga la respuesta.

FIN.

DEDICATORIA.

A MIS PADRES: A MIS HIJOS: A LOS QUE SUFREN......

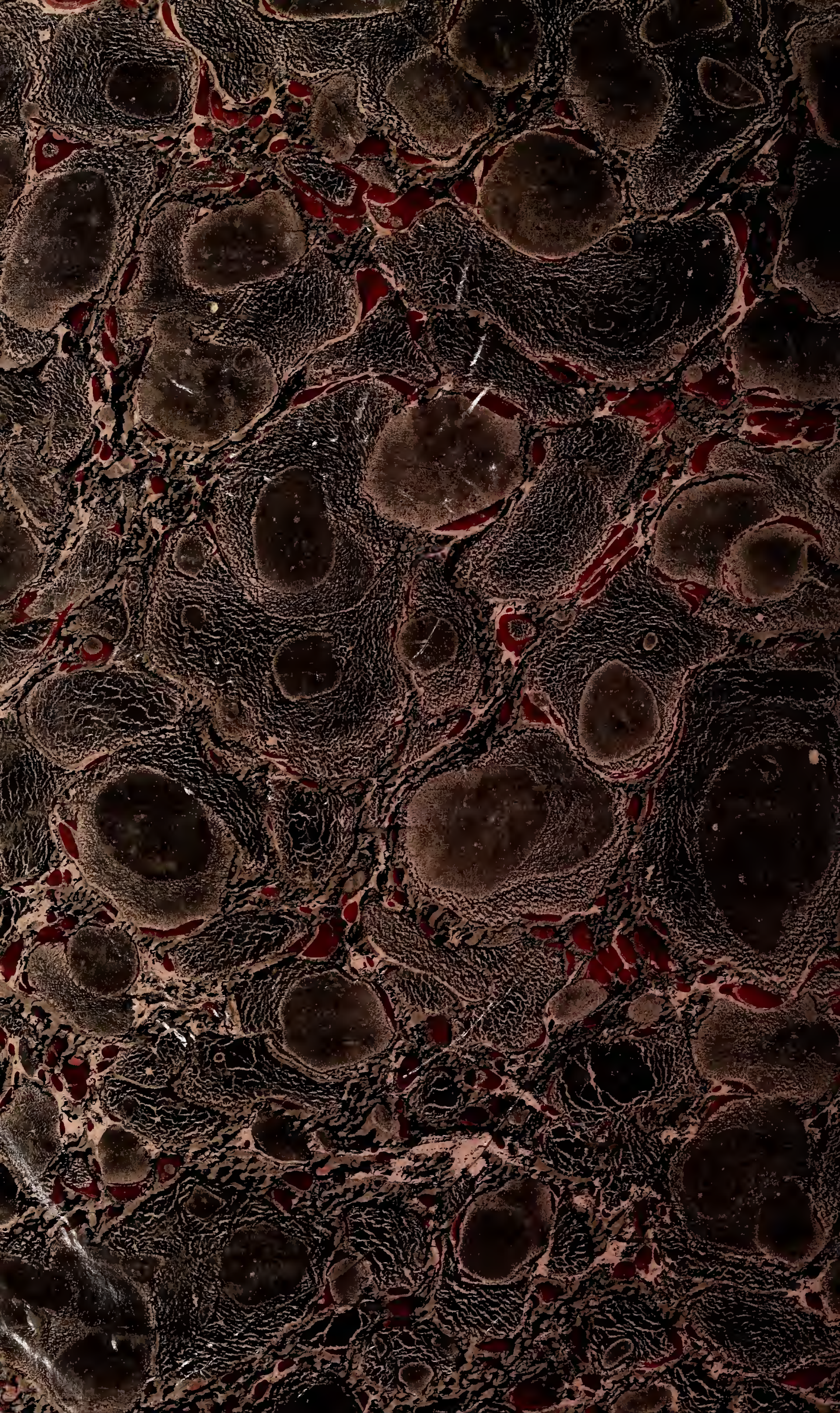


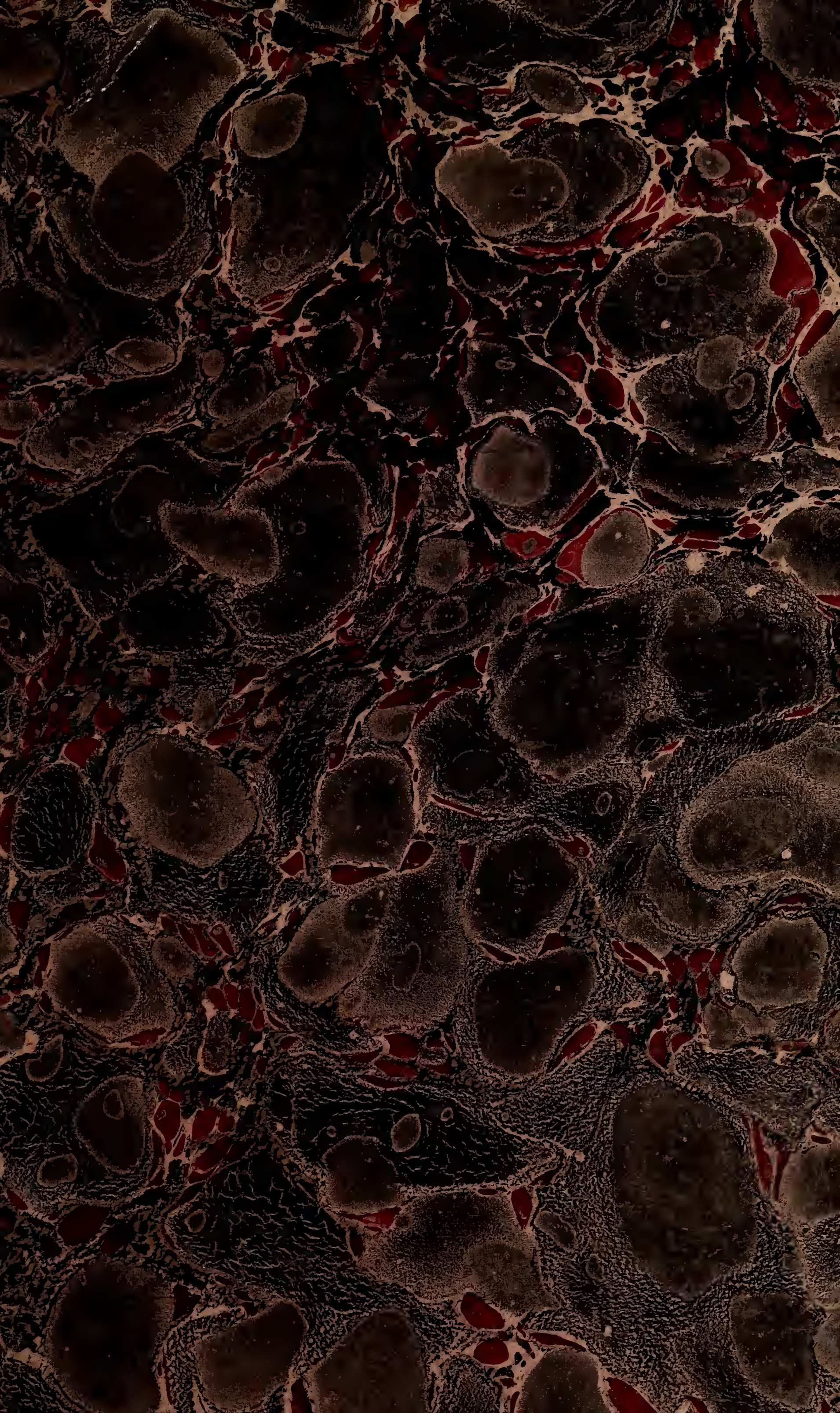


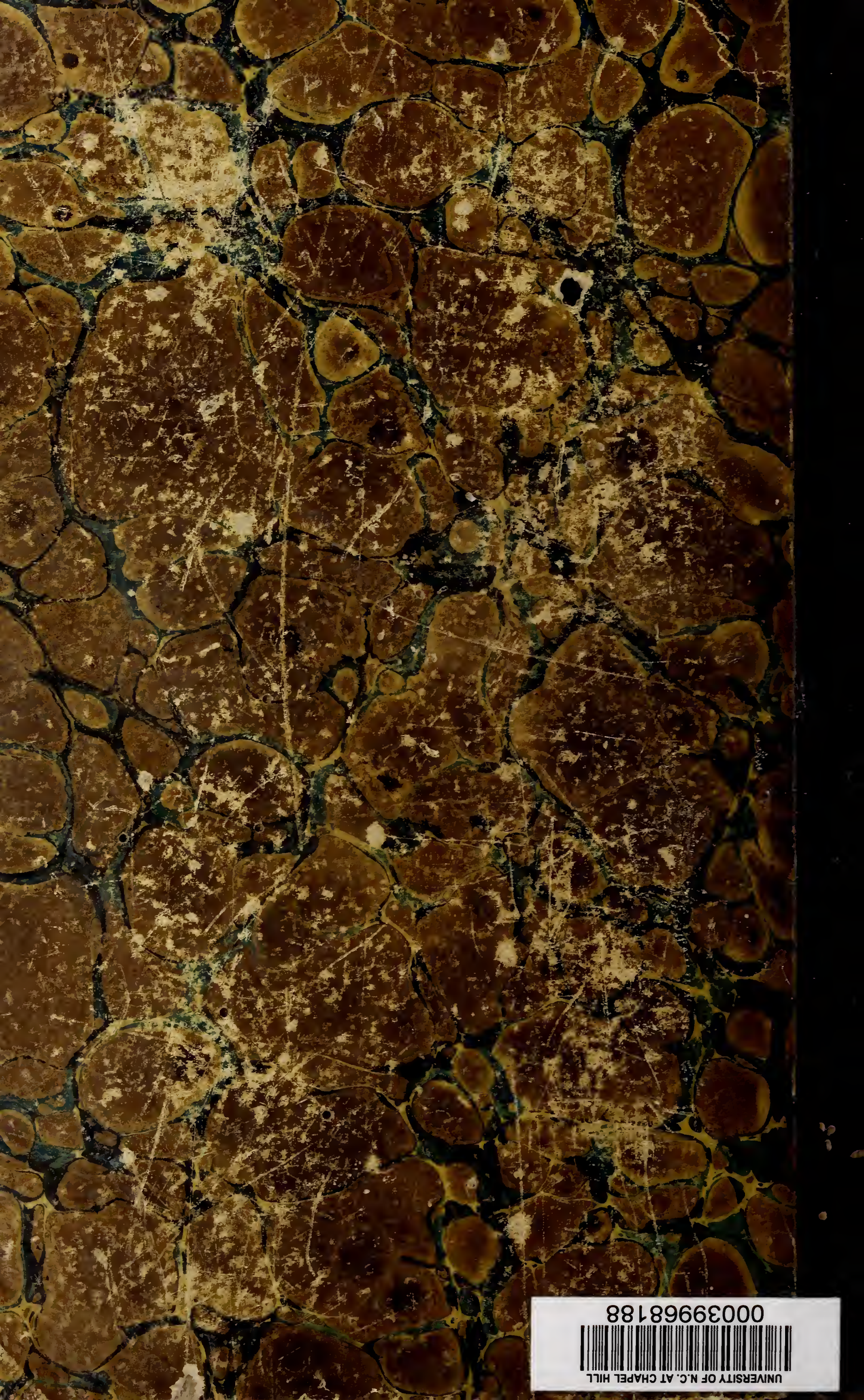











00039968188
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL